



SOLA SCRIPTURA

# SEGUNDO LIBRO DE HOMILÍAS

....

IGLESIA ANGLICANA  
ORTODOXA



## **Volumen II**

### **Las Homilias Isabelinas 1623**

**El Segundo Tomo de Homilias, de Ciertos Asuntos  
que Fueron Prometidos en el Anterior Tomo.**

**Establecidas posteriormente por la autoridad de su  
Majestad la Reina para ser leídas en todas las  
Iglesias Parroquiales.**

**Londres  
Impreso por John Bill, impresor de la Excelentísima  
Majestad de los Reyes  
1623.**

#### **Tabla de Contenido:**

|     |                                    |    |
|-----|------------------------------------|----|
| I.  | Del uso correcto de la Iglesia.    | 6  |
| II. | Contra el peligro de la idolatría. | 17 |

|        |                                                                         |     |
|--------|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| III.   | Para el mantenimiento y aseo de la iglesia.                             | 87  |
| IV.    | De las buenas obras. Y la importancia del ayuno.                        | 92  |
| V.     | Contra la gula y la embriaguez.                                         | 106 |
| VI.    | Contra la ostentación en la vestimenta.                                 | 114 |
| VII.   | Una homilía sobre la oración.                                           | 122 |
| VIII.  | Del lugar y el tiempo para la oración.                                  | 138 |
| IX.    | De la oración común y de los sacramentos.                               | 147 |
| X.     | De los que son ofendidos por ciertos lugares de la Sagrada Escritura.   | 159 |
| XI.    | De la buena obra de la limosna.                                         | 171 |
| XII.   | De la natividad.                                                        | 184 |
| XIII.  | De la pasión de nuestro Señor el viernes santo.                         | 194 |
| XIV.   | De la resurrección de nuestro Señor para el día de pascua.              | 210 |
| XV.    | De la digna recepción de los sacramentos.                               | 219 |
| XVI.   | Homilía sobre la venida del Espíritu Santo, para el día de Pentecostés. | 280 |
| XVII.  | Una Homilía para la semana de Rogación.                                 | 243 |
| XVIII. | Del santo estado del matrimonio.                                        | 267 |
| XIX.   | Contra la ociosidad.                                                    | 278 |
| XX.    | Del arrepentimiento y la verdadera reconciliación con Dios.             | 286 |
| XXI.   | Homilía contra la desobediencia y la rebeldía deliberada.               | 305 |

### **UNA ADVERTENCIA A TODOS LOS MINISTROS ECLESIASTICOS:**

Porque el Señor exige de su siervo, a quien ha puesto al frente de su casa, que muestre tanto fidelidad como prudencia en su oficio: será necesario que vosotros, por encima de todo, os comportéis con la mayor fidelidad y diligencia en vuestra tan alta función: es decir, leer adecuada, clara y distintamente las Sagradas Escrituras, instruir diligentemente a los jóvenes en el catecismo, ministrar con seriedad y reverencia sus santísimos sacramentos, y elegir prudentemente las homilias más apropiadas para el momento y para la instrucción más edificante del pueblo que se os ha confiado, con tal discreción que, cuando la homilía parezca demasiado larga para una sola lectura, la dividáis para leerla en parte por la mañana y en parte por la tarde. Y cuando por casualidad uno u otro capítulo del Antiguo Testamento caiga en orden para ser leído en los domingos o días festivos, de tal forma que sería mejor cambiarlo por algún otro del Nuevo Testamento de mayor edificación, será bueno que empleéis vuestro tiempo en considerar bien dichos capítulos de antemano, con lo que vuestra prudencia y diligencia en vuestro oficio se manifestará, de modo que vuestro pueblo tenga motivos para glorificar a Dios por vosotros, y esté más dispuesto a aceptar vuestros trabajos, para vuestro mejor encomio, para el gozo de vuestras conciencias y las de ellos.

## **Homilía Sobre el Correcto Uso de la Iglesia**



*Posiblemente por John Jewel*

## UNA HOMILÍA SOBRE EL CORRECTO USO DE LA IGLESIA O TEMPLO DE DIOS Y LA REVERENCIA DEBIDA AL MISMO.

### **PRIMERA PARTE**

PORQUE en estos días se ha manifestado una gran desidia y negligencia de un gran número de personas en acudir a la Iglesia para servir a DIOS, su Padre celestial, de acuerdo con su obligación más estricta, así como un comportamiento muy poco decoroso e irreverente por parte de muchas personas en la misma cuando están reunidas, y por lo tanto debemos tener cuidado de no despertar la ira de Dios, y sus terribles plagas que se ciernen sobre nuestras cabezas por nuestras graves ofensas debido a estos comportamientos, entre otros muchos y grandes pecados que cometemos reiteradamente y a diario ante el Señor. Por lo tanto, para el descanso de todas nuestras conciencias, y para evitar el peligro y la plaga de juicio que se cierne sobre nosotros, consideremos lo que puede decirse fundamentados en el Santo Libro de Dios sobre este asunto, al que os ruego que prestéis atención, ya que es de gran importancia y os concierne a todos. Aunque la eterna e incomprensible Majestad de Dios, el Señor de los cielos y de la tierra, cuyo trono es el cielo, y tiene a la tierra por su estrado, no puede ser encerrada en templos o casas hechas por la mano del hombre, como en moradas capaces de abarcar o contener su Majestad, según es evidentemente declarado por el Profeta Isaías, y por la doctrina de S. Esteban y S. Pablo en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Isaías 66.1; Hechos 7:48, 49; 17:24). Y siendo que incluso el rey Salomón (que construyó para el Señor el Templo más glorioso que jamás se haya hecho) dice: Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? Y además confiesa: ¿Quién, pues, soy yo, para que le edifique casa al Señor? Pero con todo, sólo se ha construido con este fin, para que consideres la oración de tu siervo, y su humilde súplica (1 Reyes 8:27; 2 Crónicas 2:6, 2 Crónicas 6.18,19). Así, nosotros debemos entender entonces que nuestras Iglesias son lugares mucho menos apropiados y adecuados de alojamiento para recibir la incomprensible Majestad de DIOS. Y, en efecto, los templos principales y específicos de Dios, en los que tiene mayor placer y se complace en habitar y permanecer, son los cuerpos y las mentes de los verdaderos cristianos, y el pueblo elegido de Dios, de acuerdo con la doctrina de la Sagrada Escritura, declarada en la primera Epístola a los Corintios. ¿No sabéis (dice San Pablo) que sois el Templo de DIOS, y que el espíritu de DIOS habita en vosotros? Si alguien ensucia el templo de Dios, Dios lo destruirá. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (1 Corintios 3.16-17). Y de nuevo en la misma Epístola se nos dice: ¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo

que mora en vosotros, el cual os ha sido dado por Dios, y que no sois vuestros? Porque por precio fuisteis comprados. Glorificad, pues, ahora a DIOS en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de DIOS (1 Corintios 6.19-20). Y por lo tanto, como nuestro Salvador Cristo enseña en el Evangelio de San Juan, los que adoran a DIOS el Padre es necesario que le adoren en espíritu y en verdad, y en cualquier lugar que lo hagan, lo adoran correctamente, porque tales adoradores busca DIOS el Padre. Porque DIOS es Espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad, dice nuestro Salvador Cristo (Juan 4.23-24). Sin embargo, a pesar de todo esto, la Iglesia o Templo material es un lugar designado tanto por el uso como por los continuos ejemplos expresados en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo, para que el pueblo de Dios se reúna allí para escuchar su Santa Palabra, para invocar su Santo Nombre, para darle gracias por sus innumerables e inefables beneficios otorgados a nosotros, y para celebrar debida y verdaderamente sus santos Sacramentos, (en la realización y el cumplimiento fiel de los cuales, está el verdadero y correcto culto a DIOS antes mencionado) y la misma Iglesia o Templo, es por las santas Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, llamada la Casa y el Templo del Señor, por el servicio peculiar que allí se hace a su Majestad por su pueblo, y por la presencia eficaz de su Gracia celestial, con la que Él por su santa Palabra dice que mantiene a su pueblo allí reunido. Y a dicha casa o Templo de DIOS, en todo momento, por orden común designada, están obligados a acudir con toda diligencia todas las personas que sean verdaderamente piadosas, a menos que por enfermedad u otras causas muy urgentes se les imposibilite ir allí. Y todos aquellos que acuden a este santo lugar, deben comportarse con toda sobriedad y reverencia, cumpliendo su obligación y servicio a Dios Todopoderoso, en la Congregación de sus Santos. Todas estas cosas pueden ser probadas evidentemente por la Santa Palabra de Dios, como se verá más adelante.

En primer lugar, declararé por las Escrituras, a lo que se le llama (como en efecto es) la casa de DIOS, y el Templo del Señor. El que jura por el templo, dice nuestro Salvador Cristo, jura por él, y por el que mora en él, queriendo decir DIOS padre, lo que también expresa claramente en el Evangelio de San Juan, diciendo: No hagáis de la casa de mi padre, casa de mercado (Mateo 23,21; Juan 2,16). Y en el libro de los Salmos, el Profeta David dice: Entraré en tu casa, adoraré en tu santo Templo, en tu temor (Salmos 5,7). Y es casi en infinitud de lugares de la Escritura, especialmente en los Profetas y en el libro de los Salmos, llamada la casa de DIOS, o casa del Señor (Mateo 12:4). A veces se le llama el Tabernáculo del Señor, y a veces el Santuario, es decir, el lugar santo o casa del Señor (Éxodo 25.8-9, Levítico 19.30). Y también se le llama casa de oración, como Salomón, que construyó el Templo del Señor en Jerusalén, a menudo la llama la casa del Señor, en la que el Nombre del Señor debe ser invocado (1 Reyes 8.43, 2 Crónicas 6.10). E Isaías nos dice en el capítulo 56, donde leemos que mi casa será llamada casa de oración entre todas las naciones (Isaías 56.7). Este texto, nuestro Salvador Cristo, lo alude en el Nuevo Testamento, como aparece en tres de los Evangelistas (Mateo 12.4, Mateo 21.13, Marcos 11.17, Lucas 19.46), y en la parábola del fariseo y el publicano que

fueron a orar, en la cual nuestro Salvador Cristo dice: Subieron al Templo a orar (Lucas 18.10). Y Ana, la santa viuda y profetisa, sirvió al Señor en ayuno y oración en el Templo, noche y día (Lucas 2.37). Y en la historia de los Hechos se menciona, que Pedro y Juan subieron al Templo a la hora de la oración (Hechos 3.1). Y S. Pablo orando en el Templo de Jerusalén, fue arrebatado en el Espíritu, y vio a Jesús hablándole. Y así, es conveniente en todos los lugares, que la oración pueda ser practicada por los piadosos en privado, también, es muy cierto que la Iglesia o el Templo es el lugar debido y designado para la oración común y pública. Ahora bien, el hecho de que sea también el lugar para dar gracias al Señor por los innumerables e inagotables beneficios que nos ha concedido, aparece notablemente en el último capítulo al final del Evangelio de San Lucas (Lucas 24.53), y en el comienzo de la historia de los Hechos, donde está escrito que los Apóstoles y los Discípulos, después de la ascensión del Señor, continuaban unánimes todos los días en el Templo, alabando y bendiciendo siempre a DIOS (Hechos 2.46-47). Y también se declara en la primera Epístola a los Corintios, que la Iglesia es el lugar designado para la administración de los Sacramentos (1 Corintios 11.18).

Queda ahora por declarar que la Iglesia o el Templo es el lugar donde la palabra viva de Dios (y no las invenciones de los hombres) debe ser leída y enseñada, y que el pueblo está obligado a acudir a ella con toda diligencia, y esta enseñanza, también debe ser comprobada por las Escrituras, como aparecerá más adelante.

En la historia de los Hechos de los Apóstoles, leemos que Pablo y Bernabé predicaron la palabra de DIOS en los templos de los judíos en Salamina. Y cuando llegaron a Antioquía, entraron en la sinagoga o iglesia el día de reposo, y se sentaron, y después de la lección o lectura de la Ley y los Profetas, el jefe del templo les envió a decir: Varones y hermanos, si alguno de vosotros tiene alguna exhortación que hacer al pueblo, dígala. Entonces Pablo, poniéndose en pie y haciendo señal de silencio con la mano, dijo, vosotros que sois israelitas, y vosotros que teméis a Dios, escuchad, etc.; predicándoles un sermón de las Escrituras, como allí aparece ampliamente (Hechos 13:5, 14-16 y subsiguientes). Y en la misma historia de los Hechos, en el decimoséptimo Capítulo (v. 1-3) se testifica, cómo Pablo predicó a Cristo por medio de las Escrituras en Tesalónica. Y en el capítulo decimoquinto (v. 21), el apóstol Jacobo, en aquel santo consejo y asamblea con sus compañeros apóstoles, dice: Moisés, desde antiguo, tiene en cada ciudad algunos que lo predicán en las sinagogas o templos, donde es leído cada día de reposo. Por estos textos podéis ver la costumbre de leer las Escrituras del antiguo Testamento entre los judíos en sus Sinagogas todos los días de reposo, y los Sermones que se suelen hacer sobre las mismas. Por lo tanto, icuánto más conveniente es que las Escrituras de Dios, y especialmente el Evangelio de nuestro Salvador Cristo, sean leídas y expuestas a los que son cristianos en nuestras iglesias, iespecialmente cuando nuestro Salvador Cristo y sus Apóstoles permitieron este uso tan piadoso y necesario, y lo confirmaron con sus propios ejemplos!

Está escrito en los relatos de los Evangelios en diversos lugares, que Jesús recorrió toda Galilea, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino. Así podemos observar que en los siguientes textos se expone de manera muy evidente su gran diligencia en la predicación continua y en la enseñanza al pueblo (Mateo 4:23, 13:54; Marcos 1.14, 6:1-2; Lucas 4.15, 31, y subsiguientes; 13:10).

En Lucas leéis cómo Jesús, según su costumbre, entró en el Templo (o sinagoga), y cómo se le entregó el libro del profeta Isaías, y cómo leyó un texto en él, e hizo un sermón sobre el mismo (Lucas 4.16-28). Y en el decimonoveno se expresa cómo enseñaba diariamente en el Templo (Lucas 19.47).

Y así está escrito en el octavo capítulo de Juan (v. 2), Jesús volvió a entrar de madrugada en el Templo, y toda la gente acudió a él, y se sentó a enseñarles (Juan 8.1-2). Y en el decimoctavo de Juan (v. 20), nuestro Salvador testifica ante Pilato que hablaba abiertamente al mundo, y que siempre enseñaba en la Sinagoga y en el Templo, adonde acudían todos los judíos, y que en secreto no hablaba nada (Juan 18.20). Y en San Lucas Jesús enseñaba en el Templo, y todo el pueblo acudía a él de madrugada para escucharle en el Templo (Lucas 21.37-38).

Aquí veis también la diligencia de nuestro Salvador en enseñar la palabra de Dios en el Templo cada día, y especialmente en los días de reposo, así como la prontitud con que la gente acudía en conjunto, y muy temprano por la mañana, al Templo para escucharle.

El mismo ejemplo de diligencia en la predicación de la palabra de Dios en el Templo, lo encontraréis en los Apóstoles, y el pueblo acudiendo a ellos. En Hechos 5 (v. 21, 42) podemos observar cómo los apóstoles, a pesar de haber sido azotados y flagelados el día anterior, y que incluso, el sumo sacerdote les ordenó que no predicaran más en el nombre de Jesús, al día siguiente entraron por la mañana temprano en el Templo, y no dejaron de enseñar y declarar a Jesucristo (Hechos 5.21, 42). Y en otros pasajes de la historia narrada en los Hechos, encontraréis la misma diligencia tanto en los Apóstoles en la enseñanza, como en la gente en venir al Templo para escuchar la palabra de Dios (Hechos 13:15, 17). Y se atestigua en el primer capítulo de Lucas, que cuando Zacarías, el santo Sacerdote, y padre de Juan Bautista, sacrificó dentro del templo, todo el pueblo se quedó orando durante mucho tiempo (Lucas 1.9-10), tal era su celo y fervor en ese momento. Y en el segundo capítulo de Lucas se muestran los grandes viajes que hacían los hombres, las mujeres y los niños para ir al Templo en el día de la fiesta, para servir al Señor, y especialmente el ejemplo de José, y de la bendita virgen María, madre de nuestro Salvador, y de nuestro Salvador Cristo mismo, siendo todavía un niño, cuyos ejemplos son dignos de ser seguidos por nosotros (Lucas 2.41, 46). De modo que si comparamos nuestra negligencia en acudir a la casa del Señor para servirle, con la diligencia de los judíos en acudir todos los días muy temprano a su Templo, a veces con extensos viajes, e incluso cuando la multitud no podía ser recibida dentro del

Templo, demostrando tener así un ferviente celo, de tal forma que permanecían mucho tiempo afuera orando. En esta comparación, podemos condenar con justicia nuestra negligencia y desprecio por venir a la casa del Señor, que está tan cerca de nosotros, y que raramente si apenas acudimos a esta en algún momento. Tan lejos está de nosotros el venir temprano por la mañana, como el asistir pacientemente afuera, que incluso caemos en desdeñar el entrar en el Templo, y sin embargo, nos atrevemos a aborrecer el mismo nombre de los judíos cuando lo oímos, como de un pueblo muy malvado e impío. Pero es de temer que en este punto seamos mucho peores que los judíos, y que ellos se levanten en el día del Juicio para condenarnos, ya que, en comparación con ellos, mostramos una gran negligencia y desprecio en acudir a la casa del Señor, para servirle, esto hasta llegar al colmo de olvidar que es nuestro deber y obligación hacerlo. Y además de este horroroso temor al justo Juicio de Dios en el gran día, tengamos presente que no escaparemos en esta vida de su pesada mano y venganza por este desprecio de la casa del Señor, y de su debido servicio en la misma, según el Señor mismo amenaza en el primer Capítulo del Profeta Hageo, de esta manera: Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa. Por eso se detuvo de los cielos sobre vosotros la lluvia, y la tierra detuvo sus frutos. Y llamé la sequía sobre esta tierra, y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de manos (Hageo 1. 9-11). He aquí que si somos tan mundanos que no nos preocupamos por los juicios eternos de Dios (que, sin embargo, de todos los demás son los más terribles y horribles), no escaparemos al castigo de Dios en este mundo mediante la sequía y el hambre, y el despojo de todos los bienes mundanos, que, como mundanos, parecen ser lo único que nos importa a nosotros. Mientras que, por el contrario, si enmendamos esta falta, o negligencia, descuido y desprecio de la casa del Señor, y su debido servicio allí, y con diligencia acudimos juntos, para servir al Señor con un acuerdo y consentimiento, en toda santidad y rectitud ante Él, tenemos promesas de beneficios tanto celestiales como mundanos. Dondequiera que dos o tres se reúnan en mi nombre (dice nuestro Salvador Cristo) allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18.20). ¿Y qué bendición puede ser mayor que tener a nuestro Salvador Cristo entre nosotros? ¿O qué puede ser más infeliz o equivocado que expulsar a nuestro Salvador Cristo de entre nosotros, para dejar un lugar para su y nuestro más antiguo y mortal enemigo, el viejo Dragón que es la serpiente Satanás el maligno, en medio de nosotros?

En el segundo capítulo del evangelio de Lucas está escrito que la madre de Cristo y José, después de haber buscado durante mucho tiempo a Cristo, al que habían perdido, sin poder encontrarlo en ninguna otra parte, al final lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los Doctores (Lucas 2.46). Así pues, si buscamos a Jesucristo, es decir, al Salvador de nuestras almas y cuerpos, no lo encontraremos en la plaza del mercado, ni en la sala del gremio, ni mucho menos en la cervecería o en la taberna, entre los buenos compañeros (como ellos los llaman), sino que lo encontraremos en el Templo, la casa del Señor, entre los Maestros y Predicadores

de su Palabra, que es donde Él se encuentra. Y en cuanto a los bienes mundanos, tenemos una promesa segura de nuestro Salvador Cristo: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Y así hemos declarado en la primera parte de esta Homilía, por palabra de Dios, que el Templo o la Iglesia es la casa del Señor, ya que el Servicio del Señor (como enseñar y escuchar su santa Palabra, invocar su santo Nombre, darle gracias por sus grandes e innumerables beneficios, y ministrar debidamente sus Sacramentos) se llevan a cabo allí. Y también se declara en las Escrituras que todos los hombres y mujeres piadosos y cristianos deben acudir con diligencia a la casa del Señor, para servirle y glorificarle, lo cual, es considerado como el servicio más digno y más obligado que debemos a Él, a quien corresponde toda la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

## **SEGUNDA PARTE DE LA HOMILÍA SOBRE EL USO CORRECTO DE LA IGLESIA.**

En la primera parte de esta Homilía se declaró, por palabra de Dios, que el Templo o la Iglesia es la casa del Señor, ya que en ella se presta el servicio del Señor (como enseñar y escuchar su Santa Palabra, invocar su Santo Nombre, darle gracias por sus grandes e innumerables beneficios, y ministrar debidamente los Sacramentos). Y también está ya declarado por las Escrituras, cómo todos los hombres y mujeres piadosos y cristianos, deben en ocasiones designadas, con diligencia acudir a la casa del Señor, para servirle allí, y glorificarle, rindiéndole el más digno honor, todo lo cual es nuestro deber.

Ahora bien, en esta segunda parte de la Homilía sobre el uso correcto del Templo de Dios, también se debe declarar por la Palabra de Dios, qué solemne tranquilidad, silencio y reverencia, deben usar y guardar en su comportamiento todos los que acuden a la casa del Señor.

La Sagrada Escritura puede enseñarnos suficientemente el bien que nos hace y lo mucho que nos conviene a los hombres cristianos usar con reverencia la Iglesia y la santa casa de nuestras oraciones, considerando la gran reverencia y veneración que los judíos de la antigua ley tenían por su Templo, lo cual se manifiesta en varios lugares, de los cuales os señalaré algunos. En el capítulo veintiséis de Mateo (v. 61), los dos testigos falsos acusan a nuestro Salvador de haber dicho que podía destruir el Templo de Dios y volver a construirlo en tres días, sin dudar de que, si hacían creer a los hombres que había dicho algo contra el honor y la majestad del Templo, sería suficiente para que todos lo consideraran muy digno de muerte. Y en el capítulo veintiuno de los Hechos, cuando los judíos encontraron a Pablo en el Templo, le echaron las manos encima, gritando: "¡Varones israelitas, ayuda! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar" (Hechos 21.27-28). Mirad cómo consideraron una ofensa similar hablar contra el Templo de Dios, como hablar contra la Ley de Dios, y cómo juzgaron conveniente que nadie,

sino las personas piadosas y los verdaderos adoradores de Dios, entraran en el Templo de Dios (Hechos 24.6). Y la misma falta es imputada a Pablo por el elocuente Tértulo, y por los judíos en el capítulo veinticuatro de los Hechos, ante un Juez temporal, como un asunto digno de muerte, acusándole de contaminar el Templo de DIOS. Y en el veintisiete de Mateo, cuando los principales sacerdotes recibieron de nuevo las piezas de plata de la mano de Judas, dijeron: No es lícito ponerlas en el Corbán (que era el tesoro del Templo) porque es precio de sangre (Mateo 27.6). Así que no podían soportar que no sólo cualquier persona impura, sino también cualquier otra cosa muerta que fuera juzgada impura, entrara una vez en el Templo, o en cualquier lugar perteneciente al mismo. Y a este fin se aplica lo que dice S. Pablo en la segunda epístola a los Corintios, en el capítulo seis como algo que debe ser aplicado en la adoración pública: ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (2 Corintios 6.14-16). Este texto, aunque se refiere principalmente al templo de la mente de los piadosos, sin embargo, viendo que la similitud y la esencia del argumento se toma del Templo material, nos lleva a concluir que no es lícito permitir ninguna impiedad, especialmente de imágenes o ídolos, en el Templo de DIOS, que es el lugar de adoración exclusivo del SEÑOR: y, por lo tanto, no se pueden permitir que estén allí, así como la luz no puede tener concordia con las tinieblas, o Cristo con Belial, porque la verdadera adoración de Dios, y la adoración de imágenes, son extremadamente contrarias. Pues, el hecho de colocarlos en el lugar de culto, puede dar gran ocasión a la adoración de las mismas. Pero volviendo a la reverencia que los judíos tenían hacia su Templo, probablemente diréis que lo honraban supersticiosamente, y en extremo, al punto de llegar a gritar: "Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es este" (Jeremías 7.4), siendo sin embargo muy malvados en la vida, y siendo por lo tanto muy justamente reprendidos por Jeremías el Profeta del Señor. Es cierto que eran supersticiosos en cuanto a honrar su Templo, pero me gustaría que vosotros no estuvierais tan lejos de la debida reverencia a la casa del Señor, como tampoco que llegarais a excederos como hicieron esto. Y si el Profeta los reprendió con justicia, escuchad también lo que el Señor exige de nosotros, para saber si somos dignos de culpa o no.

Está escrito en el quinto capítulo del Eclesiastés: Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras (Eclesiastés 5.1-2). Observen (amados) qué tranquilidad en los gestos y en el comportamiento, qué silencio en las conversaciones y en las palabras, se requiere en la casa de DIOS; pues así lo llama, Miren si tienen cuidado con sus pies, como se les advierte aquí, que no dejen de andar y de andar de arriba para abajo, y de atravesar la Iglesia, mostrando con esto

una evidente muestra de notable desprecio, tanto de DIOS, como de todos los hombres buenos allí presente, y qué atención prestan a sus lenguas y a su forma de hablar, que no sólo hablan rápida y precipitadamente ante el Señor (lo que aquí se les prohíbe), sino que también hablan a menudo de forma sucia, codiciosa e impía, hablando de asuntos poco honestos o apropiados para la cervecería o la taberna, en la casa del Señor, sin tener en cuenta que hablan ante Dios, que habita en los cielos, (como se declara aquí) cuando no son más que alimañas que se arrastran por la tierra, en comparación con su Majestad eterna, y menos aún, considerando que deben dar cuenta en el gran día, de toda palabra ociosa dondequiera que se hable (Mateo 12:36), y mucho más de las palabras sucias, inmundas o perversas que se digan en la casa del Señor, para gran deshonra de su Majestad y ofensa de todos los que las escuchen. Y en lo que respecta al pueblo y a la multitud, el Templo ha sido dispuesto para que sean oyentes, más que oradores, considerando que también se lee o enseña allí la palabra de Dios, a la que están obligados a prestar atención diligente, con toda reverencia y silencio, al igual que durante el tiempo de la oración común y la acción de gracias que son practicadas y pronunciadas por el ministro público en nombre del pueblo y de toda la multitud presente, a lo que ellos, prestando su atención, deben asentir y decir Amén, como enseña S. Pablo en la primera Epístola a los Corintios (1 Corintios 14.16). Y en otro lugar, también afirma que debemos glorificar a Dios con un solo espíritu y una sola boca, lo cual no puede ser posible si cada hombre y cada mujer, con la pretensión de ser devotos, oran en privado, uno pidiendo, otro dando gracias, otro leyendo la doctrina, y no escuchando la oración común del ministro. Y además, particularmente, lo que debemos hacer con la debida reverencia al ministrar los Sacramentos en el Templo, lo enseña el mismo S. Pablo a los Corintios, reprendiendo a los que se comportaban irreverentemente con respecto a ellos. ¿No tenéis casas donde comer y beber (dice él)? ¿Despreciáis la Iglesia o la congregación de Dios? ¿Qué os voy a decir? ¿Os alabaré? En esto no os alabo (1 Corintios 11.22). Y DIOS requiere no sólo esta reverencia externa de comportamiento y silencio en su casa, sino toda la reverencia interna en la limpieza de los pensamientos de nuestros corazones, amenazando por medio de su Profeta Oseas en el Capítulo noveno, que debido a la maldad de sus pensamientos y la perversión de sus obras, Él los expulsará de su casa, lo que también significa la expulsión eterna de su morada celestial y reino, lo cual es muy horrible (Oseas 9.15). Y por lo tanto en el capítulo diecinueve del Levítico DIOS dice: Temed con reverencia mi Santuario, porque yo soy el Señor (Levítico 19.30). Y de acuerdo con lo mismo el Profeta David dice: "Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu casa; adoraré hacia tu santo templo en tu temor", mostrando cual debe ser la reverencia interior y humildad de mente que deben tener los hombres piadosos en la casa del Señor (Salmos 5:7).

Y para sustentar lo dicho referente a este asunto en el nuevo testamento, podemos observar en qué honor quiere Dios que se mantenga su casa o templo, y esto siguiendo el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, cuya autoridad debería ser de gran peso y estimación para todos los verdaderos cristianos. De esta forma

encontramos escrito por los cuatro evangelistas, como un hecho notable, y digno de ser atestiguado por muchos testigos santos, cómo nuestro Salvador Jesucristo, ese misericordioso y bondadoso Señor, fue comparado por su mansedumbre con una oveja, que sufrió en silencio delante de sus trasquiladores, y que incluso fue llevado como Cordero al matadero sin oponer resistencia, que entregó su cuerpo a los que lo golpeaban, no respondía a los que lo injuriaban, ni apartaba su rostro de los que lo blasfemaban y escupían, y según su propio ejemplo, daba preceptos de mansedumbre y sufrimiento a sus discípulos (Isaías 53:7, Hechos 8:32, Isaías 50:6, Mateo 5:39-48). Sin embargo, cuando ve el Templo y la santa casa de su Padre celestial desordenada, contaminada y abandonada, hace uso de una gran severidad y agudeza, vuelca las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, hace un azote de cuerdas, castigando a los malvados abusadores y profanadores del Templo de Dios, diciendo: Mi casa se llamará la casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones (Mateo 21:12, Marcos 11:15, Lucas 19:45, Juan 2.14), y en el segundo capítulo de Juan también nos dice, quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado (Juan 2.16). Porque, así como cuando el servicio a Dios se hace debidamente, esta es la casa de Dios, así también, cuando abusamos de ella con conversaciones perversas o negociaciones codiciosas, la convertimos en guarida de ladrones o en plaza de mercado. Sí, y tal reverencia debería tener Cristo en él, que no permitiría que ningún utensilio fuera cargado a través del Templo (Marcos 11.16). Y en aquel momento en el que nuestro Salvador Cristo (como ya se ha mencionado) no podía ser encontrado en ningún lugar (cuando se le buscaba) fue hallado solamente en el Templo entre los doctores (Lucas 2.46), y en el presente nuevamente ejerce su autoridad y jurisdicción, no en castillos y palacios de príncipes entre los hombres, sino en el Templo. Por lo tanto, así podéis entender en qué lugar se encuentra más pronto su reino espiritual (que Él nos enseña que no es de este mundo), y en qué lugar se le conoce mejor de entre todos los lugares de este mundo. Y de acuerdo con este ejemplo de nuestro Salvador Cristo en la Iglesia primitiva, que era muy santa y piadosa, y en la cual se usaba la debida disciplina con severidad contra los malvados, no se permitía a los infractores abiertos entrar libremente en la casa del Señor, ni se les admitía a la oración común, ni en el uso de los santos Sacramentos con otros verdaderos cristianos, hasta que hubieran hecho penitencia abierta ante toda la Iglesia<sup>1</sup>. Y esto se practicó, no sólo con personas mezquinas, sino también con personas ricas, nobles y poderosas, sí<sup>2</sup>, con Teodosio, aquel emperador poderoso y pujante, a quien por cometer un asesinato grave y deliberado, S. Ambrosio, Obispo de Milán, reprendió duramente e incluso procedió a excomulgarlo, y lo llevó a una penitencia abierta. Y los que fueron tan justamente eximidos y desterrados (por así decirlo) de la casa del Señor, fueron tomados (como lo son en realidad) por hombres desviados y separados de la Iglesia de Cristo, y en un estado muy peligroso, sí, como dice S. Pablo, incluso entregados

<sup>1</sup> Ya que, La culpa del pueblo fue muy grave, y la sentencia se ejecutó de otra manera y más cruel de lo que debía.

<sup>2</sup> Sólo se le impidió recibir el Sacramento, hasta que por el Arrepentimiento pudiera estar mejor preparado. Crisóstomo.

a Satanás el desviado desde tiempos antiguos (1 Corintios 5.5), de tal forma que su compañía fue rechazada y evitada de todos los hombres y mujeres piadosos, hasta el momento en que por el arrepentimiento y la penitencia pública se reconciliaron. Tal era el honor que tenía la casa del Señor en los corazones de los hombres, y la reverencia externa que se le daba también en aquel tiempo, siendo algo extremadamente horrible el ser excluido de la Iglesia y de la casa del Señor en aquellos días cuando la religión era más pura, y no tan corrupta como lo ha llegado a ser en estos últimos tiempos. Y sin embargo, no tenemos vergüenza, cuando de buena gana nos ausentemos de la casa del Señor, nos excomulgamos (por así decirlo) de la Iglesia y de la comunión de los Santos de Dios, o bien cuando nos atrevemos a ir a ella, con un comportamiento poco decoroso e irreverente, por pensamientos apresurados e imprudentes, y sí, pensamientos y palabras sucias y malvadas ante el Señor nuestro DIOS, deshonorando horriblemente su santa casa, la Iglesia de DIOS, y por tanto su santo Nombre y Majestad, con gran peligro para nuestras almas, sí, y también exponiéndonos a una condena segura, si no nos arrepentimos rápida y seriamente de esta maldad.

Así habéis oído (queridos) de la palabra de Dios, qué reverencia se debe a la santa casa del Señor, cómo todas las personas piadosas deben con diligencia en los tiempos designados volver allí, cómo deben comportarse allí, con reverencia y temor ante el Señor, qué plagas y castigos, tanto temporales como eternos, amenaza el Señor en su santa palabra, tanto a los que no acuden a su santa casa, como a los que, llegando allí, se comportan irreverentemente con gestos o palabras. Por lo tanto, si deseamos tener un clima apropiado, y así disfrutar de los buenos frutos de la tierra, si queremos evitar la sequía y la esterilidad, la sed y el hambre, que son plagas incluidas en dichas amenazas contra aquellos que se apresuran a ir a sus propias casas, a las cervecerías y a las tabernas, y dejan la casa del Señor vacía y desolada, si aborrecemos ser azotados, no con látigos hechos de cuerdas, en el templo material (como nuestro Salvador Cristo hizo contra los profanadores de la casa de Dios en Jerusalén) sino también ser golpeados y expulsados del templo eterno y de la casa del Señor (que es su reino celestial) con la vara de hierro de la condenación eterna, y arrojados de esta manera a la oscuridad absoluta, donde será el llanto y el crujir de dientes, así que si tememos, y esto nos causa temor y aborrecimiento (digo), tengamos presente que ciertamente tenemos la más justa causa para hacerlo, por lo tanto, procedamos pues a enmendar nuestra negligencia y desprecio al venir a la casa del Señor, enmendemos nuestro comportamiento irreverente, y vayamos juntos diligentemente, escuchando con toda solemnidad la Santa Palabra del Señor, invocando el santo Nombre del Señor, dando gracias de corazón al Señor por sus múltiples e inestimables beneficios concedidos constantemente y a diario, celebrando también con toda reverencia los santos Sacramentos del Señor, sirviendo al Señor en su santa casa, como corresponde a los siervos del Señor, en santidad y justicia ante Él todos los días de nuestra vida, y entonces tendremos la seguridad, después de esta vida, de descansar en su santo monte, y de morar en su Tabernáculo, para orar y magnificar su glorioso Nombre

en la congregación de sus Santos, en la santa casa de su reino eterno del cielo, que Él ha comprado para nosotros, por la muerte y el derramamiento de la preciosa sangre de su Hijo nuestro Salvador Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, un Dios inmortal, sea todo el honor, la gloria, la alabanza y la acción de gracias, por los siglos de los siglos. Amén.



## Homilía Contra el Peligro de la Idolatría



Posiblemente por John Jewel

## UNA HOMILÍA CONTRA EL PELIGRO DE LA IDOLATRÍA, Y EL ORNATO SUPERFLUO DE LAS IGLESIAS<sup>3</sup>.

**La primera parte.** En qué puntos consisten y se sostienen los verdaderos ornamentos de la Iglesia o Templo de DIOS, se ha declarado en estas dos últimas Homilías, suplicando el correcto uso del Templo o casa de DIOS, y la debida reverencia que todo verdadero pueblo cristiano está obligado a darle. El resumen es que la Iglesia o casa de Dios es un lugar designado por las Sagradas Escrituras, donde la palabra viva de Dios debe ser leída, enseñada y escuchada, el santo nombre del Señor invocado por la oración pública, las gracias de corazón dadas a su Majestad por sus infinitos e indecibles beneficios otorgados a nosotros, sus santos Sacramentos debida y reverentemente ministrados, y que por lo tanto todos los que son piadosos en verdad, deben con diligencia en los tiempos designados, volver juntos a la Iglesia, y allí con toda reverencia usar y comportarse ante el Señor. Y que la mencionada Iglesia, así utilizada piadosamente por los siervos del Señor, en el verdadero servicio del Señor, para la presencia efectiva de la gracia de Dios, con la que Él, por su santa palabra y promesas, dota a su pueblo allí presente y reunido, para la consecución, tanto de los bienes mundanos, necesarios para nosotros, como de todos los dones celestiales, y la vida eterna, es llamado por la palabra de DIOS (como lo es en realidad) el Templo del Señor, y la casa de DIOS, y que por lo tanto la debida reverencia de la misma, se despierta en los corazones de los piadosos, por la consideración de estos verdaderos ornamentos de esta casa de DIOS, y no por cualquier ceremonia externa o costosa y gloriosa decoración de esta casa o Templo del Señor, en contra de lo cual se manifiesta abiertamente la doctrina de las Escrituras, y también el testimonio del uso de la Iglesia Primitiva, que era muy pura e incorrupta, lo que también encontramos en las sentencias y juicios de los más antiguos, eruditos y piadosos Doctores de la Iglesia (como aparecerá más adelante). Así la corrupción de estos últimos días, ha traído a la Iglesia infinitas multitudes de imágenes, y las mismas, con otras partes del Templo también, las han adornado con oro y plata, las han pintado con colores, las han engastado con piedras y perlas, las han revestido con sedas y vestiduras preciosas, creyendo falsamente que son el principal revestimiento y adorno del Templo o casa de Dios, y que toda la gente se sentiría más atraída a rendir la debida reverencia al mismo, si todos sus rincones fueran gloriosos y brillaran con oro y piedras preciosas. Mientras que, por cierto, con las mencionadas imágenes y la gloriosa decoración del Templo, no han beneficiado

---

<sup>3</sup> La segunda parte es principalmente un resumen de Heinrich Bullinger, *De origine erroris in divorum et simulacrorum cultu*.

en absoluto a los sabios y entendidos, sino que han perjudicado en gran medida a los simples e imprudentes, induciéndolos a cometer la más horrible idolatría. Y las personas codiciosas, por la misma ocasión, parecen adorar, y tal vez adoran en realidad, no sólo las imágenes, sino también la materia con que estas han sido fabricados, es decir, el oro y la plata, ya que ese vicio es entre todos los demás en las Escrituras peculiarmente llamado idolatría o adoración de imágenes (Efesios 5.5, Colosenses 3.5). Por lo cual, al caer en dicha práctica se os imputarán viles abusos y grandes deformidades por las siguientes razones: En primer lugar, la autoridad de la Santa Palabra de Dios, tanto del antiguo como del nuevo Testamento lo prohíbe explícitamente. En segundo lugar, los testimonios de los santos y antiguos Padres y Doctores eruditos, también nos instruyen a partir de sus propias obras y antiguas historias eclesiásticas, para que conozcáis de inmediato sus juicios, y para que entendáis qué tipo de ornamentos había en los templos de la Iglesia primitiva en aquellos tiempos, que eran los más puros y adecuados, evitando de esta forma incurrir en este pecado. En tercer lugar, se refutarán las razones y los argumentos esgrimidos para la defensa de las imágenes o ídolos, y la escandalosa decoración de los templos e iglesias con oro, plata, perlas y piedras preciosas, y así se concluirá todo este asunto. Pero para que nadie tenga ocasión de dudar por las palabras o los nombres, es bueno señalar aquí, en primer lugar, que aunque en el lenguaje común llamamos imágenes a los parecidos o similitudes de los hombres o de otras cosas, y no ídolos, las Escrituras usan las dos palabras mencionadas (ídolos e imágenes) indistintamente para referirse a una misma cosa siempre. Son palabras de diferentes lenguas y sonidos, pero una sola en sentido y significado en las Escrituras. La una se toma de la palabra griega εἰδωλον (eidôlon), un ídolo, y la otra de la palabra latina Imago, una imagen, y así ambas se usan como términos ingleses en la traducción de las Escrituras indistintamente, según la Septuaginta de acuerdo a su traducción en griego εἰδωλον, y S. Jerónimo en su traducción de los mismos lugares en latín tiene Simulachra, que en inglés es Images. Y en el Nuevo Testamento, lo que S. Juan llama εἰδωλον, (1 Juan 5:21) S. Jerónimo también traduce Simulachrum, como en todos los demás lugares similares de la Escritura suele traducir así. Y S. Jerónimo, un doctor antiquísimo, y muy erudito en ambas lenguas, la griega y la latina, interpretando el texto de S. Juan, Cuídate de los Ídolos, es decir (dice S. Jerónimo) de las imágenes mismas: las palabras latinas que él usa, son Efigies e Imago, es decir, una Imagen (S. Jerónimo, Lib. de Corona Militis, cap X). Y por lo tanto, no importa si en este proceso usamos un término o el otro, o ambos juntos, ya que ambos (aunque no en el lenguaje común inglés, pero sí en la Escritura) significan una cosa. Y aunque algunos, para cegar los ojos de los hombres, se han empeñado hasta ahora en hacer que se tomen como palabras de diverso significado en materia de religión, y por lo tanto han llamado generalmente Ídolo a lo que es semejante o similar a una cosa colocada entre los paganos en sus templos u otros lugares para ser adorados. Pero a pesar de la similitud con nosotros, establecida en

la Iglesia, el lugar de adoración, ellos le llaman a esto una Imagen, como si estas dos palabras (Ídolo e Imagen) en la Escritura, difirieran en propiedad y sentido (como se ha dicho anteriormente), ya que difieren sólo en sonido y lenguaje, y en significado son de hecho lo mismo, especialmente en las Escrituras y asuntos de Religión. Así ocurre y es también con nuestras imágenes, mientras las sigamos sufriendo públicamente en las iglesias y templo, siempre serán adoradas, y de esta forma la idolatría termina siendo una confianza en ellas, como será declarado y probado con mayor amplitud en la última parte de esta homilía. Por lo tanto, nuestras imágenes en los templos e iglesias no son en realidad más que ídolos, y a ellas se ha debido, se debe y se continuará debiendo siempre la idolatría.

En primer lugar, las Escrituras del Antiguo Testamento, que condenan y aborrecen tanto la idolatría o la adoración de imágenes, como si fueran los propios ídolos o sus imágenes, especialmente en los templos, son tan numerosas y abundantes, que sería casi un trabajo infinito, y que se contaría en un volumen no pequeño, para registrar todos los lugares relativos a este asunto. Porque cuando DIOS escogió para sí un pueblo peculiar y específico de entre todas las demás naciones que no lo conocían a Él, sino que adoraban ídolos y dioses falsos, les dio ciertas ordenanzas y leyes que debían ser guardadas y observadas por dicho pueblo. Pero sobre ningún otro asunto dio más leyes, o más serios y expresos mandamientos, a su pueblo, que los que se referían a la verdadera adoración de Él, y a la aceptación y huida de los ídolos e imágenes, y a la idolatría: porque dicha idolatría es la que más repugna a la correcta adoración de Él y a su verdadera gloria, por encima de todos los demás vicios, y porque Él conocía la predisposición e inclinación de la naturaleza y el carácter corruptos del hombre a ese vicio tan odioso y abominable. De las ordenanzas y leyes dadas por el Señor a su pueblo en relación con este asunto, voy a enumerar y mencionar algunas de las más específicas para este propósito, para que ustedes puedan juzgar por ellas el resto.

En el cuarto capítulo del libro nombrado, hay un lugar notable y muy digno de ser señalado con toda diligencia, que comienza así: Y ahora, Israel, escucha los mandamientos y los juicios que te enseño (dice el Señor) para que, haciéndolos, vivas, y entres y poseas la tierra que el Señor DIOS de tus padres te dará. No le añadiréis nada a la palabra que yo os diga, ni le quitaréis nada. Cumplid los mandatos del Señor, vuestro Dios, que os he encomendado (Deuteronomio 4.1-2, Números 22.18, 35, 38). Y de vez en cuando repite la misma frase tres o cuatro veces, antes de llegar a la cuestión de la que quiere advertirles en especial, como si se tratara de un prefacio, para que presten más atención a ella. Cuídate a ti mismo (dice) y a tu alma, con todo cuidado, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, y para que no salgan de tu corazón todos los días de tu vida, y las enseñes a tus hijos y a los hijos de tus hijos, y a tu posteridad. Y poco después: El Señor os habló de en medio del fuego, pero oísteis el sonido de sus palabras, pero

no visteis forma o figura alguna. Y luego sigue: "Guardad, pues, mucho vuestras almas; ya que ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra, figura de animal alguno que está en la tierra, figura de ave alguna alada que vuele por el aire, figura de ningún animal que se arrastre sobre la tierra, figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra. No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque Jehová tu Dios les ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. Y además: Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios, que Él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová tu Dios te ha prohibido. Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso. Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hicieris escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieris lo malo ante los ojos de Jehová vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará Jehová. Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Este es un capítulo notable, y trata casi en su totalidad de este asunto. Pero como es demasiado extenso para escribirlo en su totalidad, os he anotado algunos puntos principales de él. En primer lugar, cómo les pide encarecidamente y con frecuencia que se fijen y presten atención, y eso por el bien de sus almas, al cargo que les da. Luego, cómo prohíbe, mediante una solemne y extensa enumeración de todas las cosas que hay en el cielo, en la tierra y en el agua, que no se haga imagen o semejanza de cualquier de estas cosas. En tercer lugar, la penalidad y la horrible destrucción que solemnemente, con la invocación del cielo y de la tierra como testigos, les denuncia y les advierte, incluyendo a sus hijos y a su descendencia, si en contra de este Mandamiento, hacen o adoran cualquier Imagen o semejanza, que Él tan directamente ha prohibido. Y cuando ellos, a pesar de esto, en parte por la inclinación de la naturaleza corrupta del hombre más propensa a la idolatría, y en parte ocasionada por los gentiles y pueblos paganos que habitaban alrededor de ellos, que eran idólatras, cayeron en la fabricación y adoración de imágenes: Dios, de acuerdo con su palabra, trajo sobre ellos todas las plagas con las que los amenazó, como aparece en los libros de los Reyes y las Crónicas, en varios lugares en general. Y de acuerdo con esto hay muchos otros lugares notables en el antiguo Testamento, (Deuteronomio 27) "Maldito el hombre que hiciere escultura o imagen de fundición, abominación a Jehová, obra de mano de artífice, y la pusiere en oculto. Y todo el pueblo responderá y dirá: Amén".

Lee los capítulos trece y catorce del libro de Sabiduría, sobre los ídolos o imágenes, cómo se hacen, se colocan, se invocan y se ofrecen, y cómo alaba al

árbol en el que se instala la horca, como feliz, en comparación con el árbol del que se hace una imagen o ídolo, incluso con estas mismas palabras: "Alabado sea el madero por el que viene la justicia (refiriéndose a la horca para castigar la perversión). Pero maldito sea el ídolo hecho por manos humanas. Que le vaya mal al ídolo y a quien lo hizo " (Apócrifo. Sabiduría 14.7-8). Y además muestra cómo las cosas que antes eran las buenas criaturas de Dios (como los árboles o las piedras), cuando se alteran y se convierten en imágenes para ser adoradas, se convierten en abominación, una tentación para las almas de los hombres, y una trampa para los pies de los insensatos. ¿Y por qué? La búsqueda de imágenes es el comienzo de la prostitución (dice él) y la creación de ellas es la destrucción de la vida, porque no fueron desde el principio, ni continuarán para siempre. La rica ociosidad de los hombres las ha fabricado en la tierra, por lo que pronto llegarán a su fin. Y así continua hasta el final del capítulo, contando estos puntos, cómo los ídolos o las imágenes se inventaron y se ofrecieron por primera vez, cómo los tiranos obligaban a los hombres a adorarlas, cómo los ignorantes y la gente común son engañados por la astucia del fabricante, y la belleza de la Imagen, para que la honren, y así se alejen del conocimiento de DIOS, y de otros grandes y muchos males que vienen por las Imágenes. Y para concluir, dice que honrar a las imágenes abominables es la causa, el principio y el fin de todo mal, y que los que las adoran están locos o son muy malvados. Mira y observa todo el capítulo con diligencia, porque es digno de ser bien considerado, especialmente lo que está escrito sobre el engaño del pueblo simple e imprudente por los ídolos y las imágenes, y se repite dos o tres veces para que no se olvide. Y en el capítulo siguiente están estas palabras: La pintura del cuadro y la imagen tallada con diversos colores, atrae al ignorante de tal manera, que honra y ama el cuadro de una imagen muerta que no tiene alma (Apócrifo. Sabiduría 15.4-5). Sin embargo, los que aman tales cosas malas, los que confían en ellas, los que las hacen, los que las favorecen y los que las honran, son todos dignos de la muerte, y de esta forma continua.

En el libro de los Salmos, el Profeta maldice a los adoradores de imágenes en varios lugares. Sean confundidos todos los que adoran las imágenes talladas, y que se deleitan o se glorían en ellas (Salmos 97.7, 96.5, 115.8). Como las imágenes son aquellos que las hacen, y todos los que confían en ellas (Salmos 135.15, 18). Y en el Profeta Isaías, dice el Señor: Yo soy el Señor, y este es mi Nombre, y mi gloria no la daré a ningún otro, ni mi honor a las imágenes esculpidas (Isaías 42.8). Y además: Serán vueltos atrás y en extremo confundidos los que confían en ídolos, y dicen a las imágenes de fundición: Vosotros sois nuestros dioses, y en el capítulo cuarenta, después de haber expuesto la incomparable Majestad de Dios, pregunta: ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? (Isaías 40.18). El artífice prepara la imagen de talla, el platero le extiende el oro y le funde cadenas de plata. El pobre escoge, para ofrecerle, madera que no se apolille; se busca un maestro sabio, que le haga una imagen de talla que no se mueva. Y después de esto grita: Oh, desgraciados, ¿No sabéis? ¿No habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio? ¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó? ¿No

podemos por medio de la grandeza de la obra de la creación entender que la Majestad de Dios, el Creador y hacedor de todo, es más grande de lo que podemos expresar o establecer por medio de cualquier imagen o similitud corporal? Y además de esta predicación, incluso en la ley de DIOS escrita con su propio dedo (como dice la Escritura) y en la primera Tabla, y en el principio de la misma, se encuentra esta doctrina antes mencionada contra las imágenes (muy brevemente explicada), pero en gran medida establecida y predicada, y eso con la denuncia de la destrucción a los quebrantadores e infractores de esta Ley, y su posteridad después de ellos (Éxodo 20.4). Y para que no se pase por alto o no se olvide, lo mismo está escrito y reportado no en uno, sino en varios lugares de la Palabra de Dios, para que al leerla y oírla a menudo, podamos aprenderla y recordarla, como también oyes leerla a diario en la Iglesia, Dios habló estas palabras, y dijo: Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otro Dios ajenos delante de mí. No te harás ninguna imagen, ni semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra, ni te inclinarás ante ellas, ni las adorarás: Porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, y visito el pecado de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia a millares a los que me aman y guardan mis mandamientos (Éxodo 20.1-6, Levítico 26.13, Deuteronomio 5.6-10). A pesar de todo, ni la notoriedad del lugar, que es el comienzo mismo de la amadísima Ley del Señor, nos hizo tomar cuidado de ella, ni la declaración clara mediante el recuento de toda clase de similitudes, nos hizo entenderla, ni la repetición e informe frecuente de ella en diversos y variados lugares, ni la lectura y la audición frecuentes de la misma podrían hacer que la recordáramos, ni el temor de la horrible penalidad para nosotros mismos, nuestros hijos y la posteridad después de nosotros, nos haría temer la transgresión de la misma, ni la grandeza de la recompensa para nosotros y nuestros hijos después de nosotros, nos haría obedecer y observar esta gran Ley del Señor: Pero como si estuviera escrita en algún rincón, y no expresada ampliamente, sino brevemente y obscuramente tocada, como si no se hubiera añadido ninguna pena a los transgresores, ni recompensa a los obedientes, como hombres ciegos faltos de conocimiento y entendimiento, como bestias irracionales, sin temor al castigo ni respeto a la recompensa, han disminuido y deshonrado la alta Majestad del Dios viviente, por la bajeza y vileza de varias y diversas imágenes de troncos, piedras y metales muertos.

Lugares de la Escritura contra los ídolos o imágenes. Y como la Majestad de Dios, a quien hemos dejado, abandonado y deshonrado, y por lo tanto la grandeza de nuestro pecado y ofensa contra su Majestad, no puede ser expresada, así es la debilidad, vileza y necedad, en el servicio de las imágenes (por las que lo hemos deshonrado) expresado en gran medida en las Escrituras, a saber, los Salmos, el libro de Sabiduría, el Profeta Isaías, Ezequiel, y Baruch, especialmente en estos lugares y capítulos de estos libros: Salmos 115, 135, Apócrifo, Sabiduría 13, 14, 15, Apócrifo, Baruc VI, Isaías 40, 44, y Ezequiel 6. Así pues, ya que estos lugares, son demasiado extensos para ser abordados en este momento detalladamente en una Homilía, ahora os exhorto a leerlos con frecuencia y diligencia. No obstante, os haré

ciertas notas breves o cortas de ellos, lo que dicen de estos ídolos o imágenes. En primer lugar, que no están hechos más que de pequeños trozos de madera, piedra o metal, y por lo tanto no tienen similitud alguna con la gran Majestad de Dios, cuyo trono es el cielo, y la tierra su suelo. En segundo lugar, que están muertos, tienen ojos y no ven, manos y no sienten, pies y no caminan, etc., y por lo tanto nunca podrán representar similitudes adecuadas del Dios vivo. En tercer lugar, que no tienen poder para hacer el bien ni para dañar a otros, aunque algunos de ellos tienen un hacha, otros una espada, otros una lanza en sus manos, pero los ladrones entran en sus templos y los roban, y ellos no pueden defenderse de estos. Además, si el Templo o la Iglesia son incendiados, sus Sacerdotes pueden huir y salvarse, pero los ídolos e imágenes no pueden moverse en ninguna medida, sino que permanecen inmóviles como bloques, y son quemados, y por lo tanto no pueden ser figuras del poderoso y fuerte Dios, que es el único que puede salvar a sus siervos y destruir a sus enemigos eternamente. Están adornados con oro, plata y piedra, tanto las imágenes de los hombres como las de las mujeres, al igual que las prostitutas libertinas (dice el profeta Baruc) que aman la fornicación, y por lo tanto no pueden enseñarnos, ni a nuestras esposas e hijas, ninguna sobriedad, modestia y castidad (Ezequiel 6.9-11). Y por lo tanto, aunque ahora se dice comúnmente que son los libros de los hombres laicos, sin embargo, vemos que no enseñan ninguna buena lección, ni de Dios, ni de la santidad, sino todo el error y la maldad. Por lo tanto, DIOS, por su palabra, así como prohíbe que se hagan o se coloquen ídolos o imágenes, también ordena que se derriben, se rompan y se destruyan los que encontramos hechos y colocados.

Y está escrito en el libro de Números, en el capítulo veintitrés, que no había idolatría en Jacob, ni se veía imagen en Israel, y que el Señor DIOS estaba con el pueblo (Números 23.21, nota de la redacción: la palabra hebrea 'aven significa tanto problema/tristeza como idolatría). Donde se nota, que los verdaderos israelitas, es decir, el pueblo de DIOS, no tienen imágenes entre ellos, sino que DIOS estaba con ellos, y que por lo tanto sus enemigos no pueden hacerles daño, como aparece en el desarrollo de ese Capítulo. Y en cuanto a las imágenes que ya se encontraban establecidas, así dice el Señor en el Deuteronomio: derriba sus altares y hazlos pedazos, corta sus arboledas y entierra sus imágenes, porque eres un pueblo santo para el Señor (Deuteronomio 7.5, 12.2-3). Y lo mismo se repite con más vehemencia en el capítulo 12 del mismo libro. Aquí se nos dice lo que el pueblo de Dios debe hacer con las imágenes, cuando las encuentre. Pero para que ninguna persona privada, con el pretexto de destruir las imágenes, pueda causar algún revuelo o perturbación en los bienes comunes, debe recordarse siempre que la ejecución de tales actos públicos corresponde a los magistrados, y a los que tienen autoridad, y no a las personas privadas, por lo tanto, los buenos reyes de Judá, tales como Asa, Ezequías, Josafat y Josías, son altamente elogiados por derribar y destruir los altares, ídolos e imágenes. Y las Escrituras declaran que ellos, especialmente en ese punto, hicieron lo que era correcto ante el Señor. Y al contrario, Jeroboam, Acab, Joas y otros príncipes, que levantaron o permitieron que se erigieran tales altares o

imágenes, son reportados por la palabra de DIOS como que hicieron lo malo ante el Señor (1 Reyes 14.9, 2 Reyes 13.11, 2 Cro.14, 15.31, 1 Reyes 16.32). Y si alguno, en contra del mandato del Señor, osa levantar tales altares o imágenes, o permitir que se erijan entre ellos, el Señor mismo amenaza en el primer capítulo del libro de los Números, y por sus santos profetas, Ezequiel, Miqueas y Habacuc, que vendrá en persona y los derribará. Y cómo tratará, castigará y destruirá a los pueblos que así lo hagan, o si estos se oponen a que tales altares, imágenes o ídolos no sean destruidos, lo denuncia por medio de su Profeta Ezequiel de esta manera:

Y dirás: Montes de Israel, oíd palabra de Jehová el Señor: Así ha dicho Jehová el Señor a los montes y a los collados, a los arroyos y a los valles: He aquí que yo, yo haré venir sobre vosotros espada, y destruiré vuestros lugares altos. Vuestros altares serán asolados, y vuestras imágenes del sol serán quebradas; y haré que caigan vuestros muertos delante de vuestros ídolos. Y pondré los cuerpos muertos de los hijos de Israel delante de sus ídolos, y vuestros huesos esparciré en derredor de vuestros altares. Dondequiera que habitéis, serán desiertas las ciudades, y los lugares altos serán asolados, para que sean asolados y se hagan desiertos vuestros altares; y vuestros ídolos serán quebrados y acabarán, vuestras imágenes del sol serán destruidas, y vuestras obras serán deshechas. Y los muertos caerán en medio de vosotros; y sabréis que yo soy Jehová (Ezequiel 6:3-7).

Y así, a partir de los Capítulos que son especialmente dignos de ser leídos al respecto de este tema podemos observar, que aquellos que estén cerca, perecerán a espada, los que estén lejos, a causa de la peste, los que huyan a las cavernas o al desierto, a causa del hambre; y si aún queda alguno, este será llevado prisionero a la servidumbre y a la esclavitud. De modo que si la multitud o la claridad de estos pasajes bíblicos nos dieran entendimiento, sobre la seria acusación que DIOS da en dichos textos, y así nos hiciera considerar las horribles plagas, castigos y temible destrucción, con las que se amenazan a los adoradores de imágenes o ídolos, a los que los erigen o mantienen, pudieran infundir algún temor en nuestros corazones, para que dejáramos y abandonáramos de una vez esta maldad, que es a los ojos del Señor una ofensa y abominación tan grande. Casi se podrían sacar infinitos lugares de las Escrituras del Antiguo Testamento sobre este asunto, pero estos pocos en este momento servirán para todos.

Diréis que tal vez estas cosas pertenecen a los judíos, ¿Qué tenemos que ver con ellas? De hecho, no son menos para nosotros los cristianos que para ellos. Porque si somos el pueblo de Dios, ¿Cómo no nos va a afectar la Palabra y la Ley de Dios? San Pablo, aludiendo a un texto del Antiguo Testamento, concluye en general para otras Escrituras de este, de la siguiente manera diciendo: Todo lo que está escrito antes (es decir, en el Antiguo Testamento) está escrito para nuestra instrucción (Romanos 15.4): esta frase es especialmente cierta para los escritos del Antiguo Testamento, que contienen la ley y las ordenanzas inmutables de Dios, que no pueden ser alteradas en ninguna época o tiempo, ni por ninguna persona de

cualquier nación o edad con el fin de que puedan ser desobedecidas, como lo son los lugares antes expuestos. No obstante, para su mayor satisfacción, de acuerdo con mi promesa, haré con las Escrituras del nuevo Testamento o Evangelio de nuestro Salvador Cristo, una confirmación de dicha doctrina en contra de los ídolos o imágenes, y de nuestra deuda con respecto a la misma. En primer lugar, las Escrituras del Nuevo Testamento mencionan con regocijo, como un beneficio y un regalo muy excelente de Dios, que los que recibieron la fe de Cristo se convirtieron de sus imágenes muertas y falsas al Dios vivo y verdadero, quien es bendito por siempre, a saber, en estos lugares, el capítulo 12 y 17 de los Hechos de los Apóstoles, el undécimo a los Romanos, la primera Epístola a los Corintios en el duodécimo Capítulo, a los Gálatas, el cuarto, y la primera a los Tesalonicenses en el primer Capítulo.

Y de la misma manera, los ídolos, las imágenes y la adoración de estos, son en las Escrituras del Nuevo Testamento, muy aborrecidos, detestados, y seriamente prohibidos por el espíritu de Dios, como aparece tanto en los lugares mencionados, y también en muchos otros, como es el caso del séptimo, y el decimoquinto de los Hechos de los Apóstoles, el primer capítulo a los romanos, donde se establece la horrible plaga de los idólatras, entregados por DIOS a una mente reprobada para obrar todas las maldades y abominaciones que no se deben ni de mencionar, ya que generalmente la fornicación espiritual y carnal van juntas.

En la primera Epístola a los Corintios, capítulo 5, se nos prohíbe explícitamente estar en compañía, comer y beber con los que se llaman hermanos o cristianos y adoran imágenes. En Gálatas 5.20, la adoración de imágenes se considera como una de las obras de la carne, y en 1 Corintios 10:19-20, se le llama servicio de los demonios, y los que la usan serán destruidos. Y en 1 Corintios 6.9, y Gálatas 5.20-21, se denuncia que tales adoradores de imágenes nunca recibirán la herencia del Reino de los cielos. Y en varios lugares del Nuevo Testamento se amenaza con que la ira de DIOS vendrá sobre los que practican este pecado. Y por lo tanto San Juan en 1 Juan 5.21 nos exhorta como sus hijos queridos a tener cuidado con las imágenes. Y San Pablo nos advierte que huyamos de adorarlas, si somos sabios, es decir, si nos preocupamos por la salud y tememos la destrucción, si consideramos el Reino de Dios y la vida eterna, y tememos la ira de Dios y la condenación eterna (1 Corintios 10.14). Porque no es posible que seamos adoradores de imágenes, y también verdaderos servidores de Dios, como enseña San Pablo en 2 Corintios 6.16, afirmando expresamente que no hay ningún consentimiento o acuerdo entre el Templo de Dios (que son todos los verdaderos cristianos) y las imágenes, así como no lo hay entre la justicia y la injusticia, entre la luz y la oscuridad, entre los fieles y los infieles, o entre Cristo y el diablo. En este lugar se dice que no debemos adorar a las imágenes, y que no debemos tener imágenes en el templo, por temor a que se dé la ocasión de adorarlas, aunque sean en sí mismas cosas fútiles, porque el cristiano es el templo santo y la imagen viva de Dios, como bien declara este texto, para quienes lo lean y lo consideren. Y mientras que todos los hombres piadosos

siempre aborrecieron que se arrodillaran y adoraran u ofrecieran algún tipo de culto a ellos cuando estaban vivos (porque este es el honor que se le debe a DIOS exclusivamente) como aparece en los Hechos de los Apóstoles cuando S. Pedro se lo prohibió a Cornelio (Hechos 10.25-26), y cuando S. Pablo y Bernabé se lo prohibieron a los ciudadanos en Listra (Hechos 14.14-15), sin embargo, nosotros, como locos, nos postramos ante los ídolos o imágenes muertas de Pedro y Pablo, y damos ese honor a la madera y a las piedras, aun cuando ellos consideraron abominable que se les diera ese tipo de adoración y veneración cuando estaban vivos. Adicionalmente observamos que el buen Ángel de Dios, como aparece en el libro del Apocalipsis de San Juan, se negó a aceptar que el Apóstol amado se arrodillara para ofrecerle ese honor: "Ten cuidado (dice el Ángel) de no hacerlo, porque soy tu consiervo. Pero el malvado ángel caído Satanás no desea con mayor intensidad otra cosa, sino que se arrodillen en postración ante él, y con ello robarle a DIOS el honor que le corresponde, y provocar la condenación de los que le hacen este necio servicio, como aparece en la historia del Evangelio en varios lugares. Sí, incluso él le ofreció a nuestro Salvador Cristo todos los bienes terrenales, con la condición de que se arrodillara y le adorara (Mateo 4.9, Lucas 4.7). Pero nuestro Salvador repelió a Satanás por medio de las Escrituras, diciendo: escrito está: al Señor tu DIOS adorarás y a Él sólo servirás. Pero nosotros, al no adorar y servir exclusivamente sólo a DIOS (como enseñan las Escrituras) y darnos a la adoración de imágenes, en contra de las Escrituras, aceptamos los engaños de Satanás, y estamos dispuestos, sin medir las consecuencias, a seguir su deseo, sí, en lugar de repudiarlo y aborrecerlo, le ofreceremos ofrendas y oblaciones con el fin interesado de recibir lo que nuestra voluntad caída anhela. Pero hermanos, sigamos más bien el consejo del buen Ángel de Dios, que la sugerencia del astuto Satanás, ese malvado ángel caído y vieja serpiente, quien, de acuerdo con el orgullo por el que cayó primero, intenta siempre, por medio de tales sacrificios, privar a DIOS (a quien él envidia) de su debido honor, y ya que su propio rostro es horrible y feo, procura usurparlo para sí mismo por medio de imágenes doradas engastadas en piedras preciosas, y con todo ello hacernos enemigos de DIOS, sus propios suplicantes y esclavos, y al final otorgarnos como recompensa, la destrucción y condenación eterna. Por lo tanto, por encima de todas las cosas, si nos consideramos cristianos de verdad (como se nos nombra), demos crédito a la palabra, obedezcamos la ley y sigamos la doctrina y el ejemplo de nuestro Salvador y maestro Cristo, rechazando la sugestión de Satanás a la idolatría y la adoración de imágenes, según la verdad alegada y enseñada en el Nuevo Testamento y el Evangelio de nuestro glorioso Doctor y Maestro celestial Jesucristo, que es DIOS digno de ser bendecido por siempre, AMÉN.

### **La segunda parte de la Homilía contra el peligro de la idolatría.**

Habéis oído (amados) en la primera parte de esta Homilía, la doctrina de la palabra de DIOS contra los ídolos y las imágenes, contra la idolatría y la adoración de imágenes, tomada de las Escrituras del antiguo y del nuevo Testamento, y

confirmada por los ejemplos tanto de los Apóstoles como de nuestro Salvador Cristo mismo. Ahora bien, aunque nuestro Salvador Cristo no recibe, o no necesita, la confirmación de testimonio de hombre alguno, y lo que una vez es confirmado por la certeza de su verdad eterna, no tiene ninguna necesidad de ser confirmada por la doctrina y los escritos de los hombres, como el sol brillante al mediodía no tiene necesidad de la luz de una pequeña vela para disipar la oscuridad y aumentar su luz, sin embargo, para tu mayor satisfacción, en esta segunda parte se declarará (como se prometió al principio de la primera parte) que esta verdad y doctrina sobre la prohibición de las imágenes y la adoración de las mismas, tomada de las Sagradas Escrituras, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, fue probada y enseñada por los antiguos y doctos Padres, y recibida en la antigua Iglesia Primitiva, que era la más incorrupta y pura. Y esta declaración se hará a partir de los escritos propios de dichos santos doctores, y de las antiguas historias eclesiásticas que pertenecen a los mismos.

Tertuliano, antiquísimo escritor y doctor de la Iglesia, que vivió aproximadamente ciento sesenta años después de la muerte de nuestro Salvador Cristo, escribió contra los ídolos en varios lugares de sus obras, pero especialmente en su libro titulado contra la forma de coronar, y en otro pequeño tratado titulado, De la corona o guirnalda de los soldados, escribe con gran agudeza y vehemencia emprendiendo contra las imágenes o ídolos (Tertuliano, Liber contra Coronandi Morem). Y sobre las palabras de S. Juan, concretamente en el quinto capítulo de la primera epístola, dice así: S. Juan (dice él) considerando profundamente el asunto, enseña: Hijitos míos, guardaos de las imágenes o ídolos (1 Juan 5.21). No dice simplemente que os guardéis de la idolatría, es decir, del servicio y la adoración de los mismos, sino que se refiere a guardarse de las imágenes o ídolos como tal, es decir, de la forma y semejanza de estos. Porque es indigno que la imagen del Dios vivo se pretenda asemejar a la imagen de un ídolo muerto. ¿No crees que las personas que colocan imágenes e ídolos en las iglesias y los templos, y que llegan incluso a colocarlos sobre la mesa del Señor, como teniendo el propósito de adorarlos y honrarlos, toman en poco y no prestan atención al consejo de San Juan o el de Tertuliano? Porque colocar imágenes e ídolos es alejarse de ellos, ¿al hacer esto no los estas recibiendo y abrazando?

Clemente en su libro de comentario a Santiago, hermano del Señor, santo, nos dice: "¿Qué puede ser tan o más ingrato, que recibir un beneficio de Dios, y dar gracias por ello a los leños y las piedras? Por lo tanto, despertad y comprended para vuestra salud; porque Dios no tiene necesidad de nadie, ni exige nada, ni puede ser perjudicado en nada. Pero nosotros somos los que podemos estar sanos o heridos, en cuanto a si somos agradecidos a Dios, o ingratos con Él".

Orígenes en su libro contra Celso, dice así: Los cristianos y los judíos, cuando oyen estas palabras de la Ley (Temerás al Señor tu Dios y no te harás ninguna imagen) no sólo aborrecen los templos, los altares y las imágenes de los dioses, sino

que, si es necesario, prefieren morir antes que contaminarse con cualquiera de estas impiedades. Y poco después dice: en cuanto a la asociación común de los judíos, el tallador de ídolos y el fabricante de imágenes, debe ser echado lejos y prohibido, para que no tengan ninguna ocasión de hacer imágenes, que pudieran alejar a ciertas personas insensatas de Dios, y hacerlos volver los ojos de sus almas a la contemplación de las cosas terrenales. Y en otro lugar del mismo libro: No es solamente (dice él) una cosa loca y frenética adorar imágenes, sino también simular contrición estremeciéndose ante ellas. Y un hombre puede conocer a DIOS y a su único Hijo, y a estos incluso se les ha otorgado el honor por DIOS, de ser llamados dioses, hijos del Altísimo: Pero no es posible que alguien adorando imágenes llegue a conocer a DIOS.

Atanasio en su libro contra los gentiles, tiene estas palabras: Os ruego que digan cómo se puede conocer a Dios por medio de una imagen. Si es por los materiales con que fabrican una imagen, entonces no hay necesidad de la forma, ya que podemos ver a Dios en todas sus criaturas materiales que nos dan testimonio de su gloria. Ahora bien, si dicen que se le conoce por la forma o el aspecto: ¿No es mejor que se le conozca por los seres vivos mismos, cuyas formas intentan expresar en las imágenes? Porque, ciertamente, la gloria de Dios se conocería más evidentemente siendo declarada por criaturas razonables y vivas, en lugar de por imágenes muertas e inamovibles. Por lo tanto, cuando hacéis imágenes grabadas o pintadas, con el fin de conocer a DIOS por medio de ellas, ciertamente hacéis una cosa indigna e inadecuada. Y en otro lugar del mismo libro dice: La invención de imágenes no vino de lo bueno, sino de lo malo, y todo lo que tiene un comienzo malo, nunca puede ser juzgado como bueno, ya que es totalmente inútil. Así pues, Atanasio, un obispo y doctor muy antiguo, santo y erudito, juzga que, de principio a fin, y en general las imágenes o los ídolos, no son nada.

También Lactancio, un escritor antiguo y erudito, en su libro del Origen del error, tiene estas palabras: "Dios está por encima del hombre, y no está colocado debajo, sino que debe ser buscado en la región más alta. Por lo tanto, no hay duda de que ninguna religión verdadera se encuentra en el lugar donde esté cualquier imagen, porque si la religión está en las cosas piadosas, (y no hay piedad sino en las cosas celestiales) entonces las imágenes no tienen religión. Estas son las palabras de Lactancio, quien vivió hace más de XIII siglos de nosotros, y dentro de los trescientos años después de nuestro Salvador Cristo (Lactancio, Del Origen del Error, libro. 2, Cap. 16).

Cyrrillus, un viejo y santo doctor, al comentar sobre el Evangelio de San Juan tiene estas palabras: muchos han dejado al creador, y han adorado a la criatura, y no se han avergonzado de decir a un tronco, tú eres mi padre, y a una piedra, tú me has engendrado. Porque muchos, sí, casi todos (para mayor dolor) han caído en tal locura, que han dado la gloria de la deidad o divinidad, a cosas sin sentido o emociones.

Epifanio, obispo de Salamina en Ciprés, un hombre muy santo y erudito, que vivió en la época de Teodosio el Emperador, unos trescientos noventa años después de la ascensión de nuestro Salvador Cristo, él escribe esto a Juan Patriarca de Jerusalén: Entré (dice Epifanio) en una iglesia para orar, y encontré allí un paño de lino colgado en la puerta de la iglesia, pintado, y con la imagen de Cristo, por así decirlo, o de algún otro santo, (pues no recuerdo bien de quién era la imagen) por lo tanto, al ver la imagen de un hombre colgada en la iglesia de Cristo, en contra de la autoridad de las Escrituras, la rompí, y aconsejé a los guardianes de la iglesia que lo usaran más bien para envolver en dicho paño a un hombre pobre que hubiera muerto, y que le dieran sepultura.

Y después, el mismo Epifanio, enviando otro paño sin pintar al mencionado Patriarca, en lugar de aquel que tenía una pintura y había rasgado, escribe lo siguiente: Te ruego que los ancianos de ese lugar reciban este paño que he enviado por medio de este portador, y que les ordenes que de ahora en adelante no se cuelguen en la Iglesia de Cristo estas telas pintadas que son contrarias a nuestra religión. Porque más bien conviene a vuestra bondad tener este cuidado, para que eliminéis tal escrupulosidad, que es impropia de la Iglesia de Cristo, y ofensiva para el pueblo encomendado a vuestro cargo. Y esta Epístola, como digna de ser leída por muchos, la tradujo el mismo S. Jerónimo a la lengua latina.

Todos los obispos notables eran llamados en aquellos días Papas. Y para que sepáis que S. Jerónimo tenía a este santo y docto Obispo Epifanio en muy alta estima, y por eso tradujo esta epístola, como un escrito de autoridad, oíd qué testimonio le da el propio S. Jerónimo en otro lugar, en su Tratado contra los errores de Juan Obispo de Jerusalén, donde encontramos estas palabras: Tienes (dice San Jerónimo) al Papa Epifanio, que abiertamente en sus cartas te llama hereje. Ciertamente no debes ser preferido antes que él, ni por la edad, ni por la erudición, ni por la bondad de la vida, ni por el testimonio de todo el mundo. Y poco después, en el mismo tratado, dice S. Jerónimo: El obispo Epifanio fue siempre tan venerado y estimado, que Valente el emperador, que era un gran perseguidor, no lo tocó ni una vez. Porque los herejes, siendo príncipes, pensaban que sería vergonzoso para ellos perseguir a un hombre tan notable. Y en la historia eclesiástica tripartita, en el noveno libro y en el capítulo XLVIII, se atestigua que Epifanio, estando aún vivo, hizo milagros, y que después de su muerte los demonios, al ser él depositado en su tumba o sepulcro, rugieron. Así ves la autoridad que S. Jerónimo y esa antiquísima historia otorgan al santo y docto Obispo Epifanio, cuyo juicio sobre las imágenes en las iglesias y templos, que entonces empezaban a introducirse sigilosamente, es digno de mención.

Primero, juzgó que era contrario a la religión cristiana y a la autoridad de las Escrituras, tener imágenes en la Iglesia de Cristo. En segundo lugar, rechazó de la Iglesia de Cristo no sólo las imágenes talladas, esculpidas y de molde, sino también las imágenes pintadas. En tercer lugar, no consideró si era la imagen de Cristo, o de

cualquier otro Santo, pero siendo una imagen, no la permitiría en la Iglesia. En cuarto lugar, no sólo la sacó de la Iglesia, sino que con un celo vehemente la rasgó en pedazos y exhortó a que se envolviera y enterrara un cadáver en ella, juzgando que no servía para nada más que para pudrirse en la tierra, siguiendo en esto el ejemplo del buen rey Ezequías, que rompió la serpiente de bronce en pedazos, y la quemó hasta convertirla en cenizas, porque la idolatría estaba asociada con ella. Por último, Epifanio considera que es deber de los obispos vigilantes, tener cuidado de que no se permitan imágenes en la Iglesia, porque son ocasión de confusión y ofensa para el pueblo que está a su cargo. Ahora bien, mientras que ni S. Jerónimo, que tradujo la misma Epístola, ni los autores de esa antiquísima historia eclesiástica tripartita (quienes elogian en gran medida a Epifanio, como se ha dicho), ni ningún otro obispo piadoso o erudito de esa época, o de poco después, han escrito nada contra el juicio de Epifanio sobre las imágenes: es una prueba evidente de que en aquellos días, que fueron unos cuatrocientos años después de nuestro Salvador Cristo, no había imágenes públicamente usadas y erigidas en la Iglesia de Cristo, que era entonces mucho menos corrupta, y más pura de lo que es la de ahora.

Y mientras que las imágenes empezaron a salir secretamente y a hurtadillas de las casas de los hombres camino a las iglesias, entrando primero en telas y paredes pintadas, los Obispos que eran piadosos y vigilantes, tan pronto las detectaron, las expulsaron, como ilegal y una práctica contraria a la religión cristiana, como lo hizo aquí Epifanio, con cuyo juicio no sólo está de acuerdo San Jerónimo, el traductor de su epístola, y el escritor de la historia tripartita, sino también todos los doctos y piadosos clérigos, sí, y toda la Iglesia de esa época, y así hasta el tiempo de nuestro Salvador Cristo, por el espacio de unos cuatrocientos años. Esto se encuentra escrito extensamente por Epifanio, como testimonio para quienes mantienen imágenes en nuestros días, por esta razón, algunos Obispos y Doctores, considerados autoridades en la antigüedad viéndose presionados en gran medida con este testimonio claro de los escritos de este piadoso cristiano, trabajaron por todos los medios (vanamente contra la verdad), buscando demostrar que esta Epístola no era escrita por Epifanio, ni traducida por San Jerónimo, o si acaso lo es, dicen, no tiene gran fuerza, porque este Epifanio, según ellos, por ser un judío convertido a la fe cristiana, y hecho obispo, todavía retenía el odio que los judíos tienen a las imágenes en su mente, y así hizo y escribió contra ellas como judío, más que como cristiano. Oh, cuan claramente se establece y demuestra la impudicia judía y la malicia de los diseñadores, como para decir solamente que Epifanio era judío. Además, con respecto al argumento que ellos presentan, yo lo admitiría de buena gana. Porque si no se puede admitir el juicio de Epifanio contra las imágenes, por haber nacido de un judío siendo enemigo de las imágenes, y quien fue enemigo de Dios, convertido a la religión de Cristo, se deduce también que ninguna sentencia de los antiguos Doctores y Padres que se pronuncien a favor de las imágenes debe ser tenidos como de autoridad alguna, pues en la Iglesia Primitiva la mayoría de los escritores eruditos, como San Jerónimo, Cipriano, Ambrosio, Agustín y otros innumerables más, eran gentiles (quienes son partidarios y adoradores de las imágenes) convertidos a la fe

cristiana, y siguiendo su argumento podríamos decir que debido a esto permitieron que escapara algo de sus plumas, a favor de las imágenes, más bien como gentiles que como cristianos, como Eusebio en su Historia Eclesiástica, y San Jerónimo dicen claramente, que las imágenes vinieron primero por medio de los gentiles a nosotros los cristianos. Y mucho más se deduce que la opinión de toda la chusma de la Iglesia Papista, que mantiene las imágenes, debe ser considerada de poca o ninguna autoridad, porque no es extraño que aquellos que desde su infancia han sido criados entre imágenes e ídolos, y han bebido de la idolatría casi con la leche de sus madres, sostengan las imágenes y los ídolos, y argumentando escriban a favor de esto. Pero en realidad no es tan importante si el que escribe es un judío o un gentil, que está vinculado a la religión de Cristo, lo que realmente importa es si lo que escribe está de acuerdo o en contra de la Palabra de Dios, y por lo tanto si esta lo acredita o lo desacredita. Ahora bien, lo que la Palabra de Dios dice de los ídolos y las imágenes, y de la adoración de los mismos, lo escuchaste ampliamente en la primera parte de esta Homilía.

San Ambrosio, en su tratado sobre la muerte de Teodosio el Emperador, dice que Helena encontró la Cruz y el título sobre esta. Ella adoró al Rey de los Judíos con seguridad y no a la madera (porque eso es un error pagano, y una vanidad de los malvados), de esta forma ella adoró al que colgaba en la Cruz y cuyo nombre estaba inscrito en el título, y de esta forma continua. Ved la acción piadosa de la Emperatriz, y el juicio de San Ambrosio sobre esto a la vez: ellos pensaron que sería un error pagano adorar la Cruz misma, aunque esta estuviera empapada con la sangre preciosa de nuestro Salvador Cristo. Sin embargo, hoy se postran ante cada pieza de madera que representa la Cruz, siendo que esta no es más que una imagen de aquella Cruz.

San Agustín, el más erudito de todos los doctores antiguos, en su Epístola XLIIII a Máximo, dice que debes saber que ninguno de los muertos, ni ninguna cosa de la creación de Dios, es adorada como Dios por los cristianos católicos, de los cuales también hay una iglesia en tu poblado. Ten en cuenta que, según San Agustín, los que adoran a los muertos o a las criaturas no son cristianos católicos.

El mismo San Agustín enseña en el libro XII de la Ciudad de Dios, en el décimo capítulo, que ni los templos ni las iglesias deben ser contruidos o hechos para los mártires o los santos, sino sólo para DIOS; y que no deben ser nombrados sacerdotes por los mártires o los santos, sino sólo por DIOS. El mismo San Agustín en su libro de las costumbres de la Iglesia Católica, tiene estas palabras: Sé que muchos son adoradores de las tumbas y de las imágenes, sé que hay muchos que banquetean muy desenfrenadamente sobre los sepulcros de los muertos, y ofrecen carne en honor a los cadáveres, se entierran sobre los enterrados, y atribuyen su glotonería y su embriaguez a la religión. Verás, él considera que adorar las tumbas de los santos y las imágenes es tan buena religión como la glotonería y la embriaguez, y no mejor que esto. San Agustín sigue en gran medida a Marcus Varrón, al afirmar que la religión es más pura sin imágenes, y se dice a sí mismo:

las imágenes son más fuertes para quebrantar un alma infeliz, que para enseñarla e instruirla. Y además dice: todos los niños, y todas las bestias, saben que no es a Dios a quien ven. ¿Por qué, entonces, el Espíritu Santo nos enseña tan a menudo lo que todos los hombres saben? A lo que el mismo San Agustín responde así (Agustín, Liber de Civi. Deim Cap. 43; Salmos 36 y 113). Porque (dice) cuando las imágenes se colocan en los templos, y se les da una sublimidad honorable, comienzan a ser adoradas, y de esta forma engendran el más vil afecto al error. Este es el juicio de San Agustín sobre las imágenes en las iglesias; que con el tiempo engendran el error y la idolatría. Sería tedioso enumerar todos los demás lugares que se podrían citar de los antiguos Doctores contra las Imágenes y la idolatría. Por lo tanto, nos contentaremos con estos pocos en este momento. Ahora bien, en cuanto a las historias eclesiásticas, en lo que respecta a este asunto, para que sepáis por qué y cuándo, y por quiénes se usaron primero las imágenes en privado, y después no sólo se recibieron en las iglesias y templos cristianos, sino que también terminaron siendo adoradas, y como ya lo hemos dicho anteriormente, se les resistió y fueron prohibidas, tanto por los obispos piadosos y los doctores eruditos, como por varios príncipes cristianos: Ahora recogeré brevemente en una historia compendiosa, un recuento general, el cual encontramos escrito en varios lugares por diversos autores e historiógrafos antiguos sobre este asunto.

Así como los judíos, quienes teniendo el más claro y directo mandato de Dios, de que no debían hacer ni adorar ninguna imagen (como ya se ha declarado ampliamente), no obstante este mandato, debido al ejemplo de los gentiles o pueblos paganos que habitaban alrededor de ellos, cayeron en la fabricación de imágenes, y en su adoración, de esta forma cometieron la más abominable idolatría, por lo que DIOS, por medio de sus santos Profetas, los reprendió y amenazó muy agudamente, y después cumplió sus amenazas castigándolos en extremo (como también se expuso anteriormente). De igual forma, algunos de los cristianos de antaño, que se convirtieron de la adoración de ídolos y falsos dioses, al verdadero Dios vivo y a nuestro Salvador Jesucristo, pintaron o esculpieron imágenes de nuestro Salvador Cristo, de su Madre María y de los Apóstoles, pensando que esto era una expresión de gratitud y bondad hacia aquellos por quienes habían recibido el verdadero conocimiento de Dios y la doctrina del Evangelio. Pero estos cuadros o imágenes no llegaron en aquel momento a las iglesias, ni fueron adorados en tiempos cristianos primitivos. Y para que no penséis que digo esto de mi propia cabeza sin autorización, atribuyo a Eusebio, obispo de Cesarea, y el más antiguo autor de la Historia Eclesiástica, quien vivió alrededor de los trescientos treinta años después de nuestro Señor en los días de Constantino Magno, y su hijo Constancio Emperador, en el séptimo libro de su obra, en el capítulo XVIII, y San Jerónimo comentando el décimo capítulo del profeta Jeremías nos dicen ambos expresamente, que los errores de las imágenes (como los llama San Jerónimo) han llegado y pasado a los gentiles a los cristianos, por el uso y costumbre pagana. La causa y los medios los muestra Eusebio, diciendo: No es de extrañar que los que antes eran gentiles, y creían de esta forma, les pareciera cosa normal ofrecer esto, como un regalo a

nuestro Salvador, por los beneficios que habían recibido de Él, sí, y vemos ahora que se hacen imágenes de Pedro y Pablo, y de nuestro Salvador mismo, y que se pintan tablas, lo que me parece haber sido observado y guardado indistintamente por un creyente pagano. Porque los paganos acostumbran a honrar a quienes juzgan dignos de honor, para que se conserven algunas señales de los antiguos. Porque preservarlos para el recuerdo de la posteridad es una muestra del honor que tuvieron en el pasado, y de amor para los que vienen después.

Hasta aquí he repetido las palabras de Eusebio. Donde notáis que tanto San Jerónimo como él están de acuerdo en que estas imágenes entraron entre los hombres cristianos por medio de los que eran gentiles y estaban acostumbrados a los ídolos, y que al convertirse a la fe de Cristo, todavía quedaban algunos restos de paganismo no purificados del todo, pues San Jerónimo lo califica de error manifiesto. Y el mismo ejemplo vemos en las Hechos de los Apóstoles, de los Judíos, que cuando se convirtieron a Cristo, habrían traído su circuncisión (a la que estaban acostumbrados por tanto tiempo) con ellos, a la Religión de Cristo. Con los cuales los Apóstoles (concretamente San Pablo) tuvieron mucha discusión por la permanencia de ese asunto (Hechos 15.5). Pero el intento de introducir la Circuncisión fue menos asombroso, ya que fue lo primero que se hizo por ordenanza y mandato de Dios. Así, un hombre puede preguntarse, con toda justicia, cómo pueden entrar las imágenes que van tan directamente en contra de la Santa Palabra de Dios y de sus estrictos mandamientos. Pero las imágenes todavía no eran adoradas en el tiempo de Eusebio, ni se establecían públicamente en las iglesias y templos, y los que las tenían en privado, se equivocaban por un cierto motivo, y no por malicia; pero después se colaron de las casas privadas a las iglesias, y así crearon la primera superstición, y la última de todas las idolatrías entre los cristianos, como se verá más adelante.

En el tiempo de Teodosio y Marciano, emperadores que reinaron alrededor del 460 del año de nuestro Señor, y hace 1117 años, cuando la gente de la ciudad de Nola celebraba una vez al año el día del nacimiento de San Félix en el Templo, y solía banquetear allí suntuosamente, Poncio Paulino, obispo de Nola, mandó pintar las paredes del Templo con historias tomadas del Antiguo Testamento, para que la gente, al contemplar y considerar esas imágenes, se abstuvieran mejor de la gula, el desenfreno y el disturbio. Y más o menos en la misma época Aurelio Prudencio, un poeta muy erudito y cristiano, declaró cómo vio pintada en una iglesia la historia de la pasión de San Casiano, un maestro de escuela y mártir, a quien sus propios estudiantes, por orden del tirano, atormentaron pinchando o apuñalando por delante en su cuerpo con sus plumas de escribir y con los cortapapeles, y así con mil heridas y más (como dice Prudencio) lo mataron muy cruelmente. Y estas fueron las primeras pinturas en las iglesias que fueron notables de la antigüedad. Y de esta forma, por este ejemplo, llegó la pintura, y después las imágenes de madera y piedra, y otros materiales, a las iglesias de los cristianos. Ahora bien, considerad bien este principio: los hombres no están tan dispuestos a adorar un cuadro en una

pared o en una ventana como una imagen dorada y en alto relieve, engastada con perlas y piedras. Y una representación de una historia por medio de la pintura, en la que observamos los gestos y acciones de muchas personas, y comúnmente acompañada de la explicación escrita de los detalles, tiene otro uso en el lugar de su exposición, que aquel que se le da a un ídolo torpe o imagen que aparentemente se encuentra en pie por sí mismo. Pero de aprender por medio de historias pintadas, se llegó poco a poco a la idolatría. Lo cual, cuando los hombres piadosos (tanto emperadores y obispos eruditos como otros) se dieron cuenta, ordenaron que no se usaran más esas imágenes o ídolos. Y para declararlo, comenzaré con el decreto de los antiguos emperadores cristianos, Valente y Teodosio II, que reinaron unos cuatrocientos años después de la ascensión de nuestro Salvador Cristo, quienes prohibieron que se hicieran o pintaran imágenes en privado, pues es cierto que no había ninguna en los templos en su época. Estos emperadores escribieron al capitán del ejército quien era su asistente, de esta manera, Valente y Teodosio Emperadores, al capitán del ejército: Considerando que tenemos un diligente cuidado de mantener la religión de Dios en todas las cosas, no permitiremos a nadie que ponga, grabe, esculpa o pinte la imagen de nuestro Salvador Cristo en colores, piedra o cualquier otra materia, sino que en cualquier lugar que se encuentre, ordenamos que sea retirada, y que todos los que intenten algo contrario a nuestros decretos o mandatos aquí, sean castigados muy severamente. Este decreto está escrito en los libros llamados Libri Augustales, los libros del Emperador, reunidos por Triboniano, Basírides, Teófilo, Dioscórides y Satira, hombres de gran autoridad y erudición, por orden del Emperador Justiniano, y es alegado por Petrus Crinitus, un hombre notablemente erudito, en el libro IX, y el capítulo IX, de su obra, titulada, De la honesta disciplina, es decir, del aprendizaje honesto. Aquí se ve lo que los Príncipes Cristianos de los tiempos más antiguos decretaron contra las imágenes, que entonces comenzaron a introducirse entre los cristianos. Porque es cierto que por el espacio de trescientos años y más, después de la muerte de nuestro Salvador Cristo, y antes de que estos emperadores piadosos reinaran, no había imágenes públicamente en las iglesias o templos. ¿Cómo se gloriarían los idólatras, si acaso su impía práctica tuviera tanta antigüedad y autoridad como la que pretenden, diferente de lo que hemos aprendido aquí en contra de ellos?

Ahora bien, poco después de estos días, los godos, los vándalos, los hunos y otras naciones bárbaras y malvadas, irrumpieron en Italia y en todas las partes de los países occidentales de Europa, con enormes y poderosos ejércitos, asolaron todos los lugares, destruyeron ciudades y quemaron bibliotecas, de modo que el aprendizaje y la verdadera religión se desvaneció y decayó increíblemente. Y así los Obispos de esos últimos días, siendo de menor conocimiento, y en medio de las guerras, teniendo menos cuidado que los Obispos anteriores, debido a la ignorancia de la Palabra de Dios, y una marcada negligencia, no se sostuvieron en lo correcto. Así, observamos especialmente que con la llegar los Príncipes bárbaros, quienes no estaba correctamente instruidos en las reglas de la verdadera Religión, trajeron las imágenes a la Iglesia de Cristo en las partes occidentales, donde esta gente bárbara

gobernaba, no sólo con telas pintadas, sino también con imágenes en alto relieve engastadas con piedras preciosas, de madera, metal y otros materiales similares, y no sólo se contentaron con colocarlas, sino que también comenzaron a ser adoradas. Por lo tanto, Serenus, obispo de Massile, la ciudad principal de Gallia Nabonensis (ahora llamada la Provincia), un hombre piadoso y erudito, quien vivió unos seiscientos años después de nuestro Salvador Cristo, viendo que la gente, por ocasión de las imágenes, caía en la más abominable idolatría, rompió en pedazos todas las imágenes de Cristo y de los santos que había en esa ciudad, por lo que se recurrió a Gregorio, el primero de ese nombre, obispo de Roma, quien fue el primer obispo erudito que permitió tener imágenes abiertamente en las iglesias, del que se haga referencia en cualquier escrito o historia de la antigüedad. Y en este Gregorio basan su defensa todos los adoradores de imágenes en la actualidad. Pero como todas las cosas que se admiten, y desde un comienzo se toleran han crecido cada vez peor, hasta que al final se volvieron insoportables, así sucedió con este asunto de las imágenes. Primero, los hombres utilizaron en privado historias pintadas en retablos, telas y paredes. Después, imágenes groseras y en alto relieve de forma privada en sus propias casas. Luego se introducen primero las pinturas, y después las imágenes en alto relieve en las iglesias, ante lo cual los hombres doctos y piadosos siempre hablaron en contra y se opusieron. Luego, por el uso, se permitió abiertamente que podían estar en las iglesias, pero se prohibió que fueran adoradas. De esta opinión era Gregorio, como se desprende claramente de la Epístola de Gregorio al mencionado Obispo Serenus de Massile. Esta epístola se encuentra en el libro de Epístolas de Gregorio, o Registro, en la décima parte de la cuarta epístola, donde dice estas palabras: Que prohíbas que se adoren imágenes, lo rogamos totalmente, pero que las destruyas, lo reprochamos. Porque una cosa es adorar la imagen, y otra cosa es, aprender por medio de la historia de la imagen lo que debe ser adorado. Porque lo que la Escritura es para los que leen, lo mismo representa la imagen para los ignorantes o los analfabetos, y así sucesivamente. Y después de unas pocas palabras continúa: Por lo tanto, no debería haber sido roto, lo que fue puesto, no para ser adorado en las iglesias, más sí para instruir las mentes de los ignorantes. Y un poco después afirma, así debías haber dicho: Si queréis tener imágenes en la Iglesia para esa instrucción por la que fueron hechas en la antigüedad, yo permito que se hagan, y que las tengáis, y las mostréis, pero no sin la explicación de la historia que representa la imagen, así pues, entiendo, que ese culto que se le daba a las imágenes de manera incontenible, es lo que os disgustó. Y si alguno quiere hacer imágenes, no se lo prohíban, sino que eviten por todos los medios adorar cualquier imagen. Por estas frases tomadas aquí y allá de la Epístola de Gregorio a Serenus (pues sería demasiado largo repetirlas todas) podéis entender hoy de qué trataba el asunto hace seiscientos años después de Cristo, y que el tener imágenes o cuadros en las iglesias, se mantenía entonces en la parte occidental del mundo (pues no se encontraban tan establecidas para aquel momento en la Iglesia oriental), pero el adorarlos estaba totalmente prohibido. Y puedes notar, que viendo que no hay ninguna base para la adoración de las imágenes en los escritos de Gregorio, sino una clara condena de esta idolatría, sin embargo, aquellos que adoran

imágenes apelan a Gregorio para justificar sus acciones. Y además, si las imágenes en la iglesia no enseñan a los hombres según el entendimiento de Gregorio, sino que más bien los ciegan, se deduce que las imágenes no deben estar en la Iglesia por su propio argumento, que sostiene que sólo quiere que se coloquen allí con el fin de instruir a los ignorantes. Por lo tanto, si se declara que las imágenes han sido y son adoradas, y también que no enseñan nada más que errores y mentiras (lo cual, por la gracia de Dios, no se hará más en lo sucesivo), confío en que entonces, por el propio argumento de Gregorio, todas las imágenes y los adoradores de estas serán derrocados. Pero en aquel entonces, la autoridad de Gregorio era tan grande en toda la Iglesia de Occidente, que por su estímulo los hombres erigieron imágenes en todos los lugares, pero el juicio de ellos no fue tan bueno como para considerar por qué él las había erigido, sino que todos cayeron en la idolatría manifiesta al adorarlas, lo que el Obispo Serenus (no sin causa justa) temió que sucediera. Ahora bien, si se hubiera tenido en cuenta el juicio de Serenus, quien pensó que era apropiado que las imágenes a las que se les rendía culto fueran destruidas, la idolatría habría sido derribada, porque nadie comete este tipo de idolatría sin imágenes. Pero la opinión de Gregorio, que pensaba que las imágenes podían ser permitidas en las iglesias, para la instrucción y no para la adoración, qué gran ruina trajo a la religión, y qué daño siguió después sobre toda la cristiandad, de tal forma que la experiencia ha demostrado que esto ha sido para un gran daño y la caída en una condición lamentable. Primero, por el cisma que surgió entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente acerca de dichas imágenes. Luego, por la división del Imperio en dos partes por el mismo motivo de las imágenes, para el gran debilitamiento de toda la cristiandad, por lo que, por último, ha seguido el derrocamiento total de la religión cristiana y del noble Imperio en Grecia y en todas las partes orientales del mundo, y el aumento de la falsa religión de los mahometanos, y el dominio cruel y la tiranía de los sarracenos y turcos, que ahora cuelgan sobre nuestros cuellos también, pues han venido a habitar en las partes occidentales del mundo, listos en todo momento para invadirnos. Y todo esto lo debemos a nuestros ídolos e imágenes, y a nuestra idolatría al adorarlos.

Pero ahora, veamos un poco el proceso de desarrollo histórico, en el que seguiré en gran medida las historias de Paulus Diaconus, y otros que se regocijan con Eutropio, un antiguo escritor (Eutropio, Liber de Rebus Rom., 23). Porque, aunque algunos de los autores eran partidarios de las imágenes, sin embargo, las historias de aquellos tiempos se explican con mayor claridad y de forma más amplia en el registro de Bautista Platina en su historia de los Papas (Bautista Platina, Vidas de Constantino y Gregorio II), lo que hizo notablemente en las vidas de Constantino, y Gregorio Segundo, Obispos de Roma, y también veremos otros lugares (donde él trata sobre este asunto) tomándolo como referencia principal. Después de la época de Gregorio, Constantino, Obispo de Roma, reunión a un consejo de Obispos de la Iglesia Occidental y condenó a Filipo, siendo este Emperador en aquellos días, y a Juan, Obispo de Constantinopla, por la herejía del monotelismo, no sin causa, sino obrando con gran justicia. Una vez hecho esto, con el consentimiento de los sabios

que lo rodeaban, el mencionado Constantino Obispo de Roma, hizo que se pintaran en la entrada de la Iglesia de San Pedro en Roma las imágenes de los antiguos padres, que habían participado de los seis concilios que fueron permitidos y recibidos por todos los hombres. Cuando los griegos tuvieron conocimiento de esto, comenzaron a discutir y a razonar sobre el asunto de las imágenes con los latinos, y sostuvieron esta opinión, que las imágenes no podían tener lugar en la Iglesia de Cristo, y los latinos sostuvieron lo contrario, y se definieron como partidarios de las imágenes. De esta manera las Iglesias de Oriente y Occidente, que antes estaban de acuerdo, en esta disputa sobre las imágenes, cayeron en una abierta y absoluta enemistad, que nunca se ha reconciliado. Pero entretanto, los emperadores Filipo y Artemio, o Anastasio, ordenaron que las imágenes y los cuadros fueran derribados y eliminados en todos los lugares de su dominio. Después de ellos vino Teodosio el tercero, quien ordenó que las imágenes desfiguradas fueran pintadas de nuevo en sus lugares; pero este Teodosio reinó sólo un año. Le sucedió el tercero de ese nombre, que era de origen sirio, un príncipe muy sabio, piadoso, misericordioso y valiente. Este León, por medio de una proclama, ordenó que todas las imágenes colocadas en las iglesias para ser adoradas, fueran arrancadas y destruidas, y exigió especialmente al obispo de Roma que hiciera lo mismo, y él por su cuenta, en el mismo tiempo, hizo que todas las imágenes que estaban en la ciudad imperial de Constantinopla se amontonaran en un montículo en el centro de la ciudad, y allí las quemó públicamente hasta convertirlas en cenizas, y blanqueó y borró todas las imágenes pintadas en las paredes de los templos, y castigó duramente a varios guardadores de imágenes. Y cuando algunos lo denunciaron como tirano, les respondió diciéndoles que los tales fueron castigados con mayor justicia, porque no adoraban a Dios correctamente, ni consideraban la Majestad y la autoridad imperial, sino que se rebelaban maliciosamente contra las leyes sanas y provechosas. Cuando Gregorio, el tercero de ese nombre, obispo de Roma, se enteró de las acciones del emperador en Grecia con respecto a las imágenes, reunió un consejo de obispos italianos contra él, y allí hizo decretos a favor de las imágenes, llegando a imponer que se les diera más reverencia y honor que antes, sumado a esto, agitó a los italianos contra el emperador, primero en Rávena, motivándolos a la rebelión.

Traición y rebelión por la defensa de las imágenes. Y como Uspurgensis y Anthonius Obispo de Florencia atestiguan en sus Crónicas, hizo que Roma y por lo menos toda Italia, abdicaran de su obediencia y el pago de más tributos al Emperador: y así de forma traicionera y rebelde mantuvieron su idolatría. Este ejemplo, otros obispos de Roma lo han seguido continuamente, y lo han llevado a cabo con toda firmeza.

Después de este León, que reinó XXXIII años, le sucedió su hijo Constantino el quinto, quien siguiendo el ejemplo de su padre, mantuvo las imágenes fuera de los templos, y siendo presionado por el Consejo que Gregorio había reunido en Italia para abogar en favor de las imágenes en contra de las disposiciones de su padre, él también reunió un Consejo de todos los hombres sabios y obispos de Asia y Grecia,

aunque algunos escritores atribuyen este consejo a los últimos días de León Isaurico su padre.

Un consejo contra las imágenes. En esta gran asamblea se reunieron en consejo desde el cuatro al 13 de febrero, continuando hasta el 13 de agosto, e hicieron un decreto sobre el uso de las imágenes, que reza: No es lícito para los que creen en DIOS por medio de Jesucristo, tener imágenes, ni del creador, ni de ninguna criatura, colocadas en los templos para ser adoradas, sino que todas las cosas se deben hacer por la ley de Dios y para evitar ofenderlo, deben ser sacadas de las Iglesias. Y este decreto fue ejecutado en todos los lugares donde se encontraban imágenes en Asia o Grecia. Y el emperador envió la decisión de este consejo celebrado en Constantinopla a Pablo, obispo de Roma en aquellos días, y le ordenó que expulsara todas las imágenes de las iglesias, lo que él (confiando en la amistad de Pipino, un poderoso príncipe) se negó a hacer. Y tanto él como su sucesor Estéfano el tercero (que reunió otro consejo en Italia a favor de las imágenes) condenaron al Emperador y al consejo de Constantinopla de herejía, y decretaron que las santas imágenes (porque así las llamaban) de Cristo, la bendita Virgen, y otros santos, eran de hecho dignas de honor y culto.

Durante Irene. Cuando Constantino murió, su hijo León IV reinó después de él, quien se casó con una mujer de la ciudad de Atenas, llamada Teodora, que también se llamaba Irene, con quien tuvo un hijo, llamado Constantino Sexto, y al morir mientras su hijo era todavía joven, dejó el regimiento del Imperio y el gobierno de su hijo mayor a su esposa Irene. Estas cosas se hicieron en la Iglesia alrededor del año 760 de nuestro Señor. Observen aquí, les ruego, en este proceso de la historia, que en las iglesias de Asia y Grecia, no había imágenes colocadas públicamente por el espacio de casi setecientos años. Y no hay duda de que la Iglesia primitiva después del tiempo de los Apóstoles era muy pura. Obsérvese también que, cuando comenzó la disputa sobre las imágenes, de seis emperadores cristianos, quienes debido a su investidura como magistrados debían especial obediencia a la ley de Dios, sólo uno, el llamado Teodosio, quien reinó sólo un año, se mantuvo a favor de las imágenes. Todos los demás emperadores, y todos los hombres eruditos y obispos de la Iglesia de Oriente, reunidos en consejo las condenaron, además de los dos emperadores antes mencionados, Valente y Teodosio el segundo, quienes fueron mucho antes de estos tiempos, prohibieron directamente que se hicieran imágenes. Y universalmente después de este tiempo, todos los emperadores de Grecia (con excepción de Teodosio) destruyeron continuamente todas las imágenes. Ahora bien, en la parte contraria, notad que los Obispos de Roma, no siendo Magistrados civiles nombrados por Dios, ni teniendo autoridad más allá de sus diócesis, usurpando la autoridad de los Príncipes en contra de la palabra de Dios, fueron los que mantuvieron las imágenes en contra de la palabra de Dios, estos fueron provocadores de sediciones y de la rebelión, y trabajadores a traición continua contra sus Señores soberanos, contra las ordenanzas de todas las leyes humanas, siendo no sólo enemigos de Dios, sino también rebeldes y traidores contra sus Príncipes. Estos son los primeros que

trajeron imágenes abiertamente a las iglesias, estos son los que las han colocado en las iglesias, y estos son los medios por los que las han colocado, es decir, conspiración, traición y rebelión contra Dios y sus príncipes.

Ahora a continuación, aprendamos de la historia más digna de ser conocida. Cuando Constantino VI era un niño pequeño, la emperatriz Irene, su madre, en cuyas manos quedó el regimiento del Imperio, y quien actuaba en gran medida basada en los consejos del obispo Teodoro y del patriarca Tarasio de Constantinopla, quienes practicaban y mantenían con el obispo de Roma la defensa de las imágenes con gran empeño. Por cuyo consejo e intrepidez, la emperatriz desenterró primero el cuerpo de su suegro Constantino el quinto, y ordenó que fuera quemado abiertamente, y que las cenizas fueran arrojadas al mar. Este ejemplo (según el informe constante) se habría puesto en práctica con los cuerpos de los príncipes en nuestros días, si la autoridad del santo padre hubiera continuado un poco más. La causa en la que se fundamentó la emperatriz Irene para hacer esto contra la memoria de su suegro, es que él en vida, había destruido las imágenes y había quitado los ornamentos suntuosos de las iglesias, diciendo que Cristo, deseaba la pobreza y no las perlas y las piedras preciosas en los templos que a Él pertenecían. Posteriormente, la mencionada Irene, por persuasión de Adrián, obispo de Roma, y Pablo, patriarca de Constantinopla, y su sucesor Tarasio, reunieron un consejo de obispos de Asia y Grecia en la ciudad de Nicea, donde el obispo de Roma legisló, siendo presidente del consejo, estos ordenaron todas las cosas según su criterio en contra del consejo que se reunió antes bajo el Emperador Constantino el quinto, quienes habían decretado que todas las imágenes debían ser destruidas, de esta forma condenaron este sabio consejo como una asamblea herética, y se decretó que las imágenes debían ser colocadas en todas las iglesias de Grecia, y que se les debían dar honor y culto a dichas imágenes.

Un decreto en favor de la adoración de imágenes. Y así, la Emperatrices no escatimó en la colocación de imágenes, ni en el costo que producía el decorarlas en todas las iglesias, e hicieron que Constantinopla se pareciera en poco tiempo a Roma. Así pues, puedes ver lo que el Obispo Serenus temía, y Gregorio el primero prohibió en vano: a saber, que las imágenes no deberían ser adoradas de ninguna manera. Porque ahora no sólo los simples e imprudentes (para quienes especialmente las imágenes, son una trampa, como enseñan las Escrituras), sino también los obispos y los hombres cultos, caen en la idolatría con motivo de las imágenes, sí, y hacen decretos y leyes para el mantenimiento de las mismas. Es tan difícil, y de hecho imposible, tener imágenes públicas en las iglesias y templos sin caer en idolatría, como se desprende del espacio de poco más de cien años entre Gregorio I, que prohibió rotundamente el culto a las imágenes, y Gregorio III, Pablo y León III, obispos de Roma, quienes, en consejo ordenaron y decretaron el culto a las imágenes, lo cual se establece evidentemente.

Cuando Constantino, el joven emperador, llegó a la edad de veinte años, cada día era menos popular. Porque los que rodeaban a su madre la persuadieron de que Dios había decidido que ella reinara sola, y no su hijo con ella. La ambiciosa mujer, creyendo lo mismo, privó a su hijo de toda dignidad imperial, y obligó a todos los hombres de guerra, con sus capitanes, a jurar ante ella que no permitirían que su hijo Constantino reinara durante su vida. Con este trato indigno, el joven Príncipe fue movido a recuperar el regimiento del Imperio bajo su autoridad por la fuerza, y ya que había sido educado en la verdadera religión en el tiempo de su padre, viendo él la superstición de su madre Irene, y la idolatría cometida debido a la adoración de las imágenes, derribó, rompió y quemó todos los ídolos e imágenes que su madre había establecido. Pero pocos años después, Irene, la Emperatriz, volvió a obtener el favor de su hijo, después de haberle persuadido para que le sacara los ojos a Nicéforo, su tío, y para que les cortara la lengua a sus otros cuatro tíos, también para que abandonara a su esposa, con la finalidad, de que por estos medios, se hiciera odiar por todos sus súbditos; Además, para demostrar que ella no era una mujer cambiante, sino que era la misma que antes había desenterrado y quemado el cuerpo de su suegro, simuló que sería una madre tan natural como lo sería una hija amable, esto lo hizo al ver que las imágenes que tanto amaba, y que con tanto costo había establecido, eran destruidas diariamente por su hijo el Emperador, de tal forma que se valió de la ayuda de algunos buenos compañeros para privar a su hijo del Imperio. Y primero, como una madre bondadosa y cariñosa, le sacó ambos ojos, y lo puso en prisión, donde después de largos y muchos tormentos, al final lo mató cruelmente.

En esta historia, atribuida a Eutropio, está escrito que el Sol se oscureció por el espacio de XVII días de la manera más extraña y espantosa, y que todos los hombres decían que, debido a la horrible crueldad de esos hechos antinaturales de Irene, llegando al colmo de haber sacado los ojos del Emperador, el Sol había perdido su luz. Pero, en efecto, DIOS quiso significar con la oscuridad del Sol, la oscuridad y ceguera en la que se encontraban debido a la ignorancia y la idolatría, y por la que caería la cristiandad con motivo de las imágenes. El sol brillante de su verdad eterna, y la luz de su Santa Palabra había sido cambiado por los mitos y las nubes negras de las tradiciones humanas, siendo manchado y oscurecido, acompañado por varios terremotos terribles que ocurrieron alrededor del mismo tiempo, así también DIOS significó que el estado tranquilo de la religión verdadera, sería extremada y horriblemente sacudido y turbulento debido a esta idolatría. Y aquí se puede ver qué amable y virtuosa era esta Irene, qué cariñosa sobrina fue con sus tíos por parte de su marido, qué amable suegra con la esposa de su hijo, qué cariñosa hija con su suegro, qué madre tan natural con su propio hijo, y qué robusto y valiente capitán tenían los obispos de Roma para el establecimiento y mantenimiento de sus ídolos o imágenes. Ciertamente, no podrían haber encontrado una patrona mejor para el establecimiento y sostenimiento de tal asunto, que esta Irene, cuya ambición y deseo de gobernar era insaciable, quien continuamente estudiaba a su alrededor para perpetrar y realizar sus traiciones, esta era de lo más abominable, su crueldad

malvada y antinatural sobrepasó a Medea y Progne, cuyos detestables parecidos han sido fuente de inspiración a los Poetas, para escribir sus horribles tragedias.

Y, sin embargo, algunos historiadores, que ponen por escrito todas sus horribles maldades, por el amor que tenían a las imágenes, y su deseo de mantenerlas, la describen como una Emperatriz piadosa, y como enviada de Dios. A tal grado de ceguera conduce la falsa superstición, una vez se apodera de la mente de un hombre, que justificará los vicios de los príncipes malvados, e incluso los elogiará. Pero no mucho tiempo después, la mencionada Irene fue sospechosa ante los príncipes y señores de Grecia de traición, por alienar el Imperio a Carlos, rey de los francos, y por procurar llevar a cabo un matrimonio secreto entre ella y el mencionado rey, por lo cual fue condenada, fue depuesta por los mencionados señores, privada de nuevo del Imperio, y llevada al exilio a la isla de Lesbos, donde terminó su vida.

Otro consejo contra las imágenes. Mientras que estas tragedias sobre las imágenes se estaban imponiendo en Grecia, la misma cuestión del uso de las imágenes en las iglesias comenzó a ser removida también en España. Y en Ilíberi, una ciudad notable, ahora llamada Granate, se reunió un consejo de obispos españoles y otros hombres eruditos, y allí, después de una larga deliberación y debate sobre esta cuestión, se concluyó finalmente por todo el consejo, de esta manera, en el artículo 36.

Doctores del consejo contra las imágenes. Creemos que las imágenes no deben estar en las iglesias, estas no deben ser pintadas en las paredes dándoles honra y adoración. Y en el Canon XLI. En un Canon de ese consejo está escrito así: Pensamos que es bueno amonestar a los fieles para que, en la medida en que les sea posible, no permitan que haya imágenes en sus casas, pero si temen alguna violencia de sus siervos, al menos que se mantengan limpios y puros de imágenes; si no lo hacen, que no sean considerados pertenecientes a la Iglesia. Observen aquí, les ruego, cómo todo un gran país en el oeste y el sur de Europa, más cercano a Roma que a Grecia en cuanto a su posición, está de acuerdo con los griegos en contra de las imágenes, y no sólo las prohíbe en las iglesias, sino también en las casas privadas, y excomulga a los que hacen lo contrario.

Otro consejo contra las imágenes. Y otro consejo de los sabios de toda España, llamado Concilium Toletanum Duodecimum, decretó y determinó igualmente contra las imágenes y los adoradores de estas. Pero cuando los decretos del consejo español de Ilíberi llegaron a conocimiento del Obispo de Roma y sus adherentes, temiendo que toda Alemania decretara también contra las imágenes y las abandonara, pensaron en impedir el asunto, y con el consentimiento y la ayuda del príncipe de los francos (cuyo poder era entonces muy grande en las partes occidentales del mundo) reunieron un consejo de alemanes en Fráncfort, y allí procuró que el consejo español contra las imágenes antes mencionado fuera

condenado con el nombre de herejía foeliciano, (pues el obispo Foelix de Aquitania era el principal en ese consejo) e hizo que las actas del segundo consejo niceno fueran recibidas, este fue el que reunió Irene (la santa Emperatriz de la que habéis oído hablar antes), a dichas actas se aunaron la sentencia del obispo de Roma sobre las imágenes. Porque los papistas informan de la historia del consejo de Fráncfort de manera muy similar. A pesar de que el libro de Carolus Magnus, quien fue su propio escritor, como lo muestra el título, que ahora está impreso y comúnmente en manos de los hombres, evidencia que la sentencia de ese Príncipe, y también de todo el consejo de Fráncfort, fue en contra de las imágenes, y contra el segundo consejo de Nicea reunido por Irene a favor de las imágenes, y lo califica de consejo arrogante, insensato e impío, y declara que la asamblea del consejo de Fráncfort, ha sido hecha y reunida directamente contra ese consejo niceno, y los errores del mismo. De lo que se deduce necesariamente que, o bien hubo en tiempos de este príncipe dos consejos reunidos en Fráncfort, uno contrario al otro, lo que no aparece en la historia, o bien que después de su desarrollo y conclusión, los Papas y los Papistas han corrompido vergonzosamente este consejo, como es su costumbre, no sólo con los consejos, sino también con todas las historias y escritos de los antiguos doctores, falsificándolos y corrompiéndolos para el mantenimiento de sus malvados e impíos propósitos, como ha salido a la luz en los últimos tiempos, y como aparece en nuestros días de manera cada vez más evidente.

La donación falsificada de Constantino. Es evidente que dicha donación en nombre de Constantino es una falsificación, así como es de destacar el notable intento de falsificar el primer Concilio de Nicea para establecer la Supremacía de los Papas, así observamos que esta práctica de falsificar y suplantar viene desde los tiempos de San Agustín, siendo estos testigos de ello, y que dicha práctica de hecho habría surtido efecto sin la diligencia y sabiduría del Santo de Hipona y otros obispos doctos y piadosos en África, quienes hicieron un gran trabajo y oposición, resistiendo y frenando esta impiedad. Ahora, procedamos para llegar al final de esta historia, y para mostraros el punto principal de lo que se produjo gracias al mantenimiento de las imágenes.

El deseo de falsificar el consejo niceno. Mientras que, desde el tiempo de Constantino Magno, hasta nuestros días, toda la autoridad imperial y el dominio soberano del Imperio de Roma, se mantuvo continuamente bajo el derecho y la posesión de los emperadores, que tenían su permanencia y sede Imperial en Constantinopla la Ciudad real. León III, entonces obispo de Roma, al ver a los emperadores griegos tan inclinados en contra de sus dioses de oro y plata, madera y piedra, y teniendo al rey de los francos o franceses, llamado Carlos, quien tenía un poder que era excesivamente grande sobre los condes occidentales, muy de acuerdo con su pensamiento, por causas que aparecerán más adelante, este bajo el pretexto de que los de Constantinopla se encontraban, debido al asunto de las imágenes, bajo la prohibición y la maldición del Papa, lo que supuestamente les hacía indignos de ser emperadores, o de gobernar, y además debido a que los

Emperadores de Grecia, se encontraban lejos, y por tal motivo no estaban listos para defender al Papa contra los Lombardes, sus enemigos, y otros con los que tenía diferencias, León tercero, lo digo, intentó una cosa muy extraña e inaudita no hecha antes, y de increíble audacia y presunción, se atrevió a fundamentar sobre su autoridad papal, el traslado del gobierno, la corona y el nombre mismo del Imperio, quitándolo a los griegos y entregándolo a Carlos el Grande, rey de los francos, no sin el consentimiento de la mencionada Irene, emperatriz de Grecia, que también pretendía casarse con el ya mencionado Carlos. Por esta causa, Irene fue depuesta y desterrada por los Señores de Grecia, como alguien que había traicionado al Imperio, como ya habéis oído.

Estas cosas ocurrieron alrededor del año 803 de nuestro Señor. Y los mencionados príncipes de Grecia, después de la expulsión de la mencionada Irene, de común acuerdo, eligieron y entronaron (como siempre lo habían hecho) un Emperador, llamado Nicéforo, a quien el Obispo de Roma y los de Occidente no quisieron reconocer como su Emperador; porque ya les habían levantado otro, y así se establecieron dos Emperadores. Y el Imperio que antes era uno, se dividió en dos partes, todo con motivo de los ídolos e imágenes, y la adoración de los mismos, así como el reino de los israelitas fue dividido en el pasado por la misma causa debido a la idolatría en tiempos del rey Roboam. Y de esta manera, el Obispo de Roma, teniendo asegurado el favor de Carlos el Grande por este medio, fue maravillosamente aumentado en poder y autoridad, e hizo en toda la Iglesia de Occidente (especialmente en Italia) lo que deseaba, erigiendo imágenes, adornándolas y exponiéndolas para ser adoradas por toda clase de hombres.

Con Stauratius. Cabe notar que las imágenes no se erigieron rápidamente, o que recibieron gran honra en Italia y Occidente en poco tiempo. Es menester decir que Nicéforo, emperador de Constantinopla y sus sucesores Stauratius, los dos Migueles, León, Teófilo, y otros de sus sucesores como emperadores en el Imperio de Grecia, continuamente derribaron, rompieron, quemaron y destruyeron las imágenes tan rápido como podían. Sin embargo, cuando el Emperador Teodoro, en el Consejo de los Leones, se puso de acuerdo con el Obispo de Roma erigiendo imágenes, razón por la cual fue despojado por los Nobles del Imperio de Grecia, y se eligió a otro en su lugar, y de esta forma surgió un celo, una sospecha, un rencor, un odio y una horrible enemistad entre los cristianos y los Imperios de los países de Oriente y Occidente, que nunca pudo ser apagada ni pacificada. Así que cuando los sarracenos primero, y después los turcos, invadieron a los cristianos, una parte de la cristiandad no quiso ayudar a la otra. Por esta razón, al final, el noble Imperio de Grecia y la ciudad imperial de Constantinopla se perdieron y cayeron en manos de los infieles, a tal punto ha sido su expansión que ahora han invadido casi toda la cristiandad y poseen más allá de la mitad de Hungría, que es parte del Imperio de Occidente, por lo cual nuestras cabezas están pendiendo, con un peligro total para toda la cristiandad.

Así vemos qué mar de males ha traído consigo el establecimiento de las imágenes, qué horrible cisma entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, qué odio entre unos y otros cristianos, consejos contra consejos, Iglesia contra Iglesia, cristianos contra cristianos, príncipes contra príncipes, rebeliones, traiciones, asesinatos antinaturales y muy crueles, la hija desenterrando y quemando el cuerpo de su padre el Emperador, la madre asesinando abominablemente a su propio hijo por amor a los ídolos, sin importarle que este era su Emperador, al final, la ruptura en dos partes de la Cristiandad y el Imperio, hasta que los infieles, sarracenos y turcos, enemigos comunes de ambas partes, han vencido, destruido y sometido cruelmente a la primera parte, es decir, a todo el Imperio de Grecia, Asia Menor, Tracia, Macedonia, Epiro, y muchos otros grandes y buenos países y provincias, sin tomar en cuenta que han ganado también una gran parte del otro Imperio, y han puesto al conjunto en temible y horrible peligro. Porque no es sin una justa y gran causa digna de ser temida que esto ocurre, como lo podemos observar en el abandono del Imperio de Roma debido a las imágenes y la adoración de estas, que los llevó a ser resquebrajados en pedazos y dividido, al igual que como ocurrió en el reino de Israel por la misma ofensa que trajo como resultado su división en la antigüedad. Así como la ofensa fue el castigo, al igual que les ocurrió a los Judíos, nos pasó a nosotros, es decir, Dios permitió que el tirano cruel y enemigo de nuestros bienes comunes y Religión nos sometiera, usó al turco, para cumplir su justa venganza, que se expresó, en parte por asesinatos, en parte que nosotros los cristianos fuéramos llevados lejos en cautiverio, así como lo hicieron los asirios y los reyes de Babilonia que asesinaron y llevaron lejos a los israelitas, y permitió que el Imperio de Roma y nuestra Religión Cristiana fuesen completamente pisoteados bajo sus pies, como lo permitió en aquellos días en el reino de Israel y con la verdadera Religión de Dios, siendo que el asunto que ya os he declarado antes también se ha infiltrado astutamente entre nosotros, así pues, observemos cómo la mayor parte de la cristiandad en menos de trescientos años de espacio, fue llevada al cautiverio y puesta bajo el más miserable trono de los turcos, y cómo el noble imperio de Grecia claramente fue destruido. Mientras que si los cristianos, divididos por estas cuestiones de imagen, se hubieran mantenido unidos, ningún infiel y malhechor habría podido prevalecer contra la cristiandad. Y todo este mal y miseria en que hemos caído hasta ahora se lo debemos a nuestros poderosos dioses de oro y plata, de madera y de piedra, en cuya ayuda y defensa (quienes no pueden ayudarse ni a sí mismos) hemos confiado tanto tiempo, hasta que nuestros enemigos los infieles nos han vencido y superado casi por completo. Una justa recompensa para los que han abandonado al poderoso Dios vivo, el Señor de los ejércitos, y quienes se han rebajado dando el honor que solo le corresponde a Él, haciendo monumentos de piedra y madera, que tienen ojos y no ven, pies y no pueden caminar, una forma humana con todos sus miembros pero nada más que muerta, figuras que son malditas por Dios, al igual que todos los que las hacen, y ponen su confianza en ellas. Así entiendes (bien amado en nuestro Salvador Cristo) que por el juicio de aquellos antiguos doctores eruditos y piadosos de la Iglesia, y por las antiguas historias eclesiásticas, que concuerdan con la veracidad de la palabra de

DIOS, registrada en el Antiguo y Nuevo Testamento, que las imágenes y la adoración de estas eran en la Iglesia primitiva (la cual se caracterizaba por ser purísima e incorrupta) aborrecidas y detestadas, como abominables y contrarias a la verdadera Religión Cristiana. Y que cuando las imágenes empezaron a introducirse en la Iglesia, no sólo se habló y se escribió en contra de ellas por parte de obispos, doctores y clérigos piadosos y eruditos, sino que también fueron condenadas por consejos enteros de obispos y hombres eruditos reunidos, sí, las mencionadas imágenes fueron desfiguradas, rotas y destruidas por muchos emperadores y obispos cristianos, y eso hace más de setecientos y ochocientos años, y por lo tanto no es en los últimos días (como algunos quieren hacer creer) que se ha hablado y escrito en contra de las imágenes y de la adoración de estas. Por último, habéis oído los males y la miseria que, con motivo de dichas imágenes, han caído sobre toda la cristiandad, además de la pérdida de infinidad de almas, que es lo más horrible de todo. Por lo tanto, roguemos a Dios que, advertidos por su Santa Palabra, que prohíbe toda idolatría, y por la escritura de los antiguos doctores e historias eclesiásticas escritas y conservadas por orden de Dios para nuestra advertencia, huyamos de toda Idolatría, y así escapemos de los horribles castigos y plagas, tanto mundanos como eternos, advertidos bajo amenazas por la misma, que DIOS nuestro Padre celestial nos lo conceda, por causa de nuestro único Salvador y Mediador Jesucristo. Amén.

**La tercera parte de la Homilía contra las imágenes, y la adoración de las mismas, exponiendo las respuestas para contrarrestar los principales argumentos que se alegan en favor del mantenimiento de las imágenes. Esta parte puede ser utilizada para instruir a los Curas u hombres de buen entendimiento.**

Ahora habéis oído cuán claramente, cuán vehementemente, y como en muchos lugares, la palabra de DIOS habla no sólo contra la idolatría y la adoración de imágenes, sino también contra los ídolos y las imágenes en sí mismas: (me refiero siempre a esto, en el sentido de que somos incitados y provocados por estas a adorarlas, y no como si estuvieran simplemente prohibidas por el Nuevo Testamento, sin que tal ocasión y peligro existiera). Y también habéis oído de las historias eclesiásticas el comienzo, el desarrollo y el establecimiento exitoso de la idolatría por medio de imágenes, y la gran disputa en la Iglesia de Cristo acerca de ellas: esto para gran mal y decadencia de la cristiandad; y además habéis oído las sentencias de antiguos Padres, Doctores y Obispos piadosos y eruditos, contra las imágenes y la idolatría, tomadas de sus propios escritos. Se recuerda que las razones que se aducen para el mantenimiento de las imágenes, la pintura excesiva, la decoración dorada y el revestimiento, tanto de ellas como de los templos o las iglesias, también se responden y contrarrestan, en parte mediante la aplicación de algunos lugares antes alegados, a sus argumentos, y en parte, respondiendo de manera más amplia a los mismos. Así que esto es lo que nos ocupará en la última parte de este Tratado, pues no puede ser bien entendido por los más humildes, ni

los argumentos de los defensores de las imágenes pueden ser respondidos sin el minucioso cuidado de los detalles, y sin el conocimiento del Tratado anterior. Y aunque hay varias cosas que han sido mencionadas con anterioridad que se repiten aquí nuevamente, esta repetición no es superflua, sino en cierto modo necesaria, ya que la gente sencilla no puede entender de qué manera podemos aplicar las cosas dichas a los argumentos de los que mantienen imágenes, con lo cual, de otra manera, se podría abusar de ellos.

En primer lugar, los que mantienen las imágenes alegan que todas las leyes, prohibiciones y maldiciones, señaladas por nosotros en las Sagradas Escrituras, y las sentencias de los Doctores, también alegadas por nosotros, contra las imágenes y la adoración de las mismas, se refieren a los ídolos de los gentiles o paganos, como los ídolos de Júpiter, Marte, Mercurio, etc., y no a nuestras imágenes de Dios, de Cristo y de sus Santos. Pero se declarará tanto por la palabra de Dios, como por las sentencias de los antiguos Doctores, y el juicio de la Iglesia Primitiva, que todas las imágenes, tanto las nuestras, como los ídolos de los Gentiles, son prohibidas e ilegales, es decir, aquellas que se encuentra en las Iglesias y Templos. Y en primer lugar, esto debe ser respondido por la palabra de Dios, señalando que las imágenes de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ya sea por separado, o las imágenes de la Trinidad, que hemos tenido en todas las iglesias, son por las Escrituras expresa y directamente prohibidas y condenadas, como podemos leer en estos lugares: habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis... para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra (Deuteronomio 4.12, 16); y así también, como se explica ampliamente en la primera parte de este tratado contra las imágenes. Por lo tanto, en la antigua Ley, la parte central del propiciatorio, que representaba a Dios, estaba vacía, para que nadie tuviera ocasión de hacer alguna similitud o semejanza de Él. Isaías, después de haber expuesto la incomprensible Majestad de Dios, pregunta: ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? El artífice prepara la imagen de talla, el platero le extiende el oro y le funde cadenas de plata. El pobre escoge, para ofrecerle, madera que no se apolille; se busca un maestro sabio, que le haga una imagen de talla que no se mueva (Isaías 40.18-20) Y después de esto clama: Oh, desgraciados, ¿No sabéis? ¿No habéis oído? ¿Nunca os lo han dicho desde el principio? ¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó, no tenéis entendimiento que por medio la creación del mundo y la grandeza de la obra, es entendida la Majestad de Dios, el creador de todo, quien es más grande de lo que se pueda llegar a expresar o establecer por medio de cualquier imagen o similitud corporal? Hasta aquí el profeta Isaías, que desde el capítulo XLVIII, hasta el XLIX no trata de otra cosa. Y S. Pablo en los Hechos de los Apóstoles evidentemente enseña lo mismo, que no se puede hacer ninguna similitud con DIOS, en oro, plata, piedra o cualquier otro material (Hechos 17.29). Por estos y muchos otros lugares de la Escritura es evidente que ninguna imagen debe o puede ser hecha a DIOS. Porque, ¿Cómo se puede representar a DIOS, quien es un espíritu purísimo, que el hombre

nunca ha visto, mediante una similitud grosera, corporal y visible? ¿Cómo se puede expresar la infinita Majestad y grandeza de Dios, incomprensible para la mente del hombre, y más aún, imposible de abarcar con los sentidos, en una imagen pequeña? ¿Cómo puede una tonta imagen muerta expresar y representar al Dios vivo? ¿Qué puede expresar una imagen que, una vez caída, no puede levantarse de nuevo, que no puede ayudar a sus amigos ni herir a sus enemigos, del Dios Todopoderoso y potente, quien es el único que puede recompensar a sus amigos y destruir a sus enemigos eternamente? Un hombre podría gritar con razón con el Profeta Habacuc: ¿Instruirán o enseñarán tales imágenes algo correcto de DIOS? ¿Harán doctos a quienes las fabrican y las sirven? Todos aquellos hombres que han hecho una imagen de Dios para honrarlo, lo han deshonrado en gran medida, han disminuido su majestad, han manchado su gloria y han falsificado su verdad (Habacuc 2.18). Y por lo tanto S. Pablo dice, que los que han hecho cualquier similitud o imagen de Dios semejante a un hombre mortal, o cualquier otra criatura, en madera, piedra u otro material, han cambiado su verdad en mentira (Romanos 1.25). Porque estos pensaron que sus imágenes ya no eran lo que son en realidad, un trozo de madera o una piedra, sino que la tomaron como lo que no es, como DIOS, o una imagen de Él. Por lo tanto, una imagen de Dios no es sólo una mentira, es en realidad una doble mentira. Recordemos que el diablo es un mentiroso, y que es el padre de la mentira, por lo que las imágenes mentirosas que se hicieron de Dios, fueron para su gran deshonra, y para ser un horrible peligro para su pueblo, así pues, todo esto vino de la astucia del diablo (Juan 8:44).

Por lo tanto, son condenados por insensatez y maldad al hacer imágenes de Dios, o de la Trinidad, porque ninguna imagen de Dios debe o puede ser hecha, como por las Escrituras y la buena razón evidentemente observamos. Sí, y desear una imagen de Dios es una infidelidad, pues no creen que Dios esté presente, a no ser que puedan ver alguna señal o imagen de Él, como lo demuestran los hebreos en el desierto, que querían que Aarón les hiciera dioses que pudieran ir delante de ellos (Éxodo XXXII: 1).

Estos objetan que en Isaías y Daniel observamos ciertas descripciones de DIOS, como sentado en un trono alto y sublime, entonces, ¿Por qué un pintor no puede igualmente hacer una representación de Dios en colores para que sea visto, como un Juez sentado en un trono, así como es descrito en la Palabra de Dios por los Profetas, viendo que lo escrito en la Escritura difiere sólo un poco de la imagen? En primer lugar, hay que responder que las cosas prohibidas por la palabra de Dios, como la pintura de imágenes de Él, y las cosas permitidas por Dios, como las descripciones usadas por los Profetas, no son cosas iguales, ni debe ni puede la razón del hombre (aunque aparentemente proponga cosas muy buenas) hacer nada violando la palabra expresa de Dios, y la ley estatutaria pura, como bien puedo llamarla. Además, la Escritura, aunque tiene ciertas descripciones de Dios, sin embargo, si usted continúa leyendo adelante, verá que en ella se nos describe a Dios, declarando que Él es un espíritu puro, infinito, que trasciende el cielo y la

tierra, lo que evidentemente una imagen no puede hacer, ni lo puede representar en sí misma, sino que cuando a Dios se le asemeja a una figura corporal, deja allí la idea de que es un hombre finito, y fácilmente podemos ser conducidos a una herejía de antropomorfismos, pensando en Dios como alguien que tiene manos y pies, y que se sienta como lo hace un hombre, por lo que de esta forma hacen (como dice S. Agustín en su libro *De Fide et Symbolo*, capítulo VII) que caigan en esa idolatría que el Apóstol detesta, evidenciada en aquellos que han cambiado la gloria del DIOS incorruptible, por la similitud de un hombre corruptible (Romanos 1:23). Porque es una maldad para un cristiano erigir tal imagen a DIOS en un Templo, y mucha más maldad es erigir tal imagen en su corazón, creyendo en ella. Pero a esto responden que, a pesar de esta razón, se pueden hacer imágenes de Cristo, porque se encarnó y se hizo hombre. Sería bueno que primero se dieran cuenta de que hasta ahora han hecho una gran maldad al hacer y exhibir imágenes de Dios y de la Trinidad en todos los lugares, ante lo cual han sido condenados por la fuerza de la palabra de Dios y por buenas razones, y así, posteriormente descendieran a juicio por otras imágenes.

En cuanto a la objeción que plantean que es posible hacer una imagen de Cristo, la respuesta es fácil. Tengamos en cuenta que en la Palabra de Dios y en la Religión, no sólo se requiere si una cosa se puede hacer o no, sino también si es lícita y es conforme a la Sagrada Escritura el hacer esto o no. Porque todas las maldades pueden hacerse y de hecho se hacen a diario, pero no deben hacerse. Y las palabras que establecen las razones en los textos antes citados de las Escrituras, son que, las imágenes no deben, ni pueden asemejarse a DIOS. Por lo tanto, sostener que se pueden hacer imágenes de Cristo, a menos que se pueda demostrar que es legal que se hagan, nos conducen más bien a callar, o decir algo, pero al fin nada que contribuya para establecer el propósito. Y sin embargo, parece que no se puede hacer ninguna imagen de Cristo, sino una imagen mentirosa (tal como la Escritura llama peculiarmente a las imágenes siendo nada más que mentiras) porque Cristo es DIOS y hombre. Por lo tanto, viendo que para la Divinidad, que es la parte más excelente, no se pueden hacer Imágenes, queda demostrado que se le llama falsamente la imagen de Cristo (Romanos 1.23). Por lo tanto, las imágenes de Cristo no son sólo insuficientes, sino también mentiras. Esta razón sirve también para las imágenes de los santos, cuyas almas, las partes más excelentes de ellos, no pueden ser presentadas ni expresadas mediante imágenes. Por lo tanto, no son imágenes de los santos, cuyas almas reinan alegremente con Dios, sino de los cuerpos de los santos, que todavía yacen putrefactos en las tumbas. Sumado a todo esto, debemos decir, que no se puede hacer ninguna imagen verdadera del cuerpo de Cristo, porque no se sabe ahora de qué forma y aspecto era. Es así como, hay en Grecia y en Roma, y en otros lugares, diversas imágenes de Cristo, y ninguna de ellas se parece a otra, y sin embargo cada uno de ellos afirma que la suya es la verdadera y viva imagen de Cristo, lo cual no puede ser. Por lo tanto, tan pronto como se hace una imagen de Cristo, se hace una mentira de Él, lo que está prohibido por la palabra de Dios. Así pues, esto también se debe aplicar a las imágenes de los santos de la

antigüedad, ya que no se sabe qué forma y aspecto tenían. Por lo tanto, dado que la religión debe basarse en la verdad, las imágenes, que no pueden estar exentas de mentiras, no deben fabricarse ni utilizarse en la religión, ni colocarse en las iglesias y los templos, lugares especialmente destinados a la verdadera religión y al servicio de Dios. Y así queda establecido que no se puede hacer ninguna imagen verdadera de DIOS, de nuestro Salvador Cristo, o de sus Santos: con lo cual también se refuta su alegato de que las Imágenes son los libros para los hombres laicos. Porque es evidente, por lo que ya se ha dicho, que no enseñan nada de DIOS, ni de nuestro Salvador Cristo, ni de sus Santos, sino solo mentiras y errores. Por lo tanto, o no son libros, o si lo son, son libros falsos y mentirosos, los maestros de todo error.

Ahora bien, aún si se admitiera y se concediera que se puede hacer una imagen de Cristo verdadera, sin embargo, es ilegal que se haga, sí, o que se haga la imagen de cualquier santo, especialmente si se hace con el propósito de ser colocada en los templos, con el gran e inevitable peligro de la idolatría, como será demostrado más adelante. Y, en primer lugar, en lo que respecta a la imagen de Cristo, que, aún si pudiéramos tener una verdadera, debemos afirmar categóricamente que sería ilícito tenerla en las iglesias públicamente, para lo cual observemos una referencia notable de Ireneo, quien reprendió a los herejes llamados gnósticos, porque llevaban la imagen de Cristo, hecha verdaderamente conforme a la original de los tiempos de Pilatos (como ellos solían decir) y, por lo tanto, de mayor estima, que esas imágenes mentirosas de Él que tenemos hoy (Ireneo, tomo 1, capítulo 24). Estos Gnósticos también solían poner guirnaldas sobre la cabeza de dicha imagen, para demostrar su afecto hacia ella.

Pero ahora vayamos a la Palabra de Dios. ¿No son claras las palabras de la Escritura? Cuídate de no ser engañado, de no hacer para ti mismo (es decir, con el propósito, de darle cualquier uso religioso) cualquier Imagen esculpida, o cualquier similitud de cualquier cosa (Levítico 26.1, Deuteronomio 5.8, Escultile. Fusile. Similitudo). Y también nos dice con claridad, maldito sea el hombre que haga para sí una imagen de escultura o de fundición, abominación es esto ante el Señor (Deuteronomio 27.15). ¿No son así nuestras imágenes? ¿No ocurre así con nuestras imágenes de Cristo y de sus santos, ya sean talladas, esculpidas, fundidas, o a similitud de hombres y mujeres? Es una causa de felicidad que no hayamos seguido a los gentiles fabricando imágenes de bestias, peces y alimañas también. Sin embargo, la Imagen de un Caballo, así como la Imagen del Asno sobre el que cabalgó Cristo, han sido introducidas en diversos lugares en la Iglesia y el Templo de Dios. ¿Y no es también muy evidente lo que está escrito en el principio de la santísima Ley del Señor, y que se os lee todos los días? No te harás imagen ni semejanza de ninguna cosa que esté arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra ¿Podría ser posible que se prohibiera algo adicional a esto siendo que en este mandamiento se prohíbe la fabricación de toda imagen, ya sea de talla, fundición o a semejanza de cualquier cosa sobre la tierra? ¿No es claro que

señala la prohibición de hacer imágenes de todas y cada una de las cosas que están en el cielo, en la tierra y en el agua debajo de la tierra (Éxodo 20:4)? ¿Acaso no son nuestras imágenes de Cristo y de sus santos, semejanzas de las cosas que están en el cielo, en la tierra o en el agua debajo de la tierra? Así pues, si continúan manteniendo su argumento anterior, que estas prohibiciones se refieren a los ídolos de los gentiles, y no a nuestras imágenes cabe observar que: En primer lugar, ese argumento ya ha sido refutada, en lo que respecta a las imágenes de Dios y la Trinidad en general, y en lo que respecta a las imágenes de Cristo también, lo que fue reprochado y censurado por Ireneo. Debemos entender que la ley de Dios también prohíbe y está en contra de todas nuestras imágenes, sí, tanto las de Cristo como las de sus santos, esas que incluso se encuentran colocadas en los templos e iglesias, esto se determina claramente por el juicio de los antiguos Doctores y de la Iglesia Primitiva. Recordemos a Epifanio destruyendo una tela pintada, donde estaba la imagen de Cristo, o de algún Santo, afirmando que es contra nuestra Religión el mantener cualquier imagen de este tipo en el Templo o la Iglesia (como fue antes ampliamente declarado) juzgó que no sólo los ídolos de los Gentiles, sino que todas las Imágenes de Cristo y sus Santos incluidas, fueron prohibidas por la Palabra de DIOS y nuestra Religión. Lactancio afirmando que es cierto que no puede haber verdadera religión donde se juzga como válido cualquier imagen o cuadro (como se ha declarado antes), también sostuvo que todas las imágenes y cuadros, como los ídolos de los gentiles estaban prohibidos, de lo contrario no habría hablado y ni se habría pronunciado tan generalmente de ellos. Y San Agustín (como también ya se ha dicho) le da la razón a Varrón, al afirmar que la religión es más pura sin imágenes, y dice que las imágenes son más eficaces para engañar a un alma infeliz que para enseñarla e instruirla (Agustín, De Civit. Dei, Libro. 4, Cap. 3, Salmos 36, 113). Y dice, además: Todo niño, y toda bestia, sabe que no es a DIOS a quien ve. ¿Por qué, entonces, el Espíritu Santo nos debe enseñar tan a menudo lo que todos los hombres saben? A lo que San Agustín responde así: Porque (dice) cuando las imágenes se colocan en los templos, y se les da una sublimidad honorable, y comienzan a ser adoradas, consecuentemente, engendran el más vil afecto al error. Este es el juicio de San Agustín sobre las imágenes en las iglesias, que con el tiempo engendran el error y la idolatría. Los emperadores cristianos, los obispos eruditos, todos los hombres eruditos de Asia, Grecia y España, reunidos en consejos en Constantinopla y en España, hace setecientos y ochocientos años y más, condenaron y destruyeron todas las imágenes, tanto de Cristo como de los santos, erigidas estas por los cristianos (como ya se ha declarado ampliamente), todo esto es un testimonio que demuestra que entendieron de tal manera la palabra de Dios que su juicio fue que en ella se prohibían nuestras imágenes, así como los ídolos de los gentiles. Esto también lo encontramos escrito en Sabiduría 14, donde leemos que las imágenes no eran desde el principio, ni continuarán hasta el final (Apócrifo. Sabiduría 14.13), así que no fueron en el principio en la Iglesia Primitiva, DIOS conceda que al final sean destruidas. Porque todos los cristianos de la Iglesia primitiva, como lo atestiguan Orígenes contra Celso (Orígenes, "Contra Celso", libros 4 y 8), Cipriano y Arnobio (Cipriano "Contra Demetrio"), fueron acusados y criticados

en gran medida por no tener altares ni imágenes. ¿Por qué (os ruego que lo penséis), no se conformaron a los gentiles en la fabricación de imágenes, al punto que debido a la falta de las mismas se les reprochó su gran desaprobación de estas, si fuese cierto que ellos habían considerado como lícitamente permitido por la Palabra de Dios fabricar y tener imágenes? Por lo tanto, es evidente que consideraron que todas las imágenes eran ilícitas en la Iglesia o Templo de Dios, a lo que se debió que no tuvieran ninguna (aunque esto disgustó mucho a los gentiles), así pues, siguiendo esta regla, debemos obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29). Y Zephirus en sus notas sobre la Apología de S. Jerónimo, recoge, que todo este discurso vehemente y persuasivo debe ser obviado, si no logramos entender de una vez por todas, que los hombres cristianos en su tiempo odiaban con gran fuerza a las imágenes, con todos sus ornamentos. E Ireneo (como se ha declarado anteriormente) reprocha a los herejes llamados gnósticos, porque llevaban una imagen de Cristo. De todo lo dicho podemos concluir que la Iglesia Primitiva, la cual debe ser imitada de forma especial por ser la más incorrupta y pura, no tenía públicamente en las Iglesias ni ídolos de los Gentiles, ni ninguna otra Imagen, estas eran todas tomadas como cosas directamente prohibidas por la palabra de DIOS. Y así mismo, declaran las sentencias de los antiguos Doctores fundamentados en la Sagrada Escritura y aunados a la Iglesia Primitiva que era la más pura y sincera, que todas las Imágenes, tanto las nuestras, como los Ídolos de los Gentiles, son prohibidos por la Palabra de Dios, y por lo tanto son ilícitas, especialmente en los Templos e Iglesias.

Ahora bien, si ellos (como es su costumbre) huyen a esta respuesta, es decir, que la palabra de Dios nos prohíbe absolutamente que se hagan cualquier tipo de imágenes, afirmando que hay licencia para la fabricación de estas siempre y cuando no sean adoradas, y que las podemos tener, si no las adoramos, ya que son cosas desprovistas de valor moral que pueden ser usadas abusando de ellas, o para el bien. Lo cual también parece ser el juicio de Damasceno y Gregorio el primero, como se declara arriba (Damasceno, "De Fide Orth.", libro. 4, cap. 17, Gregorio I, "Carta a Serenum Massil"). Y este es uno de sus principales alegatos para el mantenimiento de las imágenes, con el cual han sido defendidas desde la época de Gregorio I.

Bien, ahora hemos llegado a su segundo alegato, que en parte no queremos concederles. Porque no somos tan supersticiosos o escrupulosos, que aborrezcamos las flores estampadas en alfombras, colgaduras y otros artículos, ni las imágenes de los príncipes impresas o estampadas en sus monedas, podemos notar por ejemplo que cuando Cristo vio la imagen del César en una moneda romana, no vemos que lo repruebe, ni condenamos las artes de la pintura o la escultura, como perversas en sí mismas. De esta manera, admitimos y aceptamos que las imágenes que no han sido fabricadas con finalidades religiosas, o más bien para alimentar la superstición, es decir, las imágenes que no se adoran, ni corren el riesgo de ser adoradas por nadie, pueden ser permitidas. Pero las imágenes colocadas públicamente en los templos no pueden estar exentas del peligro de ser adoradas e

idolatradas, por lo que no deben tener lugar, ni deben ser toleradas públicamente en los templos e iglesias. Los judíos, a quienes se les dio por primera vez esta Ley (y aun siendo un mandamiento moral, y no ceremonial, como todos los Doctores lo interpretan, razón por la cual nos obliga a nosotros también), son testigos en este asunto, ya que podemos afirmar que ellos debían tener el verdadero sentido y significado de la Ley de Dios, tenga en cuenta la forma tan peculiar en que la recibieron, ellos pues, no tenían ninguna imagen al principio públicamente en su Templo (como Orígenes y Josefo declaran ampliamente, Orígenes "Contra Celso", Libro. 4, Josefo, "Antiq.", Libro. 17, cap. 8, Libro. 18, caps. 5, 15), ni tampoco las tuvieron después de la restauración del Templo, ellos no consintieron de ninguna manera a Herodes, Pilato o Petronio, quienes pretendieron que las imágenes fueran colocadas solamente en el Templo de Jerusalén, aun cuando ellos no requerían que estas fueran adoradas por parte de las personas, ante lo cual prefirieron los judíos ofrecerse a la muerte, antes que asentir que las imágenes fueran colocadas en el Templo de Dios, ni tampoco permitieron a ningún fabricante de imágenes entre ellos. A esto Orígenes añadió que la causa de dicha determinación, era para que sus mentes no fueran arrancadas de Dios, a la contemplación de las cosas terrenales. Y se les elogia en gran manera por su empeño en mantener el honor de Dios y la verdadera religión. Y es cierto que los judíos y los turcos, que aborrecen las imágenes y los ídolos por estar directamente prohibidos por la palabra de Dios, nunca se acercarán a la verdad de nuestra religión, mientras las piedras de tropiezo de las imágenes permanezcan entre nosotros y se interpongan en su camino. Si se opusieron a la serpiente de bronce que levantó Moisés, o a las imágenes de los querubines, o a cualquier otra imagen que los judíos tuvieran en su templo, la respuesta es fácil. En la religión debemos obedecer la ley de Dios en general, esta obliga a todos los hombres, y no seguir los ejemplos de una dispensación particular, que no es de garantía para nosotros; Por el contrario, si nos apegamos a dispensaciones puntuales, podemos, por esta razón caer en el error de reanudar la circuncisión y el sacrificio de bestias, y otros ritos permitidos a los judíos. Tampoco las imágenes de los querubines, colocadas en un lugar privado donde nadie podía acudir, ni tampoco mirar, pueden ser un ejemplo para justificar que coloquemos públicamente imágenes en iglesias y templos. Pero asumamos que los judíos admitan que si las imágenes no son adoradas, sino tratadas como cosas indiferentes, podrían ser toleradas en los templos e iglesias, a esto respondemos que nosotros deducimos y sostenemos por el contrario que todas nuestras imágenes de Dios, de nuestro Salvador Cristo y de sus santos, que sean colocadas públicamente en los templos e iglesias, lugares que son especialmente designados para el verdadero culto a Dios, no son cosas indiferentes ni tolerables, sino que van en contra de la ley y el mandato de Dios, según su propia interpretación y exposición. En primer lugar, porque todas las imágenes, así establecidas públicamente, han sido adoradas por las personas incultas y simples al poco tiempo de haber sido colocadas públicamente, e incluso, así ha ocurrido con los sabios y eruditos. En segundo lugar, no porque fueran usadas de alguna forma en la adoración en tiempos pasados, esto quiera decir que podamos hacer lo mismo para nuestro tiempo. Y en tercer lugar, porque

es imposible que las imágenes de Dios, de Cristo o de sus santos puedan ser sufridas (especialmente en los templos y en la iglesia) durante algún tiempo o espacio, sin que sean adoradas, tengamos en cuenta que la idolatría que es lo más abominable ante DIOS, no se puede escapar de ella y ser evitada, sin la abolición y la destrucción de las imágenes y cuadros en los templos e iglesias, porque la idolatría es un componente inseparable de las imágenes, especialmente en los templos e iglesias (como ellos lo llaman), de modo que las imágenes en las iglesias y la idolatría van siempre juntas, y por lo tanto la una no puede ser evitada, a menos que la otra (especialmente en todos los lugares públicos) sea destruida. Por lo tanto, hacer imágenes, y colocarlas públicamente en los templos e iglesias, lugares designados especialmente para el servicio de Dios, es hacer imágenes para el uso de la religión, y no sólo en contra de este precepto, No te harás ninguna clase de imágenes, sino también en contra de este, No te inclinarás ante ellas, ni las adorarás. Porque al ser erigidas, han sido, son y siempre serán adoradas. Y la demostración completa de lo que se explicó al principio de la primera parte de este tratado, se planteará y perfeccionará aquí, esto es, que nuestras imágenes y los ídolos de los gentiles son en realidad uno y lo mismo, tanto en su fundamento, como en el hecho de que nuestras imágenes han sido antes, son ahora y siempre serán adoradas, en la misma forma y modo en que los ídolos de los gentiles fueron adorados, mientras sean sufridos en las iglesias y templos. De lo cual se deduce que nuestras imágenes en las iglesias han sido, son y serán, nada más que ídolos abominables, y por lo tanto no son cosas indiferentes.

*Simulachra gentium Argentum & aurum. Fusile. Similitudo, Sculptilo. Similachrum opera manuum hominum (Ídolos de plata y oro. Fundición, Semejanza, Escultura. Ídolos que operan en gran medida sobre los hombres).* Así, cada una de estas partes serán probadas en orden, como lo indicaremos a continuación. En primera instancia, nuestras imágenes y los ídolos de los gentiles son una misma cosa en sí mismos, esto es muy evidente, ya que la materia de ellos es oro, plata u otro metal, piedra, madera, arcilla o yeso, al igual que lo fueron los ídolos de los gentiles, y por lo tanto son o bien moldeados o fundidos, tallados, grabados, esculpidos, o de otra manera formados y modelados según la similitud y semejanza de hombre o de mujer, son obras muertas y tonterías hechas por mano de hombres, que tienen boca y no hablan, ojos y no ven, manos y no sienten, pies y no caminan, son figuras inertes que tanto en la forma como en la materia, son totalmente semejantes a los ídolos de los gentiles. De tal manera que todos los títulos que se le dan a los ídolos en las Escrituras, pueden ser verificados en nuestras Imágenes. Por lo tanto, no hay duda de que las mismas maldiciones que se mencionan en las Escrituras recaerán sobre los fabricantes y adoradores de ambos. En segundo lugar, sostenemos que han sido y son adorados en nuestro tiempo, en la misma forma y manera que los ídolos de los gentiles lo fueron, lo que probaremos a continuación.

Tengamos presente que la idolatría está ante todo en la mente, aquí demostraremos primero, que nuestros defensores de imágenes han tenido y tienen

la misma opinión y juicio con respecto a los santos, de quienes han hecho imágenes cayendo en su adoración, esto al igual que los idólatras gentiles con respecto a sus dioses. Y luego se declarará que nuestros Guardianes y adoradores de Imágenes, han usado y usan los mismos ritos externos y la misma manera de honrar y adorar a estas, como los Gentiles hicieron ante sus ídolos, y que por lo tanto incurrir en idolatría, tanto interna como externamente, como lo hicieron los malvados idólatras Gentiles.

*Dii Tutelares (Los dioses Protectores).* Ahora, pensemos las implicaciones con respecto a la primera parte de las opiniones idólatras de nuestros mantenedores de imágenes. ¿Qué son esos santos a los que les atribuimos la defensa de ciertos países, con lo cual despojamos a Dios de su debido honor, sino, nada más que *Dii Tutelares* de los idólatras gentiles? Como lo fueron Belus para los Babilonios y asirios, Osiris e Isis para los egipcios, Vulcane para los lemnios, y otros más.

*Dii Praesides (dioses gobernantes).* Tales como Apolo en Delfos, Minerva en Atenas, Juno en Cartago, Quirino en Roma, etc.

*Dii Patroni (dioses patrones).* Entonces, ¿Qué son esos santos, a los que, en contra del uso de la Iglesia primitiva, se les construyen templos e iglesias, y se erigen altares, sino los *Dii Patroni*, de los gentiles idólatras? Tales como Júpiter en el Capitolio, Venus en el Templo de Paphus, Diana en el Templo de Éfeso, y otros similares. Por desgracia, parece que hemos aprendido nuestra religión no de la palabra de Dios, sino de los poetas paganos, que dicen: *Excessere omnes adytis, arisque relictis, Dii quibus imperiu hoc steterat*, (*Cuando todos los aposentos de ellos y sus altares fueron desolados, nuestros dioses del imperio, no obstante, se quedaron*). Es decir, todos los dioses por cuya defensa se mantuvo este imperio, han salido de los templos y han abandonado sus altares. De forma similar notamos, que cuando los santos tienen imágenes en diversos lugares, el mismo santo tiene diversos nombres, algo que tiene un gran parecido a los gentiles. Cuando oyes hablar de nuestra Señora de Walsingham, de nuestra Señora de Ipswich, de nuestra Señora de Wilsdon, y de otras semejantes, ¿Qué es esto sino una imitación de los idólatras gentiles? Diana Agrotera, Diana Coriphea, Diana Ephesia, etc., Venus Cypria, Venus Paphia, Venus Gnidia. Por lo que evidentemente se quiere decir que el Santo por causa de la Imagen, debería morar en esos lugares, sí, en las Imágenes mismas, poseer una morada, que es la base de su idolatría. Porque donde no hay imágenes, no tienen tales medios. Terencio Varrón muestra que había trescientos Júpiter en su tiempo, no había menos Venus y Dianas, no teníamos menos Cristóforos, ni menos damas o María Magdalenas, y otros Santos. Homero y Hesíodo muestran, que en su tiempo había treinta mil dioses. Creo que no tuvimos menos santos, a los que dimos el honor debido a Dios. Y no sólo han despojado al verdadero Dios viviente de su debido honor, en templos, ciudades, condados y tierras, por medio de tales mercaderías e invenciones como los idólatras gentiles han hecho antes que ellos; sino que el mar y las aguas tienen también santos específicos con

ellos, como tenían dioses adjudicados con los gentiles, Neptuno, Tritón, Nereo, Cástor y Pólux, Venus y otros. En cuyos lugares vienen San Cristóbal, San Clemente y otras variedades, y especialmente nuestra Señora, a la que los navegantes cantan *Ave maris stella* (Salve estrella del mar). Tampoco el fuego ha escapado a las invenciones idolátricas. Porque en lugar de Vulcano y Vesta, los dioses gentiles del fuego, nuestros hombres han puesto a Santa Águeda, y hacen cartas en su día para apagar el fuego. Cada artesano y profesión tiene su santo especial, como un dios peculiar. Por ejemplo, los estudiosos tienen a San Nicolás y a San Gregorio, los pintores a San Lucas, y entre los cristianos, a los herreros no les puede faltar su Marte, ni a los amantes su Venus. Todas las enfermedades tienen sus santos específicos, como dioses que las curan. Las pústulas, San Roque; el mal de ojo, San Cornelio; el dolor de muelas, San Apolín, etc. Tampoco las bestias y los animales domésticos pueden ser pasados por alto, ellos también tienen sus dioses entre nosotros, pues San León es el conductor de caballos, y San Antonio, el cuidador de cerdos, etc. ¿Dónde está la providencia de Dios y el honor que le corresponde en este tiempo? Quien dice: Míos son los cielos y mía es la tierra, el mundo entero y todo lo que en él hay, yo doy la victoria, y pongo en fuga, de mí son todos los consejos y la ayuda. Si no guardo la ciudad, en vano vigila el que la guarda, tú, Señor, salvarás tanto a los hombres como a las bestias. Pero no le hemos dejado ni el cielo, ni la tierra, ni las aguas, ni el país, ni la ciudad, ni la paz, ni la guerra para gobernar, ni a los hombres, ni a los animales, ni a sus enfermedades para curar, de modo que un hombre piadoso podría justamente gritar con celo de indignación: "Oh cielo, oh tierra, y mares, ¿En qué locura y maldad contra Dios han caído los hombres? ¿Qué deshonor hacen las criaturas a su Creador y hacedor? Y si es que alguna vez nos acordamos de Dios, por qué dudamos de su capacidad o de su voluntad para ayudarnos, empequeñecemos su capacidad de auxiliarnos, como si fuera un añadido irrelevante, usando estas palabras: el que aprende, Dios y San Nicolás sean mi velocidad; al que tiene necesidad, Dios ayuda y San Juan; al caballo, Dios y San Luis te salven. Así nos convertimos en caballos y mulas, que no tienen entendimiento. Porque, ¿Acaso, no hay más que un solo Dios, que con su poder y sabiduría hizo todas las cosas, y con su providencia las gobierna, y con su bondad las mantiene y salva? ¿No son todas las cosas en Él, por Él y para Él? ¿Por qué te apartas del Creador y te diriges a las criaturas? Esta es la manera de proceder de los gentiles idólatras, pero tú eres cristiano, y por lo tanto sólo por medio de Cristo tienes acceso a DIOS el Padre, y la ayuda viene de Él solamente. Estas cosas no están escritas para reprochar a los propios santos, me refiero a aquellos que fueron los verdaderos siervos de Dios, y le dieron todo el honor, sin tomar ninguno para sí mismos, y ahora son almas benditas con Dios en la gloria, sino contra nuestra insensatez y maldad, haciendo de los verdaderos siervos de Dios, falsos dioses, atribuyéndoles el poder y el honor que es de Dios, y que se debe a él solamente. Y para evidenciar y hacernos una apropiada opinión con respecto al poder y la pronta ayuda de los santos que les atribuyen los idólatras a estos, basta ver todas nuestras leyendas entorno a ellos, himnos dedicados a su nombre, secuencias y misas que contienen historias, laudes y oraciones a ellos; sí, y también sermones totalmente dedicados a ellos y de sus

oraciones, dejando a un lado la Palabra de Dios. Y todo esto lo hacemos de forma idéntica en nombre de los santos, como lo hicieron los gentiles idólatras a sus falsos dioses. Porque estas opiniones que los hombres han tenido de las personas mortales, supuestamente dándoles una exaltación especial por su santidad, no ha sido el criterio de los cristianos más piadosos y eruditos quienes escribieron contra los dioses falsos de los gentiles, ni la de los príncipes cristianos quienes han destruido sus imágenes, de tal forma, que si ahora vivieran, ellos también escribirían contra nuestras falsas opiniones de los santos, y también destruirían sus imágenes. Porque es evidente que nuestros Guardianes de imágenes, tienen la misma opinión de los santos, que aquella que los Gentiles tenían de sus falsos dioses, por lo tanto, son motivados a hacerles imágenes como los Gentiles lo hicieron.

*Medioximi Dii (dioses mediadores).* Si se quiere justificar la práctica de erigir imágenes de santos para acudir a ellos bajo el pretexto de que no son más que intercesores ante Dios, simples medios para obtener favores de Dios, es decir, de acuerdo al uso idolátrico de los gentiles, terminan haciendo de los santos dioses, llamados *Dii Medioximi*, intercesores y ayudantes de Dios, como si él no escuchara, o se cansara si tuviera que hacerlo todo solo. De esta misma forma, enseñaban los gentiles, estableciendo un poder principal que trabajaba por medio de otros, y por eso creían que todos los dioses estaban sujetos al destino, como Luciano en sus diálogos, donde según él, Neptuno se unió a Mercurio para poder hablar con Júpiter. Y por lo tanto, también en esto, es muy evidente que nuestros Guardianes de Imágenes son todos de la misma opinión que los idólatras gentiles.

Ahora discutamos la tercera parte, que consiste en observar que los ritos y ceremonias de los idólatras para honrar y adorar a las Imágenes o Santos son todos iguales a los ritos que los gentiles paganos usaban para honrar a sus dioses. En primer lugar, ¿Qué significado tiene que los cristianos siguiendo el ejemplo de los idólatras gentiles, peregrinen a visitar imágenes, cuando tienen estas mismas en casa, sin embargo, creen que algunas de estas tienen mayor santidad y virtud como los idólatras gentiles? Por lo cual esta es la manera más fácil de llevarlos a la idolatría adorándolas, y actuando directamente en contra de la Palabra de Dios, que dice, "Buscadme y vivirás", y no busquéis a Betel, ni entréis en Gilgal, ni vayáis a Beerseba (Amós 5.4-5). Y contra aquellos que tenían alguna superstición en cuanto al lugar pensando que algunos tenían mayor santidad, como si debieran ser escuchados por causa del lugar, diciendo, Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde los hombres deben adorar, nuestro Salvador Cristo declaró: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (Juan 4.20-23). Pero, es bien sabido que, con tales peregrinaciones, la Señora Venus y su hijo Cupido fueron adorados más bien sin sentido desenfrenadamente en la carne, no según la adoración en Espíritu y en verdad que Dios el Padre y nuestro Señor Cristo su Hijo buscan.

Y fue muy conveniente (como enseña San Pablo) que los que cayeron en la idolatría, que es la fornicación espiritual, cayeran también en la fornicación carnal, y en toda inmundicia, condenadas por los justos juicios de DIOS, entregándolos a concupiscencias abominables (Romanos 1.22 y subsiguientes).

¿Qué implicaciones tiene el hecho de que hombres cristianos, siguiendo el uso de los gentiles Idólatras se arrodillan ante las imágenes? Implica que si tuvieran algún sentido y gratitud, se arrodillarían también ante los Carpinteros, los Albañiles, los escultores, los Fundidores y Orfebres, los fabricantes y constructores de sus ídolos, por quienes han alcanzado sus honores, que de otra manera deberían haber sido nada más que malvados y groseros trozos de arcilla, yeso, piezas de madera, piedra o metal, sin forma o figura, y por lo tanto carentes de cualquier estimación y honor, como ese ídolo que por medio del Poeta Pagano (Horatius) confiesa, diciendo, yo era una vez un bloque vil, pero ahora me he convertido en un DIOS, etc. ¡Qué cosa más rara es para el hombre, que tiene vida y razón, inclinarse ante una imagen muerta e insensible, obra de su propia mano (*Adorare (adorar)*, Génesis 23:7, 12 y 33:3, 6, 7; 1 Reyes 1:16,23)! ¿No es esto de postrarse y arrodillarse ante ellas, la adoración de las mismas, que está prohibida tan insistentemente por la palabra de DIOS? Así pues, los que se arrodillan ante las imágenes de los santos, sepan y confiesen que exhiben ese honor a los troncos y a las piedras muertas, que los santos mismos, Pedro, Pablo y Bernabé no querían que se les diera estando vivos (Hechos 10.25, 14.14), lo que el Ángel de Dios prohíbe que se le dé (Apocalipsis 19.10). Y si dicen que exhiben tal honor no a la Imagen, sino al Santo a quien representa, son condenados de locura, al creer que complacen a los Santos con ese honor, que aborrecieron en vida por considerarlo como un despojo del honor de DIOS, porque no son cambiantes, antes, al contrario, ahora teniendo mayor entendimiento, y más ferviente amor a DIOS, aborrecen más privarlo de su debido honor, y siendo ahora como los ángeles de Dios, huyen con ellos para no tomar sacrílegamente el honor que solo le pertenece a Dios, y en este punto son confusas sus distinciones de *Latría* y *Dulía*, siendo evidente, que los santos de Dios no pueden soportar, que se presente o exhiba ante ellos cualquier tipo de culto exterior. Pero Satanás, el enemigo de Dios, deseando robarle a Dios su honor, espera con vehemencia que se le dé tal honor (Mateo 4:9). Por lo tanto, aquellos que dan el honor debido al creador a cualquier criatura, no prestan un servicio aceptable a los santos, que son los amigos de Dios, sino a Satanás, enemigo mortal y jurado de Dios y del hombre. Y atribuir tal deseo de honor divino a los santos, es mancharlos con una ignominia y villanía de lo más odiosa y desagradable, y, de manera ofensiva para los santos, convertirlos en satanes y diablos mismos, cuya propiedad principal es procurar para sí de forma desafiante el honor que se debe a DIOS solamente.

Y además, al decir que no adoran a las imágenes, como los gentiles lo hacían con sus ídolos, sino a Dios y a los santos que las imágenes representan, y por lo tanto que sus acciones ante las imágenes no son como la idolatría de los gentiles

ante sus ídolos, San Agustín, Lactancio y Clemente, demuestran evidentemente que por esta respuesta, son iguales a los idólatras gentiles. Los gentiles (dice San Agustín), aquellos que aparentan ser de la religión más pura, dicen: "No adoramos las imágenes, pero por medio de la imagen corporal, vemos los signos de las cosas que debemos adorar". Y Lactancio dice: "Los gentiles dicen que no temen a las imágenes, sino a aquellos a cuya semejanza se hacen las imágenes y a cuyos nombres se consagran" (Lactancio "Insti.", tomo 2). Hasta aquí Lactancio. Y Clemente dice, (Lib. V ad Jacob. Domini Fratrem) "Esa serpiente, el diablo, pronuncia estas palabras por boca de ciertos hombres que, en honor del Dios invisible, adoran imágenes visibles, lo cual es ciertamente una gran falsedad". Ved cómo al utilizar las mismas excusas que los idólatras gentiles pretendían, se muestran acordes y complacientes con ellos en la idolatría. Porque a pesar de esta excusa, San Agustín, Clemente y Lactancio los declaran idólatras. Y Clemente dice que la Serpiente, el diablo, pone tales excusas en la boca de los idólatras. Y las Escrituras dicen que ellos adoran a los leños y a las piedras (a pesar de esta excusa) tal como lo hacen nuestros mantenedores de imágenes. Y Ezequiel, por lo tanto, llama a los dioses de los asirios, leños y piedras, aun cuando eran las imágenes de sus dioses. Así que nuestras imágenes de Dios y los santos son llamados por los nombres de Dios y sus santos, al igual que el uso de los gentiles. Y el propio Clemente dice así en el mismo libro: No se atreven a dar el nombre del Emperador a ningún otro, porque él castiga su ofensa y su mal comportamiento de vez en cuando; pero se atreven a dar el nombre de DIOS a otro, porque él sufre sus ofensas por el arrepentimiento. Y también nuestros adoradores de imágenes dan a sus imágenes los nombres de Dios y de los santos, así como el honor que se le debe a Dios, al igual que los gentiles idólatras hacen con sus ídolos. ¿Qué significa que, al igual que los gentiles idólatras, enciendan velas a cualquier hora, incluso al mediodía, ante ellas, sino es para honrarlas? Porque de día no es necesario encender velas, como bien reza el proverbio, es de insensatos encender velas a cualquier hora. Ahora bien, si lo hace por la noche, deberían tener presente que no sirve de nada encender una vela delante de los ciegos; y a Dios no se le da ningún servicio ni honor de ello. Y con respecto a este encendido de velas, es notable que Lactancio, hace más de mil años, haya escrito, de esta manera, si ellos vieran la luz celestial del Sol, entonces se darían cuenta que DIOS no tiene necesidad de sus velas, quien para beneficio del hombre ha hecho una luz tan buena (Lactancio, 'Instit.', libro. 6, cap. 2). Y mientras que en un círculo tan pequeño del Sol, que por la gran distancia, parece no ser más grande que la cabeza de un hombre, hay una luminosidad tan grande, que la vista del ojo del hombre no es capaz de contemplarla, sino que si uno lo mira fijamente por un tiempo, sus ojos se estropearán y se cegarán en oscuridad. Ahora bien, ¿Cuánta luz y claridad podemos pensar que tiene Dios, ante quien no hay noche ni oscuridad? Y luego dice: ¿Parece, pues, que está en su sano juicio quien ofrece al dador de luz, la luz de una vela de uso corriente como ofrenda? Él requiere de nosotros otra luz, que no sea humeante, sino brillante y clara, la luz de la mente y del entendimiento. Y poco después dice: Pero sus dioses, por ser terrenales, tienen necesidad de luz, para que no permanezcan en las tinieblas, cuyos adoradores, por

no entender las cosas celestiales, arrastran la religión que practican por la tierra, la cual, siendo oscura por naturaleza, tiene necesidad de luz. Por lo tanto, no dan a sus dioses nada celestial, sino el entendimiento terrenal de los hombres mortales. Y de esta forma, creen que esas cosas son necesarias y agradables para ellos, lo que es para nosotros, que tenemos necesidad de comida cuando tenemos hambre, o de bebida cuando tenemos sed, o de ropa cuando estamos desnudos, o cuando el sol se oculta, de la luz de una vela, para poder ver.

Así, Lactancio, tomó mucho más tiempo para escribir sobre el encendido de velas en los templos ante las imágenes y los ídolos para la religión, demostrando la insensatez de esta práctica, tanto en sus creencias como en sus acciones, siendo de esta forma que coincidimos totalmente en la religión que practica el encendido de velas ante imágenes, con los idólatras gentiles. ¿Qué significa que ellos, siguiendo el ejemplo de los idólatras gentiles, queman incienso, ofrecen oro a las imágenes, cuelgan grilletes, cadenas y barcos, piernas, brazos, y hombres y mujeres enteros de cera, ante las imágenes, como si por ellas, o por los santos (como ellos dicen) se libran de la pobreza, la enfermedad, el cautiverio o el naufragio? ¿No son estos los diversos matices que presenta la adoración de imágenes que tan insistentemente se encuentra prohibido en la palabra de DIOS?

*Colere (Labrar, preparar un terreno).* Si lo niegan, que lean el capítulo XI, del Profeta Daniel, que dice del Anticristo: Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio (Daniel 11:39). Debemos notar que en este texto la palabra usada para honrar es la palabra latina *Colet*.

*Cultus (culto y adoración, deriva de Colere).* Y en el segundo de Paralipomenon en el capítulo XXIX, tocante a todos los ritos y ceremonias externas, como la quema de incienso, y otros, con los que se honraba a DIOS en el Templo, se llama Cultus, es decir, adoración, lo que está estrictamente prohibido por la palabra de DIOS para ser ofrecido a las imágenes.

¿No declaran todos los relatos eclesiásticos que nuestros santos mártires, antes que inclinarse y arrodillarse, u ofrecer un solo puñado de incienso ante una imagen o ídolo, han preferido sufrir mil clases de las más horribles y espantosas muertes? Y cualesquiera que sean las excusas que argumenten, no obstante ello, todo este correr en peregrinación, quemar incienso y velas, colgarles cosas en el cuello, tales como, cadenas, barcos, brazos, piernas, hombres y mujeres enteros de cera, arrodillarse sosteniendo las manos juntas, en y ante las Imágenes, nos demuestra que donde no se encuentran estas, o donde no han existido, ni se han llevado, no se hacen tales cosas en absoluto. Pero todos los lugares que se frecuentaban cuando las imágenes estaban allí, y que ahora han sido quitadas, son abandonados y dejados desiertos, es más, ahora odian y aborrecen el lugar mortalmente, lo cual es una prueba evidente de que lo que hacían antes, lo hacían con respecto a las

imágenes. Por lo tanto, cuando vemos a hombres y mujeres que peregrinan a las imágenes, se arrodillan y alzan las manos ante ellos, les colocan velas, les queman incienso, les ofrecen oro y plata, les cuelgan barcos, vendajes, cadenas, les presentan hombres y mujeres de cera, atribuyéndoles salud y seguridad, dones que provienen de DIOS a ellos, o atribuyéndoselos a los santos que las tales representan, como ellos prefieren decir, ¿Quién puede dudar de que nuestros Guardianes de imágenes, quienes coinciden en todas las opiniones paganas, ritos externos y ceremonias con los idólatras gentiles, coinciden también con ellos en cometer la más abominable idolatría? Y para aumentar esta locura, los hombres malvados que tienen la custodia de tales Imágenes, para su mayor lucro y ventaja, a ejemplo de los idólatras gentiles, han reportado y difundido en el extranjero, tanto por cuentos mentirosos, como por fábulas escritas, diversos milagros atribuidos a las Imágenes. Como si esta o aquella Imagen fuera enviada milagrosamente desde el cielo, esto incluso comparable con el caso de Paladio, o la magna Diana de los Efesios (Hechos XIX:35). Tal imagen fue encontrada milagrosamente en la tierra, como la cabeza del hombre en el Capitolio, o la cabeza del caballo en Capua. Según ellos, esta imagen fue traída por los ángeles. Aquella vino por sí misma de Oriente a Occidente, como la dama Fortuna que huyó resguardándose en Roma. Esta otra imagen de la Virgen fue pintada por San Lucas, a quien incluso hicieron pintor para ese propósito. Otra de estas imágenes no podía ser transportada por cien yuntas de bueyes, como la buena Dea, a la que el barco no podía transportar, o Júpiter Olímpico, que hizo que los artífices que iban a trasladarlo a Roma se asustaran. Algunas imágenes, aunque eran duras y pétreas, sin embargo, por la ternura y piedad de su corazón, lloraban. Algunas, como Cástor y Pólux, que ayudaban a sus amigos en la batalla, sudaban, como lo hacen las columnas de mármol en el tiempo de humedad. Algunos hablaron más monstruosamente que nunca como el asna de Balaam, estas tenían vida y aliento en sí mismas. Se cuenta que un lisiado vino a saludar a este santo de oke, y de un momento a otro se curó, y he aquí que inmediatamente colgó sus vendajes en la imagen. Tal persona, en una tempestad, hizo un voto a San Cristóbal, logrando escapar de esta, y he aquí inmediatamente presentó su barco de cera. Tal otro, clamó por la ayuda de San Leonardo, de tal forma que salió de la prisión, y mira dónde cuelgan sus grilletes. Y miles de milagros hasta el infinitos, iguales o incluso más desvergonzados, fueron reportados. Así es como nuestros Guardianes de Imágenes, seriamente, adjudican a sus imágenes, todos los milagros que los gentiles han recibido de sus ídolos. Y si admitiéramos que algunos actos milagrosos fueron hechos por la ilusión del diablo donde están las imágenes, (pues es evidente que la mayoría eran mentiras, falsedades y jugadas tramposas de hombres) no por ello se debe honrar a tales imágenes o permitir que permanezcan, como no lo hizo Ezequías, quien destruyó la serpiente de bronce en pedazos, cuando era adorada, aunque esta fue colocada por orden de Dios y también aprobada por un gran y verdadero milagro, pues todos los que la vieron fueron curados, debemos decir, que ni aun los milagros deben persuadirnos a hacer lo contrario a la palabra de Dios. Porque las Escrituras nos han advertido que el reino del Anticristo será poderoso en milagros y maravillas, para gran ilusión de todos los réprobos (Mateo 24:24; 2

Tesalonicenses 2:9, 10; Apocalipsis 13:13-14). Pero en esto superan la locura y maldad de los gentiles, pues han llegado a honrar y a adorar las reliquias y los huesos de nuestros santos, lo que demuestra que estos son nada más que hombres transitorios muertos, y por lo tanto no son dioses que deben ser adorados, lo que ni aún los gentiles confesarían nunca de sus dioses por la vergüenza que esto implica. Ni qué decir de las reliquias que debemos besar y hacerles ofrendas económicas, esto especialmente en el domingo de reliquias. Y mientras les rendimos ofrendas materiales (para que no nos cansemos ni nos arrepintamos de nuestro pago) la música y la juglaría se mantienen alegremente todo el tiempo de la ofrenda, con oraciones e invocaciones a los santos, cuyas reliquias están ahí exhibidas. Sí, y el agua en la que se han sumergido esas reliquias, debe ser reservada con gran reverencia, como muy santa y eficaz. ¿Está esto de acuerdo con San Crisóstomo, quien escribe como leeremos a continuación sobre las reliquias (Crisóstomo, Homilía de los Siete Macabeos)? No consideres las cenizas de los cuerpos de los santos, ni las reliquias de su carne y sus huesos, consumidas por el tiempo; sino abre los ojos de tu fe, y míralos revestidos por la virtud celestial, y de la gracia del Espíritu Santo, y brillando con el resplandor de la luz celestial. Pero nuestros idólatras encontraron gran provecho en las reliquias y en el agua de estas, como para seguir el consejo de San Crisóstomo. Y debido a que las reliquias eran muy lucrativas, pocos lugares había que no tuvieran reliquias provistas para ellos. Y como se necesitaban gran abundancia de reliquias, algunos santos tenían muchas cabezas, una en un lugar y otra en otro al tiempo. Algunos otros tenían seis brazos, y XXVI dedos. Y siendo que nuestro señor cargó sólo una cruz, sorprende que si uniéramos todos los pedazos de madera que supuestamente conservaban, el mayor barco de Inglaterra a penas, podría llegar a ser comparable, y sin embargo, la mayor parte de ella, dicen, aún permanece en manos de los infieles, por lo que ruegan en sus rosarios multiplicando peticiones, esperando también lograr conseguirlas y tenerlas en sus manos, para tan piadoso uso y propósito. El cinismo y la desvergüenza es tal que no sólo los huesos de los santos, sino todo lo que les pertenecía lo convirtieron en una reliquia sagrada. En algunos lugares ofrecen una espada, en otros la vaina, en otros un zapato, en otros una silla de montar que había sido colocada en algún caballo sagrado, en otros las parrillas con las que fue asado San Lorenzo, en algunos lugares el taburete del asno en el que nuestro Señor Jesucristo se sentó, para ser besado y hacerle ofrendas como reliquia. Pues más bien, ofrecerían un hueso de caballo que un brazo de virgen, o la tabla del asiento de la montura del asno para ser besada y ofrecida como reliquia. Oh, hombres malvados, cuan impúdicos y muy descarados, son quienes idean estas cosas, oh, hombres necios, insensatos y temerarios, más bestiales que el asno de cuya silla besaron, que creen tales cosas. Ahora bien, DIOS sea misericordioso con estos miserables y viles cristianos, que por el fraude y la falsedad de quienes debieron haberles enseñado el camino de la verdad y de la vida, se han vuelto no sólo más perversos que los idólatras gentiles, sino que también tienen menos inteligencia que los asnos, los caballos y las mulas, que no tienen entendimiento.

De estas cosas ya expuestas, es evidente, que nuestros Guardianes de Imágenes no sólo han hecho Imágenes, y las han puesto en Templos, como hicieron los Gentiles idólatras con sus ídolos, sino que también han tenido las mismas opiniones idolátricas con respecto a los Santos, a los que han hecho Imágenes, tal como las que los idólatras gentiles tenían de sus falsos dioses, y no sólo han adorado sus Imágenes con los mismos ritos, ceremonias, superstición y todas las circunstancias, como lo hicieron los idólatras gentiles con sus ídolos: sino que en muchos puntos también los han superado con creces en toda la maldad, la necedad y la locura. Y si esto no fuera suficiente para probar que son adoradores de la imagen, es decir, idólatras, he aquí que oiréis su propia confesión abierta, es decir, no sólo los decretos del segundo concilio niceno bajo Irene, el concilio romano bajo Gregorio el embarcado, como ya se ha declarado, siendo que en aquel entonces lo hacían con cautela y temor, en comparación con la blasfemia audaz de la idolatría manifiesta que se hace a las imágenes, expuestas últimamente, incluso en estos días, que la luz de la verdad de Dios es tan brillante, que más allá de todas las acciones abominables, y los escritos, un hombre se maravillaría más de su insolente, desvergonzado, y muy grosero atrevimiento, siendo que por lo menos no les ha correspondido un tiempo de más oscuridad, como excusa para pronunciar sus horribles blasfemias, más ahora han tomado la cara de una ramera, sin la más mínima intención de ruborizarse, al exponer abiertamente el mobiliario de su prostitución espiritual. Y aquí la clara blasfemia del reverendo padre en DIOS, Santiago Naclantus Obispo de Clugium, escrita en su exposición de la Epístola de San Pablo a los Romanos en el primer Capítulo, y que ha sido impresa ahora últimamente en Venecia, puede permanecer en lugar de todos, cuyas palabras de adoración de imágenes son estas en latín, como él las escribió, sin una sílaba alterada. (Tom. I. p. 204. Opp. Jac. Neclanti, Epis. Clug. Venet. 1567).

*"Ergo non solum fatendum est, fideles in Ecclesia adorare coram imagine (ut nonnulli ad cautelam forte loquuntur) sed et adorare imaginem, sine quo volueris scrupulo, quin et eo illam venerantur cultu, quo et prototypum ejus propter quod si illud habet adorare latria, et illa latria; si dulia, vel hyperdulia, et illa pariter ejusmodi cultu adoranda est".*

El significado de esto en español es el siguiente: "Por lo tanto, no sólo hay que confesar que los fieles en la Iglesia adoran ante una Imagen (como algunos quizás hablan con cautela), sino que también adoran la Imagen misma, sin ningún escrúpulo o duda, sí, y adoran la Imagen con el mismo tipo de culto, con el que adoran a quien copian en la Imagen, o la cosa sobre la cual se inspira para hacer la Imagen. Por lo tanto, si a quien copian debe ser adorada con honor divino" (como lo es DIOS el Padre, Cristo y el Espíritu Santo) "la Imagen de ellos también debe ser adorada con honor divino. Si a quien copian debe ser adorado con un honor inferior o un culto superior, la imagen también debe ser adorada con el mismo honor o culto".

Hasta este punto ha llegado Naclantus, cuyas blasfemias dejó confutar el Papa Gregorio el primero, y por su autoridad los condenó al infierno, como sus sucesores han tronado horriblemente (Gregorio). Porque aunque Gregorio (Gregorio, "Epístola a Serenus Massil") permite que se tengan imágenes, sin embargo, prohíbe que sean adoradas de cualquier manera, y elogia mucho al obispo Serenus por prohibir su adoración, y le pide que enseñe al pueblo a evitar por todos los medios la adoración de cualquier imagen.

De la adoración de imágenes. Pero Naclantus sopla su blasfema idolatría, queriendo que las imágenes sean adoradas con la más alta clase de adoración y culto, y para que tal sana doctrina no carezca de autoridad, la fundamenta en Aristóteles, en su libro "De somno et Vigilia", es decir, "De dormir y Despertar" como podemos ver en este texto impreso anotado en el margen, donde su impúdica maldad y juicio idolátrico es expuesto con mayor amplitud, así pues, para que podáis (como Virgilio habla de Simón) conocer a todos estos adoradores de imágenes e idólatras, y entender a qué punto en conclusión ha llevado el tener imágenes en templos e iglesias, comparemos los tiempos y escritos de Gregorio I, con lo que se cree y se hace en nuestros días, y de esta forma identificaremos claramente las blasfemias de estos idólatras como lo es este instrumento de Belial, llamado Naclantus. Por lo tanto, ahora es por el testimonio de los antiguos Padres y Doctores piadosos, por la confesión abierta de los Obispos reunidos en los Consejos, por los más evidentes signos y argumentos, opiniones, actos idolátricos, hechos, y adoración explícita dada a sus Imágenes, y por su propia confesión abierta y doctrina establecida en sus libros, donde se declarada y demuestra, que sus Imágenes han sido, y son comúnmente adoradas, sí, y que ellos mandan a hacerlo. Es por esto que, por medio de la palabra de Dios sustentaré este argumento general contra todos los que hacen, instalan y mantienen imágenes en lugares públicos. Y en primer lugar, comenzaré con las palabras de nuestro Salvador Cristo: "Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!" (Mateo 18.6-7). Y en Deuteronomio leemos que Dios mismo denuncia al que hace que el ciego se pierda en su camino (Deuteronomio 27.18). Y en Levítico se nos dice, no pondrás piedra de tropiezo delante de los ciegos (Levítico 19.14). Pero las imágenes en las iglesias y los templos han sido, y son, y (como se demostrará más adelante) siempre serán ofensas y piedras de tropiezo, especialmente para la gente común, débil, simple y de poca visión espiritual, engañando sus corazones por la astucia del artífice (como la Escritura expresamente en varios lugares lo atestigua) y así llevándolos a la idolatría. Por lo tanto, ay del que levanta, instala y mantiene imágenes en las iglesias y templos, porque le espera una pena mayor que la muerte del cuerpo (Apócrifo, Sabiduría 13.10, 14.8).

Si todavía responden que esta ofensa puede ser eliminada por la doctrina y la predicación diligente y sincera de la palabra de Dios, como por otros medios; y que las imágenes en las iglesias y templos no son por lo tanto cosas absolutamente malas para todos los hombres, aunque sean peligrosas para algunos; y afirmen fundamentados de esta manera que se deben sostener, que tenerlas públicamente en las iglesias y templos no necesariamente debe ser visto como una cosa peligrosa, o como si fuese algo ilegal, o algo completamente malo. Entonces, ante esto, planteamos nuestro tercer artículo a probar, que es el siguiente: no es posible, si las imágenes son permitidas en las iglesias y templos, ya sea por la predicación de la palabra de Dios, o por cualquier otro medio, mantener a la gente a salvo de la adoración de ellas, y así evitar que se fomente la idolatría. De esta manera, en primer lugar, analicemos las implicaciones que se derivan del argumento de la predicación. Si se admitiera que, las imágenes pueden ser sufridas en las iglesias, pues se podría evitar la idolatría mediante la predicación diligente y sincera de la palabra de Dios, se debe entonces concluir por necesidad, que la doctrina sincretista debe ser siempre aceptada y continuada, así como las imágenes, y por lo tanto, dondequiera que, ofensivamente, se erige una imagen, allí también, lógicamente, debe haber un predicador piadoso y sincrético continuamente mantenido. Porque es razonable que la advertencia sea tan común como el tropiezo, el remedio tan grande como la ofensa, la medicina tan general como el veneno, pero eso no es posible, como lo enseñan tanto la razón como la experiencia. Por lo tanto, la predicación no puede detener la idolatría, ya que las imágenes pueden abundar fácilmente. Porque una imagen, que durará muchos cientos de años, puede ser comprada por un poco; pero un buen predicador no puede ser mantenido continuamente sin mucho. Si el Príncipe lo permite, habrá muchas y hasta infinitas imágenes, pero tales predicadores sincréticos han sido y serán siempre pocos en relación con la multitud a la que deben enseñar. Porque nuestro Salvador Cristo dice: la mies es mucha y los obreros pocos; lo cual ha sido hasta ahora continuamente cierto, y lo será hasta el fin del mundo, y también es notable en nuestros días en general, y aquí en nuestro propio país es tan cierto, que si dividiéramos los predicadores, cada Comarca apenas tendría uno.

Ahora bien, las imágenes predicarán continuamente a los espectadores su doctrina, es decir, la adoración de ellas y la idolatría, a cuya predicación el hombre es muy propenso, y está inclinado a dar crédito y a darla por buena, como lo demuestra la experiencia en todas las naciones y épocas. Pero un verdadero Predicador para detener este mal, es en muchos lugares apenas escuchado una vez en todo un año, y en algunos no lo son una vez en siete años, como es evidente que se demuestra. Y esa mala opinión que ha estado arraigada durante mucho tiempo en los corazones de los hombres, no puede ser desarraigada de repente por un solo sermón. Cabe observar, que pocos son propensos a creer en la sana doctrina, y muchos, mejor dicho, casi todos, son propensos a la superstición y la idolatría. De modo que aquí aparece no sólo una dificultad, sino también la imposibilidad del remedio. Además, parece no existir una historia creíble, que sostenga que la

predicación verdadera y sincera haya perdurado en algún lugar por más de cien años, pero es evidente que las imágenes, la superstición, la adoración de estas y la idolatría han continuado por muchos cientos de años. Porque todos los escritos y la experiencia atestiguan que las cosas buenas decaen cada vez más, hasta que se destierran en su totalidad; y, por el contrario, las cosas malas aumentan cada vez más, hasta que llegan al colmo de la maldad. Tampoco es necesario que veamos ejemplos lejanos para probarlo, nuestra presente situación es un ejemplo. Porque la predicación de la palabra de Dios (cuando ha sido sincrética desde un principio), con el paso del tiempo, se volvió cada vez menos pura, y después se corrompió, hasta que por último, se abandonó por completo, y otras invenciones de los hombres la sustituyeron. Por otra parte, recordemos que las imágenes entre los hombres cristianos fueron primero pintadas, y esto inició representando historias enteras juntas, que tenían algún significado en ellas. Después, fueron repujadas, y hechas de madera, piedra, yeso y metal. Y al principio sólo se guardaban en privado en las casas de los hombres, después, se introdujeron en las iglesias y templos, así que primero fueron pintadas y después repujadas en alto relieve, más sin embargo no fueron adorados en ningún lugar al principio. Pero poco tiempo después, comenzaron a ser adoradas por hombres que se caracterizaban por ser ignorantes, como parece ser demostrado por la epístola que Gregorio, el primero de ese nombre, obispo de Roma, escribió a Serenus, obispo de Marcelles. De estos dos obispos, Serenus por temor a la idolatría acometió contra las imágenes, las rompió, y las quemó, sin embargo, Gregorio, aunque pensó que era tolerable dejarlas en pie, juzgó abominable que fueran adoradas, y pensó (como ahora se alega) que la adoración de ellas podría ser detenida, por la enseñanza de la palabra de DIOS, según él exhorta a Serenus a enseñar al pueblo, como en la misma Epístola se encuentra escrito. Pero para establecer si la opinión de Gregorio, o el juicio de Serenus eran mejores aquí, considerad la experiencia, os ruego, porque esta por sí misma confuta la opinión de Gregorio. Porque a pesar de los escritos de Gregorio y de la predicación de otros, una vez que las imágenes se instalaron públicamente en los templos e iglesias, los hombres y mujeres sencillos cayeron poco después en montones a adorarlas, de tal forma que al final, los sabios también fueron arrastrados por el error público, como por una violenta corriente o inundación. Y en el segundo Concilio Niceno, los Obispos y Clérigos decretaron que las Imágenes debían ser adoradas, y así, con motivo de estas piedras de tropiezo, no sólo los indoctos y simples, sino también los doctos y sabios, no sólo el pueblo, sino también los obispos, no sólo las ovejas, sino también los propios pastores (que deberían haber sido guías en el camino correcto, y luz para brillar en la oscuridad) siendo cegados por el embrujo de las imágenes, como guías ciegos de los ciegos, cayeron ambos en el pozo de la maldita idolatría. En la cual todo el mundo, como si estuviera ahogado, continuó hasta nuestra época, por el espacio de más de ochocientos años, sin que se hablara de ello. Y esta blasfemia tuvo éxito debido a la doctrina de Gregorio, lo cual nunca hubiera ocurrido si el Obispo Serenus hubiera establecido su camino, y todos los ídolos e imágenes hubieran sido completamente destruidos y abolidos, porque ningún hombre adora lo que no existe. De esta forma veis cómo

de tener imágenes en privado se pasó a colocarlas públicamente en iglesias y templos, aunque al principio sin adorarlas, como entonces juzgaban algunos sabios y eruditos; y de tenerlas simplemente allí, se pasó finalmente a adorarlas. Primero, por el pueblo rudo, que especialmente (como enseña la Escritura) está en peligro de superstición e idolatría, y después por los Obispos, los doctos y por todo el Clero (Apócrifo. Sabiduría 13.10, 14.16). De modo que laicos y clérigos, doctos y no doctos, todas las edades, sectas y grados de hombres, mujeres y niños de toda la cristiandad (algo horrible y espantoso de pensar) han sido ahogados a la vez en la abominable idolatría, el vicio más detestado por Dios de todos, y más condenables para el hombre y eso por el espacio de ochocientos años y más. Es así que a este fin ha llegado el comienzo de la instalación de imágenes en las iglesias que entonces se consideraban inofensivas, y que la experiencia ha demostrado que no sólo son perjudiciales, sino que son excitantes y pestilentes, y que han contribuido a la destrucción y subversión de toda la buena religión universal. De modo que concluyo que, así como puede ser posible que en una ciudad o en un pequeño país se coloquen imágenes en los templos y en las iglesias, la idolatría puede mantenerse alejada durante un corto período de tiempo mediante la predicación sincera y continua de la verdadera palabra de Dios y del Evangelio de nuestro Salvador Cristo. No obstante, es imposible que (las imágenes una vez establecidas y sufridas en los templos e iglesias) ningún gran país, y mucho menos el mundo entero, pueda ser alejado por mucho tiempo de la idolatría. Y los piadosos respetarán, no sólo su propia ciudad, país y tiempo, y la salud de los hombres de su época, sino que se preocuparán por todos los lugares y tiempos, y por la salvación de los hombres de todas las edades. Por lo menos, no pondrán tales piedras de tropiezo y trampas para los pies de otros compatriotas y personas de diversas edades, ya que la experiencia ha demostrado que han sido la ruina del mundo.

Por lo tanto, hago una conclusión general de todo lo que he dicho hasta ahora, si las piedras de tropiezo, y los problemas de las almas de los hombres, mediante la creación de imágenes, serán muchos, sí, infinitos si se sufren, y las advertencias para evitar caer por estas piedras de tropiezo, y los remedios para los dichos problemas por la predicación son pocos, como ya se ha declarado, si las piedras de tropiezo son fáciles de poner, los problemas se proporcionan pronto, y las advertencias y los remedios son difíciles de conocer o de conseguir, y si las piedras de tropiezo se encuentran continuamente en el camino, y el veneno está a la mano en todas partes, y las advertencias y los remedios se dan raramente, y si todos los hombres están más dispuestos por sí mismos a tropezar y caer en problemas, que a ser advertidos, es claro que todos los hombres están más dispuestos a beber del veneno, que a probar el remedio (como ya se ha declarado en parte, y en lo sucesivo se declarará con más detalle) y así, en fin, si el veneno se bebe continua y profundamente por muchos, y el remedio se prueba rara y débilmente por unos pocos, ¿Cómo puede ser de otra forma, sino que infinidad de cristianos débiles y endeble serán atrapados, infinidad de ellos caerán en la ruina rompiendo sus cuellos, infinidad de ellos serán envenenados en sus almas por este veneno mortal?

Y cómo se evidencia la caridad de DIOS, o el amor a nuestro prójimo en nuestros corazones, si cuando podemos remover tales tropiezos peligrosos, tales pociones pestilentes, no los removemos. Qué diré de los que ponen piedras de tropiezo donde antes no las había, y ponen trampas a los pies, es más, a las almas de los débiles y sencillos, y crean el peligro para destrucción eterna, de aquellos por quienes nuestro Salvador Cristo derramó su preciosísima sangre, pues mejor sería que las artes de pintar, grabar, esculpir, tallar y fundir nunca se hubieran inventado ni utilizado, a que uno de ellos, cuyas almas a los ojos de Dios son tan apreciadas, perezca y se pierda por causa de la imagen o el cuadro. Y aun así se declara que la predicación puede evitar la idolatría, si las imágenes se colocan públicamente en los templos e iglesias.

Y tan cierto es todo lo dicho hasta ahora que ninguno de los diferentes remedios usados, tales como los escritos contra la idolatría, los consejos reunidos, los decretos dictados contra ellas, las leyes severas y las proclamaciones de los príncipes y emperadores, ni los castigos y las penas extremas, ni ningún otro remedio podría o puede ser concebido para evitar la idolatría, si las imágenes son colocadas y sufridas públicamente. En cuanto a los escritos contra las imágenes y la idolatría que han sido planteados en su contra, como lo hemos visto en la segunda parte de este Tratado se os han citado muchas referencias de S. Jerónimo, Orígenes, Lactancio, S. Agustín, Epifanio, S. Ambrosio, Clemente y varios otros doctos y santos obispos y doctores de la Iglesia. Y además de éstos, todas las historias eclesiásticas y los libros de otros obispos y doctores piadosos y eruditos están llenos de notables ejemplos y sentencias contra las imágenes y su adoración. Y así como ellos han escrito con la mayor seriedad, así también enseñaron y predicaron sinceramente y con la mayor diligencia en su tiempo, siendo consecuentes con sus escritos y ejemplo de vida. Porque entonces eran obispos predicadores, y más a menudo se les veía en los púlpitos, que en los palacios de los príncipes, más a menudo ocupados trabajando en su legado, hablando con sus acciones: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todos los hombres, en lugar de concentrar sus esfuerzos en los negocios y afanes de los príncipes de este mundo. Y como eran muy celosos y diligentes, también eran de excelente educación y de vida piadosa, y desde ambas perspectivas de gran autoridad y crédito para con el pueblo, y por lo tanto poseían más fuerza y probabilidad de persuadir a la gente, y la gente se encontraba más dispuesta a creer y seguir su doctrina. Pero si sus predicaciones no podían ayudar, mucho menos podían hacerlo sus escritos, que sólo llegan al conocimiento de unos pocos eruditos, en comparación con la predicación continua, de la que participa toda la multitud. Tampoco los antiguos Padres, Obispos y Doctores, actuaron únicamente contra este mal de forma individual por medio de la predicación y la escritura, sino que también lo hicieron en conjunto, sumando un gran número de ellos reunidos en Sínodos y Consejos, dictaron Decretos y Leyes Eclesiásticas contra las Imágenes y su adoración, no lo hicieron una o dos veces, sino varias veces, y en diversas épocas y lugares, reunieron sínodos y consejos, e hicieron severos decretos contra las imágenes y la adoración de las mismas, como se ha declarado ampliamente en la

segunda parte de esta Homilía. Pero a pesar de todo lo que escribían, predicaban, se reunían en consejos, decretaban y dictaban leyes eclesiásticas, con todo y esto, no podían ayudar a derribar las imágenes de las que se desprendía la idolatría, ni tampoco podían luchar contra la idolatría mientras las imágenes estuvieran en pie. Para esos libros ciegos y torpes maestros de escuela, me refiero a las imágenes y a los ídolos (porque los llaman libros de hombres laicos y maestros de escuela) por sus escritos tallados y pintados, enseñando y predicando la idolatría, prevalecían contra todos los libros escritos por los doctos y Obispos piadosos, y difundían el engaño predicando con voz viva, como ellos lo llaman. Pues bien, si la predicación y la escritura no pueden evitar que los hombres adoren a las imágenes y se entreguen a la idolatría, si la pluma y las palabras no pueden hacerlo, pensaréis que la pena y la espada podrían hacerlo, es decir, que los príncipes, mediante leyes y castigos severos, podrían detener esta afición desenfrenada a la idolatría propia de todos los hombres, sin importar que las imágenes fueran erigidas y sufridas. Pero la experiencia demuestra que esto no puede ayudar más contra la idolatría que escribir y predicar. Porque los emperadores cristianos (cuya autoridad debe ser la mayor por la razón y la ley de Dios) siendo más de ocho, y teniendo a seis de ellos que reinaron sucesivamente uno tras otro (como está en las historias antes relatadas) haciendo leyes y proclamaciones muy severas contra los ídolos, la idolatría, las imágenes y la adoración de ellas, y llegando incluso a ejecutar los castigos más graves, aplicando hasta la pena de muerte, sobre los mantenedores de imágenes y sobre los idólatras y adoradores de estas, no pudieron lograr que las imágenes, una vez colocadas, fueran destruidas, o que los hombres dejaran de adorarlas, después de que fuesen una vez colocadas. ¿Y qué crees que sucederá si los hombres cultos enseñan al pueblo a hacerlas y mantienen su instalación como algo necesario en la religión?

Para concluir, parece evidentemente por todas las historias y escritos, y la experiencia de tiempos pasados, que ni la predicación, ni la escritura, ni el consejo de los sabios, ni la autoridad de los piadosos, ni los decretos de los Consejos, ni las Leyes de los Príncipes, ni los castigos extremos de los infractores en ese sentido, ni ningún otro remedio o medio, puede ayudar contra la Idolatría, si las Imágenes se sufren públicamente. Y es cierto que se dice que los tiempos pasados son maestros de sabiduría para los que siguen y viven después. Por lo tanto, si en tiempos pasados, los más veraces y los más doctos, los más diligentes también, y en número casi infinito, los antiguos Padres, Obispos y Doctores, con sus escritos, predicación, laboriosidad, seriedad, autoridad, asambleas y Consejos no pudieron hacer nada contra las Imágenes y la Idolatría una vez estas eran establecidas, ¿Qué podemos hacer nosotros, que no somos mejores ni en conocimiento, ni en santidad de vida, ni en diligencia, ni en autoridad, en comparación con ellos, sino que más bien somos hombres despreciados, y de ninguna estimación (de acuerdo a como nos ve el mundo hoy) y que incluso somos unos pocos en número, frente a una muy grande multitud de hombres maliciosos? ¿Qué podemos hacer, digo, o llevar a cabo para detener la idolatría o la adoración de imágenes, si se les permite estar públicamente en los templos e iglesias? Y si tantos y tan poderosos emperadores, con leyes y

proclamaciones tan severas, con castigos y ejecuciones tan rigurosas y extremas, no pudieron impedir que el pueblo estableciera y adorara imágenes, ¿qué sucederá, pensad, cuando los hombres las recomienden como libros necesarios para los laicos? Por lo tanto, aprendamos de estos últimos días esta lección que nos da la experiencia de la antigüedad, concretamente, que la idolatría no puede separarse de las imágenes por mucho tiempo, sino que como un accidente inseparable, o como una sombra sigue al cuerpo cuando brilla el sol, así la idolatría sigue y se adhiere a la posesión pública de imágenes en los templos y las iglesias. Y finalmente, como la Idolatría debe ser aborrecida y evitada, así las Imágenes (que no pueden estar mucho tiempo sin producir Idolatría) deben ser eliminadas y destruidas.

Además de los experimentos y pruebas de tiempos anteriores, la propia naturaleza y origen de las imágenes atrae a la idolatría más violentamente, y a esto se aúna que la naturaleza e inclinación de los hombres también se entrega a la idolatría con gran vehemencia, de tal forma que no es posible cortar o separar las imágenes de la idolatría, y que los hombres no se mantendrán a salvo de este pecado, si las imágenes se sufren públicamente. Lo que quiero decir sobre la naturaleza y el origen de las imágenes es esto, que así como la invención de las imágenes al principio es pecaminoso, y ningún bien puede provenir de lo que tuvo un mal comienzo, y además de lo dicho son totalmente inútiles, como lo declara Atanasio en su libro contra los Gentiles, también San Jerónimo en su comentario sobre el profeta Jeremías en el sexto capítulo, y Eusebio en el séptimo libro de su Historia Eclesiástica en el capítulo XVIII. Ellos también a una voz atestiguan, que así como al principio las imágenes vinieron de los Gentiles a nosotros, quienes eran idólatras y adoradores de ellas, y que esta invención de los paganos fue el comienzo de la fornicación espiritual, como la palabra de Dios lo testifica, (Apócrifo, Sabiduría 14.12). Así que naturalmente (como si fuera una necesidad) volverán a su origen de donde vinieron, y atraerán con ellas la más violenta Idolatría, lo que es una abominación ante Dios y a todos los hombres piadosos. Porque si el origen de las imágenes y su adoración, como es registrado en el octavo capítulo del libro de la Sabiduría, comenzó por el amor ciego de un padre cariñoso, que creó para su consuelo una imagen de su hijo, que estaba muerto, y de esta forma, finalmente los hombres cayeron en la adoración de la imagen de aquel que sabían que estaba muerto, ¿Cuánto más caerán los hombres y las mujeres en la adoración de las imágenes de Dios, de nuestro Salvador Cristo y de sus santos, si se les permite estar en las iglesias y templos públicamente? Porque cuanto mayor sea la opinión sobre la majestuosidad y santidad de la persona a la que se hace una imagen, más pronto caerá la gente en la adoración de dicha imagen. Por lo tanto, las imágenes de Dios, de nuestro Salvador Cristo, de la Santísima Virgen María, de los Apóstoles, de los Mártires y de otros cristianos con notable santidad, son las más peligrosas y de mayor riesgo para la idolatría y, por lo tanto, hay que tener mucho cuidado de que ninguna de ellas se exponga públicamente en las iglesias y en los templos. Porque no hay gran temor de que alguien caiga en la adoración de las imágenes de Anás, Caifás, Pilato o Judas el bandido, si se colocan. Pero para los otros casos que hemos

mencionado, ya está plenamente probado que la idolatría se ha cometido, se comete y es muy probable que se cometa continuamente.

Ahora bien, como ya se dijo, y aquí se declarará con mayor amplitud, la naturaleza del hombre no está inclinada a adorar las imágenes (si no puede tenerlas y verlas), sino que está inclinada a prostituirse y adulterar en compañía de ramera. Y así como a un hombre entregado a la concupiscencia de la carne, que al ver a una ramera libertina, se sienta junto a ella abrazándola, de poco le sirve que le digan: "Guárdate de la fornicación, Dios condenará a los fornicarios y a los adúlteros"; así tampoco, siendo vencido por la insistente seducción de la ramera, prestará atención a tales amonestaciones piadosas, y cuando por fin se quede a solas con ella, no podrá seguir más que la maldad (1 Corintios 6. 9-10, 1 Tesalonicenses 4:3, Hebreros 13:4), de igual forma, si se permite que se coloquen imágenes en las iglesias y en los templos, aunque les digas que se cuiden de las imágenes, como lo hace San Juan, y que huyan de la idolatría (1 Juan 5.21), como nos advierten todas las Escrituras, en todo caso, y les prediquéis y enseñéis contra la idolatría, no obstante esto, un número de ellos, caerá de cabeza en esta abominación, tanto por la naturaleza de las imágenes como por la inclinación de su propia naturaleza corrupta.

Por lo tanto, así como para un hombre dado a la lujuria, sentarse junto a una prostituta, es tentar a DIOS, así también es erigir un Ídolo conociendo la prontitud de la naturaleza del hombre a la Idolatría, esto no es otra cosa que una tentación. Ahora bien, si alguien dice que esta similitud no prueba nada, le ruego que deje que la palabra de Dios, de la cual se toma la similitud, lo pruebe. ¿Acaso la palabra de Dios no llama a la idolatría fornicación espiritual (Levítico 17:7, 20:5; Números 25; Deuteronomio 31.16; Apócrifo, Baruc 6)? ¿No llama a un Ídolo o Imagen pintada, una prostituta con la cara maquillada? ¿No son las maldades espirituales de un ídolo, como las lisonjas de una ramera? ¿No son los hombres y las mujeres tan propensos a la fornicación espiritual (me refiero a la idolatría) como a la fornicación carnal? Si esto se niega, entonces, que todas las naciones de la tierra que han sido idólatras (como se evidencia en todas las historias) lo demuestren. Que los judíos y el pueblo de Dios, que fueron advertidos tan a menudo y tan seriamente, y amenazados tan terriblemente con respecto a las imágenes y a la idolatría, y que incluso fueron castigados tan extremadamente por ello (y sin embargo cayeron en estas prácticas), que ellos demuestren que es verdad, como lo encontramos registrado en casi todos los libros del antiguo Testamento, a saber, los Reyes, las Crónicas, y los Profetas, donde estas cosas aparecen de manera más evidente. Que todas las épocas y tiempos, y los hombres de todas las épocas y tiempos, de todos los grados y condiciones, los sabios, los eruditos, los príncipes, los ignorantes, los indoctos y los comunes, demuestren que es verdad. Si necesitáis ejemplos, para hombres sabios, tenéis a los egipcios, y a los gimnosofistas indios, los hombres más sabios del mundo, también tenéis a Salomón el más sabio de todos los hombres. En cuanto a los hombres sabios, los griegos, y en concreto los atenienses, que superan a todas las demás naciones en superstición e idolatría, como les acusa S. Pablo en la historia

narrada en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 17.16, Romanos 1.23). Así también como ejemplos de príncipes y gobernantes caídos en esta abominación, tienes a los romanos, los gobernantes del asado, (como les dicen) tienes al mismo rey Salomón, y a todos los reyes de Israel y Judá después de él, excepto David, Ezequías y Josías, y uno o dos más. Todos estos (digo) e infinitos otros, sabios, eruditos, príncipes y gobernantes, siendo todos idólatras, los tenéis por ejemplos y prueba de la inclinación de los hombres a la idolatría. Para que yo pueda pasar en silencio en el mediano tiempo, observe las infinitas multitudes y millones de idiotas e indoctos, la gente ignorante y grosera, actuando como Caballos y Mulas en los que no hay entendimiento, cuya inmadurez y peligro de caer en los montes de la Idolatría por ocasión de las Imágenes, las Escrituras especialmente previenen y dan advertencia de esto (Salmos 32.9; Apócrifo, Sabiduría 13 y 14). Y, en efecto, ¿cómo podrían los indoctos, simples y necios escapar de las redes y las trampas de los ídolos y las imágenes, en las que los más sabios y los más instruidos han estado tan enredados, atrapados y envueltos? Por lo tanto, el argumento que sostenemos consiste en que los hombres están muy inclinados por su naturaleza corrupta a la fornicación espiritual como a la carnal, lo cual, ha sido previsto por la sabiduría de Dios, razón por la que Él ordenó una prohibición general para que nadie se haga para sí mismo una imagen o semejanza, a lo que añade una causa que se encuentra en la naturaleza corrupta del hombre. No sea que (dice DIOS) siendo engañado por el error, los honres y adores (Deuteronomio 4.16, 19). Y por este motivo de la inclinación corrupta del hombre, tanto a la fornicación espiritual como a la carnal, debe seguirse necesariamente que, así como es la obligación de los magistrados piadosos, que aman la honestidad y odian la prostitución, expulsar a todas las prostitutas y rameras, especialmente de los lugares notoriamente sospechosos, o a los que recurren las jaurías lujuriosas, para la promoción de la fornicación carnal, de igual forma también es deber de estos Magistrados temerosos de Dios, según los ejemplos de los Reyes piadosos, Ezequías y Josías, expulsar a todas las rameras espirituales, (me refiero a los ídolos y las imágenes) especialmente de los lugares sospechosos, de las iglesias y de los templos, sitios que hoy son tenebrosos debido a la idolatría que se comete con las imágenes colocadas allí, teniendo presente que este es un lugar designado para rendir honor y culto con altura (como dice San Agustín) donde se debe adorar al DIOS vivo (y no a las piedras muertas y los leños), así pues, es (digo) el deber de los Magistrados piadosos mantener las imágenes y los ídolos fuera de las iglesias y los templos, como rameras espirituales que deben ser alejadas de los lugares sospechosos de ser espacios en los que se promociona la idolatría, que es la fornicación espiritual (Agustín, sobre los Salmos 36 y 113 en "De Civitatis Dei", Libro 4, Cap. 3). Y así como siendo enemigas de toda honestidad, las prostitutas y las rameras deben ser expulsadas de sus rincones secretos a la plaza pública, para que habiten allí y sea expuesta su sucia marcha, de igual forma deben ser tratados los enemigos del verdadero culto a DIOS, quienes introducen ídolos e imágenes en los templos e iglesias, que son la casa del SEÑOR, para que sean expuestos en su idolatría abiertamente, y se evidencie que procuran robarle al DIOS celoso su honor y gloria, quien no se lo dará a ningún otro, mucho menos a

imágenes talladas (Isaías 42:8), por lo cual debemos también tener presente que este honor y gloria es completamente abandonado, y que el vínculo de amor entre Dios y el hombre es roto por la idolatría, que no es otra cosa que fornicación espiritual, como igualmente se rompe el nudo y el vínculo del matrimonio por la fornicación carnal.

Que todo esto sea tomado como una mentira, si la palabra de DIOS no lo impone como verdadero. Maldito sea el hombre, dice DIOS en el Deuteronomio, que haga una imagen tallada o fundida, y la ponga en un rincón secreto; y todo el pueblo dirá: Amén (Deuteronomio 27.15). Así dice DIOS, porque en aquel tiempo nadie podía tener o adorar imágenes abiertamente, sino en rincones ocultos solamente; y siendo el mundo entero el gran Templo de DIOS, quien se atreviera en cualquier rincón de este a robarle al SEÑOR su gloria, para dársela a los leños y a las piedras, es declarado por la palabra del OMNIPOTENTE maldito. Ahora bien, quienes se atrevan a sacar a estas rameras espirituales de sus rincones de acecho, e introducirlas en las iglesias y templos públicos, para promoción de la fornicación espiritual que llega a ser cometida allí abiertamente por todos los hombres y mujeres sin vergüenza, sin duda esa persona es maldita por Dios, y dos veces maldita, y todos los hombres y mujeres buenos y piadosos dirán: Amén, y su Amén tendrá efecto también. Sí, además resulta una locura para todos los hombres que profesan la Religión de Cristo, el que ahora, después del espacio de aproximadamente unos cien años, e incluso en nuestro tiempo que venimos gozando de una gran luz del Evangelio, una gran multitud se aventure corriendo en viajes por mar y tierra para gran desperdicio de su tiempo, gasto y despilfarro de sus bienes, la indigencia de sus Esposas, hijos y familias, e incluso poniendo en peligro sus propios cuerpos y vidas, para llegar a Compostela, Roma, Jerusalén y otras poblaciones lejanas, con el propósito de visitar a los muertos y piedras, lo que demuestra suficientemente la predisposición de la naturaleza corrupta del hombre a buscar ídolos una vez estos son establecidos y a adorarlos. De esta manera, tanto por el origen y la naturaleza de los ídolos y las imágenes en sí, como por la predisposición e inclinación de la naturaleza corrupta del hombre a la idolatría, es evidente que si las imágenes se colocan públicamente, no pueden ser separadas de los hombres, y al verlas expuestas en los templos e iglesias, no habrá manera de apartarlos o guardarlos de la idolatría. Ahora bien, ellos alegan que, aunque el pueblo, los príncipes, los sabios y las personas de antaño cayeron en la idolatría por causa de las imágenes, no por ello la mayoría de personas de nuestra época, especialmente los sabios y aquellos que tienen autoridad, se han de sentir afectados u ofendidos por los ídolos y las imágenes, ni tampoco corren a los poblados lejanos para adorarlas, y que saben bien lo que es un ídolo o imagen, y cómo deben ser usados, y que por lo tanto, las imágenes en las iglesias y los templos son algo indiferente, ya que algunos no abusan de ellas; siendo que todo esto según ellos pueden sostenerlo con razón (lo que hemos refutado al principio de esta parte) determinando que no es ilegal ni malo en absoluto tener imágenes en las iglesias y en los templos, aunque pueda parecer que no es del todo conveniente por aquellas personas simples.

A todo esto, podemos responder de manera sencilla, Salomón, el más sabio de todos los hombres, sabía muy bien lo que era un ídolo o una imagen, y no les rindió ningún tipo de servicio durante mucho tiempo, incluso con sus propios escritos instó a otros en contra de los fabricantes de ídolos y sus adoradores. Sin embargo, más tarde, el mismo Salomón, al permitir que sus parientes indecentes trajeran sus ídolos a su corte y a su palacio, fue persuadido por ramera carnal y conducido finalmente a cometer fornicación espiritual con ídolos, y esto vino del príncipe más sabio y piadoso quien se convirtió en el más necio y perverso también (Apócrifo, Sabiduría 13.14). Por lo tanto, lo mejor es que incluso el más sabio tenga en cuenta esta advertencia. El que ama el peligro perecerá en él; y el que esté en pie, tenga cuidado de no caer, así pues, en lugar de poner, a sabiendas y de buena gana, tal piedra de tropiezo para sus propios pies y los de los demás, tenga cuidado de no tropezar y caer tan profundo que finalmente se rompa el cuello (Apócrifo, Eclesiástico 3.26, 13.13, 1 Corintios 10.12). El buen rey Ezequías sabía muy bien que la serpiente de bronce no era más que una imagen muerta y, por lo tanto, no se vio perjudicado así mismo ni atraído a la idolatría (2 Reyes 18.4). Sin embargo, ¿Dejó, por esto, que se mantuviera en pie, simplemente porque él mismo no sufrió ningún daño? No, sino que siendo un buen Rey, y por lo tanto considerando la salud de sus súbditos, engañados por esa Imagen, quienes cometieron idolatría con la misma, no sólo la derribó, sino que también la hizo pedazos. Y esto lo hizo con esa Imagen que había sido erigida por orden de Dios, en presencia de la cual se habían hecho grandes Milagros, como si fuera una figura de nuestro Salvador Cristo que vendría, quien nos libraría del aguijón mortal de la vieja Serpiente Satanás. Tampoco la perdonó por su antigüedad, tomando en cuenta que esta se mantuvo y prolongó durante más de setecientos años, ni por haber sido sufrida y preservada por tantos reyes piadosos antes de su tiempo. Ahora bien, pensad que ese príncipe piadoso (si viviera hoy) se ocuparía de nuestros ídolos, que han sido erigidos directamente en contra del mandato de Dios, y que no son más que figuras de la locura, dispuestas allí para que los tontos las miren, hasta que se vuelvan tan sabios como lo son los propios bloques que miran, cayendo finalmente como alondras atrevidas en ese gas, siendo que estando ellos mismos vivos, se prestan para adorar al leño, a la piedra, a metales como el oro y plata, todos elementos muertos, llegando a convertirse en ídólatras, abominables y malditos ante el Dios vivo, rindiendo el honor que sólo se le debe dar a aquel que los hizo cuando no eran nada, y a nuestro Salvador Cristo que los redimió estando ellos perdidos, al muerto y tonto Ídolo, obra de la mano del hombre, que nunca ha hecho ni puede hacer nada por ellos, no, no es capaz de agitarse ni de moverse en lo más mínimo, y por lo tanto ¿No es de considerar que son inferiores incluso al vil gusano que por lo menos es capaz de moverse y arrastrarse? El excelente rey Josías tampoco fue afectado por las imágenes y los ídolos, pues sabía muy bien lo que eran, sin embargo, nos preguntamos ¿Permitió él que se mantuvieran erigidas porque sabía que no eran nada, consintiendo en alguna manera el mantenimiento de los ídolos y las imágenes? O más bien, ¿No trabajó diligentemente, con su conocimiento y autoridad, en contra de la ignorancia

de quienes no sabían lo que eran, eliminando por completo todos los escollos que pudieran ser ocasión de ruina para su pueblo y sus súbditos? ¿Acaso porque a unos pocos no les hicieron daño las imágenes y los ídolos, se tiene licencia para violar la ley general de Dios que afirma categóricamente, “no te harás imagen ni semejanza alguna...”? (Deuteronomio 4:16). También podrían argumentar, usando el hecho de que Moisés no fue seducido por la hija de Jetro, ni Boos por Rut, quienes eran extrañas, para justificar como un razonamiento válido de que todos los judíos podrían violar la ley general de Dios, que prohíbe a su pueblo dar en matrimonio a sus hijos a extraños, ley que estableció Dios con el fin de evitar que los cónyuges paganos seduzcan a sus hijos para que no sigan a Dios.

Por lo tanto, los que así razonan, pensaron que las imágenes no son convenientes, pero es lícito tenerlas expuestas públicamente, y procuran probar esa licitud por medio de algunos pocos hombres dotados espiritualmente para un ministerio específico para lo que también fueron elegidos, ya que, si objetan de manera indiferente con respecto a la gran mayoría de hombres, haciendo alusión a unos pocos que pueden tenerlas sin recibir daño y ofensa, esto pareciera demostrar que para los tales la multitud es vista como si fueran almas inferiores o de menor importancia, (como dice Virgilio) de cuya pérdida y salvaguarda no se debe hacer distinción o acepción basado en su reputación, ya que por ellos Cristo también pagó un alto costo, al igual que por el más poderoso Príncipe, o el más sabio y erudito de la tierra. Y todos aquellos que quieren que de forma general esto sea tomado como algo indiferente por el hecho de que son unos pocos los que no se ven perjudicados por esto, aunque infinitas multitudes perezcan por ello, demuestra que hacen poca diferencia entre la multitud de cristianos y las bestias ruidosas, cuyo peligro estiman tan poco. Además de lo dicho, si son Obispos o Personas que tienen a su cargo las conciencias de los hombres y razonan de esta manera, pensando que es lícito tener Imágenes públicamente, aunque no sea conveniente, ¿Qué clase de pastores muestran ser ellos mismos para con su rebaño, si a la postre les empujan a lo que ellos mismos confiesan que no es conveniente para ellos, y que esto sólo sirve a la ruina total de las almas encomendadas a su cargo, por las cuales darán una cuenta estricta ante el Príncipe de los pastores en el último día? Porque en efecto, objetar en detrimento de los débiles, y que se encuentran dispuestos a caer por sí mismos, por estas piedras de tropiezo, es una cosa que no sólo no es conveniente, sino ilícita, sí, y muy perversa también. Por lo tanto, resulta extraño y nos preguntamos, ¿cómo es posible que llamen cosas indiferentes a las imágenes establecidas en las iglesias y templos, que no traen ningún beneficio o ventaja a nadie, y si es un gran peligro y riesgo, para daño y destrucción de muchos, o más bien de una infinidad de personas?

¿No es el establecimiento público de ellas más bien una trampa para todos los hombres, y tentar cínicamente a Dios? Ruego a estos razonadores que recuerden su propia ordenanza y decreto, por el cual determinaron que la Escritura, contrariando a DIOS en esto, pues es Él mismo quien ha ordenado que esta sea conocida por

todos los hombres, mujeres y niños, no debe ser leída por los sencillos, ni tampoco tenida en la lengua vulgar, porque (como ellos lo dijeron) era peligroso, pues esto podría conducir a las personas sencillas al error (Deuteronomio 31:11-12). Sin embargo, ¿No son estos mismos los que no prohíben que se coloquen imágenes en las iglesias y los templos, las cuales no han sido ordenadas, sino prohibidas estrictamente y en gran manera por DIOS, osando dejarlas todavía, sí, y también las mantendrán, aun cuando ven que la gente es llevada, no sólo al peligro, sino de hecho a los más abominables errores y a la detestable idolatría por ellos? ¿Debe callarse la palabra de Dios, aun cuando fue Él quien ordenó que se leyera a todos, y que todos la conocieran, por el peligro de la herejía (como ellos dicen)? y los ídolos y las imágenes, a pesar de estar prohibidos por Dios, y a pesar de que son un auténtico peligro que conduce a las personas a la idolatría, ¿se establecerán, se permitirán y se mantendrán en las iglesias y los templos? Oh, sabiduría mundana y carnal, que incluso se empeña en mantener las invenciones y tradiciones de los hombres por medio de la razón carnal, y por ello, desvirtúan o desfiguran las santas ordenanzas, leyes y el honor del Dios Eterno, que debe ser honrado y alabado por siempre. Amén.

Ahora bien, sólo nos queda para la conclusión de este Tratado, declarar también el abuso de las Iglesias y Templos, esto por la decoración y el adorno demasiado costoso y suntuoso de los mismos, así como el uso de pinturas lascivas, el dorado y la vestimenta de ídolos e imágenes, y de esta manera concluiremos todo el tratado.

En el tiempo de Tertuliano, ciento sesenta años después de Cristo, los cristianos no tenían más templos que las casas comunes, a las que acudían en su mayoría en secreto (S. Tertuliano, "Apolog.", cap. 39). Y tan lejos estaban de tener templos bien engalanados antes de su tiempo, que en los días de los emperadores Antonio, Verus y Cómodo se dictaron leyes para que ningún cristiano pudiera acudir a las casas, entrara en los baños públicos o fueran vistos en las calles o en cualquier otro lugar, al punto que, si una vez eran acusados de ser cristianos, no se les permitiera escapar de ninguna manera (Eusebio, "Historia eclesiástica", tomo 5). Como se practicó con Apolonio, un noble senador de Roma, que al ser acusado por su propio siervo y esclavo de que era cristiano, no pudo ni por defensa o disculpa erudita y elocuentemente escrita y leída públicamente en el Senado, ni por el hecho de que era un ciudadano, ni por la dignidad de su rango, ni por la vileza e ilegalidad de su acusador, quien era su propio esclavo, sobre el cual habían fuertes indicios de malicia, por la que forjaba mentiras contra su Señor, ni por ningún otro aspecto o ayuda, pudo liberarse de la muerte. De modo que los cristianos se vieron entonces obligados a habitar en cuevas y catacumbas, tan lejos estaban de tener templos públicos adornados y engalanados como lo están ahora. Lo que aquí exponemos para refutar a los que relatan tan gloriosas fábulas sobre el hermoso y suntuoso Templo de San Pedro, Lino, Cletus y los treinta Obispos que sucedieron al santo Apóstol permaneciendo en Roma, hasta el tiempo del emperador Constantino, y que San Policarpo debería tener en Asia, o Ireneo en Francia, fundamentados en tales

mentiras, contrarias a todas las historias verdaderas, para el mantenimiento del dorado superfluo y la decoración de los templos hoy en día, donde ponen casi toda la suma y la médula de nuestra religión. Pero en aquellos tiempos el mundo fue ganado para la cristiandad, no por los templos magníficos, dorados y pintados de los cristianos, quienes apenas si podían tener casas para vivir, sino por las mentes piadosas y como si fueran de oro, y la fe firme de aquellos que en toda adversidad y persecución profesaban la verdad de nuestra religión. Y después de estos tiempos, en la proclamación de Maximino y Constancio el Emperador, los lugares donde los cristianos recurrían a la oración pública, se llamaban "conventicles" "(*Conventículo*)" (Eusebio, "Historia Eclesiástica", libro 8, cap. 19, y libro 9. cap. 9). Y en la Epístola de Galerio Maximino, se les llama Oratorios y Dominicae, es decir, lugares dedicados al servicio del Señor. Y aquí, por cierto, hay que tener en cuenta que en ese tiempo no había iglesias o templos erigidos en honor de ningún santo, sino a DIOS solamente, como San Agustín también registra, diciendo: No construimos templos a nuestros mártires (Agustín, "De Civitate", Libro. 8, cap. 1). Y el mismo Eusebio llama a las Iglesias, casas de oración, y muestra que en el tiempo de Constantino el Emperador, todos los hombres se regocijaron al ver que en lugar de los conventicles bajos, que los tiranos habían destruido, se construían templos altos. Así, hasta el tiempo de Constantino, por el espacio de más de trescientos años después de nuestro Salvador Cristo, cuando la religión cristiana era más pura, y de hecho dorada, los cristianos no tenían más que conventicles bajos y pobres, y simples oratorios, sí cuevas bajo la tierra, llamadas "cryptae" (*criptas*), donde por temor a la persecución se reunían secretamente. Esta es una figura que se evoca para remontarnos a ellas por medio de las bóvedas que todavía se construyen debajo de las grandes iglesias, para hacernos recordar el antiguo estado de la Iglesia primitiva antes de Constantino, mientras que en el tiempo de este Emperador, y después de él, se construyeron grandes y buenos templos para los cristianos, llamados "Basilicae" (*Basílicas*), ya sea porque los griegos solían llamar a todos los lugares grandes y bien acondicionados Basílicas, o porque el alto y eterno Rey DIOS y nuestro Salvador Cristo eran servidos en ellas. Pero, aunque Constantino, y otros Príncipes, de buena fe para nuestra religión, decoraron y adornaron suntuosamente los Templos de los Cristianos, es evidente que dedicaron en aquel tiempo todas las Iglesias y Templos sólo a DIOS o a nuestro Salvador Cristo, no a ningún Santo, porque ese abuso comenzó mucho después en el tiempo de Justiniano. Y esa magnificencia que entonces se usaba, fue recibida, como el crecimiento de un buen celo, aunque los piadosos doctos de aquellos días, eran de la opinión que tal costo podría haber sido invertido de mejor manera (Novel. Constit. 3. et 47). Incluso algo de esto vemos en San Jerónimo (aunque por otra parte fue un gran aficionado y defensor de las cosas externas), no obstante, él es una prueba, de quien recibimos las siguientes palabras en su Epístola a Demetriades: que otros (dice San Jerónimo) construyan iglesias, cubran las paredes con tablas de mármol, carguen juntos enormes pilares, y doren sus cimas o cabezas, que ellos no escatiman en sus preciosas cubiertas y adornos, que decoren la puerta con marfil y plata, y coloque los altares de oro con piedras preciosas, no lo juzgo, que cada uno abunde en su

propio sentido, y es mejor hacerlo así, antes que guardar cuidadosamente sus riquezas. Pero tú tienes otra manera de vestir a Cristo en los pobres, de visitarlo en los enfermos, de alimentarlo en los hambrientos, de hospedarlo en los que carecen de albergue, y especialmente en aquellos que son parte de la familia de la fe (Mateo 25:35-40; Gálatas 6:10).

Y el mismo San Jerónimo toca el mismo asunto con un poco más de libertad en su tratado de la vida de los Funcionarios y el Nepotismo, diciendo así: Muchos construyen muros, y erigen pilares de Iglesias, los mármoles lisos brillan, el techo brilla con oro, el altar está engastado con piedras preciosas, pero para los ministros de Cristo, no hay elección ni ningún favor. Y que nadie se oponga y alegue contra mí señalando el rico Templo que había en el judaísmo, la mesa, los candelabros, el incienso, las naves, los platillos, las copas, los morteros y otras cosas todas de oro. En aquellos días estas cosas eran permitidas por el Señor, cuando los Sacerdotes ofrecían sacrificios, y la sangre de las bestias era considerada como la redención de los pecados. Sin embargo, todas estas cosas fueron antes en figura, y fueron escritas para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Y ahora que nuestro Señor, siendo pobre, y nos ha dado como ejemplo la pobreza de su casa, recordemos su cruz, y estimemos las riquezas como lodo y estiércol. ¿Por qué nos asombra lo que Cristo llama como del malvado Mammón? ¿Por qué estimamos y amamos tanto lo que se le adjudica a S. Pedro para dar testimonio de la gloria que no tuvo? Hasta aquí S. Jerónimo.

Así ves cómo San Jerónimo enseña que la suntuosidad entre los judíos era una figura para significar, y no un ejemplo a seguir, y que esas cosas externas fueron sufridas por un tiempo, hasta que vino Cristo nuestro Señor, quien convirtió todas esas cosas externas en cosas espirituales, de fe y verdad. Y el mismo San Jerónimo sobre el séptimo capítulo de Jeremías dice: "Dios le ordenó tanto a los judíos de entonces como ahora lo hace a nosotros, que estamos en la Iglesia, que no confiemos en la bondad de los edificios, ni en las cúpulas de los techos, ni en las paredes cubiertas con tablas de mármol, diciendo: Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor es este (Jeremías 7:4). Porque el Templo del Señor, es aquel en el que habita la verdadera fe, la conversación piadosa y la compañía de todas las virtudes. Y el Profeta Hageo (2:8), describe la verdadera y correcta cubierta u ornamentos del Templo de esta manera, "Mía es la plata, y mío es el oro, dice el Señor de los ejércitos". Así también, nos dice San Jerónimo, "yo pienso que la plata con la que se adorna la casa de Dios es la doctrina de las Escrituras, de la que se nos enseña: La doctrina del Señor es una doctrina pura, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces (Salmos 12:6). Y considero que el oro es lo que permanece en la esencia oculta de los santos y en el secreto del corazón, y brilla con la verdadera luz de Dios. Lo cual es evidente que es lo que el Apóstol también quiso decir al referirse a los santos que edifican sobre Cristo como su fundamento, con plata, oro y piedras preciosas, siendo así que el oro significa la esencia oculta del cristiano, la plata, sus palabras piadosas, y las piedras preciosas, las obras de

justicia que agradan a Dios (1 Corintios 3:12). Con estos verdaderos materiales preciosos, la Iglesia de nuestro Salvador es más hermosa y bella que la Sinagoga de antaño. Con estas piedras vivas se construye la Iglesia y la casa de Cristo, y se le da paz para siempre". Estos pues son todos los dichos de San Jerónimo. Por otra parte, los antiguos y piadosos obispos y doctores de la Iglesia en sus días no permitían suntuosos mobiliarios para los templos e iglesias, como platos, recipientes de oro y plata y vestimentas preciosas. S. Crisóstomo dice: "En el ministerio de los santos Sacramentos, no hay necesidad de vasos de oro, sino de mentes de oro". Y San Ambrosio dice: "Cristo envió a sus Apóstoles sin oro, y reunió a su Iglesia sin oro. La Iglesia tiene oro, no para guardarlo, sino para repartirlo en las necesidades de los pobres. Los sacramentos no buscan ser servidos en oro, ni agradan más a DIOS por el reconocimiento del oro, ni tampoco se pueden comprar por oro. El adorno y la belleza de los sacramentos, es la redención de los cautivos" (2 Offic. capite 28). Así dice San Ambrosio.

San Jerónimo elogia a Exuperius, obispo de Tolosa, por haber ministrado el sacramento del cuerpo del Señor en una cesta de mimbre, y el sacramento de su sangre en un vaso, y por haber expulsado así la codicia de la Iglesia. Y Bonifacio, obispo y mártir, según consta en los decretos, testificó que antiguamente los ministros usaban vasos de madera y no de oro (Tit. de consecra. can. Triburien). Y Zepherinus, el decimosexto obispo de Roma, decretó que debían usar vasos de vidrio. Asimismo, las vestimentas usadas en la Iglesia en la antigüedad eran muy sencillas, simples, y nada costosas. Por su parte Rabanus (Lib. I. Inst. cap. 14) declara ampliamente que este costoso y variado uso de prendas en las vestimentas que comenzaron a ser usadas últimamente en la Iglesia, fueron establecidas a partir del uso judío, y concuerda con la vestimenta de Aarón casi por completo. Para el mantenimiento de todo esto Innocentius el Papa pronuncia audazmente, que todas las costumbres de la antigua Ley no han sido abolidas, para que podamos los cristianos por medio de estas vestimentas, convertirnos en judíos de buena gana. Esto se hace notar, no contra las Iglesias y Templos, que son muy necesarios, y deben tener su debido uso y honor, como se declara en otra Homilía que tiene ese propósito, ni contra la conveniente limpieza y ornamentos de los mismos; sino contra la suntuosidad y los excesos en los Templos e Iglesias. Porque también es una Iglesia o Templo aquel que no brilla con mármol, que no brilla con oro ni plata, que no brilla con perlas ni con piedras preciosas, sino con sencillez y frugalidad, lo que significa que no hay una doctrina ni un pueblo orgulloso, sino humilde, frugal y que no estima las cosas terrenales y externas, sino que está gloriosamente adornada con ornamentos interiores, como declara el Profeta, diciendo: Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido. (Salmos 45:13).

En cuanto a la decoración excesiva de las imágenes y los ídolos, con pintura, dorado, adornos, con vestimentas preciosas, perlas y piedras, ¿qué otra cosa es, sino la provocación y demostración de la intención de entregarse a la fornicación espiritual, decorando a las ramera espirituales de la forma más costosa y sin recibir

nada a cambio, lo que la Iglesia idólatra entiende muy bien? Porque ella, siendo de hecho no sólo una ramera (como la Escritura la llama) sino también una ramera sucia, asquerosa y vieja marchita (porque en verdad tiene muchos años) y entendiendo su gran falta natural y verdadera de belleza, siendo detestable, se pinta a sí misma (según la costumbre de tales rameras), y se adorna y cubre con oro, perlas, piedras y toda clase de joyas preciosas, para que brillando con la belleza y la gloria exterior de ellas, pueda complacer la insensata fantasía de los amantes de las mujeres, y así atraerlos a la fornicación espiritual con ella. Quienes tengan la oportunidad de verla como es en realidad (no diré desnuda), sino con un atuendo sencillo, la aborrecerían, como la ramera más asquerosa y sucia que jamás se haya visto, según se desprende de la descripción de la vestimenta y atavió de la mayor de todas las rameras, la Madre de la Prostitución, expuesta por San Juan en su libro de Apocalipsis, que con su gloria provocó a los Príncipes de la tierra a cometer prostitución con ella (Apocalipsis 17:1-5; 18:3). Mientras que, por el contrario, la verdadera Iglesia de DIOS, como una casta madre de familia, desposada (como enseña la Escritura (2 Corintios 11: 2) a un solo esposo, nuestro Salvador Jesucristo, a quien sólo ella se contenta con complacer y servir, y no busca deleitar los ojos o las fantasías de otros amantes extraños, o cortejadores, es feliz con sus ornamentos naturales, sin dudar, por tal simplicidad sincera, para complacer mejor, a aquel que puede saber bien la diferencia entre un rostro maquillado, y la verdadera belleza natural. Ahora bien, con respecto a este glorioso dorado y revestimiento de las imágenes, tanto la palabra de Dios escrita en el décimo capítulo del profeta Jeremías, como los comentarios de San Jerónimo sobre el mismo, son muy dignos de ser tenidos en cuenta. En primer lugar, las palabras de las Escrituras son estas: "Porque las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril. Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva. Derechos están como palmera, y no hablan; son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder" (Jeremías 10:3-5). Así dice el Profeta. Más, sobre este texto, San Jerónimo tiene estas palabras: "Esta es la descripción de los ídolos que los gentiles adoran, su materia es vil y corruptible. Y como el artífice es mortal, las cosas que hace deben ser necesariamente corruptibles. Lo adorna con plata y oro, para engañar a los simples con el brillo o resplandor de ambos metales. Este error, en efecto, ha pasado de los gentiles, para que juzguemos que la religión está en las riquezas". Y poco después dice: "Tienen la belleza de los metales y se embellecen con el arte de la pintura, pero no hay nada bueno ni provechoso en ellos". Y poco después: "Hacen grandes promesas, e idean una imagen de adoración vana de sus propias fantasías, hacen grandes alardes para engañar a todos aquellos simples, estos embotan y asombran el entendimiento de los indoctos, como si fueran frases de oro, y elocuencia, brillando con el resplandor de la plata. Y de sus propios diseñadores y creadores son estas imágenes avanzadas y magnificadas, en las cuales no hay utilidad ni beneficio alguno, y la adoración de las cuales, pertenece propiamente a los gentiles y paganos, y a los que no conocen a DIOS".

Hasta aquí las palabras de San Jerónimo. Por lo cual puedes notar también su juicio sobre las imágenes mismas, así como sobre la pintura, la decoración con dorado y el revestimiento de las mismas, de acuerdo a él, este es un error que vino de los gentiles, que persuade a la religión a permanecer en la riqueza, que asombra y engaña a los simples e indoctos como transmitiendo frases doradas y elocuencia brillante de plata, lo cual, pertenece propiamente a los gentiles y paganos, y a los que no conocen a Dios. Por lo tanto, el tener, pagar, dorar y adornar las imágenes, según el juicio de San Jerónimo, es erróneo, seductor y conduce al error (especialmente a los simples e indoctos) a los herejes, y a los que están alejados del conocimiento de Dios.

Ciertamente, el Profeta Daniel en el undécimo capítulo (vv. 37, 38) declara que tal adorno suntuoso de las imágenes con oro, plata y piedras preciosas, es una señal del reino del Anticristo, quien (como el Profeta prevé) adorará a un dios falso con tales cosas magníficas. Ahora bien, este adorno excesivo y la decoración de las imágenes, se ha levantado y mantenido, ya sea de las ofrendas provocadas por la superstición y entregadas en Idolatría, o de los despojos, robos, usura, o los bienes obtenidos injustamente de otras maneras, de los cuales los hombres malvados han dado parte a las imágenes o santos, (como ellos los llaman) para que puedan ser perdonados en su totalidad, como reza en diversos escritos y monumentos antiguos sobre el origen y la finalidad de estos grandes regalos, como evidentemente aparecen. Y en efecto, ese dinero obtenido tan injustamente, es el más adecuado para ser utilizado tan injustamente. Y lo que separan para compensar por completo ante Dios, es más abominable a sus ojos, no sólo por la forma inicua como lo obtuvieron, sino también, por la forma inicua como lo gastan. Porque la forma en que el Señor permite tales regalos, la declara evidentemente en el profeta Isaías, diciendo: Yo (dice el Señor) soy amante del derecho, aborrecedor del latrocinio para holocausto (Isaías 61:8), lo cual incluso entendieron los mismos gentiles. Porque Platón, por ejemplo, lo denuncia así (Dialog. De Legib X), "porque los hombres que suponen que DIOS perdona a los malvados, si le dan parte de sus despojos y rapiñas, lo toman como un perro, que puede ser sobornado y manipulado con parte del botín, para permitir que los lobos destrocen a las ovejas".

Y en caso de que los bienes con los que se adornan las imágenes fueran justamente conseguidos, es una locura extrema, tan necia y malvada, el otorgar bienes obtenidos por la sabiduría y la verdad para este fin. De tal lascivia Lactantius escribe así (Lib. II. Inst., cap. 4), "Los hombres hacen en vano adornar las imágenes de los dioses con oro, marfil, y piedra preciosa, como si pudieran tener algún placer en esas cosas. Porque, ¿de qué les sirven los regalos preciosos, a quienes no entienden ni sienten nada? Incluso aquellos que entregan a los hombres muertos. Porque de igual forma entierran los cadáveres, embadurnados con especias y olores, vistiéndolos con preciosas vestiduras, y también adornan imágenes, que ni sintieron ni supieron cuando fueron hechas, ni entienden cuando son honradas, pues no obtienen sentido ni entendimiento por su consagración". Hasta aquí cito a

Lactantius, aunque, el escribe mucho más sobre el tema, de tal forma que es demasiado largo para repetirlo aquí, declarando que como las niñas juegan con pequeños títeres, así estas imágenes engalanadas son grandes títeres con los que juegan los viejos tontos. Y para que sepamos lo que, no sólo los hombres de nuestra religión, sino también los de otras opiniones, juzgan de esta decoración de imágenes muertas, no es inútil escuchar lo que Séneca, un sabio, excelente, erudito senador de Roma y filósofo, dice sobre la insensatez de los hombres antiguos, que en su tiempo adoraban y adornaban las imágenes: Nosotros (dice Séneca) no podemos ser dos veces niños (como se dice comúnmente), sino que siempre somos niños, pero esta es la diferencia, que nosotros siendo mayores, jugamos a los niños, y en estos juegos traemos ante nosotros, grandes y bien engalanados títeres (pues así llama a las imágenes) a los que les ofrecemos ungüentos, incienso y especias.

A estos títeres les ofrecen sacrificios, los cuales tienen bocas, pero no pueden masticar. A éstos les ponen vestimenta atrayente y preciosa, los cuales no saben qué clase de ropa les dieron a usar. A éstos les dan oro y plata, de los que carecen los que los reciben (es decir, las imágenes), así como los que se los han dado. Y Séneca elogia mucho a Dionisio, rey de Sicilia, por su meritorio robo de tales marionetas engalanadas y enjoyadas. Pero preguntaría, ¿qué tiene que ver esto con nuestras imágenes, que son contrarias a los ídolos de los gentiles? Todo, seguramente. ¿Para qué les sirven o cómo se complacen nuestras imágenes en su engalanamiento y en sus preciosos ornamentos? ¿Tienen entendimiento nuestras imágenes del momento en que fueron hechas, o supieron cuando fueron adornadas y engalanadas de esta forma? ¿No es en vano concederles estas cosas, como ocurre con los hombres muertos que no tienen ya sentido? Por lo tanto, se deduce que hay una necedad y una lascivia semejante en el adorno de nuestras imágenes, como grandes títeres para que los viejos tontos, cual niños, jueguen el mal juego de la idolatría, como fue antes entre los paganos y los gentiles. Nuestras iglesias están llenas de estos grandes títeres, maravillosamente engalanados y adornados, con guirnaldas y coronas puestas en sus cabezas, perlas preciosas colgando de sus cuellos, sus dedos brillan con anillos, engastados con piedras preciosas, sus cuerpos muertos y rígidos están vestidos con ropas rígidas de oro. Creeríais que las imágenes de nuestros santos varones fueran algunos príncipes de la tierra de Persia con sus orgullosos atuendos, y que los ídolos de nuestras santas mujeres fueran como bonitas y bien adornadas ramera, tentando a sus amantes a la lujuria. Por todo lo dicho es evidente que los santos de Dios no son honrados, sino más bien deshonorados, y su piedad, sobriedad, castidad, desprecio de las riquezas y de la vanidad del mundo, son desfigurados y puestos en duda por tan monstruosa decoración, que difiere mucho de sus vidas sobria y piadosa. Y como todo el espectáculo debe ser representado a fondo, no basta con engalanar a los ídolos, sino que al final entran los propios Sacerdotes, igualmente engalanados con oro y perlas, para que sean sirvientes dignos de tales Señores y Damas, y adoradores idóneos de tales dioses y diosas. Y con paso solemne pasan delante de estos títeres de oro, y caen a tierra en el suelo sobre sus huesos delante de estos ídolos

honorables, y luego se levantan de nuevo, ofreciendo especias e incienso a ellos, para dar al pueblo un ejemplo de doble idolatría, adorando no sólo el ídolo, sino también el oro y las riquezas con las que está adornado. La mayor parte de nuestros antiguos mártires, en lugar de hacer esto, o de ofrecer la más mínima migaja de incienso ante una imagen, prefirieron sufrir las más crueles y terribles muertes, como lo declaran las historias de ellos en general.

Con respecto a este tema, nuestros contradictores recurren nuevamente al argumento fundamentado en Gregorio el primero y Damasceno (Ep. ad Seren. Fide Orth. lib. IV. c. 17), "afirmando que las imágenes son los libros de los laicos, y que estas son la escritura que pueden entender los ignorantes y las personas simples", lo cual es digno de ser considerado. Porque, como ya hemos dicho en varios lugares, estas no son más que libros que no enseñan otra cosa, que mentiras, como lo demuestra San Pablo en el primer capítulo a los romanos, al referirse sobre las imágenes de Dios, así os ruego que tengáis en cuenta qué clase de libros y escrituras son estas imágenes pintadas y doradas de los santos para el pueblo. Porque después de que nuestros predicadores hayan instruido y exhortado al pueblo a seguir las virtudes de los santos, como el desprecio de este mundo, la pobreza, la sobriedad, la castidad y otras cosas similares, que sin duda estaban en ellos, estos pensarán, al girar sus rostros desde el Predicador, dirigiendo su mirada hacia los libros esculpidos y el mensaje que transmite como si fueran escritura las gloriosas imágenes e ídolos dorados, todos brillantes y relucientes con metal y piedra, cubiertos con vestiduras preciosas, como es el caso de Choerea en Terence, donde encontramos una mesa pintada, en la que se ha colocado, por el arte del pintor, unas imágenes con vestimentas y rostros bonitos, pero licenciosos, más parecidos a Venus o Flora, que a María Magdalena, y si llegan a tener algún parecido con ella, esto sería en aquel momento de su vida en que vivía como una ramera, más bien que cuando lloraba por sus pecados. Cuando digo que se desvían del predicador, a estos libros y maestros de escuela y escrituras pintadas, me pregunto, ¿si es que no encontrarán estos libros mentirosos? enseñando otra clase de lecciones, aquellas que conducen a las personas al amor a las riquezas, del orgullo y vanidad en la ropa, de sensualismo y desenfreno, y tal vez de prostitución, como fue enseñado de manera similar por las imágenes de Choerea. Y a Luciano, se le enseñó de Venus Gnidia una lección, demasiado abominable para ser recordada aquí. ¿No crees que estos libros y escrituras vienen a ser para las personas sencillas, y especialmente para las esposas y mujeres jóvenes, textos en los que pueden leer y aprender tales lecciones? ¿Qué pensarán del predicador, que les enseñó lecciones contrarias a las de estos santos, estos doctores tallados, quienes confunden a las personas y las conducen a pensar que el predicador está difundiendo herejías, o incluso de los mismos santos, si llegan a creer que estos libros tallados y escrituras pintadas, de ellos, hacen a estos que reinan en el cielo con Dios, para su gran deshora, maestros de vanidad, aquella que cuando estuvieron en esta vida aborrecieron con gran desprecio? Porque, ¿qué lecciones de desprecio a las riquezas y a la vanidad de este mundo pueden enseñar tales libros, tan embadurnados de oro, engastados con

piedras preciosas, cubiertos de sedas? ¿Qué lecciones de sobriedad y castidad pueden aprender nuestras mujeres de estos hijos que pretenden representar la sobriedad y la castidad, acaso pueden ellas aprender estas virtudes de estas escrituras ilustradas, con sus bonitas vestimentas y miradas licenciosas? Así pues, lo que si enseñan es un camino vergonzoso con estos mantos coloreados de Idolatría, que se encuentra fielmente ilustrado y registrado en la escritura de estos libros en las imágenes y los cuadros, establecidos supuestamente para enseñar a los ignorantes, cuando en realidad convierte a los cristianos en ignorantes y tontos estelares cual bestias.

¿Acaso los hombres, cuando tienen los mismos libros en casa, corren en peregrinación a ver libros similares en Roma, Compostela o Jerusalén, para que les enseñen, cuando tienen los mismos para aprender en casa? ¿Veneran los hombres algunos libros, y a pesar de ello se iluminan con otros de la misma clase? ¿Se arrodillan los hombres ante sus libros, encienden velas ante ellos, les queman incienso, les ofrecen oro y plata, y otros regalos a sus libros? ¿Pretenden o creen que sus libros hacen milagros? Estoy seguro de que el Nuevo Testamento de nuestro Salvador Jesucristo, que contiene la palabra de vida, es una imagen más viva, expresa y verdadera de nuestro Salvador, que todas las imágenes talladas, esculpidas, moldeadas y pintadas en el mundo, y sin embargo, ninguna de estas cosas se hace a ese libro o escritura del Evangelio de nuestro Salvador, lo que si se hace a las imágenes y cuadros, los libros y las escrituras de los laicos e ignorantes, como ellos los llaman. Por lo tanto, llámenlos como quieran, es muy evidente, por sus actos, que no hacen de ellos ningún otro libro ni escritura, sino aquellos que enseñan la más sucia y horrible idolatría, como lo demuestran diariamente los que ven esos libros al practicarlos continuamente. Oh, libros y escrituras, en los que el diabólico maestro de escuela Satanás, ha escrito las lecciones impúdicas de la idolatría inicua, para que sus ruines discípulos y alumnos las vean, las lean y las aprendan, para la más alta deshonra de Dios y su más horrible condenación. ¿No hemos estado muy sujetos, pensadlo, a aquellos que debieron enseñarnos la verdad del libro de Dios y de su Sagrada Escritura, quienes nos han cerrado ese libro y Escritura, al punto que ninguno de nosotros se ha atrevido a abrirlo y leerlo? ¿Considera usted que han hecho bien, después de que dejaron de estar en los púlpitos, y de enseñar al pueblo encomendado a su instrucción, guardando silencio de la palabra de Dios, y convirtiéndose en perros mudos (como los llama el Profeta, Isaías 56:10) para establecer en su lugar, en cada pilar y esquina de la Iglesia, tan buenos y tontos doctores, los cuales son incluso más malvados que ellos mismos? No es necesario que nos quejemos de la falta de un solo párroco, teniendo tantos vicarios diabólicos (me refiero a estos ídolos y títeres pintados) para enseñar en su lugar. Ahora bien, mientras los tontos y muertos ídolos están así engalanados y vestidos, en contra de la ley y el mandato de Dios, el pobre pueblo cristiano, las vivas imágenes de Dios, encomendadas por nuestro Salvador Cristo con tanta ternura como las más queridas por él, están desnudas, temblando de frío, y sus dientes castañetean en sus cabezas, y nadie los cubre, están muertos de hambre y

sed, y nadie les da un penique para alimentarlos, mientras que las libras están listas en todo momento (en contra de la voluntad de DIOS) para cubrir y adornar a los leños muertos y las piedras, que ni sienten el frío, el hambre o la sed.

Clemente (Lib. V. ad Jacob. Dom.) tiene una referencia notable respecto a este asunto, que dice así: "Esa serpiente el diablo, por boca de ciertos hombres, pronuncia estas palabras: Nosotros, para honrar al DIOS invisible, adoramos imágenes visibles, lo que sin duda es muy falso. Porque si quieres honrar verdaderamente la imagen de DIOS, deberías honrar la verdadera imagen de DIOS en el hombre. Porque la imagen de Dios está en cada hombre, pero la semejanza de Dios no está en todos, sino sólo en aquellos que tienen un corazón piadoso y una mente pura. Por lo tanto, si honráis verdaderamente la imagen de Dios, os declaramos la verdad, que hagáis bien al hombre, que está hecho a imagen de Dios, dándole honor y reverencia, y alimentando al hambriento con comida, al sediento con bebida, al desnudo con ropa, al enfermo con asistencia, al forastero con alojamiento, a los presos con lo necesario, y esto se considerará como verdaderamente otorgado a Dios. Y estas cosas son tan directamente aplicables al honor de DIOS, que quien no lo haga, le resultará algo reprochable, de tal forma que esta negligencia es una verdadera villanía a la imagen de DIOS. Porque, ¿qué clase de honor a Dios se supone que es el correr hacia las imágenes de madera y de piedra, dando honra a figuras muertas y vanas de Dios, y al tiempo despreciar al hombre, en quien está la verdadera imagen de Dios?" Y continúa diciendo: "Comprended, pues, que ésta es la insinuación de la serpiente Satanás, que acecha en vosotros, y que os persuade de que sois piadosos cuando honráis las imágenes insensibles y muertas, y que no sois impíos cuando herís o dejáis inservibles a las criaturas vivas y razonables". Todas estas son las palabras de Clemente.

Nota, os ruego, al igual que este antiquísimo y erudito doctor, quien escribió dentro de los cien años de la época de nuestro Salvador Cristo, y que enseña muy claramente que ningún servicio a Dios, o Religión aceptable para Él, puede estar en honrar imágenes muertas, sino en socorrer a los pobres quienes son las imágenes vivas de Dios, este doctor es Santiago, y nos dice: La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo (Santiago 1:27).

La verdadera religión, pues, y la que agrada a Dios, no consiste en hacer, montar, pintar, dorar, vestir y engalanar imágenes falsas y muertas (que no son más que grandes marionetas y juguetes con los que se divierten y juegan los viejos tontos en edad mayor, practicando la malvada idolatría) ni en besarlas, ni en ponerles gorras, arrodillárseles, ofrecerles, ni en sentirlas, ni en encenderles velas, ni en colgarles piernas, brazos o cuerpos enteros de cera ante ellas, ni en rezarles, ni en pedirles a ellas o a los santos, cosas que sólo le corresponden a DIOS. Tenga presente, que todas estas cosas son vanas y abominables, y muy condenables ante Dios. Por lo tanto, todos ellos no sólo gastan su dinero y su trabajo en la vanidad,

sino que con su dolor y trabajo compren para sí mismos la ira de Dios y su total indignación, y la condenación eterna tanto del cuerpo como del alma. Porque habéis oído demostrar en estas Homilias contra la idolatría, por la palabra de Dios, por los Doctores de la Iglesia, por las historias eclesiásticas, por la razón y por la experiencia, que las imágenes han sido y son adoradas, y que la idolatría ha sido cometida por infinitas multitudes, para gran ofensa de la Majestad de Dios y peligro de infinitas almas, y que la idolatría no puede ser separada de las imágenes colocadas en las iglesias y templos, doradas y adornadas gloriosamente, y que por lo tanto nuestras imágenes son en sí mismas ídolos, y así todas las prohibiciones, de las leyes, maldiciones, amenazas de plagas horribles, tanto temporales como eternas, contenidas en la Sagrada Escritura, sobre los ídolos, y los fabricantes, mantenedores y adoradores de ellos, se aplican también a nuestras imágenes colocadas en las iglesias y templos, y a los fabricantes, mantenedores y adoradores de ellas. Y todos esos nombres de abominación, que la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras da a los ídolos de los gentiles, corresponden a nuestras Imágenes, siendo ídolos como ellos, y propiciando una idolatría semejante a ellos. Y la propia boca de Dios en las Sagradas Escrituras los llama vanidades, mentiras, engaños, inmundicia, estiércol, maldad y abominación ante el Señor. Por lo tanto, la horrible ira de Dios y nuestro más temible peligro no pueden ser evitados, sin la destrucción y la abolición total de todas las imágenes e ídolos de la Iglesia y el Templo de Dios, lo cual, para ser llevado a cabo, Dios puso en las mentes de todos los príncipes cristianos. Y mientras tanto, prestemos atención y seamos sabios, oh amados del Señor, y no tengamos dioses extraños, sino un solo DIOS, que nos hizo cuando no éramos nada, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos redimió cuando estábamos perdidos, y con su Santo Espíritu nos santifica. Porque esta es la vida eterna, conocer que es el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien él ha enviado (Juan 17.3). Honremos y adoremos por causa de las religiones a nadie más que a Él, y adorémosle y honrémosle como Él mismo quiere, y ha declarado por su palabra, que debe ser honrado y adorado, no en, ni por imágenes o ídolos, que Él ha prohibido rotundamente, ni arrodillándose, encendiendo velas, quemando incienso, ofreciendo ofrendas a imágenes e ídolos, creyendo que lo complaceremos, porque todo esto es abominación ante Dios, sino que honremos y adoremos a DIOS en espíritu y en verdad, temiéndole y amándole por encima de todas las cosas, confiando sólo en Él, invocándole y rezándole sólo a Él, alabándole y exaltándolo sólo a Él, y todo lo demás en Él y para Él. Porque tales adoradores ama nuestro Padre celestial, que es un Espíritu Purísimo, y por eso será adorado en espíritu y en verdad (Juan 4.24). Estos adoradores fueron Abraham, Moisés, David, Elías, Pedro, Pablo, Juan, y todos los demás santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, y todos los verdaderos Santos de DIOS, los cuales, en su totalidad, como verdaderos amigos de DIOS, fueron enemigos y destructores de imágenes e ídolos, a quienes consideraban como enemigos de DIOS y de su verdadera Religión. Por lo tanto, tened cuidado y sed sabios, oh amados del Señor, y lo que otros, en contra de la palabra de DIOS, otorgan inicua y temerariamente, y para su condenación, a los leños muertos y a las piedras, (que no son imágenes, sino enemigos de DIOS y de sus Santos)

vosotros otorgadlo piadosamente, como fieles servidores de DIOS, de acuerdo con la palabra de DIOS, misericordiosamente a los hombres y mujeres pobres, a los niños sin padre, a las viudas, a los enfermos, a los extranjeros, a los prisioneros y a todos los que estén en necesidad, para que en el gran día del Señor, escuchéis la bendita y confortable frase de nuestro Salvador Cristo: Venid, benditos, al reino de mi padre, preparado para vosotros desde antes del principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis; en la cárcel, y me visitasteis; enfermo, y me consolasteis. Porque todo lo que habéis hecho por los pobres y necesitados en mi nombre y por mi causa, eso habéis hecho por mí (Mateo 25:34-40). A lo que nos lleva su reino celestial, DIOS Padre de las misericordias, por causa de Jesucristo, nuestro único Salvador, Mediador y Abogado, a quien, con el Espíritu Santo, un solo DIOS inmortal, invisible y glorioso, sea todo el honor y la acción de gracias, y la gloria, por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## **Homilía Sobre la Reparación y Limpieza de la Iglesia**



*Posiblemente por John Jewel*

UNA HOMILÍA SOBRE LA REPARACIÓN, EL ASEO DE LAS IGLESIAS Y SU ADECUADO ADORNO.

Es una costumbre común de todos los hombres, que cuando tienen la intención de que sus amigos o vecinos vayan a sus casas a comer o beber con ellos, o de

tener alguna reunión solemne para tratar y hablar de cualquier asunto, harán que sus casas, que mantienen en continuas reparaciones, estén limpias y cuidadosamente presentadas, para que no se les considere como indecentes, o poco considerados con sus amigos y vecinos. Cuánto más, entonces, la casa de Dios, que comúnmente llamamos la Iglesia, debe estar suficientemente reparada en cada uno de sus lugares, y debe estar honorablemente adornada y guarnecida, y mantenerse limpia y dulce, para la comodidad de la gente que acude a ella.

En la Sagrada Escritura se muestra cómo la casa de Dios, que se llamaba su santo Templo, y era la Iglesia madre de todos los judíos, a veces caía en la decadencia, y a menudo quedaba huérfana y contaminada, por la negligencia e impiedad de los que estaban a cargo de ella. Pero cuando los Reyes y gobernantes piadosos estaban en su lugar, entonces se dio la orden de que la Iglesia y el Templo de Dios debían ser reparados, y la devoción del pueblo debía ser reunida, para la reparación de los mismos. En el cuarto capítulo del Segundo Libro de los Reyes, vemos cómo el rey Joás, siendo un príncipe piadoso, dio órdenes a los sacerdotes para que invirtieran ciertas ofrendas del pueblo en la reparación y mantenimiento del Templo de Dios (2 Reyes 12:4-5). Al igual que la orden que dio el muy piadoso rey Josías, sobre la reparación y reedificación del Templo de Dios, que en su tiempo encontró en gran decadencia (2 Reyes 22:3-7).

A DIOS Todopoderoso le ha complacido que estas historias sobre la reedificación y restauración de su santo Templo se escriban ampliamente, con el fin de que nos enseñen: En primer lugar, que a DIOS le agrada que su pueblo tenga un lugar adecuado para acudir y reunirse, para alabar y magnificar el santo nombre de DIOS. Y en segundo lugar, se complace con todos aquellos que diligente y celosamente se esfuerzan por arreglar y restaurar los lugares designados para la congregación del pueblo de Dios, y donde humildemente y con alegría dan gracias a Dios por sus beneficios, y con un solo corazón y voz alaban su santo Nombre. En tercer lugar, DIOS se disgustó mucho con su pueblo, porque construyeron, adornaron y arreglaron sus propias casas, y permitieron que la casa de DIOS se arruinara y decayera, y que permaneciera sin decoro y en descuido. Por lo tanto, DIOS se disgustó mucho con ellos, y los afligió, como aparece en el profeta Hageo. Así dice el Señor: ¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta? Sembráis mucho, y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto (Hageo 1:4, 6). Por estas plagas que DIOS impuso a su pueblo por descuidar su Templo, nos resulta evidente que a El le agrada que su pueblo le dedique su Templo, su Iglesia, el lugar donde su Congregación acudirá para magnificarlo, bien edificado, bien cuidado y bien mantenido. Algunos, sin tener en cuenta la santidad, ni la importancia del lugar que se usa para el ejercicio de la piedad, dirán que el Templo en la antigua Ley fue mandado a construir y reparar por Dios mismo, porque tenía grandes promesas anexas, y porque era una figura, un Sacramento, o un significado de Cristo, y

también de su Iglesia. A esto se puede responder fácilmente: En primer lugar, que nuestras Iglesias no están desprovistas de promesas, ya que nuestro Salvador Cristo dice: Donde dos o tres están reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:20). Por lo tanto, un gran número de personas que se reúnen en la Iglesia en el nombre de Cristo, tienen allí, es decir, en la Iglesia, a su Dios y Salvador Cristo Jesús presente entre la congregación de su pueblo fiel, por su gracia, por su favor y asistencia piadosa, según sus promesas más seguras y reconfortantes. ¿Por qué, entonces, no debería el pueblo cristiano construir sus templos e iglesias, teniendo tan grandes promesas de la presencia de Dios, como las que tuvo Salomón para el templo material que construyó? En cuanto al otro punto, que el Templo de Salomón era una figura de Cristo, sabemos que ahora, en el tiempo de la resplandeciente luz de Cristo Jesús, el Hijo de Dios, todas las sombras, figuras y significados han desaparecido por completo, todas las ceremonias vanas e inútiles, tanto judías como paganas, han sido completamente abolidas. Y por lo tanto, nuestras iglesias no están establecidas para representar figuras y significados del Mesías y del Cristo que vendrá, sino para otros propósitos piadosos y necesarios, es decir, que así como cada hombre tiene su propia casa para morar, para refrescarse, para descansar, con tales comodidades, así el Dios Todopoderoso tendrá su casa y lugar donde toda la Parroquia y Congregación se dirigirá, la cual es llamada la Iglesia y el Templo de Dios, porque la Iglesia, la cual es la compañía del pueblo de Dios, se reúne y se junta para servirle. No significa esto que el Señor, a quien el cielo de los cielos no puede albergar o contener, habite en la Iglesia de cal y piedra, hecha con manos de hombre, como si estuviera total y únicamente contenido allí, y en ningún otro lugar, pues así nunca habitó ni en el Templo de Salomón. Además, la Iglesia o Templo se considera y se llama santa, pero no por sí misma, sino porque el pueblo de Dios que acude a ella es santo y se ejerce en cosas santas y celestiales.

Y para que entendáis mejor por qué se construyeron las iglesias entre el pueblo cristiano, la siguiente es la principal razón: que DIOS tuviera su lugar, y que DIOS tuviera su tiempo, para ser debidamente honrado y servido por toda la multitud en la parroquia. En primer lugar, para escuchar y aprender la bendita Palabra y voluntad del Eterno Dios. En segundo lugar, para que allí se ministren debida, reverente y decentemente los benditos Sacramentos que nuestro Señor y Salvador Cristo Jesús ha ordenado y designado. En tercer lugar, que toda la multitud del pueblo de Dios en la Parroquia, con una sola voz y corazón, invoque el Nombre de Dios, magnifique y alabe el Nombre de Dios, dé gracias sinceramente a nuestro Padre celestial por la abundancia de beneficios que nos otorga diariamente, sin olvidarse de dar nuestro dinero a los pobres de Dios, para que Dios nos bendiga más. De esta manera, puedes percibir y entender por qué las iglesias fueron construidas y establecidas entre el pueblo cristiano, y dedicadas y designadas a estos usos piadosos, y totalmente exentas de todo uso sucio, profano y mundano. Por lo tanto, todos los que tienen poco interés o devoción para reparar y construir el Templo de Dios, deben ser considerados gente de mucha impiedad, despreciando el buen orden en la Iglesia de Cristo, despreciando el verdadero honor que debemos rendir a Dios, con mal

ejemplo, ofendiendo y obstaculizando a sus vecinos quienes están de otra manera bien dispuestos y entregados a la piedad. El mundo piensa que es una nimiedad ver a su Iglesia en ruina y decadencia. Pero quien no pone sus manos para ayudar, peca contra Dios y su santa congregación. Porque si no hubiera sido un pecado descuidar y considerar como irrelevante la reedificación y construcción de su Templo, DIOS no se habría disgustado tanto, ni habría plagado tan pronto a su pueblo, porque construyeron y engalanaron sus propias casas tan bellamente, y despreciaron la casa de DIOS su Señor. Es un pecado y una vergüenza ver tantas iglesias, tan ruinosas y tan suciamente deterioradas, casi en cada esquina. Si la casa privada de un hombre en la que habita está deteriorada, este se dispondrá con gran diligencia a restaurarla y repararla. Además, si su granero donde guarda su maíz no está reparado, ¿No usa de todos sus recursos para volver a ponerlo en perfecto estado? Y si el establo de su caballo, y el corral de sus cerdos, no son capaces de resistir la lluvia y el viento, ¿No tendrá todo el cuidado requerido para estar preparado? Ahora bien, ¿Tendremos tan en cuenta nuestras casas comunes y corrientes, destinadas a tan vil empleo, y nos olvidaremos de la casa de Dios, en la que se invocan las palabras de nuestra salvación eterna, en la que se ministran los sacramentos y los misterios de nuestra redención? Allí se nos presenta la fuente de nuestra regeneración, allí se nos ofrece la participación del Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador, entonces, ¿No debemos tener en alta estima el lugar donde se realizan las cosas celestiales? Por lo tanto, si tenéis alguna reverencia por el servicio de Dios, si tenéis alguna honestidad común, si tenéis alguna conciencia dispuesta al cumplimiento de las ordenanzas necesarias y piadosas, mantened vuestras iglesias en buen estado, con lo cual no sólo agradaréis a Dios y mereceréis sus múltiples bendiciones, sino que también mereceréis la buena reputación de todas las personas piadosas.

El segundo punto, que pertenece al mantenimiento de la casa de Dios, es tenerla bien adornada, atractiva, y limpia. Cosas que son más fácilmente mantenidas y restauradas, cuando la Iglesia está bien pagada. Porque así como los hombres se refrescan y reconfortan cuando encuentran que sus casas están en buen estado, y que todos los rincones están limpios y dulces, así también, cuando la casa de Dios, que es la Iglesia, está bien adornada, con muebles convenientes para sentarse, con el púlpito adecuado para el predicador, con la mesa del Señor, para la ministración de su Santa Cena, con la fuente para bautizar, y adicionalmente se mantiene limpia, atractiva y acogedora, la gente está más deseosa y se siente más reconfortada de acudir allí, y de permanecer todo el tiempo que se les asigna. Con qué seriedad, con qué vehemencia nuestro Salvador Cristo expulsó a los compradores y vendedores del templo de Dios, y derribó las mesas de los cambistas de dinero, y los asientos de los vendedores de palomas, y no pudo soportar que nadie llevara una vasija a través del Templo. Les dijo que habían convertido la casa de su Padre en una cueva de ladrones, en parte por su superstición, hipocresía, falso culto, falsa doctrina y codicia insaciable, y en parte por el desprecio, abusando de ese lugar deambulando de un lado a otro, con charlas triviales y con asuntos mundanos sin ningún temor a

Dios, y sin la debida reverencia a ese lugar (Mateo 21:12-13; Marcos 11:15-17; Lucas 19:45, 46; Juan 2:13-17). En qué cueva de ladrones se han convertido las Iglesias de Inglaterra al pretender comprar y vender blasfemamente el más precioso cuerpo y sangre de Cristo en la misa, como se hizo creer al mundo, en las conducciones, en las misas celebradas después del fallecimiento de una persona, en las festividades religiosas, en las abadías y en los cantos, además de otros horribles abusos (de lo cual nos libre Dios y sea bendito su santo nombre por siempre) que ahora vemos y entendemos. Todas estas abominaciones, que se introdujeron en el hogar de Cristo, han sido eliminadas, esto para limpiar y purificar las Iglesias de Inglaterra, quitando toda la excesiva suciedad, que a través de la devoción ciega y la ignorancia se ha deslizado en la Iglesia durante estos últimos cientos de años. Por lo tanto, oh, buen pueblo cristiano, ustedes amados en Cristo Jesús, ustedes que no se glorían en la religión mundana y vana, en el adorno y la decoración fantástica, sino que se regocijan de corazón al ver la gloria de Dios verdaderamente puesta en marcha, y las iglesias restauradas a su uso antiguo y piadoso, dad vuestras más sinceras gracias a la bondad de Dios Todopoderoso, que en nuestros días ha despertado los corazones, no sólo de sus piadosos Predicadores y Ministros, sino también de sus fieles y cristianísimos magistrados y gobernantes, para que estas cosas tan piadosas sucedan.

Y ya que vuestras iglesias han sido limpiadas y barridas de la suciedad pecaminosa y supersticiosa con la que fueron contaminadas y desfiguradas, haced también vuestra parte, buena gente, para mantener vuestras iglesias limpias y atractivas, no dejéis que se ensucien con la lluvia o que se deterioren a la intemperie, con palomas, búhos de mirada fija, chovas, y con otras inmundicias, como fétida y lamentablemente se puede ver en muchos lugares de este país. Es casa de oración, no casa de charlatanerías, ni de paseos, ni de peleas, ni de fiestas, ni de los halcones, o de los perros. No esperéis el disgusto y las plagas de Dios, por despreciar y abusar de su santa casa, como hicieron los malvados judíos. Pero tened a DIOS en vuestro corazón, sed obedientes a su bendita voluntad, comprometeos cada uno de vosotros, hombres y mujeres, con vuestro poder, a las reparaciones, al mantenimiento y aseo de la Iglesia, con la intención de que seáis partícipes de las múltiples bendiciones de DIOS, y de que os animéis mejor a acudir a vuestra Iglesia parroquial, allí para aprender vuestro deber hacia DIOS y vuestro prójimo, allí para estar presente y participar de los santos Sacramentos de Cristo, allí para dar gracias a vuestro Padre celestial por los múltiples beneficios que él diariamente les otorga, allí para orar juntos, e invocar el santo Nombre de DIOS, el cual es bendito por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## Homilía Sobre las Buenas Obras y Principalmente el Ayuno



*Posiblemente por Edmund Grindal*

UNA HOMILÍA SOBRE LAS BUENAS OBRAS Y PRINCIPALMENTE EL AYUNO.

LA VIDA QUE VIVIMOS EN ESTE MUNDO (los buenos cristianos) es un beneficio gratuito que DIOS nos ha prestado, pero no para que la usemos a nuestro antojo, según nuestra propia voluntad carnal, sino para que nos dediquemos a las obras que son propias de los que han sido convertidos en nuevas criaturas en Cristo. A estas obras el Apóstol las llama buenas obras, diciendo: somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Efesios 2.10). Sin embargo, estas palabras no pretenden inducirnos a confiar en nuestras obras, como si por el mérito de ellas pudiéramos obtener la remisión de los pecados para nosotros y para los demás, y en consecuencia la vida eterna, porque eso sería una mera blasfemia contra la misericordia de Dios y una gran desviación del derramamiento de sangre de nuestro Salvador Jesucristo. Porque es por la gracia y la misericordia de Dios, por la mediación de la sangre de su Hijo Jesucristo, sin mérito o merecimiento de nuestra parte, que nuestros pecados son perdonados, que somos reconciliados y traídos de nuevo a su favor, y así somos hechos herederos de su reino celestial. La gracia (dice S. Agustín) pertenece a DIOS, que nos llama, y entonces produce buenas obras, en quien ha recibido esta gracia (Agustín, "De Diver. Questio. ad Simpli.", Libro. 1, pregunta. 28). Las buenas obras, pues, no producen la gracia, sino que son producidas por la gracia. La rueda (dice) gira, no para que se haga redonda, sino porque primero se hace redonda, por eso gira. Así, ningún hombre hace buenas obras para recibir la gracia por sus buenas obras, sino porque primero ha recibido la gracia, por lo tanto, hace buenas obras. Y en otro lugar dice (Agustín, "De Fide et Operibus", cap. 4): las buenas obras no son anteriores en el que después será justificado, sino que las buenas obras son posteriores cuando el hombre es justificado siendo esto primero. Por lo tanto, San Pablo enseña que debemos hacer buenas obras por diversos motivos. En primer lugar, para mostrarnos hijos obedientes a nuestro Padre celestial, quien las ha ordenado, para que andemos en ellas. En segundo lugar, porque son buenas declaraciones y testimonios de nuestra justificación. En tercer lugar, para que los demás, al ver nuestras buenas obras, se sientan más estimulados y entusiasmados por ellas para glorificar a nuestro Padre que está en los cielos.

Por lo tanto, no nos demoremos en hacer buenas obras, ya que es la voluntad de DIOS que andemos en ellas, asegurándonos que en el último día, todo hombre recibirá de Dios por su trabajo hecho con verdadera fe, una recompensa mayor que la que sus obras han merecido. Y porque ahora se hablará algo de una buena obra en particular, cuyo elogio está tanto en la Ley como en el Evangelio, lo cual podemos decir ampliamente incluso desde el principio y en general de todas las buenas obras. De esta forma, tengamos en cuenta en primer lugar, que es necesario comprender correctamente en qué consisten estas para quitar del camino de los simples e indoctos, el peligroso escollo, con el que cualquier hombre puede tropezar, pensando que puede comprar o adquirir el cielo con sus obras. En segundo lugar, quitar (en la medida de lo posible) de las mentes envidiosas, y de las lenguas calumniadoras,

toda ocasión justa de hablar difamando, como si nosotros rechazáramos las buenas obras.

Esta buena obra de la que ahora se hablará es el ayuno, que según las Escrituras es de dos tipos. Uno externo, que pertenece al cuerpo, y el otro interno, en el corazón y la mente. Este ayuno exterior es una abstinencia de carne, bebida y todo alimento natural, sí, de todos los deliciosos placeres y deleites mundanos. Cuando este ayuno externo pertenece a un hombre en particular, o a unos pocos, y no a todo el pueblo, por causas que se declararán más adelante, entonces se llama ayuno privado. Pero cuando toda la multitud de hombres, mujeres y niños de una ciudad, o incluso de todo un país, ayunan, se llama ayuno público. Tal fue el ayuno que se le ordenó a toda la multitud de los hijos de Israel que guardara el décimo día del séptimo mes, porque el Dios Todopoderoso designó ese día como día de ruego y plegaria, un día de expiación, un tiempo de reconciliación, un día en el que el pueblo quedaba limpio de sus pecados. El orden y la forma en que se hizo, está escrito en los capítulos XVI y XXIII del Levítico (Levítico 16.29-30, 23.27-32). Ese día el pueblo se lamentó, lloró y se arrepintió de sus pecados anteriores. Y cualquiera que en ese día no humillara su alma, llorando sus pecados, como está escrito, absteniéndose de todo alimento corporal hasta la noche, esa alma, (dice el Dios todopoderoso) sería destruida de entre su pueblo. No tenemos noticia de que Moisés haya ordenado, por orden de la ley, ningún día de ayuno público durante todo el año, más que ese día. Sin embargo, los judíos tenían más tiempos de ayuno común, que el Profeta Zacarías dice que eran el ayuno del cuarto, el ayuno del quinto, el ayuno del séptimo y el ayuno del décimo mes (Zacarías 8.19). Pero como no aparece en la Ley cuándo fueron instituidos, debe juzgarse que esos otros tiempos de ayuno, más que el ayuno del séptimo mes, fueron ordenados entre los judíos por designación de sus gobernantes, más bien por devoción, que por algún mandato expreso dado por Dios. Después de la ordenación de este ayuno general, los hombres buenos tenían la ocasión de designar ayunos privados, en los momentos en que se lamentaban y se arrepentían seriamente de sus vidas pecaminosas, o se entregaban a la oración más ferviente, para que Dios se complaciera en apartar su ira de ellos, cuando eran amonestados y llevados a la consideración de esto por la predicación de los Profetas, o de otra manera cuando veían que el peligro presente se cernía sobre sus cabezas. Esta tristeza de corazón, evidenciada por el ayuno, la manifestaban a veces con su comportamiento exterior y con los gestos de su cuerpo, vistiéndose de cilicio, rociándose con ceniza y polvo, y sentándose o acostándose en la tierra. Porque cuando los hombres buenos sienten en sí mismos la pesada carga del pecado, ven que la condenación es la recompensa, y contemplan con los ojos de su mente el horror del infierno, ante lo cual tiemblan, se estremecen, y se conmueven interiormente con el dolor de su corazón por sus ofensas, y no pueden sino acusarse a sí mismos y exponer su dolor a Dios Todopoderoso, y pedirle misericordia. Una vez hecho esto, su mente está tan ocupada, en parte con el dolor y la tristeza, y en parte con el deseo sincero de ser liberados de este peligro del infierno y la condenación, que todo el deseo de comer y beber se aparta, y sienten

repugnancia por todas las cosas mundanas teniendo en poco todos los placeres, de tal modo que nada les satisface más que llorar, lamentarse y estar de luto, esto tanto con palabras como con el comportamiento del cuerpo, para mostrarse cansados de esta vida. Así ayunó David, cuando intercedió ante DIOS Todopoderoso por la vida del niño, engendrado en el adulterio con Betsabé esposa de Urías (2 Samuel 12:16). El rey Acab ayunó de esta manera, cuando se arrepintió de haber asesinado a Nabot, esto a pesar de sus propias acciones pecaminosas (1 Reyes 21:27). Así ayunaron los ninivitas, llevados al arrepentimiento por la predicación de Jonás (Jonás 3:5, y subsiguientes). Cuando cuarenta mil de los israelitas fueron asesinados en la batalla contra los benjamitas, la escritura dice que todos los hijos de Israel, y toda la multitud del pueblo fueron a Betel, y se sentaron allí llorando ante el Señor, y ayunaron todo ese día hasta la noche (Jueces 20:26). Así ayunaron Daniel, Ester, Nehemías y muchos otros en el Antiguo Testamento (Daniel 9:3; 10:3; Ester 4:16; Nehemías 1:4).

Pero si alguien dice, es verdad, así ayunaban ellos; pero ahora no estamos bajo el yugo de la ley, sino que estamos en libertad por la libertad del Evangelio, por lo tanto, esos ritos y costumbres de la antigua ley no nos obligan, a menos que se pueda demostrar por las Escrituras del nuevo Testamento, o por ejemplos de las mismas, que el ayuno ahora bajo el Evangelio, es una restricción de la carne, la bebida y todo alimento y placeres del cuerpo, como lo era antes. En primer lugar, el hecho que debemos ayunar, es una verdad claramente manifiesta, lo cual ya está probado, y que las Escrituras enseñan esto, es evidente. La duda, por lo tanto, es si cuando ayunamos, debemos privar a nuestros cuerpos de toda carne y bebida durante el tiempo de nuestro ayuno, o no. Que debemos hacerlo así, puede deducirse de una pregunta formulada por los fariseos a Cristo, y por su respuesta a los mismos. ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben? (Lucas 5:33). En esta aparente inocente pregunta, ellos encubren sutilmente este argumento o razón: Quien así no ayuna, ese hombre no es de Dios. Porque el ayuno y la oración son obras establecidas y ordenadas por Dios en sus Escrituras, y todos los hombres buenos, desde Moisés hasta este tiempo, tanto los profetas como otros, se han ejercitado en estas obras. También Juan y sus discípulos ayunan a menudo y oran mucho, y lo mismo hacemos los fariseos: Pero tus discípulos no ayunan en absoluto, lo cual, si quieres negar, podemos probarlo fácilmente. Porque el que come y bebe, no ayuna. Tus discípulos comen y beben, por lo tanto, no ayunan. De esto concluimos (dicen ellos) necesariamente, que ni tú, ni tus discípulos, son de Dios. Cristo responde diciendo: ¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos? Mas vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán. Nuestro Salvador Cristo, como un buen maestro, defiende la inocencia de sus discípulos contra la malicia de los arrogantes fariseos, y demuestra que sus discípulos no son culpables de transgredir ninguna nota de la Ley de Dios, aunque como entonces ayunaban, y en su respuesta reprocha a los fariseos su superstición e ignorancia. De superstición, porque basaban

religión en sus obras, y atribuían la santidad a la obra exterior realizada, sin tener en cuenta con qué fin se ordena el ayuno. De la ignorancia, porque no podían discernir entre tiempo y tiempo. No sabían que hay un tiempo de regocijo y alegría, y otro tiempo de lamentación y luto, lo cual enseña en su respuesta, como se tocará más ampliamente más adelante, cuando mostraremos cuál es el tiempo más adecuado para ayunar.

Pero aquí, amados, notemos que nuestro Salvador Cristo, al responder a su pregunta, no negó, sino que confesó que sus discípulos no ayunaban, y por lo tanto está de acuerdo con los fariseos en esto, como una verdad manifiesta, quien así come y bebe, no ayuna. El ayuno, entonces, incluso por el consentimiento de Cristo, es una retención de comida, bebida y todo alimento natural del cuerpo, por el tiempo determinado de ayuno. Y que se practicaba en la Iglesia primitiva, se desprende con toda evidencia del Concilio de Calcedonia, uno de los cuatro primeros concilios generales. Los padres reunidos allí, en número de 630, considerando entre ellos mismos lo agradable que es el ayuno para DIOS, cuando se usa de acuerdo con su palabra. Además, teniendo ante sus ojos los grandes abusos que se habían producido en la Iglesia en aquellos días, debido a la negligencia de los que debían enseñar al pueblo el uso correcto del mismo, quienes usaron de viles palabreras, ideadas por los hombres, por tanto, para reformar dichos abusos, y para restaurar esta obra tan buena y piadosa, al verdadero uso de la misma, decretaron en ese consejo que toda persona, tanto en su ayuno privado como en el público, debía continuar todo el día sin comer ni beber, hasta después de la oración de la tarde. Y quien comiera o bebiera antes de que terminara la oración de la tarde, se consideraría y se diría que su ayuno no fue guardado con pureza. Este canon enseña tan evidentemente cómo se usaba el ayuno en la Iglesia primitiva, que no se puede expresar de una forma más clara y plena con palabras.

El ayuno, por tanto, según el decreto de esos seiscientos treinta padres, basando su determinación en este asunto en las Sagradas Escrituras y en el uso o la práctica continuada durante mucho tiempo, tanto de los Profetas como de otras personas piadosas, antes de la venida de Cristo, y también de los Apóstoles y otros hombres devotos en el Nuevo Testamento, es la abstención de carne, bebida y todo alimento natural del cuerpo, durante el tiempo determinado de ayuno. Así se ha hablado hasta ahora, para haceros comprender lo que es el ayuno. A continuación, se explicará el verdadero y correcto uso del ayuno.

Las buenas obras no son todas del mismo tipo. Porque algunas son de por sí y por su propia naturaleza siempre buenas, como amar a DIOS sobre todas las cosas, amar a tu prójimo como a ti mismo, honrar a tu padre y a tu madre, honrar a los poderes superiores, dar a cada uno lo que le corresponde, y cosas semejantes. Hay otras obras que, consideradas en sí mismas, sin ir más allá, son por su propia naturaleza meramente indiferentes, es decir, ni buenas ni malas, sino que toman su denominación del uso o fin al que sirven. Las obras que tienen un buen fin, se llaman

buenas obras, y lo son de hecho; pero eso no se debe a ellas mismas, sino al buen fin al que se refieren. Por otra parte, si el fin al que sirven es malo, no puede ser de otro modo, sino que deben ser malas también. De esta clase de obras es el ayuno, que en sí mismo es una cosa meramente indiferente; pero se hace mejor o peor dependiendo del fin al que sirve. Porque cuando se trata de un buen fin, es una buena obra; pero si el fin es malo, la obra misma es también mala.

Ayunar, pues, con la convicción de que nuestro ayuno y nuestras buenas obras nos harán perfectos y justos, y finalmente nos llevarán al cielo, es una convicción engañosa, y ese ayuno está tan lejos de agradar a Dios, que rechaza su misericordia, y es totalmente despectivo para con los méritos de la muerte de Cristo y su preciada efusión de sangre. Esto es lo que enseña la parábola del fariseo y el publicano. Dos hombres (dice Cristo) subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Lucas 18.10-13). En la persona de este fariseo, nuestro Salvador Cristo pone a la vista y al juicio del mundo un hombre perfecto, justo y recto, que no está manchado de esos vicios de los que los hombres están comúnmente infectados, la extorsión, el soborno, la manipulación y el pillaje del prójimo, los ladrones y los estafadores de las riquezas que nos son comunes, la astucia y la sutileza en la distribución y el cambio, el uso de pesos falsos y el perjurio detestable en sus compras y ventas, los fornicadores, los adúlteros y los viciosos. El fariseo no era un hombre de este tipo, ni tenía defectos en ningún crimen tan notorio. Pero donde otros transgredieron dejando cosas sin hacer, que sin embargo la Ley requería, este hombre hizo más de lo que la Ley requería. Porque ayunaba dos veces por semana y daba el diezmo de todo lo que tenía. ¿Qué podría entonces el mundo reprocharle a este hombre? Sí, ¿qué otra cosa externa podría desearse en él, para hacerlo un hombre más perfecto y más justo? En verdad, nada según el juicio de los hombres, mas sin embargo, nuestro Salvador Cristo prefiere al pobre Publicano sin ayuno antes que a él con su ayuno. La causa por la que lo hace es evidente. Porque el publicano, no teniendo ninguna obra buena en la que confiar, se entregó a DIOS, confesando sus pecados, y esperó ciertamente ser salvado por la misericordia gratuita de DIOS. El fariseo se gloriaba y confiaba tanto en sus obras, que se consideraba suficientemente seguro sin misericordia, y que llegaría al cielo por sus ayunos y otras obras. Para esto sirve esta parábola. Porque se dirige a los que confiaban en sí mismos, en que eran justos, y despreciaban a los demás. Ahora bien, dado que el fariseo dirige su obra a un propósito malo, buscando por medio de ella la justificación, que de hecho es la obra propia de DIOS, sin nuestros méritos, su ayuno dos veces a la semana, y todas sus otras obras, aunque nunca fueron tantas, y nunca parecieron al mundo tan buenas y santas, sin embargo, de hecho, ante DIOS son totalmente malas y abominables. La marca que los hipócritas persiguen con sus ayunos es la de parecer santos a los

ojos del mundo, y así ganar elogios y alabanzas de los hombres. Pero nuestro Salvador Cristo dice de ellos, que tienen su recompensa, es decir, tienen alabanzas y elogios de los hombres, pero de Dios no tienen ninguno (Mateo 6:2). Porque todo lo que tiende a un fin malo, por ese fin malo se hace malo también.

Además, mientras mantengamos la impiedad en nuestros corazones, y permitamos que los pensamientos malvados permanezcan allí, aunque ayunemos tan a menudo como lo hizo San Pablo, o Juan el Bautista, y lo mantengamos tan rectamente como lo hicieron los ninivitas, sin embargo, no sólo será inútil para nosotros, sino también una obra de gran desagrado a Dios Todopoderoso. Porque Él dice que su alma aborrece y odia tales ayunos, sí, son una carga para él, y está cansado de soportarlos (Isaías 1.13-14). Así pues, observamos que Él arremete muy agudamente contra ellos, diciendo por boca del Profeta Isaías: ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable al Señor? (Isaías 58.3-5). Ahora bien, amados míos, viendo que DIOS Todopoderoso no permite nuestro ayuno cuando lo consideramos obras meritorias, sino que principalmente Él pesa las intenciones de nuestro corazón y que este se encuentre verdaderamente compungido, siendo de esta forma que el Señor estima nuestro ayuno como bueno o malo por el fin para el que sirve: Por eso pues, ahora, dice el Señor, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo (Joel 2. 12-13). Es así, como observamos que es necesario que primero, antes que nada, limpiemos nuestros corazones del pecado, y luego dirijamos nuestro ayuno a un fin que Dios permita que sea bueno.

Hay tres fines, para los cuales, si nuestro ayuno se dirige, es entonces una obra provechosa para nosotros, y aceptada por Dios. El primero es castigar la carne, para que esta no sea demasiado indulgente, sino que sea domada y sometida al espíritu. Esta consideración tuvo San Pablo en su ayuno, cuando dijo: sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser reprobado (1 Corintios 9.27).

El segundo, para que el espíritu sea más ferviente y se dedique a la oración. Con este fin ayunaron los profetas y maestros que estaban en Antioquía, antes de enviar a Pablo y Bernabé a predicar el Evangelio (Hechos 13.2-3). Estos dos Apóstoles ayunaron con el mismo propósito, cuando encomendaron a DIOS, mediante sus

fervientes oraciones, las congregaciones que estaban en Antioquía, Iconio y Listra, como leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 14.21-23).

El tercero, que nuestro ayuno sea un testimonio y testigo ante Dios de nuestra humilde sumisión a su alta Majestad, cuando confesamos y reconocemos nuestros pecados ante Él, y nos sentimos interiormente conmovidos por el dolor de nuestro corazón, expresando el mismo por medio de la aflicción de nuestros cuerpos. Estos son los tres fines o usos correctos del ayuno. El primero pertenece más propiamente al ayuno privado. Los otros dos son comunes, tanto para el ayuno público como para el privado, y de esta manera es el uso del ayuno. Señor, ten misericordia de nosotros y danos la gracia de que, mientras vivamos en este miserable mundo, podamos, con tu ayuda, producir éste y otros frutos del espíritu, recomendados y ordenados en tu santa palabra, para gloria de tu Nombre y para nuestro consuelo, a fin de que, después de la carrera de esta miserable vida, vivamos eternamente contigo en tu reino celestial, no por los méritos y la valía de nuestras obras, sino por tus misericordias y por los méritos de tu Hijo querido Jesucristo, a quien, contigo y con el Espíritu Santo, sea toda la alabanza, honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

## SEGUNDA PARTE DE LA HOMILÍA DEL AYUNO.

En la homilía anterior (amados) se mostró que entre el pueblo de los judíos, el ayuno, tal como les fue ordenado por Dios a través de Moisés, consistía en abstenerse durante todo el día, desde la mañana hasta la noche, de carne, bebida y toda clase de alimentos que nutrieran el cuerpo, y que quien probara algo antes de la noche, en el día señalado para el ayuno, era considerado entre ellos como un quebrantador de su ayuno. Esta orden, puede que a algunos les parezca extraña en nuestros días, porque no se ha usado ni establecido generalmente en este reino desde hace muchos años. Sin embargo, es destacable el hecho de que fuera así entre el pueblo de Dios (me refiero a los judíos), a quienes antes de la venida de nuestro Salvador Cristo, el Señor se dignó a elegir para sí mismo, como un pueblo peculiar por encima de todas las demás naciones de la tierra, y que nuestro Salvador Cristo así entendió el ayuno, al igual que los Apóstoles después de la ascensión de Cristo quienes también lo entendieron de la misma forma y así lo usaron, entonces, hasta aquí todo esto quedó suficientemente probado por los testimonios y ejemplos de las Sagradas Escrituras, tanto del nuevo Testamento como del antiguo. También se mostró el verdadero uso del ayuno.

En esta segunda parte de esta Homilía se demostrará que ninguna constitución o ley hecha por el hombre, para cosas que por su propia naturaleza son meramente indiferentes, puede obligar a la conciencia de los hombres cristianos a una observación y cuidado perpetuo de las mismas, sino que los poderes superiores tienen plena libertad para alterar y cambiar toda ley y ordenanza, ya sea eclesiástica o política, cuando el tiempo y el lugar lo requieran. Pero primero se responderá a

una pregunta que algunos pueden hacer, preguntando qué juicio debemos tener de tales abstinencias que son designadas por el orden público y las Leyes hechas por los Príncipes, y por la autoridad de los Magistrados, sobre la política, no respetando ninguna Religión en absoluto en la misma. Como cuando cualquier reino (ordena comer pescado en ciertos días), en consideración al mantenimiento de las ciudades pesqueras que bordean los mares, y para el aumento de la mano de obra de los pescadores, de los cuales surgen los marineros para ir al mar, para el suministro de la marina del reino, por lo que no sólo se pueden transportar los productos de otros países, sino que también puede ser una defensa necesaria para resistir la invasión del adversario.

Para la mejor comprensión de esta cuestión, es necesario que hagamos una diferencia entre las políticas de los Príncipes, hechas para el ordenamiento de los bienes comunes, en la provisión de cosas que sirven para la más segura defensa de sus súbditos y países, y entre las políticas eclesiásticas, en la prescripción de tales obras, por las cuales, como medios secundarios, la ira de DIOS puede ser apaciguada, y su misericordia alcanzada. Las leyes positivas hechas por los Príncipes, para la conservación de su política, que no repugnan a la Ley de Dios, deben ser obedecidas por todos los súbditos cristianos con reverencia al Magistrado, no sólo por temor al castigo, sino también (como dice el Apóstol) por causa de la conciencia. Conciencia digo, no de aquellas cosas que por su propia naturaleza nos resultan indiferentes, sino de nuestra obediencia, que por la Ley de DIOS debemos al Magistrado, como a un ministro de DIOS. Por medio de estas leyes positivas, aunque nosotros como súbditos, durante ciertos tiempos y días señalados, seamos restringidos de algunas clases de carnes y bebidas, las cuales DIOS por su santa palabra nos ha dejado en libertad para ser tomadas y usadas por todos los hombres con acción de gracias en todos los lugares, y en todos los tiempos, sin embargo, dado que tales leyes de los Príncipes y otros Magistrados no se hacen para creer que la santidad se encuentra en la abstención de una clase de carne y bebida más que en otra, ni para hacer un día más santo que otro, sino que se basan meramente en razones de política, así, todos los sujetos están obligados en conciencia a guardarlas por el mandamiento de DIOS, quien por el Apóstol quiere que todos, sin excepción, se sometan a la autoridad de los poderes superiores (Romanos 13:1). Y en este punto, en lo que respecta a nuestros deberes, que habitamos aquí en Inglaterra, rodeados por el mar como estamos, tenemos gran ocasión de tomar los productos del agua, que DIOS todopoderoso, por su divina providencia, ha puesto tan cerca de nosotros, por lo que el aumento de las provisiones en la tierra puede ser mejor administrado y conservado, para lograr disminuir con mayor prontitud el costo de las provisiones a un precio más moderado, para el mejor sustento de los pobres. Y, sin duda, parece ser un inglés demasiado delicado, que considerando los grandes productos que pueden derivarse, no renunciará a algún trozo de su apetito licencioso por orden de su Príncipe, con el consentimiento de los sabios del reino. ¿Qué buen corazón inglés no desearía que la antigua gloria volviera al reino, en el que ha sobresalido con grandes elogios antes de nuestros días, en el mobiliario de

la Marina del mismo? ¿Qué puede desanimar más el corazón de los adversarios, que vernos bien cercados y armados en el mar, como se dice que estamos en tierra? Si el Príncipe pidiera nuestra obediencia para abstenerse un día de comer más carne de la que producimos, y para contentarse con una comida en el mismo día, ¿no debería nuestro propio interés persuadirnos a someternos? Pero ahora que se permiten dos comidas en ese día, lo que en algún momento nuestros Ancianos en gran número en el Reino usaron con una sola comida de repuesto, y eso en pescado solamente, ¿pensaremos que es una carga tan grande la que se prescribe?

Además, considera la decadencia de las ciudades cercanas a los mares, que deberían estar más preparadas por el número de sus habitantes para rechazar al enemigo, y nosotros, que habitamos más lejos en la tierra, teniéndolas como nuestro escudo para defendernos, deberíamos estar más seguros. Si son nuestros vecinos, ¿por qué no hemos de desear que prosperen? Si son nuestra defensa más cercana para repeler al enemigo, para mantener alejada la furia de los mares, que de otro modo irrumpiría en nuestros hermosos pastos, ¿por qué no habríamos de apreciarlos? Tampoco insistimos en la política eclesiástica, prescribiendo una forma de ayuno, para humillarnos a la vista de DIOS todopoderoso, esa orden que fue usada entre los judíos, y practicada por los Apóstoles de Cristo después de su ascensión, es de tal fuerza y necesidad, que sólo esa debe ser usada entre los cristianos, y ninguna otra, porque eso sería atar al pueblo de Dios al yugo y la carga de la ley de Moisés, sí, sería la misma manera de llevar a los que son liberados por la libertad del Evangelio de Cristo, a la esclavitud de la Ley de nuevo, lo cual DIOS prohíbe que cualquier hombre intente o se proponga. Pero para este fin sirve, para mostrar hasta qué punto el orden de ayuno que se usa ahora en la Iglesia en este día, difiere del que se usaba entonces. La Iglesia de Dios no debe, ni puede estar atada a ese o a cualquier otro orden hecho ahora, o que se haga e idee en el futuro por la autoridad del hombre, sino que puede legítimamente, por causas justas, alterar, cambiar o mitigar esos decretos y órdenes eclesiásticos, sí, incluso, apartarse totalmente de ellos, y romperlos, cuando tienden a la superstición, o a la impiedad, cuando alejan al pueblo de DIOS, en lugar de obrar alguna edificación en ellos. Esta autoridad la usó el mismo Cristo, y la dejó a su Iglesia. Así, observamos que el Señor la usó, me explico: Porque la orden o el decreto hecho por los ancianos para lavarse muchas veces, que era observado diligentemente por los judíos, pero que tendía a la superstición, nuestro Salvador Cristo lo alteró y cambió en su Iglesia, en un Sacramento provechoso, el Sacramento de nuestra regeneración o nuevo nacimiento. Esta autoridad para mitigar las leyes y decretos eclesiásticos, la practicaron los Apóstoles, cuando, escribiendo desde Jerusalén a la congregación que estaba en Antioquía, indicándoles que no les impondrían ninguna otra carga, sino solamente las necesarias, es decir, que se abstuvieran de las cosas ofrecidas a los ídolos, de la sangre, de lo estrangulado y de la fornicación, a pesar de que la ley de Moisés exigía muchas otras observancias (Hechos 15.20). Esta autoridad para cambiar las órdenes, los decretos y las constituciones de la Iglesia, fue utilizada por los Padres después del tiempo de los Apóstoles sobre la manera de ayunar, como

aparece en la historia tripartita, donde está escrito así ("Historia Tripartita" Libro 9, cap. 38), sobre el ayuno, encontramos que fue utilizado de formas variadas, en diversos lugares y por diversos hombres. Porque en Roma ayunan tres semanas juntas antes de la Pascua, salvando los sábados y domingos, ayuno que llaman Cuaresma. Y después de unas pocas líneas en el mismo lugar, se nos dice: "No todos tienen un orden uniforme en el ayuno. Porque algunos ayunan y se abstienen tanto de pescado como de carne. Algunos, cuando ayunan, no comen más que pescado. Hay otros que, cuando ayunan, comen toda clase de aves del mar, así como el pescado, basándose en Moisés, argumentan que tales productos tienen su sustancia del agua, como los peces. Otros, cuando ayunan, no comen ni huevos ni hierbas. Hay ayunantes que no comen más que pan seco. Otros, cuando ayunan, no comen nada en absoluto, ni siquiera pan seco. Algunos ayunan de toda clase de alimentos hasta la noche, y entonces comen, sin hacer ninguna elección o diferencia de carnes. Y se pueden encontrar mil tipos de ayuno similares en diversos lugares del mundo, de diversos hombres y diversamente utilizados" (Eusebio, Libro. 5, cap. 24). Y a pesar de toda esta gran diversidad de ayunos, no se rompió el verdadero vínculo de la paz cristiana, ni la diversidad de ayunos rompió en ningún momento su acuerdo y concordia en la fe. "Abstengámonos algunas veces de ciertas carnes, no porque éstas sean malas, sino porque no son necesarias, esta abstinencia (dice San Agustín) no es mala (Agustín, "Dogma Eclesiástico", cap. 66). Y restrinjamos el uso de las carnes cuando es necesario y el tiempo lo requiere, esto (dice él) pertenece propiamente a los hombres cristianos".

Así habéis oído, buena gente, primero que los súbditos cristianos están obligados incluso en conciencia a obedecer las leyes de los príncipes, que no repugnan a las leyes de DIOS. También habéis oído que la Iglesia de Cristo no está obligada a observar ninguna orden, ley o decreto hecho por el hombre para prescribir una forma de religión, sino que la Iglesia tiene pleno poder y autoridad de DIOS para cambiar y alterar la misma, cuando la necesidad lo requiera; lo cual os ha sido mostrado por el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, por la práctica de los Apóstoles y de los padres desde entonces.

Ahora se explicará brevemente cuál es el tiempo adecuado para el ayuno, porque no todos los tiempos sirven para todas las cosas, sino que, como dice el sabio, todas las cosas tienen su tiempo. Hay un tiempo para llorar y otro para reír, un tiempo para entristecerse y otro para alegrarse, etc. (Eclesiastés 3.1, 4). Nuestro Salvador Cristo excusó a sus discípulos, y reprendió a los fariseos, porque no tenían en cuenta el correcto uso del ayuno, ni consideraban el tiempo adecuado para el mismo. Lo cual enseña en su respuesta, diciendo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? (Mateo 9.15). Su pregunta era sobre el ayuno, su respuesta es sobre el luto, significando claramente que el ayuno exterior del cuerpo no es un ayuno ante Dios, si no va acompañado del ayuno interior, que es un luto y una lamentación del corazón, como ya se ha declarado. En cuanto al tiempo de ayuno, dice que vendrán los días en que el novio les será quitado, en esos

días ayunarán (Mateo 9:15; Lucas 5:35). Con esto se manifiesta que no es tiempo de ayuno mientras se encuentren en la boda y la presencia del novio esté con ellos. Pero cuando la boda se ha terminado, y el novio se ha ido, entonces es un tiempo adecuado para ayunar. Ahora bien, para que os quede claro cuál es el sentido y el significado de estas palabras: "Estamos en la boda", y de nuevo: "El novio no nos ha sido quitado", debéis observar que mientras Dios nos revele su misericordia y nos conceda sus beneficios, ya sean espirituales o corporales, se dice que estamos con el novio en la boda. Así fue aquel buen padre Jacob con respecto al casamiento, cuando comprendió que su hijo José estaba vivo, y gobernaba todo Egipto bajo el rey Faraón. Así estaba David en la boda con el novio, cuando había obtenido la victoria sobre el gigante Goliath, y le había cortado la cabeza. Judit y todo el pueblo de Betulia eran hijos de las bodas, y tenían al novio con ellos, cuando DIOS, por la mano de una mujer, había matado a Holofernes, el gran capitán del ejército de los asirios, y había desbaratado a todos sus enemigos. Así fueron los Apóstoles los hijos de la boda mientras Cristo estaba presente corporalmente con ellos, y los defendió de todos los peligros, tanto espirituales como corporales. Pero se dice que el matrimonio ha terminado, y que el novio se ha ido, cuando DIOS Todopoderoso nos golpea con la aflicción, y parece dejarnos en medio de una serie de adversidades. Así, Dios a veces golpea a los hombres en privado con diversas adversidades, como problemas mentales, pérdida de amigos, pérdida de bienes, enfermedades largas y peligrosas, etc. Entonces es un momento adecuado para que el hombre se humille ante Dios Todopoderoso mediante el ayuno, y para que se lamente y se arrepienta de sus pecados con un corazón contrito, y para que ore sin descanso, diciendo con el profeta David: Aparta tu rostro, Señor, de mis pecados, y borra de tu memoria todas mis ofensas (Salmos 51.9). Además, cuando DIOS aflija a toda una región o país con guerras, con hambre, con pestilencia, con enfermedades extrañas y enfermedades desconocidas, y otras calamidades similares: entonces es el momento de que todos los estados y tipos de personas, altos y bajos, hombres, mujeres y niños, se humillen con el ayuno, y lamenten su vida pecaminosa ante DIOS, y oren con una voz común, diciendo así, o alguna otra oración similar, "Sé favorable, oh Señor, sé favorable a tu pueblo, que se vuelve a ti, llorando, ayunando y orando, perdona a tu pueblo que has redimido con tu preciosa sangre, y no permitas que tu heredad sea destruida y confundida" (Servicio de Conmemoración).

El ayuno así usado con la oración, es de gran eficacia, y pesa mucho ante DIOS. Así lo dijo el ángel Rafael a Tobías. También se desprende de lo que nuestro Salvador Cristo respondió a sus discípulos, preguntándoles por qué no podían expulsar de él el espíritu maligno que se les había presentado. Este tipo (dice él) no se expulsa sino mediante el ayuno y la oración. No se puede explicar mejor lo útil que es el ayuno, lo mucho que espera de Dios, y lo que puede obtener de su mano, si no es abriéndolos la puerta y presentándolos algunas de las cosas notables que han sucedido gracias a él. El ayuno fue uno de los medios por los cuales el Dios Todopoderoso se vio obligado a cambiar lo que había decidido con respecto a Acab, por haber asesinado al inocente Nabot, para poseer su viña. DIOS habló a Elías,

diciendo: Ve y dile a Acab: ¿Has matado y también has tomado posesión? Así ha dicho el Señor: En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, también los perros lamerán tu sangre. He aquí que yo traigo sobre ti el mal, y quitaré tu posteridad (1 Reyes 21:27-29), Y los perros se comerán al que muera en la ciudad, de la estirpe de Acab, y al que muera en el campo se lo comerán las aves del cielo. Este castigo había sido determinado por el Dios Todopoderoso para Acab en este mundo, y para destruir a todo el género masculino que se engendró del cuerpo de Acab, además del castigo que debía sucederle en el mundo venidero. Cuando Acab oyó esto, rasgó sus ropas, y se vistió de cilicio, y ayunó, y se acostó en cilicio, y anduvo descalzo. Entonces vino la palabra del Señor a Elías, diciendo: ¿Ves cómo se humilla Acab ante mí? Porque se somete ante mí, no traeré ese mal en sus días, sino que en los días de su hijo lo traeré sobre su casa (1 Reyes 21:17-29). Aunque Acab, por el mal consejo de su esposa Jezabel, había cometido un asesinato vergonzoso, y contra todo derecho desheredó y desposeyó para siempre a la estirpe de Nabot de esa viña: sin embargo, ante su humilde sumisión de corazón a DIOS, que declaró exteriormente vistiéndose de cilicio y ayunando, DIOS cambió su sentencia, de modo que el castigo que había determinado, no cayó sobre la casa de Acab en su tiempo, sino que fue aplazado hasta los días de Joram, su hijo. Aquí podemos ver qué fuerza tiene nuestro ayuno exterior, cuando va acompañado del ayuno interior de la mente, que es (como se dice) una tristeza de corazón, detestando y lamentando nuestras acciones pecaminosas. Lo mismo puede verse en los ninivitas: Porque cuando DIOS había decidido destruir toda la ciudad de Nínive, y el tiempo que había señalado estaba ya cerca, envió al profeta Jonás para que les dijera: todavía cuarenta días, y Nínive será destruida. El pueblo creyó a DIOS, y se entregó al ayuno, y el rey, por consejo de sus consejeros, hizo que se proclamara diciendo: Que ni el hombre ni la bestia, ni el buey ni la oveja prueben nada, ni se alimenten ni beban agua, sino que el hombre y la bestia se vistan de cilicio, y clamen fuertemente a Dios, y que cada uno se convierta de su mal camino, y de la maldad que está en sus manos. ¿Quién sabe si Dios se volverá y se arrepentirá, y se apartará de su feroz ira, para que no perezcamos? Y sobre este arrepentimiento sincero, así declarado exteriormente con ayuno, rasgando sus ropas, poniéndose cilicio, y rociándose con polvo y ceniza, la Escritura dice, Dios vio sus obras que se volvieron de sus malos caminos; y Dios se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo (Jonás 3:4-10).

Ahora bien, amados, habéis oído primero lo que es el ayuno, tanto el exterior en el cuerpo como el interior en el corazón. Habéis oído también que hay tres fines o propósitos, a los cuales, si nuestro ayuno exterior se dirige, es una buena obra que agrada a DIOS. En tercer lugar, se ha declarado cuál es el momento más adecuado para ayunar, ya sea en privado o en público. Por último, las cosas que el ayuno ha obtenido de Dios, por los ejemplos de Acab y los ninivitas. Por lo tanto, amados, viendo que hay muchos más motivos de ayuno y luto en estos días, que los que ha habido hasta ahora en cualquier época, esforcémonos tanto interiormente en nuestros corazones, como exteriormente con nuestros cuerpos, para ejercer

diligentemente este ejercicio piadoso del ayuno, de tal manera y forma, como los santos Profetas, los Apóstoles y otras diversas personas devotas de su tiempo lo usaron. DIOS es ahora el mismo DIOS que era entonces. DIOS que ama la justicia y que odia la iniquidad, DIOS que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de su maldad y viva, DIOS que ha prometido volverse a nosotros, si no nos negamos a volvernos a él: Sí, si nos apartamos de nuestras malas obras ante sus ojos, si dejamos de hacer el mal, si aprendemos a hacer el bien, si buscamos hacer el bien, si aliviemos al oprimido, si somos un juez justo para el huérfano, si defendemos a la viuda, si partimos nuestro pan al hambriento, si traemos a los pobres que vagan por nuestra casa, si vestimos al desnudo y si no despreciamos a nuestro hermano que es nuestra propia carne; entonces llamarás (dice el Profeta) y el Señor responderá, clamarás y él dirá: Aquí estoy (Salmo 45: 7; Ezequiel 18:23; Isaías 1:16,17). Sí, DIOS, que escuchó a Acab y a los ninivitas y los perdonó, también escuchará nuestras oraciones y nos perdonará de tal manera que, siguiendo su ejemplo, nos volveremos a él infaliblemente: Sí, él bendecirá con sus bendiciones celestiales el tiempo que tengamos que permanecer en este mundo, y después de la carrera de esta vida mortal, nos llevará a su reino celestial, donde reinaremos en bendiciones eternas con nuestro Salvador Cristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria por los siglos de los siglos, Amén.

*Es recomendable pronunciar la siguiente colecta después de la lectura de esta Homilía:*

Oh Señor, que por nosotros ayunaste cuarenta días y cuarenta noches; danos la gracia de usar esa abstinencia, para que, sometida nuestra carne al Espíritu, obedezcamos siempre tus piadosas mociones en justicia y verdadera santidad, para tu honor y gloria, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos (colecta para el primer domingo de cuaresma).

## Amén

Por lo tanto, no podemos decir que las buenas obras no son provechosas o que se hacen en vano y sin causa, argumentando que son innecesarias ya que por ellas no obtenemos la justificación. - Catecismo de Nowell, p. 83

Ningún ministro o ministros, sin la licencia y la dirección del obispo de la diócesis, obtenida primero y con su mano y sello, podrá nombrar o celebrar ningún ayuno solemne, ya sea públicamente o en cualquier casa privada, que no sea de los que por ley o por autoridad pública sean nombrados - Canon LXXII.

## Homilía Sobre la Gula y la Embriaguez



*Posiblemente por James Pilkington*

Una homilía contra la gula y la embriaguez.

Habéis oído en el Sermón anterior, amados, la descripción y la virtud del ayuno, con el verdadero uso del mismo. Ahora oiréis cuán repugnante es ante Dios la gula

y la embriaguez, para más bien impulsaros a utilizar el ayuno con más diligencia. Entended, pues, que Dios Todopoderoso, para que podamos conservarnos incontaminados y servirle en santidad y justicia según su palabra, ha encargado en sus Escrituras a cuantos esperamos la manifestación gloriosa de nuestro Salvador Cristo, lleven su vida con toda sobriedad, modestia y templanza. Por lo cual podemos aprender cuán necesario es que todo cristiano, para no ser encontrado desprevenido por la venida de nuestro Salvador Cristo, viva sobrio en este mundo presente; ya que de otra manera, no estando preparado, no podrá entrar con Cristo en la gloria; y, al estar desarmado para ello, se encuentra en continuo peligro ante ese cruel adversario, el león rugiente, contra quien el apóstol Pedro nos advierte que nos preparemos con continua sobriedad, para que podamos resistir, estando firmes en la fe. Por tanto, con la intención de que esta sobriedad pueda usarse en todo nuestro comportamiento, será conveniente que os declaremos cuánto ofende toda clase de excesos a la Majestad de Dios Todopoderoso, y cuán gravemente castiga el abuso inmoderado de sus criaturas, las cuales ordenó para el mantenimiento de esta nuestra necesitada vida, como alimentos, bebidas y vestidos, y nuevamente para mostrar las enfermedades nocivas y los grandes males que comúnmente siguen a aquellos que desmesuradamente se entregan a ser llevados precipitadamente por los placeres que van acompañados, ya sea con comida delicada y abundante, o con vestidos costosos y suntuosos.

Y primero, para que podáis percibir cuán detestable y odioso es todo exceso en la comida y en la bebida ante el rostro de Dios Todopoderoso, recordaréis lo que escribió San Pablo a los Gálatas, donde cuenta la glotonería y la borrachera entre esas horribles cosas; crímenes con los cuales (como él dice) nadie heredará el reino de los cielos (Gálatas 5:21). Así, él los cuenta entre las obras de la carne y los asocia con la idolatría, la prostitución y el asesinato, que son las mayores ofensas que pueden nombrarse entre los hombres. Porque el primero despoja a Dios de su honor; el segundo contamina su santo templo, es decir, nuestros propios cuerpos; el tercero nos hace compañeros de Caín en la matanza de nuestros hermanos; y quien los comete, como dice San Pablo, no puede heredar el reino de Dios. Ciertamente, ese pecado es tan odioso y repugnante ante la faz de Dios, que le hace alejar en extremo su rostro favorable de nosotros, y cerrarnos las puertas y desheredarnos de su reino celestial. Él aborrece tanto todo banquete bestial, que, por su Hijo nuestro Salvador Cristo en el Evangelio, declara su terrible indignación contra todos los dioses del vientre, al sentenciarlos bajo maldición diciendo: "¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre" (Lucas 6:25). Y por el profeta Isaías clama: "¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra de Jehová, ni consideran la obra de sus manos" (Isaías 5:11-12). Sí, ¡Ay de vosotros que sois fuertes para beber vino, y que sois fuertes para provocar la embriaguez! Aquí el profeta enseña claramente que los festines y banquetes hacen que los hombres se olviden de su deber para con Dios, cuando se entregan a todo tipo de placeres, sin considerar ni

tener en cuenta las obras del Señor, quien ha creado alimentos y bebidas, como dice San Pablo, para ser recibidos con gratitud por los que creen y conocen la verdad. Para que la sola contemplación de estas criaturas, siendo obra de Dios Todopoderoso, pueda enseñarnos a usarlas con gratitud como Dios ha ordenado (1 Timoteo 4.3).

Por lo tanto, no tienen excusa delante de Dios los que, o se alimentan inmundamente, sin respetar la santificación que es por la palabra de Dios y la oración, o abusan ingratamente de las buenas criaturas de Dios mediante la glotonería y la embriaguez, ya que la ordenanza de Dios establecida sobre sus criaturas claramente lo prohíbe. Por lo tanto, aquellos que se dedican a beber y a banquetear, sin tener en cuenta los juicios de Dios, de repente se verán oprimidos en el día de la venganza. Y de esto nuestro Salvador Cristo advierte a sus discípulos, diciendo: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" (Lucas 21:34). Cualquiera, pues, que quiera advertir a Cristo, tenga cuidado de sí mismo, no sea que su corazón se abrume con el exceso y se ahogue en la embriaguez, y sea tomado por sorpresa como ese siervo descuidado que, sin pensar en la venida de su amo, comenzó a herir a sus compañeros de servicio, y a comer y a beber y a embriagarse y siendo apresado de repente tuvo su justa recompensa con los hipócritas incrédulos (Lucas 12.45-46). Los que suelen beber profundamente y alimentarse en abundancia, revolcándose en toda clase de maldad, se quedan dormidos en ese adormecido olvido de la santa voluntad y los mandamientos de Dios. Por lo tanto, Dios Todopoderoso clama por medio del profeta Joel: "Despertad, borrachos, y llorad; gemid, todos los que bebéis vino, a causa del mosto, porque os es quitado de vuestra boca" (Joel 1;5). Aquí el Señor amenaza terriblemente con retirar sus beneficios a quienes abusan de ellos y con arrancar la copa de la boca de los borrachos. Aquí podemos aprender a no dormir en estado de embriaguez y hartura, no sea que Dios nos prive del uso de sus criaturas cuando abusamos de ellas cruelmente. Porque ciertamente el Señor nuestro Dios no sólo quitará sus beneficios cuando se abusa de ellos ingratamente, sino que también, en su ira y gran disgusto, se vengará de los que abusan de ellos sin moderación.

Si nuestros primeros padres, Adán y Eva, no hubieran obedecido a su apetito codicioso al comer el fruto prohibido, no hubieran perdido el fruto de los beneficios de Dios que disfrutaron en el Paraíso, ni se hubieran causado tantos males a ambos, ni a toda su posteridad. Pero, cuando pasaron los límites que Dios les había designado, como indignos de los beneficios de Dios, fueron expulsados y sacados del Paraíso, y ya no pudieron comer los frutos de ese jardín del que por exceso tanto habían abusado. Como transgresores del mandamiento de Dios, ellos y su posteridad son llevados a una perpetua vergüenza y confusión y, como malditos de Dios, ahora deben sudar para ganarse la vida, la cual antes tenían en abundancia a su disposición. Aun así, si nos excedemos en comer y beber cuando Dios, con su gran

liberalidad, envía abundancia, pronto cambiará la abundancia en escasez; y, mientras nos gloriamos en plenitud, él nos vaciará y nos confundirá con la penuria; sí, nos veremos obligados a trabajar y sufrir dolores de parto en busca de aquello que alguna vez disfrutamos con tranquilidad. Así el Señor no dejará impunes a los que, despreciando sus obras, siguen la concupiscencia y los apetitos de su propio corazón.

El patriarca Noé, a quien el apóstol llama predicador de justicia, hombre sumamente favorecido por Dios, es en la Sagrada Escritura un ejemplo mediante el cual podemos aprender a evitar la embriaguez (2 Pedro 2:5). Porque, después de haber bebido más vino del que convenía, de manera inmunda yació desnudo en su tienda, descubiertas sus intimidades. Y, aunque en algún momento fue muy estimado, ahora se ha convertido en el hazmerreír de su malvado hijo Cam, un dolor no pequeño para Sem y Jafet, sus otros dos hijos, que se avergonzaban del comportamiento bestial de su padre. Aquí podemos notar que la embriaguez trae consigo vergüenza y burla, de modo que nunca queda impune.

Lot igualmente, vencido por el vino, cometió incesto abominable con sus propias hijas. Así Dios Todopoderoso entregará a los borrachos a las concupiscencias vergonzosas de sus corazones lascivos. He aquí que Lot, por la bebida, ha caído tan fuera de sí que no conoce a sus propias hijas. ¿Quién hubiera pensado que un anciano en una situación tan grave, habiendo perdido a su esposa y todo lo que tenía, que había visto incluso ahora la venganza de Dios de manera terrible declarada sobre las cinco ciudades por su vida viciosa, estaría tan lejos del recuerdo de su deber? Pero los hombres abrumados por la bebida están completamente locos, como dice Séneca. Fue engañado por sus hijas; pero ahora muchos se engañan a sí mismos, sin pensar nunca que Dios con sus horribles castigos se vengará de los que ofenden por exceso. No es una plaga pequeña la que Lot adquirió con su embriaguez. Porque tuvo cópula muy sucia con sus propias hijas, que así concibieron; para que el asunto saliera a la luz, y ya no se pudiera ocultar. Nacieron dos hijos incestuosos, Amón y Moab; de los cuales vinieron dos naciones, los amonitas y los moabitas, aborrecidas de Dios y crueles adversarias de su pueblo los israelitas. He aquí lo que Lot ha conseguido con la bebida, tristeza y preocupación, con perpetua infamia y oprobio hasta el fin del mundo. Si Dios no perdonó a su siervo Lot, siendo por lo demás un hombre piadoso, sobrino de Abraham, uno que hospedaba a los ángeles de Dios, ¿qué hará con estos bestiales esclavos del vientre, que, desprovistos de toda piedad o comportamiento virtuoso, no una sola vez, sino continuamente, día y noche, se entregan por completo a beber y a banquetear?

Pero contemplemos aún más los terribles ejemplos de la indignación de Dios contra quienes siguen con avidez sus concupiscencias insaciables. Amnón, hijo de David, que estaba festejando con su hermano Absalón, es cruelmente asesinado por su propio hermano (2 Samuel 13:28-29).

A Holofernes, un capitán valiente y poderoso, abrumado por el vino, sufrió que aquella hermosa mujer Judit le arrancara la cabeza de los hombros. Simón el sumo sacerdote y sus dos hijos Matatías y Judas, siendo hospedados por Ptolomeo, hijo de Abobo, que antes se había casado con la hija de Simón, después de mucho comer y beber, fueron asesinados a traición por su propio pariente. Si los israelitas no se hubieran entregado a la alegría de su vientre, nunca habrían caído tan a menudo en la idolatría (Éxodo 32:6). Tampoco seríamos hoy tan adictos a la superstición, si no estimáramos tanto el llenado de nuestro estómago. Los israelitas, cuando servían a los ídolos, se sentaban a comer y beber y se levantaban nuevamente para jugar, como cuenta la Escritura (1 Corintios 10:7). Por eso, procurando servir a sus vientres, abandonaron el servicio del Señor su Dios. Así también nos sentimos atraídos a consentir en la maldad cuando nuestros corazones están abrumados por la embriaguez y los festines. Así Herodes, decidido a celebrar banquetes, se contentó con conceder que el santo varón de Dios, Juan Bautista, fuera decapitado a petición de la hija de su ramera (Mateo 14:6-10). Si el rico glotón no se hubiera entregado con tanta avidez a mimar su vientre, nunca habría sido tan despiadado con el pobre Lázaro, ni habría sentido los tormentos de un fuego tan insaciable.

¿Cuál fue la causa de que Dios castigara tan horriblemente a Sodoma y Gomorra? ¿No fueron sus orgullosos banquetes y su continua ociosidad lo que les hizo ser tan lascivos y tan despiadados con los pobres (Ezequiel 16:49)? ¿Qué pensaremos ahora del horrible exceso por el cual tantas personas han perecido y han sido llevadas a la destrucción?

El gran Alejandro, después de haber conquistado el mundo entero, cayó él mismo en la embriaguez; de tal manera que, estando borracho, mató a su fiel amigo Clito; de lo cual, estando sobrio, se avergonzó tanto que por la angustia del corazón deseó la muerte. Sin embargo, después de esto no abandonó el banquete, sino que una noche se emborrachó tanto que le dio fiebre; y, como de ninguna manera se abstendría del vino, a los pocos días acabó con su vida en forma miserable. El conquistador del mundo entero se vuelve esclavo por exceso, y se vuelve tan loco que asesina a su querido amigo, está plagado de tristeza, vergüenza y dolor de corazón por su intemperancia, pero no puede dejarlo; lo mantienen en cautiverio; y él, que en algún momento había sometido a muchos, ha venido a ser sujetado por el vil vientre. Así, los borrachos y los glotones carecen por completo de fuerza para sí mismos, y cuanto más beben, más secos se vuelven; un banquete provoca otro; estudian para llenar sus estómagos codiciosos. Por eso se dice comúnmente: "El borracho siempre está seco, y las tripas del glotón nunca se llenan".

Verdaderamente insaciables son los afectos y los deseos del corazón del hombre; y por lo tanto debemos aprender a frenarlos con el temor de Dios, de modo que no cedamos a nuestras propias concupiscencias, no sea que encendamos la indignación de Dios contra nosotros mismos, cuando buscamos satisfacer nuestro apetito bestial. San Pablo nos enseña, ya sea que comamos o bebamos, o hagamos cualquier cosa,

a hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Donde fija, por así decirlo, cuánto puede comer y beber un hombre; es decir, tanto que la mente no se vuelva perezosa atiborrándose de carne y vertiendo bebida, de modo que no pueda elevarse a la alabanza y gloria de Dios. Cualquiera que sea, pues, el que por comer y beber se vuelve renuente a servir a Dios, no piense en escapar impune.

Habéis oído cuánto detesta Dios Todopoderoso el abuso de sus criaturas, como él mismo lo declara, tanto por su santa palabra, como también por los terribles ejemplos de sus justos juicios. Ahora bien, si ni la palabra de Dios puede frenar nuestras lujurias furiosas y nuestros apetitos codiciosos, ni tememos con los ejemplos manifiestos de la venganza de Dios por comer y beber desenfrenadamente y en exceso, consideremos aún los múltiples daños que se derivan de ello; así conoceremos el árbol por sus frutos. Daña el cuerpo; infecta la mente; desperdicia la sustancia; y es perjudicial para el prójimo. ¿Pero quién es capaz de expresar los múltiples peligros e inconvenientes que se derivan de una dieta inmoderada?

A menudo sobreviene la muerte súbita en los banquetes, a veces los miembros se disuelven y todo el cuerpo cae en un estado miserable. El que come y bebe sin medida enciende a menudo un calor tan antinatural en su cuerpo, que su apetito se ve provocado a desear más de lo que debería; o bien le vence el estómago y llena todo el cuerpo de lentitud; hace que sea incapaz e indigno de servir a Dios o al hombre, no alimentando el cuerpo, sino dañándolo; y por último trae consigo muchas clases de enfermedades incurables, de las que a veces sobreviene la muerte desesperada. Pero ¿qué más debería decir a este respecto? Porque, salvo que Dios bendiga nuestras comidas de tal forma que nos alimenten, a menos que Dios nos dé fuerza para digerirlas y para que podamos aprovecharlas, estas nos harán daño, de tal forma que, o las vomitaremos de nuevo asquerosamente, o permanecerán apestosas en nuestro cuerpo, como en un lavabo o canal repugnante, e infectarán de diversas maneras todo el cuerpo. Y seguramente la bendición de Dios está tan lejos de aquellos que usan banquetes desenfrenados, que a veces en sus rostros se ven las señales expresas de esta intemperancia, como señala Salomón en sus Proverbios. “¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amoratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura” (Proverbios 23:29-30). Noten, les ruego, las terribles señales de la indignación de Dios, ayes, tristeza, contiendas y riñas, heridas sin causa, rostro desfigurado y moretones de los ojos deben esperarse cuando los hombres se entregan a los excesos y a la gula, ideando todos los medios para aumentar sus apetitos codiciosos, templando el vino y salteándolo de tal manera, para que les resulte más deleitoso y agradable. Sería conveniente que personas tan delicadas fueran gobernadas por Salomón, quien, en consideración a los inconvenientes antes mencionados, prohíbe la vista misma del vino. “No mires el vino”, dice, “cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; Mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor. Tus ojos mirarán cosas extrañas, y tu

corazón hablará perversidades. Serás como el que yace en medio del mar, o como el que está en la punta de un mastelero. Y dirás: me hirieron, mas no me dolió; me azotaron, mas no lo sentí; cuando despertare, aún lo volveré a buscar” (Proverbios 23:31-35). Ciertamente debe ser muy dañino aquello que muerde e infecta como una serpiente venenosa, por la cual los hombres son llevados a la inmundicia fornicación, que hace que el corazón se vuelva perverso. Sin duda corre gran peligro el que duerme en medio del mar, porque pronto será abrumado por las olas. Es como caer de repente el que duerme en lo alto del mástil. Y seguramente ha perdido los sentidos el que no puede sentir cuando es golpeado, el que no sabe cuando es azotado. De modo que el exceso y la embriaguez muerden el vientre y causan una continua sensación de roer en el estómago, llevan a los hombres a la prostitución y a la lascivia de corazón, con peligros indescriptibles, de modo que los hombres quedan despojados y privados de sus sentidos, y quedan completamente sin poder sobre sí mismos. ¿Quién no ve ahora el estado miserable al que son llevados los hombres por estos monstruos inmundos, la glotonería y la embriaguez? El cuerpo se inquieta tanto por ellos que, como afirma Jesús, hijo de Sirac, el hombre insaciable nunca duerme tranquilamente, se enciende un calor inconmensurable, del que resultan continuos dolores y molestias en todo el cuerpo (Eclesiástico 31:20).

Y no menos cierto es que también la mente se irrita ante los banquetes abundantes. Porque a veces los hombres son atacados por el frenesí mental y son llevados del mismo modo a la mera locura; algunos se vuelven tan brutales y bloqueados que se convierten en seres completamente carentes de comprensión. Es algo horrible que un hombre se mute en cualquier miembro; pero para un hombre, por su propia voluntad, perder su juicio es un daño intolerable. El Profeta Oseas, en el capítulo cuarto, dice que el vino y la embriaguez quitan el juicio (Oseas 4:11). ¡Ay, entonces, del hombre que cede ante aquello por lo que puede privarse de la posesión de su propio juicio! Vino y mujeres pervierten a los inteligentes, el que va a prostitutas es aún más temerario, dice Jesús, hijo de Sirac (Eclesiástico 19:2). Sí, pregunta ¿Qué es la vida del hombre que está vencido por la embriaguez? El vino bebido en exceso produce amargura y causa riñas y contiendas (Eclesiástico 31:29). En los magistrados provoca crueldad en lugar de justicia, como bien entendió el sabio filósofo Platón, cuando afirmó que “el borracho tiene un corazón tiránico, y por eso gobernará todo a su antojo, contrariamente al derecho y a la razón. Y ciertamente la embriaguez hace que los hombres olviden tanto la ley como la equidad; lo que hizo que el rey Salomón ordenara tan estrictamente que no se diera vino a los gobernantes, no sea que al beber se olviden de lo que la ley les señala, y así cambien el juicio de todos los hijos de los pobres (Proverbios 31:4). Por lo tanto, entre toda clase de hombres, el consumo excesivo de alcohol es más intolerable en un magistrado o en un hombre de autoridad, como dice Platón. Porque un borracho no sabe dónde está. Si, pues, un hombre con autoridad fuera un borracho, ¡ay!, ¿cómo podría ser guía para otros hombres, si él mismo necesita un gobernador? Además de esto, un borracho no puede guardar nada en secreto. Se pronuncian muchas palabras vacías, necias y obscenas cuando los hombres están en sus

banquetes. La embriaguez, como afirma Séneca, descubre toda maldad y la saca a la luz; quita toda vergüenza y aumenta todo mal. El orgulloso, estando ebrio, expresa su orgullo, el cruel, su crueldad, y el envidioso, su envidia, de modo que ningún vicio puede esconderse en un borracho. Además, como no se conoce a sí mismo, balbucea y tartamudea al hablar, se tambalea al caminar, no ve nada fijamente con sus ojos fijos, y cree que la casa da vueltas a su alrededor. Es evidente que la mente se sale del marco debido al consumo excesivo de alcohol, de modo que cualquiera que sea engañado por el vino o las bebidas fuertes se convierte, como dice Salomón, en un burlador o en un loco, de modo que nunca podrá ser sabio. Si alguien piensa que puede beber mucho vino y, sin embargo, estar sano, también puede suponer, como dice Séneca, que después de haber bebido veneno no morirá. Porque dondequiera que se bebe en exceso, es necesario que se produzca una perturbación del espíritu; y donde el vientre está lleno de delicias, allí la mente se oprime con perezosa lentitud. El estómago lleno produce una mala comprensión, dice San Bernardo, y mucha comida cansa la mente.

Pero, ay, hoy en día los hombres no se preocupan, ya sea por su cuerpo o por su mente; así, sus riquezas mundanas y sus abundantes tesoros son para satisfacer sus inconmensurables concupiscencias, y no les importa lo que hacen. No se avergüenzan de mostrar sus caras de borrachos y de hacerse los locos abiertamente. Se creen en buenas condiciones y que todo les irá bien, al no verse acosados por la carencia y la pobreza. Por lo tanto, para que ninguno de nosotros tenga ocasión de enorgullecerse de este exceso bestial, por la abundancia de riquezas, recordemos lo que escribe Salomón en el vigésimo primero de sus Proverbios: El que ama el vino y los manjares deleitosos nunca se hará rico (Proverbios 21:17), dice. Y en el capítulo veintitrés hace una vehemente exhortación de la siguiente manera: No os juntéis con borrachos y glotones, porque el glotón y el borracho se empobrecerán (Proverbios 23:20-21).

El que saca su patrimonio a través de su garganta, y come y bebe en una hora o en un día más de lo que puede ganar en una semana entera, necesariamente será un desaprovechado y llegará a la mendicidad. Pero algunos dirán: ¿Qué necesidad tiene alguien de criticar esto? No daña a nadie excepto a sí mismo, no es enemigo de ningún hombre excepto de sí mismo. De hecho, sé que esto se dice comúnmente en defensa de estos bestiales dioses del vientre, pero es fácil ver cuán dañinos son, no sólo para ellos mismos, sino también para la comunidad con su ejemplo. Todo aquel que los encuentra se ve perturbado por su lenguaje conflictivo y contencioso; y muchas veces, furiosos por lujurias bestiales, como caballos bien alimentados, relinchan a las esposas de sus vecinos, como dice Jeremías, y contaminan a sus hijos e hijas. Su ejemplo es malo para aquellos entre quienes habitan; son ocasión de ofensa para muchos; y mientras desperdician sus bienes en banquetes, su propia casa no cuenta con lo necesario, sus esposas y sus hijos son maltratados, no tienen con qué socorrer a sus vecinos pobres en tiempos de necesidad, lo cual tendrían si vivieran sobriamente. No son rentables para la comunidad; porque un borracho no

es apto para gobernar ni para ser gobernado. Son manchas para la Iglesia o congregación de Cristo; y por eso San Pablo los excomulga entre los fornicarios, los idólatras, los codiciosos y los extorsionadores, prohibiendo a los cristianos comer con ellos (1 Corintios 5:11).

Por tanto, gente buena, evitemos cada uno de nosotros toda intemperancia, amemos la sobriedad y la dieta moderada, entreguémonos con frecuencia a la abstinencia y al ayuno, con lo que la mente del hombre se eleva más hacia Dios y está más dispuesta para todos los ejercicios piadosos, como la oración, y escuchar y leer la palabra de Dios para su consuelo espiritual. Finalmente, cualquiera que se preocupa por la salud y la seguridad de su propio cuerpo, o desea estar siempre bien de su ingenio, o desea tranquilidad de espíritu, y aborrece la furia y la locura; el que será rico y escapará de la pobreza; el que está dispuesto a vivir sin dañar a su prójimo, ser un miembro provechoso de la comunidad, un cristiano sin manchas contra Cristo y su Iglesia; que evite todo banquete desenfrenado y excesivo; que aprenda a guardar la medida que le corresponde al que profesa la verdadera piedad; que siga la regla de San Pablo, y así coma y beba para gloria y alabanza de Dios, que ha creado todas las cosas para ser utilizadas sobriamente con acción de gracias, al cual sea todo honor y gloria por los siglos.

**Amén.**

## **Homilía Contra el Exceso en la Vestimenta**



*Posiblemente por James Pilkington*

Una homilía contra el lujo excesivo en la vestimenta.

YA QUE hasta ahora se os ha exhortado e incitado a la moderación en el consumo de comidas y bebidas, y a evitar su exceso, siendo esto tan perjudicial para el

mantenimiento de la riqueza común, al tiempo que estos actos son extremadamente odiosos ante DIOS Todopoderoso, autor y señor de tales criaturas, hechas para la debida confortación y sostenimiento estable de nuestra débil naturaleza, razón por lo cual debemos darle gracias, de tal forma que no debemos abusar de ellas burlando su liberalidad y provocando así su castigo sobre tal desorden. De la misma manera es conveniente que seáis amonestados por otra alma y por otro exceso imputable: Quiero decir, todo lo referente al vestir, ya que en estos días tan esplendorosos, en los que ni Dios Todopoderoso con las claras exhortaciones de su palabra puede detener nuestra curiosidad orgullosa con respecto a este tema, y que ni aún las leyes piadosas y necesarias, hechas por nuestros Príncipes, y afirmadas a menudo con justas penas, pueden frenar este abuso detestable, por el cual Dios es amplia y abiertamente despreciado, y las Leyes de los Príncipes manifiestamente desobedecidas, para gran perjuicio del orden establecido y necesario. Por lo tanto, para que la sobriedad también en este exceso pueda ser vista entre nosotros, os declararé, tanto el uso moderado de la ropa, aprobado por Dios en su Santa Palabra, como también los abusos de la misma, que él prohíbe y desapruueba, como puede verse por las incongruencias que cada día aumentan, por el justo juicio de Dios, donde no se guarda la medida que Él mismo ha establecido. Si consideramos el fin y propósito con el que Dios Todopoderoso ha ordenado a sus criaturas, percibiremos fácilmente que nos permite vestirnos, no sólo por necesidad, sino también por una honesta elegancia. Así como en las hierbas, árboles y frutas diversas, no sólo tenemos diversos usos necesarios, sino también la agradable vista y el dulce olor, para deleitarnos con todo, en lo que podemos ver el singular amor de Dios hacia la humanidad, en que Él ha proporcionado tanto para aliviar nuestras necesidades, como para refrescar nuestros sentidos con una recreación honesta y moderada. Por lo tanto, David en el Salmo ciento cuatro, confesando la cuidadosa providencia de DIOS, muestra que nuestro SEÑOR no sólo provee las cosas necesarias para los hombres, como el pan y otras carnes, sino también las cosas que pueden reanimar y consolar, como el vino para alegrar el corazón, aceites y ungüentos para hacer brillar el rostro (Salmos 104.14-15). De modo que están completamente fuera de los límites de la humanidad, que se aferran únicamente a la necesidad, prohibiendo la fruición legítima de los beneficios de DIOS. Siendo pues así, que con tales tradiciones no podemos ser guiados, si hacemos caso a San Pablo, quien, escribiendo a los Colosenses, pidiéndoles que no escuchen a los hombres que dicen: No manejes, ni gustes, ni aun toques, privándolos supersticiosamente de la fruición de las criaturas de Dios (Colosenses 2:21). Y no menos cierto es que debemos guardarnos, no sea que, bajo el pretexto de la libertad cristiana, nos tomemos licencia para hacer lo que se nos antoje, engalanándonos con suntuosos atavíos, y despreciando a los demás, preparándonos con una cínica valentía, para un comportamiento licencioso, lascivo e impúdico.

A continuación, os presentaré cuatro Lecciones al respecto. Para lograr el mayor provecho, debemos tener en cuenta cuatro lecciones, enseñadas en las Sagradas Escrituras, mediante las cuales aprenderemos a moderarnos y a refrenar nuestros

afectos inmoderados, a la medida que DIOS ha establecido (Romanos 13.14). La primera es que no hagamos provisión para la carne, para satisfacer sus concupiscencias, con vestidos costosos, como hizo aquella ramera de quien habla Salomón, en el séptimo capítulo de Proverbios, la cual perfumó su lecho, y lo adornó con costosos ornamentos de Egipto, para satisfacer su lasciva concupiscencia; sino que más bien debemos, con moderada templanza, cortar toda ocasión en que la carne pueda obtener la victoria (Proverbios 7:16-17). El segundo está escrito por San Pablo, en el capítulo VII de su primera Epístola a los Corintios, donde nos enseña a usar este mundo, como si no lo usáramos. Por lo cual corta no sólo toda ambición, orgullo y vana pompa en el vestir, sino también toda preocupación y afecto desmesurados, que nos apartan de la contemplación de las cosas celestiales y de la consideración de nuestra deuda para con DIOS. Los que están muy ocupados en el cuidado de las cosas que pertenecen al cuerpo, son comúnmente negligentes y descuidados en los asuntos que conciernen al alma (1 Corintios 7:31-33). Por lo tanto, nuestro Salvador Cristo quiere que no nos preocupemos de lo que vamos a comer, ni de lo que vamos a beber, ni de con qué nos vamos a vestir, sino que busquemos el Reino de Dios y su justicia (Mateo 6.31, 33). Por lo cual podemos aprender a cuidarnos, no sea que usemos para nuestro perjuicio aquellas cosas que DIOS ha ordenado para nuestro consuelo y progreso, hacia su Reino. La tercera es que tomemos con alegría y contentamiento nuestro estado y condición actual, y que nos mantengamos satisfechos con lo que Dios nos provee, sea mucho o poco. El que se avergüenza de un atuendo bajo y sencillo, se sentirá orgulloso de un atuendo glorioso, si puede conseguirlo. Por lo tanto, debemos aprender del Apóstol San Pablo a mantenernos en templanza al gozar de abundancia como también cuando sufrimos escases y penurias (Filipenses 4.12), recordando que debemos rendir cuentas de las cosas que hemos recibido a aquel que aborrece todo exceso, orgullo, ostentación y vanidad, quien también condena y rechaza totalmente todo lo que nos aleja de nuestra obediencia hacia DIOS, o disminuye nuestra caridad hacia nuestros vecinos e hijos, a quienes debemos amar como a nosotros mismos. La cuarta y última regla es, que cada hombre vea y considere su propia vocación, en la medida en que DIOS ha designado a cada hombre su grado y oficio, dentro de los límites en que le corresponde mantenerse a sí mismo. Por lo tanto, no debe parecer que todos visten igual, sino cada uno según su grado, como DIOS lo ha colocado. Lo cual, si se observara, muchos, sin duda, se verían obligados a vestir una túnica rústica, siendo que ahora se viste de sedas y terciopelos, gastando más cada año en ropa suntuosa, que lo que sus padres recibían por toda la renta de sus tierras. Pero ¡ay! cuántos vemos ahora ocupados en mimar la carne, sin preocuparse de nada, sino sólo de cómo engalanarse a sí mismos, poniendo todo su afecto en la gloria mundana, abusando de la bondad de Dios, cuando Él envía abundancia, para satisfacer sus lujurias, sin tener en cuenta el grado en que Dios los ha colocado. Los israelitas se contentaron con la ropa que Dios les dio, aunque fuera vil y sencilla: Y DIOS los bendijo de tal manera, que sus vestidos y ropas les duraron cuarenta años (Deuteronomio 29:5), sí, y esas ropas que sus padres habían usado, sus hijos estaban contentos de usarlas después. Pero nosotros nunca estamos contentos, y

por lo tanto no prosperamos, así que lo más común es que el que gobierna con su abrigo de marta, con su fina túnica de piel, zapatillas de corcho, elegantes botines y cálidos mitones, sea más propenso a enfriarse en la temporada de invierno, que el pobre trabajador, que puede permanecer en el campo durante todo el día, cuando sopla el viento del norte, con unas cuantas míseras túnicas para cubrirse. Somos reacios a llevar lo que nuestros padres nos han dejado, no creemos que sea suficiente o lo bastante bueno para nosotros. Debemos tener un vestido para el día, otro para la noche, uno largo, otro corto, uno para el invierno, otro para el verano, uno con pelo, otro forrado, uno para el día de trabajo, otro para el día de fiesta, uno de este color, otro de aquel color, uno de tela, otro de seda o damasco. Debemos tener cambio de ropa, una antes de la cena, y otra después, una de la moda española, otra turca: y para ser breve, nunca estamos contentos con lo suficiente. Nuestro Salvador Cristo dijo a sus discípulos que no debían tener dos capas: pero la mayoría de los hombres, muy a diferencia de sus discípulos, tienen sus armarios tan llenos de ropa, que muchos no saben cuántas clases tienen (Mateo 10.10). ¿Qué fue lo que hizo que Santiago pronunciara esta terrible maldición contra los ricos del mundo: «¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla; Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza» (Santiago 5:1-2, 5)? Fijaos, os lo ruego, que Santiago los llama miserables, a pesar de su riqueza y abundancia de ropa, porque miman sus cuerpos para su propia destrucción. ¿Acaso el rico glotón era mejor por su buena comida y su costoso atuendo? ¿No se alimentó a sí mismo para ser atormentado en el fuego del infierno (Lucas 16:19-25)?

Aprendamos, pues, a contentarnos con el alimento y la comida, como enseña San Pablo, y no deseando enriquecernos con abundancia, ya que de esta forma caemos en tentaciones, lazos y muchas lujurias impúdicas, que hunden a los hombres en la perdición y la destrucción (1 Timoteo 6:9). Ciertamente, los que se deleitan en la ropa gloriosa, son comúnmente hinchados de orgullo, y llenos de vanidades. Así eran las hijas de Sión y el pueblo de Jerusalén, a quienes amenaza el profeta Isaías, porque andan con cuello erguido y con ojos desvergonzados; cuando andan van danzando, y haciendo son con los pies, por lo que el Señor Todopoderoso raerá la cabeza de las hijas de Sion, y Jehová descubrirá sus vergüenzas. Aquel día quitará el Señor el atavío del calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos, y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados (Isaías 3:16-23). De modo que DIOS Todopoderoso no permitiría que se abusara de sus beneficios vana y deliberadamente, ni siquiera de aquel pueblo al que amaba tiernamente y había elegido para sí antes que a ningún otro. No menos verdadera es la vanidad que se usa entre nosotros en estos días. Porque los orgullosos y altaneros estómagos de las hijas de Inglaterra se mantienen de tal manera con diversos tipos de ropas costosas y disfrazadas, que como dice

Tertuliano, un padre antiguo, no hay diferencia en la ropa entre una honesta matrona y una vulgar ramera (Tertuliano, «Apolog. Con. Gentes», cap. 6). Sí, muchos hombres se han vuelto tan afeminados que no les importa lo que gastan en disfrazarse, siempre deseando nuevos juguetes e inventando nuevas modas. Por eso, cierto hombre que quería retratar a todos los habitantes del país con su vestimenta habitual, cuando había pintado a otras naciones, pintaba al hombre inglés completamente desnudo, y le daba tela bajo el brazo, y le pedía que se la hiciera él mismo como mejor le pareciese, porque cambiaba de moda tan a menudo que no sabía cómo hacérsela. Así, con nuestros fantasiosos artificios, nos convertimos en el hazmerreír de otras naciones, mientras uno gasta su patrimonio en abrigo y trajes, otro gasta más en una camisa ostentosa que lo que bastaría para comprarle ropa honesta y de buen gusto para todo su cuerpo. Algunos cuelgan sus ingresos alrededor de sus cuellos, frunciendo extravagantemente los cuellos de sus camisas, y muchos se guardan la mayor parte de su patrimonio para mantenerse con ropa suntuosa. Y cada hombre, sin tener en cuenta su estado y condición, busca sobresalir sobre los demás en atuendos costosos. De donde resulta que en medio de la abundancia y de un sin número de toda clase de cosas, sin embargo, nos quejamos de necesidad y penuria, esto mientras que un hombre gasta lo que podría servir a una multitud, y nadie distribuye de la abundancia que ha recibido, y todos los hombres desperdician excesivamente lo que debería servir para suplir las necesidades de otros. Se han tomado muy buenas disposiciones contra tales abusos, mediante diversas leyes buenas y sanas, que si se practicaran como debieran por parte de todos los verdaderos sujetos, podrían servir en parte para disminuir este exceso desenfrenado y descontrolado en el vestuario. Pero, por desgracia, parece que entre nosotros hay poco temor y obediencia a Dios o al hombre. Por lo tanto, debemos esperar la temible venganza de Dios desde el cielo, para derrocar nuestra presunción y orgullo, como derrocó a Herodes, quien en su atuendo real, olvidándose de Dios, fue herido por un ángel y devorado por los gusanos (Hechos 12:21-23). Con este terrible ejemplo, DIOS nos ha enseñado que no somos más que carne para los gusanos, aunque nos mimemos tanto a nosotros mismos con vestimentas magníficas.

Aquí podemos aprender lo que Jesús, el hijo del Sirá, nos enseña: que no debemos enorgullecernos de nuestros vestidos ni de nuestros atuendos, ni exaltarnos en el día del honor, porque las obras del Señor son maravillosas y gloriosas, secretas e incognoscibles (Eclesiástico 11:4), enseñándonos con humildad de mente que cada uno debe tener presente la vocación a la que Dios lo ha llamado. Esforcémonos, pues, los cristianos en apagar el afán de agradar a la carne, aprovechemos los beneficios de DIOS en este mundo, de tal manera, que no nos ocupemos demasiado en proveer para el cuerpo. Contentémonos tranquilamente con lo que DIOS envía, aunque sea poco. Y si le place enviar abundancia, no nos enorgullezcamos de ello, sino usémoslo moderadamente, tanto para nuestra propia comodidad como para el alivio de los necesitados. El que en la abundancia e infinidad de ropa oculta su rostro al que está desnudo, desprecia su propia carne, como dice

el profeta Isaías (Isaías 58.7). Aprendamos a conocernos a nosotros mismos, y a no despreciar a los demás, recordemos que todos estamos ante la Majestad de DIOS Todopoderoso, que nos juzgará por su Santa Palabra, en la que prohíbe el exceso, no sólo a los hombres, sino también a las mujeres. De modo que nadie puede excusarse, sea del estado o condición que sea. Presentémonos, pues, ante su trono, como exhorta Tertuliano, con los ornamentos de que habla el Apóstol en el capítulo sexto de Efesios, ceñidos los lomos con la verdad, con la coraza de la justicia y calzados los pies con el apresto de llevar el Evangelio de la paz (Efesios 6:14-15). Tomemos para nosotros la sencillez, la castidad y la solidaridad, sometiendo nuestros cuellos al dulce yugo de Cristo (Mateo 11:30).

Que las mujeres estén sujetas a sus maridos, y estarán suficientemente ataviadas, dice Tertuliano. A la mujer de un filósofo pagano, Filón, le preguntaron por qué no llevaba oro, y ella respondió que consideraba que las virtudes de su marido eran suficientes adornos. ¿Cuánto más las mujeres cristianas, instruidas por la Palabra de Dios, deben contentarse con sus maridos? Sí, ¿cuánto más todo cristiano debe contentarse con nuestro Salvador Cristo, considerándose suficientemente adornado con sus virtudes celestiales? Pero se objetará aquí y se dirá de algunas mujeres lindas y vanas, que todo lo que hacen al maquillar sus rostros, al teñir sus cabellos, al humectar sus cuerpos, al engalanarse con ropa alegre, es para complacer a sus maridos, para deleitar sus ojos, y para conservar su amor hacia ellas. Oh vana excusa, y vergonzosa respuesta, al reproche de tu marido. ¿Qué más puedes decir para poner de manifiesto su locura, sino ordenarle que se sienta complacido y encantado con la belleza del diablo? ¿Quién puede pintarse la cara y rizar su cabello y cambiarlo a un color antinatural, sin que con ello obre una ofensa para su Creador, que la hizo? Como si ella pudiera hacerse más hermosa de lo que Dios ha determinado en la medida de su belleza. ¿Qué hacen estas mujeres, sino reformar lo que Dios ha hecho? No sabiendo que todas las cosas naturales son obra de DIOS, y que las disfrazadas y antinaturales son obra del diablo. Y como si un marido sabio y cristiano se deleitara en ver a su esposa con esos rostros pintados y floreados, tales como aquellos que las prostitutas comunes usan para entrenar a sus amantes en la picardía, o como si una mujer honesta pudiera deleitarse en ser como una ramera para complacer a su marido. No, no, éstas no son sino excusas vanas de aquellas que andan por ahí para agradar más a otros que a sus maridos. Y tales atuendos no son sino para provocarla a que se exhiba, para atraer a otros: un asunto digno sin duda. Ella debe discutir con su marido para mantener tal vestimenta, por lo que ella es la peor esposa, la que rara vez está en casa para cuidar de sus gastos, y así descuida el ahorro de él, propiciando de esta forma una gran provocación a su hogar para el derroche y el desenfreno, mientras que ella debe vagar por el exterior para exhibir su propia vanidad, y la insensatez de su marido. Por lo cual su orgullo, despierta mucha envidia de otros que están tan vanamente encantados como ella. No hace más que merecer burlas y desprecios, al exponer todo lo que en ella supuestamente es digno de alabanza en atuendos impíos y mundanos, y sin embargo, aún así presumir de su cristianismo. Ella no hace más

que malgastar superficialmente el dinero de su marido con tal suntuosidad, y a veces es ella misma, la causa de grandes sobornos, extorsión y engaño en los tratos de su marido, para poder ser expuesta más lujosamente a la vista del mundo vano, para agradar a los ojos del Diablo, y no a los de DIOS, que da a cada criatura suficientes y moderados honores, con los que deberíamos estar contentos si fuéramos de Dios. ¿Qué otra cosa haces por esos medios, sino provocar a otros a tentarte, a engañar tu alma, por la carnada que es tu propia pompa y orgullo? ¿Qué otra cosa haces, sino exponer tu orgullo, y hacer de la indecente vestimenta de tu cuerpo, la red del diablo, para atrapar las almas de los que te miran? Oh mujer, no cristiana, sino peor que un pagano, eres una ministra del demonio: ¿Por qué mimas esa carne y la elevas tan alto, al punto que a veces apesta y se pudre sobre la tierra en la que caminas? Por más que te perfumes, tu bestialidad no puede ocultarse ni ser vencida con tus olores y aromas, que lo que en realidad hacen es desfigurarte y deformarte más de lo que te embellecen. ¿Qué quiso decir Salomón al hablar de este tipo de arreglos de las mujeres vanas, cuando dijo: "Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa y apartada de razón" (Proverbios 11:22)? ¿Acaso no es verdad que cuanto más te adornas con estos adornos exteriores, menos te preocupas por el adorno interior de tu mente, y así no haces más que deformarte a ti misma por tales adornos, en lugar de embellecerte? Oíd, oíd, lo que escriben los santos Apóstoles de Cristo: Que el adorno de ustedes no consista en cosas externas (dice San Pedro), como peinados exagerados, joyas de oro o vestidos lujosos, sino en lo íntimo del corazón, en la belleza incorruptible de un espíritu suave y tranquilo. Esta belleza vale mucho delante de DIOS. Así se vestían las santas mujeres de la antigüedad y eran obedientes a sus maridos (1 Pedro 3:3-5). Y San Pablo dice, así mismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad (1 Timoteo 2:9-10). Si no queréis guardar los preceptos de los Apóstoles, al menos escuchemos lo que los paganos, que eran ignorantes de Cristo, han dicho sobre este asunto. Demócrites dice: El adorno de una mujer consiste en la escasez de palabras y de vestimenta ostentosa. Sófocles dice de tal vestimenta así: No es un adorno, oh necia, sino una vergüenza y una muestra manifiesta de tu necedad. Sócrates dice que es un adorno para una mujer aquel que manifiesta su honestidad. Los griegos lo usan en un proverbio: No es el oro ni la perla lo que hace bella a una mujer, sino las buenas condiciones.

Y Aristóteles ordena que una mujer debe usar el tipo ropa que la ley le permite. Porque no es la elegancia de la ropa, ni la excelencia de la belleza, ni la abundancia de oro, lo que hace que una mujer sea estimada, sino la modestia y la diligencia para vivir honestamente en todas las cosas. Esta extravagante vanidad ha crecido tanto, que ya no se avergüenza de ella. Leemos en las historias, que cuando el rey Dionisio envió a las mujeres de Lacedemonia ricas vestiduras, ellas respondieron y dijeron, que nos harían más vergüenza que honor, y por lo tanto las rechazaron. Las mujeres de Roma aborrecían antiguamente los alegres vestidos que el rey Pirro les enviaba, y ninguna era tan codiciosa y voraz como para aceptarlos. Y una ley fue

hecha abiertamente por el Senado, y por mucho tiempo observada, que ninguna mujer debería llevar más de media onza de oro, ni debería llevar ropas de diversos colores. Pero, es posible que alguna dama delicada diga y me responda que ellas deben hacer algo para mostrar su linaje y sangre, para mostrar las riquezas de sus maridos, como si la nobleza se viera principalmente por estas cosas, que son comunes a las más viles, como si las riquezas de sus maridos no pudieran ser mejor repartidas que en tales superfluidades, como si cuando fuiste bautizada no hubieras renunciado al orgullo de este mundo y a la pompa de la carne. No hablo en contra de la vestimenta conveniente para cualquier situación agradable, sino en contra de la superfluidad, en contra del vano deleite de codiciar tales vanidades, de idear nuevas modas para alimentar tu orgullo, de gastar tanto en tu cadáver que tú y tu marido os veis obligados a robar a los pobres para mantener vuestra opulencia. Escucha cómo esa noble y santa mujer, la reina Ester, se pone estos hermosos adornos (como se los llama) cuando (con el fin de salvar al pueblo de Dios) se vio obligada a ponerse tan gloriosa vestimenta, sabiendo que era un distractor adecuado para cegar los ojos de los tontos carnales. Así oró: Tú sabes, oh Señor, la necesidad a la que me veo obligada de ponerme esta vestimenta, y que aborrezco este signo de orgullo y de esta gloria que llevo sobre mi cabeza, y que lo desprecio como a un paño inmundo, y que no lo llevo cuando estoy sola. Además, ¿por qué medios fue engañado Holofernes, por el brillante espectáculo de vestidos que aquella santa mujer Judith se puso, no como deleitándose en ellos, ni buscando vano placer voluptuoso con ellos, lo hizo por pura necesidad por dispensación de Dios, usando esta vanidad para vencer los ojos superficiales del enemigo de Dios.

Tal era el deseo de aquellas nobles mujeres, que no querían ni anhelaban vestir bajo otras circunstancias tan suntuosos vestidos, por los cuales los demás se olvidaban de sí mismos. Éstas son alabadas en la Escritura por aborrecer tales vanidades, que por coacción y gran necesidad, contra el deseo de sus corazones, se vieron obligadas a usarlas por un tiempo. ¿Y serán dignas de elogio tales mujeres, que no son comparables con ellas en nobleza, ni comparables a ellas en su buen celo para con DIOS y su pueblo, cuyo deleite y afán cotidianos es florecer en tan alegres cambios y mudanzas, sin estar nunca satisfechas, ni preocuparse de quién se apresura a comprar su vestido, para que ellas puedan conseguirlo? ¡Oh hombres vanos, que se someten a sus ingenios en estos afectos desordenados! ¡Oh, mujeres vanas! ¡Procurarse tanto daño, con lo cual llegan más pronto a la miseria en este mundo y, mientras tanto, son aborrecidas por Dios, odiadas y despreciadas por los hombres sabios, y, al final, quieren unirse con aquellas que, en el infierno, arrepentidas demasiado tarde, se quejarán abiertamente con estas palabras: «¿De qué nos ha servido nuestro orgullo? ¿O de qué nos ha servido la pompa de las riquezas?». Todas estas cosas han pasado como una sombra. En cuanto a la virtud, nunca mostramos señal alguna de ella; y así nos consumimos en nuestra maldad. Si dices que se debe seguir la costumbre y que la moda del mundo te obliga a tal curiosidad, entonces te pregunto: ¿Qué costumbre se debe seguir? ¿Las costumbres de los sabios o las de los necios? Si dices la de los sabios, entonces yo te responderé,

síguelas. ¿Quién debería seguir las costumbres de los necios, sino los necios? Considera que el consentimiento de los sabios debe ser considerado como una costumbre. Ahora bien, si se usa alguna costumbre lasciva, sé tú el primero en romperla, esfuérzate por disminuirla y abátela; y más alabanza ante Dios y más elogio ganarás por ello, que si obtuvieras toda la gloria de tal superfluidad.

Así habéis oído lo que Dios requiere por su Palabra acerca del uso moderado de sus criaturas. Aprendamos a usarlas moderadamente como Él ha ordenado. Dios Todopoderoso nos ha enseñado con qué fin y propósito debemos usar nuestra vestimenta. Aprendamos, pues, a comportarnos en el uso de ella de tal modo que seamos cristianos, mostrándonos siempre agradecidos a nuestro Padre celestial por sus grandes y misericordiosos beneficios, que nos da el pan nuestro de cada día, es decir, todas las cosas necesarias para el sustento de nuestras vidas, a quien rendiremos cuentas de todos sus beneficios, en la gloriosa manifestación de nuestro Salvador Cristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor, oración y gloria por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## **Una Homilía sobre la Oración**



*Autor desconocido*

Homilía o Sermón Sobre la Oración.

1. No hay nada en toda la vida del hombre, bien amado en nuestro Salvador Cristo, tan necesario de ser dicho y diariamente de ser llamado, como la oración sincera, celosa y devota; la necesidad de la cual es tan grande que sin ella nada puede ser bien obtenido de la mano de Dios. Porque, como dice el apóstol Santiago: "Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las

luzes<sup>4</sup>", de quien también se dice que es "rico y generoso para con todos los que le invocan<sup>5</sup>", no porque no quiera o no pueda dar sin pedir, sino porque ha establecido la oración como medio ordinario entre Él y nosotros.

No hay duda de que Él siempre "sabe de qué tenemos necesidad<sup>6</sup>" y siempre está dispuesto a dar en abundancia lo que nos falta. Sin embargo, con el fin de que le reconozcamos como dador de todos los bienes y nos comportemos agradecidos con Él en ese sentido, amándolo, temiéndole y adorándole sincera y verdaderamente como debemos hacerlo, ha ordenado provechosa y sabiamente que en tiempos de necesidad nos humillemos ante sus ojos, derramemos los secretos de nuestro corazón ante Él y pidamos ayuda a sus manos, con una oración continua, ferviente y devota. Por boca de su santo profeta David dice así: 'Invócame en los días de tu angustia y te libraré<sup>7</sup>'. Igualmente en el Evangelio, por boca de su amado Hijo Cristo, dice: "Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, porque el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá<sup>8</sup>". San Pablo también, muy de acuerdo con esto, "ruega a los hombres que oren en todo lugar y que perseveren en ello con acción de gracias<sup>9</sup>". Tampoco el bienaventurado apóstol Santiago disiente en este punto, sino que, exhortando encarecidamente a todos los hombres a la oración diligente, dice: 'Si a alguno le falta sabiduría, que la pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche<sup>10</sup>'. También en otro lugar: 'Orad los unos por los otros', dice, 'para que seáis sanados; la oración eficaz del justo puede mucho<sup>11</sup>'. ¿Qué otra cosa nos enseña estos y otros lugares, sino sólo que Dios Todopoderoso, a pesar de su sabiduría y presciencia celestiales, debe ser rogado, debe ser invocado y que Él está más dispuesto a darnos de lo que nosotros lo estamos a pedirle?

Por lo tanto, la opinión y la razón de aquellos hombres que piensan que toda oración es superflua y vana, porque Dios "que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino<sup>12</sup>", y sabe cuál es la intención del Espíritu antes de que pidamos<sup>13</sup>, no hacen más que presentar un argumento torpe y necio. Porque si esta razón carnal e impía fuera suficiente para desaconsejar la oración, entonces ¿por qué nuestro Salvador Cristo exhortó tan a menudo a sus discípulos diciéndoles: Velad y orad<sup>14</sup>? ¿Por qué les prescribió una forma de oración, diciendo: "Cuando oréis, orad así: "Padre nuestro que estás en los cielos, etc.<sup>15</sup>"?

---

<sup>4</sup> Santiago 1:17.

<sup>5</sup> Romanos 10:12.

<sup>6</sup> Mateo 6:8.

<sup>7</sup> Salmos 50:15.

<sup>8</sup> Mateo 7:7-8.

<sup>9</sup> 1 Timoteo 2:8; Filipenses 4:6; Colosenses 4:2.

<sup>10</sup> Santiago 1:5.

<sup>11</sup> Santiago 5:16.

<sup>12</sup> Salmos 7:9.

<sup>13</sup> Romanos 8:27; Mateo 6:8.

<sup>14</sup> Mateo 26:41; Marcos 13:33; Lucas 21:36.

<sup>15</sup> Mateo 6:9; Lucas 11:2.

¿Por qué oró Él mismo tan a menudo y tan fervorosamente antes de su pasión<sup>16</sup>? Finalmente, ¿por qué los apóstoles, inmediatamente después de su ascensión, se reunieron en un mismo lugar y allí continuaron largo tiempo en oración<sup>17</sup>? O bien deben condenar a Cristo y a sus apóstoles por extrema insensatez, o bien deben admitir necesariamente que la oración es algo sumamente necesario para todos los hombres en todo tiempo y lugar.

Es cierto que no hay nada más conveniente o necesario para la humanidad en todo el mundo que la oración. San Pablo dice: "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia<sup>18</sup>". También en otro lugar nos exhorta a orar continuamente sin interrupción ni cese, queriendo decir con esto que nunca debemos aflojar ni desmayar en la oración, sino continuar en ella hasta el fin de nuestras vidas<sup>19</sup>. Podrían alegarse aquí otros lugares semejantes para declarar la gran necesidad y utilidad de la oración, pero ¿qué necesidad hay de muchas pruebas en un asunto tan sencillo, viendo que no hay hombre tan ignorante que no sepa, ni hombre tan ciego que no vea, que la oración es algo sumamente necesario en todos los estados y grados de los hombres? Porque sólo con la ayuda de ella alcanzamos los tesoros celestiales y eternos que Dios, nuestro Padre celestial, los cuales ha reservado y guardado para nosotros, sus hijos, en su querido y amado Hijo Jesucristo, con este pacto y promesa confirmada y sellada con toda seguridad para nosotros, de que si pedimos, recibiremos<sup>20</sup>.

Conocida suficientemente la gran necesidad de la oración, para que nuestras mentes y corazones se sientan más provocados y estimulados a orar, consideremos brevemente qué maravillosa fuerza y poder tiene para hacer que sucedan cosas extrañas y poderosas. Leemos en el libro del Éxodo que Josué, luchando contra los amalecitas, los conquistó y venció no tanto en virtud de su propia fuerza como por la ferviente y continua oración de Moisés, quien mientras mantuvo sus manos levantadas hacia Dios, más prevalecía Israel, pero cuando desfallecía y bajaba las manos, entonces Amalec y su pueblo prevalecían, hasta el punto de que Aarón y Hur, que estaban en el monte con él, se apresuraron a mantener en alto sus manos hasta la puesta del sol, pues de lo contrario el pueblo de Dios habría sido aquel día totalmente derrotado y puesto en fuga<sup>21</sup>. También leemos en otro lugar del mismo Josué, cómo en el asedio de Gabaón, haciendo su humilde petición al Dios Todopoderoso, hizo que el sol y la luna detuvieran su curso y se estacionaran en medio del cielo por el espacio de un día entero, hasta el momento en que el pueblo fue suficientemente vengado de sus enemigos<sup>22</sup>. ¿Y no fue la oración de Josafat de gran fuerza y fortaleza cuando Dios, a petición suya, hizo que sus enemigos se

---

<sup>16</sup> Lucas 22:41–44.

<sup>17</sup> Hechos 1:13–14.

<sup>18</sup> Efesios 6:18.

<sup>19</sup> 1 Tes. 5:17.

<sup>20</sup> Juan 16:23–27.

<sup>21</sup> Éx. 17:10–13.

<sup>22</sup> Stg. 10:12–13.

pelearan entre sí y voluntariamente se destruyeran unos a otros<sup>23</sup>? ¿Quién puede maravillarse bastante del efecto y la virtud de la oración de Elías? Siendo un hombre sujeto a pasiones como nosotros, rogó al Señor que no lloviera y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses. Volvió a rogar para que lloviera y hubo gran abundancia, de modo que la tierra produjo sus frutos en abundancia<sup>24</sup>. Sería demasiado largo hablar de Judit<sup>25</sup>, Ester<sup>26</sup>, Susana<sup>27</sup> y de muchos otros hombres y mujeres piadosos, de lo mucho que prevalecieron en todas sus acciones al dedicar sus mentes seria y devotamente a la oración. Baste por ahora concluir con los dichos de Agustín y Crisóstomo, de los cuales el uno llama a la oración "la llave del cielo"<sup>28</sup>; el otro afirma claramente que "no hay nada en todo el mundo más fuerte que un hombre que se entrega a la oración ferviente"<sup>29</sup>.

Ahora pues, amados míos, siendo la oración cosa tan necesaria y de tanta fuerza delante de Dios, seamos, como nos enseña el ejemplo de Cristo y de sus apóstoles, fervorosos y diligentes en invocar el nombre del Señor. No desfallezcamos nunca, no aflojemos nunca, no nos rindamos nunca, sino que cada día y cada hora, temprano y tarde, a tiempo y fuera de tiempo, ocupémonos en meditaciones y oraciones piadosas. ¿Y si acaso no obtenemos nuestra petición a la primera? Entonces, no nos desanimemos, sino clamemos e invoquemos continuamente a Dios; seguro que al fin nos oirá, si no por otra causa, sí por la misma importunidad. Acuérdate de la parábola del juez injusto y de la pobre viuda, cómo ella con sus importunos ruegos hizo que Él hiciese justicia contra su adversario, aunque por lo demás no temía ni a Dios ni a los hombres. ¿No vengará mucho más Dios a sus escogidos, que claman a Él día y noche?<sup>30</sup> Así, también enseñó a sus discípulos, y en ellos a todos los verdaderos cristianos, a orar siempre y a no desfallecer ni desanimarse jamás. Recordad también el ejemplo de la mujer de Canaán, cómo fue rechazada por Cristo y llamada perra, como indigna de cualquier beneficio de sus manos; sin embargo, no se rindió, sino que continuó siguiéndole sin desfallecer, clamando y pidiéndole que fuera bueno y misericordioso con su hija, y al final, con mucha importunidad, obtuvo su petición<sup>31</sup>. Aprendamos con estos ejemplos a ser fervorosos en la oración, asegurándonos de que todo lo que pidamos a Dios Padre en el nombre de su Hijo Cristo y según su voluntad, sin duda lo concederá<sup>32</sup>. Él es la verdad misma y tan cierto como lo ha prometido, así de cierto es que lo cumplirá. Dios, por su gran misericordia, obre así en nuestros corazones por su Espíritu Santo, para que siempre le hagamos nuestras humildes oraciones como es debido, y

<sup>23</sup> 2 Cr. 20:1–24.

<sup>24</sup> Santiago 5:17–18; 1 Reyes 17:1; 18:42–45; Lucas 4:25.

<sup>25</sup> Jue. 9, 12:8; 13:4–9.

<sup>26</sup> Ester 4:16, 17.

<sup>27</sup> Susana 1:42–44 (apócrifo).

<sup>28</sup> Agustín, Sermones, 47 (De tempore, 226).

<sup>29</sup> Crisóstomo, Hom., en Mateo., 57 (58).

<sup>30</sup> Lucas 18:1–7.

<sup>31</sup> Mateo 15:22–28.

<sup>32</sup> Juan 16:23; 1 Juan 5:14–15.

obtenemos siempre lo que pedimos, por Jesucristo nuestro Señor. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

2. En la primera parte de este sermón oísteis declarar y probar la gran necesidad y también la gran fuerza de la oración devota y ferviente, tanto por diversos testimonios de peso como también por varios buenos ejemplos de la Sagrada Escritura. Ahora aprenderéis a quién debéis invocar y a quién debéis dirigir siempre vuestras oraciones.

Evidentemente, el santo testamento de Dios nos enseña que Dios Todopoderoso es la única fuente y manantial de toda bondad, y que todo lo que tenemos en este mundo lo recibimos sólo de sus manos. A este efecto sirve la cita de Santiago: 'Toda buena dádiva y todo don perfecto', dice él, 'viene de arriba y procede del Padre de las luces'<sup>33</sup>. A este efecto sirve también el testimonio de Pablo en diversos lugares de sus epístolas, atestiguando que el espíritu de sabiduría, el espíritu de conocimiento y revelación, sí todo don bueno y celestial, como la fe, la esperanza, la caridad, la gracia y la paz vienen única y exclusivamente de Dios<sup>34</sup>. En consideración a lo cual estalla en una pasión repentina y dice: "Oh hombre, ¿qué tienes que no hayas recibido?"<sup>35</sup> Por lo tanto, siempre que necesitemos o carezcamos de algo que pertenezca al cuerpo o al alma, sólo nos corresponde acudir a Dios, que es el único dador de todas las cosas buenas. Nuestro Salvador Cristo en el Evangelio, enseñando a sus discípulos cómo debían orar, los envía al Padre en su nombre, diciendo: 'De cierto, de cierto os digo, que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará'<sup>36</sup>. Y en otro lugar: 'Cuando oréis, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, etc.'<sup>37</sup> ¿Y no es Dios mismo, por boca de su profeta David, quien nos quiere y nos manda que le invoquemos?<sup>38</sup> El apóstol desea gracia y paz a todos los que invocan el nombre del Señor y de su Hijo Jesucristo<sup>39</sup>; como también lo hace el profeta Joel, diciendo: 'Y sucederá que todo el que invoque el nombre del Señor será salvo'<sup>40</sup>.

Así, pues, queda claro por la infalible Palabra de verdad y vida que en todas nuestras necesidades debemos acudir a Dios, dirigirle nuestras oraciones, invocar su santo nombre, desear la ayuda de sus manos y no de otras. Y si queréis tener una razón más, fijaos en lo que sigue. Hay ciertas condiciones muy necesarias que deben encontrarse en todo aquel a quien debemos invocar, que si no se encuentran en aquel a quien oramos, entonces nuestra oración no nos sirve de nada, sino que

<sup>33</sup> Santiago 1:17.

<sup>34</sup> Romanos 1:7; 5:1-5; 1 Corintios 12:8; Efesios 1:17; 2:8; 1 Tesalonicenses 3:12.

<sup>35</sup> 1 Corintios 4:7.

<sup>36</sup> Juan 16:23.

<sup>37</sup> Mateo 6:9; Lucas 11:2.

<sup>38</sup> Salmos 50:15.

<sup>39</sup> 1 Corintios 1:2-3.

<sup>40</sup> Joel 2:32; Hechos 2:21.

es completamente en vano. La primera es que aquel a quien oramos pueda ayudarnos. La segunda es que nos ayude. La tercera es que sea alguien que pueda escuchar nuestras oraciones. La cuarta es que Él comprende mejor que nosotros mismos de qué carecemos y hasta qué punto tenemos necesidad de ayuda. Si estas cosas se hallan en otro que no sea Dios, entonces podemos legítimamente invocar a otro fuera de Él. Pero ¿qué hombre es tan grosero, sino aquel que no comprende bien que estas cosas sólo son propias de aquel que es Omnipotente y conoce todas las cosas, incluso los mismos secretos del corazón, es decir, sólo y únicamente de Dios?<sup>41</sup> De donde se sigue que no debemos invocar ni a un ángel ni a un santo, sino sólo y únicamente a Dios. Como escribe San Pablo: ¿Cómo invocarán los hombres a aquel en quien no han creído?<sup>42</sup> De modo que la invocación o la oración no pueden hacerse sin fe en aquel a quien invocamos, sino que primero debemos creer en Él antes de poder dirigirle nuestras oraciones, después de lo cual debemos orar sólo y únicamente a Dios. Porque decir que debemos creer ya sea en un ángel o en un santo o en cualquier otra criatura viviente sería la más horrible blasfemia contra Dios y su santa Palabra, ni esta fantasía debería entrar en el corazón de ningún hombre cristiano, porque se nos enseña expresamente en la Palabra del Señor sólo a descansar nuestra fe en la bendita Trinidad, en cuyo único nombre también somos bautizados de acuerdo con el mandamiento expreso de nuestro Salvador Jesucristo en el último capítulo de Mateo<sup>43</sup>.

Pero, para que la verdad de esto se evidencie mejor, incluso para los más simples e ignorantes, consideremos qué es la oración. San Agustín la llama "una elevación de la mente a Dios, es decir, un humilde y modesto derramamiento del corazón hacia Dios"<sup>44</sup>. Isidoro dice que "es un afecto del corazón y no un trabajo de los labios"<sup>45</sup>. De modo que, según estos pasajes, la verdadera oración consiste no tanto en el sonido exterior y la voz de las palabras, sino en el gemido y el clamor interior del corazón hacia Dios. Ahora bien, ¿hay algún ángel, alguna virgen, algún patriarca o profeta entre los muertos que pueda entender o conocer el significado del corazón? La Escritura dice: "Es Dios quien escudriña el corazón y las entrañas", y que "sólo él conoce los corazones de los hijos de los hombres"<sup>46</sup>. En cuanto a los santos, tienen tan poco conocimiento de los secretos del corazón que muchos de los padres antiguos dudan mucho de si saben algo de lo que se hace comúnmente en la tierra. Y aunque algunos piensan que sí, San Agustín, doctor de gran autoridad y también de la antigüedad, opina de ellos que estos no saben más de lo que nosotros hacemos en la tierra que lo que nosotros sabemos de lo que ellos hacen en el cielo. Para probarlo, cita al profeta Isaías, donde se dice: «Abraham nos ignora e Israel no nos conoce»<sup>47</sup>. Por lo tanto, su intención no es que les rindamos culto o les oremos, sino

<sup>41</sup> 1 Juan 3:20; Salmos 44:21.

<sup>42</sup> Rom. 10:14.

<sup>43</sup> Mateo. 28:19.

<sup>44</sup> Anónimo, De Spiritu et anima, 50. Tradicionalmente atribuido a San Agustín.

<sup>45</sup> Isidoro de Sevilla, Sententiae, 3.7.

<sup>46</sup> Sal. 7:9; Apocalipsis 2:23; Juan 17:10; 2 Cr. 6:30.

<sup>47</sup> Isaías. 63:16, citado en Agustín, De cura pro mortuis gerenda, 16.

que los honremos siguiendo su vida virtuosa y piadosa<sup>48</sup>. Porque, como él mismo atestigua en otro lugar, los mártires y los hombres santos en tiempos pasados solían ser recordados y nombrados por el sacerdote en el servicio divino después de su muerte, pero nunca eran invocados o implorados. ¿Por qué? Porque el sacerdote, dice, "es sacerdote de Dios y no de ellos"<sup>49</sup>, por lo que está obligado a invocar a Dios y no a ellos.

Así ves que la autoridad tanto de la Escritura como de Agustín no permite que les oremos. Oh, si todos los hombres leyeran y escudriñaran con estudio diligente las Escrituras<sup>50</sup>, entonces no se ahogarían en la ignorancia, sino que fácilmente percibirían la verdad, tanto de este punto de doctrina como de todos los demás. Porque allí el Espíritu Santo nos enseña claramente que Cristo es nuestro único mediador e intercesor ante Dios, y que no debemos buscar ni acudir a ningún otro. Si alguno peca, dice San Juan, "abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, que es la propiciación por nuestros pecados"<sup>51</sup>. También dice San Pablo: "Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre"<sup>52</sup>. A lo cual concuerda el testimonio de nuestro Salvador mismo, que dice que nadie viene al Padre sino por Él, que es el camino, la verdad, la vida y la única puerta por la que debemos entrar en el reino de los cielos, porque Dios no se complace en ningún otro sino en Él<sup>53</sup>. Por lo cual también clama y nos llama para que vayamos a Él, diciendo: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar"<sup>54</sup>. ¿Querría Cristo que fuéramos tan necesariamente a Él? ¿Y lo abandonaríamos con la mayor ingratitud y correríamos a otro? Esto es precisamente lo que tanto lamenta Dios por medio de su profeta Jeremías, cuando dice: "Mi pueblo ha cometido dos grandes pecados: me han abandonado a mí, fuente de aguas de vida, y han cavado para sí pozos agrietados que no retienen agua"<sup>55</sup>. ¿No es, pensáis, que es un insensato aquel que corre a buscar agua a un pequeño arroyo cuando bien podría ir a la fuente principal? Del mismo modo, se puede sospechar con justicia de su sabiduría el que huye a los santos en tiempos de necesidad, cuando puede declarar con valentía y sin temor su dolor y dirigir su oración al Señor mismo.

Si Dios fuera extraño o peligroso para hablar con Él, entonces podríamos con justicia dar marcha atrás y buscar a otro. Pero "el Señor está cerca de los que lo invocan con fe y verdad"<sup>56</sup> y "la oración de los humildes y mansos siempre le ha agradado"<sup>57</sup>. ¿Y si somos pecadores? ¿No oraremos entonces a Dios? ¿O

<sup>48</sup> Agustín, De vera religione, 108. 46. Agustín, De civitate Dei, 22.10.

<sup>49</sup> Augustine, De civitate Dei, 22.10.

<sup>50</sup> Juan 5:39.

<sup>51</sup> 1 Juan 2:1–2.

<sup>52</sup> 1 Tim. 2:5.

<sup>53</sup> Juan 14:6, 10:9; Mateo 17:5.

<sup>54</sup> Mateo 11:28.

<sup>55</sup> Jeremías 2:13.

<sup>56</sup> Salmo 145:18.

<sup>57</sup> Jueces 9:16.

desesperaremos de obtener algo de sus manos? ¿Por qué entonces Cristo nos enseñó a pedir perdón por nuestros pecados, diciendo: "Y perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden"<sup>58</sup>? ¿Pensaremos que los santos son más misericordiosos que Dios al escuchar a los pecadores? David dice que «el Señor es muy misericordioso y clemente, lento para la ira y grande en misericordia»<sup>59</sup>. San Pablo dice que «es rico en misericordia para con todos los que lo invocan»<sup>60</sup>. Y Él mismo, por boca de su profeta Isaías, dice: «Por un poco de tiempo te abandoné, pero con gran compasión te recogeré; por un momento en mi ira escondí mi rostro de ti, pero con misericordia eterna tuve compasión de ti»<sup>61</sup>. Por tanto, los pecados de cualquier hombre no deben impedirle orar al Señor su Dios, pero si es verdaderamente penitente y firme en la fe, puede tener la seguridad de que el Señor será misericordioso con él y escuchará sus oraciones.

Pero yo no me atrevo (dirá alguien) a molestar a Dios en todo momento con mis oraciones; vemos que en las casas de los reyes y en las cortes de los príncipes no se puede admitir a los hombres a menos que primero utilicen la ayuda y los medios de algún noble especial para llegar a la palabra del rey y obtener lo que desean. A esta razón responde muy bien San Ambrosio, escribiendo sobre el primer capítulo de la Carta a los Romanos: "Por lo tanto", dice, "solemos acudir al rey por medio de oficiales y nobles, porque el rey es un hombre mortal y no sabe a quién puede encomendar el gobierno de la república. Pero para tener a Dios como amigo, a quien nada se le oculta, no necesitamos ningún ayudador que nos ayude con su buena palabra, sino sólo un espíritu devoto y piadoso"<sup>62</sup>. Y si es así, que necesitamos a alguien que interceda por nosotros, ¿por qué no podemos contentarnos con ese "único mediador, que está a la diestra de Dios" Padre, y que "vive allí para siempre para interceder por nosotros"<sup>63</sup>? Así como la sangre de Cristo nos redimió en la cruz y nos limpió de nuestros pecados, también ahora es capaz de salvar a todos los que se acercan a Dios por ella. Porque Cristo, sentado en el cielo, tiene un sacerdocio eterno, y siempre ora a su Padre por los que se arrepienten, obteniendo en virtud de sus llagas, que están siempre a la vista de Dios, no sólo la remisión perfecta de nuestros pecados, sino también todas las demás necesidades que nos faltan en este mundo, de modo que su única mediación es suficiente en el cielo y no necesita de ningún otro que lo ayude"<sup>64</sup>.

¿Por qué, pues, oramos unos por otros en esta vida? Quizá alguien nos lo pregunte. En verdad, así lo queremos hacer por el mandamiento expreso tanto de Cristo como de sus discípulos, de manifestar en nuestras plegarias por nuestro hermano tanto la fe que tenemos en Cristo hacia Dios como también la caridad

<sup>58</sup> Mateo 6:12.

<sup>59</sup> Salmo 103:8.

<sup>60</sup> Efesios 2:4; Romanos 10:12.

<sup>61</sup> Isaías 54:7-8.

<sup>62</sup> Hilario el diácono, Comentario en Romanos., 1.22. Tradicionalmente atribuido a Ambrosio.

<sup>63</sup> 1 Tim. 2:5; Rom. 8:34; Heb. 7:25.

<sup>64</sup> Heb. 7:24; 9:12, 24; 10:12.

mutua que tenemos unos hacia otros, compadeciéndonos de la situación de nuestro hermano y haciendo humildes peticiones a Dios por él<sup>65</sup>. Pero que oremos a los santos no tenemos ningún mandamiento en toda la Escritura ni tampoco ejemplo que podamos seguir con seguridad. De modo que, al hacerse sin la autoridad de la Palabra de Dios, carece de la base de la fe y, por lo tanto, no puede ser aceptable ante Dios<sup>66</sup>. "Porque todo lo que no es de fe es pecado<sup>67</sup>", y el Apóstol dice que "la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios<sup>68</sup>".

Pero tú objetarás además que los santos en el cielo sí oran por nosotros y que su oración procede de una sincera caridad que tienen hacia sus hermanos en la tierra. A lo que se puede responder, en primer lugar, que nadie sabe si oran por nosotros o no. Y si alguien trata de probarlo argumentando que esto es debido la naturaleza de la caridad, concluyendo que por cuanto oraron por los hombres en la tierra, por lo tanto, hacen con mucha más razón lo mismo ahora en el cielo, entonces se puede decir por la misma razón que tan a menudo como lloramos en la tierra ellos también lloran en el cielo, porque mientras vivían en este mundo es muy cierto y seguro que lo hicieron. En cuanto a ese pasaje que está escrito en el Apocalipsis, a saber, que el ángel ofreció las oraciones de los santos sobre el altar de oro, se entiende propiamente y debe entenderse correctamente de los santos que aún viven en la tierra, y no de los que están muertos<sup>69</sup>; de otra manera, ¿qué necesidad habría de que el ángel ofreciera sus oraciones, estando ahora en el cielo ante la faz de Dios Todopoderoso? Pero admitamos que los santos oran por nosotros, pero no sabemos cómo, si especialmente por aquellos que los invocan o en general por todos los hombres, deseando el bien a todos por igual. Si oran especialmente por aquellos que los invocan, entonces es como si escucharan nuestras oraciones y también conocieran el deseo de nuestro corazón. Lo cual es falso, y esto ya está demostrado, tanto por las Escrituras como por la autoridad de Agustín.

No pongamos, pues, nuestra confianza en los santos o mártires que han muerto. No los invoquemos ni deseemos ayuda de sus manos; más bien, elevemos siempre nuestros corazones a Dios en el nombre de su amado Hijo Cristo, por cuya causa, así como Dios ha prometido escuchar nuestras oraciones, así también lo hará verdaderamente. La invocación es algo que sólo debemos dirigir a Dios, y que si se lo atribuimos a los santos, ellos lo han de recibir como una ofensa, lo cual tampoco pueden soportarlo de nuestras manos. Cuando Pablo sanó a un hombre cojo que estaba impotente de los pies en Listra, el pueblo quería ofrecerle sacrificios a él y a Bernabé, pero ellos, rasgando sus vestiduras, se negaron a hacerlo y los exhortaron a adorar al verdadero Dios<sup>70</sup>. Del mismo modo, en el Apocalipsis, cuando San Juan

<sup>65</sup> Mt. 5:44; 6:9–13; Stg. 5:16; Col. 3:3; 1 Tim. 2:1–2.

<sup>66</sup> Heb. 11:6.

<sup>67</sup> Rom. 14:23.

<sup>68</sup> Romanos 10:17.

<sup>69</sup> Apocalipsis 8:3–4.

<sup>70</sup> Hechos 14:8–18.

se postró a los pies del ángel para adorarlo, el ángel no le permitió hacerlo, sino que le ordenó que adorara a Dios<sup>71</sup>. Estos ejemplos nos declaran que los santos y los ángeles en el cielo no quieren que les rindamos ningún honor que sea debido y apropiado a Dios. Sólo Él es nuestro Padre, sólo Él es omnipotente, sólo Él sabe y entiende todas las cosas, sólo Él puede ayudarnos en todo tiempo y en todo lugar, "permite que el sol brille sobre los buenos y los malos; alimenta a los cuervos jóvenes que claman a Él; salva tanto al hombre como a la bestia<sup>72</sup>; Él no quiere que perezca ni un solo cabello de nuestra cabeza, sino que siempre está dispuesto a ayudar y preservar a todos los que ponen su confianza en Él, según lo ha prometido, diciendo: "Antes de que llamen, responderé, y mientras hablen, escucharé<sup>73</sup>". No desconfiemos, pues, de su bondad, no temamos acercarnos al trono de su misericordia, no busquemos la ayuda y el auxilio de los santos, sino acerquémonos nosotros mismos con valentía<sup>74</sup>, sin dudar nada, sino que Dios, por amor a Cristo, en quien se complace<sup>75</sup>, nos escuchará sin un portavoz y cumplirá nuestro deseo en todas las cosas que sean agradables a su santísima voluntad. Así lo dice Crisóstomo, antiguo doctor de la Iglesia<sup>76</sup>, y así debemos creer firmemente, no porque él lo diga, sino mucho más porque es la doctrina de nuestro Salvador Cristo mismo, quien ha prometido que si oramos al Padre en su nombre, ciertamente seremos escuchados, tanto para el alivio de nuestras necesidades como también para la salvación de nuestras almas<sup>77</sup>, que él nos ha comprado, no con oro ni plata, sino con su preciosa sangre, derramada una vez por todas en la cruz<sup>78</sup>.

A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, sea todo honor, alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

3. En la otra parte de este sermón se os enseñó a quién debéis dirigir vuestras oraciones en tiempos de necesidad y urgencia, es decir, no a los ángeles ni a los santos, sino al Dios eterno y viviente, quien, por ser misericordioso, siempre está dispuesto a escucharnos cuando lo invocamos con fe verdadera y perfecta, y por ser omnipotente, puede fácilmente realizar y hacer que suceda lo que pedimos de sus manos. Dudar de su poder sería un claro punto de infidelidad y totalmente contrario a la doctrina del Espíritu Santo, que enseña que él es todo en todos. Y en cuanto a su buena voluntad en este sentido, tenemos testimonios expresos en las Escrituras de que Él nos ayudará y también nos librará si lo invocamos en tiempos de angustia<sup>79</sup>. De modo que en ambos aspectos debemos invocar más a Él que a cualquier otro. Por tanto, nadie debe dudar de acercarse con valentía a Dios, porque

<sup>71</sup> Apocalipsis 19:10; 22:8–9.

<sup>72</sup> Mateo 5:45; Sal. 147:9; 36:6; Luc. 12:7; 21:18.

<sup>73</sup> Isa. 65:24.

<sup>74</sup> Heb. 4:16, 10:19–23.

<sup>75</sup> Mat. 17:5.

<sup>76</sup> Juan Crisóstomo, Hom. de prof. evang. (Opera, 3, 309A).

<sup>77</sup> Juan 14:13–14; 15:16; 16:23–7.

<sup>78</sup> 1 Pedro 1:18–19.

<sup>79</sup> Sal. 50, 15.

es pecador. Porque el Señor, como dice el profeta David, «es clemente y misericordioso»; sí, «su misericordia y bondad perduran para siempre<sup>80</sup>». El que envió a su propio Hijo al mundo para salvar a los pecadores<sup>81</sup>, ¿no escuchará también a los pecadores, si con un corazón sincero y arrepentido y una fe firme le oran?

Sí, «si reconocemos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad<sup>82</sup>», como nos enseñan claramente los ejemplos de David<sup>83</sup>, Pedro<sup>84</sup>, María Magdalena<sup>85</sup>, el publicano<sup>86</sup>, y varios otros. Y puesto que es necesario que nos ayude algún mediador e intercesor, contentémonos con aquel que es el verdadero y único mediador del Nuevo Testamento, es decir, el Señor y Salvador Jesucristo<sup>87</sup>. Porque, como dice San Juan: «Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, que es la propiciación por nuestros pecados<sup>88</sup>». Y San Pablo en su primera epístola a Timoteo dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo<sup>89</sup>».

Ahora bien, una vez establecida esta doctrina, se os instruirá sobre qué clase de cosas y ante qué clase de personas debéis hacer vuestras oraciones a Dios. Es muy conveniente que todos los hombres, cuando oren, consideren bien y diligentemente en sí mismos lo que piden y requieren de las manos de Dios, no sea que, si desean lo que no deben, sus peticiones queden como vanas y sin efectos. En cierta ocasión, un pretendiente importuno se presentó ante el rey Agesilao y le pidió con insistencia algo: «Señor, si a vuestra merced le place, me lo prometisteis una vez». «Es verdad», respondió el rey, «si es justo lo que pides, entonces te lo prometí; El hombre no quiso que el rey le respondiera de esa manera, sino que, insistiéndole cada vez más, dijo: «Es propio de un rey cumplir la más mínima palabra que ha dicho, aunque sólo le haga un gesto con la cabeza». «Nada más», dijo el rey, «de lo que conviene a quien se acerca a un rey hablar y pedirle cosas que son justas y honestas». Así, el rey desechó a este pretendiente irrazonable e importuno<sup>90</sup>. Ahora bien, si se debe tener tanta consideración cuando nos arrodillamos ante un rey terrenal, ¡cuánto más se debe tener cuando nos arrodillamos ante el rey celestial, que sólo se deleita en la justicia y la equidad, y no admitirá ninguna petición vana, tonta o injusta! Por lo tanto, será bueno y provechoso que consideremos y determinemos con detenimiento qué cosas podemos pedir legítimamente a Dios sin

---

<sup>80</sup> Sal. 103:8; 107:1.

<sup>81</sup> 1 Tim. 1:16; Juan 3:17.

<sup>82</sup> 1 Juan 1:9.

<sup>83</sup> 2 Sam. 12:13.

<sup>84</sup> Juan 21:15–19.

<sup>85</sup> Marcos 16:7, 9.

<sup>86</sup> Lucas 18:14.

<sup>87</sup> Hebreos 12:24.

<sup>88</sup> 1 Juan 2:1–2.

<sup>89</sup> 1 Timoteo 2:5–6.

<sup>90</sup> Plutarco, *Apophthegmata Laconica*, Agesilai Magni, 4., pág. 208 C.

temor a ser rechazados, y también a qué clase de personas estamos obligados a encomendar a Dios en nuestras oraciones diarias.

En la oración de todo hombre bueno y piadoso, hay que tener en cuenta principalmente dos cosas: su propia necesidad y la gloria de Dios todopoderoso. La necesidad pertenece, o bien externamente al cuerpo, o bien internamente al alma. Esta parte del hombre, por ser mucho más preciosa y excelente que la otra, debemos anhelar en primer lugar aquellas cosas que pertenecen propiamente a su salvación; como el don del arrepentimiento, el don de la fe, el don de la caridad y las buenas obras, la remisión y el perdón de los pecados, la paciencia en la adversidad, la humildad en la prosperidad y otros frutos semejantes del Espíritu, como 'esperanza, amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre y templanza'<sup>91</sup>, cosas que Dios requiere de todos los que profesan ser sus hijos, diciéndoles de esta manera: 'Dejad que vuestra luz brille delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos'<sup>92</sup>. Y en otro lugar también dice: 'Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y las demás cosas os serán añadidas'<sup>93</sup>. En lo cual nos recuerda que nuestro principal y mayor cuidado debe ser por aquellas cosas que pertenecen a la salud y salvaguardia del alma, porque aquí no tenemos, como dice el apóstol, 'una ciudad permanente, sino que buscamos otra en el mundo venidero'<sup>94</sup>.

Ahora bien, cuando hayamos orado suficientemente por las cosas que pertenecen al alma, entonces podremos legítimamente y con conciencia tranquila, orar también por nuestras necesidades corporales, como la comida, la bebida, el vestido, la salud del cuerpo, la liberación de la cárcel, la prosperidad en nuestros asuntos cotidianos y así sucesivamente, según tengamos necesidad. ¿Qué mejor ejemplo podemos tener, que aquel que nos dio Cristo nuestro Señor, quien enseñó a sus discípulos y a todos los demás hombres cristianos a orar primero por las cosas celestiales, y después por las terrenales, como se ve en la oración que dejó a su Iglesia, llamada comúnmente oración del Señor<sup>95</sup>? En el libro primero<sup>96</sup> de los Reyes, capítulo tercero, está escrito que "Dios se apareció de noche en sueños al rey Salomón, diciendo: Pídeme lo que quieras y yo te lo daré". Salomón hizo su humilde oración y pidió un corazón sabio y prudente que pudiera juzgar y comprender lo que era bueno y lo que era malo, lo que era piadoso y lo que era impío, lo que era justo y lo que era injusto a los ojos del Señor. A Dios le agradó maravillosamente que le pidiera esto. Y Dios le dijo: Por cuanto pediste esta palabra, y no pediste muchos días y largos años sobre la tierra, ni abundancia de riquezas y bienes, ni la vida de tus enemigos que te aborrecen, sino que pediste sabiduría para sentarte en juicio,

<sup>91</sup> Gálatas 5:22–3; Romanos 15:13.

<sup>92</sup> Mateo 5:16.

<sup>93</sup> Mateo 6:33.

<sup>94</sup> Hebreos 13:14.

<sup>95</sup> Mateo 6:9–13; Lucas 11:2–4.

<sup>96</sup> El texto original dice aquí «tercero», en consonancia con el título tradicional griego y latino del libro.

he aquí que yo te he hecho conforme a tu palabra, te he dado un corazón sabio, lleno de ciencia y de inteligencia, como nunca antes hubo otro como tú, ni lo habrá en el futuro. Además de esto te he dado lo que no pediste, es decir, riquezas y bienes mundanos, honor y gloria principescos, de modo que también en esto superarás a todos los reyes que han existido jamás<sup>97</sup>. Nótese en este ejemplo cómo Salomón, al recibir de parte de Dios la invitación de elegir cualquier cosa que deseara, no pidió cosas vanas y transitorias, sino los altos y celestiales tesoros de la sabiduría, y que al actuar de esta manera obtuvo, por así decirlo, en recompensa, riquezas y honor. De lo cual podemos aprender que en nuestras oraciones diarias debemos pedir principalmente y de modo prioritario aquellas cosas que conciernen al reino de Dios y a la salvación de nuestras propias almas, sin dudar en nada de que todas las demás cosas, según la promesa de Cristo, nos serán concedidas.

Pero aquí debemos tener cuidado de no olvidar el otro fin mencionado anteriormente, es decir, la gloria de Dios. A menos que tengamos esto presente y lo pongamos ante nuestros ojos como un propósito principal al hacer nuestras oraciones, no podemos esperar ser escuchados ni recibir nada del Señor. En el capítulo veinte de Mateo, "la madre de los dos hijos de Zebedeo se acercó a Jesús, lo adoró y le dijo: "Concede que mis dos hijos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda"<sup>98</sup>". En esta petición, ella no respetó la gloria de Dios, sino que declaró claramente la ambición y la vanagloria de su propia mente, por lo que también fue rechazada y reprendida muy dignamente por la mano del Señor. De la misma manera leemos en los Hechos de un tal Simón el Mago, un hechicero, cómo "él, percibiendo que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: "Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga mis manos reciba el Espíritu Santo"<sup>99</sup>". Al hacer esta petición, no buscaba el honor y la gloria de Dios, sino su propia ganancia y lucro privado, pensando obtener una gran cantidad de dinero con esta hazaña, y por eso se le dijo con justicia: "Tu dinero perezca contigo, porque piensas que el don de Dios se puede obtener con dinero". Estos y otros ejemplos nos enseñan, cuando hacemos nuestras oraciones a Dios, a respetar principalmente el honor y la gloria de su nombre. De lo cual tenemos este precepto general del apóstol Pablo: "Ya sea que comáis o bebáis, o cualquier otra cosa que hagáis, mirad que lo hagáis para la gloria de Dios"<sup>100</sup>". Lo cual haremos mejor si seguimos el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, quien, orando para que pasara de sí la amarga copa de la muerte, no quiso que se cumpliera en ello su propia voluntad, sino que encomendó todo el asunto a la buena voluntad y agrado de su Padre<sup>101</sup>.

Y hasta aquí sobre las cosas que podemos pedir a Dios legítima y valientemente.

---

<sup>97</sup> 1 Reyes 3:5–13.

<sup>98</sup> Mateo 20:20–23.

<sup>99</sup> Hechos 8:18–20.

<sup>100</sup> 1 Corintios 10:31; Colosenses 3:17.

<sup>101</sup> Mateo 26:39; Marcos 14:36; Lucas 22:42.

Ahora se sigue que declaramos por qué clase de personas estamos obligados en conciencia a orar. San Pablo, escribiendo a Timoteo, lo exhorta a hacer oraciones y súplicas por todos los hombres, sin exceptuar a ninguno, de cualquier grado o estado que sea. En este lugar menciona por su nombre a reyes y gobernantes que están en autoridad, haciéndonos saber con ello cuán grandemente concierne al beneficio de la mancomunidad el orar diligentemente por los poderes superiores<sup>102</sup>. Y no es sin razón que tan a menudo en todas sus epístolas pide las oraciones del pueblo de Dios por él<sup>103</sup>. Porque al hacerlo así declara al mundo cuán conveniente y necesario es invocar diariamente a Dios por los ministros de su santa Palabra y sacramentos, para que se les abra puertas para exponer el evangelio, para que puedan entender verdaderamente las Escrituras, para que puedan predicarlas eficazmente al pueblo y producir los genuinos frutos de ellas para ejemplo de todos los demás. De esta manera oraba continuamente la congregación por Pedro en Jerusalén y por Pablo entre los gentiles, para el gran aumento y avance del evangelio de Cristo<sup>104</sup>. Y si nosotros, siguiendo su buen ejemplo en esto, aplicamos lo aprendido haciendo lo mismo, sin duda no se puede expresar cuánto nos ayudaremos y también el gran agrado que obtendremos de Dios.

Discutir y repasar todos los grados de personas sería demasiado largo; por lo tanto, tomaremos brevemente esta única conclusión para todos. A quienes estamos obligados por mandamiento expreso a amar, también estamos obligados en conciencia a orar por ellos, pero estamos obligados por mandamiento expreso a amar a todos los hombres como a nosotros mismos; por eso también estamos obligados a orar por todos los hombres, así como si fuera por nosotros mismos, a pesar de que sepamos que algunos de ellos son nuestros enemigos extremos y mortales, porque así nos enseña claramente nuestro Salvador Cristo en su santo evangelio, diciendo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian, orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos"<sup>105</sup>. Y como enseñó a sus discípulos, así lo practicó Él mismo en su vida, orando por sus enemigos en la cruz y deseando que su Padre los perdonara, porque no sabían lo que hacían<sup>106</sup>, como lo hizo también aquel santo y bendito mártir Esteban cuando fue cruelmente apedreado hasta la muerte por los judíos obstinados y contumaces, para ejemplo de todos los que verdadera y sinceramente seguirán a su Señor y maestro Cristo en esta miserable y mortal vida<sup>107</sup>.

---

<sup>102</sup> 1 Timoteo 2:1–2.

<sup>103</sup> Colosenses 4:3–4; Romanos 15:30–32; 2 Tesalonicenses 3:1–2; Efesios 6:19–20.

<sup>104</sup> Hechos 12:5; 2 Corintios 1:11; Filipenses 1:19; Filemón 1:22.

<sup>105</sup> Mateo 5:44–45.

<sup>106</sup> Lucas 23:34.

<sup>107</sup> Hechos 7:60.

Ahora bien, al preguntarnos si debemos orar por los que han partido de este mundo, o no, veamos lo siguiente. Si sólo nos atenemos a la Palabra de Dios, debemos admitir que no tenemos ningún mandamiento al respecto. Porque la Escritura no reconoce sino dos lugares después de esta vida, el uno propio de los elegidos y bienaventurados de Dios, el otro de las almas reprobadas y condenadas, como bien puede deducirse de la parábola de Lázaro y el hombre rico<sup>108</sup>. San Agustín nos explica en este lugar: "Lo que Abraham dice al hombre rico en el Evangelio de Lucas, a saber, que los justos no pueden entrar en los lugares donde son atormentados los impíos, ¿qué otra cosa significa, sino que los justos, por razón del juicio de Dios, que no puede ser revocado, no pueden mostrar ninguna obra de misericordia ayudando a los que después de esta vida son arrojados a la cárcel hasta que paguen el último centavo<sup>109</sup>? Estas palabras, así como rebaten la opinión de que podemos ayudar a los muertos con la oración, así también refutan y eliminan completamente el vano error del purgatorio que se basa en esta sentencia del Evangelio: "No saldrás de aquí hasta que hayas pagado el último céntimo"<sup>110</sup>". Ahora bien, San Agustín dice que aquellos hombres que son arrojados a la cárcel después de esta vida con esa condición de ninguna manera pueden ser ayudados, aunque nosotros deseemos ayudarlos mucho. ¿Y por qué? Porque la sentencia de Dios es inmutable y no puede revocarse nuevamente. Por lo tanto, no nos engañemos, pensando que podemos ayudar a otros, o que otros pueden ayudarnos a nosotros con sus buenas y caritativas oraciones en el futuro. En efecto, como dice el Predicador: «Cuando el árbol cae, ya sea hacia el sur o hacia el norte, dondequiera que caiga, allí queda<sup>111</sup>», dando a entender con esto que todo mortal muere ya sea en estado de salvación o de condenación, según también claramente nos enseñan las palabras del Evangelista Juan, cuando dice: «El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna, pero el que no cree en el Hijo no verá nunca la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él<sup>112</sup>». ¿Dónde está entonces el tercer lugar que llaman purgatorio? ¿O en dónde serán de ayuda y aprovecharán nuestras oraciones a los muertos? San Agustín sólo reconoce dos lugares después de esta vida, el cielo y el infierno. En cuanto al tercer lugar, niega claramente que se encuentre tal en toda la Escritura<sup>113</sup>. Crisóstomo también piensa que, a menos que lavemos nuestros pecados en este mundo presente, no encontraremos consuelo en el porvenir<sup>114</sup>. Y San Cipriano dice que después de la muerte «el arrepentimiento y el dolor serán sin fruto; el llanto también será en vano y la oración será en vano». Por eso aconseja a todos los hombres que se provean a sí mismos mientras puedan, porque «una vez que hayan partido de esta vida, no hay lugar para el arrepentimiento, ni tampoco para la satisfacción<sup>115</sup>». Que estos y otros lugares similares sean suficientes para

<sup>108</sup> Lucas 16:19–26.

<sup>109</sup> Agustín, *Quaestiones evangelicae*, 2.38.3.

<sup>110</sup> Mateo. 5:26.

<sup>111</sup> Ecl. 11:3.

<sup>112</sup> Juan 3:36.

<sup>113</sup> Anónimo, *Hypognost.*, 5.5. Atribuido tradicionalmente a Agustín.

<sup>114</sup> Juan Crisóstomo, *Hom. en Genesim*, 5. 112.

<sup>115</sup> Cipriano, *Ad Demetrianum*, 23-24.

quitarnos de la cabeza el craso error del purgatorio, ni soñemos más que las almas de los muertos sean ayudadas en algo por nuestras oraciones, sino que, como nos enseña la Escritura, pensemos que el alma del hombre, al salir del cuerpo, va directamente al cielo o al infierno, del cual el uno no necesita oración y el otro no tiene redención.

El único purgatorio en el que debemos confiar para ser salvos es la muerte y la sangre de Cristo, la cual, si la recibimos con una fe verdadera y firme, nos purga y nos limpia de todos nuestros pecados, tan bien como si Él estuviera ahora colgado de la cruz. «La sangre de Cristo -dice San Juan- nos ha limpiado de todo pecado<sup>116</sup>». «La sangre de Cristo -dice San Pablo- ha purificado nuestras conciencias de obras muertas para servir al Dios vivo<sup>117</sup>». También en otro lugar dice: «Somos santificados» y hechos santos «por la oblación del cuerpo de Jesucristo», hecha «una vez para siempre<sup>118</sup>». Y añade más, diciendo: «Con la única oblación» de su bendito cuerpo y su preciosa sangre «ha hecho perfectos para siempre a todos los santificados<sup>119</sup>». Éste es, pues, el purgatorio en el que todos los cristianos deben poner toda su confianza y seguridad, sin dudar de que si verdaderamente se arrepienten de sus pecados y mueren en perfecta fe, entonces pasarán inmediatamente de muerte a vida. Si esta clase de purgación no les sirve, que nunca esperen ser liberados por las oraciones de otros hombres, aunque continúen en él hasta el fin del mundo.

El que no puede ser salvo por la fe en la sangre de Cristo, ¿cómo podrá ser librado por la intercesión de los hombres? ¿Tiene Dios más respeto por el hombre en la tierra que por Cristo en el cielo? “Si alguno peca”, dice San Juan, “abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo, y Él es la propiciación por nuestros pecados<sup>120</sup>”. Pero debemos tener cuidado de invocar a este abogado mientras tengamos tiempo en esta vida, no sea que, una vez muertos, no nos quede ninguna esperanza de salvación. Porque así como cada uno ha de dormir con su propia causa, así cada uno resucitará con su propia causa<sup>121</sup>. Y tenga presente esto, que en el estado en que muera, en el mismo estado también será juzgado, ya sea para salvación o para condenación<sup>122</sup>.

No soñemos, pues, con el purgatorio ni con la oración por las almas de los muertos, sino oremos con fervor y diligencia por los que están expresamente mandados en la Sagrada Escritura, es decir, por los reyes y gobernantes, por los ministros de la santa Palabra de Dios y de los sacramentos, por los santos de este mundo, llamados de otro modo los fieles, para abreviar, por todos los hombres

<sup>116</sup> 1 Juan 1:7; Apocalipsis 1:5.

<sup>117</sup> Heb. 9:14.

<sup>118</sup> Heb. 10:10 (Vulgata).

<sup>119</sup> Heb. 10:14.

<sup>120</sup> 1 Juan 2:1–2.

<sup>121</sup> Agustín, Tractatus in Iohannem, 49, 9.

<sup>122</sup> San Agustín, Ep. ad Hesychium, 199.2.

vivientes, por muy grandes enemigos de Dios y de su pueblo que sean, como los judíos, los turcos, los paganos, los infieles, los herejes, etc. Entonces cumpliremos verdaderamente el mandamiento de Dios en ese sentido y declararemos claramente que somos los verdaderos "hijos de nuestro Padre celestial, que permite que el sol brille sobre buenos y malos y que la lluvia caiga sobre justos e injustos"<sup>123</sup>. Por estos y todos los demás beneficios concedidos con gran abundancia a la humanidad desde el principio, démosle gracias de corazón, como estamos obligados, y alabemos su nombre por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## **Homilía sobre el Lugar y el Tiempo de la Oración**



*Autor desconocido.*

1. Dios, por su omnipotencia, sabiduría y bondad, creó en el principio el cielo y la tierra, el sol, la luna, las estrellas, las aves del aire, las bestias de la tierra, los peces del mar y todas las demás criaturas para uso y comodidad del hombre, a quien también creó a su imagen y semejanza y le dio autoridad y gobierno sobre todas ellas, para que las usara de la manera que le había encomendado y mandado, y también para que se declarara agradecido y bondadoso por todos aquellos beneficios que tan liberal y tan graciosamente le había concedido, sin merecerlo en absoluto. Y aunque en todo tiempo y en todo lugar debemos tener presente y estar agradecidos a nuestro misericordioso Señor, conforme a lo que está escrito: "Engrandeceré al Señor en todo tiempo"<sup>124</sup>, y también: "Dondequiera que el Señor gobierne, oh alma mía, alaba al Señor"<sup>125</sup>, sin embargo, parece ser la buena voluntad y placer de Dios que nos reunamos en tiempos especiales y en lugares especiales

<sup>123</sup> Mateo. 5:45.

<sup>124</sup> Sal. 34:1.

<sup>125</sup> Sal. 103:22.

con el propósito de que su nombre sea renombrado y su gloria sea manifestada en la congregación y la asamblea de sus santos. En cuanto al tiempo que Dios Todopoderoso ha fijado para que su pueblo se reúna solemnemente, se desprende del cuarto mandamiento de Dios: 'Acuérdate', dice Dios, 'de santificar el día de reposo'<sup>126</sup>. En este día, como se desprende de los Hechos de los Apóstoles, el pueblo acostumbraba reunirse y oír con diligencia la ley y los profetas leídos entre ellos<sup>127</sup>. Y aunque este mandamiento de Dios no obliga al pueblo cristiano tan estrictamente a observar y guardar todas las ceremonias del día de reposo como tal y como fue dado a los judíos, en cuanto a la abstención del trabajo y la labor en tiempo de gran necesidad y en cuanto a la observancia precisa del séptimo día a la manera de los judíos, (porque ahora guardamos el primer día, que es nuestro domingo, y hacemos de él nuestro sábado, es decir, nuestro día de descanso, en honor de nuestro Salvador Cristo, ya que celebramos que ese día resucitó de la muerte, venciénola triunfalmente), sin embargo, todo lo que se encuentra en el mandamiento perteneciente a la ley de la naturaleza como una cosa más piadosa, más justa y necesaria para la exposición de la gloria de Dios, debe ser retenido y guardado por todo buen pueblo cristiano. Así, entendemos por este mandamiento que debemos tener un tiempo, como un día a la semana, en el que debemos descansar, sí, de nuestras obras lícitas y necesarias. Porque así como por este mandamiento deducimos que ningún hombre en los seis días debe ser perezoso u ocioso, sino trabajar diligentemente en el estado en que Dios lo ha puesto, así también Dios ha dado orden expresa a todos los hombres de que en el día de reposo, que ahora es nuestro domingo, cesen de todo trabajo semanal y de la jornada laboral, a fin de que, así como Dios mismo trabajó seis días y descansó el séptimo, y lo bendijo y santificó, y lo consagró a la quietud y al descanso del trabajo, así también el pueblo obediente de Dios use el domingo santamente y descanse de sus negocios comunes y diarios, y también se entregue enteramente a los ejercicios celestiales de la verdadera religión y servicio de Dios<sup>128</sup>. De modo que Dios no sólo ordena la observancia de este día santo, sino que con su propio ejemplo nos estimula y provoca a observarlo diligentemente. Los buenos hijos naturales no sólo serán obedientes a los mandamientos de sus padres, sino que también observarán diligentemente sus acciones y las cumplirán de buen agrado. Por lo tanto, si queremos ser hijos de nuestro Padre celestial, debemos tener cuidado de guardar el día de reposo cristiano, que es el domingo, no sólo porque es el mandamiento expreso de Dios, sino también para declararnos hijos amorosos al seguir el ejemplo de nuestro bondadoso Señor y Padre. Así puede verse claramente que la voluntad y el mandamiento de Dios era tener un tiempo solemne y un día fijo en la semana en el que el pueblo se reuniera y recordara sus maravillosos beneficios, y le diera gracias por ellos, como corresponde a las personas amorosas, bondadosas y obedientes. Este ejemplo y mandamiento de Dios el pueblo cristiano piadoso comenzó a seguir inmediatamente después de la ascensión de nuestro Señor Cristo, y comenzó a

---

<sup>126</sup> Éx. 20:8.

<sup>127</sup> Hechos 13:14–15, 42.

<sup>128</sup> Génesis 2:2–3; Éx. 16:22–30; 20:11.

establecer un día fijo en la semana para reunirse; pero no el séptimo día, que los judíos guardaban, sino el día del Señor, el día de la resurrección del Señor, el día después del séptimo día, que es el primero de la semana. De este día hace mención San Pablo en estos términos: "El primer día de la semana cada uno ponga aparte lo que crea conveniente", es decir, separe su ofrenda para los pobres<sup>129</sup>. Por primer día de la semana se entiende nuestro domingo, que es el primer día después del séptimo día de los judíos. Y en el Apocalipsis está más claro, donde San Juan dice: "Yo estaba en el Espíritu en domingo"<sup>130</sup>. Desde entonces, el pueblo de Dios siempre, en todas las épocas y sin ninguna duda, se ha reunido en domingo para celebrar y honrar el bendito nombre del Señor y guardar cuidadosamente ese día en santo descanso y quietud, tanto hombres como mujeres, niños, siervos y extranjeros. Por la transgresión e infracción de este día Dios se ha declarado muy contristado, como puede verse por aquel que por recoger leña en el día de reposo fue apedreado hasta la muerte<sup>131</sup>.

Pero, por desgracia, a pesar de todo lo advertido, es lamentable ver la audacia inicua de los que se consideran pueblo de Dios, que no tienen ningún cuidado en absoluto de guardar y santificar el domingo. Y estas personas son de dos clases. Los de la primera clase, son aquellos que siempre tienen algún negocio que hacer, aunque no haya extrema necesidad, no pueden escatimar ni el domingo; estos siempre deben cabalgar y viajar en domingo; deben conducir y transportar en domingo; deben remar y transbordar en domingo; deben comprar y vender en domingo; deben celebrar mercados y ferias en domingo; finalmente, usan todos los días por igual, los días de trabajo y los días santos son todos uno y lo mismo para ellos. El otro tipo es aún peor. Aunque no se afanan ni se esfuerzan el domingo como lo hacen en los días de la semana, no descansan en santidad como Dios manda, sino que descansan en la impiedad y la suciedad, pavoneándose en su orgullo, haciendo travesuras impúdicas como cretinos, exhibiéndose y pintándose para parecer hermosos y alegres; descansan en el exceso y la superfluidad, en la glotonería y la borrachera, como ratas y cerdos; descansan en peleas y discusiones, en querellas y peleas; descansan en el desenfreno, en conversaciones de doble sentido, en una carnalidad sucia, de modo que resulta demasiado evidente que Dios es más deshonrado y el diablo es mejor servido el domingo que en todos los demás días de la semana. Y os aseguro que las bestias a las que se les ordena descansar el domingo honran a Dios mejor que esta clase de personas, porque por lo menos estas no ofenden a Dios, ni quebrantan su día santo. Por tanto, oh pueblo de Dios, poned vuestras manos sobre vuestros corazones, arrepentíos y enmendad esta grave y peligrosa maldad, temed el mandamiento de Dios, seguid con alegría el ejemplo que el Señor mismo nos ha dado, no seáis desobedientes al orden piadoso de la iglesia de Cristo, usado y guardado desde el tiempo de los apóstoles hasta este día, temed el desagrado y las justas plagas de Dios Todopoderoso, si sois

---

<sup>129</sup> 1 Cor. 16:2.

<sup>130</sup> Apocalipsis 1:10.

<sup>131</sup> Números 15:32–36.

negligentes y no os detenéis de trabajar y afanaros en el día de reposo o domingo, si no os reunís para celebrar y magnificar el bendito nombre de Dios en serena santidad y piadosa reverencia.

Ahora bien, en cuanto al lugar donde el pueblo de Dios debe reunirse, y donde especialmente debe celebrar y santificar el día de reposo, es decir, el domingo, el día de santo descanso, ese lugar se llama el templo de Dios o la iglesia, porque la compañía y congregación del pueblo de Dios, que propiamente se llama la iglesia, se reúne allí en los días señalados para tales asambleas y reuniones. Y puesto que Dios Todopoderoso ha designado un tiempo especial para ser honrado, es muy apropiado, piadoso y también necesario que haya un lugar designado donde este pueblo se reúna y acudan para servir a su Dios de toda gracia y Padre misericordioso.

La verdad es que los santos patriarcas durante un gran número de años no tuvieron ni templo ni iglesia a los que recurrir. La causa de esto fue que no se quedaron en ningún lugar, sino que estaban en un continuo peregrinaje y un estilo de vida nómada sin asentamiento, por lo que no podían construir convenientemente ninguna iglesia. Pero tan pronto como Dios hubo liberado a su pueblo de sus enemigos y lo puso en cierta libertad en el desierto, les erigió un costoso y detallado tabernáculo, que era como la iglesia parroquial, un lugar al que acudía toda la multitud, un lugar en el que se hacían sus sacrificios, y en el que se celebraban otras observancias y ritos<sup>132</sup>. Además, después de que Dios, de acuerdo con la verdad de su promesa, hubo colocado y asentado tranquilamente a su pueblo en la tierra de Canaán, ahora llamada Judería, mandó que el rey Salomón construyera un templo grande y magnífico, como pocas veces se había visto algo semejante, un templo tan adornado y engalanado, tan bellamente ataviado, como era adecuado y conveniente para la gente de aquel tiempo, que no se dejaba seducir y conmover por nada tanto como por cosas muy hermosas y alegres<sup>133</sup>. Este era ahora el templo de Dios, inducido también con muchos dones y diversas promesas; esta era la iglesia parroquial y la iglesia madre para todos los judíos; aquí se honraba y servía a Dios; aquí estaba todo el reino de todos los israelitas obligado a venir en tres fiestas solemnes al año, para servir aquí a su Señor Dios<sup>134</sup>. Pero sigamos adelante. En el tiempo de Cristo y sus apóstoles no había todavía templos ni iglesias para los cristianos, ya que la mayoría de ellos se encontraban frecuentemente bajo persecución, vejación y problemas, de modo que no podían obtener libertad ni licencia para ese propósito. Sin embargo, Dios se deleitaba mucho en que se reunieran a menudo en un lugar y, por lo tanto, después de su ascensión, permanecieron juntos en un aposento alto<sup>135</sup>. A veces entraban en el templo, a veces en las sinagogas, a veces estaban en las cárceles, a veces en sus casas, a veces

---

<sup>132</sup> Éx. 25–31; 35–40.

<sup>133</sup> 1 Cr. 22.

<sup>134</sup> Éx. 23:14–17; 16:1–17; 2 Cr. 8:12–13.

<sup>135</sup> Hechos 1:13–14.

en los campos, etc<sup>136</sup>. Y esto continuó por tanto tiempo hasta que la fe de Cristo Jesús comenzó a multiplicarse en una gran parte del mundo. Ahora bien, cuando diversos reinos se establecieron en la verdadera religión de Dios y el Señor les había dado paz y tranquilidad, entonces los reyes, los nobles y también el pueblo, se animaron con un celo y fervor piadosos a construir templos e iglesias donde el pueblo pudiera reunirse, para cumplir mejor con su deber hacia Dios y santificar su día de reposo, el día de descanso. Y a estos templos los cristianos acostumbraban acudir de vez en cuando como lugares de reunión donde podían de común consentimiento alabar y magnificar el nombre de Dios, rindiéndole gracias por los beneficios que diariamente derrama sobre ellos misericordiosa y abundantemente, donde también podían oír su santa Palabra leída, explicada y predicada sinceramente, y recibir sus santos sacramentos administrados a ellos debida y puramente.

Es cierto que los templos principales y especiales de Dios, en los que tiene mayor placer y más se deleita en habitar, son los cuerpos y las mentes de los verdaderos cristianos y el pueblo elegido de Dios, según la doctrina de las Sagradas Escrituras declarada por San Pablo. ¿No sabéis, dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? El templo de Dios, que sois vosotros, santo es<sup>137</sup>. Y de nuevo en la misma epístola: '¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que mora en vosotros, el cual os ha sido dado por Dios, y que no sois vuestros?'<sup>138</sup> Sin embargo, a pesar de esto, Dios permite que el templo material hecho de cal y piedra (siempre que su pueblo se reúne en él para alabar su santo nombre) sea su casa, y el lugar donde ha prometido estar presente, y donde oír las oraciones de los que le invocan. Lo que tanto Cristo como sus apóstoles, con todos los demás santos padres, han declarado suficientemente, ya que, aunque con toda certidumbre sabían que sus oraciones eran escuchadas en cualquier lugar que las hicieran, aunque fuera en cuevas, en bosques y en desiertos, sin embargo, siempre que podían convenientemente, recurrían a los templos materiales, allí con el resto de la congregación para unirse en oración y verdadero culto.

Por tanto, carísimos, vosotros que profesáis ser cristianos y os gloriáis de ese nombre, no desdeñéis seguir el ejemplo de vuestro maestro Cristo, de quien decís ser discípulos; mostrad que sois como aquellos cuyos compañeros de escuela os arrogáis ser, es decir, los apóstoles y discípulos de Cristo. Levantad manos puras con corazones limpios en todo lugar y en todo tiempo<sup>139</sup>. Haced lo mismo en los templos y en las iglesias también en los días de reposo. Nuestros piadosos predecesores y los antiguos padres de la iglesia primitiva no escatimaron sus bienes para construir iglesias; no, no escatimaron arriesgar sus vidas en tiempo de persecución y arriesgar su sangre para poder reunirse en iglesias. ¿Y escatimaremos

<sup>136</sup> Hechos 2:46; 12:12; 13:5, 14; 16:13, 25; 21:5.

<sup>137</sup> 1 Cor. 3:16–17.

<sup>138</sup> 1 Cor. 6:19.

<sup>139</sup> 1 Tim. 2:8; Heb. 10:22.

nosotros un poco de trabajo para reunirnos en iglesias? ¿Ni su ejemplo, ni nuestro deber, ni los bienes que de este modo deberían venir a nosotros, nos moverán? Si queremos declarar que tenemos temor de Dios, si queremos mostrarnos verdaderos cristianos, si queremos ser los seguidores de Cristo, nuestro maestro, y de aquellos padres piadosos que han vivido antes que nosotros y que ahora han recibido la recompensa de verdaderos y fieles cristianos, debemos, de buena gana, acudir con seriedad y reverencia a las iglesias y templos materiales para orar, como a lugares adecuados designados para ese uso, y eso en el día de reposo, como el momento más conveniente para que el pueblo de Dios cese de los negocios corporales y mundanos, para entregarse al santo descanso y a la contemplación piadosa, pertenecientes al servicio de Dios Todopoderoso; por lo cual podemos reconciliarnos con Dios, participar de sus reverentes sacramentos y ser oyentes devotos de su santa Palabra; así ser establecidos en la fe hacia Dios, en la esperanza contra toda adversidad y en la caridad hacia nuestros prójimos; y de esta manera, siguiendo nuestro curso como buenas personas cristianas, al final podemos alcanzar la recompensa de la gloria eterna por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda gloria. Amén.

2. Se os ha declarado, buen pueblo cristiano, en el sermón anterior que se os leyó, a qué hora y en qué lugar os reuniréis para alabar a Dios. Ahora me propongo exponer ante vuestros ojos, en primer lugar, cuán celosos y deseosos debéis estar de venir a vuestra iglesia; en segundo lugar, cuán contristado está Dios con los que desprecian o tienen poco cuidado de venir a la iglesia en el santo día de reposo.

Bien puede verse en las Escrituras que muchos de los israelitas piadosos, estando ahora en cautiverio por sus pecados entre los babilonios, deseaban y anhelaban a menudo estar de nuevo en Jerusalén<sup>140</sup>. Y a su regreso, por la bondad de Dios, aunque muchos del pueblo eran negligentes, los padres fueron maravillosamente devotos en edificar el templo, para que el pueblo de Dios pudiera ir allí a honrarle<sup>141</sup>. Y el rey David, cuando era un hombre desterrado de su país, de Jerusalén la ciudad santa, del santuario, del lugar santo y del tabernáculo de Dios, ¡qué deseo, qué fervor había en él hacia ese lugar santo! ¡Qué deseos y oraciones dirigió a Dios para ser morador en la casa del Señor! Una cosa he pedido al Señor -dice-, esta buscaré: que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida<sup>142</sup>". Otra vez: "Yo me alegré con los que me decían: a la casa del Señor iremos<sup>143</sup>". Y en otros lugares de los salmos declara con qué intención y propósito tiene tan ferviente deseo de entrar en el templo y la iglesia del Señor. Me postraré, dice, y adoraré en el santo templo del Señor<sup>144</sup>". Otra vez: "Así te contemplaba en el santuario, para ver tu poder y tu

---

<sup>140</sup> Sal. 137; Dan. 9.

<sup>141</sup> Esdras 1, 3, 5-6; Hageo 1

<sup>142</sup> Sal. 27:4.

<sup>143</sup> Sal. 122:1.

<sup>144</sup> Sal. 138:2.

gloria<sup>145</sup>". Finalmente dice: "Expondré tu nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la congregación<sup>146</sup>". ¿Por qué, pues, tenía David un deseo tan ferviente de entrar en la casa de Dios? En primer lugar, porque allí adoraría y honraría a Dios. En segundo lugar, allí contemplaría y vería el poder y la gloria de Dios. En tercer lugar, allí alabaría el nombre de Dios con toda la congregación y la compañía del pueblo. Estas consideraciones de este bendito profeta de Dios deberían suscitar y encender en nosotros el mismo ferviente deseo de acudir a la iglesia, especialmente en los santos días de descanso, para cumplir allí con nuestros deberes y servir a Dios, para recordar cómo Dios, por su mera misericordia y por la gloria de su nombre, obra poderosamente para conservarnos en salud, riqueza y piedad, y nos preserva poderosamente de los asaltos y furias de nuestros feroces y crueles enemigos, y allí permanecer gozosamente siendo contados entre el número de su pueblo fiel para alabar y magnificar el santo nombre del Señor. Poned también ante vuestros ojos a aquel antiguo padre Simeón, de quien la Escritura habla así, para su gran encomio y estímulo para que nosotros hagamos lo mismo. 'Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y temeroso de Dios; entró por el Espíritu de Dios en el templo y el mismo Espíritu le dijo que no moriría antes de ver al Ungido del Señor'. En el templo se cumplió su promesa, en el templo vio a Cristo y lo tomó en sus brazos, en el templo brotó<sup>147</sup> en la poderosa alabanza de Dios su Señor. También Ana, profetisa, viuda anciana, no se apartaba del templo, dedicándose a la oración y al ayuno día y noche; y ella, viniendo casi al mismo tiempo,' fue igualmente inspirada y 'confesó y habló del Señor a todos los que esperaban la redención de Israel<sup>148</sup>'. Este bendito hombre y esta bendita mujer no se quedaron sin el maravilloso fruto, alivio y consuelo que Dios les envió por su diligente concurrencia al santo templo de Dios.

Ahora oiréis cuán gravemente ha sido ofendido Dios por su pueblo, esto al no ocuparse diligentemente de su santo templo, despreciándolo o maltratándolo vilmente. Todo esto, podemos verlo claramente por las notables plagas y castigos que Dios les impuso, especialmente, cuando incitó a sus adversarios horriblemente para derribar y destruir por completo su santo templo con una desolación perpetua. ¡Ay, cuántas iglesias, países y reinos de pueblo cristiano han sido derribados, invadidos y dejados asolados en los últimos años por la tiranía y crueldad dolorosa e intolerable del enemigo de nuestro Señor Cristo, el gran Turco, que ha azotado a los cristianos de manera tan universal que nunca se ha oído ni leído nada parecido! Hace más de treinta años, el gran Turco había invadido, conquistado y sometido a su dominio y sujeción veinte reinos cristianos, apartando a los pueblos de la fe de Cristo, envenenándolos con la religión diabólica del malvado Mahoma, y destruyendo completamente sus iglesias o abusando inmundamente de ellas con sus perversos y detestables errores. Y ahora este gran Turco, este azote amargo y agudo de la

---

<sup>145</sup> Sal. 63:2.

<sup>146</sup> Sal. 22:22.

<sup>147</sup> es decir, 'estallaron en júbilo'.

<sup>148</sup> Lucas 2:25–38.

venganza de Dios, está incluso a mano en esta parte de la cristiandad, en Europa, en las fronteras de Italia, en las fronteras de Alemania, abriéndose paso con avidez para devorarnos, para invadir nuestro país, para destruir también nuestras iglesias, esto a menos que nos arrepintamos de nuestra vida pecaminosa, y recurramos más diligentemente a la iglesia para honrar a Dios, para aprender su bendita voluntad y para cumplirla.

Los judíos en su tiempo provocaron justamente la venganza de Dios, pues en parte abusaron de su santo templo con la detestable idolatría de los paganos y vanidades supersticiosas de sus propias invenciones, contrarias al mandamiento de Dios; en parte recurrieron a Él como hipócritas, manchados, imbuidos y vilmente contaminados con toda clase de maldad y vida pecaminosa; En parte, muchos de ellos pasaron poco tiempo en el santo templo y no se les impuso<sup>149</sup> si debían concurrir a él o no. ¿Y no han provocado los cristianos de los últimos tiempos, e incluso en nuestros días también, de la misma manera el desagrado e indignación de Dios Todopoderoso, en parte porque han profanado y contaminado sus iglesias con abusos paganos y judíos, con imágenes e ídolos, con una cantidad excesiva de altares abusados de manera supersticiosa e intolerable, sí, con un abuso craso y una corrupción sucia de la santa cena del Señor, el bendito sacramento de su cuerpo y sangre, con un número infinito de juguetes y bagatelas de su propia invención, para hacer una buena exhibición exterior y desfigurar la religión sencilla, sincera y hogareña de Cristo Jesús? En parte recurren a la iglesia como hipócritas, llenos de toda iniquidad y vida pecaminosa, teniendo una vana y peligrosa fantasía y persuasión de que si vienen a la iglesia, los rocían con agua bendita, escuchan una misa y son bendecidos con el cáliz, aunque no entienden una palabra de todo el servicio, ni sienten el más mínimo movimiento o pulsión de arrepentimiento en sus corazones, no obstante, para estos, todo está bien, todo es seguro. Ay de semejante burla y blasfemia de la santa ordenanza de Dios. Las iglesias fueron hechas para otro fin, es decir, para acudir a ellas y servir verdaderamente a Dios, para aprender allí su bendita voluntad, para invocar allí su poderoso nombre, para recibir allí los santos sacramentos, para esforzarse allí en la caridad con el prójimo, para tener presente allí a nuestro prójimo pobre y necesitado, y para salir de allí mejor y más piadosamente de lo que se llegó a ellas. Finalmente, la venganza de Dios ha sido y es provocada diariamente porque mucha gente malvada no pasa por alto la idea de acudir a la iglesia, ya sea porque están tan cegados que no entienden nada de Dios y la piedad y no se preocupan de ofender a sus vecinos con su ejemplo diabólico, o bien porque ven la iglesia completamente limpia de esas vistas alegres con las que su grosera fantasía se deleitaba enormemente, porque ven la religión falsa abandonada y la verdadera restaurada, lo que les parece una cosa desagradable debido a su mal gusto, tal y como es evidenciado por esto, que incluso una mujer llegó al extremo de decirle a su vecina: "Ay, chismosa, ¿qué haremos ahora en la iglesia desde que todos los santos han sido quitados, desde que todas las hermosas vistas que solíamos tener han desaparecido, desde que no podemos oír los gritos y

---

<sup>149</sup> es decir, 'molestaron'.

cantos, desde que no podemos corear y tocar los órganos que podíamos oír antes?' Pero, amados, debemos regocijarnos grandemente y dar gracias a Dios porque nuestras iglesias están liberadas de todas esas cosas que desagradaron a Dios tan terriblemente y contaminaron su santa casa y su lugar de oración, por lo cual Él ha destruido justamente muchas naciones, según el dicho de San Pablo: 'Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá a él'<sup>150</sup>. Y en esto debemos alabar grandemente a Dios, porque tales modales supersticiosos e idólatras que eran completamente nada y desfiguraban la gloria de Dios son ahora absolutamente abolidos, como muy justamente merecían, y sin embargo, aquellas cosas con las que Dios fue honrado o su pueblo edificado se conservan decentemente y en nuestras iglesias se practican adecuadamente.

Pero ahora, puesto que percibís que es el placer determinado de Dios que recurráis a vuestras iglesias en el día de santo descanso, viendo que oís qué desagrado produce al Señor, qué plagas derrama sobre su pueblo desobediente, viendo que entendéis qué bendiciones de Dios se dan, qué bienes celestiales vienen a las personas que deseosa y celosamente suelen recurrir a sus iglesias, viendo también que ahora se os invita amistosamente y se os llama conjuntamente, tened cuidado de no descuidar vuestro deber; prestad atención a que nada os impida venir de aquí en adelante a la iglesia en los momentos que se os señale y se os mande ordenadamente. Nuestro Salvador Cristo cuenta en una parábola que se preparó una gran cena, se convocó a los invitados, muchos se excusaron y no quisieron venir: "Os digo", dice Cristo, "ninguno de los convidados gustará mi cena"<sup>151</sup>. Esta gran cena es la verdadera religión de Dios Todopoderoso con la cual será adorado en la debida recepción de sus sacramentos, y en la predicación y audición sinceras de su santa Palabra, y en la práctica de la misma mediante una forma de vida habitualmente piadosa.

Esta fiesta está ahora preparada en la casa del banquete de Dios, la iglesia; vosotros sois llamados y convidados a ella; si os negáis a venir y presentáis vuestras excusas, se os responderá de la misma manera que a ellos. Ahora, pues, venid, amados, sin demora y entrad alegremente en la casa del banquete de Dios y haceos partícipes de los beneficios provistos y preparados para vosotros. Pero cuidado de venir allí con vuestras vestiduras santas, no como hipócritas, no por costumbre ni por modales, no con repugnancia como si preferiríais no venir a venir, esto, si estuviera en vuestra libertad. Porque Dios odia y castiga a esos falsos hipócritas, como lo demuestra la parábola anterior de Cristo. «Amigo mío», le dice Dios, «¿cómo entraste sin traje de bodas?» y por eso «ordenó a sus siervos que lo ataran de pies y manos y lo arrojaran a la oscuridad más absoluta, donde habrá llanto, lamentos y crujir de dientes»<sup>152</sup>. Para evitar un peligro similar de la mano de Dios, ven a la iglesia el día santo y ven con tu ropa de día santo, es decir, ven con un espíritu

---

<sup>150</sup> 1 Cor. 3:17.

<sup>151</sup> Lucas 14:16–24.

<sup>152</sup> Mateo 22:12–13.

alegre y piadoso, ven a buscar la gloria de Dios y a ser agradecido con Él, ven a ser uno con tu prójimo y a entrar en amistad y amor con ellos. Considera que todas tus acciones apestan ante el rostro de Dios si no estás en caridad con tu prójimo. Ven con un corazón cernido y limpio de afectos y deseos mundanos y carnales. Sacude todos los pensamientos vanos que puedan impedirte el verdadero servicio de Dios. El ave, cuando quiere huir, agita sus alas; agita y prepárate para huir más alto que todas las aves del cielo, para que después de cumplido tu deber en este templo e iglesia terrenales, puedas huir y ser recibido en el glorioso templo de Dios en el cielo, por Cristo Jesús nuestro Señor. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria y honor.

**Amén.**

## **Homilía en la que se Declara que la Oración Común y los Sacramentos deben Administrarse en una Lengua que Entiendan los Oyentes**



*Autor desconocido*

El uso de la lengua vernácula en la oración común.

Entre los múltiples ejercicios del pueblo de Dios, queridos cristianos, no hay ninguno más necesario para todos los estados y en todos los tiempos que la oración pública y el debido uso de los sacramentos. Porque en la primera pedimos de la mano de Dios todas las cosas que de otro modo no podemos obtener, y en la otra Él nos abraza y se ofrece para ser abrazado por nosotros. Sabiendo, pues, que estos dos ejercicios nos son tan necesarios, no nos parezca mal considerar primero qué

es la oración y qué es un sacramento, y después cuántas clases de oración hay y cuántos sacramentos, para que entendamos mejor cómo usarlos debidamente.

Para saber lo que son nos enseña San Agustín. En su libro titulado "Del espíritu y del alma" dice lo siguiente acerca de la oración: «La oración es -dice- la devoción del alma, es decir, el retorno a Dios por un afecto piadoso y humilde, afecto que es una cierta inclinación voluntaria y dulce del alma misma hacia Dios<sup>153</sup>». Y en el segundo libro contra el adversario de la ley y los profetas, llama a los sacramentos "signos sagrados<sup>154</sup>". Y escribiendo a Bonifacio sobre el bautismo de los niños, dice: "Si los sacramentos no tuvieran cierta semejanza de aquellas cosas de las que son sacramentos, no serían sacramentos en absoluto. Y de esta similitud reciben en su mayor parte los nombres de las cosas mismas que significan<sup>155</sup>". Por estas palabras de San Agustín se ve que él acepta la descripción común de un sacramento, que es que es un signo visible de una gracia invisible, es decir, que expone a los ojos y a otros sentidos externos la obra interior de la misericordia gratuita de Dios, y que, por así decirlo, sella en nuestros corazones las promesas de Dios. Así, la circuncisión era un sacramento que predicaba a los sentidos externos la separación interna del prepucio del corazón, y sellaba y aseguraba en los corazones de los circuncidados la promesa de Dios concerniente a la simiente prometida que esperaban.

Ahora veamos cuántas clases de oración y cuántos sacramentos hay. En las Escrituras leemos acerca de tres clases de oración, de las cuales dos son privadas y la tercera es común. La primera es aquella de la que habla San Pablo en su epístola a Timoteo, diciendo: "Quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras, sin ira ni contienda<sup>156</sup>", y es la elevación devota de la mente a Dios sin expresar abiertamente el dolor o el deseo del corazón. De esta oración tenemos ejemplo en el primer libro de Samuel en Ana, la madre de Samuel, cuando en la tristeza de su corazón oró en el templo, deseando ser fructífera. «Ella oraba en su corazón», dice el texto, «pero no se oía ninguna voz<sup>157</sup>». De esta manera deben orar todos los cristianos, no sólo una vez a la semana o una vez al día, sino, como escribe San Pablo a los Tesalonicenses: «sin cesar<sup>158</sup>», y como escribe Santiago: «La oración eficaz del justo puede mucho<sup>159</sup>». El segundo tipo de oración se menciona en el Evangelio de Mateo, donde se dice: "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público<sup>160</sup>". De este tipo de oración hay varios ejemplos en las Escrituras, pero bastará con citar uno que está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Cornelio, un hombre devoto, capitán del ejército italiano, dice a Pedro

<sup>153</sup> Anónimo, De spiritu et anima, 50. Tradicionalmente atribuido a Agustín.

<sup>154</sup> Agustín, Contra adversarium legis et Prophetarum, 2.33.

<sup>155</sup> Agustín, Ep. 98.9.

<sup>156</sup> 1 Tim. 2:8.

<sup>157</sup> 1 Sam. 1:13. El texto original lo llama el primer libro de «los reyes», siguiendo la práctica griega y latina.

<sup>158</sup> 1 Tes. 5:17.

<sup>159</sup> Santiago 5:16.

<sup>160</sup> Mateo 6:6.

que "a esta hora yo estaba en ayunas; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente<sup>161</sup>", etc. Este hombre oró a Dios en secreto y fue recompensado abiertamente. Estas son las dos clases privadas de oración, una mental, es decir, la elevación devota de la mente a Dios, y la otra vocal, es decir, la expresión secreta de las penas y deseos del corazón con palabras, pero en un aposento secreto o en algún lugar solitario.

El tercer tipo de oración es la pública o común. De esta oración habla nuestro Salvador Cristo cuando dice: "si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos<sup>162</sup>". Aunque Dios ha prometido escucharnos cuando oramos en privado, siempre que lo hagamos con fidelidad y devoción (pues dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás<sup>163</sup>", y "Elías, siendo sólo un hombre mortal", dice Santiago, "oró y el cielo se cerró durante tres años y seis meses, y de nuevo oró y el cielo dio lluvia<sup>164</sup>", sin embargo, según las historias de la Biblia, parece que la oración pública y común es la más accesible ante Dios, y por lo tanto es muy de lamentar que no sea mejor estimada entre nosotros, que profesamos ser un solo cuerpo en Cristo. Cuando la ciudad de Nínive fue amenazada de ser destruida pasados cuarenta días, el príncipe y el pueblo se unieron en oración pública y ayuno, y fueron preservados<sup>165</sup>. En el profeta Joel, Dios ordena que se proclame un ayuno y que el pueblo se reúna, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y se les enseña a decir a una sola voz: "Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad<sup>166</sup>". Cuando los judíos debieron haber sido destruidos todos en un día por la malicia de Amán, por mandato de Ester ayunaron y oraron y fueron preservados<sup>167</sup>. Cuando Holofernes sitió a Betulia, por consejo de Judit ayunaron y oraron y fueron liberados<sup>168</sup>. Cuando Pedro estaba en prisión, la congregación se unió en oración y Pedro fue maravillosamente liberado<sup>169</sup>. Por estas historias parece que la oración común o pública es de gran fuerza para obtener misericordia y liberación de la mano de nuestro Padre celestial. "Así que, hermanos, os ruego", "por las entrañables misericordias de Dios<sup>170</sup>", que ya no seamos negligentes en ese aspecto, sino que, como pueblo dispuesto a recibir de la mano de Dios las cosas buenas que se anhelan en la oración común de la iglesia, unámonos en el lugar de la oración común y con una sola voz y un solo corazón pidamos a nuestro Padre celestial todas aquellas cosas que él sabe que son necesarias para nosotros. No os

---

<sup>161</sup> Hechos 10:1–2, 30.

<sup>162</sup> Mateo 18:19–20.

<sup>163</sup> Salmo 50:15.

<sup>164</sup> Santiago 5:17–18.

<sup>165</sup> Jonás 3:4–10.

<sup>166</sup> Joel 2:15–17.

<sup>167</sup> Ester 4:16.

<sup>168</sup> Jue. 8:17–27.

<sup>169</sup> Hechos 12:5–12.

<sup>170</sup> Romanos 12:1.

prohíbo la oración privada, pero os exhorto a que estiméis la oración común como digna. Y, ante todo, aseguraos de que en estas tres clases de oración, vuestras mentes se eleven devotamente a Dios; de lo contrario, vuestras oraciones serán en vano y se cumplirá en vosotros esta palabra: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí<sup>171</sup>».

Hasta aquí lo referente a las tres clases de oración que leemos en las Escrituras.

Ahora, con la misma o mejor aún, con mayor brevedad, oiréis cuántos sacramentos hay que fueron instituidos por nuestro Salvador Cristo, y que deben ser continuados y recibidos por todo cristiano en el tiempo y orden debidos, y para el propósito que nuestro Salvador Cristo quiso que se recibieran. Y en cuanto al número de ellos, si se los considera según el significado exacto, tal como Cristo lo expresó y recomendó plenamente de un sacramento, es decir, por los signos visibles expresamente ordenados en el Nuevo Testamento, a los cuales se adjunta la promesa del perdón gratuito de nuestros pecados y de nuestra santidad y unión con Cristo, sólo hay dos, a saber, el bautismo y la cena del Señor. Porque, aunque la absolución tiene la promesa del perdón de los pecados, sin embargo, por la palabra expresa del Nuevo Testamento, esta promesa no está adjunta y ligada al signo visible, que es la imposición de manos.

En efecto, este signo visible, es decir, la imposición de manos, no está expresamente ordenado en el Nuevo Testamento para ser usado en la absolución, como lo están los signos visibles en el bautismo y la cena del Señor, y por lo tanto, la absolución no es un sacramento como lo son el bautismo y la comunión. Y aunque la ordenación de ministros tiene este signo visible y promesa, sin embargo, carece de la promesa de remisión del pecado, como todos los demás sacramentos. Por lo tanto, ni este ni ningún otro sacramento pueden ser sacramentos como lo son el bautismo y la comunión<sup>172</sup>. Pero en una acepción general, el nombre de un sacramento puede atribuirse a cualquier cosa por la cual se significa algo santo. En esta interpretación y uso de la palabra, los escritores antiguos han dado este nombre, no sólo a los otros cinco comúnmente tomados y usados en los últimos años para completar el número de los siete sacramentos, sino también a diversas y variadas otras ceremonias, como el óleo, el lavatorio de los pies y cosas similares, sin querer con ello reputarlos como sacramentos bajo el mismo significado que los dos sacramentos nombrados anteriormente<sup>173</sup>.

Y por eso San Agustín, sopesando el verdadero significado y el sentido exacto de la palabra, escribiendo a Jenaro, y también en el tercer libro de la doctrina cristiana,

---

<sup>171</sup> Isaías 29:13; Mateo 15:8.

<sup>172</sup> Este pasaje fue revisado por la reina Isabel I, quien eliminó las palabras en cursiva y agregó las que estaban en negrita.

<sup>173</sup> Pseudo-Dionisio el Areopagita, De ecclesiastica hierarchia, 3.1; Bernardo de Claraval, Sermo in coena Domini, 2.

afirma que los sacramentos de los cristianos, así como son «excelentes en su significado», son «poquísimos en número», y en ambos lugares menciona expresamente dos, el sacramento del bautismo y la cena del Señor<sup>174</sup>. Y aunque se conservan por orden de la Iglesia de Inglaterra, además de estos dos, ciertos otros ritos y ceremonias como lo son la institución de los ministros en la iglesia, el matrimonio, la confirmación de los niños, esto después de examinarlos en su conocimiento de los artículos de la fe<sup>175</sup> y uniendo a ello las oraciones de la iglesia por ellos, y asimismo la práctica de la visita a los enfermos, sin embargo, nadie debe tomarlos como sacramentos en el significado y sentido como lo son el sacramento del bautismo y la cena del Señor, sino que debemos entenderlos como estados piadosos de vida, necesarios en la iglesia de Cristo, y por lo tanto dignos de ser establecidos por acción pública y solemnidad por el ministerio de la iglesia, o bien juzgadas como ordenanzas que puedan contribuir a la instrucción, consuelo y edificación de la iglesia de Cristo.

Ahora bien, habiendo entendido suficientemente qué es la oración, qué es también un sacramento, cuántas clases de oración hay, cuántos sacramentos han sido instituidos por nuestro Salvador, veamos ahora si las Escrituras y el ejemplo de la iglesia primitiva permiten que cualquier oración vocal, es decir, cuando la boca expresa las peticiones en voz alta, o cualquier clase de sacramento, u otro rito o acción pública que comúnmente han sido establecidos con el propósito de beneficiar y edificar a la pobre congregación, puede ser ministrada en una lengua desconocida o no entendida por el ministro o el pueblo, sí, si incluso cualquier persona puede usar privadamente cualquier oración vocal en un idioma que él mismo no entienda. A esta pregunta de manera inmediata debemos responder: No

En primer lugar, tomemos en cuenta la oración común y la administración de los sacramentos. Aunque la razón, si pudiera gobernarnos, pronto nos persuadiría a tener nuestra oración común y la administración de los sacramentos en una lengua conocida, tanto porque orar en común implica que una multitud pida algo a uno y esto como si fuese una sola persona, con una sola voz y un solo consentimiento de mente, así también, administrar un sacramento es predicar al receptor, mediante la palabra y los elementos externos, la gracia interna e invisible de Dios, y adicionalmente también debemos tener presente que ambos ejercicios fueron instituidos por primera vez y todavía continúan, con el fin de que la congregación de Cristo pueda recordar de vez en cuando su unidad en Cristo, y que como miembros de un solo cuerpo, tanto en las oraciones como en otras cosas, debemos buscar y desear los bienes de los demás y no solamente los nuestros propios sin tomar en cuenta a los de los demás, sin embargo, no necesitaremos recurrir a las pruebas de la razón en este asunto, ya que tenemos tanto las palabras claras y manifiestas de la Escritura, como también el consentimiento de los escritores más eruditos y

<sup>174</sup> Agustín, Ep. 54.1; idem., De doctrina Christiana, 3.13.

<sup>175</sup> Esto se refiere principalmente al credo de los apóstoles.

antiguos, para recomendar la realización de las oraciones de la congregación en una lengua conocida.

En primer lugar, Pablo dice a los corintios: "Que todo se haga para edificación<sup>176</sup>". Esto no puede ser posible a menos que las oraciones comunes y la administración de los sacramentos se hagan en una lengua conocida por el pueblo. Porque si las oraciones pronunciadas por el ministro y las palabras en la administración de los sacramentos no son entendidas por los que están presentes, no pueden ser edificadas por ello. Porque así como cuando la trompeta que se toca en el campo con un sonido incierto, nadie se anima a prepararse para la batalla, y como cuando un instrumento de música no produce un sonido claro, nadie puede distinguir lo que se toca<sup>177</sup>, así también cuando las oraciones o la administración de los sacramentos se hagan en una lengua desconocida para los oyentes, ¿quién de ellos se animará a elevar su mente a Dios y a pedir con el ministro de la mano de Dios las cosas que el ministro pide en las palabras de sus oraciones? ¿O quién, en la administración de los sacramentos, comprenderá qué gracia invisible se le debe pedir al oyente, para que se realice en el hombre interior? En verdad, nadie en absoluto. Porque, dice San Pablo: "el que habla en lenguas extrañas, no habla a los hombres<sup>178</sup>", lo cual en una congregación cristiana es un absurdo. No somos extraños los unos a los otros, sino que somos "conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios<sup>179</sup>". Por tanto, mientras nuestro ministro repite la oración que se hace en nombre de todos nosotros, debemos prestar oído diligente a las palabras que pronuncia y rogar de corazón recibir de la mano de Dios lo que él ruega de palabra. Y para significar que así lo hacemos, decimos "Amén" al final de la oración que él hace en nombre de todos nosotros. Y esto no podemos hacerlo para edificación a menos que entendamos lo que se dice. Por eso es necesario que la oración común se haga en una lengua que los oyentes entiendan. Si alguna vez hubiera sido tolerable usar lenguas extrañas en la congregación, lo mismo podría haber sido en tiempos de Pablo y los demás apóstoles, cuando fueron dotados milagrosamente del don de lenguas. Porque entonces podría haber persuadido a algunos a abrazar el evangelio, cuando habían oído a hombres que eran hebreos de nacimiento e ignorantes, hablar el griego, el latín y otras lenguas. Pero Pablo no lo consideró tolerable entonces, ¿y lo usaremos nosotros ahora, cuando nadie llega al conocimiento de lenguas de otro modo que no sea mediante un estudio diligente y sincero? Dios no lo quiera, porque de ese modo llevaríamos todos nuestros ejercicios eclesiásticos a una frívola superstición y los haríamos totalmente infructuosos.

Lucas escribe que cuando Pedro y Juan fueron despedidos por los príncipes y sumos sacerdotes de Jerusalén, "Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Y

---

<sup>176</sup> 1 Cor. 14:26.

<sup>177</sup> 1 Cor. 14:7-8.

<sup>178</sup> 1 Cor. 14:2, 11.

<sup>179</sup> Ef. 2:19; 1 Cor. 10:17, 12:12-27.

ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay<sup>180</sup>, etc." No habrían podido hacer esto si hubieran orado en una lengua extraña que no entendían. Y sin duda alguna, no hablaron todos con varias voces, sino que alguno de ellos habló en nombre de todos, y los demás, prestando oído diligente a sus palabras, consintieron en ello, y por eso se dice que 'alzaron juntos su voz'. San Lucas no dice 'sus voces' como muchas, sino 'su voz' como una sola<sup>181</sup>. Por tanto, esa única voz estaba en un lenguaje que todos entendían, de otra manera no podrían haberla alzado con el consentimiento de sus corazones, porque nadie puede dar consentimiento a lo que no conoce.

En cuanto a los tiempos anteriores a la venida de Cristo, nunca hubo hombre que afirmara que el pueblo de Dios u otros tuvieran sus oraciones o administraciones de los sacramentos o sacrificios en una lengua que ellos mismos no entendían. En cuanto al tiempo transcurrido desde Cristo, hasta que ese poder usurpado de Roma comenzó a extenderse y a obligar a todas las naciones de Europa a tener en admiración el idioma romano, parece, por el consentimiento de los escritores más antiguos y eruditos, que no se usaba ninguna lengua extraña o desconocida en las congregaciones de los cristianos.

Justino Mártir, que vivió unos ciento sesenta años después de Cristo, dice así de la administración de la cena del Señor en su tiempo: "El domingo se hacen asambleas, tanto de los que abundan en las ciudades como de los que viven en el campo también; entre los cuales, en la medida de lo posible, se leen los escritos de los apóstoles y profetas. Después, cuando el lector termina, el ministro principal hace una exhortación, exhortándolos a seguir estas cosas tan honestas. Después de esto, todos nos levantamos y ofrecemos oraciones, y, una vez terminadas, como hemos dicho, se ofrecen pan, vino y agua; luego el ministro principal ofrece oraciones y acción de gracias con todo su poder, y el pueblo responde: Amén<sup>182</sup>. Estas palabras, con sus circunstancias, debidamente consideradas, declaran claramente que no sólo se leían las Escrituras en una lengua conocida, sino también que se hacía oración en la misma, en las congregaciones de la época de Justino.

Basilio el Grande y Juan Crisóstomo prescribieron en su tiempo órdenes públicas de administración pública, que ellos llaman 'liturgias', y en ellas indicaban que el pueblo debía responder a las oraciones del ministro unas veces 'Amén', otras 'Señor, ten piedad de nosotros', otras 'Y con tu espíritu' y 'Hemos elevado nuestros corazones al Señor, etc.', respuestas que el pueblo no podría haber dado a su debido tiempo si las oraciones no se hubieran hecho en una lengua que entendieran. El mismo Basilio, escribiendo al clero de Neocesarea, dice así de su costumbre en la

---

<sup>180</sup> Hechos 4:23-4.

<sup>181</sup> Este es un argumento espurio. Como muchos idiomas, el griego prefiere el singular cuando solo hay una cosa así en un individuo dado. El inglés sigue una costumbre diferente en este respecto.

<sup>182</sup> Justino Mártir, Apología prima, 67.

oración común: "Designando a uno para que comience el canto, los demás le siguen, y así, con diversos cánticos y oraciones durante la noche, al amanecer del día todos juntos, como si tuvieran una sola boca y un solo corazón, cantan al Señor un cántico de confesión, cada uno enmarcando para sí mismo palabras de arrepentimiento<sup>183</sup>". En otro lugar dice: 'Si el mar es hermoso, ¿cómo no lo es mucho más la asamblea de la congregación, en la que un sonido unido de hombres, mujeres y niños, como si fueran las olas que baten en la orilla, es enviado en nuestras oraciones a nuestro Dios?<sup>184</sup> Fíjate en sus palabras: "Un sonido unido", dice, "de hombres, mujeres y niños", lo cual no puede ser a menos que todos entiendan la lengua en la que se reza. Y Crisóstomo, basándose en las palabras de Pablo, dice que tan pronto como el pueblo oye estas palabras "por los siglos de los siglos", todos responden inmediatamente "Amén"<sup>185</sup>'. Esto no podrían hacerlo a menos que entendieran la palabra pronunciada por el sacerdote.

Dionisio dice que los himnos eran recitados por toda la multitud durante la administración de la comunión<sup>186</sup>.

Cipriano dice: "El sacerdote prepara las mentes de los hermanos con un prefacio antes de la oración, diciendo: "Levantad vuestros corazones", para que mientras el pueblo responde: "Tenemos nuestros corazones elevados al Señor", se les pueda advertir que no deben pensar en otra cosa que en el Señor<sup>187</sup>".

San Ambrosio, escribiendo sobre las palabras de San Pablo, dice: "Esto es lo que dice, porque quien habla en una lengua desconocida habla a Dios, porque él sabe todas las cosas, pero los hombres no saben y, por lo tanto, no hay provecho de esto<sup>188</sup>". Y nuevamente nos dice sobre estas palabras: "Si bendices (o das gracias) con el espíritu, ¿cómo dirá Amén a tu acción de gracias el que ocupa el lugar del ignorante, ya que no entiende lo que dices?<sup>189</sup>" 'Es decir,' dice Ambrosio, 'esto si hablas la alabanza de Dios en una lengua desconocida para los oyentes. Porque el indocto, oyendo lo que no entiende, no conoce el fin de la oración y no responde: Amén, palabra que es tanto decir como "verdad", para que se confirme la bendición o acción de gracias. Porque la confirmación de la oración se cumple por los que responden "Amén", para que todo lo dicho sea confirmado en la mente de los oyentes por el testimonio de la verdad<sup>190</sup>'. Y después de muchas palabras de peso en el mismo sentido, dice: "La conclusión es ésta: que nada se debe hacer en la iglesia en vano, y que esto se debe procurar principalmente, para que también los ignorantes puedan sacar provecho, para que ninguna parte del cuerpo se oscurezca

<sup>183</sup> Basilio de Cesarea, Ep., 207(63).3.

<sup>184</sup> Basilio de Cesarea, Hexaameron, 4.7.

<sup>185</sup> Juan Crisóstomo, Hom. en 1 Cor., 35.

<sup>186</sup> Pseudo-Dionisio el Areopagita, De ecclesiastica hierarchia, 3.2.

<sup>187</sup> Cipriano, De Dominica oratione, 31.

<sup>188</sup> Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor. 14:2. Tradicionalmente atribuido a Ambrosio.

<sup>189</sup> 1 Cor. 14:16.

<sup>190</sup> Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor., 14.16.

por ignorancia<sup>191</sup>". Y para que nadie piense que todo esto se refiere a la predicación y no a la oración, aprovecha estas palabras de San Pablo: "Si no hay intérprete, que guarde silencio en la iglesia<sup>192</sup>" para decir lo siguiente: "Que ore en secreto o hable a Dios, que escucha a todos los mudos, porque en la iglesia debe hablar de modo que sea de provecho para todos<sup>193</sup>".

San Jerónimo, escribiendo sobre estas palabras de San Pablo dice: 'Cómo hará el que suple el lugar del ignorante<sup>194</sup>, etc.', y continúa: 'Es el laico a quien Pablo entiende aquí que está en el lugar del ignorante que no tiene oficio eclesiástico. ¿Cómo responderá Amén a la oración que no entiende?<sup>195</sup> Y poco después, sobre estas palabras de San Pablo: 'Porque si yo orara en una lengua, etc.<sup>196</sup>.' dice así: Este es el significado de Pablo: si alguien habla en lenguas extrañas y desconocidas, su mente se hace infructuosa, no para sí mismo, sino para el oyente, porque todo lo que se habla, él no lo entiende<sup>197</sup>.'

San Agustín, escribiendo sobre el Salmo dieciocho<sup>198</sup>, dice: «Debemos entender qué es esto, para poder cantar con la razón del hombre, no con el parloteo de los pájaros. Porque los hombres enseñan a los mirlos<sup>199</sup>, a los papagayos<sup>200</sup>, a los cuervos, a las urracas y a otros pájaros similares a parlotear sin saber qué, pero la santa voluntad de Dios da a la naturaleza humana el poder cantar con entendimiento<sup>201</sup>». El mismo Agustín dice también: «No es necesario hablar cuando oramos, salvo tal vez como hacen los sacerdotes para declarar su significado, no para que Dios, sino para que los hombres los escuchen, y así, al recordarlos con el consentimiento del sacerdote, puedan depender de Dios<sup>202</sup>».

Así, pues, las Sagradas Escrituras y los antiguos doctores nos enseñan que en la administración de la oración común y de los sacramentos no se debe emplear ninguna lengua desconocida para los oyentes. De modo que, para satisfacer la conciencia del cristiano, no necesitamos dedicar más tiempo a este asunto. Pero, para callar a los adversarios que se detienen demasiado en los decretos generales, será bueno añadir a estos testimonios de las Sagradas Escrituras y de los doctores una constitución hecha por el emperador Justiniano, que vivió quinientos veintisiete años después de Cristo y fue emperador de Roma. La constitución es ésta:

---

<sup>191</sup> Ibíd., 14:26.

<sup>192</sup> 1 Cor. 14:28.

<sup>193</sup> Hilario el Diácono, Com. en 1 Cor., 14.28.

<sup>194</sup> 1 Cor. 14:16.

<sup>195</sup> Anónimo, Com. en 1 Cor. Tradicionalmente atribuido a Jerónimo.

<sup>196</sup> 1 Cor. 14:14.

<sup>197</sup> Anónimo, Comm. en 1 Cor. Tradicionalmente atribuido a Jerónimo.

<sup>198</sup> Sal. 19 en el texto hebreo (y en inglés moderno).

<sup>199</sup> Quizás una especie de mirlo.

<sup>200</sup> Loros.

<sup>201</sup> Agustín, Enarrationes in Psalmos, 18.1.

<sup>202</sup> Agustín, De magistro, 2.

“Mandamos que todos los obispos y sacerdotes celebren la santa oblación y las oraciones utilizadas en el santo bautismo, no hablando en voz baja, sino con voz clara o fuerte, que pueda ser oída por el pueblo, para que así el ánimo de los oyentes se estimule con gran devoción a expresar las alabanzas del Señor Dios. Así lo enseña el santo apóstol en su primera epístola a los Corintios, diciendo: «Porque si bendices solo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Tú, en verdad, das gracias bien, pero el otro no es edificado<sup>203</sup>». Y de nuevo en la epístola a los Romanos, dice: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación<sup>204</sup>». Por tanto, por estas causas es conveniente que, entre otras oraciones, las cosas que se dicen en la santa oblación sean pronunciadas y dichas por los obispos y sacerdotes más religiosos a nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en voz alta. Y que los sacerdotes más religiosos sean conscientes de esto: que si descuidan alguna de estas cosas, darán cuenta de ellas en el terrible juicio de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, de igual forma nosotros, llegando a saber sobre tal negligencia y profanación, no descansaremos y no lo dejaremos sin venganza<sup>205</sup>. Este emperador, como escribe Sabellicus, favoreció al obispo de Roma<sup>206</sup>, y, sin embargo, vemos cuán claro es el decreto que hace para orar y administrar los sacramentos en una lengua conocida, para que la devoción de los oyentes pueda ser estimulada por el conocimiento, contra el juicio de aquellos que son ignorantes para hacer devoción. También hace que sea un asunto de condenación hacer estas cosas en una lengua que los oyentes no entienden. Concluyamos, pues, con el consentimiento de Dios y de todos los hombres buenos, que ninguna oración común ni ningún sacramento debe administrarse en una lengua que no sea entendida por los oyentes.

Ahora bien, una o dos palabras sobre la oración privada en una lengua desconocida. Comenzamos a hablar de este asunto no sólo para demostrar que ninguna oración común o administración de sacramentos debe hacerse en una lengua desconocida para los oyentes, sino también que ninguna persona debe orar en privado en una lengua que él mismo no entiende. Lo cual no será difícil de demostrar, si no olvidamos lo que es la oración. Porque si la oración es esa devoción de la mente que obliga al corazón a elevarse hacia Dios, ¿cómo se puede decir que ora aquella persona que no entiende las palabras que su lengua pronuncia en la oración? Sí, ¿cómo se puede decir que habla? Porque hablar es expresar con la voz el pensamiento de la mente, y la voz que un hombre emite al hablar no es otra cosa que el mensajero de la mente, para dar a conocer el conocimiento de lo que de otra manera yace secreto en el corazón y no puede ser conocido, según lo que escribe San Pablo: “quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del

---

<sup>203</sup> 1 Cor. 14:16–17.

<sup>204</sup> Rom. 10:10.

<sup>205</sup> Novellae, 123. Justiniano I fue emperador de 527 a 565.

<sup>206</sup> Sabelico, Rhaps. Hist. Ennead., 8.2.

hombre que está en él?<sup>207</sup> Por lo tanto, no se puede decir con propiedad que quien no entiende las voces que emite su lengua hable, sino que más bien lo finge, como los loros y otras aves similares suelen fingir las voces de los hombres. Ningún hombre, por lo tanto, que tema provocar la ira de Dios contra sí mismo se atreverá a hablarle a Dios imprudentemente, sin tener en cuenta una disposición de entendimiento reverente, en su presencia, sino que preparará su corazón antes de atreverse a hablarle a Dios. Y por eso, en nuestra oración común, el ministro dice a menudo: “Oremos”, queriendo con ello amonestar al pueblo para que prepare sus oídos para oír lo que se anhela recibir de la mano de Dios, y para que sus corazones puedan consentir en ello, y tener dispuestas sus lenguas para decir Amén al final. De esta manera preparó su corazón el profeta David cuando dijo: «Mi corazón está dispuesto, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré y entonaré un salmo<sup>208</sup>». También los judíos, en tiempos de Judit rogaban con todo su corazón a Dios que visitara a su pueblo Israel, estos habían preparado así sus corazones antes de comenzar a orar<sup>209</sup>. De esta manera, Manasés había preparado su corazón antes de orar y dijo: «Y ahora, oh Señor, doblo las rodillas de mi corazón, pidiendo una parte de su bondad misericordiosa<sup>210</sup>». Cuando el corazón está así preparado, la voz que sale del corazón es armoniosa a los oídos de Dios. De lo contrario, no la tiene en cuenta para aceptarla, pero como la persona que balbucea sus palabras sin sentido en la presencia de Dios demuestra que no tiene en cuenta la majestad de aquel a quien habla, Él lo toma como alguien que desprecia su majestad todopoderosa y le da su recompensa entre los hipócritas, que hacen una exhibición externa de santidad, pero sus corazones están llenos de pensamientos abominables incluso en el momento de sus oraciones<sup>211</sup>. Si, pues, queremos que nuestras oraciones no sean abominables delante de Dios, preparemos de tal manera nuestros corazones antes de orar y entendamos de tal manera las cosas que pedimos cuando oramos, que tanto nuestros corazones como nuestras voces resuenen juntos en los oídos de la majestad de Dios, y entonces no dejemos de recibir de su mano las cosas que pedimos, como lo hicieron los buenos hombres que nos precedieron, y así de tiempo en tiempo recibieron aquello que para la salud de sus almas desearon en cualquier momento.

San Agustín parece estar de acuerdo con este asunto, pues dice lo siguiente de aquellos que, habiendo sido educados en la gramática y la retórica, se convierten a Cristo, por lo que deben ser instruidos en la religión cristiana. Que sepan también -dice- que no es la voz sino el afecto de la mente lo que llega a los oídos de Dios. Y así sucederá que si por casualidad notan que algunos obispos o ministros de la iglesia invocan a Dios con palabras bárbaras o desordenadas, o que no entienden o dividen desordenadamente las palabras que pronuncian, no se burlarán de ellos'.

---

<sup>207</sup> 1 Cor. 2:11.

<sup>208</sup> Sal. 57:7.

<sup>209</sup> Jueces. 4:9–15.

<sup>210</sup> Oración de Manasés; cf. 2 Cr. 34:12–13, 18–19.

<sup>211</sup> 1 Sam. 16:7.

Hasta aquí parece soportar orar en una lengua desconocida, pero en la siguiente frase abre su mente así: No porque estas cosas no deban ser enmendadas, para que el pueblo diga Amén a lo que claramente entiende. Sin embargo, estas cosas deben ser soportadas piadosamente por estos catequistas o instructores de la fe, para que aprendan que así como en el lugar común donde se alegan los asuntos, la bondad de una oración consiste en el sonido, así también en la iglesia consiste en la devoción<sup>212</sup>". De modo que no permite que se ore en una lengua que no entienda el que ora, sino que instruye al orador hábil para que soporte la lengua ruda del simple ministro devoto.

Para concluir. Si la falta de comprensión de las palabras que se hablan en la congregación las hace infructuosas para los oyentes, ¿cómo no debería hacer lo mismo que las palabras leídas sean infructuosas para el lector? La bondad misericordiosa de Dios nos conceda su gracia para invocarlo como debemos hacerlo, para su gloria y nuestra felicidad sin fin, lo que haremos si nos humillamos ante su vista y en todas nuestras oraciones, tanto comunes como privadas, manteniendo nuestras mentes completamente fijas en Él. Porque "El clamor del pobre traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios; no desiste hasta que Dios lo atiende y, como juez justo, le hace justicia. Y Dios no se demora; como guerrero valiente, no se detiene<sup>213</sup>" A él, pues, todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

**Amén.**

---

<sup>212</sup> Agustín, De catechizandis rudibus, 13. 61. Señor. 35:17-18.

<sup>213</sup> Eclesiástico 35:17-19

## Respuesta a las Personas que se Ofenden por Ciertos Pasajes de las Escrituras



*Autor desconocido.*

De la respetuosa estima de la Palabra de Dios.

1. Amados, ningún corazón puede concebir suficientemente bien el gran provecho y beneficio que los hombres y mujeres cristianos pueden obtener al escuchar y leer diligentemente las Sagradas Escrituras, y mucho menos ninguna lengua puede expresar estas cosas con palabras. Por eso Satanás, nuestro antiguo enemigo, viendo que las Escrituras son el camino correctamente designado para llevar a la gente al verdadero conocimiento de Dios, y que la religión cristiana es ampliamente fomentada al escucharlas y leerlas con diligencia, y percibiendo también que estas son un obstáculo para él y para su reino, hace lo que puede para expulsar de la iglesia de Dios la lectura de ellas. Y con ese fin siempre ha incitado, en uno u otro lugar, a crueles tiranos, agudos perseguidores y enemigos extremos

de Dios y su verdad infalible, para arrancar con violencia las Santas Biblias de las manos del pueblo y destruirlas y consumirlas con el mayor odio y rencor hasta convertirlas en cenizas en el fuego, pretendiendo imponer de la manera más falsa la idea de que el mucho oír y leer la Palabra de Dios es una ocasión de herejía, libertad carnal y el derrocamiento de todo buen orden en todas las comunidades bien organizadas.

Si conocer a Dios correctamente es una ocasión para el mal, entonces debemos necesariamente admitir que la escucha y la lectura de las Sagradas Escrituras son causa de herejía, libertad carnal y subversión de todo buen orden. Pero el conocimiento de Dios y de nosotros mismos está tan lejos de ser una ocasión para el mal que es el medio más fácil, más aún, el único, para refrenar la libertad carnal y matar todos nuestros afectos impíos. Y de hecho, la única forma ordinaria de alcanzar este conocimiento es escuchando y leyendo con diligencia las Sagradas Escrituras. Porque todas las Escrituras, dice San Pablo, fueron dadas por inspiración de Dios<sup>214</sup>, o, acaso, ¿pensaremos nosotros, hombres cristianos, aprender el conocimiento de Dios y de nosotros mismos en la obra o escrito de cualquier hombre terrenal considerando este como mejor o prefiriéndolo antes que el que podemos obtener de las Sagradas Escrituras escritas por inspiración del Espíritu Santo? «Las Escrituras no nos fueron traídas por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios», como atestigua San Pedro, «hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo de Dios<sup>215</sup>». El Espíritu Santo es el ayo de la verdad, que conduce a sus discípulos, como dice de Él nuestro Salvador Cristo, a toda la verdad<sup>216</sup>. Y quien no es guiado y enseñado por este ayo no puede sino caer en un profundo error, por muy buena que sea su pretensión, por muy buen conocimiento y erudición que tenga de todas las demás obras y escritos, o por muy hermosa que sea su apariencia o cara de verdad en la estimación y juicio del mundo.

Si alguien dijera: "Quiero un modelo verdadero y una descripción perfecta de una vida recta aprobada a la vista de Dios, ¿creéis que podemos encontrar algo mejor o similar a Cristo Jesús y su doctrina? La Escritura pinta y presenta tan vívidamente ante nuestros ojos la conducta virtuosa y la vida piadosa de quien, contemplando ese modelo, podemos dar forma y estructurar nuestras vidas lo más cerca posible de su perfección. "Imitadme", dice San Pablo, "como yo imito a Cristo<sup>217</sup>". Y San Juan en su epístola dice: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo<sup>218</sup>". ¿Y dónde aprenderemos el orden de la vida de Cristo sino en la Escritura?

---

<sup>214</sup> 2 Tim. 3:16.

<sup>215</sup> 2 Pedro 1:21.

<sup>216</sup> Juan 16:13.

<sup>217</sup> 1 Cor. 11:1.

<sup>218</sup> 1 Juan 2:6.

Si alguien quisiera una medicina para curar todas las enfermedades y dolencias de la mente. ¿Puede encontrarse o conseguirse esto en otro lugar que no sea en el propio libro de Dios, sus Sagradas Escrituras? Cristo enseñó mucho cuando dijo a los judíos obstinados: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna<sup>219</sup>". Si las Escrituras contienen en sí la vida eterna, debe seguirse necesariamente que también tienen el remedio presente contra todo lo que es un obstáculo y un impedimento para la vida eterna.

[Si deseamos el conocimiento de la sabiduría celestial, ¿por qué habríamos de aprenderla más bien del hombre que de Dios mismo, quien, como dice Santiago, es el dador de la sabiduría<sup>220</sup>? Sí, ¿por qué no aprenderla de la propia boca de Cristo, quien prometiendo estar presente con su iglesia hasta el fin del mundo<sup>221</sup>, cumple su promesa en que no sólo está con nosotros por su gracia y tierna piedad, sino también en esto, que nos habla actualmente en las Sagradas Escrituras, para el gran e interminable consuelo de todos los que tienen algún sentimiento de Dios en ellos? Sí, ahora nos habla en las Escrituras más provechosamente de lo que lo hizo de palabra a los judíos carnales, cuando vivía con ellos aquí en la tierra. Porque ellos, me refiero a los judíos, no podían oír ni ver las cosas que nosotros ahora podemos oír y ver, si traemos con nosotros los oídos y los ojos con que Cristo es oído y visto, es decir, diligencia para oír y leer sus Sagradas Escrituras, y fe verdadera para creer sus promesas más consoladoras.

Si alguien pudiera mostrar tan solo la huella del pie de Cristo, creo que un gran número de personas se postrarían y la adorarían, pero a las Sagradas Escrituras, donde podemos ver diariamente, si queremos, no diré solo la huella de sus pies, sino toda la forma y la imagen vívida de Él, lamentablemente les damos poca reverencia o ninguna en absoluto. Si alguien pudiera dejarnos ver la túnica de Cristo, algunos de nosotros haríamos un gran esfuerzo, y esto, si tan sólo pudiéramos acercarnos a contemplarla, sí, y también nos arrojaríamos a besarla; más, sin embargo, todas las ropas que alguna vez usó no pueden expresar su maravillosa obra tan verdadera ni tan vívidamente como lo hacen las Escrituras. La imagen de Cristo, hecha en madera, piedra o metal, algunos hombres, por el amor que sienten por Cristo, la adornan y la embellecen con perlas, oro y piedras preciosas, y ¿no deberíamos nosotros, buenos hermanos, abrazar y reverenciar mucho más los libros sagrados de Dios, la Sagrada Biblia<sup>222</sup>, que nos representa a Cristo más verdaderamente que cualquier imagen? La imagen sólo puede expresar la forma o figura de su cuerpo, si es que puede hacer tanto, pero la Escritura presenta a Cristo de tal manera que podemos verlo como Dios y como hombre; podemos verlo, digo, hablándonos, sanando nuestras enfermedades, muriendo por nuestros pecados, resucitando de entre los muertos para nuestra justificación. Y para abreviar,

---

<sup>219</sup> Juan 5:39.

<sup>220</sup> Santiago 1:5.

<sup>221</sup> Mateo. 28:20.

<sup>222</sup> Tenga en cuenta que la palabra latina "Biblia", después del griego, es plural.

podemos en las Escrituras ver perfecta y completamente a Cristo con el ojo de la fe, no así, si nos encontráramos sin fe, pues en ninguna manera podríamos verlo con nuestros ojos físicos corporales, aún, si Él estuviera ahora presente aquí ante nosotros.

Que todo hombre, mujer y niño, con todo su corazón, tenga sed y desee las Sagradas Escrituras de Dios, las ame, las abrace, tenga su deleite y placer en oírlas y leerlas, para que al final podamos ser transformados y cambiados en ellas. Porque las Sagradas Escrituras son el tesoro de Dios donde se encuentran todas las cosas que necesitamos ver, oír, aprender y creer, necesarias para alcanzar la vida eterna<sup>223</sup>].

Esto se dice sólo para daros una muestra de algunos de los beneficios que podéis obtener al oír y leer las Sagradas Escrituras, porque como dije al principio, ninguna lengua es capaz de declarar y expresar todo. Y aunque es más claro que el mediodía que el ignorar las Escrituras es causa de error, como dice Cristo a los saduceos: «Erráis, ignorando las Escrituras<sup>224</sup>», y que el error detiene y aparta a los hombres del conocimiento de Dios, y como dice San Jerónimo: «no conocer las Escrituras es ignorar a Cristo<sup>225</sup>», sin embargo, no obstante esto, hay algunos que piensan que no es adecuado que toda clase de hombres lean las Escrituras porque son, como ellos piensan, en diversos lugares piedras de tropiezo para los ignorantes; Primero, porque el texto de la Escritura es a veces tan sencillo, directo y claro, que ofende el ingenio fino y delicado de algunos cortesanos; además, porque la Escritura también informa, incluso sobre aquellos hombres que en ellas mismas son elogiados como hijos de Dios, que cometieron diversos actos aborrecibles, algunos de los cuales son contrarios a la ley natural, algunos repugnantes a la ley escrita y otros parecen reñir manifiestamente contra la honestidad pública, siendo que todas estas cosas que se dicen sobre ellos, son para los simples una ocasión de gran ofensa y hacen que muchos piensen mal de las Escrituras y desacreditan su autoridad. Algunos se ofenden al oír y leer la diversidad de los ritos y ceremonias de los sacrificios y oblaciones de la ley. Y algunos hombres de ingenio mundano piensan que es una gran decadencia para el gobierno pacífico y prudente de sus bienes comunes prestar oídos a las reglas y preceptos simples y sencillos de nuestro Salvador Cristo en su evangelio, como ofendiéndose de que un hombre esté dispuesto a volver su mejilla derecha al que le golpea en la izquierda y al que le quiere quitar su túnica, ofrecerle también su capa, con tales otros dichos de perfección en el sentido de Cristo<sup>226</sup>; porque la razón carnal, siendo siempre enemiga de Dios y no percibiendo las cosas del espíritu de Dios, aborrece tales preceptos<sup>227</sup>; los cuales, sin embargo, rectamente

---

<sup>223</sup> Los párrafos entre corchetes están traducidos de Erasmo, *Paraclesis, id est adhortatio, ad Christianae philosophiae studium*, en *Opera*, 5.120-121 (Basilea: Johann Froben, 1540).

<sup>224</sup> Mateo. 22:29.

<sup>225</sup> Jerónimo, *Prólogo ad Isaías*.

<sup>226</sup> Mateo. 5:39-40.

<sup>227</sup> Romanos 8:7; 1 Corintios 2:14.

entendidos, no infringen las políticas judiciales ni los gobiernos de los hombres cristianos. Y hay algunos que, oyendo que las Escrituras nos mandan vivir sin preocupaciones, sin planes futuros estrictos y sin previsión, se burlan de la sencillez de ellas<sup>228</sup>. Por tanto, para quitar y alejar lo más posible las ocasiones de ofensa, responderé ordenadamente a estas objeciones.

En primer lugar, voy a abordar algunos de esos lugares en los que los hombres se ofenden por la sencillez y la crudeza de la palabra, esto a fin de mostrar el verdadero significado de ellos.

En el libro de Deuteronomio está escrito que Dios Todopoderoso estableció una ley: si un hombre moría sin descendencia, su hermano o pariente más cercano debía casarse con su viuda, y el hijo que naciera primero entre ellos debía llevar el nombre del hermano muerto, para que el nombre del fallecido no fuera borrado de Israel, y si el hermano o pariente más cercano no se casaba con la viuda, entonces ella, ante los magistrados de la ciudad, debía arrancarle la sandalia del pie y escupirle en la cara, diciendo: 'Así se hará con el hombre que no construya la casa de su hermano<sup>229</sup>'. Aquí, queridos hermanos, el arrancarle la sandalia y escupirle en la cara eran ceremonias para dar a entender a toda la gente de esa ciudad que la mujer no tenía ahora la culpa de que la ley de Dios en ese punto hubiera sido quebrantada, sino que toda la vergüenza y la culpa recaían ahora sobre ese hombre que abiertamente ante los magistrados se negaba a casarse con ella, y esto no era un reproche sólo para él, sino también para toda su posteridad, pues desde entonces se llamaban 'la familia del descalzado'.

Otro pasaje de los salmos: "Quebrantaré", dice David, "todos los cuernos de los pecadores, pero los cuernos del justo serán exaltados<sup>230</sup>". Por "cuerno" en la Escritura se entiende poder, fuerza, fortaleza y, en ocasiones, gobierno. El profeta, al decir: "Quebrantaré los cuernos de los impíos", quiere decir que todo el dominio, la fuerza y el poderío de los enemigos de Dios no sólo se debilitarán y serán abatidos, sino que, al final, también serán completamente quebrantados y destruidos, aunque por un tiempo, para probar de la mejor forma a su pueblo, Dios permite que los enemigos prevalezcan y tengan ventaja. En el salmo ciento treinta y dos se dice: "Haré florecer el cuerno de David<sup>231</sup>". Aquí el cuerno de David significa su reino. Por tanto, Dios Todopoderoso, con esta manera de hablar, promete dar a David la victoria sobre todos sus enemigos y establecerlo en su reino a pesar de todos sus contendientes.

---

<sup>228</sup> Mateo 6:25–34.

<sup>229</sup> Deuteronomio 25:5–10.

<sup>230</sup> Salmo 75:10.

<sup>231</sup> Salmo 132:17.

Y en el Salmo sesenta está escrito: “Moab, vasija para lavarme, sobre Edom arrojaré mi calzado<sup>232</sup>, etc.”. En ese lugar el profeta muestra cuán bondadosamente Dios ha tratado con su pueblo, los hijos de Israel, dándoles grandes victorias sobre sus enemigos por todos lados. Porque los moabitas y los idumeos siendo dos grandes naciones, gente orgullosa, valiente y poderosa, Dios los sometió y los hizo siervos de los israelitas, siervos digo, para inclinarse a quitarles los zapatos y lavarles los pies. Entonces, “Moab es mi vasija de lavar, y sobre Edom arrojaré mi calzado”, es como si hubiera dicho: “Los moabitas y los idumeos, a pesar de toda su valentía contra nosotros en el desierto, ahora son nuestros súbditos, nuestros siervos, sí, subordinados para quitarnos los zapatos y lavarnos los pies”. Ahora, les ruego, ¿qué manera indecorosa de hablar es esta, tan utilizada en el lenguaje común entre los hebreos? Es una vergüenza que los cristianos sean tan ligeros de espíritu que jueguen, como hacen los rufianes, con esos discursos que contienen un correcto sentido y que han sido pronunciados por el Espíritu Santo. Sería más razonable que el hombre vano aprendiera y reverenciara la forma de las palabras de Dios en lugar de escudriñarlas para su condenación. De la misma manera dio Faraón, rey de Egipto, a Agar, la egipcia, por sierva a Sara, mujer de Abraham. Así también dio Labán a Zilpa por sierva a su hija Lea, el día de su boda, y a su otra hija, Raquel, otra sierva llamada Bilha<sup>233</sup>. Y las mujeres que eran dueñas de sus siervas las daban en matrimonio a sus maridos en diversas ocasiones. Sara dio a su sierva Agar en matrimonio a Abraham<sup>234</sup>. Asimismo, Lea dio a su sierva Zilpa a su marido Jacob<sup>235</sup>. También Raquel, su otra mujer, le dio a su sierva Bilha, diciéndole: Entra a ella, y ella dará a luz sobre mis rodillas; es como si dijera: Tómala como esposa y haz de ellas como si fueran mías propias<sup>236</sup>. Estas siervas o esclavas, aunque por matrimonio se convertían en esposas, no tenían esta prerrogativa de gobernar en la casa, sino que seguían siendo subordinadas y estaban en sujeción a su señora, y nunca fueron llamadas madres de la casa, amas o damas de la casa, sino que a veces se las llama esposas, a veces concubinas. La pluralidad de esposas fue una prerrogativa especial sufrida a los padres del Antiguo Testamento, no para satisfacer sus lujurias carnales y pecaminosas, sino para tener muchos hijos, porque cada uno de ellos esperaba y rogaba muchas veces a Dios en sus oraciones que aquella simiente bendita que Dios prometió que vendría al mundo para quebrantar la cabeza de la serpiente, viniese y naciese de su linaje y parentesco.

Ahora bien, de los que toman ocasión para la carnalidad y mala vida oyendo y leyendo en el libro de Dios lo que el Señor ha padecido, aun en aquellos hombres cuyo encomio se alaba en la Escritura, como es el caso de Noé, a quien San Pedro llama el octavo predicador de la justicia<sup>237</sup>, que estaba tan ebrio de vino que en su

---

<sup>232</sup> Sal. 60:8.

<sup>233</sup> Génesis 29:24, 29.

<sup>234</sup> Génesis 16:3.

<sup>235</sup> Génesis 30:9.

<sup>236</sup> Génesis 30:3–4.

<sup>237</sup> 2 Pedro 2 :5. La redacción sigue el Nuevo Testamento de Tyndale (1526) y la Gran Biblia (1538).

sueño descubrió sus propias vestiduras<sup>238</sup>. El justo Lot estaba igualmente ebrio, y en su embriaguez yació con sus propias hijas, contra la ley de la naturaleza<sup>239</sup>. Abraham, cuya fe era tan grande que por ello mereció ser llamado por boca de Dios 'padre de muchas naciones, padre de todos los creyentes', además de con Sara su esposa, tuvo también intimidad carnal con Agar, la sierva de Sara<sup>240</sup>. El patriarca Jacob tuvo por esposas a dos hermanas a la vez<sup>241</sup>. El profeta David y el rey Salomón, su hijo, tuvieron muchas esposas y concubinas, etc<sup>242</sup>. Cosas que vemos claramente que nos están prohibidas por la ley de Dios y que ahora repugnan a toda honestidad pública. Estos y otros casos semejantes que en el libro de Dios han sido llevados a cabo por personas que han sido tenidas por justas, no se encuentran registrados para justificar que debemos o podemos hacer lo mismo, siguiendo sus ejemplos, o para que pensemos que Dios permitió con agrado cada una de estas cosas en aquellos hombres, sino que más bien debemos creer y juzgar que Noé en su borrachera ofendió a Dios altamente, y Lot acostándose con sus hijas cometió un incesto horrible. Debemos, pues, aprender de ellos esta provechosa lección: si hombres tan piadosos como ellos, que sintieron que el Espíritu Santo de Dios inflamaba sus corazones con el temor y el amor de Dios, no pudieron por sus propias fuerzas evitar cometer pecados horribles, sino que cayeron tan gravemente, de tal forma que sin la gran misericordia de Dios habrían perecido eternamente, cuánto más nosotros, miserables desventurados, que no tenemos ningún sentimiento de Dios en nuestro interior, debemos temer continuamente no sólo que caigamos como ellos, sino también que seamos vencidos y ahogados en el pecado, cosa que a ellos no sucedía, y así, al considerar su caída, aprovechemos la mejor ocasión para reconocer nuestra propia debilidad y flaqueza, y por lo tanto, clamar con más fervor a Dios Todopoderoso con oración de corazón incesantemente para que su gracia nos fortalezca y nos defienda de todo mal. Y aunque por la debilidad tengamos la oportunidad de caer en cualquier momento, sin embargo, podemos, mediante un arrepentimiento de corazón y una fe verdadera, levantarnos rápidamente de nuevo y no dormirnos y continuar en el pecado como lo hace el malvado.

Así pues, buenas personas, debemos entender estas cosas expresadas en las divinas Escrituras, de modo que esta santa mesa de la Palabra de Dios no se convierta para nosotros en una trampa, un lazo y una piedra de tropiezo<sup>243</sup>, haciéndonos daño con un entendimiento abusivo de estas cosas, sino que las estimemos con tal humildad reverente que podamos encontrar en ellas nuestro alimento necesario para fortalecernos, consolarnos e instruirnos, como Dios en su gran misericordia las ha designado instruyéndonos en todas las obras que nos son necesarias, para que seamos perfectos ante Él en todo el curso de nuestra vida. Lo

---

<sup>238</sup> Génesis 9:21.

<sup>239</sup> Génesis 19:30–36.

<sup>240</sup> Génesis 17:4–5; Romanos 12:1–10.4:11–18; Génesis 16:4.

<sup>241</sup> Génesis 29:23–30.

<sup>242</sup> 2 Samuel 3:2–5; 5:13; 1 Reyes 11:1–3.

<sup>243</sup> Salmo 69 :22.

cual nos conceda el que nos ha redimido, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

2. Habéis oído, buenas gentes, en la homilía que os hemos leído últimamente, sobre el gran bien de las Sagradas Escrituras, habéis oído cómo los hombres ignorantes, carentes de entendimiento piadoso, buscan disputas para desacreditarlas; algunas de sus razones habéis oído contestadas. Ahora procederemos a hablar de tales sabios políticos que se ofenden, porque los preceptos de Cristo parecen destruir todo orden en el gobierno, como alegan por ejemplo citando casos como los siguientes. Si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra<sup>244</sup>. «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha<sup>245</sup>». «Si tu ojo, tu mano o tu pie te son ocasión de caer, sácate el ojo, córtate la mano, el pie y échalo de ti<sup>246</sup>». «Si tu enemigo -dice San Pablo- tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; haciendo esto, amontonarás carbones encendidos sobre su cabeza<sup>247</sup>». Estas sentencias, buenas gentes, a un hombre natural le parecen meros absurdos, contrarios a toda razón. Porque el hombre natural, como dice San Pablo, no entiende las cosas que pertenecen a Dios, ni puede entenderlas mientras el viejo Adán habite en él<sup>248</sup>. Cristo quiere decir, por tanto, que desea que sus fieles siervos estén tan lejos de la venganza y de resistir al malo que preferiría que estuvieran dispuestos a sufrir otro mal antes que, resistiéndose, quebranten a la caridad y pierdan la paciencia. Él quiere que nuestras buenas obras estén tan lejos de los impulsos carnales, que incluso no desea que nuestros amigos más ínfimos sepan de nuestras buenas obras, para no propiciar así la ganancia de una vana gloria. Y aunque nuestros amigos y parientes sean tan queridos como nuestros ojos y nuestras manos derechas, si nos apartan de Dios, debemos renunciar a ellos y abandonarlos.

Por lo tanto, si queréis ser oyentes y lectores provechosos de las Sagradas Escrituras, debéis primero negaros a vosotros mismos y manteneros bajo vuestros sentidos carnales, cautivados por las palabras externas, y buscar el significado interno; la razón debe dar lugar al Espíritu Santo de Dios; debéis someter vuestra sabiduría y juicio mundanos a su sabiduría y juicio divinos. Considerad que la Escritura, por extraña que sea su forma de pronunciación, es la Palabra del Dios viviente. Vuelve siempre a vuestra memoria aquello que tantas veces se repite del profeta Isaías: «La boca del Señor -dice- lo ha dicho<sup>249</sup>». El Dios Todopoderoso y eterno, que con su única Palabra creó el cielo y la tierra, lo ha decretado<sup>250</sup>. «Así dice el Señor de los ejércitos, cuyos caminos están en los mares, cuyos senderos están

<sup>244</sup> Mateo 5:39–40.

<sup>245</sup> Mateo 6:3.

<sup>246</sup> Mateo 18:8–9.

<sup>247</sup> Romanos 12:20.

<sup>248</sup> 1 Corintios 2:14.

<sup>249</sup> Isaías 1:20; 40:5; 58:14.

<sup>250</sup> Isaías 42:5; 44:24; 45:18.

en las aguas profundas”, el Señor y Dios por cuya palabra todas las cosas en el cielo y en la tierra son creadas, gobernadas y preservadas, así lo ha dispuesto<sup>251</sup>. “El Dios de dioses y Señor de todos los señores”, sí, Dios que es el único Dios, incomprensible, todopoderoso y eterno, Él lo ha dicho; es su Palabra<sup>252</sup>. Por lo tanto, no puede ser sino verdad lo que procede del Dios de toda verdad; no puede ser sino sabia y prudentemente ordenado lo que el Dios Todopoderoso ha ideado, por muy vanamente que, por falta de gracia, nosotros, miserables desdichados, imaginemos y juzguemos de su santísima Palabra.

El profeta David, describiendo a un hombre feliz, dice: “Bienaventurado el hombre que no ha andado en el consejo de los impíos, ni se ha detenido en el camino de los pecadores, ni se ha sentado en la silla de los escarnecedores<sup>253</sup>”. Hay tres clases de personas de cuya compañía el profeta quiere que se huya y evite, para que haciéndolo seas un hombre feliz y partícipe de la bendición de Dios. Primero, no debemos andar en el consejo de los impíos. Segundo, no debemos entrar en el camino de los pecadores. Tercero, no debemos sentarnos en la silla de los escarnecedores. Por estas tres clases de personas, hombres impíos, pecadores y escarnecedores, toda impiedad es significada y es expresada plenamente.

Por impíos entiende aquellos que no tienen consideración alguna hacia Dios Todopoderoso, que están vacíos de toda fe, cuyos corazones y mentes están tan centrados en el mundo que sólo estudian cómo llevar a cabo sus prácticas mundanas, sus imaginaciones carnales, su lujuria y deseo sucios, sin ningún temor de Dios. A la segunda clase la llama pecadores, no a los que caen por ignorancia o por fragilidad, porque entonces ¿quién sería hallado libre? ¿Qué hombre ha vivido jamás sobre la tierra, exceptuando sólo a Cristo, que no haya pecado? “Porque siete veces cae el justo y vuelve a levantarse<sup>254</sup>”. Aunque los piadosos caen, no siguen caminando deliberadamente en pecado; no se quedan quietos para continuar y demorarse en el pecado; no se sientan como hombres descuidados, sin ningún temor del castigo de Dios por la maldad, sino que desafiando el pecado por la gran gracia y la infinita misericordia de Dios, se levantan de nuevo y luchan contra este. El profeta entonces llama pecadores a aquellos cuyos corazones están completamente apartados de Dios y cuya conducta en la vida no es más que pecado; Se deleitan tanto en lo mismo que eligen continuamente permanecer y morar en el pecado. A la tercera clase la llama escarnecedores, es decir, una clase de hombres cuyos corazones están tan llenos de malicia que no se contentan con morar en el pecado y llevar sus vidas en toda clase de maldad, sino que también desprecian y se burlan de toda piedad, religión verdadera, toda honestidad y virtud. De las dos primeras clases de hombres, no diré que no pueden arrepentirse y convertirse a Dios. De la tercera clase, creo que puedo, sin peligro del juicio de Dios, decir que nunca ninguno

<sup>251</sup> Salmo 77:19; Isaías 43:16; 51:15; 54:5; 2 Pedro 3:5, 7.

<sup>252</sup> Deuteronomio 10:17; Salmo 86:10.

<sup>253</sup> Salmo 1:1.

<sup>254</sup> Proverbios 24:16.

se ha convertido a Dios por el arrepentimiento, sino que continúa en su abominable debilidad, amontonando para sí mismos condenación, hasta el día del inevitable juicio de Dios. Ejemplos de tales burladores los encontramos en el segundo libro de Crónicas. Cuando el buen rey Ezequías, al principio de su reinado, hubo destruido la idolatría, purificado el templo y reformado la religión en su reino, envió mensajeros a todas las ciudades para reunir al pueblo en Jerusalén, para solemnizar la fiesta de la Pascua de Resurrección en la forma que Dios había designado. “Y así pasaban los correos de ciudad en ciudad por la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón”. ¿Y qué pensáis vosotros del pueblo? ¿Acaso alabaron y exaltaron el nombre del Señor, que les había dado un rey tan bueno, un príncipe tan celoso para abolir la idolatría y restaurar de nuevo la verdadera religión de Dios? No, no. La Escritura dice que el pueblo “se burló de ellos y se mofó de los mensajeros del rey<sup>255</sup>”. Y en el último capítulo del mismo libro está escrito que Dios Todopoderoso “tuvo compasión de su pueblo y les envió a sus mensajeros, los profetas”, para llamarlos a abandonar su abominable idolatría y su malvada forma de vida. Pero se burlaron de sus mensajeros, despreciaron sus palabras y abusaron de sus profetas, hasta que la ira del Señor se levantó contra su pueblo y esto hasta que no hubo remedio, pues los entregó en manos de sus enemigos, hasta Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los despojó de sus bienes, saqueó su ciudad y los llevó cautivos a Babilonia, junto con sus mujeres y sus hijos<sup>256</sup>. Los impíos que había en los días de Noé no hicieron sino burlarse de la Palabra de Dios, cuando Noé les dijo que Dios se vengaría de ellos por sus pecados. Por lo tanto, el diluvio vino repentinamente sobre ellos y los ahogó, con todo el mundo<sup>257</sup>. Lot predicó a los sodomitas avisándoles que, si no se arrepentían, tanto ellos como su ciudad serían destruidos. Ellos pensaron que sus dichos eran imposibles de ser ciertos, se burlaron y despreciaron su admonición y lo reputaron como un viejo loco. Pero cuando Dios, por medio de sus santos ángeles, se llevó de entre ellos a Lot, a su mujer y a sus dos hijas, hizo llover del cielo fuego y azufre, e hizo cenizas a aquellos escarnecedores y burladores de su santa Palabra<sup>258</sup>. ¿Y qué estimación tenía la doctrina de Cristo entre los escribas y fariseos? ¿Qué recompensa tuvo entre ellos? El evangelio nos informa así: “*Los fariseos, que eran avaros*, también escuchaban estas cosas, y se burlaban de Él<sup>259</sup>”. Ved, pues, que los ricos mundanos desprecian la doctrina de su salvación. Los sabios del mundo desprecian la doctrina de Cristo, como una necedad, esto para su entendimiento<sup>260</sup>. Estos despreciadores siempre han existido y siempre existirán hasta el fin del mundo. Porque San Pedro profetizó que tales escarnecedores estarían en el mundo hasta los postreros días<sup>261</sup>. Por tanto, hermanos míos, tened cuidado. No seáis escarnecedores de la santísima Palabra de Dios. No le provoquéis a derramar ahora su ira sobre vosotros como lo hizo entonces sobre aquellos burladores y

<sup>255</sup> 2 Crónicas 30:1–10.

<sup>256</sup> 2 Crónicas 26:15–20.

<sup>257</sup> Génesis 6–7; Lucas 17:27.

<sup>258</sup> Génesis 19; Lucas 17:28–29.

<sup>259</sup> Lucas 16:41.

<sup>260</sup> 1 Cor. 1:18–23, 2:14.

<sup>261</sup> 2 Pedro 3:3–4.

escarnecedores. No seáis asesinos voluntarios de vuestras propias almas. Volveos a Dios mientras haya tiempo de misericordia; si no, os arrepentís ahora, no lo podréis hacer en el mundo venidero, cuando sea demasiado tarde, pues allí habrá juicio sin misericordia<sup>262</sup>.

Esto podría bastar para amonestarnos y hacernos reverenciar de aquí en adelante las Sagradas Escrituras de Dios, pero no todos los hombres tienen fe<sup>263</sup>. Por lo tanto, esto no satisfará ni contentará las mentes de todos los hombres, sino que, como algunos son carnales, continuarán abusando carnalmente de las Escrituras para su mayor condenación. “Los indoctos e inconstantes”, dice San Pedro, “pervierten las Sagradas Escrituras para su propia perdición<sup>264</sup>”. Jesucristo, como dice san Pablo, es para los judíos escándalo y para los gentiles necedad, pero para los hijos de Dios, tanto de los judíos como de los gentiles, es poder y sabiduría de Dios<sup>265</sup>. El santo varón Simeón dice que Él ha sido puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel<sup>266</sup>. Así como Cristo Jesús es causa de caída para los réprobos que aún perecen por su propia falta, así también su Palabra, sí, todo el libro de Dios, es causa de condenación para ellos por su incredulidad. Él levanta única y exclusivamente a aquellos que son hijos de Dios por adopción, de la misma forma su Palabra, sí, toda la Escritura, es poder de Dios para salvación sólo para aquellos que creen en ella<sup>267</sup>. Por tanto, Cristo mismo, los profetas antes de Él, los apóstoles después de Él, todos los verdaderos ministros de la santa Palabra de Dios, sí, cada palabra en el libro de Dios, es para los réprobos olor de muerte para muerte<sup>268</sup>. Cristo Jesús, los profetas, los apóstoles y todos los verdaderos ministros de su Palabra, sí, cada jota y tilde en la Sagrada Escritura, han sido, son y serán para siempre olor de vida para vida eterna para todos aquellos cuyos corazones Dios ha purificado por la fe verdadera. Cuidemos seriamente de no hacer burla de los libros de las Sagradas Escrituras. Cuanto más oscuros y tenebrosos sean los dichos para nuestro entendimiento, tanto más nos hemos de considerar alejados de Dios y de su Espíritu Santo, que fue el autor de ellos. Esforcémonos con más reverencia en buscar la sabiduría oculta en la corteza externa de la Escritura. Si no podemos entender el sentido y la razón de lo que se dice, no seamos, sin embargo, burladores, ni ridiculizadores, porque esa es la máxima muestra y demostración de un réprobo, de un claro enemigo de Dios y de su sabiduría. No son fábulas ociosas para burlarse de ellas, las cuales Dios pronuncia seriamente, y así debemos estimarlas, como asuntos serios.

Y aunque en varios lugares de las Escrituras se exponen diversos ritos y ceremonias, oblaciones y sacrificios, no los consideremos extraños, sino refirámoslos

---

<sup>262</sup> Santiago 2:13.

<sup>263</sup> 2 Tes. 3:2.

<sup>264</sup> 2 Pedro 3:16.

<sup>265</sup> 1 Cor. 1:23–24.

<sup>266</sup> Lucas 2:34.

<sup>267</sup> Romanos 1:16.

<sup>268</sup> 2 Cor. 2:16.

a los tiempos y pueblos para los que sirvieron, aunque para los hombres doctos no son inútiles para ser considerados, sino para ser expuestos como figuras y sombras de cosas y personas reveladas más tarde abiertamente en el Nuevo Testamento. Aunque el recuento de las genealogías y los linajes de los padres no sea demasiado edificante para el pueblo ignorante, no hay nada tan impertinente dicho en todo el libro de la Biblia, que no pueda servir a un propósito espiritual en algún aspecto para todos aquellos que se esfuerzan en buscar los significados. Estos no pueden ser condenados porque no sirvan a nuestro entendimiento, ni hagan por nuestra edificación. Pero pongamos nuestro empeño en entender y llevarnos aquellas sentencias e historias que sean más aptas para nuestra capacidad e instrucción.

Y mientras leemos en varios salmos<sup>269</sup> cómo David deseó a los adversarios de Dios alguna vez vergüenza, reprensión y confusión, alguna vez la decadencia de su descendencia y linaje, alguna vez que perecieran y vinieran repentinamente a la destrucción (tal y como deseó también a los capitanes de los filisteos: "Despide", dice, "relámpagos y dispérsalos; envía tus saetas y túrbalos"<sup>270</sup>), esto con otras imprecaciones semejantes; sin embargo, no debemos ofendernos por tales oraciones de David, siendo un profeta como era, singularmente amado por Dios y arrebatado en espíritu, con un celo ardiente por la gloria de Dios. No las dijo como de un odio privado y visceral contra sus personas, sino que deseaba espiritualmente la destrucción de tales errores y vicios corruptos que reinaban en todas las personas diabólicas levantadas contra Dios. Él era de la misma opinión que San Pablo, cuando entregó a Himeneo y Alejandro con el notorio fornicador a Satanás para su confusión temporal, 'a fin de que su espíritu se salvara para el día del Señor'<sup>271</sup>. Y cuando David profesaba en algunos lugares que odiaba a los malvados, sin embargo, en otros lugares de sus salmos profesa que los odiaba con un odio perfecto, no con un odio malicioso, para daño del alma<sup>272</sup>. Esto con perfección de espíritu, lo cual no puede realizarse en nosotros, tan corrompidos en afectos como estamos, por tanto, no debemos usar en nuestras causas privadas palabras semejantes en forma, porque no podemos cumplir con palabras semejantes en sentido. Por lo tanto, no nos ofendamos, sino que busquemos la razón de tales palabras antes de ofendernos, para que podamos juzgar con mayor reverencia tales dichos, aunque extraños a nuestro entendimiento carnal, sin embargo, para los que tienen mente espiritual, son juzgados como pronunciados celosa y piadosamente.

Dios, por su misericordia, se digna purificar nuestras mentes por la fe en su Hijo Jesucristo, e infundir las gotas celestiales de su gracia en nuestros corazones duros y pétreos, para que no seamos despreciadores ni ridiculizadores de su Palabra infalible, sino que con toda humildad de mente y reverencia cristiana nos esforcemos

<sup>269</sup> Salmo 35:4, 8, 26; 68:30; 109:13.

<sup>270</sup> Sal. 144:6.

<sup>271</sup> 1 Tim. 1:20; 1 Cor. 5:5.

<sup>272</sup> Sal. 26:5; 31:6; 139:21–22. La palabra 'Perfecto' está siendo claramente malinterpretado por el homilista.

por escuchar y leer sus Sagradas Escrituras y digerirlas interiormente de tal manera que sean para consuelo de nuestras almas y santificación de su santo nombre. A quien con el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios viviente, sean toda alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## **Homilía sobre las Limosnas y la Misericordia Hacia los Pobres y Necesitados**



*Autor desconocido*

### **Limosnas y actos de misericordia**

1. Entre los múltiples deberes que Dios Todopoderoso exige a sus fieles siervos, los verdaderos cristianos, con los que quiere que su nombre sea glorificado y la certeza de su vocación declarada, no hay ninguno que le sea más agradable ni más provechoso que las obras de misericordia y piedad mostradas hacia los pobres afligidos por cualquier tipo de miseria. Y sin embargo, a pesar de esto, es tal la pereza de nuestra embotada naturaleza para todo lo que es bueno y piadoso, que casi en nada somos más negligentes y menos cuidadosos que en esto. Por lo tanto, es muy necesario que el pueblo de Dios despierte sus mentes adormecidas y considere su deber en este aspecto. Y es necesario que todos los verdaderos

cristianos busquen y aprendan lo que Dios requiere de ellos por medio de su santa Palabra, para que primero, conociendo su deber, del cual muchos por su negligencia parecen ser muy ignorantes, puedan después diligentemente esforzarse por cumplirlo. Con esto, tanto las personas piadosas y caritativas pueden animarse a seguir adelante y continuar con sus obras misericordiosas de dar limosna a los pobres, como también aquellos que hasta ahora lo han descuidado o despreciado, pueden ahora, cuando finalmente escuchen cuánto les corresponde, considerarlo sabiamente y aplicarse virtuosamente a ello.

Y a fin de que cada uno de vosotros comprenda mejor lo que se enseña, y para que más fácilmente asimile y así obtenga más fruto de lo que se dirá, cuando se traten varios asuntos por separado, me propongo particularmente, y en este orden, hablar y rogar sobre estos puntos.

En primer lugar, mostraré cuán encarecidamente exige Dios Todopoderoso en su santa Palabra que hagamos limosnas, y cuán aceptables son para Él.

En segundo lugar, cuán provechoso es para nosotros practicarlas y qué bienes y frutos nos traerán.

En tercer y último lugar, mostraré por la Palabra de Dios que quien es generoso con los pobres y los socorre abundantemente, tendrá sin embargo suficiente para sí mismo y estará siempre sin peligro de penuria y escasez.

En cuanto a lo primero, que es la aceptación y dignidad o precio de las limosnas ante Dios, debes saber que ayudar y socorrer a los pobres en su necesidad y miseria agrada tanto a Dios que, como la Sagrada Escritura registra en varios lugares, nada puede ser más agradecido o aceptado por Dios. En primer lugar, leemos que Dios Todopoderoso tiene en cuenta que lo que se da y se otorga a sí mismo es lo que se da a los pobres. Porque así nos lo atestigua el Espíritu Santo por medio del sabio, diciendo: «Al Señor presta el que da al pobre<sup>273</sup>». Y Cristo en el Evangelio avala y como una verdad muy cierta lo vincula con un juramento, que la limosna concedida a los pobres le fue concedida a Él, y así será contada en el último día. Porque así dirá a los que caritativamente gustan de ser abundantes en limosnas cuando se siente como juez en el juicio final para sentenciar a cada uno según sus merecimientos: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis». Al mitigar su hambre, mitigasteis la mía; al calmar su sed, calmasteis la mía; al vestirlos, me vestisteis a mí; y cuando los hospedasteis, a mí también me hospedasteis; cuando los visitasteis enfermos o en la cárcel, a mí también me visitasteis<sup>274</sup>. Porque así como el que recibe a los embajadores de un príncipe y los hospeda bien, honra al príncipe de quien proceden esos embajadores, así también el que recibe a los pobres y necesitados y los ayuda

---

<sup>273</sup> Prov. 19:17.

<sup>274</sup> Mt. 25:35–40.

en su aflicción y angustia, recibe y honra a Cristo, su maestro, el cual, así como fue pobre y menesteroso mientras vivió entre nosotros para obrar el misterio de nuestra salvación, así también, al partir, prometió enviarnos en su lugar a los pobres, por cuyo medio se supliría su ausencia, y, por tanto, lo que debemos hacerle a Él, es nuestro deber hacerlo a ellos<sup>275</sup>. Y por esta causa dijo Dios Todopoderoso a Moisés: «Nunca faltarán pobres en la tierra en que habitas<sup>276</sup>», porque quería probar continuamente a su pueblo si le amaba o no; para que, mostrándose obedientes a su voluntad, pudieran ciertamente asegurarse de su amor y favor hacia ellos, y que en nada dudaran, ya que así como en su ley y ordenanzas en las que les mandó que abrieran la mano a sus hermanos pobres y necesitados en la tierra, fueron aceptadas por ellos y cumplidas de buen grado, así Él, por su parte, los aceptaría amorosamente y cumpliría verdaderamente las promesas que les había hecho.

Los santos apóstoles y discípulos de Cristo, que por su práctica cotidiana vieron en sus obras y oyeron en su doctrina cuánto daba a los pobres, y también los piadosos padres anteriores y posteriores a Cristo, indudablemente imbuidos del Espíritu Santo y ciertamente certificados de la santa voluntad de Dios, nos exhortan encarecidamente y esto casi de continuo en todos sus escritos a que nos acordemos de los pobres y les demos nuestras caritativas limosnas. San Pablo nos exhorta en este sentido: «Consolad a los débiles de espíritu, levantad a los débiles y sed caritativos con todos los hombres<sup>277</sup>». Y también: «Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios<sup>278</sup>». El profeta Isaías nos enseña en este sentido: «¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?<sup>279</sup>» Y el santo padre Tobías da este consejo: «Con tus bienes haz limosna» -aún más- «y no vuelvas la cara al pobre. Da de tu pan al hambriento, y de tus ropas al desnudo<sup>280</sup>». Y el erudito y piadoso doctor Crisóstomo da esta admonición: 'Que la limosna misericordiosa esté siempre con nosotros como un vestido<sup>281</sup>', es decir, 'que estemos tan atentos de esto como lo estamos al ponernos nuestros vestidos, para cubrir nuestra desnudez, para defendernos del frío y para mostrarnos engalanados, así de atentos debemos estar en todo tiempo y época, para dar limosna a los pobres y mostrarnos misericordiosos hacia ellos'. Pero, ¿qué significan estas frecuentes amonestaciones y serias exhortaciones de los profetas, apóstoles, padres y santos doctores? Ciertamente, tal como ellos fueron fieles a Dios, así también lo fueron en cumplir verdaderamente con su deber para con nosotros diciéndonos cuál era la voluntad de Dios, de esta manera, ellos por un singular amor hacia nosotros, se esforzaron no sólo en informarnos, sino también en persuadirnos de que dar limosna y socorrer a los pobres y necesitados, era una

<sup>275</sup> Mt. 26:11.

<sup>276</sup> Deut. 15:11.

<sup>277</sup> 1 Tes. 5:14.

<sup>278</sup> Heb. 13:16.

<sup>279</sup> Isa. 58:7.

<sup>280</sup> Tobías 4:7, 16.

<sup>281</sup> Juan Crisóstomo, Hom. en Rom., 14.

cosa muy aceptable y un alto sacrificio para Dios, en el cual Él se deleitaba grandemente y tenía un singular placer. Porque así nos enseña el sabio hijo de Sirach, diciendo: 'dar limosna es como hacer sacrificios de alabanza'. Y añade a esto: 'dar a los pobres es como una ofrenda de acción de gracias. Cuando un justo ofrece un sacrificio y la grasa gotea sobre el altar, un olor agradable sube hasta el Altísimo. El Señor acepta las ofrendas hechas por un justo y no las olvida'<sup>282</sup>.

Y la verdad de esta doctrina se verifica por los ejemplos de aquellos santos y caritativos padres de quienes leemos en las Escrituras que eran dados a la compasión misericordiosa hacia los pobres y al alivio amoroso de sus necesidades. Tal fue Abraham, en quien Dios tuvo tan gran complacencia, que le concedió venir a él en forma de ángel, hospedándose en su casa<sup>283</sup>. Así también fue Lot, su pariente, a quien Dios favoreció de tal modo por haber recibido en su casa a sus mensajeros, pues de otro modo habrían quedado en la calle, grande fue su satisfacción, que lo salvó con toda su familia de la destrucción de Sodoma y Gomorra<sup>284</sup>. Tales fueron los santos padres Job y Tobías, con muchos otros, que sintieron pruebas muy palpables del amor especial de Dios hacia ellos. Y así como todos ellos, por su misericordia y tierna compasión demostrada hacia los miserables miembros afligidos de Cristo, aliviándolos, ayudándolos y socorriéndolos con sus bienes temporales en esta vida, obtuvieron el favor de Dios y fueron queridos, aceptables y agradables a sus ojos, por lo que ahora ellos mismos se complacen en la fruición de Dios, en las deleitables alegrías del cielo y están también en la Palabra eterna de Dios puestos ante nosotros, como ejemplos perfectos siempre ante nuestros ojos, tanto de cómo debemos agradar a Dios en esta nuestra vida mortal, como también de cómo podemos llegar a vivir en gozo con ellos en el placer y la felicidad eternos. Muy cierto es también el dicho de San Agustín, según el cual dar limosna y socorrer a los pobres es el camino recto para ir al cielo. "Via caeli pauper est"; "el pobre", dice, "es el camino al cielo"<sup>285</sup>. En tiempos pasados solían colocar en los arcones de las carreteras la imagen de Mercurio señalando con su dedo cuál era el camino correcto para llegar a la ciudad<sup>286</sup>. Y nosotros solemos colocar en los cruces una cruz de madera o de piedra para advertir al viajero hacia dónde debe girar cuando llega allí, para dirigir su viaje correctamente. Pero la Palabra de Dios, como dice San Agustín, ha puesto en el camino hacia el cielo al pobre y su casa, de modo que quien quiera ir derecho hacia allí y no desviarse del camino, debe pasar por el pobre. El pobre es el Mercurio que nos marca el camino, y si nos fijamos bien en esta marca no nos desviaremos mucho del buen camino.

La forma de ser de los hombres mundanos sabios entre nosotros es que si conocen a un hombre de menor condición que ellos que goza del favor del príncipe

---

<sup>282</sup> Eclesiástico 35:2, 6–7.

<sup>283</sup> Gén. 18:1–15.

<sup>284</sup> Gén. 19:1–29.

<sup>285</sup> Agustín, Homiliae, 367.

<sup>286</sup> No hay evidencia que respalde esta afirmación, aunque Mercurio (Hermes) era el dios de los viajeros.

o de cualquier otro noble a quien temen o aman, estarán encantados de beneficiar y complacer a ese hombre, para que cuando tengan necesidad se convierta en su portavoz, ya sea para ayudar con su buena palabra a obtener un bien o para evitar un disgusto. Ahora bien, seguramente debería ser una vergüenza para nosotros que los hombres mundanos, en lo que respecta a las cosas temporales que duran sólo un tiempo breve y transitorio, sean más sabios y previsores en procurarlas que nosotros para con las celestiales. Nuestro Salvador Cristo da testimonio de los hombres pobres, de que son queridos para Él y de que los ama especialmente, pues los llama sus pequeños con un nombre de tierno amor; dice que son sus hermanos<sup>287</sup>. Y Santiago dice que Dios los ha elegido para ser herederos de su reino. "¿No ha elegido Dios para sí –dice– a los pobres de este mundo, para hacerlos en el futuro ricos herederos de ese reino que ha prometido a los que lo aman?"<sup>288</sup> Y sabemos que la oración que hacen por nosotros será aceptable y considerada por Dios. Su queja también será escuchada. De esto nos aseguró ciertamente Jesús, el hijo de Sirac, diciendo: 'No rechaces al suplicante atribulado, ni apartes tu rostro del pobre. No apartes del mendigo tus ojos, ni des a nadie ocasión de maldecirte. Pues si maldice en la amargura de su alma, su Hacedor escuchará su imprecación'<sup>289</sup>. Sabemos también que quien se reconoce a sí mismo como su amo y patrono y no se niega a tomarlos por sus siervos, es capaz tanto de agradarnos como de desagradarnos, y que cada hora estamos necesitados de su ayuda. ¿Por qué, pues, hemos de ser negligentes o no estar dispuestos a procurarnos su amistad y favor, con lo cual también podemos estar seguros de obtener su bendición, siendo que Él es capaz y está dispuesto a concedernos todas las cosas buenas que redundan para nuestra comodidad y riqueza? Cristo declara con esto cuánto acepta nuestro afecto caritativo hacia los pobres, en que promete una recompensa a los que dan un vaso de agua fría en su nombre a los que lo necesitan, y esa recompensa es el reino de los cielos<sup>290</sup>. No hay duda, pues, de que Dios tiene en alta estima lo que recompensa tan generosamente. Porque el que promete una recompensa principesca por una mísera benevolencia, declara que se complace más en el dar que en el recibir, y que estima tanto el hacer la cosa como el fruto y el bien que de ella se deriva.

Quien hasta ahora ha descuidado la limosna, sepa que Dios se lo exige ahora y que, si ha sido generoso con los pobres, sepa que sus buenas obras son aceptadas y agradecidas en las manos de Dios, que lo recompensará con el doble y el triple. Porque así dice el hombre sabio: «Al Señor presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar<sup>291</sup>», siendo la ganancia principalmente la posesión de la vida eterna por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por los siglos. Amén.

---

<sup>287</sup> Mt. 10:42; 25:40.

<sup>288</sup> Santiago 2:5.

<sup>289</sup> Eclesiástico 4:6–7.

<sup>290</sup> Mateo 10:42; Marcos 9:41.

<sup>291</sup> Proverbios 19:17.

2. Habéis oído antes, amadísimos, que dar limosna a los pobres y socorrerlos en tiempo de necesidad es tan agradable a nuestro Salvador Cristo, que Él lo considera como hecho a sí mismo lo que nosotros hacemos por Él a ellos. Habéis oído también con cuánta insistencia nos exhortan a lo mismo los apóstoles, los profetas, los santos padres y los doctores. Y veis cuán bien amados y queridos por Dios eran aquellos de quienes las Escrituras nos informan que fueron buenos dadores. Por lo tanto, si sus buenos ejemplos o el sano consejo de los padres piadosos, o el amor de Cristo, cuyo favor especial podemos estar seguros de obtener por este medio, pueden conmovernos o hacer algo con nosotros, dispongamos que de ahora en adelante mostremos a Dios este servicio agradecido, de estar atentos y listos para ayudar a los que son pobres y están en la miseria.

Ahora, esta segunda vez que pido limosnas, os mostraré cuán provechoso es para nosotros ejercitarnos en ellas, y qué fruto nos darán si las practicamos fielmente. Nuestro Salvador Cristo, en el Evangelio, nos enseña que de nada aprovecha al hombre poseer todos los tesoros del mundo entero y las riquezas o la gloria que ellos conlleva, si entretanto pierde su alma o hace aquello por lo que ésta quede cautiva de la muerte, del pecado y del fuego del infierno. Con este dicho no sólo nos instruye sobre cuánto debe preferirse la salud del alma a los bienes terrenales, sino que también sirve para estimular nuestras mentes y estimularnos para que busquemos diligentemente y aprendamos por qué medios podemos preservar y mantener nuestras almas siempre a salvo, es decir, cómo podemos recuperar su salud si se pierde o se deteriora, y cómo podemos defenderla y mantenerla si una vez la tenemos. Sí, también nos enseña de este modo a estimar como una medicina preciosa y una joya inestimable que tiene tal fuerza y virtud en ella que puede procurar o preservar un tesoro tan incomparable. En efecto, si estimamos mucho la medicina o el ungüento que es capaz de curar diversas y graves enfermedades del cuerpo, mucho más estaremos la que tiene el mismo poder sobre el alma. Y para que podamos estar más seguros de conocer y tener a mano ese remedio tan útil, Él, como maestro muy fiel y amoroso, nos muestra lo que es y dónde podemos encontrarlo, y cómo podemos usarlo y aplicarlo. En efecto, cuando tanto él como sus discípulos fueron gravemente acusados por los fariseos de haber contaminado sus almas al quebrantar las constituciones de los ancianos porque iban a comer y no se lavaban las manos antes, según la costumbre de los judíos, Cristo, respondiendo a su queja supersticiosa, les enseña un remedio especial para mantener limpias sus almas, a pesar de la violación de tales órdenes supersticiosas: "Dad limosna", les dice, "y he aquí que todo os será limpio"<sup>292</sup>. Les enseña que ser misericordiosos y caritativos al ayudar a los pobres es el medio para mantener el alma pura y limpia a la vista de Dios. Por lo tanto, con esto se nos enseña que la limosna misericordiosa es beneficiosa para purgar el alma de la infección y las manchas sucias del pecado. La misma lección también enseña el Espíritu Santo en varios lugares de la Escritura, diciendo: "La misericordia y la limosna libra de la

---

<sup>292</sup> Lucas 11:41.

muerte y purifica todo pecado. Los limosneros tendrán larga vida<sup>293</sup>". Gran confianza tengan delante del Dios Altísimo los que muestran misericordia y compasión a los afligidos. El sabio predicador hijo de Sirá confirma esto mismo cuando dice que "como el agua apaga el fuego ardiente, así también la misericordia y la limosna perdona los pecados<sup>294</sup>". Y es cierto que la misericordia apacigua tanto el ardor del pecado que no se apoderará del hombre para hacerle daño, o si por alguna enfermedad y debilidad ha sido tocado y molestado con ellos, inmediatamente la misericordia los limpiará y lavará, como bálsamos y remedios para curar sus llagas y enfermedades graves. Y en esto el santo padre Cipriano aprovecha la ocasión para exhortar encarecidamente a la obra misericordiosa de dar limosna y ayudar a los pobres, y allí exhorta a considerar cuán saludable y provechoso es aliviar a los necesitados y ayudar a los afligidos, con lo cual podemos purgar nuestros pecados y sanar nuestras almas heridas<sup>295</sup>.

Pero aquí algunos me dirán: "Si la limosna y nuestras obras de caridad hacia los pobres pueden lavar los pecados, reconciliarnos con Dios, librarnos del peligro de la condenación y hacernos hijos y herederos del reino de Dios, entonces el mérito de Cristo está desfigurado y su sangre derramada en vano, entonces somos justificados por las obras y por nuestras acciones podemos merecer el cielo, entonces en vano creemos que Cristo murió para quitar nuestros pecados y que resucitó para nuestra justificación", como enseña San Pablo<sup>296</sup>. Pero comprenderéis, amadísimos, que ni los lugares de la Escritura antes citados, ni la doctrina del bienaventurado mártir Cipriano, ni ningún hombre piadoso y docto, cuando, al ensalzar la dignidad, el provecho, el fruto y el efecto de la limosna virtuosa y liberal, dicen que lava los pecados y nos hace merecedores del favor de Dios, quieren decir que nuestro trabajo y obra caritativa es la causa original de nuestra aceptación ante Dios, o que por la dignidad o mérito de la misma nuestros pecados sean lavados, y nosotros purgados y limpiados de todas las manchas de nuestra iniquidad, porque eso sería en verdad desfigurar a Cristo y defraudarle de su gloria. Pero esto es lo que quieren decir, y esto es lo que se malinterpreta de esos dichos y otros semejantes, que Dios, por su misericordia y favor especial hacia aquellos a quienes ha destinado a la salvación eterna, ha ofrecido su gracia eficazmente, y ellos la han recibido tan fructíferamente, que aunque por razón de su vida pecaminosa exteriormente parecían haber sido antes hijos de la ira y de la perdición, sin embargo, ahora que el Espíritu de Dios obra poderosamente en ellos la obediencia a la voluntad y a los mandamientos de Dios, declaran por sus obras y su vida exterior, en muestra de misericordia y caridad, que no pueden venir sino del Espíritu de Dios y de su gracia especial, que son indudablemente hijos de Dios, destinados a la vida eterna; y así, como por su maldad y vida impía se mostraron según el juicio de los hombres (que siguen la apariencia

<sup>293</sup> Tobías 4:10–11; Proverbios 16:6.

<sup>294</sup> Eclesiástico 3:30.

<sup>295</sup> Cipriano, De opere et eleemosynis, 1.

<sup>296</sup> Tito 2:4; Romanos 4:25.

externa<sup>297</sup>), como réprobos y náufragos, así ahora por su obediencia a la santa voluntad de Dios y por su misericordia y tierna piedad (en la que se muestran semejantes a Dios, que es la fuente y manantial de toda misericordia), declaran abierta y manifiestamente a la vista de los hombres que son hijos de Dios y elegidos por él para salvación.

Porque, así como el buen fruto no es la causa de que el árbol sea bueno, sino que el árbol debe ser primero bueno antes de que pueda producir buen fruto, así las buenas obras del hombre no son la causa que hace bueno al hombre, sino que primero es hecho bueno por el Espíritu y la gracia de Dios que obra eficazmente en él, y después produce buenos frutos. Y entonces, como el buen fruto evidencia la bondad del árbol, así la buena y misericordiosa acción del hombre evidencia y ciertamente prueba la bondad de quien la hace, y esto según el dicho de Cristo: "Por sus frutos los conoceréis<sup>298</sup>". Y si alguno objetare afirmando que los hombres malos y seductores a veces por sus obras parecen ser muy piadosos y virtuosos, responderé que también la manzana y la pera parecen tener a veces por fuera un color rojo tan hermoso y tan suave como la fruta que es buena en verdad, pero el que muerda y pruebe juzgará fácilmente entre la amargura agria de una y el dulce sabor de la otra. Y como el verdadero cristiano, en agradecimiento de corazón por la redención de su alma comprada por la muerte de Cristo, muestra benignamente por el fruto de su fe su obediencia a Dios, así el otro, como mercader de Dios, hace todo para su propia ganancia, pensando ganar el cielo por el mérito de sus obras, y así desfigura y oscurece el precio de la sangre de Cristo, quien en verdad es el único que satisfactoriamente ha purgado todos nuestros pecados.

El sentido de estas palabras de las Sagradas Escrituras y de otros escritos sagrados: «La limosna borra nuestros pecados<sup>299</sup>» y «La misericordia para con los pobres borra nuestras ofensas» es que, si hacemos estas cosas según la voluntad de Dios y según nuestro deber, nuestros pecados son lavados y nuestras ofensas borradas, no por su mérito, sino por la gracia de Dios que obra todo en todos<sup>300</sup> y eso por la promesa que Dios ha hecho a los que son obedientes a su mandamiento, para que el que es de la verdad pueda ser justificado en cumplir la verdad debida a su verdadera promesa. Las limosnas lavan nuestros pecados, porque Dios se digna entonces reputarnos limpios y puros cuando las hacemos por su causa, y no porque merezcan u obtengan nuestra purificación, o porque tengan tal fuerza y virtud en sí mismas.

Sé que algunos hombres, demasiado adictos a la promoción de sus buenas obras, no se contentarán con esta respuesta, y no es de extrañar, porque tales hombres no pueden dar una respuesta satisfactoria ni suficiente. Por lo tanto, dejándolos a

---

<sup>297</sup> 1 Samuel 16:7.

<sup>298</sup> Mateo 7:16.

<sup>299</sup> Tobías 12:9; Proverbios 16:6; Daniel 4:27.

<sup>300</sup> 1 Corintios 12:6.

su propio sentido voluntario, consideraremos más bien a los razonables y piadosos, quienes, como saben y se persuaden con toda certeza de que toda bondad, toda generosidad, toda misericordia, todos los beneficios, todo perdón de pecados y todo lo que pueda llamarse bueno y provechoso, ya sea para el cuerpo o para el alma, provienen solo de la misericordia y el mero favor de Dios, y no de ellos mismos, de modo que, aunque hagan tantas y tan excelentes buenas obras, nunca se envanecen con la vana confianza en ellas. Y aunque oyen y leen en la Palabra de Dios y en otras partes en las obras de hombres piadosos que las limosnas, la misericordia y la caridad lavan el pecado y borran la iniquidad, sin embargo, no se aferran a ellas con arrogancia y orgullo ni confían en ellas ni se jactan de ellas, como lo hizo el orgulloso fariseo<sup>301</sup>, para no ser condenados con el fariseo; sino que, más bien, con el humilde y pobre publicano, se confiesan miserables pecadores e indignos de mirar al cielo, clamando y ansiando misericordia, para que con el publicano puedan ser declarados justificados por Cristo. Los piadosos aprenden que cuando las Escrituras dicen que por las obras buenas y misericordiosas somos reconciliados con el favor de Dios, se nos enseña entonces a conocer lo que Cristo por su intercesión y mediación nos obtiene de su Padre cuando somos obedientes a su voluntad; sí, aprenden en tales maneras de hablar un reconfortante argumento del singular favor y amor de Dios, que atribuye eso a nosotros y a nuestras obras, que Él por su Espíritu obra en nosotros y por su gracia nos procura. Sin embargo, a pesar de esto, gritan con San Pablo: 'Oh, miserable de mí'<sup>302</sup>, y reconocen, como enseña Cristo, que 'cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos'<sup>303</sup>, y con el bendito rey David, respecto a los justos juicios de Dios, tiemblan y dicen: 'JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?'<sup>304</sup> Así se humillan y son exaltados por Dios; se tienen por viles y son tenidos por puros y limpios por Dios; se menosprecian y son justificados por Dios; se tienen por indignos de la tierra y son tenidos por dignos del cielo por Dios. Así, la Palabra de Dios les enseña a pensar correctamente acerca de la manera misericordiosa de tratar las limosnas, y a participar de la misericordia y bondad especiales de Dios en los frutos que su Palabra ha prometido.

Sigamos, pues, sus ejemplos y mostremos obedientemente en nuestra vida las obras de misericordia que se nos han ordenado, y tengamos de ellas la opinión y el juicio correctos que se nos han enseñado, y, de la misma manera que ellos, seremos hechos partícipes y sentiremos los frutos y las recompensas que siguen a esa vida piadosa. Así sabremos por pruebas qué beneficio y qué provecho se deriva de dar limosna y socorrer a los pobres.

3. Ya habéis oído dos partes de este tratado de las limosnas; la primera, cuán agradable y aceptable es ante Dios el hacerlas; la segunda, cuánto nos conviene y

---

<sup>301</sup> Lucas 18:10–14.

<sup>302</sup> Romanos 7:24.

<sup>303</sup> Lucas 17:10.

<sup>304</sup> Salmo 130:3.

cuán provechoso es aplicarnos a ellas. Ahora bien, en esta tercera parte quitaré el obstáculo que impide a muchos hacerlas.

Hay muchos que, cuando oyen cuán aceptable es a los ojos de Dios el dar limosna, y cuánto extiende Dios su favor hacia los que son misericordiosos, y qué frutos y bienes reciben por ello, desean de muy buena gana consigo mismos obtener también estos beneficios y ser tenidos por tales por Dios de manera que Él los ame o haga por ellos. Pero, sin embargo, estos hombres son tan codiciosos que no quieren dar ni medio centavo ni una libra<sup>305</sup> de pan para ser considerados dignos de los beneficios de Dios, y ser así favorecidos por Él. Porque están siempre temerosos y dudosos, no sea que por dar a menudo, aunque sea poco a la vez, consuman sus bienes y se empobrezcan de tal manera, que al final ni siquiera ellos mismos puedan vivir, sino que se vean obligados a mendigar y vivir de las limosnas de otros hombres. Y así buscan excusas para negarse a sí mismos el favor de Dios y eligen con avaricia mezquina inclinarse más bien hacia el diablo, que por caritativa misericordia venir a Cristo o permitir que Cristo venga a ellos. Ojalá tuviéramos algún médico astuto y hábil que pudiera purgarlos de este humor tan pestilente que infecta tan gravemente no sus cuerpos, sino sus mentes, y así, corrompiendo sus almas, lleva sus cuerpos y sus almas al peligro del fuego del infierno.

Ahora bien, para que no haya ninguno de éstos entre nosotros, queridos hermanos, busquemos diligentemente a ese médico, que es Jesucristo, y trabajemos fervientemente para que por su misericordia nos instruya verdaderamente y nos dé una medicina efectiva contra una enfermedad tan peligrosa.

Escucha, pues, quienquiera que seas que temes que por dar a los pobres te lleves a ti mismo a la mendicidad. Lo que tomas de ti mismo para dárselo a Cristo no puede consumirse ni malgastarse. No me creas a mí, pero si tienes fe y eres un verdadero cristiano, cree al Espíritu Santo, da crédito a la autoridad de la Palabra de Dios, que así enseña. Porque así dice el Espíritu Santo por medio de Salomón: «El que da al pobre no tendrá pobreza<sup>306</sup>» Los hombres suponen que acumulando y acumulando aún serán ricos al final, y que distribuyendo y repartiendo, aunque sea para los usos más necesarios y piadosos, serán llevados a la pobreza. Pero el Espíritu Santo, que conoce toda la verdad, nos enseña otra lección contraria a ésta. Él nos enseña que hay un tipo de dependencia que nunca disminuirá las reservas, y un tipo de ahorro que llevará a un hombre a la extrema pobreza<sup>307</sup>. Porque donde dice que el buen limosnero nunca tendrá escasez, añade: 'Mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones<sup>308</sup>'. ¡Cuán diferente es entonces el juicio del hombre del juicio del Espíritu Santo!

---

<sup>305</sup> es decir, 'rebanada'.

<sup>306</sup> Proverbios 28:27.

<sup>307</sup> Proverbios 11:24.

<sup>308</sup> Proverbios 28:27.

El santo apóstol Pablo, hombre lleno del Espíritu Santo y conocedor incluso de la voluntad secreta de Dios, enseña que el dador alegre no se empobrecerá por ello. “Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia<sup>309</sup>”. No se contenta aquí con anunciarles que no les faltará nada, sino que les muestra también de qué manera Dios les proveerá. Así como provee la semilla para el sembrador multiplicándola y dándole gran abundancia, así multiplicará sus bienes y los aumentará, para que haya gran abundancia.

Y para que no pensemos que sus dichos son sólo palabras y no verdad, tenemos un ejemplo de ello en el primer libro de los Reyes<sup>310</sup>, que lo confirma y lo sella como una verdad muy cierta. La pobre viuda que recibió al profeta desterrado de Dios, Elías, cuando tenía sólo un puñado de harina en una vasija y un poco de aceite en un recipiente, con lo cual hizo una torta para ella y su hijo, para que después de comer murieran, porque en esa gran hambruna no había más alimento que fuese posible conseguir; sin embargo, cuando dio parte de ello a Elías y defraudó a su propio estómago hambriento, haciendo esto misericordiosamente para aliviarlo, fue tan bendecida por Dios que ni la harina ni el aceite se consumieron todo el tiempo que duró esa hambruna, pero tanto el profeta Elías como ella y su hijo fueron alimentados adecuadamente y tuvieron todo lo necesario<sup>311</sup>.

¡Oh, consideren este ejemplo, ustedes, incrédulos, infieles y codiciosos que desacreditan la Palabra de Dios y piensan que su poder está disminuido! Esta pobre mujer, en un momento de extrema y prolongada escasez, sólo tenía un puñado de harina y una pequeña vasija de aceite; su único hijo estaba a punto de perecer de hambre ante su rostro y ella misma estaba a punto de consumirse; y, sin embargo, cuando el pobre profeta vino y le pidió parte, ella estaba tan consciente de la misericordia que olvidó su propia miseria y, en lugar de omitir la ocasión dada para dar limosna y hacer una obra de justicia, se contentó con arriesgar su propia vida y la de su hijo. Y vosotros que tenéis gran abundancia de alimentos y bebidas, gran almacenamiento de ropas carcomidas, sí, muchos de vosotros grandes montones de oro y plata, y el que menos tiene, posee más de lo necesario, ahora en este tiempo cuando, gracias a Dios, ninguna gran hambruna os oprime, vuestros hijos están bien vestidos y bien alimentados y no hay peligro de muerte por hambre que temer, preferiréis arrojar dudas y peligros de penuria improbable antes que desprenderos de cualquier pieza de vuestras superfluidades para ayudar a alimentar y socorrer al pobre, hambriento y desnudo Cristo que viene a vuestras puertas a mendigar<sup>312</sup>. Esta pobre y tonta viuda, en medio de toda su miseria, nunca dudó ante lo que ella misma necesitaría; nunca desconfió de la promesa que Dios le había hecho por medio del profeta, sino que inmediatamente se puso a ayudar al hambriento profeta

<sup>309</sup> 2 Corintios 9:10. Citado de Cipriano, *De opere et eleemosynis*, 9.

<sup>310</sup> El texto original dice aquí ‘tercero’, siguiendo la costumbre griega y latina.

<sup>311</sup> 1 Reyes 17:8–16.

<sup>312</sup> Jerónimo, *Ep. ad Gaudentium*, 12.

de Dios, incluso prefiriendo su necesidad a la suya propia. Pero nosotros, como miserables incrédulos, antes de dar una sola moneda, ponemos mil dudas considerando que ello puede ser peligroso para nosotros, planteándonos si nos servirá de algo si la damos a los pobres, si no nos hará falta en cualquier otro momento y si en este caso habría sido más provechoso no darla. De modo que es más difícil arrancar un clavo fuerte de un poste, como dice el proverbio, que arrancar un céntimo de nuestros dedos. No hay ni temor ni amor de Dios ante nuestros ojos; estimaremos más una moneda que desear el reino de Dios o no temeremos a la mazmorra del diablo. Escuchad, pues, vosotros, avaros despiadados, ¿cuál será el fin de vuestro trato despiadado? Así como Dios alimentó a esta pobre viuda en tiempo de hambruna y aumentó su pequeño tesoro de modo que tuviera lo suficiente y no sintiera penuria mientras otros languidecían, así también Dios os plagará con pobreza en medio de la abundancia. Entonces, cuando otros tengan abundancia y sean alimentados hasta saciaros, vosotros os desperdiciaréis y os consumiréis por completo, vuestro tesoro será destruido, vuestros bienes os serán arrebatados, toda vuestra gloria y riqueza perecerán y aquello que cuando lo teníais podríais haber disfrutado en paz y podríais haberlo otorgado a otros muy piadosos, lo buscaréis con dolor y suspiros y en ninguna parte lo encontraréis. Por vuestra falta de misericordia hacia los demás, no encontraréis a nadie que os muestre misericordia. Vosotros, que tuvisteis corazones de piedra hacia los demás, encontraréis que todas las criaturas de Dios son para vosotros tan duras como el bronce y el hierro.

¡Ay, qué furor y locura se apoderan de nuestras mentes, que en un asunto de verdad y certeza no damos crédito a la verdad, dando testimonio de lo que es más cierto! Cristo dice que si buscamos primero el reino de Dios y hacemos las obras de justicia que hay en él, no nos quedaremos desamparados; todo lo demás nos será dado en abundancia<sup>313</sup>. No, decimos: Primero me mimaré a mi mismo para poder vivir y estar seguro de que tengo lo suficiente para mí y para los míos, y si tengo algo de más, lo daré para obtener el favor de Dios y los pobres tendrán entonces parte conmigo. Mirad, os ruego, el juicio perverso de los hombres. Tenemos más cuidado de alimentar el cadáver que temor de ver perecer nuestra alma. Y como dice Cipriano: "Mientras dudamos de que nuestros bienes falten por ser demasiado generosos, no dudamos de que nuestra vida y nuestra salud falten por no ser generosas en absoluto. Mientras nos cuidamos de disminuir nuestros bienes, nos descuidamos de disminuirnos a nosotros mismos. Amamos a Mammón y perdemos nuestras almas. Tememos que nuestro patrimonio se pierda, pero no tememos que perezcamos por él<sup>314</sup>. Así, perversamente amamos para odiar y odiamos para amar; somos negligentes cuando deberíamos ser cuidadosos y cuidadosos donde no debemos serlo.

Este vano temor de carecer de nosotros mismos, si damos a los pobres, es muy parecido al temor de los niños y los tontos, que cuando ven el brillante destello de

---

<sup>313</sup> Mateo 6:33.

<sup>314</sup> Cipriano, De opere et eleemosynis, 10.

un espejo, imaginan inmediatamente que es un relámpago, y sin embargo el brillo de un espejo nunca fue el relámpago. De la misma manera, cuando imaginamos que al gastar en los pobres un hombre puede llegar a la pobreza, nos vemos arrojados a un vano temor, porque nunca hemos oído ni sabido que por ese medio alguien llegara a la miseria y quedara desamparado, y no fuera considerado por Dios. Por el contrario, leemos en las Escrituras, como ya lo he demostrado antes y puede probarse con infinitos testimonios y ejemplos, que quienquiera que sirva a Dios fiel y sinceramente en cualquier vocación, Dios no permitirá que decaiga, y mucho menos que perezca. El Espíritu Santo nos enseña, por medio de Salomón, que 'el Señor no dejará padecer hambre al justo'<sup>315</sup>. Por eso David dice a todos los misericordiosos: 'Temed al Señor, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien'<sup>316</sup>. Cuando Elías estaba en el desierto, Dios lo alimentó por el ministerio de un cuervo que al atardecer y al amanecer le traía suficientes provisiones<sup>317</sup>. Cuando Daniel estaba encerrado en el foso de los leones, Dios le preparó comida y se la envió. Y allí se cumplió el dicho de David: 'Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien'<sup>318</sup>. Porque mientras los leones que debían ser alimentados con su carne rugían de hambre y deseo de su presa, sobre la cual no tenían poder, aunque estuviera presente ante ellos, él mientras tanto recibía alimento fresco de Dios, siendo que con su carne debía haber saciado a los leones. Tan poderosamente obra Dios para preservar y mantener a los que ama, tan cuidadoso es también de alimentar a los que en cualquier estado o vocación le sirven sin fingimiento. ¿Y pensaremos ahora que no nos tendrá en cuenta si somos obedientes a su Palabra y, según su voluntad, nos apiadamos de los pobres? Él nos da todas las riquezas antes de que le hagamos ningún servicio, ¿y nos verá carecer de lo necesario cuando le hagamos un verdadero servicio? ¿Puede alguien pensar que el que alimenta a Cristo puede ser abandonado por Cristo y quedarse sin alimento? ¿O negará Cristo las cosas terrenales a aquellos a quienes promete las celestiales por su verdadero servicio'<sup>319</sup>?

No puede ser, pues, queridos hermanos, que por dar limosna nos faltemos en algún momento, o que nosotros, que socorremos a otros, nos veamos oprimidos por la penuria. Es contrario a la palabra de Dios, contradice su promesa, va contra la propiedad y la naturaleza de Cristo permitirlo, es la astuta suposición del diablo persuadirnos a ello. Por tanto, no os detengáis en dar limosna libremente y confiad, no obstante, en que la bondad de Dios nos ministrará suficiencia y abundancia, mientras vivamos en esta vida transitoria, y después de nuestros días aquí bien empleados en su servicio y en el amor de nuestros hermanos, seremos coronados

---

<sup>315</sup> Prov. 10:3.

<sup>316</sup> Sal. 34:9–10.

<sup>317</sup> 1 Reyes 17:2–6.

<sup>318</sup> Bel y el dragón, 1:30–39.

<sup>319</sup> Cipriano, De opere et eleemosynis, 11.

con la gloria eterna, para reinar con Cristo nuestro Salvador en el cielo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y gloria por los siglos.

**Amén.**

## **Homilía o Sermón sobre la Natividad y el Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo**



*Autor desconocido*

De la Natividad de Cristo.

Entre todas las criaturas que Dios hizo en el principio del mundo, aún entre las más excelentes y maravillosas en su género, no hubo ninguna, como atestigua la Escritura, que pudiera compararse en casi nada con el hombre, quien, tanto en cuerpo como en alma, superó a todas las demás, como el sol supera en brillo y luz a todas las estrellas diminutas y pequeñas del firmamento. Fue hecho conforme a la imagen y semejanza de Dios<sup>320</sup>; fue dotado de toda clase de dones celestiales, no había en él mancha de inmundicia, era sano y perfecto en todas sus partes, tanto exterior como interiormente; su razón no estaba corrompida; su entendimiento era puro y bueno; su voluntad era obediente y piadosa, fue hecho todo semejante a

<sup>320</sup> Génesis 1:26–27; 5:1; 9:6; Santiago 3:9.

Dios en justicia, en santidad, en sabiduría, en verdad, para abreviar, fue creado así en toda clase de perfección. Siendo creado y hecho de esta manera, Dios Todopoderoso, en señal de su gran amor hacia él, eligió un lugar especial de la tierra para entregárselo, es decir, el paraíso, donde vivió en toda tranquilidad y goce, teniendo gran abundancia de bienes mundanos y sin carecer de nada que pudiera necesitar o desear tener con justicia. Porque está dicho: " Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar", para que usara siempre de ellos a su propio gusto, según tuviera necesidad<sup>321</sup>. ¿No era esto un espejo de perfección? ¿No era esto un estado completo, perfecto y bienaventurado? ¿Podría agregarse algo más a esto? ¿O podría desearse una felicidad mayor en este mundo?

Pero como la naturaleza común de todos los hombres, en tiempos de prosperidad y riqueza, es olvidarse no sólo de sí mismos, sino también de Dios, así también el primer hombre, Adán, quien, teniendo un solo mandamiento de la mano de Dios, a saber, que no debía comer del fruto del conocimiento del bien y del mal, no obstante lo hizo de la manera más negligente, o más bien, de la manera más voluntariosa, al olvidar el estricto mandato de su Creador y prestar oído a la astuta sugerencia de esa serpiente malvada, el diablo. Por lo que sucedió que, así como antes fue bendito, ahora era maldito; como antes fue amado, ahora es aborrecido; como antes fue el más hermoso y precioso, ahora es el más vil y miserable a los ojos de su Señor y Creador. En lugar de la imagen de Dios, ahora se convirtió en la imagen del diablo; en lugar de ciudadano del cielo, se convirtió en esclavo del infierno, no teniendo en sí nada de su antigua pureza y limpieza, sino estando completamente manchado y contaminado, de tal manera que ahora parecía no ser nada más que un montón de pecado y, por lo tanto, por el justo juicio de Dios, fue condenado a la muerte eterna.

Esta plaga tan grande y miserable, si sólo hubiera recaído sobre Adán, quien ofendió primero, habría sido mucho más fácil y se habría soportado mejor. Pero no sólo recayó sobre él, sino también sobre su posteridad e hijos para siempre, de modo que toda la prole de la carne de Adán debía sufrir la misma caída y castigo que su antepasado había merecido con toda justicia por su ofensa. San Pablo, en el capítulo quinto de la carta a los Romanos, dice: «Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores<sup>322</sup>». Con estas palabras se nos enseña que, así como en Adán todos los hombres pecaron universalmente, en Adán todos los hombres recibieron universalmente la recompensa del pecado, es decir, se volvieron mortales y sujetos a la muerte, no teniendo en sí mismos más que la condenación eterna tanto del cuerpo como del alma. «Se corrompieron», como dice David, "todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno<sup>323</sup>". ¡Oh, qué estado

---

<sup>321</sup> Sal. 8:6–8.

<sup>322</sup> Rom. 5:18–19.

<sup>323</sup> Sal. 14:1, 3.

tan miserable y lamentable fue éste, en el que el pecado de un hombre destruyera y condenara a todos los hombres, de modo que en todo el mundo no se pudiera esperar nada más que los dolores de la muerte y las penas del infierno! ¿Habría sido de extrañar que la humanidad se hubiera visto totalmente llevada a la desesperación, cayendo así de la vida a la muerte, de la salvación a la destrucción, del cielo al infierno? Pero he aquí la gran bondad y la tierna misericordia de Dios en este sentido. Aunque la maldad y la conducta pecaminosa del hombre eran tales que no merecían de ninguna manera ser perdonadas, sin embargo, para que no estuviera completamente desprovisto de toda esperanza y consuelo en el tiempo venidero, ordenó un nuevo pacto e hizo una promesa segura del mismo, a saber, que enviaría un Mesías o mediador al mundo, que haría intercesión y se pondría como un apoyo entre ambas partes, para apaciguar la ira y la indignación concebidas contra el pecado y para liberar al hombre de la miserable maldición y maldita miseria en la que había caído de cabeza por desobedecer la voluntad y el mandamiento de su único Señor y Creador. Este pacto y promesa fue hecho por primera vez al mismo Adán inmediatamente después de su caída, como leemos en el tercer [capítulo] del Génesis, donde Dios le dijo a la serpiente de esta manera: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya<sup>324</sup>"; después, el mismo pacto fue renovado más amplia y claramente con Abraham, donde Dios le prometió que "en su descendencia serían benditas todas las naciones y familias de la tierra<sup>325</sup>". De nuevo, fue continuado y confirmado con Isaac usando la misma forma de palabras como lo fue antes con su padre<sup>326</sup>. Y, con la intención de que la humanidad no se desesperara sino que siempre viviera en esperanza, Dios Todopoderoso nunca dejó de publicar, repetir, confirmar y continuar el mismo por diversos y variados testimonios de sus profetas, quienes para una mejor persuasión del asunto profetizaron el tiempo, el lugar, la manera y las circunstancias de su nacimiento, las aflicciones de su vida, la clase de muerte que tendría, la gloria de su resurrección, la recepción de su reino, la liberación de su pueblo con todas las demás circunstancias pertenecientes a ello. Isaías profetizó que nacería de una virgen y se llamaría Emmanuel<sup>327</sup>. Miqueas profetizó que él nacería en Belén, un lugar de Judea<sup>328</sup>. Ezequiel profetizó que él vendría del linaje de David<sup>329</sup>. Daniel profetizó que todas las naciones y lenguas le servirían<sup>330</sup>. Zacarías profetizó que él vendría en pobreza, montado en un asno<sup>331</sup>. Malaquías profetizó que Él enviaría a Elías delante de Él, el cual era Juan el Bautista<sup>332</sup>. Jeremías profetizó que Él sería vendido por treinta piezas de plata, etc<sup>333</sup>. Y todo esto fue hecho para que la promesa y el pacto

---

<sup>324</sup> Génesis 3:15.

<sup>325</sup> Génesis 12:3; 22:18.

<sup>326</sup> Génesis 26:4.

<sup>327</sup> Isaías. 7:14; Mateo. 1:23.

<sup>328</sup> Miqueas 5:2; Mateo. 2:6.

<sup>329</sup> Ezeq. 34:23–24.

<sup>330</sup> Dan. 7:14.

<sup>331</sup> Zac. 9:9; Mateo. 21:5.

<sup>332</sup> Mal. 4:5; Mateo. 11:14; 17:12.

de Dios hecho a Abraham y su posteridad concerniente a la redención del mundo, pudieran ser creídos completamente.

Ahora bien, como dice el apóstol Pablo, "cuando vino el cumplimiento del tiempo", es decir, la perfección y el curso de los años señalados desde el principio, entonces Dios, conforme a su pacto y promesa anteriores, envió un Mesías, de otra manera llamado mediador, al mundo, no alguien como Moisés, no alguien como Josué, Saúl o David, sino alguien que liberaría a la humanidad de la amarga maldición de la ley y haría perfecta satisfacción por su muerte por los pecados de todas las personas; es decir, envió a su amado y único Hijo Jesucristo, nacido, como dice el apóstol, "de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos"<sup>334</sup>. ¿No fue este un maravilloso y gran amor hacia nosotros que éramos sus enemigos profesos y abiertos? ¿Hacia nosotros, que éramos por naturaleza hijos de ira y tizones del fuego del infierno<sup>335</sup>? En esto se mostró el gran amor de Dios, que envió a su Hijo unigénito al mundo para salvarnos, cuando éramos sus enemigos extremos. «En esto consiste el amor: no en que nosotros le hayamos amado, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados<sup>336</sup>». San Pablo también dice: «Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros<sup>337</sup>». Con estas y otras comparaciones el Apóstol amplía y expone la entrañable misericordia y la gran bondad de Dios, declarada hacia la humanidad, al enviar desde el cielo a un Salvador, a saber, Cristo el Señor<sup>338</sup>. Este beneficio entre todos es tan grande y maravilloso que ni la lengua puede expresarlo bien, ni el corazón concebirlo, mucho menos dar suficientes gracias a Dios por Él.

Pero aquí hay una gran controversia entre nosotros y los judíos, esto sobre si el mismo Jesús que nació de la virgen María es el verdadero Mesías y el verdadero salvador del mundo, del que se había prometido y profetizado durante tanto tiempo. Ellos, como son y han sido siempre, orgullosos y de dura cerviz<sup>339</sup>, nunca lo han reconocido hasta este día, sino que han esperado con ansias a que venga otro. Tienen en la cabeza esta pretenciosa imaginación de que el Mesías vendrá, no como Cristo, como un pobre peregrino y un alma sencilla, montado en un asno, sino como un rey valiente y poderoso, con gran realeza y honor; no como Cristo, con unos

---

<sup>333</sup> En realidad, se trata de una cita libre de Zacarías 11:12-13. Mateo 27:9 se la atribuye a Jeremías, probablemente porque "Jeremías" era el nombre que se usaba para designar el rollo de los profetas en su conjunto.

<sup>334</sup> Gálatas 4: 4-5.

<sup>335</sup> Efesios 2:3.

<sup>336</sup> 1 Juan 1:9-10.

<sup>337</sup> Romanos 5:6-8.

<sup>338</sup> Lucas 2:11.

<sup>339</sup> Hechos 7:51-52.

pocos pescadores y hombres de poca estima en el mundo, sino con un gran ejército de hombres fuertes, con un gran séquito de hombres sabios y nobles, como caballeros, señores, condes, duques, príncipes, etc. Tampoco piensan que su Mesías sufrirá la muerte calumniosamente, como Cristo, sino que vencerá con valentía y someterá a todos sus enemigos y finalmente obtendrá un reino en la tierra como nunca se vio desde el principio. Mientras se fingen a sí mismos según esta clase un Mesías de su propio cerebro, se engañan a sí mismos también y consideran a Cristo como un despreciable y tonto del mundo. Por eso, como dice San Pablo, Cristo crucificado es escándalo para los judíos y locura para los gentiles, porque les parece absurdo y contrario a toda razón que un Redentor y Salvador del mundo entero sea tratado como lo fue Él, es decir, despreciado, injuriado, azotado, condenado y, por último, crucificado. Esto, digo, les pareció extraño y absurdo, y por eso ni en aquel tiempo ni ahora reconocerán a Cristo como su Mesías y Salvador. Pero nosotros, amados, que esperamos y aguadamos con paciencia ser salvos, debemos creer firmemente y también confesar valientemente que el mismo Jesús que nació de la virgen María fue el verdadero Mesías y mediador entre Dios y los hombres, prometido y profetizado desde hace tanto tiempo atrás. Porque como escribe el apóstol: 'Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación'. Otra vez, en el mismo lugar: 'Todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado'<sup>340</sup>. A lo que se suma el testimonio de San Juan, escrito en el capítulo cuarto de su primera epístola universal, en este sentido: "Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios"<sup>341</sup>".

No hay duda de que en este punto todos los hombres cristianos están plena y perfectamente persuadidos. Sin embargo, no será un trabajo perdido instruirlos y proporcionarles unos cuantos textos bíblicos concernientes a este asunto para que podáis tapar las blasfemas bocas de todos aquellos que más judaicamente, o más bien diabólicamente, en cualquier momento vayan a enseñar o sostener lo contrario. En primer lugar, tenéis el testigo y testimonio del ángel Gabriel, declarado tanto al sumo sacerdote Zacarías como a la bendita virgen<sup>342</sup>. En segundo lugar, tenéis el testigo y el testimonio de Juan el Bautista, señalando a Cristo y diciendo: 'He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo'<sup>343</sup>. En tercer lugar, tenéis el testigo y el testimonio de Dios Padre, que tronó desde el cielo y dijo: 'Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo complacencia; a él oíd'<sup>344</sup>. En cuarto lugar, tenéis el testimonio del Espíritu Santo, que descendió del cielo en forma de paloma blanca y se posó sobre Él en el momento de su bautismo<sup>345</sup>. A éstos podría añadirse un gran número más, a saber, el testigo y testimonio de los sabios que vinieron a Herodes<sup>346</sup>,

---

<sup>340</sup> Romanos 10:10–11.

<sup>341</sup> 1 Juan 4:15.

<sup>342</sup> Lucas 1:11–20, 26–37.

<sup>343</sup> Juan 1:29.

<sup>344</sup> Mateo 17:5.

<sup>345</sup> Mateo 3: 16.

<sup>346</sup> Mateo. 2:1–11.

el testigo y testimonio de Simeón y Ana<sup>347</sup>, el testigo y testimonio de Andrés y Felipe, Natanael y Pedro<sup>348</sup>, Nicodemo<sup>349</sup> y Marta<sup>350</sup>, con otros diversos; pero sería demasiado largo repetirlo todo y unos pocos de estos textos son suficientes en un asunto tan claro, especialmente entre los que ya están persuadidos. Por lo tanto, si los duendes del anticristo y los astutos instrumentos del diablo intentan o tratan de apartaros de este verdadero Mesías, y os persuaden a buscar a otro que aún no ha venido, que en ningún caso os seduzcan, sino que os confirmen con estos y otros testimonios de la Sagrada Escritura, que son tan seguros y ciertos que ni todos los demonios del infierno podrán resistirlos. Porque tan cierto como que Dios vive, tan cierto fue Jesucristo el verdadero Mesías y Salvador del mundo, el mismo Jesús que, como en este día, nació de la virgen María sin ayuda del hombre en absoluto, sólo por el poder y la operación del Espíritu Santo.

En cuanto a su naturaleza y sustancia, como en nuestros días se han levantado diversas y variadas herejías por obra y sugestión de Satanás, será necesario y provechoso para vuestra instrucción hablar también una o dos palabras de este asunto. Evidentemente, la Escritura nos enseña que nuestro Señor y Salvador Cristo constaba de dos naturalezas diferentes: de su humanidad, siendo por tanto hombre perfecto en lo que se refiere a su carne exterior, y de su divinidad, siendo por tanto Dios perfecto en lo que se refiere a su espíritu interior<sup>351</sup>. Está escrito: «El Verbo», es decir, la segunda persona de la Trinidad, “se hizo carne<sup>352</sup>”. Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, cumplió lo que la ley no podía cumplir<sup>353</sup>. “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres<sup>354</sup>”. «Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria<sup>355</sup>». También en otro lugar se nos dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre<sup>356</sup>». Estos son textos claros para la prueba y declaración de ambas naturalezas unidas y entretejidas en un solo Cristo. Consideremos y sopesemos diligentemente las obras que hizo mientras vivió en la tierra, y así también percibiremos que lo mismo es muy cierto. En que tuvo hambre y sed, comió y bebió, durmió y veló; en que predicó su evangelio al pueblo; en que lloró y se afligió por Jerusalén; en que pagó tributo por sí mismo y por Pedro; en que murió y padeció la muerte; ¿qué otra cosa declaró sino sólo

---

<sup>347</sup> Lucas 2:25–38.

<sup>348</sup> Juan 1:40–49; 6:69.

<sup>349</sup> Juan 3:2.

<sup>350</sup> Juan 11:27.

<sup>351</sup> Esta oración fue revisada por la Reina Isabel I, quien eliminó las palabras en cursiva y agregó las que estaban en negrita.

<sup>352</sup> Juan 1:14.

<sup>353</sup> Romanos 8:3.

<sup>354</sup> Filipenses 2:6–8.

<sup>355</sup> 1 Timoteo 3:16.

<sup>356</sup> 1 Tim. 2:5.

esto, que era un hombre perfecto como nosotros? Por lo cual se le llama en la Sagrada Escritura unas veces hijo de David, otras Hijo del hombre, otras hijo de María, otras hijo de José, etc<sup>357</sup>. Ahora bien, en cuanto perdonó pecados, hizo milagros, expulsó demonios, sanó a los hombres con su sola palabra, conoció los pensamientos del corazón de los hombres, tuvo los mares a sus órdenes, caminó sobre las aguas, resucitó de entre los muertos a la vida, ascendió a los cielos, etc., ¿qué otra cosa mostró en esto, sino sólo que era Dios perfecto, igual a su Padre en cuanto a su deidad? Por eso dice: «Yo y el Padre uno somos», lo que debe entenderse de su divinidad<sup>358</sup>, pues en cuanto a su humanidad dice: «El Padre es mayor que yo<sup>359</sup>».

¿Dónde están ahora los marcionitas que niegan que Cristo naciera en la carne o que fuera un hombre perfecto? ¿Dónde están ahora los arrianos que niegan que Cristo fuera Dios perfecto, de igual sustancia que el Padre? Si los hay, podéis fácilmente reprenderlos con estos testimonios de la Palabra de Dios, y otros semejantes, a los cuales estoy segurísimo que nunca podrán responder. Porque la necesidad de nuestra salvación requería un mediador y Salvador que en una sola persona fuera partícipe de ambas naturalezas. Era necesario que fuera hombre, pero también era necesario que fuera Dios. Porque así como la transgresión vino por el hombre, así también era necesario que la satisfacción fuera hecha por el hombre. Y porque la muerte, según San Pablo, es el justo pago y recompensa del pecado<sup>360</sup>, para aplacar la ira de Dios y satisfacer su justicia, era conveniente que nuestro mediador fuera alguien que pudiera tomar sobre sí los pecados de la humanidad y soportar el debido castigo, es decir, la muerte<sup>361</sup>. Además, Él vino en carne y en la misma carne ascendió al cielo para declararnos y testificarnos que todas las personas fieles que creen firmemente en Él, asimismo vendrán a la misma morada a la que Él, siendo nuestro capitán principal, fue antes<sup>362</sup>. Por último, se hizo hombre para que así pudiéramos recibir el mayor consuelo, tanto en nuestras oraciones como también en nuestra adversidad, considerando con nosotros mismos que tenemos un mediador que es verdadero hombre como nosotros, quien también 'pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza<sup>363</sup>'. Por estas y otras varias causas era muy necesario que Él viniera como lo hizo, en carne. Pero como ninguna criatura, por ser sólo criatura, tiene ni puede tener poder para destruir la muerte y dar vida, para vencer el infierno y comprar el cielo, para perdonar los pecados y dar la justicia, por eso era necesario que nuestro Mesías, cuyo deber y oficio propio era ese, no sólo fuera hombre pleno y perfecto, sino también Dios pleno y perfecto, para que pudiera satisfacer más plena y perfectamente a la humanidad. Dios dice: «Éste es mi Hijo amado en quien

<sup>357</sup> Mateo 1:1, 16:13; Marcos 6:3; Juan 6:42.

<sup>358</sup> Juan 10:30.

<sup>359</sup> Juan 14:28.

<sup>360</sup> Romanos 6: 23.

<sup>361</sup> Hebreos. 2:14–17.

<sup>362</sup> Heb. 6:19–20.

<sup>363</sup> Heb. 4:15.

tengo complacencia<sup>364</sup>». En este pasaje aprendemos que Cristo aplacó y apagó la ira de su Padre, no sólo por ser Hijo del hombre, sino mucho más por ser Hijo de Dios.

Así habéis oído declarar por las Escrituras que Jesucristo era el verdadero Mesías y Salvador del mundo, que era por naturaleza y sustancia perfecto Dios y perfecto hombre, y por qué causas era conveniente que lo fuera.

Ahora bien, para que seamos más conscientes y agradecidos a Dios en este sentido, consideremos y recordemos brevemente los múltiples y grandes beneficios que hemos recibido por la natividad y encarnación de este nuestro Mesías y Salvador. Antes de la venida de Cristo al mundo, todos los hombres universalmente no eran otra cosa que una generación perversa y corrompida, árboles podridos y corrompidos, tierra pedregosa, llena de zarzas y cardos, ovejas perdidas, hijos pródigos, siervos malos e inútiles, administradores injustos, obradores de iniquidad, prole de víboras, guías ciegos, sentados en tinieblas y en sombra de muerte, para abreviar, no otra cosa que hijos de perdición y herederos del fuego del infierno<sup>365</sup>. De esto da testimonio San Pablo en diversos lugares de sus epístolas, y el mismo Cristo en varios lugares de su Evangelio. Pero una vez que descendió del cielo y tomó sobre sí nuestra frágil naturaleza, hizo de todos los que le recibieron de verdad y creyeron en su Palabra, buenos árboles y buena tierra, ramas fructíferas y agradables, hijos de la luz, ciudadanos del cielo, ovejas de su redil, miembros de su cuerpo, herederos de su reino, sus verdaderos amigos y hermanos, pan dulce y vivo, el pueblo elegido y amado de Dios<sup>366</sup>. Porque como dice San Pedro en su primera epístola y capítulo segundo: "quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas<sup>367</sup>". Haciéndonos "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios<sup>368</sup>", quien "fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación<sup>369</sup>". San Pablo escribe a Tito, en el capítulo tercero: éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, etcétera. Pero después que apareció la bondad de Dios nuestro Salvador para con los hombres, no según la justicia que habíamos hecho, sino según su gran misericordia, nos salvó por la fuente del nuevo nacimiento y por la renovación del Espíritu Santo que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, una vez justificados por su gracia, fuésemos herederos de la vida eterna por la esperanza y

<sup>364</sup> Mateo. 3:17.

<sup>365</sup> Deut. 32:5; Mateo. 7:17; Marcos 4:5, 16; Heb. 6:8; Jer. 50:6; Lucas 15:6, 13; 17:10; Mateo. 24:48; 25:26; Lucas 16:8; 13:27; Mateo. 12:34; 23:24; Lucas 1:79; Memoria de sólo lectura. 5:12; 1 Cor. 15:22.

<sup>366</sup> Juan 1:12; Mateo. 7:17; 13:8, 23; Juan 15: 2; Isa. 40:21; Juan 12:36; Filipenses 3:20; Juan 10:16; Efesios 5:30; Santiago 2:5; Juan 15:14; Romanos 8:29; 1 Corintios 5:7.

<sup>367</sup> 1 Pedro 2 :24–25.

<sup>368</sup> 1 Pedro 2:9.

<sup>369</sup> Romanos 4:25.

la fe en su sangre<sup>370</sup>. En estos y otros lugares se expone ante nuestros ojos, como en un espejo, la abundante gracia de Dios recibida en Cristo Jesús, que es tanto más maravillosa cuanto que no procedió de ningún desierto nuestro, sino de su mera y tierna misericordia, incluso entonces, cuando éramos sus enemigos extremos.

Pero para mejor entender y considerar esto, veamos el fin de su venida, para que percibamos qué gran bien y provecho nos ha traído su natividad a nosotros, criaturas miserables y pecadoras. El fin de su venida era salvar y librar a su pueblo, cumplir la ley por nosotros, dar testimonio de la verdad, enseñar y predicar las palabras de su Padre, dar luz al mundo, llamar a los pecadores al arrepentimiento, aliviar a los que trabajan y están cargados, para expulsar al príncipe de este mundo, para reconciliarnos en el cuerpo de su carne, para disolver las obras del diablo y, por último, para convertirse en propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo<sup>371</sup>. Estos fueron los principales fines por los que Cristo se hizo hombre, no por el provecho que de ello pudiera derivarse para Él, sino sólo por nosotros, para que comprendiésemos la voluntad de Dios, participásemos de su luz celestial, fuésemos librados de las garras del diablo, liberados de la carga del pecado, justificados por la fe en su sangre y, finalmente, recibidos en la gloria eterna, para reinar allí con Él para siempre. ¿No fue éste un amor grande y singular de Cristo hacia los hombres, el que, siendo imagen viva y expresa de Dios, se humillara y tomara forma de siervo, y esto sólo para salvarnos y redimirnos?<sup>372</sup> ¡Oh, cuánto estamos obligados para con Dios por su bondad en este sentido! ¡Cuántas gracias y alabanzas le debemos por esta nuestra salvación, obrada por su amado y único Hijo Cristo, que se hizo peregrino en la tierra para hacernos ciudadanos del cielo; que se hizo Hijo del hombre para hacernos hijos de Dios; que se hizo obediente a la ley, para librarnos de la maldición de la ella<sup>373</sup>; que se hizo pobre para hacernos ricos<sup>374</sup>; vil para hacernos preciosos; sujeto a la muerte para hacernos vivir para siempre! ¿Qué amor más grande podríamos desear o anhelar de manos de Dios para nosotros, criaturas tontas?

Por tanto, amadísimos, no nos olvidemos de este inmenso amor de nuestro Señor y Salvador, no nos mostremos desconsiderados ni desagradecidos para con Él, sino amémosle, temámosle, obedezcámosle y sirvámosle. Confesémosle con la boca, alabémosle con la lengua, creamos en él de corazón y glorifiquémosle con nuestras buenas obras. Cristo es la luz, recibamos la luz<sup>375</sup>. Cristo es la verdad, recibamos la verdad. Cristo es el camino, sigamos el camino<sup>376</sup>. Y porque Él es nuestro único maestro, nuestro único profesor, nuestro único pastor y capitán principal,

<sup>370</sup> Tito 3:3–7. En el texto original la cita se atribuye a «Timoteo» y no a Tito.

<sup>371</sup> Mateo 2:1–13. 1:21; 5:17; Juan 18:37; Lucas 4:17–21, 43; Juan 8:12; Mateo 9:13; 11:28; Juan 12:31; Colosenses 1:21–22; Hebreos 10:10; 1 Juan 3:8; Romanos. 3:25; 1 Juan 2:2.

<sup>372</sup> Heb. 1:3; Fil. 2:7–8.

<sup>373</sup> Gál. 3:13; 4:4–5.

<sup>374</sup> 2 Cor. 8:9.

<sup>375</sup> Juan 12:46.

<sup>376</sup> Juan 14:6.

hagámonos sus siervos, sus discípulos, sus ovejas y sus soldados<sup>377</sup>. En cuanto al pecado, la carne, el mundo y el diablo, cuyos siervos y esclavos éramos antes de la venida de Cristo, desechémoslos por completo y desafiémoslos como a los principales y únicos enemigos de nuestra alma. Y ya que Cristo nos libró una vez de su cruel tiranía, no volvamos a caer en sus manos, no sea que por desobediencia lleguemos a estar en peor situación que antes. Bienaventurados los que perseveran hasta el fin<sup>378</sup>. “Sé fiel hasta la muerte”, dice Dios, “y te daré la corona de la vida”<sup>379</sup>. También dice en otro lugar: “El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el reino de Dios<sup>380</sup>”. Por tanto, seamos fuertes, “firmes e incommovibles, abundando siempre en las obras del Señor<sup>381</sup>”. Recibamos a Cristo, no por un tiempo, sino para siempre; creamos en su Palabra, no por un tiempo, sino para siempre; hagámonos sus siervos, no por un tiempo, sino para siempre; en consideración a que nos ha redimido y salvado, no por un tiempo, sino para siempre; y nos recibirá en su reino celestial, para reinar allí con Él, no por un tiempo, sino para siempre. A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria por los siglos de los siglos.

**Amén.**

---

<sup>377</sup> Mateo. 23:8, 10; Juan 6:68; 10:16.

<sup>378</sup> Dan. 12:12; Mate. 10:22.

<sup>379</sup> Apocalipsis 2:10.

<sup>380</sup> Lucas 9:62.

<sup>381</sup> 1 Cor. 15:58.

## Homilía para el Viernes Santo, sobre la muerte y pasión de nuestro Salvador Jesucristo



*Por Richard Taverner*

1. A nosotros, bienamados en Cristo, que somos el pueblo redimido por el Señor, esto del demonio, del pecado, de la muerte y de la condenación eterna, no nos conviene dejar pasar este tiempo sin meditar y recordar aquella excelente obra de nuestra redención, realizada como en este tiempo, por la gran misericordia y caridad de nuestro Salvador Jesucristo, en favor de nosotros, miserables pecadores y originalmente sus enemigos mortales. Porque si la obra de un hombre mortal hecha en beneficio de la comunidad es tenida en memoria de todos, con agradecimiento por el beneficio y provecho que recibimos de ella, con cuánta mayor disposición deberíamos tener en memoria este excelente acto y beneficio de la muerte de Cristo, por el cual nos ha comprado el indudable perdón de nuestros pecados, por el cual ha hecho uno con nosotros al Padre del cielo, de tal manera que ahora nos toma por sus amados hijos y por los verdaderos herederos del reino de los cielos<sup>382</sup> con Cristo, su Hijo unigénito.

Y, en verdad, tanto más se nos muestra la bondad de Cristo en que le plació despojarse a sí mismo de todo su honor piadoso, en el que estaba en igualdad con su Padre en el cielo<sup>383</sup>, y descender a este valle de miseria, hacerse hombre mortal

---

<sup>382</sup> Romanos 8:17.

<sup>383</sup> Filipenses 2:6–7.

y estar en el estado de un siervo bajísimo, sirviéndonos para nuestra riqueza y provecho, a nosotros, digo, que éramos sus enemigos jurados, que habíamos renunciado a su santa ley y a sus mandamientos y seguido las concupiscencias y los placeres pecaminosos de nuestra naturaleza corrompida, y sin embargo, digo, Cristo se puso entre la ira merecida de Dios y nuestro pecado y rompió aquella obligación en que estábamos en peligro para con Dios y pagó nuestra deuda<sup>384</sup>. Esta acreencia era demasiado grande para que nosotros la hubiéramos pagado, y sin el pago Dios Padre nunca podría ser uno con nosotros, ni era posible ser liberados de esta obligación por nuestra propia capacidad. Le plació, por tanto, ser el pagador de la misma y descargarnos del todo.

¿Quién puede considerar ahora la grave deuda del pecado, deuda tal que no podría pagarse de otro modo sino con la muerte de un inocente, y aún así no aborrecer el pecado en su corazón? Si Dios aborrece tanto el pecado que no admite ni a hombre ni a ángel para su redención, sino sólo la muerte de su único y amadísimo Hijo, ¿quién no lo temerá? Si nosotros, amigos míos, consideramos esto, que por nuestros pecados el cordero inocentísimo fue llevado a la muerte, tendremos mucho más motivo para lamentarnos por haber sido nosotros la causa de su muerte que para vociferar por la malicia y crueldad de los judíos que lo persiguieron hasta su muerte. Nosotros hicimos los hechos por los cuales fue así herido y golpeado; ellos fueron sólo los ministros de nuestra maldad.

Es apropiado entonces que bajemos al fondo de nuestros corazones y lamentemos nuestra propia miseria y vida pecaminosa. Sepamos con certeza que si el amadísimo Hijo de Dios fue así castigado y azotado por el pecado que Él mismo no había cometido, cuánto más deberíamos nosotros ser azotados por nuestros diarios y múltiples pecados que cometemos contra Dios, si no nos arrepentimos seriamente y no nos lamentamos de ellos. Ningún hombre puede amar el pecado, que Dios tanto odia, y estar a su favor. Ningún hombre puede decir que ama verdaderamente a Cristo y tener a su gran enemigo (el pecado, quiero decir, el autor de su muerte) familiarizado y en amistad con él. Tanto amamos a Dios y a Cristo como odiamos el pecado. Debemos, pues, cuidarnos mucho de no ser favorecedores del mismo, no sea que seamos hallados enemigos de Dios y traidores a Cristo. Porque no sólo los que clavaron a Cristo en la cruz son sus verdugos y crucificadores, sino también todos los que, dice san Pablo, crucifican de nuevo al Hijo de Dios, en cuanto son reincidentes abiertos todos aquellos que comente el vicio y el pecado que lo llevaron a la muerte<sup>385</sup>.

Si la paga del pecado es la muerte, y la muerte eterna, ciertamente no es un pequeño peligro estar bajo su servicio<sup>386</sup>. Si vivimos según la carne y según sus lujurias pecaminosas, San Pablo amenaza, sí, Dios Todopoderoso en San Pablo

---

<sup>384</sup> Colosenses 2:14.

<sup>385</sup> Hebreos 6:6.

<sup>386</sup> Romanos 6:23.

amenaza, que seguramente moriremos<sup>387</sup>. De ninguna otra manera podemos vivir para Dios sino muriendo al pecado<sup>388</sup>. «Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros<sup>389</sup>». Pero si el pecado gobierna y reina en nosotros, entonces Dios, que es la fuente de toda gracia y virtud, se ha apartado de nosotros; entonces el diablo y su espíritu ingrato han gobernado y dominado en nosotros. Y ciertamente si en un estado tan miserable morimos, no resucitaremos a la vida, sino que caeremos a la muerte y la condenación, y esto por la eternidad.

Porque Cristo no nos ha redimido del pecado para que volvamos a él sin peligro, sino que nos ha redimido para que dejemos estos hábitos impíos y vivamos según la justicia<sup>390</sup>. Así pues, en nuestro bautismo fuimos lavados de la inmundicia del pecado para vivir después en la pureza de la vida. En el bautismo prometimos renunciar al diablo y a su pompa, prometimos ser hijos obedientes, siguiendo siempre la voluntad y el beneplácito de Dios<sup>391</sup>. Entonces, si Él es realmente nuestro Padre, rindámosle el debido honor<sup>392</sup>. Si somos sus hijos, mostrémosle nuestra obediencia, tal y como Cristo declaró abiertamente su obediencia a su Padre, que, como escribe San Pablo, fue 'obediente hasta la misma muerte, y muerte de cruz<sup>393</sup>'.

Y esto lo hizo por todos los que creemos en Él. Por sí mismo no fue castigado, pues era puro y sin mancha de todo tipo de pecado. "Él fue herido", dice Isaías, "por nuestra maldad y azotado por nuestros pecados", sufrió el castigo de ellos Él mismo para librarnos del peligro. "Él llevó", dice Isaías, "todas nuestras llagas y enfermedades sobre su propia espalda", ningún dolor rehusó sufrir en su propio cuerpo para poder librarnos del dolor eterno<sup>394</sup>. Su placer fue hacer esto por nosotros; no lo merecíamos. Por lo tanto, cuanto más nos veamos unidos a Él, más debemos agradecerle, sí, y más esperanza podemos tener de que recibiremos todos los demás bienes de su mano por haber recibido el don de su unigénito Hijo a través de su liberalidad. Porque si Dios, dice san Pablo, no libró a su propio Hijo del dolor y del castigo, sino que lo entregó por todos nosotros a la muerte, ¿cómo no nos dará con él todas las demás cosas<sup>395</sup>? Si necesitamos algo para el cuerpo o para el alma, podemos legítimamente y con valentía acercarnos a Dios como a nuestro Padre misericordioso, y pedir así, lo que deseamos y lo obtendremos. Porque

---

<sup>387</sup> Romanos 8:13.

<sup>388</sup> Romanos 6:11.

<sup>389</sup> Romanos 8:10–11.

<sup>390</sup> Tito 2:14.

<sup>391</sup> 1 Pedro 1:14.

<sup>392</sup> Malaquías 1:6.

<sup>393</sup> Filipenses 2:8.

<sup>394</sup> Isaías 53:3–4.

<sup>395</sup> Romanos 8:32.

tal poder nos es dado, es decir, nos ha dado potestad de "ser hechos hijos de Dios a todos los que creemos en el nombre de Cristo<sup>396</sup>". En su nombre, todo lo que pidamos se nos concederá<sup>397</sup>. Porque tan complacido está el Padre, Dios todopoderoso, con Cristo su Hijo, que por Él nos favorece y nada nos negará. Tan agradable fue este sacrificio y oblación de la muerte de su Hijo, que tan obediente e inocentemente sufrió, que quiso tomarlo como única y plena reparación de todos los pecados del mundo. Y tal favor adquirió por su muerte de su Padre celestial para nosotros, que por el mérito de la misma (si somos verdaderos cristianos, y no sólo de palabra), estamos ahora plenamente en la gracia de Dios de nuevo, y claramente liberados de nuestro pecado.

Ninguna lengua es capaz de expresar el valor de esta muerte tan preciosa. Porque en ella está el perdón continuo de nuestras ofensas diarias, en ella descansa nuestra justificación, en ella se nos concede, en ella se compra la salud eterna de todas nuestras almas; sí, 'no hay otra cosa que pueda ser nombrada bajo el cielo para salvar nuestras almas' sino esta única obra de la preciosa ofrenda de Cristo de su cuerpo sobre el altar de la cruz<sup>398</sup>. Ciertamente, no puede haber obra de ningún hombre mortal, aunque esta a nuestros ojos sea en extremo santa, que se pueda unir en méritos con el acto santo de Cristo. Porque, sin duda, todos nuestros pensamientos y obras carecerían de valor si no estuvieran admitidos en los méritos de la muerte de Cristo. Toda nuestra justicia es muy imperfecta si se compara con la justicia de Cristo, pues en sus actos y obras no había mancha de pecado ni de imperfección alguna (y por eso sólo ellas tienen la capacidad de ser la verdadera reparación de nuestra injusticia), mientras que nuestros actos y obras están llenos de imperfección y debilidades, y por lo tanto no son dignos de conmovir a Dios a favor alguno, mucho menos de desafiar la gloria que se debe al acto y mérito de Cristo, porque no a nosotros, dice David, "no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, oh Señor<sup>399</sup>".

Por tanto, buenos amigos, glorifiquemos su nombre con toda reverencia, ensalcémoslo y alabémoslo por siempre. Porque ha obrado con nosotros según su gran misericordia, y por sí mismo ha comprado nuestra redención. No creyó que le bastara ahorrarse a sí mismo y enviar a su ángel para realizar esta obra, sino que quiso hacerlo Él mismo para que la redención fuera mejor y más perfecta<sup>400</sup>. No se conmovió con los intolerables dolores que sufrió durante todo el curso de su larga pasión para arrepentirse y hacer así el bien a sus enemigos, sino que abrió su corazón para nosotros y se entregó por completo a nuestra redención. Por tanto, ahora abramos de nuevo nuestro corazón a Él y tratemos de ser agradecidos a un Señor tan grande y de recordar siempre tan gran beneficio.

---

<sup>396</sup> Juan 1:12.

<sup>397</sup> Mateo 21:22; Juan 16:23-27.

<sup>398</sup> Hechos 4:12.

<sup>399</sup> Salmos 12:1-13. 115:1.

<sup>400</sup> Heb. 1:3.

Sí, tomemos nuestra cruz con Cristo y sigámosle. Su pasión no es sólo el rescate y la reparación total de nuestro pecado, sino también el ejemplo más perfecto de toda paciencia y sufrimiento. Porque si a Cristo le correspondió padecer así y entrar en la gloria de su Padre, ¿cómo no nos ha de corresponder a nosotros soportar con paciencia nuestras pequeñas cruces de adversidad y los sinsabores de este mundo<sup>401</sup>? Porque ciertamente, como dice San Pedro, Cristo padeció para dejarnos ejemplo de que sigamos sus pasos<sup>402</sup>. Y si padecemos con Él, tendremos también la seguridad de reinar con Él en el cielo<sup>403</sup>. “No para que los sufrimientos de esta vida transitoria nos hagan dinos de la gloria venidera<sup>404</sup>”, sino que de buena gana debemos contentarnos con sufrir, para ser como Cristo en nuestra vida, a fin de que así, por nuestras obras, podamos “glorificar a nuestro Padre que está en los cielos<sup>405</sup>”. Y así como es doloroso y penoso llevar la cruz de Cristo en las aflicciones y disgustos de esta vida, así también produce el fruto gozoso de la esperanza en todos los que se ejercitan en ella<sup>406</sup>. No contemplemos tanto el dolor como la recompensa que seguirá a ese trabajo<sup>407</sup>.

Es más, esforcémonos nosotros mismos en nuestro sufrimiento por soportar inocentemente y sin culpa como lo hizo nuestro Salvador Cristo. Porque si sufrimos merecidamente, entonces la paciencia no ha hecho su obra perfecta en nosotros<sup>408</sup>, Pero si inmerecidamente sufrimos la pérdida de bienes y de la vida, si permitimos que se hable mal de nosotros por amor de Cristo, esto es algo que debemos agradecer a Dios, porque Cristo sufrió de la misma manera. “Nunca pecó, ni se halló engaño en su boca. Cuando lo injuriaban, no respondía con injuria; cuando lo trataban injustamente, no amenazaba”, ni se vengaba de los daños y ofensas recibidos, “sino que encomendaba su causa a quien juzga con justicia<sup>409</sup>”. La paciencia perfecta no se preocupa por lo que sufre ni por cuánto lo sufre, ni de quién lo sufre, si de amigos o enemigos, sino que estudia para recibir el sufrimiento en inocencia y sin merecerlo. Sí, aquel en quien está la caridad perfecta se preocupa tan poco de vengarse, que más bien considera «hacer bien por mal, bendecir y decir bien de los que le maldicen, orar por los que le persiguen», según el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, que es el más perfecto ejemplo y modelo de toda mansedumbre y sufrimiento<sup>410</sup>. El cual, colgado en su cruz con la más fervorosa angustia, sangrando por todas las partes de su bendito cuerpo, puesto en medio de sus enemigos y crucificadores, y a pesar de los intolerables dolores que soportaba,

---

<sup>401</sup> Hechos 17:3; Lucas 24:26, 46.

<sup>402</sup> 1 Pedro 2:21.

<sup>403</sup> 2 Tim. 2:12.

<sup>404</sup> Romanos 8:18.

<sup>405</sup> Mateo 5:10–12, 16.

<sup>406</sup> Heb. 12:11.

<sup>407</sup> Hebreos 12:1–2.

<sup>408</sup> Santiago 1:4.

<sup>409</sup> 1 Pedro 2:19–23.

<sup>410</sup> Mateo 5:44.

siendo de ellos escarnecido y despreciado despreciativamente sin ningún tipo de favor y compasión, tuvo sin embargo hacia ellos tal misericordia de corazón que rogó por ellos a su Padre del cielo y dijo: "Oh Padre, perdónalos. Porque no saben lo que hacen<sup>411</sup>". ¡Qué paciencia mostró también cuando uno de sus propios apóstoles y siervos, que le había sido confiado, vino a entregarle a sus enemigos hasta la muerte! No le dijo nada peor que: 'Amigo, ¿a qué has venido<sup>412</sup>?'

Esto, buenos hombres, debemos recordar los grandes ejemplos de caridad que Cristo mostró en su pasión, si queremos recordar fructíferamente su precioso sacrificio. Tal caridad y amor debemos tener unos a otros si queremos ser verdaderos servidores de Cristo. "Porque si amamos sólo a los que nos aman" y dicen "bien por nosotros", ¿qué gran cosa es lo que hacemos?, dice Cristo. ¿No hacen lo mismo los paganos y los pecadores declarados? Debemos ser más perfectos en nuestra caridad que esto, "para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos<sup>413</sup>". De esta manera debemos mostrar nuestra caridad indiferentemente, tanto unos como otros, tanto a amigos como a enemigos, como hijos obedientes, a ejemplo de nuestro buen Padre celestial<sup>414</sup>. Porque si Cristo fue obediente a su Padre hasta la muerte, y la muerte más vergonzosa (como la estimaban los judíos), la muerte de cruz<sup>415</sup>, ¿por qué no deberíamos ser nosotros obedientes a Dios en aspectos que son muy inferiores de caridad y paciencia?

Perdonemos, pues, a nuestros prójimos sus pequeñas faltas, como Dios nos perdonó a nosotros las grandes por amor de Cristo<sup>416</sup>. No es justo que pidamos perdón a Dios por nuestras grandes ofensas y, sin embargo, no perdonemos las pequeñas ofensas de nuestros prójimos contra nosotros. En vano pedimos misericordia si no mostramos misericordia a nuestros prójimos. Porque si no sacamos de nuestro corazón la ira y el desagrado hacia nuestro hermano cristiano, Dios no perdonará el desagrado y la ira que nuestros pecados han merecido ante Él. Porque bajo esta condición nos perdona Dios, si nosotros perdonamos a otros<sup>417</sup>. No conviene a los hombres cristianos ser duros unos con otros, ni pensar que su prójimo es indigno de ser perdonado. Porque por indigno que sea, Cristo es digno de que hagas tanto por Él; lo ha merecido de ti, que perdones a tu prójimo. Y también hay que obedecer a Dios, que nos manda perdonar si queremos tener alguna parte del perdón que nuestro Salvador Cristo compró una vez a Dios Padre con el derramamiento de su preciosa sangre. Nada conviene tanto a los siervos de Cristo como la misericordia y la compasión.

---

<sup>411</sup> Lucas 23:24.

<sup>412</sup> Mateo 26:50.

<sup>413</sup> Mateo 5:45-48.

<sup>414</sup> 1 Pedro 1:14.

<sup>415</sup> Filipenses 4:11. 2:8.

<sup>416</sup> Ef. 4:32.

<sup>417</sup> Mt. 6:14-15.

Seamos, pues, favorables los unos a los otros, y roguemos los unos por los otros, para que seamos curados de todas las flaquezas de nuestra vida, a fin de ofendernos menos los unos a los otros<sup>418</sup>, y para que seamos de un mismo sentir y de un mismo espíritu, concordando en amor fraterno y armonía, como los amados hijos de Dios<sup>419</sup>. Por estos medios moveremos a Dios a que tenga misericordia de nuestros pecados. Sí, y por este medio estaremos más dispuestos a recibir a nuestro Salvador y hacedor en su bendito sacramento para nuestro eterno consuelo y salud del alma. Cristo se complace en entrar y habitar en el alma donde reina el amor y la caridad y donde se ve la paz y la concordia. Porque así escribe San Juan: 'Dios es caridad; el que permanece en la caridad permanece en Dios, y Dios en él. En esto, dice, conoceremos que somos a Dios, si amamos a nuestros hermanos. Y en esto conoceremos que hemos pasado de muerte a vida, si nos amamos unos a otros. Pero el que aborrece a su hermano -dice el mismo Apóstol- permanece en la muerte, en peligro de muerte eterna<sup>420</sup>, y además es hijo de la condenación y del diablo, maldito de Dios y aborrecido (mientras permanezca así) de Dios y de toda su compañía celestial. Porque así como la paz y la caridad nos hacen hijos benditos de Dios Todopoderoso, así el odio y la envidia nos hacen hijos malditos del diablo.

Dios nos dé la gracia de seguir el ejemplo de Cristo en la paz y en la caridad, en la paciencia y en el sufrimiento, para que ahora podamos tenerlo a Él como nuestro huésped para que entre y habite en nosotros, de modo que podamos estar en plena seguridad, teniendo tal prenda de nuestra salvación. Si le tenemos a Él y su favor, podemos estar seguros de que tenemos el favor de Dios por sus medios. Porque él está sentado a la diestra de su Padre, como nuestro defensor y abogado, mediando y demandando por nosotros en todas nuestras necesidades y menesteres<sup>421</sup>. Por tanto, si deseamos algún don de sabiduría piadosa, podemos pedirlo a Dios por amor de Cristo, y lo tendremos.

Consideremos y examinémonos a nosotros mismos qué falta nos hace esta virtud de la caridad y de la paciencia. Si vemos que nuestros corazones no están inclinados a perdonar a los que nos han ofendido, conozcamos nuestra necesidad y deseemos que Dios nos la conceda. Pero si la deseamos y no vemos en nosotros ningún deseo en ese sentido, ciertamente estamos en una posición peligrosa ante Dios y tenemos necesidad de orar mucho y fervientemente a Dios para que nos cambie ese corazón y nos injerte uno nuevo. Porque si no perdonamos a los demás, nunca seremos perdonados por Dios. No, ni todas las oraciones y méritos de otros pueden apaciguar a Dios para con nosotros, a menos que estemos en paz y en armonía con nuestro prójimo; ni todas nuestras obras y buenos trabajos pueden mover a Dios a perdonarnos nuestras deudas para con Él, a menos que perdonemos a otros. Él

---

<sup>418</sup> Santiago 5:16.

<sup>419</sup> Filipenses 1:27; 2:2; Ef. 5:1-2.

<sup>420</sup> 1 Juan 3:19, 14-15; 2:11.

<sup>421</sup> Romanos 8:34.

establece más por misericordia que por sacrificio<sup>422</sup>. La misericordia movió a nuestro Salvador Cristo a sufrir por sus enemigos; nos conviene, pues, seguir su ejemplo. Porque de poco nos servirá tener en meditación los frutos y el precio de su pasión, magnificarlos y deleitarnos o confiar en ellos, si no tenemos presentes sus ejemplos en la pasión, para seguirlos. Por lo tanto, si consideramos la muerte de Cristo y nos adherimos a ella con fe firme por el mérito y el merecimiento de la misma, y también nos organizamos de tal manera para darnos a nosotros mismos y todo lo que tenemos por caridad para el bien de nuestro prójimo, al igual que Cristo nuestro Señor, quien se gastó por completo para nuestro beneficio, entonces recordamos verdaderamente la muerte de Cristo, y siendo así seguidores de los pasos de Cristo, estaremos seguros de seguirlo hasta donde está sentado ahora con el Padre y el Espíritu Santo. A quien sea todo honor y toda gloria. Amén.

2. Para que podamos concebir mejor la gran misericordia y bondad de nuestro Salvador Cristo al sufrir universalmente la muerte por todos los hombres, nos conviene descender al fondo de nuestra conciencia y considerar profundamente la primera y principal causa por la que se vio obligado a hacerlo así.

Cuando nuestro padre Adán quebrantó el mandamiento de Dios al comer el fruto que le había sido prohibido en el paraíso a instancias y por sugerencia de su esposa, adquirió con ello, no sólo para sí mismo, sino también para su posteridad para siempre, la justa ira e indignación de Dios, que según su sentencia anterior pronunciada al dar el mandamiento, lo condenó a él y a todos los suyos a la muerte eterna, tanto del cuerpo como del alma. Porque le fue dicho: 'De todos los árboles del jardín comerás libremente, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque a la hora que comieres de él, ciertamente morirás'<sup>423</sup>. Tal como el Señor había hablado, así sucedió. Adán comió de este fruto y, al hacerlo, sufrió la muerte, es decir, se hizo mortal, perdió el favor de Dios, fue expulsado del paraíso, dejó de ser ciudadano del cielo para convertirse en tea del infierno y esclavo del diablo. De esto da testimonio nuestro Salvador en el Evangelio, llamándonos «ovejas perdidas» que nos hemos extraviado y alejado del verdadero pastor de nuestras almas<sup>424</sup>. De esto también da testimonio San Pablo, diciendo que «por la sola culpa de Adán vino la muerte a todos los hombres para condenación»<sup>425</sup>. De modo que ahora ni él ni ninguno de los suyos tenía derecho o interés alguno en el reino de los cielos, sino que se habían convertido en simples réprobos y náufragos, siendo condenados perpetuamente a las penas eternas del fuego del infierno.

En esta miseria y desdicha tan grandes, si la humanidad hubiera podido recuperarse de nuevo y obtener el perdón de manos de Dios, entonces su caso habría sido algo tolerable, porque podría haber intentado alguna manera de librarse

<sup>422</sup> Oseas 6:6; Miqueas 6:6–8; Mateo 9:13.

<sup>423</sup> Génesis 2:16–17.

<sup>424</sup> Lucas 15:4; 1 Pedro 2:25.

<sup>425</sup> Romanos 5:12, 18.

de la muerte eterna. Pero no le quedaba ningún camino, no se podía hacer nada que pudiera agradar a la ira de Dios, era totalmente inútil en ese sentido, 'no había nadie que hiciera el bien, ni siquiera uno'<sup>426</sup>. ¿Y cómo podía entonces obrar su propia salvación? ¿Debía ir a apaciguar el gran disgusto de Dios ofreciendo sacrificios cruentos, según estaba ordenado en la antigua ley<sup>427</sup>? ¿Ofreciendo la sangre de bueyes, de becerros, de machos cabríos, de corderos, etc.? ¡Oh, estas cosas no tenían fuerza ni poder para quitar los pecados; no podían apagar la ira de Dios; no podían enfriar el calor de su ira, ni tampoco devolverle el favor a la humanidad; eran sólo figuras y sombras de cosas por venir, y nada más! Leed la epístola a los Hebreos, allí encontraréis este asunto ampliamente discutido, allí aprenderéis con palabras muy claras que el sacrificio sangriento de la antigua ley era imperfecto y no podía liberar al hombre del estado de condenación por ningún medio, de modo que la humanidad, al confiar en él, confiaba en un bastón roto y al final se engañaba a sí misma. ¿Qué debía hacer entonces? ¿Debía dedicarse a observar y guardar la ley de Dios dividida en dos tablas y así comprarse la vida eterna? En efecto, si Adán y su posteridad hubieran podido satisfacer y cumplir perfectamente la ley amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos, entonces fácilmente habrían apagado la ira del Señor y escapado a la terrible sentencia de muerte eterna pronunciada contra ellos por boca de Dios Todopoderoso. Porque escrito está: 'Haz esto y vivirás'<sup>428</sup>; es decir, 'Cumple mis mandamientos, mantente recto y perfecto en ellos según mi voluntad, entonces vivirás y no morirás'. Aquí está la vida eterna prometida con esta condición, para que guarden y observen la ley. Pero tal fue la fragilidad de la humanidad después de su caída, tal fue su debilidad e imbecilidad, que no pudo caminar rectamente en los mandamientos de Dios, aunque nunca lo desearía, sino que cada día y cada hora caía de su deber obligado, ofendiendo al Señor su Dios de diversas maneras, para el gran aumento de su condenación, de tal forma que el profeta David grita en este sentido: "Todos se han descarriado, todos se han vuelto inútiles, no hay quien haga el bien, ni siquiera uno"<sup>429</sup>. En este caso, ¿qué provecho podía sacar de la ley? Ninguno. Porque, como dice Santiago: «El que observa toda la ley, pero falla en un punto, es culpable de todos»<sup>430</sup>. Y en el libro de Deuteronomio está escrito: "Maldito sea, dice Dios, el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas"<sup>431</sup>. He aquí que la ley trae consigo una maldición y nos hace culpables, no porque sea en sí misma mala o impía (Dios no permita que pensemos así), sino porque la fragilidad de nuestra carne pecaminosa es tal que nunca podemos cumplirla según la perfección que el Señor requiere<sup>432</sup>. ¿Crees entonces que Adán podía esperar o confiar en ser salvo por la ley? No, no podía, pero cuanto más miraba la ley, más veía su propia condenación ante sus ojos, como si fuera en un espejo muy claro. De manera que ahora él mismo

<sup>426</sup> Salmo 53:3; Romanos 3:12.

<sup>427</sup> Hebreos 1:11. 9:9, 12.

<sup>428</sup> Lucas 10:28.

<sup>429</sup> Salmo 53:3.

<sup>430</sup> Santiago 2:10.

<sup>431</sup> Deuteronomio 27:26; Gálatas 3:10.

<sup>432</sup> Rom. 7:12–23.

era el más desdichado y miserable, desprovisto de toda esperanza y nunca capaz de apaciguar el pesado desagrado de Dios, ni tampoco de escapar del terrible juicio de Dios al cual él y toda su posteridad habían caído por desobedecer el estricto mandamiento del Señor su Dios.

¡Oh, las abundantes riquezas de la misericordia de Dios<sup>433</sup>! ¡Oh, la inefable bondad de su sabiduría celestial! Cuando ya no teníamos ninguna esperanza de justicia por nuestra parte, cuando no teníamos nada en nosotros mismos con lo que pudiéramos apagar su ira ardiente y obrar la salvación de nuestras propias almas, y levantarnos de la miserable condición en la que nos encontrábamos, entonces, incluso entonces, Cristo, el Hijo de Dios, por designación de su Padre, descendió del cielo para ser herido por nosotros, para ser considerado entre los malvados<sup>434</sup>, para ser condenado a muerte, para tomar sobre sí el pago de nuestros pecados y para dar su cuerpo para ser quebrantado en la cruz por nuestras ofensas. "Él", dice el profeta Isaías, refiriéndose a Cristo, "ha llevado nuestras enfermedades y ha soportado nuestros dolores; el castigo de nuestra paz fue sobre él y por sus llagas fuimos hechos sanos"<sup>435</sup>. San Pablo también dice: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él"<sup>436</sup>. Y San Pedro, escribiendo muy amablemente a este respecto, dice: "Cristo murió una sola vez y sufrió por nuestros pecados, el justo por los injustos"<sup>437</sup>, etc." A estos se podrían añadir un número infinito de otros textos con el mismo efecto, pero estos pocos serán suficientes para esta ocasión.

Ahora bien, como se dijo al principio, consideremos y pesemos la causa de su muerte, para que así estemos más motivados a glorificarlo en toda nuestra vida. La cual, si has comprendido bien, te lo expresaré brevemente en una palabra, no fue otra cosa de nuestra parte, sino únicamente la transgresión y el pecado de la humanidad. Cuando el ángel vino a advertir a José que no temiera tomar a María como esposa, ¿no le dio al niño el nombre de Jesús, porque Él salvaría a su pueblo de sus pecados<sup>438</sup>? Cuando Juan el Bautista predicó a Cristo y lo mostró al pueblo con su dedo, ¿no les dijo claramente: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»<sup>439</sup>? Cuando la mujer de Canaán rogó a Cristo que ayudara a su hija poseída por un demonio, ¿no confesó abiertamente que había sido «enviado para salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel» dando su vida por sus pecados<sup>440</sup>? Fue el pecado, oh hombre, incluso tu pecado, lo que hizo que Cristo, el Unigénito Hijo de Dios, fuese crucificado en la carne y sufriera la muerte más vil y calumniosa de cruz. Si te hubieras mantenido en la rectitud, si hubieras observado

---

<sup>433</sup> Rom. 11:33.

<sup>434</sup> Isaías. 53:12.

<sup>435</sup> Isaías. 53:4–5.

<sup>436</sup> 2 Cor. 5:21.

<sup>437</sup> 1 Pedro 3:18.

<sup>438</sup> Mateo. 1:20–21.

<sup>439</sup> Juan 1:29.

<sup>440</sup> Mateo. 15:22, 24.

los mandamientos, si no te hubieras atrevido a transgredir la voluntad de Dios en tu primer padre Adán<sup>441</sup>, entonces Cristo, siendo en forma de Dios, no habría tenido necesidad de tomar la forma de un siervo<sup>442</sup>; siendo inmortal en el cielo, no habría tenido necesidad de hacerse mortal en la tierra; siendo el verdadero pan del alma, no habría tenido necesidad de tener hambre; siendo el agua saludable de la vida, no habría tenido necesidad de tener sed; siendo la vida misma, no habría tenido necesidad de sufrir la muerte. Pero a estos y a otros muchos extremos fue llevado por tu pecado, que fue tan múltiple y grande, que Dios sólo podía complacerse en Él y en ningún otro.

¿Puedes pensar en esto, oh hombre pecador, y no estremecerte en tu interior? ¿Puedes oírlo tranquilamente, sin remordimientos de conciencia y dolor de corazón? ¿Sufrió Cristo su pasión por ti y no mostrarás compasión hacia Él? Mientras Cristo colgaba de la cruz y entregaba el espíritu, la Escritura atestigua que «el velo del templo se rasgó en dos», que «la tierra tembló», que «las piedras se partieron», que «los sepulcros se abrieron y los cadáveres se levantaron<sup>443</sup>», ¿y no se conmovió el corazón del hombre al recordar cuán grave y cruelmente fue tratado por los judíos a causa de nuestros pecados? ¿Se mostrará el hombre más duro de corazón que las piedras? ¿Tendrá menos compasión que los cadáveres? Recuerda, oh criatura pecadora, y pon delante de tus ojos a Cristo crucificado; piensa que ves su cuerpo tendido a lo largo sobre la cruz, su cabeza coronada de afiladas espinas, sus manos y sus pies atravesados por clavos, su corazón abierto por una larga lanza, su carne desgarrada y arrancada por los látigos, su frente sudando agua y sangre; piensa que le oyes ahora clamar en una agonía intolerable a su Padre y decir: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado<sup>444</sup>?' ¿Podrías contemplar este triste espectáculo u oír esta voz lastimera sin llorar, teniendo en cuenta que sufrió todo esto no por ningún desierto suyo, sino sólo por la gravedad de tus pecados? ¡Oh, que la humanidad sometiera al Hijo eterno de Dios a tales dolores! ¡Oh, que nosotros seamos la ocasión de su muerte y la única causa de su condenación! ¿Acaso no podemos exclamar con justicia: 'Ay de mí<sup>445</sup> en el tiempo en que pecamos'?

Oh, hermanos míos, que esta imagen de Cristo crucificado quede siempre impresa en nuestros corazones, que nos incite a odiar el pecado y provoque en nuestras mentes el amor sincero a Dios Todopoderoso. ¿Por qué, pues, no creéis que el pecado es algo grave a sus ojos, ya que por transgredir el precepto de Dios al comer el fruto prohibido condenó a todo el mundo a muerte perpetua y no quiso ser apaciguado sino con la sangre de su propio Hijo? Verdad, sí, muy cierta es la palabra de David: "Tú, oh Señor, odias a todos los que hacen iniquidad; y el hombre

---

<sup>441</sup> Rom. 5:12–19.

<sup>442</sup> Fil. 2:6–7; Juan 6:32, 35; 4:10; 7:37; Apocalipsis 21:6; Juan 11:25.

<sup>443</sup> Mateo. 27:51–52.

<sup>444</sup> Mateo. 27:46.

<sup>445</sup> Un modismo en inglés antiguo que significa "ser para".

impío y malo no morará contigo<sup>446</sup>". Por boca de su profeta Isaías, clama principalmente contra los pecadores y dice: "¡Ay de vosotros que traéis la iniquidad con cuerdas de vanidad y el pecado como con coyundas de carreta<sup>447</sup>!" ¿No dio Dios una muestra clara de cuánto odiaba y aborrecía el pecado cuando ahogó a todo el mundo excepto sólo a ocho personas<sup>448</sup>? ¿Cuando destruyó a Sodoma y Gomorra con fuego y azufre<sup>449</sup>? ¿Cuando en el espacio de tres días mató con pestilencia a setenta mil por la ofensa de David<sup>450</sup>? ¿Cuando ahogó al Faraón y a todo su ejército en el Mar Rojo<sup>451</sup>? ¿Cuando convirtió al rey Nabucodonosor haciéndolo tomar la forma de una bestia bruta, arrastrándose con sus extremidades como si fuesen cuatro patas<sup>452</sup>? ¿Cuando permitió que Ahitofel y Judas se ahorcaran por el remordimiento del pecado, que era tan terrible a sus ojos<sup>453</sup>? Mil ejemplos semejantes se pueden encontrar en la Escritura si un hombre se parara a buscarlos. Pero ¿qué necesidad tenemos? Este ejemplo que tenemos ahora entre manos tiene más fuerza y debería conmovernos más que todos los demás. Cristo, siendo el Hijo de Dios y Dios perfecto, que nunca cometió pecado, se vio obligado a bajar del cielo y dar su cuerpo para ser herido y quebrantado en la cruz por nuestros pecados. ¿No fue esto una señal manifiesta de la gran ira y desagrado de Dios hacia el pecado, que no podía ser apaciguado por ningún otro medio sino sólo por la dulce y preciosa sangre de su amado Hijo? Pecado, pecado, que llevaste a Cristo a tal extremo. Ay del tiempo en que viniste al mundo. Pero, ¿a qué lamentarse ahora? El pecado ha llegado y de tal manera que no puede ser evitado. No hay hombre que viva, no, ni el hombre más justo de la tierra, pues aún el tal 'cae siete veces al día', como dice Salomón<sup>454</sup>. Y nuestro Salvador Cristo, aunque nos ha librado del pecado, hizo esto no para que estemos libres de cometer pecado, sino para que no sea imputado a nuestra condenación<sup>455</sup>. Él tomó sobre sí la justa retribución del pecado, que era la muerte, y con la muerte derrocó a la muerte, para que nosotros, creyendo en Él, vivamos para siempre y no muramos<sup>456</sup>. ¿No debería esto engendrar en nosotros un odio extremo hacia el pecado, al considerar que éste arrancó violentamente, por así decirlo, a Dios del cielo y le hizo sentir los horrores y dolores de la muerte? Ojalá considerásemos a veces esto en medio de nuestras pompas y placeres; refrenaría el desenfreno de la carne, aplacaría y calmaría nuestros afectos impíos, refrenaría nuestros apetitos desordenados, para que no corriésemos al azar, como comúnmente hacemos. Cometer pecado voluntaria y desesperadamente, sin temor de Dios, no es otra cosa que crucificar de nuevo a Cristo, como se nos enseña

---

<sup>446</sup> Sal. 5:4.

<sup>447</sup> Isaías. 5:18.

<sup>448</sup> Gén. 7:17-24.

<sup>449</sup> Gén. 19:24.

<sup>450</sup> 2 Sam. 24:13, 15.

<sup>451</sup> Éxodo 14:28.

<sup>452</sup> Dan. 4:33.

<sup>453</sup> 2 Sam. 17:23; Hechos 1:18; Mateo 27:5.

<sup>454</sup> Prov. 24:16.

<sup>455</sup> Rom. 8:1.

<sup>456</sup> Rom. 6:23.

expresamente en la epístola a los Hebreos<sup>457</sup>. Cosa que si estuviera profundamente impresa en el corazón de todos los hombres, entonces el pecado no reinaría en todas partes tanto como lo hace, para gran dolor y tormento de Cristo que ahora está sentado en el cielo.

Recordemos, pues, y tengamos siempre presente a Cristo crucificado, para que de este modo seamos movidos interiormente tanto a aborrecer el pecado por completo, como a amar a Dios con un corazón ferviente y celoso. Porque éste es otro fruto que el memorial de la muerte de Cristo debe producir en nosotros: un amor sincero y no fingido hacia Dios. "Tanto amó Dios al mundo" -dice San Juan-, "que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna"<sup>458</sup>. Si Dios nos declaró un amor tan grande a nosotros, sus tontas criaturas, ¿cómo no vamos a amarle de nuevo? ¿No fue ésta una prenda segura de su amor, darnos a su propio Hijo desde el cielo? Podría habernos dado un ángel, si hubiera querido, u otra criatura, y, sin embargo, su amor habría estado muy por encima de nuestras posibilidades. Ahora no nos ha dado un ángel, sino a su Hijo. ¿Y qué Hijo? A su Hijo unigénito, a su Hijo consubstancial, a su Hijo amado, a aquel a quien había constituido Señor y Príncipe de todas las cosas. ¿No fue ésta una singular muestra de gran amor? Pero ¿a quién se lo dio? Se lo dio a todo el mundo, es decir, a Adán y a todos los que vendrían después de él. Oh Señor, ¿qué merecía Adán o cualquier otro hombre de manos de Dios para que nos diera a su propio Hijo? Todos éramos personas miserables, personas pecadoras, personas condenables, justamente expulsados del paraíso, justamente excluidos del cielo, justamente condenados al fuego del infierno; y sin embargo (vean una maravillosa muestra del amor de Dios) nos dio a su Hijo Unigénito, a nosotros, digo, a nosotros que éramos sus enemigos extremos y mortales, para que, en virtud de su sangre derramada en la cruz, pudiéramos ser limpiados de nuestros pecados y hechos justos nuevamente ante sus ojos. ¿Quién puede elegir no maravillarse al escuchar que Dios mostró un amor tan inefable hacia nosotros que éramos sus enemigos mortales? En efecto, ¡oh hombre mortal!, debes admirarte de ello y reconocer en ello la gran bondad y misericordia de Dios para con los hombres, que es tan maravillosa que ninguna carne, por muy sabia que sea en el mundo, puede concebirla o expresarla. Porque, como atestigua San Pablo, Dios ensalza y manifiesta grandemente su amor hacia nosotros, en que envió a su Hijo Cristo a morir por nosotros, cuando todavía éramos pecadores y enemigos declarados de su nombre<sup>459</sup>. Si de alguna manera hubiéramos merecido esto de sus manos, entonces no sería de extrañar, pero no había ningún mérito de nuestra parte para que lo hiciera. Por lo tanto, tú, criatura pecadora, cuando oyes que Dios entregó a su Hijo para morir por los pecados del mundo, no pienses que lo hizo por algún mérito o bondad que había en ti, porque entonces eras esclavo del diablo; sino cae de rodillas y clama con el profeta David: "Oh Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes tanto de él? ¿O el hijo del hombre para que

---

<sup>457</sup> Heb. 6:6.

<sup>458</sup> Juan 3:16.

<sup>459</sup> Rom. 5:8.

lo consideres así<sup>460</sup>?” Y viendo que te ha amado tanto, esfuérzate por amarlo de nuevo “con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas<sup>461</sup>”, para que no parezcas indigno de su amor. Me pregunto a mi propia conciencia si no pensarías que tu amor es menospreciado injustamente por aquel que no lo corresponde porque no pudo encontrar en su corazón el amor que te tiene que dar. Si esto es verdad, como en efecto es muy verdadero, entonces piensa cuán grande es tu deber de amar a Dios, que te ha amado tanto que no perdonó a su propio Hijo unigénito de una muerte tan cruel y vergonzosa por ti.

Y hasta aquí sobre la causa de la muerte y pasión de Cristo, que así como por nuestra parte fue pecado horrendo y gravísimo, por su parte fue don gratuito de Dios, procedente de su puro y tierno amor hacia los hombres sin mérito o ganancia alguna de nuestra parte. El Señor, por su misericordia, nos conceda que nunca olvidemos este gran beneficio de nuestra salvación en Cristo Jesús, sino que nos mostremos siempre agradecidos por Él, aborreciendo toda clase de maldad y pecado y aplicando enteramente nuestra mente al servicio de Dios y a la observancia diligente de sus mandamientos.

Ahora nos corresponde mostraros cómo podemos aplicar la muerte y pasión de Cristo a nuestro consuelo, como medicina para nuestras heridas, de modo que produzca en nosotros el mismo efecto para el cual fue dada, es decir, la salud y salvación de nuestras almas. Porque así como de nada sirve al hombre tener un ungüento, a menos que se aplique bien a la parte afectada, así también la muerte de Cristo no nos servirá de nada a menos que la apliquemos a nosotros mismos de la manera que Dios ha dispuesto. Dios Todopoderoso obra comúnmente por medios, y en esto también ha ordenado un cierto medio por el cual podemos obtener fruto y provecho para la salud de nuestra alma. ¿Qué medio es ése? En verdad, es la fe, no una fe inconstante o vacilante, sino una fe segura, firme, fundada y sincera. “Dios envió a su Hijo al mundo”, dice San Juan. ¿Con qué fin? “Para que todo aquel que crea en él no perezca, mas tenga vida eterna<sup>462</sup>”. Fíjate en estas palabras: ‘todo aquel que en Él cree’. He aquí el medio por el cual debemos aplicar los frutos de la muerte de Cristo a nuestra herida mortal, he aquí el medio por el cual debemos obtener la vida eterna, a saber, la fe. Porque, como enseña San Pablo en su epístola a los Romanos, «con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación<sup>463</sup>». Pablo, al preguntar al guardián de la prisión qué debía hacer para salvarse, dio esta respuesta: «Cree en el Señor Jesús, y así te salvarás tú y tu casa<sup>464</sup>». Después que el Evangelista nos ha descrito y expuesto ampliamente la vida y la muerte del Señor Jesús, al final concluye con estas palabras: ‘Estas cosas están escritas para que creamos que Jesucristo es el Hijo de Dios, y por la fe obtengamos

---

<sup>460</sup> Sal. 8:4.

<sup>461</sup> Lucas 10:27.

<sup>462</sup> Juan 3:16.

<sup>463</sup> Rom. 10:10.

<sup>464</sup> Hechos 16:30-31.

la vida eterna<sup>465</sup>. Para concluir con las palabras de San Pablo, que son éstas: "Cristo es el fin de la ley para salvación de todo el que cree<sup>466</sup>". Por esto, pues, bien podéis percibir que el único medio e instrumento de salvación que se requiere de nuestra parte es la fe, es decir, una segura confianza en las misericordias de Dios, por la que nos persuadimos de que Dios ha perdonado y perdonará nuestros pecados, que nos ha aceptado de nuevo en su favor, que nos ha liberado de las cadenas de la condenación y nos ha recibido de nuevo en el número de sus elegidos, no por nuestros méritos o merecimientos, sino única y exclusivamente por los méritos de la muerte y pasión de Cristo, que se hizo hombre por nosotros y se humilló a sí mismo para soportar el oprobio de la cruz, a fin de que pudiéramos ser salvados y hechos herederos del reino de los cielos. Esta fe se requiere de nuestras manos, y si la guardamos firmemente en nuestros corazones, no hay duda de que obtendremos la salvación de manos de Dios, como lo hicieron Abraham, Isaac y Jacob, de quienes la Escritura dice que «creyeron y les fue imputado por justicia<sup>467</sup>». ¿Les fue imputada? ¿Y no se nos imputará a nosotros? Sí, si tenemos la misma fe que ellos tuvieron, se nos imputará por justicia tan verdaderamente como a ellos. Porque es una sola fe la que debe salvarnos a nosotros y a ellos, una fe segura y firme en Cristo Jesús, quien, como habéis oído, vino al mundo con este fin, 'para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna<sup>468</sup>'.

Pero aquí debemos tener cuidado de no dudar en Dios por una fe inconstante y vacilante, sino que esta sea fuerte y firme hasta el fin de nuestras vidas. "El que vacila", dice Santiago, "es como las olas del mar; no piense ese hombre que alcanzará algo de las manos de Dios<sup>469</sup>". Pedro, al acercarse a Cristo sobre el agua, debido a que desmayó en la fe, estuvo en peligro de ahogarse<sup>470</sup>. Así también nosotros, si comenzamos a vacilar o a dudar, debemos temer que nos hundiremos como Pedro, no en el agua, sino en el abismo sin fondo del fuego del infierno. Por eso os digo que debemos comprender los méritos de la muerte y pasión de Cristo por la fe, y que con una fe fuerte y firme, no dudando nada y no creyendo ninguna otra cosa, más que Cristo, por su única oblación y ofrenda de sí mismo en la cruz, ha quitado nuestros pecados y nos ha restaurado de nuevo al favor de Dios, tan plena y perfectamente que ningún otro sacrificio por el pecado será en lo sucesivo necesario en todo el mundo<sup>471</sup>.

Así habéis oído en pocas palabras el medio por el cual debemos aplicar en nosotros los frutos y méritos de la muerte de Cristo, para que obre en nuestra salvación, a saber, una fe segura, firme, perfecta y fundada. Porque así como todos los que contemplaron fijamente la serpiente de bronce fueron sanados y librados de

---

<sup>465</sup> Juan 20:31.

<sup>466</sup> Rom. 10:4.

<sup>467</sup> Génesis 15:6; Romanos. 4:3, 9, 2, 24.

<sup>468</sup> Juan 3:16.

<sup>469</sup> Santiago 1:6–7.

<sup>470</sup> Mateo. 14:28–31.

<sup>471</sup> Hebreos 10:10–18.

sus enfermedades corporales y de sus picaduras con sólo verla, así también todos los que contemplan a Cristo crucificado con una fe verdadera y viva serán librados sin duda de las dolorosas heridas del alma, por muy mortales o numerosas que sean<sup>472</sup>. Por lo tanto, amados míos, si en algún momento, por la fragilidad de la carne, caemos en pecado, como no tenemos capacidad de elegir sino que en verdad caemos frecuentemente, y si sentimos que la pesada carga del pecado oprime nuestras almas, atormentándonos con el temor de la muerte, el infierno y la condenación, usemos entonces el medio que Dios ha establecido en su Palabra, es decir, el medio de la fe, que es el único instrumento de salvación que nos queda.

Contemplemos firmemente a Cristo crucificado con los ojos de nuestro corazón. Confiemos únicamente en ser salvados por su muerte y pasión y en que nuestros pecados sean limpiados por su preciosísima sangre, para que en el fin del mundo, cuando venga de nuevo a juzgar a vivos y muertos, nos reciba en su reino celestial y nos coloque en el número de sus elegidos y escogidos, para participar allí de la vida inmortal y eterna que nos ha comprado en virtud de sus llagas sangrientas. A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos.

**Amén.**

---

<sup>472</sup> Números 21:9; Juan 3:14–15.

## Homilía de la Resurrección de Nuestro Salvador Jesucristo para el día de Pascua



*Por Richard Taverner*

Si alguna vez la grandeza o excelencia de algún asunto, espiritual o temporal, ha despertado sus mentes para prestar oídos diligentes, buen pueblo cristiano y bien amado en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, no dudo que los tendré ahora en esta temporada como oyentes muy diligentes y listos del asunto que tengo en este momento para abrirles. Porque vengo a declarar ese gran y más comfortable artículo de nuestra religión y fe cristianas, la resurrección de nuestro Señor Jesús.

Tan grande ciertamente es el asunto de este artículo y de tan gran peso e importancia, que se consideró digno de mantener a nuestro Salvador todavía en la tierra cuarenta días después de haber resucitado de la muerte a la vida, para la confirmación y establecimiento del mismo en los corazones de sus discípulos. De modo que, como claramente atestigua Lucas en el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, estuvo conversando con sus discípulos por espacio de cuarenta días continuamente juntos<sup>473</sup>, con la intención de que en su persona, estando ya glorificado, les enseñara e instruyera, a los que debían ser los maestros de los demás, plenamente y de la manera más absoluta y perfecta la verdad de este

---

<sup>473</sup> Hechos 1:3.

cristianísimo artículo, que es la base y fundamento de toda nuestra religión, antes de que ascendiera a los cielos con su Padre, para recibir allí la gloria de su triunfante conquista y victoria.

Sin duda, este artículo es tan reconfortante para nuestras conciencias que es incluso la llave y el candado de toda nuestra religión y fe cristianas. "Si no fuera verdad", dice el santo apóstol Pablo, "si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados", dice el apóstol, "entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres", si él todavía está bajo el poder de la muerte y todavía no ha sido restaurado a su bienaventuranza. "mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos", dice el apóstol Pablo, "primicias de los que durmieron es hecho", con el propósito de resucitarlos a la vida eterna<sup>474</sup>. Y si no fuera verdad que Cristo ha resucitado, tampoco lo sería que ha subido a los cielos, ni que nos ha enviado desde el cielo el Espíritu Santo, ni que está sentado a la diestra de su Padre celestial, teniendo el dominio del cielo y de la tierra, reinando (como dice el profeta) «de mar a mar<sup>475</sup>», ni que después de este mundo será juez tanto de los vivos como de los muertos, para recompensar a los buenos y juzgar a los malos.

Así pues, para que todos estos eslabones de nuestra fe quedaran firmemente establecidos y confirmados, a nuestro Salvador no le plugo retirarse inmediatamente de la presencia corporal y de la vista de sus discípulos, sino que eligió cuarenta días en los que les declararía con múltiples y muy fuertes argumentos y señales que había vencido a la muerte, y que también había resucitado verdaderamente a la vida. "Y comenzando" -dice Lucas- "desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían<sup>476</sup>", con la intención de confirmar la verdad de su resurrección, de la que se había hablado mucho antes, y que verificó en verdad, como se declara muy explícita y manifiestamente, por su frecuente aparición a diversas personas en diversos momentos. Primero envió sus ángeles al sepulcro, los cuales mostraron a ciertas mujeres la tumba vacía, salvo que quedaba en ella el lienzo de la sepultura, y por estas señales fueron estas mujeres plenamente instruidas de que había resucitado, y así lo testificaron abiertamente<sup>477</sup>. Después de esto, Jesús mismo se apareció a María Magdalena, y después a otras ciertas mujeres, e inmediatamente después se apareció a Pedro, y luego a los dos discípulos que iban a Emaús<sup>478</sup>. También se apareció a los discípulos, mientras "estaban reunidos por miedo a los judíos, con las puertas cerradas<sup>479</sup>". En otra ocasión fue visto en el mar de Tiberíades por Pedro y Tomás y por otros

---

<sup>474</sup> 1 Corintios 15:14-22.

<sup>475</sup> Salmos 72:8.

<sup>476</sup> Lucas 24:27.

<sup>477</sup> Mateo 28:1-8; Lucas 24:1-12.

<sup>478</sup> Juan 20:14-18; Mateo 28:9-10; 1 Corintios 15:5; Lucas 24:13-34.

<sup>479</sup> Juan 20:19.

discípulos, cuando estaban pescando<sup>480</sup>. Fue visto por más de quinientos hermanos en el monte de Galilea, donde Jesús les indicó que estuvieran por medio de su ángel, cuando dijo: "He aquí, él irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis como os ha dicho"<sup>481</sup>". Después de esto se apareció a Santiago, y por último fue visto visiblemente por todos los apóstoles en el momento en que fue llevado al cielo<sup>482</sup>. De esta forma, en diversas ocasiones se mostró a sí mismo después de haber resucitado, para confirmar y establecer este artículo. Y en estas revelaciones algunas veces les mostró sus manos, sus pies y su costado y les ordenó que lo tocaran, para que no lo tomaran por un fantasma o un espíritu; algunas veces también comió con ellos, pero siempre estuvo hablando con ellos del reino eterno de Dios, para asegurar la verdad de su resurrección. Porque, "entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones"<sup>483</sup>.

Vosotros veis, buen pueblo cristiano, cuán necesario es este artículo de nuestra fe, observando que fue probado por el mismo Cristo por razones y señales tan evidentes, por tanto tiempo y espacio. Ahora, pues, así como nuestro Salvador fue diligente en declararlo para nuestro consuelo e instrucción, así también estemos dispuestos en nuestra creencia a recibirlo para nuestro consuelo e instrucción. Así como no murió por sí mismo, tampoco resucitó por sí mismo. San Pablo dice: "Murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación"<sup>484</sup>". ¡Oh!, ¡que palabra tan consoladora, para que la recordemos siempre! Murió, dice, para quitar el pecado; resucitó para darnos la justicia. Su muerte quitó el pecado y la maldición, su muerte fue el pago por ambos, su muerte destruyó la muerte y venció "al diablo, que tenía el poder de la muerte"<sup>485</sup> en su sujeción; su muerte destruyó el infierno con toda su condenación. Así fue tragada la muerte por la victoria de Cristo, así fue destruido para siempre el infierno<sup>486</sup>.

Si alguien duda de esta victoria, que lo declare la gloriosa resurrección de Cristo. Si la muerte no pudo mantener a Cristo bajo su dominio y poder, sino que resucitó, es manifiesto que su poder fue vencido. Si la muerte es vencida, entonces debe seguirse que el pecado, para el cual la muerte fue señalada como paga, también debe ser destruido. Si la muerte y el pecado desaparecen, entonces es vencida la tiranía del diablo, que tenía el poder de la muerte, y era el autor y productor del pecado, y el gobernante del infierno. Si Cristo tuvo la victoria sobre todos ellos por el poder de su muerte y lo demostró abiertamente por su victoriosísima y valerosa resurrección, ya que no era posible que su gran poder fuera subyugado por ellos, y

---

<sup>480</sup> Juan 21:1-14.

<sup>481</sup> 1 Corintios 15:6; Marcos 16:7; Mateo 28:7, 10.

<sup>482</sup> 1 Corintios 15:7; Hechos 1:4-11.

<sup>483</sup> Lucas 24:45-47.

<sup>484</sup> Romanos 4:25.

<sup>485</sup> Heb. 2:14.

<sup>486</sup> 1 Cor. 15:54, 57.

entonces esto es verdad, que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”, ¿por qué no podemos nosotros, que somos sus miembros por verdadera fe, regocijarnos y decir audazmente con el profeta Oseas y el apóstol Pablo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo<sup>487</sup>”.

Esta poderosa conquista de su resurrección no sólo fue simbolizada antes por diversas figuras del Antiguo Testamento, como por Sansón cuando mató al león, de cuya boca salió dulzura y miel<sup>488</sup>, y como David tipificó su figura cuando liberó al cordero de la boca del león, y cuando venció y mató al gran gigante Goliat<sup>489</sup>, y como cuando Jonás fue tragado por la boca del gran pez y arrojado de nuevo a tierra para vivir<sup>490</sup>, sino que también fue profetizado muy claramente por los profetas del Antiguo Testamento, y en el Nuevo también confirmado por los apóstoles. “Despojó”, dice San Pablo, “el dominio y el poder” y todo el dominio de nuestros enemigos espirituales; “los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz<sup>491</sup>”.

Éste es el gran poder del Señor en quien creemos. Por su muerte nos ha dado esta victoria, y por su resurrección nos ha comprado la vida eterna y la justicia. No habría bastado que nos librara del pecado por su muerte, si no hubiéramos sido dotados de justicia por su resurrección. Y de nada nos serviría ser librados de la muerte si no hubiera resucitado para abrirnos las puertas del cielo y entrar en la vida eterna. Por eso San Pedro da gracias y bendice a “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe<sup>492</sup>”. Así su resurrección nos ha dado vida y justicia. Pasó por la muerte y el infierno, con el fin de darnos la buena esperanza de que por su fuerza haremos lo mismo. Él pagó el rescate del pecado para que no se nos imputara. Destruyó al diablo y toda su tiranía, y triunfó abiertamente sobre él, arrebatándole a todos sus cautivos, y los resucitó y los colocó junto a Él entre los ciudadanos celestiales<sup>493</sup>. Él murió para destruir el gobierno del diablo en nosotros y resucitó para enviar su Espíritu Santo a gobernar en nuestros corazones, para dotarnos de una justicia perfecta. Así es verdad que David cantó: “veritas de terra orta est et iustitia de caelo prospexit” (La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos); la verdad de la promesa de

---

<sup>487</sup> Oseas 13:14; 1 Cor. 15:55, 57.

<sup>488</sup> Jueces 14:5–8.

<sup>489</sup> 1 Sam. 17:34–35, 49–50.

<sup>490</sup> Jonás 1:17; 2:10.

<sup>491</sup> Col. 2:15.

<sup>492</sup> 1 Pedro 1:3–5.

<sup>493</sup> Ef. 2:6.

Dios se declara en la tierra al hombre, o desde la tierra es la verdad eterna, el Hijo de Dios, resucitado a la vida, y la verdadera justicia del Espíritu Santo que mira desde el cielo, y se distribuye en la más magnánima generosidad sobre todo el mundo<sup>494</sup>. De esta manera, la gloria y la alabanza rebotan hacia arriba a Dios por su misericordia y verdad, y así la paz desciende del cielo a los hombres de corazón bueno y fiel<sup>495</sup>. Así, como escribe David, la misericordia y la verdad se encuentran juntas; así la paz y la justicia se abrazan y se besan mutuamente<sup>496</sup>.

Si dudas de tan gran riqueza y felicidad que se te ha otorgado, oh hombre, recuerda que, por tanto, has recibido en tu propia posesión la verdad eterna, nuestro Salvador Jesucristo, para confirmar a tu conciencia la verdad de todo esto. Lo has recibido (si lo has recibido con verdadera fe y arrepentimiento de corazón, si lo has recibido con el propósito de enmendarte) como medida o garantía eterna de tu salvación. Has recibido su cuerpo que una vez fue quebrantado y su sangre que fue derramada para la remisión de tu pecado. Has recibido su cuerpo para tener dentro de ti al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para morar contigo, para dotarte de gracia, para fortalecerte contra tus enemigos y para consolarte con su presencia. Has recibido su cuerpo para dotarte de justicia eterna, para asegurarte la felicidad eterna y la vida de tu alma. Porque con Cristo, por la verdadera fe, eres vivificado de nuevo, dice san Pablo, de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y en esperanza trasladado de la muerte corporal y eterna a la vida eterna de gloria en el cielo, donde ahora debería estar tu ciudadanía y puestos tu corazón y tu deseo<sup>497</sup>. No dudes de la verdad de este asunto, por grandes y elevadas que sean estas cosas. Es propio de Dios no hacer obras pequeñas, por imposibles que te parezcan. Ruega a Dios que tengas fe para percibir este gran misterio de la resurrección de Cristo, para que por la fe puedas creer con certeza que nada es imposible para Dios<sup>498</sup>. Sólo tienes que tener fe en la santa Palabra y sacramento de Cristo. Que tu arrepentimiento muestre tu fe, que tu propósito de enmienda y la obediencia de tu corazón a la ley de Dios demuestren en el futuro tu verdadera creencia. Esfuérzate por decir con San Pablo desde ahora en adelante: “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas<sup>499</sup>”.

Así, pues, buenos cristianos, por cuanto habéis oído estos tan grandes y excelentes beneficios de la poderosa y gloriosa resurrección de Cristo, tales como que nos ha rescatado del pecado, ha vencido al diablo, a la muerte y al infierno, y ha triunfado victoriosamente sobre todos ellos, para hacernos libres y guardarnos

---

<sup>494</sup> Sal. 85:11; Ef. 4:8. La versión en inglés es una versión libre y ampliada del latín.

<sup>495</sup> Lucas 2:14.

<sup>496</sup> Sal. 85:10.

<sup>497</sup> Ef. 2:5–8.

<sup>498</sup> Lucas 1:37; 18:27.

<sup>499</sup> Filipenses 3:20-21.

seguros de su poder, y sabiendo que por este beneficio de su resurrección somos resucitados con Él por nuestra fe para vida eterna, estando en plena seguridad de nuestra esperanza, de que nuestros cuerpos igualmente resucitarán de la muerte, para tenerlos glorificados en la inmortalidad y unidos a su cuerpo glorioso, teniendo mientras tanto su Espíritu Santo dentro de nuestros corazones como sello y garantía de nuestra herencia eterna, por cuya ayuda seremos reabastecidos de toda justicia, por cuyo poder podremos someter todos nuestros afectos malignos que se levantan contra todo aquello que agrada de Dios; Estas cosas, digo, bien consideradas, declaremos ahora en el resto de nuestra vida nuestra fe en este artículo tan fructífero al enmarcarnos en él al levantarnos diariamente del pecado a la justicia y santidad de vida. San Pedro nos dice, “¿De qué nos servirá escapar y ser librados de la inmundicia del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, si volvemos a enredarnos en ella y volvemos a ser vencidos nuevamente?” Ciertamente, “hubiera sido mejor” –dice– “no haber conocido nunca el camino de la justicia que, después de haberlo conocido y recibido, volver atrás otra vez del santo mandamiento de Dios que nos fue dado. De este modo tendrá lugar en nosotros el proverbio que dice: El perro vuelve a su vómito y la puerca lavada a revolcarse en el cieno otra vez<sup>500</sup>.” ¡Qué vergüenza sería para nosotros, habiendo sido tan clara y libremente lavados de nuestro pecado, volver de nuevo a la inmundicia del mismo! ¡Qué locura sería, dotados así de justicia, perderla de nuevo! ¡Qué locura sería perder la herencia que ahora nos ha sido dada por el vil y transitorio placer del pecado! ¡Y qué crueldad sería que nuestro Salvador Cristo, de su misericordia, viniera a morar en nosotros como nuestro huésped, para expulsarlo de nosotros y desterrarlo violentamente de nuestras almas, y en lugar de aquel en quien está toda gracia y virtud, recibiera el espíritu ingrato del diablo, el fundador de toda maldad y perversidad! ¿Cómo podemos encontrar en nuestros corazones la manera de mostrar una crueldad tan extrema hacia Cristo, que ahora tan gentilmente nos ha llamado a la misericordia y se ha ofrecido a nosotros, y ahora ha entrado en nosotros? Sí, ¿cómo nos atrevemos a ser tan osados como para renunciar a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (pues donde está uno, allí está Dios todo entero en majestad junto con todo su poder, sabiduría y bondad), y no temer, digo, el peligro y el riesgo de un desafío y un abandono tan traicioneros?

Buenas hermanas y hermanos cristianos, aconsejaos a vosotros mismos; considerad la dignidad en la que estáis colocados ahora. No dejéis que la locura pierda lo que la gracia ha ofrecido y comprado tan preciosamente. No dejéis que la obstinación y la ceguera apaguen la gran luz que ahora se os muestra. Solamente tomad buen corazón para vosotros y 'poneos toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra vuestros enemigos', que os someterían de nuevo y os llevarían a su esclavitud<sup>501</sup>. Acordaos de que “habéis sido comprados de vuestra vana manera de vivir” y que vuestra libertad no se compró “con oro, ni plata, sino con el valor de la preciosa sangre de aquel inocente Cordero Jesucristo, que fue ordenado

---

<sup>500</sup> 2 Pedro 2:20-22.

<sup>501</sup> Efesios 6:11-12.

con este propósito antes de que el mundo fuese creado, pero que fue declarado así en el último tiempo de gracia por amor a vosotros, que por Él tenéis vuestra fe en Dios, quien le levantó de la muerte y le dio gloria, para que tengáis vuestra fe y esperanza en Dios<sup>502</sup>". Por tanto, como hasta ahora habéis seguido las vanas concupiscencias de vuestras mentes y de tal manera habéis desagradado a Dios hasta el peligro de vuestras almas, así ahora, como hijos obedientes, purificados por la fe, entregaos a andar por el camino al que Dios os mueve<sup>503</sup>, para que obtengáis el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas<sup>504</sup>. Y "como habéis entregado vuestros cuerpos a la injusticia, para pecar tras el pecado, así ahora entregaos a la justicia, para ser santificados en ella<sup>505</sup>".

Si os deleitáis en este artículo de vuestra fe, en el que tenemos la convicción que Cristo resucitó de muerte a vida, seguid entonces el ejemplo de su resurrección, como nos exhorta san Pablo, diciendo: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva<sup>506</sup>"; para que también nosotros, como hijos suyos, vivamos cotidianamente de tal manera que mueva a los hombres a "glorificar a nuestro Padre que está en los cielos<sup>507</sup>". "Si, pues, resucitamos con Cristo" por nuestra fe a la esperanza de la vida eterna, resucitemos también con Cristo, a su ejemplo, a una vida nueva, y dejemos la vieja. Entonces resucitaremos verdaderamente si "buscamos las cosas de arriba", si "tenemos la mirada en las cosas de arriba y no en las de la tierra<sup>508</sup>". Si deseáis saber cuáles son estas cosas terrenales que debéis desechar y cuáles son las cosas celestiales de arriba que debéis buscar y seguir, San Pablo en la epístola a los Colosenses declara, cuando nos exhorta así: "haced morir, pues, lo terrenal en vosotros", y de esta manera, los antiguos afectos del pecado, como, "fornicación, inmundicia, pasiones contranaturales, malos deseos y avaricia, que es adoración de ídolos; cosas por las cuales la ira de Dios suele caer sobre los hijos de incredulidad, en las cuales anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora apartad también de vosotros la ira, el enojo, la malicia, las maldiciones, las palabras deshonestas de vuestras bocas. "no mintáis los unos a los otros, habiéndoo despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo<sup>509</sup>". Éstas son las cosas terrenales que San Pablo os exhorta a desechar y a arrancarlas de vuestros corazones. Porque al seguirlas os declararéis terrenales y mundanos. Éstos son los frutos del Adán terrenal. Éstos debéis matarlos diariamente con buena diligencia resistiendo a los deseos de ellos, para que podáis elevaros a la justicia. Que vuestro afecto de ahora en adelante esté puesto en las cosas celestiales. Pedid y buscad la

---

<sup>502</sup> 1 Pedro 1:18-21.

<sup>503</sup> 1 Pedro 1:14.

<sup>504</sup> 1 Pedro 1:9.

<sup>505</sup> Romanos 6:19.

<sup>506</sup> Romanos 6:2-4.

<sup>507</sup> Mateo 5:16.

<sup>508</sup> Colosenses 3:1-2.

<sup>509</sup> Colosenses 3:5-10.

“misericordia, bondad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros, si alguno tiene alguna queja con otro; Así como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros<sup>510</sup>”. Si estas y otras virtudes celestiales las mantenéis en el resto de vuestra vida, mostraréis claramente que habéis resucitado con Cristo y que sois hijos espirituales de vuestro Padre celestial<sup>511</sup>, de quien, como del dador, vienen estas gracias y dones<sup>512</sup>. De esta manera probaréis que vuestra ciudadanía está en los cielos, donde está vuestra esperanza, y no en la tierra, siguiendo los apetitos bestiales de la carne<sup>513</sup>.

Por tanto, debéis considerar que estáis limpios y renovados, para que de ahora en adelante “sirváis a Dios en santidad y justicia todos los días de vuestra vida”, a fin de que reinéis con él en la vida eterna<sup>514</sup>. Si rechazáis tan grande gracia, a la que sois llamados, ¿qué otra cosa hacéis sino amontonar más y más vuestra condenación, y provocar así a Dios para que os eche en cara su desagrado y se venga de esta burla de sus santos sacramentos que están siendo abusados incesantemente? Aplicaos, buenos amigos, a vivir en Cristo para que Cristo siga viviendo en vosotros, cuyo favor y asistencia, si lo tenéis, entonces ya tenéis vida eterna dentro de vosotros, de tal forma que nada os puede dañar<sup>515</sup>. Todo lo que hasta ahora se ha hecho y cometido, Cristo, como veis, os ha ofrecido el perdón y claramente os ha recibido de nuevo en su favor, con plena seguridad de que lo tenéis ahora habitando y morando dentro de vosotros. Solamente mostraos agradecidos en vuestras vidas, determinad con vosotros mismos rechazar y evitar todas aquellas cosas en vuestra manera de andar que puedan ofender sus ojos de misericordia<sup>516</sup>. Esforzaos vosotros mismos por ese camino para levantaros de nuevo, por el que caísteis en el pozo o fosa del pecado. Si con vuestra lengua habéis ofendido, levantaos ahora y glorificad a Dios con ella. Acostumbradla a alabar y a exaltar el nombre de Dios de la misma forma como vosotros lo habéis deshonrado con ella. Y así como habéis dañado el nombre de vuestro prójimo o le habéis estorbado de alguna otra manera, así ahora intentad restituírselo de nuevo. Porque sin restitución Dios no acepta vuestra confesión, ni vuestro arrepentimiento. No basta con abandonar el mal, si no os animáis a hacer el bien<sup>517</sup>. En cualquier ocasión en que hayáis ofendido, volved ahora la ocasión en honor de Dios y provecho de vuestro prójimo.

Es verdad que el pecado es fuerte y los afectos rebeldes. Difícil es dominar y resistir a nuestra naturaleza, tan corrompida y fermentada con la amargura agria del veneno que recibimos por herencia de nuestro viejo padre Adán. Pero tened

---

<sup>510</sup> Colosenses 3:12-13.

<sup>511</sup> Mateo 5:45.

<sup>512</sup> Santiago 1:17.

<sup>513</sup> Filipenses 3:20.

<sup>514</sup> Lucas 1:74-75.

<sup>515</sup> Juan 5:24.

<sup>516</sup> Colosenses 3:5-6.

<sup>517</sup> Salmo 37:27.

valor, dice nuestro Salvador Cristo, porque yo he vencido al mundo y a todos los demás enemigos por vosotros<sup>518</sup>. El pecado no tendrá poder sobre vosotros, porque ahora estáis bajo la gracia, dice San Pablo<sup>519</sup>. Aunque vuestro poder sea débil, Cristo ha resucitado para fortalecernos en vuestra batalla; su Espíritu Santo os ayudará en vuestras debilidades<sup>520</sup>. Confiando en su misericordia, os toma en sus manos para purgar esta vieja levadura de pecado que corrompe y ensucia la dulzura de vuestra vida delante de Dios, para que seáis como masa nueva y fresca, vacía de toda levadura agria de maldad; así os mostraréis como pan dulce a Dios, para que se deleite en vosotros. Digo, matad y desechad los afectos mundanos y terrenales de vuestros cuerpos, porque Cristo, nuestro Cordero pascual, es ofrecido por nosotros, para matar el poder del pecado, para librarnos de su peligro y para darnos ejemplo de morir al pecado en nuestra vida. Así como los judíos comieron su cordero pascual y celebraron su fiesta en memoria de su liberación de Egipto, así también nosotros celebremos nuestra fiesta pascual en el recuerdo agradecido de los beneficios de Cristo, que ha obrado abundantemente por nosotros mediante su resurrección y su paso a su Padre, por lo que somos liberados de la cautividad y esclavitud de nuestros enemigos<sup>521</sup>. De la misma manera, pasemos por alto los afectos de nuestra antigua manera de vivir para que podamos ser liberados de su esclavitud y resucitar así con Cristo. Los judíos celebraban su fiesta absteniéndose de pan leudado por espacio de siete días, nosotros, pueblo cristiano, celebremos nuestro día santo de manera espiritual, es decir, absteniéndonos, no de pan leudado material, sino de la vieja levadura del pecado, la levadura de la malicia y de la perversidad<sup>522</sup>. Arrojemus de nosotros la levadura de la doctrina corrupta que infectará nuestras almas<sup>523</sup>. Celebremos nuestra fiesta todo el término de nuestra vida comiendo el pan de la pureza de la vida piadosa y de la verdad de la doctrina de Cristo. Así declararemos que los dones y gracias de Cristo tienen su efecto en nosotros y que tenemos la creencia y el conocimiento correctos de su santa resurrección; donde verdaderamente, si aplicamos nuestra fe a la virtud de la misma y en nuestra vida nos conformamos al ejemplo y significado de ella, estaremos seguros de resucitar en lo sucesivo a la gloria eterna por la bondad y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria, acción de gracias y alabanza «in infinita saeculorum saecula».

Amén.

---

<sup>518</sup> Juan 16:33. Todas las ediciones antiguas atribuyen la cita erróneamente a Mateo 6.

<sup>519</sup> Romanos 6:14.

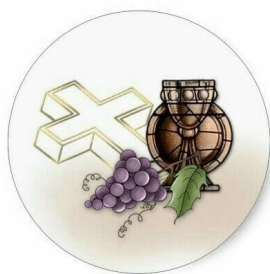
<sup>520</sup> Romanos 8:11, 26, 34.

<sup>521</sup> 1 Corintios 5:7–8.

<sup>522</sup> Éxodo 12:15–20.

<sup>523</sup> Mateo 16:6, 12.

## **Homilía Sobre la Digna Recepción y Reverencia del Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo**



*Autor desconocido*

EL gran amor de nuestro Salvador Cristo hacia la humanidad, buen pueblo cristiano, no sólo se manifiesta en ese caro beneficio de nuestra redención y salvación comprado por su muerte y pasión, sino también en que tan amablemente dispuso que la misma obra misericordiosa pudiera ser tenida en continuo recuerdo, para tomar algún lugar en nosotros, y no ser frustrado de su fin y propósito. Porque, así como los tiernos padres no se contentan con procurar a sus hijos posesiones y medios de subsistencia costosos, sino que estos procuran que se conserven y lleguen a su uso; de esta misma forma nuestro Señor y Salvador no consideró suficiente comprar para nosotros el favor de su Padre nuevamente (que es esa fuente profunda de toda bondad), y la vida eterna, sino que también estableció las formas más sabias por las cuales podrían redundar en nuestro alivio y beneficio. Entre los cuales está la celebración pública de la memoria de su preciosa muerte en la mesa del Señor: la cual, aunque a algunos les parezca de poca virtud, sin embargo, siendo practicada correctamente por los fieles, no sólo ayuda a su debilidad, que debido a su naturaleza envenenada está más dispuesta a recordar los daños que los beneficios, así pues, este fortalece y consuela su hombre interior con paz y alegría, y los hace agradecidos a su Redentor con una vida que practica la piedad de una forma

cuidadosa. Y así, como en tiempos antiguos Dios decretó<sup>524</sup> que sus maravillosos beneficios de la liberación de su pueblo se mantuvieran en la memoria al comer la pascua con sus ritos y ceremonias, así nuestro amoroso Salvador ha ordenado<sup>525</sup> y establecido el recuerdo de su gran misericordia expresada en su pasión, mediante la institución de su Cena celestial, donde cada uno de nosotros debe ser huésped y no espectador, comensales y no observadores, alimentándonos a nosotros mismos y no contratando a otros para que nos alimenten; esto, para que vivamos de nuestra propia comida, y no perezamos de hambre mientras otros devoran todo. A esto nos obliga su mandamiento diciendo: Haced esto todas las veces que la bebiereis en memoria de mí<sup>526</sup>. De esta forma, somos provocados por su promesa que nos dice: "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama".

Así pues, como necesariamente debemos ser nosotros mismos partícipes de esta mesa, y no espectadores de los demás, así debemos dirigirnos a frecuentarla en forma reverente y debida; no sea que, como la medicina provista para el cuerpo, siendo mal utilizada, perjudique más que beneficie, así esta medicina reconfortante del alma, recibida indecentemente, tienda a nuestro mayor daño y dolor. Como dice San Pablo, "el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí"<sup>527</sup>. Por tanto, que no se nos diga, como se le dijo al

---

<sup>524</sup> **Éxodo 12:14-20:** Y este día os será en memoria, y lo celebraréis como fiesta solemne para Jehová durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis. Siete días comeréis panes sin levadura; y así el primer día haréis que no haya levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado desde el primer día hasta el séptimo, será cortado de Israel. El primer día habrá santa convocación, y asimismo en el séptimo día tendréis una santa convocación; ninguna obra se hará en ellos, excepto solamente que preparéis lo que cada cual haya de comer. Y guardaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mismo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento en vuestras generaciones por costumbre perpetua. En el mes primero comeréis los panes sin levadura, desde el día catorce del mes por la tarde hasta el veintiuno del mes por la tarde. Por siete días no se hallará levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado, así extranjero como natural del país, será cortado de la congregación de Israel. Ninguna cosa leudada comeréis; en todas vuestras habitaciones comeréis panes sin levadura.

<sup>525</sup> **Mateo 26:26-28:** Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.

**1 Corintios 1:23-26:** Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo, tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.

<sup>526</sup> **Lucas 22:19-20:** Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

<sup>527</sup> **1 Corintios 11:29.**

invitado de la gran cena: Amigo, ¿cómo es que no tienes el vestido de bodas?<sup>528</sup> y para que podamos usar fructíferamente el consejo de San Pablo: *Que cada uno se pruebe a sí mismo, y así coma ese pan y beba de esa copa*<sup>529</sup>, debemos saber ciertamente que tres cosas son requisitos en aquel que desea apropiadamente, como conviene a tan altos misterios, acudir a la mesa del Señor: es decir, una estimación y comprensión “justa y digna” de este misterio; en segundo lugar, venir con una fe segura; y en tercer lugar, tener novedad o pureza de vida para suceder a la recepción de la misma. Pero, antes que nada, de esto debemos estar seguros especialmente de que esta Cena sea hecha y ministrada de tal manera como lo hizo y mandó hacer nuestro Señor y Salvador, como la usaron sus santos Apóstoles, y los buenos padres en los tiempos primitivos. La iglesia lo frecuentaba. Porque, como dice aquel dignísimo San Ambrosio: “Es indigno del Señor el que celebra aquel misterio de otra manera que aquel que por él fue entregado; ni puede ser devoto el que de oficiándolo de otro modo, presume que fue dado por el Autor”. Entonces debemos tener cuidado, no sea que, de la memoria se haga un sacrificio; no sea que una comunión se convierta en una comida privada; no sea que de dos partes, tengamos una sola; no sea que aplicándolo a los muertos, perdamos el fruto de estar vivos. Sigamos más bien en estos asuntos el consejo de Cipriano en los casos similares; es decir, adherirse firmemente al primer principio; aferraos a la tradición del Señor; haced en memoria del Señor lo que Él mismo hizo, Él mismo mandó y sus apóstoles confirmaron. Si usamos esta precaución o previsión, entonces podemos ver las cosas que son necesarias en el receptor digno; por lo cual tengamos en cuenta a los primeros, para que así obtengamos una comprensión correcta de la cosa misma. En cuanto a qué cosa, esto podemos persuadirnos con seguridad, que el hombre ignorante no puede ni estimar dignamente ni usar eficazmente esas maravillosas gracias y beneficios ofrecidos y exhibidos en esa Cena, sino que los considerará a la ligera, siendo esto una ofensa no pequeña, o los despreciará por completo para su destrucción total; de modo que por su negligencia merece que las plagas de Dios caigan sobre él, y por su desprecio merece la perdición eterna. Para evitar, pues, estos males, utiliza el consejo del Sabio, que te obliga, cuando te sientes a la mesa de un rey terrenal, a prestar diligente atención a las cosas que se te presentan<sup>530</sup>. Así pues, ahora con mucha más razón, siendo convocado a la mesa del Rey de reyes, debes buscar cuidadosamente y saber qué manjares están provistos para tu alma: adónde has venido, no para alimentar tus sentidos y tu vientre para la corrupción, sino tu hombre interior para la inmortalidad y la vida; no consideres las criaturas terrenales que ves, sino las gracias celestiales que contempla tu fe. Porque esta mesa no es, dice Crisóstomo, “para arrendajos parlanchines, sino para águilas”, que huyen “allá donde yace el cadáver<sup>531</sup>”. Y si este anuncio del

<sup>528</sup> **Mateo 22:12:** Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció

<sup>529</sup> **1 Corintios 11:28:** Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa.

<sup>530</sup> **Proverbios 23:1.** Cuando te sientes a comer con algún señor, Considera bien lo que está delante de ti.

<sup>531</sup> **Mateo 24:28.** Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas.

hombre no puede persuadirnos a acudir a la mesa del Señor con entendimiento, veamos el consejo de Dios en el mismo asunto, quien encargó a su pueblo que enseñara a su posteridad no solo los ritos y ceremonias de su Pascua, sino la causa y el fin de ello, de donde podemos aprender cuan necesario es presentar un conocimiento más perfecto al respecto, el cual es requerido en este momento de nuestras manos y que sin el mismo, el ignorante no puede con fruto y provecho ejercitarse en los Sacramentos del Señor. De esta manera, acercándonos más al asunto, San Pablo, culpando a los corintios por la profanación de la Cena del Señor, concluye que la ignorancia tanto de la cosa en sí como de su significado fue la causa de su abuso; porque llegaron allí sin reverencia, sin discernir el cuerpo del Señor<sup>532</sup>. ¿No deberíamos entonces, por la advertencia del Sabio, por la sabiduría de Dios, por el temible ejemplo de los corintios, estar prestos para tener cuidado de que no nos arrojemos a esta mesa con una ignorancia grosera y sin respeto, herida por la cual la Iglesia de Cristo se ha lamentado y dolido todos estos muchos días y años? Porque ¿cuál ha sido la causa de la ruina de la religión de Dios, sino la ignorancia de ella? ¿Cuál ha sido la causa de esta flagrante idolatría, sino la ignorancia de la misma? ¿Cuál ha sido la causa de esta acumulación de momias, sino la ignorancia de la misma? Sí, ¿cuál ha sido, y cuál es en este día, la causa de esta falta de amor y caridad, sino la ignorancia de esto? Esforcémonos, pues, por entender la Cena del Señor con diligencia, de tal forma que no seamos causa de la decadencia de la adoración de Dios, ¿o no es así? Evitemos la idolatría, no siendo masas mudas, no teniendo oídos taponados, ni corazones maliciosos, para que así nosotros, los más audaces, tengamos acceso allí a nuestro alivio y confort. Tampoco necesitamos pensar que se requiere tal conocimiento exacto de cada hombre, de tal forma que él sea capaz de discutir todos los puntos importantes en la doctrina del mismo. Pero debe estar seguro de sostener esto, que en la Cena del Señor no hay ceremonia vana, ni señal desnuda, ni figura falsa de una cosa ausente, sino, como dice la Escritura: la mesa del Señor, el pan y copa del Señor, el recuerdo de Cristo, el anuncio de su muerte, sí, la comunión del cuerpo y la sangre del Señor<sup>533</sup> en una maravillosa incorporación, que por la operación del Espíritu Santo, el vínculo mismo de nuestra unión con Cristo, es formado en las almas de los fieles por medio de la fe, por la cual no sólo sus almas viven para la vida eterna, sino que ellos ciertamente confían en ganar para sus cuerpos una resurrección a la inmortalidad. La verdadera comprensión de esta fruición y unión, que está entre el cuerpo y la cabeza, entre los verdaderos creyentes y Cristo, los antiguos padres católicos percibiéndose y encomendándose a su pueblo, algunos de ellos no tuvieron miedo de llamar a esta Cena, “el bálsamo de la inmortalidad, un soberano conservante contra la muerte”; otro, “una comunión deificante”; otro, “los dulces manjares de nuestro Salvador”;

<sup>532</sup> **1 Corintios 11:29:** Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

<sup>533</sup> **Mateo 26:26-27.** Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos.

**1 Corintios 10:16.** La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?

“la prenda de la salud eterna, la defensa de la fe, la esperanza de la resurrección”; otro “el alimento de la inmortalidad”, “la gracia saludable” y “el conservatorio para la vida eterna”. Todos estos dichos, tanto de la Sagrada Escritura como de los hombres piadosos, son verdaderamente atribuidos a este banquete y fiesta celestial, si lo recordáramos a menudo, ¡Oh! cómo inflamarían nuestros corazones para desear la participación de estos misterios, y así desearlos con intensidad muchas veces! Sí, este pan, continuamente tener sed de este alimento; no como aquel que especialmente presentamos respecto a las criaturas terrestres y tangibles que quedan, sino siempre aferrándose y asiéndonos por la fe a la Roca de donde podemos absorber la dulzura de la salvación eterna<sup>534</sup>. Ahora, para ser breve, mucho más los fieles ven, oyen y conocen las misericordias favorables de Dios selladas, la satisfacción de Cristo para con nosotros confirmada, la remisión de los pecados establecida. Aquí pueden sentir labrada la tranquilidad de la conciencia, el aumento de la fe, el fortalecimiento de la esperanza, la gran difusión de la bondad fraternal, con muchas otras gracias diversas de Dios; cuyo sabor no pueden alcanzar los que se ahogan en el profundo y sucio lago de la ceguera y la ignorancia. De la cual, oh amado, lávate con las aguas vivas de la palabra de Dios.

Ahora bien, para tener con este conocimiento una fe segura y constante, no sólo que la muerte de Cristo está disponible para la redención de todo el mundo, para la remisión de los pecados y la reconciliación con Dios Padre, sino también que Él ha hecho en su cruz un sacrificio completo y suficiente para ti, una limpieza perfecta de tus pecados; para que no reconozcas a ningún otro Salvador, Redentor, Mediador, Abogado, Intercesor, sino sólo a Cristo, que puedes decir con el Apóstol que te amó y se entregó a sí mismo por ti<sup>535</sup>. Porque esto es adherirse a la promesa de Cristo hecha en su institución, hacer tuyo a Cristo y aplicar sus méritos a ti mismo. Aquí no necesitas la ayuda de ningún otro hombre, ningún otro sacrificio u oblación, ningún sacerdote sacrificador, ninguna misa, ningún medio establecido por la invención del hombre. Que la fe es un instrumento necesario en todas estas santas ceremonias podemos asegurarnos, pues, como dice san Pablo, sin fe es imposible agradar a Dios<sup>536</sup>. Cuando un gran número de los israelitas fueron arrojados en el desierto, Moisés y Aarón comieron el maná y agradaron a Dios, porque entendieron, dice Agustín, espiritualmente la carne visible. Espiritualmente tenían hambre, espiritualmente la gustaron, de tal forma que ellos podían estar satisfechos espiritualmente. Y en verdad, así como la carne corporal no puede alimentar al hombre exterior, a menos que se deje en el estómago para ser digerida lo cual es sano y necesario, tampoco se puede alimentar al hombre interior, a menos que su

---

<sup>534</sup> **Números 20:4-10.**

**1 Corintios 10: 4.** Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.

<sup>535</sup> **Efesios 5:2.** Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.

<sup>536</sup> **Hebreos 11:6.** Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.

comida sea recibida en su alma y corazón, de forma sana y completo en la fe. Por lo tanto, dice Cipriano, “cuando hacemos estas cosas, no necesitamos afilar nuestros dientes, sino que con fe sincera partimos y nos alimentamos de ese pan santo”. Es bien sabido que el alimento que buscamos en esta Cena es alimento espiritual, alimento de nuestra alma, reflejo celestial y no terrenal, alimento invisible y no corporal, sustento espiritual y no carnal, de modo que pensar que sin la fe podemos disfrutar de comer y beber de ella, o que ese es el fruto de ello, no es más que soñar una alimentación carnal, grosera, vilmente abyecta y atándonos a los elementos y criaturas; mientras que, por consejo del Concilio de Nicea, debemos “elevar nuestra mente por la fe” y, dejando estas cosas inferiores y terrenales, buscarla allí donde siempre brilla el Sol de justicia<sup>537</sup>. Oh tú que estás deseoso de esta mesa, toma entonces esta lección de Emissenus, quien fue un padre piadoso, él nos dice que “cuando subes a la reverenda Comunión para estar satisfecho con las comidas espirituales, miras con fe al santo Cuerpo y Sangre de tu Dios, te maravillas con reverencia, lo tocas con tu mente, lo recibes con la mano de tu corazón, y lo tomas plenamente con tu hombre interior”.

Así vemos, amados, que, recurriendo a esta mesa, debemos arrancar todas las raíces de infidelidad, toda desconfianza en las promesas de Dios, debemos hacernos miembros vivos del cuerpo de Cristo. Porque los incrédulos y los impenitentes no pueden alimentarse de ese Cuerpo precioso, mientras que los fieles tienen su vida, y su permanencia, en Él; su unión, y como si fuera su incorporación, con Él. Por tanto, probémonos y pruébenos a nosotros mismos sinceramente, sin halagarnos, si somos plantas de aquel fructífero olivo, ramas vivas de la Vid verdadera, miembros en verdad del cuerpo místico de Cristo<sup>538</sup>, si Dios ha purificado nuestros corazones por la fe a los sinceros reconociendo su Evangelio y abrazando sus misericordias en Cristo Jesús para que en esta su mesa recibamos, no sólo el Sacramento exterior, sino también lo espiritual; no la figura, pero sí la verdad; no sólo la sombra, sino el cuerpo; no a la muerte, sino a la vida; no para destrucción, sino para salvación. Lo cual Dios nos conceda hacer por los méritos de nuestro Señor y Salvador, a quien sea todo honor y gloria por los siglos. Amén.

---

<sup>537</sup> **Malaquías 4:2.** Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.

<sup>538</sup> **Romanos 2:7.** Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad.

**Juan 15:1-6.** Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

**Efesios 5:30-32.** Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.

*LA SEGUNDA PARTE DE LA HOMILÍA, SOBRE LA DIGNA RECEPCIÓN Y REVERENCIA DEL SACRAMENTO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.*

En la Homilía que se os ha repetido últimamente, habéis oído (buenas gentes) por qué agradó a nuestro Salvador Cristo instituir esa solemne memoria de su muerte y pasión, y que cada uno de nosotros debe celebrarla en su Mesa, en nuestras propias personas, y no por otros. Habéis oído también con qué estima y conocimiento de tan altos misterios debemos acudir allí. Habéis oído con qué fe constante debemos vestirnos y engalanarnos, para que podamos ser partícipes aptos y decentes de ese alimento celestial.

Ahora sigue la tercera cosa necesaria para aquellos que no quieren comer de este pan, ni beber de esta copa indignamente, que no es otra cosa que novedad de vida, y rectitud piadosa cotidianamente. Porque la novedad de vida y los frutos de la fe son necesarios en los que participan de esta mesa. Podemos aprenderlo de la práctica típica de aquellos que en el pasado comían el cordero, al cual nadie era admitido, sino aquel que era judío, que estaba circuncidado, que estaba antes santificado. Y San Pablo testifica que aunque el pueblo participaba de los Sacramentos bajo Moisés, algunos de ellos todavía adoraban imágenes, eran fornicarios, tentaban a Cristo, murmuraban y perseguían cosas malas, así, DIOS los arrojó al desierto, y esto para que nos sirva de ejemplo, es decir, para que los cristianos nos cuidemos de acudir a nuestros Sacramentos con santidad de vida, sin confiar en una simple recepción externa de los mismos, e infectados de costumbres corruptas y no caritativas<sup>539</sup>. Porque esta sentencia de Dios debe ser siempre observada: misericordia quiero y no sacrificio<sup>540</sup>. Por lo cual (dice Basilio) corresponde al que acude al cuerpo y a la sangre de Cristo, en conmemoración del que murió y resucitó, no sólo estar limpio de toda inmundicia de carne y de espíritu, no sea que coma y beba su propia condenación, sino también para mostrar evidentemente, un recuerdo de aquel que murió y resucitó por nosotros, en este punto, que seáis mortificados al pecado y al mundo, para vivir ahora para DIOS en

<sup>539</sup> **1 Corintios 10:1-11.** Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, **3** y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.

<sup>540</sup> **Oseas 6:6.** Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos

**Mateo 9:9-13.** Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.

Cristo Jesús nuestro Señor (Basilio, De Bapt. , Libro. 1, cap. 3). Así pues, debemos dar testimonio externo, siguiendo el significado de la muerte de Cristo, entre los cuales no es lo menos importante, dar gracias a Dios Todopoderoso por todos sus beneficios, brevemente comprendidos en la muerte, pasión y resurrección de su amadísimo Hijo. Todo lo cual, porque en esta mesa debemos solemnizar principalmente, tal como los piadosos padres lo llamaron la Eucaristía, es decir, acción gracias. Como si hubieran dicho: "Ahora, más que en ningún otro momento debéis aterrizar y alabar a Dios. Que veáis entonces la materia, la causa, el principio y el fin de toda acción de gracias. Pues si flaqueáis, os mostráis muy poco agradecidos, y que ningún otro beneficio podrá jamás incitaros a dar gracias a DIOS, para aquel que tan poco considera aquí tantos, tan maravillosos y tan provechosos beneficios. Viendo, pues, que el nombre y la cosa en sí mismos nos obligan a dar gracias, ofrezcamos siempre a Dios, como dice San Pablo, por medio de Él sacrificio de alabanza por Cristo, es decir, el fruto de los labios que confiesan su Nombre<sup>541</sup>. Porque como canta David: El que ofrece a Dios gracias y oraciones, lo honra<sup>542</sup>. Pero, ¿cuán pocas son las personas agradecidas en comparación con las que no lo son? Los diez leprosos en el Evangelio fueron curados, y sólo uno regresó a dar gracias por su salud (Lucas 17.17). Sí, sería feliz si entre cuarenta comulgantes, pudiéramos ver a dos dando gracias infatigablemente. Tan poco amables somos, tan oblicuos, unos mendigos orgullosos, que en parte no nos preocupamos por nuestros propios bienes, en parte no sabemos lo que debemos a Dios, y principalmente no confesamos todo lo que recibimos. Sí, y si nos vemos obligados por el poder de Dios a hacerlo, lo hacemos con tanta frialdad, con tanta sequedad, que nuestros labios lo alaban, pero nuestros corazones lo desprecian, nuestras lenguas lo bendicen, pero nuestra vida lo maldice, nuestras palabras lo adoran, pero nuestras obras lo deshonoran. Por lo tanto, aprendamos a dar gracias a Dios correctamente, y a reconocer las gracias que nos ha concedido, para que, guardadas en el tesoro de nuestro corazón, se manifiesten a su debido tiempo en nuestra vida y conducta, para glorificación de su santo Nombre.

Además, para darnos una mayor y más elevada razón, hay que tener en cuenta que San Pablo escribe, que siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo<sup>543</sup>. Porque todos participamos de un solo pan. Declarando así, no sólo nuestra comunión con Cristo, sino también la unidad en la que deben estar unidos los que comen en esta mesa. Porque por disensión, vana gloria, ambición, contienda, envidia, desprecio, odio o malicia, no deben separarse, sino estar unidos por el lazo de la lealtad, en un cuerpo místico, como los granos de ese pan en una sola hogaza. Con respecto a esta estrecha ligadura de caridad, los verdaderos cristianos de la Iglesia

---

<sup>541</sup> **Hebreos 13:5.** Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.

<sup>542</sup> **Salmo 50:23.** El que sacrifica alabanza me honrará; Y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios.

<sup>543</sup> **1 Corintios 10:17.** Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.

Primitiva, llamaban a esta cena, "Amor". Como si dijeran que nadie debía sentarse allí, si es que no lo hacía por amor y caridad, o si es que albergaban rencor y venganza en su corazón, que no profesara su afecto mostrando alguna ayuda caritativa para con los hermanos en la congregación. Y esta era su práctica. ¡Oh! Si, este era el Banquete Celestial que de esta forma era cuidadosamente practicado por ellos. ¡Oh! Que gente tan piadosa, que tenían en tan alta estima esta fiesta espiritual.

Pero, oh, que miserables criaturas somos en estos días, miserables que nos encontramos sin reconciliación con nuestros hermanos a quienes hemos ofendido, sin restitución, a quienes hemos hecho caer, sin ningún tipo de pensamiento misericordioso o compasión hacia aquellos a quienes podríamos aliviar fácilmente, sin cargar sobre nuestra conciencia calumnias, desdén, maledicencias, división, rencor o amargura interior. Sí, estando como nos encontramos encubiertos por el odio de Caín<sup>544</sup> (Génesis 4.8), por la malicia de Esaú<sup>545</sup> (Génesis 27.41), por la falsedad disimulada de Joab<sup>546</sup> (2 Samuel 3.27), ¿os atrevéis a acercaros a estos sagrados y temibles misterios? Oh hombre, ¿a dónde te precipitas imprudentemente? Es una mesa de paz, y tú estás dispuesto a luchar. Es una mesa de pureza, y estás imaginando suciedades. Es una mesa de tranquilidad, y eres dado a la pugna. Es mesa de piedad, y eres despiadado. ¿No temes a DIOS, el hacedor de esta fiesta, ni reverencias a su Cristo, el refrigerio y la comida, ni consideras a su esposa como su bienamada invitada, ni pesas tu propia conciencia, que a veces es tu acusador interior? Por lo tanto (oh hombre) ten cuidado de tu propia salvación, examina y prueba tu buena voluntad y amor hacia los hijos de DIOS, los miembros de Cristo, los herederos de la herencia celestial, sí, hacia la imagen misma del SEÑOR, aquella excelente criatura, es decir, de tu propia alma. Si has ofendido, reconcíliate. Si has hecho tropezar a alguien en el camino de Dios, ahora vuélvete y levántalo. Si has inquietado a tu hermano, pacifícalo ahora. Si le has agraviado, ahora alíviale. Si le has defraudado, restitúyetele ahora. Si has alimentado el rencor, ahora abraza la amistad. Si has fomentado el odio y la malicia, demuestra ahora abiertamente tu amor y caridad, y mantente dispuesto a procurar a tu prójimo salud de alma, riqueza, confortabilidad y placeres, como a ti mismo. No te hagas merecedor de la pesada y terrible carga del desagrado de Dios por tu mala voluntad hacia tu prójimo, por acercarte tan irreverentemente a esta mesa del Señor. Por último, como aquí está el misterio de la paz y el sacramento de la sociedad cristiana, por el cual entendemos lo que debe ser el amor sincero entre los verdaderos comulgantes (Crisóstomo, Ad Popu. Ant. Homilía. 6), nos dice: Así pues, he aquí las señales de pureza e inocencia de vida, por las que podemos percibir que debemos

<sup>544</sup> **Génesis 4:8.** Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

<sup>545</sup> **Génesis 27:41.** Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido, y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob.

<sup>546</sup> **2 Samuel 3:27.** Y cuando Abner volvió a Hebrón, Joab lo llevó aparte en medio de la puerta para hablar con él en secreto; y allí, en venganza de la muerte de Asael su hermano, le hirió por la quinta costilla, y murió.

purificar nuestra propia alma de toda impureza, iniquidad y maldad, no sea que cuando recibamos el pan místico (como dice Orígenes) lo comamos en un lugar impuro, es decir, en un alma contaminada por el pecado (Orígenes, In Levit. Cap.). En la ley de Moisés, el hombre que comía del sacrificio de acción de gracias, con su impureza sobre él, debía ser destruido de su pueblo. ¿Y pensaremos que la persona malvada y pecadora será excusable en la mesa del Señor? Ambos leemos en San Pablo, que la Iglesia de Corinto fue azotada por el Señor, por hacer mal uso de la Cena del Señor<sup>547</sup> (1 Corintios 11.29), y podemos ver claramente a la Iglesia de Cristo estos muchos años miserablemente vejada y oprimida, por la horrible profanación de la misma (Lucas 17.1, Crisóstomo Homilía 14). Por lo tanto, miremos todos, universal y singularmente, nuestras propias costumbres y vidas, para enmendarlas. Sí, ahora por lo menos, llamémonos a nosotros mismos a un compañerismo, en el que nos aflijamos de nuestra mala conducta anterior, para que odiemos el pecado, para que nos compunjamos y lloremos por nuestras ofensas, para que con lágrimas las confesemos ante DIOS, para que con confianza segura deseemos y pidamos la salvación de su misericordia, comprada y adquirida con la sangre de su amadísimo Hijo Jesucristo, para sanar todas nuestras heridas mortales. Porque, ciertamente, si no limpiamos con sincero arrepentimiento el sucio estómago de nuestra alma, tendrá que suceder que, tal como ocurre con la comida sana recibida en un estómago enfermo, la cual es corrompida y estropeada en su totalidad, y es causa de más enfermedad, así comeremos este pan sano y beberemos esta copa para nuestra destrucción eterna. De esta forma nosotros, y no otros, debemos examinarnos a fondo, y no a la ligera, sí, a nosotros mismos, no a otros hombres, a nuestra propia conciencia, no a las vidas de otras personas, lo que debemos hacer con rectitud, verdad y justa corrección. Oh (dice Crisóstomo) que ningún Judas acuda a esta Mesa, que ningún codicioso se acerque (Crisóstomo, ad popul. Ant. Homilía. 6). Si alguno es discípulo, que esté presente. Porque Cristo dice: "Con mis discípulos celebraré la Pascua"<sup>548</sup> (Mateo 26.18). ¿Por qué gritaba el Diácono en la Iglesia Primitiva, si alguno es santo, que se acerque? ¿Por qué se celebraban estos misterios estando cerrada la puerta de la iglesia? ¿Por qué se ordenaba a los penitentes públicos y a los estudiantes de Religión que se abstuvieran en este momento? ¿No era porque esta Mesa no recibía espíritus impuros, inmundos o pecaminosos? Por lo tanto, si los sirvientes no se atreven a presumir dirigiéndose a la mesa de un amo terrenal, a quien han ofendido, cuidémonos de no venir con nuestros pecados sin examinar, a esta presencia de nuestro Señor y Juez. Si son dignos de culpa los que besan la mano del príncipe con la boca sucia e impura, ¿serás tú irrepreensible si con alma apestosa, llena de codicia, fornicación, embriaguez, soberbia, llena de intrigas y cavilaciones miserables, exhalas iniquidad e impureza sobre el Pan y el Cáliz del Señor?

<sup>547</sup> **1 Corintios 11:29.** Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

<sup>548</sup> **Mateo 26:18.** Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos.

Así habéis oído cómo debéis venir reverente y decentemente a la Mesa del Señor, teniendo el conocimiento de su palabra, de lo que es la cosa en sí, y de sus frutos, trayendo una Fe verdadera y constante, la raíz y fuente de toda novedad de vida, así como alabando a DIOS, y amando a nuestro prójimo, como purificando nuestra propia conciencia de inmundicia. De modo que ni la ignorancia de las cosas nos hará despreciarlas, ni la infidelidad nos privará de frutos, ni el pecado y la iniquidad nos procurarán las plagas de Dios, sino que por la Fe, en el conocimiento y la enmienda de la vida en la Fe estaremos aquí tan unidos a Cristo nuestra Cabeza en sus misterios, para nuestro consuelo, que después de que tengamos plena fruición de Él de hecho, para nuestro gozo eterno y vida eterna, a la que Él nos trae, quien murió por nosotros y nos redimió, Jesucristo el justo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, un verdadero y eterno DIOS, sea toda alabanza, honor y dominio por siempre,

**Amén.**

## **Homilía sobre la Venida del Espíritu Santo y sus Múltiples Dones, para el Domingo de Pentecostés.**



*Autor desconocido.*

1. Antes de pasar a la declaración de los grandes y múltiples dones del Espíritu Santo con los que la iglesia de Dios ha sido cada vez más grandemente dotada, será necesario primero explicaros brevemente de qué manera esta fiesta de Pentecostés o Celebración del Espíritu Santo tuvo su primer comienzo. Por tanto, comprenderéis que la fiesta de Pentecostés siempre se celebraba el quincuagésimo día después de Pascua, una gran y solemne fiesta entre los judíos, en la que celebraban el memorial de su liberación de Egipto, y también el memorial de la publicación de la ley que les fue dada en el Monte Sinaí ese día. La primera vez que se ordenó y mandó que se celebrara, no fue por ningún hombre mortal, sino por boca del Señor mismo, como leemos en Levítico 18 y Deuteronomio 16. El lugar designado para su celebración era Jerusalén, a donde acudía mucha gente de todas partes del mundo, como bien puede verse en el segundo capítulo de los Hechos, donde se hace mención de partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, habitantes de Judea, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia y otros lugares semejantes, por lo que también podemos

deducir en parte qué solemnidad tan grande y real se usaba comúnmente en esa fiesta<sup>549</sup>.

Y así como esto fue dado por mandamiento a los judíos en la antigua ley, así también nuestro Salvador Cristo confirmó lo mismo en el tiempo del evangelio, ordenando después de una especie de nuevo Pentecostés para sus discípulos, esto a saber, cuando envió el Espíritu Santo visiblemente en forma de lenguas repartidas como fuego, y les dio poder para hablar de tal manera que todos pudieran oírlos, y también entenderlos, en su propio idioma<sup>550</sup>. Milagro que, para recordarlo perpetuamente, la Iglesia ha considerado oportuno solemnizar y santificar este día, comúnmente llamado Domingo de Pentecostés. Y aquí es de notar que así como la ley fue dada a los judíos en el Monte Sinaí el quincuagésimo día después de Pascua, así también la predicación del evangelio a través del poderoso poder del Espíritu Santo fue dada a los apóstoles en el Monte Sión el quincuagésimo día después de Pascua. Y de aquí viene el nombre de esta fiesta, que se llamará Pentecostés, según el número de los días<sup>551</sup>. Porque como escribe San Lucas en los Hechos de los Apóstoles: Cuando se cumplieron cincuenta días', estando los discípulos 'todos juntos en un mismo lugar', el Espíritu Santo 'vino de repente' entre ellos 'y se sentó sobre cada uno de ellos, como si fueran lenguas de fuego repartidas', Lo cual se hizo sin duda para enseñar a los apóstoles y a todos los demás hombres que es Él quien da elocuencia y expresión al predicar el Evangelio, que es Él quien abre la boca para declarar las poderosas palabras de Dios, que es Él quien engendra un celo ardiente hacia la Palabra de Dios y da a todos los hombres una lengua, sí, una lengua de fuego, para que puedan profesar audaz y alegremente la verdad ante todo el mundo, tal y como Isaías fue igualmente inducido con este Espíritu. "El Señor", dice Isaías, "me dio una lengua docta" y "hábil", "para que supiera cómo levantar a los caídos con la palabra"<sup>552</sup>. El profeta David clama por tener este don, diciendo: «Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tus alabanzas<sup>553</sup>». Porque también nuestro Salvador Cristo, en el Evangelio, dice a sus discípulos: "No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que está en vosotros"<sup>554</sup>. Todos estos testimonios de la Sagrada Escritura declaran suficientemente que el misterio de las lenguas significa la predicación del Evangelio y la profesión abierta de la fe cristiana en todos los que han sido tomados por el Espíritu Santo. De modo que si alguien es un cristiano mudo, que no profesa su fe abiertamente, sino que se encubre y se matiza con el mundo por temor al peligro en el tiempo venidero, da a los hombres ocasión, con justicia y buena conciencia, de dudar de que no tenga la gracia del Espíritu Santo dentro de sí, porque tiene la lengua trabada y no habla.

---

<sup>549</sup> Hechos 2:5–11.

<sup>550</sup> Hechos 2:1–11.

<sup>551</sup> La palabra griega significa "quincuagésimo".

<sup>552</sup> Isaías 50:4.

<sup>553</sup> Salmos 51:15.

<sup>554</sup> Mateo 10:20.

Así, pues, habéis oído la primera institución de esta fiesta de Pentecostés o día del Espíritu Santo, tanto en la antigua ley entre los judíos como también en el tiempo del evangelio entre los cristianos. Consideremos ahora qué es el Espíritu Santo y cómo, en consecuencia, obra sus milagros en favor de la humanidad.

El Espíritu Santo es de una sustancia espiritual y divina, la tercera persona en la Deidad, distinta del Padre y del Hijo, pero que procede de ambos. De lo cual da testimonio tanto el credo de Atanasio<sup>555</sup> como los más claros testimonios de la Santa Palabra de Dios. Cuando Cristo fue bautizado por Juan en el río Jordán, leemos que el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y que el Padre tronó 'desde el cielo, diciendo: Este es mi querido y amado Hijo, en quien tengo complacencia'<sup>556</sup>. En este pasaje se nos advierte que son tres personas diversas y distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no son tres dioses, sino un solo Dios. Asimismo, cuando Cristo instituyó y ordenó por primera vez el sacramento del bautismo, envió a sus discípulos a todo el mundo, con el mandato de que bautizaran a "todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"<sup>557</sup>. En otro lugar dice también: "Yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Consolador"<sup>558</sup>. Y también: "Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré de parte de mi Padre, etc"<sup>559</sup>. Estos y otros pasajes del Nuevo Testamento confirman tan clara y evidentemente la distinción entre el Espíritu Santo y las otras personas de la Trinidad, que nadie puede dudar de ello a menos que blasfeme contra la verdad eterna de la Palabra de Dios. En cuanto a su naturaleza y sustancia propias, es totalmente uno con Dios Padre y Dios Hijo, es decir, espiritual, eterno, increado, incomprensible, todopoderoso; en resumen, es Dios y Señor eterno. Por eso se le llama el Espíritu del Padre, por eso se dice que procede del Padre y del Hijo, y por eso se unió a ellos en la comisión que los apóstoles tenían de bautizar a todas las naciones.

Pero para que esto aparezca más sensiblemente a los ojos de todos los hombres, será necesario llegar a la otra parte, es decir, a las maravillosas y celestiales obras del Espíritu Santo, que declaran claramente al mundo su inmenso y divino poder. En primer lugar, es evidente que Él gobernó y dirigió maravillosamente los corazones de los patriarcas y profetas en la antigüedad, iluminando sus mentes con el conocimiento del verdadero Mesías y dándoles la palabra para profetizar cosas que sucederían mucho tiempo después. Porque como atestigua San Pedro, "la profecía no vino en los tiempos antiguos por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados interiormente por el Espíritu Santo"<sup>560</sup>. Y de Zacarías, el sumo sacerdote, se dice en el Evangelio que "estaba lleno del Espíritu

---

<sup>555</sup> El credo de Atanasio no fue escrito por Atanasio, sino por un escritor desconocido, probablemente alrededor del año 500 en la Galia.

<sup>556</sup> Mateo 3:16–17.

<sup>557</sup> Mateo 28:19.

<sup>558</sup> Juan 16:16.

<sup>559</sup> Juan 15:26.

<sup>560</sup> 2 Pedro 1:21.

Santo, profetizaba y alababa a Dios<sup>561</sup>". Lo mismo hicieron Simeón, Ana, María y muchos otros, para gran asombro y admiración de todos los hombres.

Además, ¿no fue el Espíritu Santo el poderoso artífice de la concepción y nacimiento de Cristo nuestro Salvador? San Mateo dice que la bienaventurada virgen "se halló encinta del Espíritu Santo, antes que José y ella se uniesen<sup>562</sup>". Y el ángel Gabriel le anunció expresamente que esto sucedería, diciendo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra<sup>563</sup>". ¡Qué cosa tan maravillosa es que una mujer conciba y dé a luz un hijo sin conocimiento de varón! Pero donde obra el Espíritu Santo, allí nada es imposible, como puede también demostrarse por la regeneración interior y la santificación de la humanidad.

Cuando Cristo le dijo a Nicodemo: "Si el hombre no nace de nuevo, de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios", se quedó muy sorprendido y comenzó a razonar con Cristo, preguntándole: "¿Cómo puede nacer de nuevo un hombre viejo? ¿Puede entrar de nuevo en el vientre de su madre y así volver a nacer?<sup>564</sup>". He aquí un modelo vivo de un hombre carnal y de carnal. Tenía poca o ninguna inteligencia del Espíritu Santo y, por lo tanto, se puso a trabajar sin rodeos y preguntó cómo era posible que esto fuera cierto, mientras que, de lo contrario, si hubiera conocido el gran poder del Espíritu Santo en este sentido, habría tenido entendimiento que es Él quien obra internamente la regeneración y el nuevo nacimiento de la humanidad, nunca se habría maravillado de las palabras de Cristo, sino que más bien habría aprovechado la ocasión para alabar y glorificar a Dios. En efecto, así como en la Deidad hay tres personas distintas y diversas, así también cada una de ellas tiene tres oficios distintos y diversos: el Padre, que crea; el Hijo, que redime; el Espíritu Santo, que santifica y regenera. Este último, cuanto más oculto está a nuestro entendimiento, tanto más debe mover a todos a maravillarse ante la obra secreta y poderosa del Espíritu Santo de Dios que está dentro de nosotros. Porque es el Espíritu Santo, y no otra cosa, quien vivifica las mentes de los hombres, suscitando en sus corazones movimientos buenos y piadosos, conformes a la voluntad y al mandamiento de Dios, quienes, de otro modo, por su propia naturaleza torcida y perversa, nunca tendrían. "Lo que es nacido de la carne", dice Cristo, "carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es<sup>565</sup>". Como si se nos dijera: 'El hombre por su propia naturaleza es carnal y de carne, corrupto y nulo, pecador y desobediente a Dios, sin ninguna chispa de bondad en él, sin ningún movimiento virtuoso o piadoso, sólo dado a malos pensamientos y obras perversas; en cuanto a las obras del Espíritu, los frutos de la fe, los movimientos caritativos y piadosos, si es que tiene alguno en él, proceden sólo del Espíritu Santo, que es el único obrador de nuestra santificación y nos hace hombres nuevos en Cristo Jesús.

---

<sup>561</sup> Lucas 1:64, 67.

<sup>562</sup> Mateo 1:18.

<sup>563</sup> Lucas 1:35.

<sup>564</sup> Juan 3:3-5.

<sup>565</sup> Juan 3:6.

¿No obró milagrosamente el Espíritu Santo de Dios en el niño David, cuando de pobre pastor llegó a ser tanto profeta como un príncipe?<sup>566</sup> ¿Acaso el Espíritu Santo de Dios no obró milagrosamente en Mateo, “que estaba sentado al banco de los tributos públicos”, cuando de un orgulloso publicano se convirtió en un humilde y pequeño evangelista<sup>567</sup>? ¿Y quién no puede maravillarse al considerar que Pedro se convirtiera de un simple pescador en un apóstol principal y poderoso, Pablo de un cruel y sanguinario perseguidor en un fiel discípulo de Cristo para enseñar a los gentiles?

Tal es el poder del Espíritu Santo para regenerar a los hombres y, por así decirlo, hacerlos nacer de nuevo, de modo que no sean como los hombres que eran antes. Tampoco cree que sea suficiente obrar internamente el nuevo nacimiento espiritual del hombre, a menos que también habite y permanezca en él. “¿No sabéis”, dice San Pablo, “que sois templo de Dios y que su Espíritu mora en vosotros? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros<sup>568</sup>? Y añade: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros<sup>569</sup>”. Con esto concuerda la doctrina de San Juan, que escribe así: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros<sup>570</sup>”. Y lo mismo dice la doctrina de Pedro, que tiene estas palabras: “porque *el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre vosotros*<sup>571</sup>”. ¡Qué consuelo para el corazón del verdadero cristiano pensar que el Espíritu Santo mora en él! De tal manera que, “Si Dios está con nosotros”, como dice el apóstol, “¿quién contra nosotros?<sup>572</sup>”.

«Pero ¿cómo sabré que el Espíritu Santo está dentro de mí?», dirá alguien por casualidad. En verdad, como “el árbol se conoce por su fruto<sup>573</sup>”, así también se conoce al Espíritu Santo. De tal manera que “los frutos del Espíritu Santo”, según la mente de San Pablo, son estos: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, etc.”. Por el contrario, “las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas<sup>574</sup>”. Aquí está ahora ese espejo en el que debes mirarte a ti mismo y discernir si tienes al Espíritu Santo dentro de ti o actuando las obras de la carne. Si ves que tus obras son virtuosas y buenas, conformes a la regla prescrita de la Palabra de Dios, que no tienen sabor ni gusto a carne sino a Espíritu, asegúrate de que estás investido del Espíritu Santo; de lo contrario, al pensar bien de ti mismo no haces otra cosa que engañarte.

---

<sup>566</sup> 1 Sam. 17:33–37.

<sup>567</sup> Mateo. 9:9.

<sup>568</sup> 1 Cor. 3:16; 6:19.

<sup>569</sup> Rom. 8:9.

<sup>570</sup> 1 Juan 2:27.

<sup>571</sup> 1 Pedro 4:14.

<sup>572</sup> Rom. 8:31.

<sup>573</sup> Mateo. 12:33.

<sup>574</sup> Gál. 5:19–23.

El Espíritu Santo se manifiesta siempre por sus dones fecundos y llenos de gracia, a saber, por la palabra de sabiduría, por la palabra de ciencia, que es la comprensión de las Escrituras, por la fe en la realización de milagros, por la curación de los enfermos, por la profecía, que es la declaración de los misterios de Dios, por el discernimiento de espíritus, la diversidad de lenguas, la interpretación de lenguas, etc<sup>575</sup>. Todos estos dones, como proceden de un solo Espíritu, y son dados separadamente al hombre de acuerdo con la distribución mensurable del Espíritu Santo, así también llevan a los hombres, y no sin buena causa, a una admiración maravillosa del poder divino de Dios. ¿Quién no se maravillará de lo que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, al oír su audaz confesión ante el concilio de Jerusalén y considerar que se marcharon con gozo y alegría, 'regocijándose de haber sido tenidos por dignos de sufrir reprensiones' y verificaciones 'por el nombre' y la fe 'de Cristo Jesús'<sup>576</sup>? Esta fue la obra poderosa del Espíritu Santo, quien, por dar paciencia y alegría de corazón en la tentación y la aflicción, ha obtenido dignamente este nombre en la Sagrada Escritura, de ser llamado "consolador"<sup>577</sup>. ¿Quién no se maravillará también al leer los sermones eruditos y celestiales de Pedro y de los demás discípulos, considerando que nunca fueron educados en la escuela de los letrados, sino que fueron llamados incluso de sus redes para suplir los asientos de los apóstoles? Esta fue asimismo la obra poderosa del Espíritu Santo, quien, por instruir los corazones de los sencillos en el verdadero conocimiento de Dios y su santa Palabra, es llamado con toda justicia con este nombre y título, "Espíritu de verdad"<sup>578</sup>. Eusebio, en su "Historia eclesiástica", cuenta una extraña historia de cierto filósofo erudito y sutil, que siendo un adversario extremo de Cristo y su doctrina, no podía ser convertido a la fe por ninguna clase de erudición, sino que era capaz de resistir todos los argumentos que se podían presentar contra él con poco o ningún trabajo. Al fin se levantó un pobre hombre sencillo, de poco ingenio y menos conocimiento, uno que era reputado entre los doctos como un idiota, se vio obligado a discutir con este orgulloso filósofo en nombre de Dios. Los obispos y otros sabios que estaban presentes se avergonzaron maravillosamente del asunto, pensando que por sus acciones todos ellos serían confundidos y puestos en vergüenza. No obstante, él prosiguió, y comenzando en el nombre del Señor Jesús, llevó al filósofo a tal punto al final, en contra de lo que todos esperaban, que no pudo sino reconocer el poder de Dios en sus palabras, y dar lugar a la verdad<sup>579</sup>. ¿No fue ésta una obra milagrosa, que un alma tonta, sin erudición, hiciera lo que muchos obispos de gran conocimiento y entendimiento nunca fueron capaces de llevar a cabo? Tan cierto es el dicho de Beda: "Donde el Espíritu Santo instruye y enseña,

---

<sup>575</sup> 1 Cor. 12:7–11.

<sup>576</sup> Hechos 5:29–32, 41.

<sup>577</sup> Juan 14:16.

<sup>578</sup> Juan 14:17.

<sup>579</sup> Eusebio de Cesarea, Historia eclesiastica, 10.3. Sozomeno, Historia eclesiastica, 1.18, tomó prestada la historia de la traducción de Eusebio hecha por Rufino, que también parece haber sido la base para el relato que se da aquí.

no hay demora alguna en aprender<sup>580</sup>". Mucho más se podría decir aquí de los múltiples dones y gracias del Espíritu Santo, muy excelentes y maravillosos a nuestros ojos, pero para hacer un largo discurso sobre todos, la brevedad del tiempo no servirá; y puesto que habéis oído lo principal, podéis fácilmente concebir y juzgar el resto.

Ahora bien, si fuera conveniente discutir esta cuestión, ¿todos los que se jactan y se ensoberbecen de tener el Espíritu Santo realmente se cuestionan esto a sí mismos o no? Esta duda, porque es necesaria y útil, será disipada, si Dios quiere, en la siguiente parte de esta homilía. Mientras tanto, demos gracias de corazón a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo por enviar a este consolador al mundo, suplicándole humildemente que obre en nuestros corazones por el poder de este Espíritu Santo para que, siendo regenerados y nacidos de nuevo en toda bondad, justicia, sobriedad y verdad, podamos al final ser participantes de la vida eterna en su reino celestial por medio de Jesucristo nuestro único Señor y Salvador. Amén.

2. Nuestro Salvador, Cristo, al partir de este mundo para ir a su Padre, prometió a sus discípulos enviar otro Consolador, que permanecería con ellos para siempre y los guiaría a toda la verdad<sup>581</sup>. Las Escrituras dan suficiente testimonio de que esto se cumplió fiel y verdaderamente. Tampoco debemos pensar que este Consolador fue prometido o dado sólo a los apóstoles, sino también a la iglesia universal de Cristo, esparcida por todo el mundo. Porque si el Espíritu Santo no hubiera estado siempre presente, gobernando y preservando a la iglesia desde el principio, nunca habría podido soportar tantos y tan grandes embates de aflicción y persecución con tan poco daño y perjuicio como lo ha hecho. Y las palabras de Cristo son muy claras en este sentido, cuando dice que "el Espíritu de verdad permanecería con ellos para siempre<sup>582</sup>", que "estaría con ellos siempre (se refiere a la gracia, la virtud y el poder) hasta el fin del mundo<sup>583</sup>". En la oración que dirigió a su Padre poco antes de morir, intercede no sólo por sí mismo y por sus apóstoles, sino también «por todos los que creerían en Él por la palabra de ellos<sup>584</sup>», es decir, por toda su Iglesia. San Pablo dice también: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo<sup>585</sup>». Y en las palabras siguientes: «Hemos recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!<sup>586</sup>». Por todo esto es evidente y claro para todos que el Espíritu Santo fue dado no sólo a los apóstoles, sino también a todo el cuerpo de la congregación de Cristo, aunque no en la misma forma y majestad con que descendió en la fiesta de Pentecostés.

---

<sup>580</sup> Beda, Hom. in Lucam, 1.39–47.

<sup>581</sup> Juan 13:1; 14:16, 26; 15:26; 16:7, 13

<sup>582</sup> Juan 14:16–17.

<sup>583</sup> Mateo. 28:20.

<sup>584</sup> Juan 17:20.

<sup>585</sup> Rom. 8:9.

<sup>586</sup> Rom. 8:15.

Pero ahora se plantea la controversia sobre si todos los hombres se arrojan con justicia el Espíritu Santo o no. Los obispos de Roma han planteado durante mucho tiempo un duro desafío a este respecto, razonando de esta manera. El Espíritu Santo, dicen, fue prometido a la iglesia y nunca la abandona, pero nosotros somos las cabezas principales y la parte principal de la iglesia, por lo tanto, tenemos el Espíritu Santo para siempre, y todo lo que decretamos son verdades indudables y oráculos del Espíritu Santo. Para que podáis percibir la debilidad de este argumento, es necesario enseñaros primero qué es la verdadera iglesia de Cristo, y luego confrontar a la iglesia de Roma con ella, para discernir cuán bien concuerdan entre sí.

La verdadera iglesia es una congregación o comunidad universal del pueblo fiel y elegido de Dios, "edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular"<sup>587</sup>. Y siempre tiene tres características o señales por las cuales se la conoce: la doctrina pura y sana, los sacramentos administrados según la santa institución de Cristo y el uso correcto de la disciplina eclesiástica. Esta descripción de la iglesia es conforme tanto a las Escrituras de Dios como a la doctrina de los padres antiguos, de modo que nadie puede encontrarle faltas con justicia.

Ahora bien, si comparáis esto con la iglesia de Roma, no como era al principio, sino como es actualmente y ha sido por espacio de novecientos años y algo más, percibiréis bien que su estado está tan alejado de la naturaleza de la verdadera iglesia que nada puede ser más extraviado con respecto a esta. Porque ni están edificadas sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, reteniendo la doctrina pura y sana de Cristo Jesús, ni tampoco ordenan los sacramentos ni las llaves eclesiásticas en la forma en que Él los instituyó y ordenó al principio, sino que han entremezclado sus propias tradiciones e invenciones cortando y cambiando, añadiendo y quitando, de tal manera que ahora pueden parecer convertidas en una nueva apariencia. Cristo encomendó a su iglesia un sacramento de su cuerpo y sangre; ellos lo han cambiado en un sacrificio por los vivos y los muertos. Cristo ministró a sus apóstoles y los apóstoles a otros hombres, indistintamente bajo ambas especies; ellos han privado a los laicos de la copa, diciendo que para ellos una sola especie es suficiente.

Cristo no ordenó que se usara ningún otro elemento en el bautismo sino sólo agua, a la cual, cuando se une la Palabra, se hace, como dice San Agustín, un sacramento pleno y perfecto<sup>588</sup>; ellos, siendo más sabios en su propia opinión que Cristo, piensan que no se hace bien ni ordenadamente a menos que usen conjuros, a menos que bendigan el agua, a menos que haya aceite, sal, saliva, velas y otras ceremonias mudas, que no sirven para nada, contrariamente a la regla clara de San Pablo, que quiere que todas las cosas se hagan en la iglesia para edificación<sup>589</sup>. Cristo ordenó la autoridad de las llaves para excomulgar a los pecadores notorios y absolver a los

---

<sup>587</sup> Ef. 2:20.

<sup>588</sup> Agustín, *Tractatus in Iohannem*, 80.3.

<sup>589</sup> 1 Cor. 14:26.

que están verdaderamente arrepentidos; ellos abusan de este poder a su antojo, tanto al maldecir a los piadosos con campanas, libros y velas, como al absolver a los réprobos que son conocidos por ser indignos de cualquier sociedad cristiana, de lo cual el que quiera ver ejemplos, que escudriñe sus vidas. En resumen, mirad lo que nuestro Salvador Cristo dijo de los escribas y de los fariseos en el Evangelio, lo mismo podemos decir con valentía y con la conciencia tranquila de los obispos de Roma, a saber, que han abandonado y abandonan diariamente los mandamientos de Dios, para erigir y establecer sus propias constituciones<sup>590</sup>. Siendo esto verdad, como todos los que tienen alguna luz de la Palabra de Dios deben necesariamente confesar, bien podemos concluir, de acuerdo con la regla de San Agustín, que los obispos de Roma y sus adherentes no son la verdadera Iglesia de Cristo, y mucho menos deben ser tomados como jefes principales y gobernantes de la misma. "Quienquiera", dice él, "disiente de las Escrituras concernientes a la cabeza, aunque se encuentren en todos los lugares donde la iglesia está designada, sin embargo, no están en la iglesia"<sup>591</sup>. Un lugar claro, que concluye directamente contra la iglesia de Roma.

¿Dónde está ahora el Espíritu Santo que tan fervientemente se atribuyen? ¿Dónde está ahora el Espíritu de verdad, que no les permitirá en modo alguno errar<sup>592</sup>? Si es posible estar allí donde no está la verdadera iglesia, entonces es en Roma; de lo contrario, no es más que una vana fanfarronería y nada más. San Pablo, como ya habéis oído antes, dice: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo"<sup>593</sup>. Y al cambiar sus palabras se puede decir con la misma verdad: «Si alguno no es de Cristo, no tiene su Espíritu». Ahora bien, para discernir quiénes son verdaderamente suyos y quiénes no, tenemos esta regla dada: "Sus ovejas siempre oyen su voz"<sup>594</sup>. Y San Juan dice: "El que es de Dios oye la Palabra de Dios"<sup>595</sup>. De lo cual se sigue que los papas, al no oír la voz de Cristo como deberían hacerlo, sino prefiriendo sus propios decretos a la Palabra expresa de Dios, argumentan claramente al mundo que no son de Cristo ni están bajo la dirección de su Espíritu.

Pero aquí alegarán por sí mismos que hay diversos puntos necesarios que no están expresados en la Sagrada Escritura, que fueron dejados a la revelación del Espíritu Santo, quien, habiendo sido dado a la iglesia según la promesa de Cristo, ha enseñado muchas cosas de tiempo en tiempo, que los apóstoles no podían soportar entonces<sup>596</sup>. A esto podemos responder fácilmente con las claras palabras de Cristo, enseñándonos que el oficio propio del Espíritu Santo no es instituir e introducir nuevas ordenanzas, contrarias a su doctrina enseñada antes, sino exponer y declarar aquellas cosas que él había enseñado antes para que pudieran ser bien y

<sup>590</sup> Mateo. 15:3, 6; Marcos 7:9, 13.

<sup>591</sup> Agustín, *Contra Donatistas* (De unitate ecclesiae), 7.

<sup>592</sup> Juan 16:13.

<sup>593</sup> Rom. 8:9.

<sup>594</sup> Juan 10:27.

<sup>595</sup> Juan 8:47.

<sup>596</sup> Juan 16:12.

verdaderamente entendidas. “Cuando el Espíritu Santo”, dice él, “venga, os guiará a toda la verdad<sup>597</sup>”. ¿A qué verdad se refiere? ¿A alguna otra que la que Él mismo había expresado antes en su Palabra? No, porque dice: “Tomará de lo mío y os lo hará saber”. Y también: “Os recordará todas las cosas que os he dicho<sup>598</sup>”. No es, pues, deber ni parte de ningún cristiano, bajo el pretexto del Espíritu Santo, introducir sus propios sueños y fantasías en la iglesia, sino que debe procurar diligentemente que su doctrina y sus decretos sean conformes al santo testamento de Cristo; de lo contrario, al hacer del Espíritu Santo su autor, blasfema y desmiente al Espíritu Santo para su propia condenación.

Ahora bien, dejando ya de lado su doctrina, pasemos a otros puntos. ¿Qué juzgaremos o pensaremos del intolerable orgullo del Papa? La Escritura dice que “Dios resiste a los soberbios y muestra su gracia a los humildes<sup>599</sup>”. También declara bienaventurados a los pobres de espíritu<sup>600</sup>, prometiendo que “los que se humillan serán ensalzados<sup>601</sup>”. Y Cristo nuestro Salvador quiere que todos los suyos “aprendan de Él porque es humilde y manso<sup>602</sup>”. En cuanto al orgullo, dice San Gregorio: “Es la raíz de todo mal<sup>603</sup>”. Y el juicio de San Agustín al respecto del pecado de soberbia es éste: que convierte a los hombres en demonios<sup>604</sup>. ¿Puede, pues, alguien que haya leído o quiera leer las vidas de los Papas decir con justicia que tenían el Espíritu Santo en su interior? En primer lugar, en cuanto a que serán llamados obispos universales y cabezas de todas las iglesias cristianas en todo el mundo, tenemos el juicio de Gregorio expresamente contra ellos, quien escribiendo al emperador Mauricio, condena a Juan, obispo de Constantinopla por ese motivo, llamándolo el príncipe del orgullo, el sucesor de Lucifer y el precursor del anticristo<sup>605</sup>. San Bernardo también, concordando con esto, dice: ‘¿Qué mayor orgullo puede haber que el que un hombre prefiera su propio juicio antes que el de toda la congregación, como si sólo él tuviera el Espíritu de Dios<sup>606</sup>? Y Crisóstomo pronuncia una terrible sentencia contra ellos, afirmando claramente que ‘quienquiera que busque ser el principal en la tierra encontrará confusión en el cielo<sup>607</sup>’ y que aquel que lucha por la supremacía no será reputado entre los siervos de Cristo. Otra vez dice: ‘Desear una buena obra, es bueno; pero codiciar el principal grado de honor, es mera vanidad<sup>608</sup>’. ¿No convencen suficientemente estos lugares de su escandaloso orgullo al usurpar

---

<sup>597</sup> Juan 16:13–14.

<sup>598</sup> Juan 14:26.

<sup>599</sup> Santiago 4:6.

<sup>600</sup> Mateo 5: 3.

<sup>601</sup> Mateo 23:12.

<sup>602</sup> Mateo 11:29.

<sup>603</sup> Gregorio Magno, *Moralia in Iob*, 31.87, citando a Sir. 10:13.

<sup>604</sup> Paulino de Aquileia, *Liber exhortationis* (De salutar. Docum.). 18. Tradicionalmente atribuida a Agustín.

<sup>605</sup> Gregorio Magno, Ep. 5.20. Véase también *ibid.*, 5.21, escrita a la emperatriz Constanza. Mauricio fue emperador en Constantinopla entre 582 y 602, y Juan se autoproclamó «patriarca ecuménico» en 595.

<sup>606</sup> Bernardo de Claraval, *Hom. in tempore rescuerisis*, 3.4.

<sup>607</sup> Juan Crisóstomo, *Hom. in Matt.*, 35.

<sup>608</sup> *Ibid.*

para sí mismos una superioridad sobre todos los demás, tanto ministros y obispos, como reyes y emperadores?

Pero, así como el león se conoce por sus garras, aprendamos a conocer a estos hombres por sus hechos. ¿Qué diremos de aquel que hizo que el noble rey Dandalus fuera atado por el cuello con una cadena y tendido ante su mesa, para roer huesos como un perro? ¿Pensaremos que tenía el Espíritu Santo de Dios dentro de él, y no más bien el espíritu del diablo? Tal tirano fue el papa Clemente VI<sup>609</sup>. ¿Qué diremos de aquel que orgullosa y despectivamente pisoteó al emperador Federico bajo sus pies, aplicándose a sí mismo aquel verso del salmo: "Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón<sup>610</sup>"? ¿Diremos que tenía el Espíritu Santo de Dios dentro de él, y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano de esta clase fue el papa Alejandro III<sup>611</sup>. ¿Qué diremos de aquel que armó y animó al hijo contra el padre, haciendo que lo tomaran y lo mataran de hambre cruelmente, contrariamente a la ley de Dios y también a la de la naturaleza? ¿Diremos que tenía en su interior al Espíritu Santo de Dios y no más bien al espíritu del diablo? Un tirano de esta clase fue el papa Pascual II<sup>612</sup>. ¿Qué diremos de aquel que llegó al papado como un zorro, que reinó como un león y murió como un perro? ¿Diremos que tenía en su interior el Espíritu Santo de Dios y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano así fue el papa Bonifacio VIII<sup>613</sup>. ¿Qué diremos de aquel que hizo que Enrique IV, el emperador, con su mujer y su hijo pequeño, permaneciera a las puertas de la ciudad en pleno invierno descalzo y con las piernas desnudas, vestido sólo con ropa de lino y lana, sin comer nada desde la mañana hasta la noche y eso durante el espacio de tres días? ¿Diremos que tenía en su interior el Espíritu Santo de Dios y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano así fue el papa Hildebrando, muy digno de ser llamado agitador, si lo llamamos como mejor se lo merece<sup>614</sup>.

Podrían alegarse aquí muchos otros ejemplos, como el caso de la Papisa Juana la ramera, que dio a luz a un niño en la calle mayor, yendo solemnemente en procesión<sup>615</sup>, del Papa Julio II, que arrojó voluntariamente las llaves de San Pedro al Tíber<sup>616</sup>, del Papa Urbano VI, que hizo meter en sacos a cinco cardenales y los ahogó

<sup>609</sup> En realidad, Clemente V (1305-1314). La presentación la hizo Francisco Dandolo, más tarde dux de Venecia, pero entonces (1313) sólo un ciudadano privado. Sabellicus, Rer. Vent. Dec., 1.

<sup>610</sup> Salmo . 91:13.

<sup>611</sup> La entrevista entre Federico I Barbarroja (1152–1190) y el papa Alejandro III (1159–1181) tuvo lugar en Venecia en julio de 1177, pero esta historia ahora se rechaza por apócrifa.

<sup>612</sup> (1099–1118). No hay pruebas de que alentara al futuro Enrique V (1106–1125) a rebelarse contra su padre Enrique IV (1056–1106), pero sin duda apoyó la rebelión una vez que se produjo.

<sup>613</sup> ( 1294–1302). Citado de Paralip. Ad calc. Chron. Abbat. Ursperg (Conrad von Lichtenau), Bonifacio VIII, donde las palabras utilizadas son: 'Intravit ut vulpes, regnavit ut lupus, moruus est ut canis'. El 'león' en lugar de 'lobo' proviene de Rolewinck, Fasciculus temporum, anno 1294: 'Intravit ut vulpes, vixit ut leo, et moritur ut canis.'

<sup>614</sup> Gregorio VII (1073–1085). El incidente tuvo lugar en Canossa en 1076.

<sup>615</sup> Se dice que sucedió al papa León IV en 855, pero aunque hay quienes todavía intentan demostrar que esto realmente ocurrió, la mayoría de los historiadores ahora lo consideran falso.

<sup>616</sup> (1503– 1513).

cruelmente<sup>617</sup>, del Papa Sergio III, que persiguió el cadáver de Formosus, su predecesor, cuando llevaba ocho años enterrado<sup>618</sup>, del Papa Juan XIV del mismo nombre, que habiendo entregado a su enemigo en sus manos, hizo primero que lo desnudaran completamente, que le afeitaran la barba y que lo colgaran un día entero de los cabellos, luego que lo montaran en un asno con la cara hacia atrás, hacia la cola, que lo llevaran a pesar de todo lo ya afligido por la ciudad, que lo golpearan miserablemente con varas, y por último que lo expulsaran de su país y lo desterraran para siempre<sup>619</sup>. Pero para concluir y poner fin, tomad brevemente esta corta lección: dondequiera que encontréis espíritu de arrogancia y orgullo, espíritu de envidia, odio, contienda, crueldad, asesinato, extorsión, brujería, nigromancia, etc., aseguraos de que allí está el espíritu del diablo y no de Dios, aunque exteriormente pretendan mostrar ante el mundo una gran santidad nunca antes vista. Porque, como nos enseña el Evangelio, el Espíritu de Jesús es un Espíritu bueno, un Espíritu santo, un Espíritu dulce, un Espíritu humilde, un Espíritu misericordioso, lleno de caridad y amor, lleno de perdón y piedad, que "no devuelve mal por mal", extremo por extremo, sino que "vence el mal con el bien" y perdona toda ofensa "incluso de corazón"<sup>620</sup>. Según esta regla, si alguno vive rectamente, puede decirse con seguridad que tiene el Espíritu Santo en su interior; si no, es señal clara de que usurpa en vano el nombre del Espíritu Santo.

Por tanto, amados, según el buen consejo de San Juan, "*no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios*"<sup>621</sup>. "Muchos vendrán en mi nombre", dice Cristo, y "se disfrazarán como ángeles de luz, engañando, si es posible, a los mismos elegidos"<sup>622</sup>. "Vendrán a vosotros con piel de oveja, siendo por dentro lobos crueles y rapaces"<sup>623</sup>. Tendrán una apariencia exterior de gran santidad e inocencia de vida, de modo que difícilmente o en absoluto los discerniréis. Pero la regla que debéis seguir es ésta: "juzgarlos por sus frutos"<sup>624</sup>. Y si son malos, entonces es imposible que en estos se encuentre algo bueno en realidad. Tales fueron en su mayor parte todos los papas y prelados de Roma, como bien aparece en la historia de sus vidas, y por lo tanto son dignamente contados entre el número de 'falsos profetas y falsos cristos' que engañaron al mundo por mucho tiempo<sup>625</sup>.

---

<sup>617</sup> (1378–1389).

<sup>618</sup> Sergio III reinó de 904 a 911, y aquí se lo confunde con el papa Esteban VI (896–897). Formoso fue papa de (891–896) y había muerto hace apenas un año. Pocos meses después, Esteban lo hizo exhumar.

<sup>619</sup> Esta venganza fue ejercida sobre Pedro, prefecto de Roma, por el emperador Otón I (936-973) y el papa Juan XIII (965-973), aquí erróneamente considerado como Juan XIV, un error derivado (como el anterior sobre Sergio III) de Platina.

<sup>620</sup> 1 Pedro 3:9; Romanos 12:21; Mateo 18:35.

<sup>621</sup> 1 Juan 4:1.

<sup>622</sup> Mateo 24:5, 24; 2 Corintios 11:13–15.

<sup>623</sup> Mateo 7:15–20.

<sup>624</sup> Lucas 6:43–45.

<sup>625</sup> Mateo 24:24.

El “Señor del cielo y de la tierra<sup>626</sup>” nos defienda de su tiranía y soberbia, para que nunca más entren en su viña perturbando a su pobre y tonto rebaño, sino que sean totalmente confundidos y puestos en fuga en todas partes del mundo. Y él, por su gran misericordia, obre de tal modo en los corazones de todos los hombres por el inmenso poder del Espíritu Santo, que el comfortable evangelio de su Hijo Cristo sea verdaderamente predicado, verdaderamente recibido y verdaderamente seguido en todas partes, para abatir el pecado, la muerte, el papa, el diablo y todo el reino del anticristo, para que las ovejas dispersas y diseminadas sean finalmente reunidas en “un solo redil<sup>627</sup>”, y al final descansemos todos juntos en el seno de Abraham, Isaac y Jacob<sup>628</sup>, para ser allí partícipes de la vida eterna e imperecedera, por los méritos y la muerte de Jesucristo, nuestro Salvador.

**Amén.**

---

<sup>626</sup> Mateo 11:25.

<sup>627</sup> Juan 10:16.

<sup>628</sup> Lucas 16:22; Mateo 8: 11.

## **Homilía para los Días de la Semana de Rogatiba en que Todas las Cosas Buenas Proviene de Dios.**



*Posiblemente Matthew Parker.*

1. Me propongo en este día, buen pueblo cristiano devoto, declararos la más merecida alabanza y encomio de Dios Todopoderoso, no sólo en consideración a la maravillosa creación de este mundo, o por la conservación y gobierno del mismo, en lo que su gran poder y sabiduría podrían aparecer excelentemente para movernos a honrarle y temerle, sino muy especialmente en consideración de su liberal y grande bondad que diariamente nos concede a nosotros, sus criaturas razonables, por cuya causa hizo todo este mundo universal con todas las mercancías y bienes que hay en él, que su singular bondad, bien y diligentemente recordada por nuestra parte, debería movernos, como es nuestro deber, con sincero afecto a amarle y con palabras y obras a alabarle y servirle todos los días de nuestra vida. Y a este asunto, siendo tan digno de rogar y tan provechoso de oír para vosotros, confío que no necesitaré presentarles muchas circunstancias en palabras para incitaros a dar vuestra asistencia, para oír lo que se dirá. Sólo deseo que vuestro afecto se inflame secretamente en vuestro interior para elevar alguna moción de acción de gracias a la bondad de Dios Todopoderoso en cada uno de los puntos que mi declaración os abrirá en particular. Porque, si no, ¿de qué nos servirá oír y conocer la gran bondad de Dios para con nosotros, saber que todo lo bueno procede de Él, como de la fuente principal y del único autor, o saber que todo lo que es enviado por Él ha de ser

necesariamente bueno y saludable, si el oír tales cosas no nos mueve más que a conocerlas solamente? ¿De qué les sirvió a los sabios del mundo conocer «el poder y la divinidad de Dios» por la inspiración secreta de Él, si «no» le honraron y «glorificaron» en sus conocimientos «como Dios»<sup>629</sup>? ¿Qué alabanza les supuso, por la consideración de la creación del mundo contemplar su bondad, y sin embargo no le dieron gracias de nuevo por sus criaturas? ¿Qué otra cosa merecía esta ceguera y olvido de ellos a manos de Dios, sino su total abandono? Y tan abandonados de Dios no podían menos de caer en extrema ignorancia y error. Y aunque se estimaban mucho por su ingenio y conocimiento y se glorificaban en su sabiduría, se desvanecieron ciegamente en sus pensamientos, se volvieron necios y perecieron en su necedad. No puede haber otro fin para quienes se acercan a Dios por el conocimiento y, sin embargo, se apartan de Él en la ingratitud, sino la destrucción total. Esta experiencia la vivió David en sus días. Porque en su salmo dice: "Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta"<sup>630</sup>. Esta experiencia se percibió como verdadera en el caso del santo profeta Jeremías. "Oh Señor", dice, "todos los que te dejan serán avergonzados; y los que se apartan de mí serán escritos en el polvo", y pronto olvidados<sup>631</sup>. De nada sirve, buenas personas, oír que se nos declara la bondad de Dios, si nuestros corazones no se inflaman por ello para honrarlo y agradecerle. A los judíos, que eran el pueblo elegido de Dios, no les sirvió oír mucho acerca de Dios, pues no lo recibieron en sus corazones por la fe ni le dieron las gracias por los beneficios que les había concedido. Su ingratitud fue la causa de su destrucción. Evitemos el modo de proceder de estos que hemos repasado antes y sigamos más bien el ejemplo de aquel santo apóstol San Pablo, que, cuando en una profunda meditación contempló los maravillosos procedimientos de Dios Todopoderoso y consideró su infinita bondad al ordenar a sus criaturas, se levantó y dijo<sup>632</sup>: «Ciertamente», dijo, «de él, por él y en él son todas las cosas». Y una vez pronunciado esto, no se detuvo allí<sup>633</sup>, sino que inmediatamente añadió estas palabras: «A él sea la gloria y la alabanza por los siglos. Amén»<sup>634</sup>.

Sobre la base de estas palabras de San Pablo, querido oyente, me propongo fundamentar mi exhortación de hoy dirigida a vosotros, en la que me esforzaré, en primer lugar, en demostraros que todas las cosas buenas «nos vienen de lo alto, del Padre de las luces»<sup>635</sup>; en segundo lugar, que Jesucristo, su Hijo y nuestro Salvador, es el medio por el que recibimos su liberal bondad; en tercer lugar, que en el poder y virtud del Espíritu Santo seamos hechos dignos y capaces de recibir sus dones y gracias, cosas que, consideradas con claridad y sabiduría en nuestras mentes, por necesidad nos obligarán, con la más humilde reverencia, según nuestro deber ineludible, a darle siempre gracias de nuevo en algún testimonio de nuestro buen

---

<sup>629</sup> Romanos 1:19–22.

<sup>630</sup> Salmos 73:27.

<sup>631</sup> Jeremías 17:13

<sup>632</sup> La forma antigua de "estallaron".

<sup>633</sup> La forma antigua de "se atascaron".

<sup>634</sup> Romanos 11:36.

<sup>635</sup> Santiago 1:17.

corazón por sus méritos para con nosotros. Y para que la súplica de este asunto que nos ocupa sea para gloria de Dios Todopoderoso, invoquemos con una misma fe y caridad al Padre de misericordia, de quien proviene toda buena dádiva y todo don perfecto, por mediación de su amado Hijo nuestro Salvador, para que seamos asistidos con la presencia de su Espíritu Santo y una sana disposición de nuestra parte para comportarnos en el hablar y oír, de tal forma que redunde para salvación de nuestras almas.

Al comenzar mi discurso ante ustedes, buenos cristianos, no supongan que me tomo la libertad de declararles el excelente poder o la incomparable sabiduría de Dios Todopoderoso, como si quisiera hacerles creer que se les puede expresar con palabras. Más aún, no se puede pensar que algo incomprensible puede ser comprendido por las palabras del hombre. Y sería demasiada arrogancia para el "polvo y las cenizas"<sup>636</sup> pensar que él podría declarar dignamente a su Creador. Sobrepasa con mucho el entendimiento y la sabiduría oscura de un hombre mortal el hablar lo suficiente de esa majestad divina que los ángeles no pueden comprender. Por lo tanto, nos apartaremos para hablar de esa naturaleza profunda e inescrutable de Dios Todopoderoso, reconociendo más bien nuestra debilidad que intentar precipitadamente algo que está más allá de toda capacidad humana para comprender. Será más suficiente que, con baja humildad, reverenciemos y temamos su majestad, que no podemos comprender, que, mediante una búsqueda demasiado curiosa, nos veamos sobrecargados de gloria.

Más bien, debemos dedicar toda nuestra contemplación a responder por un momento a su bondad hacia nosotros, en lo cual estaremos ocupados de manera mucho más provechosa y podremos ser más valientes en la búsqueda. Considerar este gran poder que Él tiene no puede hacer más que causarnos temor y miedo; considerar su alta sabiduría podría incomodar completamente nuestra fragilidad para tener algo que ver con Él, pero en consideración a su inestimable bondad, cobramos ánimo nuevamente para confiar bien en Él; por su bondad estamos seguros de tomarlo como nuestro refugio, nuestra esperanza y consuelo, nuestro Padre misericordioso, en todo el curso de nuestras vidas. Su poder y sabiduría nos obligan a tomarlo como Dios omnipotente, invisible, que tiene gobierno en el cielo y en la tierra, que tiene todas las cosas bajo su sujeción, y no queremos que nadie pretenda conciliarse con Él, ni que nadie ose preguntarle la razón de sus acciones; porque puede hacer lo que le plazca, y nadie puede resistirle<sup>637</sup>. Porque obra todas las cosas en su juicio secreto "para sí mismo, sí, aun a los impíos para condenación", dice Salomón<sup>638</sup>. Por esta naturaleza, en las Escrituras se le llama "fuego consumidor", se le llama "un Dios terrible" y "temible"<sup>639</sup>. Por eso, no podemos tener familiaridad con Él ni acceso a Él, pero su bondad atempera el rigor de su alto poder y nos hace

---

<sup>636</sup> Génesis 18:27.

<sup>637</sup> Daniel 4:35.

<sup>638</sup> Proverbios 16:4.

<sup>639</sup> Hebreos 12:29; Deuteronomio 4:24; 10:17; Éxodo 15:11.

valientes y nos da esperanza de que Él se relacionará con nosotros y será amable con nosotros.

Es su bondad la que lo mueve a decir en la Escritura: "Es mi deleite estar con los hijos de los hombres<sup>640</sup>". Es su bondad la que lo mueve a llamarnos hacia Él, a ofrecernos su amistad y presencia. Es su bondad la que sufre pacientemente nuestro alejamiento de Él y nos permite permanecer mucho tiempo, para ganarnos al arrepentimiento. Es por su bondad que fuimos creados criaturas racionales, cuando de otra manera podría habernos hecho bestias brutas. Fue su misericordia hacernos nacer entre el pueblo cristiano, y por lo tanto en una mayor cercanía a la salvación, donde podríamos haber nacido (si por su bondad no hubiera sido) entre los paganos, completamente vacíos de Dios y de la esperanza de la vida eterna. ¿Y qué otra cosa hace su voz amorosa y dulce, hablada en su palabra, cuando nos llama a su presencia y amistad, sino declarar solamente su bondad, sin tener en cuenta nuestro mérito? ¿Y qué otra cosa lo mueve a llamarnos a sí cuando nos alejamos de Él, a sufrirnos pacientemente, a ganarnos al arrepentimiento, sino solamente su bondad singular, sin tener en cuenta nuestro merecimiento?

Reúnanse todos los que ahora están glorificados en el cielo, y escuchemos qué respuesta darán sobre estos puntos antes enunciados, si su primera creación fue de la bondad de Dios o de ellos mismos. En verdad, David respondería por todos ellos y diría: "Sabed con certeza que incluso el Señor es Dios; Él nos ha hecho y no nosotros a nosotros mismos<sup>641</sup>". Si se les preguntara nuevamente, a quién se debe agradecer su regeneración, su justificación y su salvación, si a sus méritos o solo a la bondad de Dios, aunque en este punto cada uno confiese suficientemente la verdad de este asunto en su propia persona, sin embargo, que David responda por boca de todos ellos en esta ocasión<sup>642</sup>; Si volvemos a preguntar de dónde proceden las obras y hechos gloriosos que realizaron en sus vidas, con los que Dios se agradó tanto y fue adorado por ellos, que se presente algún otro testigo que testifique sobre este asunto, "para que por boca de dos o tres" conste toda verdad<sup>643</sup>. En verdad, el santo profeta Isaías da testimonio y dice: "Oh Señor, eres tú" de tu bondad "quien ha obrado todas nuestras obras en nosotros", no nosotros por nosotros mismos<sup>644</sup>. Y para defender la verdad de este asunto contra todos los justicieros e hipócritas, que pretenden privar a Dios Todopoderoso de este honor y se lo atribuyen a sí mismos, San Pablo introduce su creencia: "No somos suficientes por nosotros mismos, como para pensar algo por nosotros mismos, sino que toda nuestra capacidad proviene de la bondad de Dios. Porque es en Él en quien tenemos todo nuestro ser, nuestro vivir y nuestro mover<sup>645</sup>". Si queréis saber además de dónde

---

<sup>640</sup> Proverbios 8:31.

<sup>641</sup> Salmos 100:3.

<sup>642</sup> Salmos 115:1.

<sup>643</sup> Mateo 18:16.

<sup>644</sup> Isaías 40:1-10. 26:12.

<sup>645</sup> 2 Cor. 3:5; Hch. 17:28.

tenían sus dones y sacrificios que ofrecían continuamente en sus vidas a Dios Todopoderoso, no pueden sino estar de acuerdo con David, cuando dice: "De tu mano generosa, oh Señor, hemos recibido lo que te hemos dado"<sup>646</sup>.

Si esta santa compañía confiesa tan constantemente que todos los bienes y gracias con que fueron investidos en el alma vinieron de la bondad de Dios solamente, ¿qué más puede decirse para probar que todo ese bien viene de Dios Todopoderoso? ¿Es justo pensar que toda bondad espiritual viene de Dios solamente y que otros bienes, ya sean de naturaleza o de fortuna (como los llamamos) vienen de alguna otra causa? ¿Dios, por su bondad, adorna el alma con todos los poderes que tiene, tal como es? ¿Y los dones del cuerpo, con los que está investido, vienen de alguna otra causa? Si hace más, ¿no puede hacer menos? Justificar a un pecador, crearlo de nuevo de una persona malvada a un hombre justo, es un acto mayor, dice San Agustín, que crear un cielo y una tierra nuevos como los que ya están hechos<sup>647</sup>. Debemos necesariamente convenir en que todo lo bueno que hay en nosotros, de gracia, de naturaleza, de fortuna, es solo de Dios, como el único autor y trabajador.

Y, sin embargo, no debe pensarse que Dios ha creado todo este mundo universal tal como es, y así, una vez hecho, lo ha entregado para que lo gobierne y lo use según nuestro propio ingenio y voluntad, y por lo tanto no se hace cargo de ello; como vemos al carpintero de barcos, después de haber dejado su barco a un final perfecto, lo entrega a los marineros y ya no se hace cargo de él. Más bien, Dios no ha creado el mundo de tal manera que se descuide de él, sino que todavía lo conserva por su bondad, todavía lo mantiene en su creación; porque de lo contrario, sin su bondad especial no podría permanecer mucho tiempo en su condición. Y por eso San Pablo dice que Él preserva todas las cosas y las sostiene todavía en su Palabra, para que no caigan sin Él de nuevo en la nada, de la que fueron hechas<sup>648</sup>. Si su bondad especial no estuviera presente en todas partes, todas las criaturas estarían fuera de orden y ninguna criatura tendría la propiedad de la que fue creada originalmente. Él está, pues, invisiblemente en todas partes y en cada criatura, y "llena el cielo y la tierra" con su presencia<sup>649</sup>; en el fuego, para dar calor; en el agua, para dar humedad; en la tierra, para dar fruto; en el corazón, para dar su fuerza; sí, está en nuestro pan y bebida, para darnos alimento; sin Él, el pan y la bebida no pueden dar sustento, ni la hierba salud, como lo confiesa claramente el sabio, diciendo: "No es el aumento de los frutos lo que alimenta a los hombres, sino es tu Palabra, oh Señor, la que preserva a los que confían en ti"<sup>650</sup>. Y Moisés está de acuerdo con esto, cuando dice: "La vida del hombre no consiste sólo en el pan, sino

---

<sup>646</sup> 1 Cr. 29:14.

<sup>647</sup> Agustín, Tractatus in Iohannem, 72.3.

<sup>648</sup> Heb. 1:3; 3:4.

<sup>649</sup> Jer. 23:24.

<sup>650</sup> Sabiduría 16:26.

en toda palabra que sale de la boca de Dios<sup>651</sup>. “No son las hierbas ni el yeso los que dan salud” por sí mismos, “sino tu Palabra, Señor”, dice el sabio, “la que cura todas las cosas<sup>652</sup>”. No es, pues, el poder de las criaturas el que obra sus efectos, sino la bondad de Dios que obra en ellas. En verdad, todas las cosas consisten en su Palabra. Por esa misma Palabra que fueron hechos el cielo y la tierra, por la misma son sostenidos, mantenidos y guardados en orden, dice San Pedro, y lo serán hasta que Dios Todopoderoso retire su poder de ellos y proclame su disolución.

Si no fuera así como la bondad de Dios estaba efectivamente en sus criaturas para gobernarlas, ¿cómo podría ser que el gran mar, tan furioso y laborioso para inundar la tierra, pudiera ser mantenido dentro de sus ataduras y orillas<sup>653</sup>, como está? Ese santo hombre Job evidentemente contempló la bondad de Dios en este punto y confesó que si no tuviera una bondad especial para la preservación de la tierra, no podría sino ser inundada por el mar en breve. ¿Cómo podría ser que los elementos, tan diversos y contrarios como son entre sí, pudieran sin embargo estar de acuerdo y permanecer juntos en una concordia, sin destruirse unos a otros, para servirnos, si no provino solo de la bondad de Dios para templarlos de esa manera? ¿Cómo podría el fuego no quemar y consumir todas las cosas si se lo dejara suelto para que fuera a donde quisiera y no se quedara en su esfera por la bondad de Dios, para calentar considerablemente a estas criaturas inferiores hasta su maduración? Considere la enorme sustancia de la tierra, tan pesada y grande como es; ¿Cómo podría permanecer tan estable en el lugar como lo hace, si la bondad de Dios no lo hubiera reservado para que sufriéramos dolores de parto? “Eres tú, oh Señor”, dice David, “quien ha fundado la tierra en su estabilidad”; y durante tu Palabra “nunca se tambaleará” ni caerá<sup>654</sup>. Consideremos las grandes bestias y los peces fuertes, que superan con creces la fuerza del hombre; por feroces y fuertes que sean, sin embargo, por la bondad de Dios no prevalecen contra nosotros, sino que están bajo nuestro sometimiento y sirven para nuestro uso. ¿De quién vino la invención de dominarlos y hacerlos aptos para nuestras comodidades? ¿Fue del cerebro del hombre? Más bien, esta invención vino por la bondad de Dios, que inspiró el entendimiento del hombre para que tuviera su propósito con cada criatura. “¿Quién fue”, dice Job, “que puso inteligencia y sabiduría en la cabeza del hombre”, sino sólo Dios de su bondad<sup>655</sup>? Y como dice el mismo Job: “Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el sopro del Omnipotente le hace que entienda<sup>656</sup>”. No podría ser, en verdad, buenos cristianos, que el hombre, sin ayuda de su propio ingenio, inventara tantos y diversos dispositivos en todos los oficios y ciencias, a menos que la bondad de Dios Todopoderoso hubiera estado presente con los hombres y hubiera estimulado su ingenio y sus estudios de propósito para conocer las naturalezas y

---

<sup>651</sup> Deut. 7:3.

<sup>652</sup> Sabiduría 16:12.

<sup>653</sup> Jer. 28:11.

<sup>654</sup> Sal. 104:5.

<sup>655</sup> Job 38:36.

<sup>656</sup> Job 32:8.

disposiciones de todas sus criaturas para servirnos suficientemente en nuestras necesidades y confortabilidad, sí, no sólo para servir a nuestras necesidades, sino para servir a nuestros placeres y deleites, más de lo que la necesidad requiere. Tan liberal es la bondad de Dios para con nosotros, que nos incita a darle gracias, si es que tenemos algún corazón.

El sabio, en su reflexión personal, no podía dejar de admitir que era verdad lo que os digo: «En sus manos», dice, «estamos nosotros y nuestros pensamientos, y toda prudencia y habilidad práctica. Él me dio el verdadero conocimiento de las cosas, para conocer cómo está hecho el mundo y cómo actúan los elementos; para conocer el comienzo, el fin y el medio de los tiempos, las diversas posiciones del sol y los cambios de estaciones; los periodos del año y la posición de los astros; la naturaleza de los seres vivos y el comportamiento de las fieras, el poder de los espíritus y los pensamientos de los hombres; cómo se distinguen las plantas y para qué sirven las raíces. Todo lo aprendí, lo mismo lo oculto que lo visible, porque la sabiduría, que todo lo hizo, me lo enseñó<sup>657</sup>». Y añade: «¿Quién puede investigar las cosas que están en el cielo? Porque es difícil para nosotros investigar las cosas que están en la tierra y a la vista de todos los días, porque nuestro ingenio y nuestros pensamientos», dice, «son imperfectos y nuestras políticas inciertas. Nadie puede, pues, investigar el significado de estas cosas, a menos que tú le des sabiduría y envíes tu Espíritu desde lo alto<sup>658</sup>». Si el hombre sabio confiesa así que todas estas cosas son de Dios, ¿por qué no deberíamos reconocerlo nosotros y, por el conocimiento de ello, considerar nuestro deber hacia Dios y darle gracias por su bondad?

Me doy cuenta de que estoy sobrecargado con la cantidad y la copia<sup>659</sup> de material que podría aportarse para demostrar esta causa. Si tuviera que empezar a mostrar cómo la bondad de Dios Todopoderoso se manifestó en todas partes en las criaturas del mundo, cuán maravillosas son en su creación, cuán embellecidas en su orden, cuán necesarias son para nuestro uso, todos a una voz necesariamente deben admitir que su autor no es otro que Dios Todopoderoso, su bondad debe ser necesariamente ensalzada y magnificada en todas partes. A Él sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

2. En la primera parte de esta homilía, buenos cristianos, he declarado a vuestra contemplación la gran bondad de Dios Todopoderoso al crear este mundo con todo lo que lo rodea para el uso y la comodidad del hombre, por lo que más bien podríamos sentirnos movidos a reconocer nuevamente nuestro deber hacia su majestad. Y confío en que esto no sólo os haya honrado, sino que también os haya movido a dar gracias secretamente en vuestros corazones a Dios Todopoderoso por su amorosa bondad.

---

<sup>657</sup> Sabiduría 7:16–21.

<sup>658</sup> Sabiduría 9:16, 14, 17.

<sup>659</sup> Una traducción literal del latín ‘copia’. Cf. ‘copiosidad’.

Pero, sin embargo, tal vez algunos digan que pueden estar de acuerdo en que todo lo que es bueno perteneciente al alma, o todo lo que se crea con nosotros en el cuerpo, debe provenir de Dios, como del autor de toda bondad y de ningún otro; pero en cuanto a las cosas que carecen de ambos, me refiero a las cosas buenas que llamamos bienes o fortuna, como las riquezas, la autoridad, la promoción y el honor, algunos hombres pueden pensar que deben provenir de nuestra industria y diligencia, de nuestro trabajo y fatiga, más que de una manera sobrenatural.

Ahora bien, consideren, buenas personas, si hubiera algún autor de tales cosas concurrentes con el trabajo y el esfuerzo del hombre, ¿sería justo atribuirlos a otro que no fuera Dios? Como se equivocaron los filósofos y poetas paganos, que tomaron la fortuna y la convirtieron en una diosa, para ser honrada por tales cosas. Dios no permita, buenos cristianos, que esta imaginación sea aceptada con seriedad por nosotros que somos adoradores del verdadero Dios, cuyas obras y procedimientos se expresan manifiestamente en su Palabra. Estas son las opiniones y dichos de los infieles, no de los verdaderos cristianos. Porque ellos, en verdad, como menciona Job, creen y dicen que "Dios tiene su residencia" y lugar de descanso "en las nubes, y no consideran nada de otros asuntos"<sup>660</sup>. Son epicúreos los que imaginan que "Él camina por las costas de los cielos", y no tiene respeto por estas cosas inferiores, sino que todas estas cosas deben suceder o por casualidad y por ventura, o por disposición de la fortuna, y Dios no tiene nada que ver con ellas. ¿Qué otra cosa es decir esto sino, como «el necio supone en su corazón: "No hay Dios"<sup>661</sup>»? A quien no podemos reprender de otro modo que con las propias palabras de Dios por boca de David: «Escucha, pueblo mío», dice Él, «porque yo soy tu Dios, tu verdadero Dios. Más son todas las bestias del bosque, las ovejas y los bueyes que vagan por los montes. Conozco todas las aves del cielo, la belleza del campo es obra mía. Mío es todo el circuito del mundo y toda la abundancia que hay en él<sup>662</sup>». Y de nuevo por el profeta Jeremías: «¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra<sup>663</sup>?» ¿A cuál de los dos hay que creer más? ¿A la Fortuna, a quien pintan como ciega de ambos ojos, siempre inestable e inconstante en su rueda, en cuyas manos dicen que están estas cosas? ¿O a Dios, en cuyas manos y poder están estas cosas, que por su verdad y constancia nunca fue reprobado? Porque su vista mira a través del cielo y de la tierra, y ve todas las cosas al presente con sus ojos. Nada es demasiado oscuro u oculto a su conocimiento, ni los pensamientos privados de las mentes de los hombres. Es verdad que de Dios son todas las riquezas, todo el poder, toda la autoridad, toda la salud, la fortuna y la prosperidad; de las cuales no tendríamos parte sin su liberal distribución, y a menos que vinieran de Él arriba. David lo testifica primero de las

---

<sup>660</sup> Job 22:14.

<sup>661</sup> Sal. 14:1.

<sup>662</sup> Sal. 50:7, 10–12.

<sup>663</sup> Jer. 23:23–24.

riquezas y posesiones: 'Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo<sup>664</sup>'. Y Salomón dice: 'Es la bendición del Señor la que hace ricos a los hombres<sup>665</sup>'. A esto concuerda aquella santa mujer Ana, donde dice en su canción: Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece. 'Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo.<sup>666</sup>'

Ahora bien, si alguno pregunta de qué nos sirve saber que «todo don bueno<sup>667</sup>», como de naturaleza y fortuna (así llamado) y todo don perfecto, como de gracia, concerniente al alma, es de Dios, y que sólo es don suyo, pues por muchas causas nos conviene saberlo. Porque así sabremos, si confesamos la verdad, a quién debemos justamente dar gracias por ellos. De este modo se aplacará nuestro orgullo (no percibiendo nada que provenga de nosotros sino el pecado y el vicio), si hay algo bueno en nosotros, para referir todo elogio y alabanza por ello a Dios Todopoderoso. Nos hará no adelantarnos a nuestro prójimo, ni despreciarlo por tener menos dones, ya que Dios da sus dones donde quiere; nos hará, por la consideración de nuestros dones, no ensalzarnos a nosotros mismos ante nuestros vecinos; hará que «el sabio no se gloríe de su sabiduría, ni el fuerte de su fuerza, ni el rico se gloríe de sus riquezas<sup>668</sup>», sino en el Dios vivo que es autor de todo esto; no sea que, si así lo hiciéramos, se nos reprenda con las palabras de San Pablo: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías de ti mismo como si no lo hubieras recibido<sup>669</sup>?

Confesar que todos los bienes nos son otorgados de Dios Todopoderoso es un gran punto de sabiduría, amigos míos. Porque confesando así sabemos a dónde recurrir para tenerlos si los queremos, como nos manda Santiago, diciendo: 'si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada<sup>670</sup>'. Como el sabio, a falta de un don semejante, recurrió a Dios para obtenerlo, según atestigua en su libro. Después que supe -dice- que de otro modo no podría ser casto, a menos que Dios me lo concediera, y esto era (como él escribe allí) alta sabiduría, para reconocer de quién era el don, me apresuré a acudir al Señor y le rogué encarecidamente, aun desde las raíces de mi corazón, que me lo concediera<sup>671</sup>». Quiera Dios, amigos míos, que en nuestras necesidades acudiéramos a Él como Santiago lo manda, y como el sabio nos enseña que él lo hizo. Ojalá creyéramos firmemente que sólo Dios puede darnos estas cosas. Si así lo hiciéramos, no buscaríamos nuestras necesidades del diablo y

---

<sup>664</sup> Sal. 104:28–29.

<sup>665</sup> Prov. 10:22.

<sup>666</sup> 1 Sam. 2:7–8.

<sup>667</sup> Santiago 1:17.

<sup>668</sup> Jer. 9:23.

<sup>669</sup> 1 Cor. 4:7.

<sup>670</sup> Santiago 1:5.

<sup>671</sup> Sabiduría 8:21.

de sus ministros tan a menudo como lo hacemos, según lo declara la experiencia diaria. Porque si estamos en necesidad de salud corporal, ¿a dónde va la gente común sino a los encantos, hechicerías y otros engaños del diablo? Si supiéramos que Dios es el autor de este don, no haríamos más que usar de los medios que él nos ha señalado y esperaríamos su tiempo hasta que él creyera conveniente que nos lo concediera. Si el mercader y ocupante del mundo supiera que Dios es el dador de las riquezas, se contentaría con tanto como por medios justos, aprobados por Dios, pudiera llegar a su sustento, y no sería más rico de lo que la verdad le permitiera; nunca procuraría su ganancia ni pediría sus bienes de mano del diablo. No quiera Dios, diréis, que alguno tome sus riquezas del diablo. En verdad, todos los que se enriquecen con usura, extorsión, perjurio, sigilo, engaño y astucia, tienen sus bienes de la mano del diablo. Y todos los que se entregan a tales medios y han renunciado a los medios verdaderos que Dios ha designado, lo han abandonado y se han convertido en adoradores del diablo, para obtener sus ganancias y ventajas. Son los que se arrodillan ante el diablo a sus órdenes y le adoran, porque él les promete que les dará el mundo y los bienes que hay en él. No pueden servir mejor al diablo de otra manera que haciendo lo que él quiere y ordena. Y su moción y voluntad es que abandonemos la verdad y nos entreguemos a la falsedad, a la mentira y al perjurio. Por lo tanto, los que creían perfectamente en su corazón que Dios debe ser honrado y rogado para que nos supla el don de todas las cosas necesarias, no usarían otros medios para aliviar sus necesidades que la verdad y la veracidad, y servirían a Dios para tener competencia de todas las cosas necesarias. El hombre en su necesidad no aliviaría su necesidad a hurtadillas, la mujer no aliviaría su necesidad y pobreza entregando su cuerpo a otro en adulterio para obtener ganancia. Si Dios es en verdad el autor de la vida, la salud, la riqueza y el bienestar, recurramos a Él como al autor, y lo tendremos, dice Santiago. Sí, es alta sabiduría, reconocida por el hombre sabio, por lo tanto, saber de quién es el don.

Por otras muchas habilidades es sabiduría saber y creer que todos los bienes y gracias son de Dios, como autor. Lo cual bien considerado nos ha de hacer pensar que hemos de dar cuenta de lo que Dios nos da para ocupar, y por tanto nos ha de hacer más diligentes en bien emplearlos para gloria de Dios y provecho de nuestro prójimo, para que al fin demos buena cuenta y seamos alabados por buenos administradores, a fin de que oigamos estas palabras de nuestro juez: 'Bien, buen siervo y fiel; en lo poco has sido fiel, en lo mucho te pondré por mayordomo; entra en el gozo de tu señor'<sup>672</sup>.

Además, creer ciertamente que Dios es el autor de todos los dones que tenemos, nos hará estar en silencio y paciencia cuando nos sean quitados de nuevo. Porque, así como Dios, por su misericordia, nos los concede para que los usemos, así también nos los quita justamente, para probar nuestra paciencia, para ejercitar nuestra fe y, por medio de quitarnos unos pocos, para darnos con más cautela los que nos quedan, y así, de esta forma enseñarnos a usarlos más para su gloria después

---

<sup>672</sup> Mateo 25:21.

cuando nos los vuelva a dar. Muchos hay que con la boca pueden decir que creen que Dios es el autor de todo buen don que tienen, pero en el tiempo de la tentación se apartan de esta creencia. Lo dicen de palabra, pero lo niegan de hecho. Consideradme el uso del mundo, y ved si no es verdad. Contemplad al hombre rico que está colmado de bienes; si por cualquier adversidad le son arrebatados sus bienes, ¡cómo humilla y se inquieta! ¡Cómo murmura y se desespera! El que tiene el don de la buena reputación, si su nombre es tocado en algo por el detractor, ¡cuán inquieto está! ¡Cuánto se afana en vengar su despecho! Si un hombre tiene el don de la sabiduría y la fortuna de ser tomado de algún malqueriente por necio, y así es denunciado, ¡cuánto le aflige ser tan estimado! ¿Pensáis que éstos creen constantemente que Dios es el autor de estos dones? Si lo creyesen de verdad, ¿por qué no han de sufrir pacientemente que Dios les vuelva a quitar sus dones, que les dio gratuitamente y les prestó por un tiempo?

Pero vosotros diréis: 'Yo podría contentarme resignándome a la voluntad de Dios si tales dones, me fuesen quitados por Él de nuevo, pero ahora lo que observo es que me son quitados por malos azares y falsas musarañas, por astutos miserables; ¿cómo he de tomar esto con paciencia?'. A esto puede responderse que Dios Todopoderoso es invisible por naturaleza y no viene a ningún hombre visiblemente, a la manera del hombre, para quitarle los dones que le prestó, sino que, en este punto, todo lo que Dios hace, lo lleva a cabo por medio de sus instrumentos ordenados para ello. Tiene ángeles buenos, tiene ángeles malos; tiene hombres buenos y tiene hombres malos; tiene el granizo y la lluvia, tiene el viento y el trueno, tiene el calor y el frío; así pues, tiene innumerables instrumentos, y mensajeros, por medio de los cuales de nuevo pide los dones que encomienda a nuestra confianza. Como confiesa el sabio, la criatura debe necesariamente «servir a su Creador», ser «feroz contra los hombres injustos para su castigo<sup>673</sup>», pues como dice el mismo autor: «Él arma a la criatura para vengar a sus enemigos<sup>674</sup>». Y por lo demás, para la prueba de nuestra fe, suscita tales tormentas. Y, por tanto, sea cual fuere el medio y el instrumento por el que Dios nos quita sus dones, debemos aceptar pacientemente el juicio de Dios en valor, y reconocer que Él es el que quita y el que da, como dice Job: «El Señor dio y el Señor quitó», esto cuando aún sus enemigos ahuyentaban su ganado y cuando el diablo mataba a sus hijos y afligía su cuerpo con una grave enfermedad<sup>675</sup>. Tal mansedumbre hubo en aquel santo rey y profeta David, cuando fue injuriado por Simei en presencia de todo su ejército; lo soportó pacientemente y no volvió a injuriar, sino como confesando que Dios era el autor de su inocencia y buen nombre, y ofreciéndolo a su voluntad: «Déjalo en paz», dijo a uno de sus caballeros que quería vengarse de tal desprecio, «porque Dios le ha ordenado maldecir a David, y tal vez Dios tenga la intención de concederme algún beneficio por esta maldición suya de hoy<sup>676</sup>». Y aunque el ministro por otra parte haga

---

<sup>673</sup> Sabiduría 16:24.

<sup>674</sup> Sabiduría 5:17.

<sup>675</sup> Job 1:21.

<sup>676</sup> 2 Samuel 16:5–12.

mal en su acto, procediendo de malicia, sin embargo, por cuanto Dios convierte su mal acto en una prueba de nuestra paciencia, debemos más bien someternos en paciencia que indignarnos con la vara de Dios, la cual tal vez, cuando nos haya corregido a nuestra crianza, la arrojará al fuego como se merece.

Del mismo modo, reconozcamos verdaderamente que todos nuestros dones y prerrogativas son dones de Dios, de modo que estemos dispuestos a renunciar a ellos cuando Él quiera y le plazca. Confesemos durante toda nuestra vida todos los bienes que nos son otorgados de Dios, sean del nombre y naturaleza que sean, no sólo de estas cosas corruptibles de las que he hablado por última vez, sino mucho más de todas las gracias espirituales necesarias para nuestra alma. Sin cuya bondad nadie es llamado a la fe ni permanece en ella, como os declararé más adelante en la siguiente parte de esta homilía. Mientras tanto, no olvidéis lo que ya se os ha dicho, no olvidéis ser conformes en vuestros juicios a la verdad de la doctrina, y no olvidéis practicarla en toda vuestra vida, con lo cual obtendréis la bendición prometida por nuestro Salvador Cristo: «Bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» en su vida<sup>677</sup>. Bendición que nos concede a todos el que reina sobre todos, un solo Dios en Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a quien sea todo honor y gloria por los siglos. Amén.

3. Os prometí declarar que todos los dones y gracias espirituales proceden especialmente de Dios. Consideremos la verdad de este asunto, y oigamos lo que se testifica en primer lugar del don de la fe, la primera entrada en la vida cristiana, «sin la cual nadie puede agradar a Dios<sup>678</sup>». En primer lugar, San Pablo confiesa claramente que es don de Dios, diciendo: «La fe es don de Dios<sup>679</sup>». Y de nuevo, San Pedro dice: «Es por el poder de Dios que seáis guardados por la fe para la salvación<sup>680</sup>». Es de la bondad de Dios que no vacilemos en nuestra esperanza en Él. Es verdaderamente obra de Dios en nosotros la caridad con que amamos a nuestros hermanos. Si después de nuestra caída nos arrepentimos, es por Él que nos arrepentimos, que extiende su mano misericordiosa para levantarnos. Si alguna voluntad tenemos de levantarnos, es Él quien previene nuestra voluntad y nos dispone a ello. Si después de la contrición sentimos que nuestra conciencia está en paz con Dios por la remisión de nuestros pecados, y así nos reconciliamos de nuevo con su favor, y esperamos ser sus hijos y herederos de la vida eterna, ¿quién obra en nosotros estos grandes milagros? ¿Nuestro mérito? ¿Nuestras obras y esfuerzos? ¿Nuestro ingenio y virtud? No, en verdad; San Pablo no permitirá que la carne y el barro presuman de tal arrogancia, y por eso dice: 'todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo<sup>681</sup>'. Dios Padre de toda misericordia nos hizo este alto beneficio no

---

<sup>677</sup> Lucas 11:28.

<sup>678</sup> Hebreos 11:6.

<sup>679</sup> Efesios 2:8.

<sup>680</sup> 1 Pedro 1:5.

<sup>681</sup> 2 Cor. 5:18–19.

por su propia persona, sino por un especial medio, por no menos que su unigénito Hijo amado, a quien no le evitó ningún dolor y trabajo que pudiera hacernos bien. Porque en Él puso nuestros pecados, en Él hizo nuestro rescate, en Él estableció el mediador nosotros y Él mismo, cuya mediación fue tan aceptable a Dios Padre por su profunda y perfecta obediencia, que tomó su acto como plena satisfacción de toda nuestra desobediencia y rebelión, cuya justicia tomó para pesar contra nuestros pecados, cuya redención quiso que se opusiera a nuestra condenación.

En este punto, ¿qué hemos de meditar en nuestro interior, buenos amigos? Creo que nada menos que lo que dijo san Pablo al recordar esta maravillosa bondad de Dios: «Gracias sean dadas a Dios todopoderoso por Cristo Jesús, Señor nuestro<sup>682</sup>». Porque es por Él por quien hemos recibido este alto don de la gracia<sup>683</sup>. Pues, así como por Él, siendo la sabiduría eterna, hizo todo el mundo y lo que en él se contiene, así también por Él conocemos el favor y la misericordia de Dios Padre. Por Él conocemos su voluntad y beneplácito para con nosotros, pues Él es 'el resplandor de la gloria de su Padre y una 'muy clara 'imagen' y modelo 'de su sustancia'<sup>684</sup>. Es a Él a quien el Padre celestial se complace en tener por 'Hijo muy amado', a quien autorizó para que fuese nuestro maestro, a quien nos encargó que escucháramos, diciendo: 'Oíde'<sup>685</sup>. Es Él por quien el Padre del cielo nos bendice con todos los dones espirituales y celestiales<sup>686</sup>, por cuya causa y favor, escribe san Juan, hemos recibido la gracia y el favor<sup>687</sup>. A éste, nuestro Salvador y mediador, Dios Padre le ha dado el poder del cielo y de la tierra<sup>688</sup>, y le ha encomendado toda la jurisdicción y autoridad para distribuir sus bienes y dones. Porque así escribe el apóstol: 'Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo<sup>689</sup>'. Y en consecuencia, para ejecutar la autoridad que le fue encomendada, después de haber llevado cautivos al pecado y al diablo, para que no perjudicasen más a sus miembros, ascendió de nuevo a su Padre, y desde allí envió generosos dones a sus amados siervos, y todavía tiene el poder, hasta el fin del mundo, de distribuir continuamente en su Iglesia los dones de su Padre para el establecimiento y consuelo de la misma. Y por Él ha decretado Dios Todopoderoso disolver el mundo, llamar a todos ante sí, juzgar a los vivos y a los muertos. Y finalmente por Él condenará a los impíos al fuego eterno en el infierno y dará a los buenos la vida eterna, y los pondrá ciertamente en presencia suya en el cielo para siempre. Así veis cómo «todo es de Dios» por su Hijo Cristo, nuestro Señor y Salvador<sup>690</sup>. Acuérdate, repito, de tu deber de dar gracias; que nunca te falten; no dejes de unírte a la acción de gracias; no puedes ofrecer a Dios mejor sacrificio, pues Él mismo dice: «Es el sacrificio de

---

<sup>682</sup> Romanos 7:25.

<sup>683</sup> Ef. 1:3–10.

<sup>684</sup> Heb. 1:3.

<sup>685</sup> Mateo 3:17; 17:5.

<sup>686</sup> Ef. 1:3.

<sup>687</sup> Juan 1:16.

<sup>688</sup> Mateo 28:18.

<sup>689</sup> Ef. 4:7–8.

<sup>690</sup> 2 Cor. 5:18.

alabanza» y de acción de gracias «lo que me honrará<sup>691</sup>». Esto fue bien percibido por aquel santo profeta David cuando tan fervientemente se habló a sí mismo de esta manera: «Oh alma mía, bendice al Señor, y todo mi ser, bendiga su santo nombre. Repito, oh alma mía, bendice al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios<sup>692</sup>».

Dios nos dio la gracia, hombres buenos, de conocer estas cosas y sentirlas en nuestros corazones. Este conocimiento y sentimiento no está en nosotros; por nosotros mismos no es posible llegar a él, y sería una gran lástima que perdiéramos un conocimiento tan útil. Por lo tanto, invoquemos humildemente a ese Espíritu generoso, el Espíritu Santo, que procede de nuestro Padre de misericordia y de nuestro mediador Cristo, para que nos asista e inspire con su presencia, para que en Él podamos escuchar la bondad de Dios declarada a nosotros para nuestra salvación. Porque sin su inspiración viva y secreta no podemos siquiera pronunciar el nombre de nuestro mediador, como claramente atestigua San Pablo: "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo<sup>693</sup>". Mucho menos deberíamos ser capaces de creer y conocer estos grandes misterios que nos son revelados por Cristo. San Pablo dice que "nadie puede conocer lo que es de Dios, sino el Espíritu de Dios". En cuanto a nosotros, dice, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que en ese Espíritu Santo podamos conocer las cosas que nos son dadas por Cristo<sup>694</sup>.

El sabio dice que en el poder y la virtud del Espíritu Santo reside toda sabiduría y toda capacidad para conocer a Dios y agradecerle, pues escribe así: «Sabemos que no está en el poder del hombre guiar sus pasos; nadie puede conocer tu voluntad si no le das sabiduría y envías tu Espíritu Santo desde arriba. Envíala, por tanto, ruega a Dios, «desde tu santo cielo, mándala desde tu trono glorioso, para que me acompañe en mi trabajo y me enseñe lo que te agrada.<sup>695</sup>». Oremos con tan buen corazón como él lo hizo y no dejaremos de tener su ayuda, pues «pronto es visto por los que lo aman, será hallado por los que lo buscan», pues muy generoso y gentil es «el Espíritu de sabiduría<sup>696</sup>».

En su poder tendremos la capacidad suficiente para conocer nuestro deber hacia Dios. En Él seremos consolados y animados para andar en nuestro deber. En Él seremos vasos apropiados para recibir la gracia de Dios Todopoderoso. Porque es Él quien purifica la mente mediante su obra secreta, y sólo Él está presente en todas partes por su poder invisible, y "contiene todas las cosas" bajo su dominio<sup>697</sup>. Él ilumina el corazón para concebir pensamientos dignos de Dios Todopoderoso. Se

---

<sup>691</sup> Salmo 50:23.

<sup>692</sup> Salmo 103:1-2.

<sup>693</sup> 1 Cor. 12:3.

<sup>694</sup> 1 Cor. 2:11-12.

<sup>695</sup> Sabiduría 9:14-17, 10; Jeremías 10:23.

<sup>696</sup> Sabiduría 6:12; 7:7.

<sup>697</sup> Sabiduría 1:7.

sienta en la lengua del hombre para impulsarlo a hablar su honor. Ningún idioma se le oculta, porque “Él tiene el conocimiento de todo lenguaje<sup>698</sup>”. Él sólo ministra fuerza espiritual a los poderes de nuestra alma y cuerpo. Para mantener el camino que Dios ha preparado para nosotros, para andar correctamente en nuestro viaje, debemos reconocer que está en el poder de su Espíritu, “que nos ayuda en nuestra debilidad<sup>699</sup>”. Para que podamos venir con valentía en oración e invocar a Dios Todopoderoso como nuestro Padre, es por este Espíritu Santo, “que intercede por nosotros con gemidos indecibles<sup>700</sup>”. Si tenemos algún don con el que podamos trabajar para la gloria de Dios y el beneficio de nuestro prójimo, todo es obrado por “este único y mismo Espíritu, que hace sus distribuciones peculiares a cada hombre como Él quiere<sup>701</sup>”. Si tenemos alguna sabiduría, no es de nosotros mismos; no podemos gloriarnos en ella, como si hubiera comenzado por nosotros mismos, sino que debemos gloriarnos en Dios, de quien nos vino, como escribe el profeta Jeremías: “Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová<sup>702</sup>”. Esta sabiduría no se puede alcanzar sino por la dirección del Espíritu de Dios, y por eso se llama sabiduría espiritual.

Y en ninguna parte podemos buscar con más certeza el conocimiento de esta voluntad de Dios por la que debemos dirigir todas nuestras obras y acciones, sino en las Sagradas Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de Él, dice nuestro Salvador Cristo<sup>703</sup>. Puede llamarse conocimiento y erudición lo que de otro modo se obtiene de la Palabra, pero el hombre sabio testifica claramente que “todo es vano si no tiene en sí la sabiduría de Dios<sup>704</sup>”. Vemos a qué vanidad llegaron los antiguos filósofos, que estaban desprovistos de esta ciencia, que sólo puede ser obtenida y hallada en su Palabra. Vemos con qué vanidad está mezclada la doctrina escolástica<sup>705</sup>, porque en esta Palabra no buscaron la voluntad de Dios, sino más bien la voluntad de la razón, el oficio de la costumbre, el camino de los Padres, la práctica de la Iglesia. Leamos, pues, y hagamos reflexionar en la Sagrada Escritura tanto «de día como de noche», porque «bienaventurado el que tiene en ella toda su meditación<sup>706</sup>». Ella es la que da «luz a nuestros pies» para caminar<sup>707</sup>. Ella es la que «da sabiduría a los simples» e ignorantes<sup>708</sup>. En ella podemos encontrar la vida eterna<sup>709</sup>. En las Sagradas Escrituras encontramos a Cristo, en Cristo encontramos a

---

<sup>698</sup> Ibíd.

<sup>699</sup> Romanos 8:26.

<sup>700</sup> Gálatas 4:6; Romanos 8:15, 26.

<sup>701</sup> 1 Cor. 12:7–11.

<sup>702</sup> Jer. 9:24.

<sup>703</sup> Juan 5:39.

<sup>704</sup> Sabiduría 13:1.

<sup>705</sup> es decir, escolasticismo.

<sup>706</sup> Salmo 1:1–2.

<sup>707</sup> Salmo 119:105.

<sup>708</sup> Salmo 19:7.

<sup>709</sup> Juan 5:39.

Dios, porque Él es la imagen expresa del Padre<sup>710</sup>, «el que ve a Cristo ha visto al Padre<sup>711</sup>». Y al contrario, como dice San Jerónimo: «La ignorancia de la Escritura es la ignorancia de Cristo<sup>712</sup>». No conocer a Cristo es estar en tinieblas en medio de nuestra luz mundana y carnal de la razón y de la filosofía. Estar sin Cristo es estar en la necedad, porque Él es la única sabiduría del Padre, «en quien agradó que habitase toda plenitud» y perfección<sup>713</sup>. Con Él, todo aquel que está investido de corazón por la fe y arraigado firmemente en la caridad, ha puesto un fundamento seguro sobre el cual edificar, por el cual «puede comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud y la profundidad, y conocer el amor de Cristo<sup>714</sup>». Este conocimiento universal y absoluto es la sabiduría que San Pablo deseaba que tuvieran aquellos efesios, como el mayor tesoro que se puede obtener bajo el cielo<sup>715</sup>. Porque de esta sabiduría el sabio escribe así de su experiencia: «Todos los bienes me vinieron junto con ella, e innumerables riquezas por sus manos». Y añade además en ese mismo lugar: «Ella es la madre de todas estas cosas. Porque ella es un tesoro infinito para los hombres, de tal manera que quienes la usan se hacen partícipes del amor de Dios<sup>716</sup>».

Con muchas palabras podría incitar a algunos de los presentes a buscar esta sabiduría, a encerrar su razón, a seguir el mandamiento de Dios, a deshacerse de la inteligencia de sus cerebros, a saborear esta sabiduría, a renunciar a la sabiduría y la política de este mundo amado, a gustar y saborear aquello a lo que el favor y la voluntad de Dios los ha llamado, y quiere que finalmente disfrutemos por su favor, si le prestamos atención. Pero me apresuraré a la tercera parte de mi texto<sup>717</sup>, que, tal como sigue con palabras más abundantemente en el texto que os he citado por última vez, en el que se expresa además en Sabiduría<sup>718</sup> cómo Dios da a sus elegidos un entendimiento de los movimientos de los cielos<sup>719</sup>, de las alteraciones y circunstancias del tiempo, que, tal como sigue con palabras más abundantemente en el texto que os he citado por última vez, así debe seguir necesariamente en aquellos que están dotados de esta sabiduría espiritual. Porque, así como pueden buscar dónde encontrar esta sabiduría y saben a quién pedirla, también saben que con el tiempo la encontrarán y, por lo tanto, pueden prepararse para la ocasión, para no permitir que se pierda tiempo en el que puedan trabajar por esta sabiduría y aumentarla. Saben que Dios, por su infinita misericordia e indulgencia, da a todos los hombres tiempo y lugar para arrepentirse, y ven la manera en que los impíos,

---

<sup>710</sup> Heb. 1:3.

<sup>711</sup> Juan 14:9.

<sup>712</sup> Jerónimo, Prologus ad Isaiam.

<sup>713</sup> Col. 1:19; 2:3, 9.

<sup>714</sup> Ef. 3:17–19.

<sup>715</sup> Ef. 1:15–19, 3:14–19.

<sup>716</sup> Sabiduría 7:11–12, 14.

<sup>717</sup> Esto parece referirse a Ef. 5:16, citado a continuación.

<sup>718</sup> El texto original tiene 'Sapiencia' como nombre de este libro.

<sup>719</sup> Sabiduría 7:17–19.

como escribe Job, abusan del mismo para su orgullo<sup>720</sup>, y por eso los piosos aprovechan mejor el tiempo, para redimirlo del uso en que lo echan a perder los impíos. Los que tienen esta sabiduría de Dios pueden deducir por el estudio diligente y sincero de los mundanos de esta vida presente, cómo esperan sus tiempos y se aplican a toda oportunidad presentada en cada circunstancia, para obtener riquezas, para aumentar sus tierras y patrimonio. Ven pasar el tiempo, y por eso se aferran a él de tal manera, que incluso se sacrifican con la pérdida de su sueño y tranquilidad, con el sufrimiento de muchos dolores, desperdiciando así el tiempo que les ha sido concedido, sabiendo que lo que una vez ha pasado no puede volver otra vez; el arrepentimiento puede seguir, pero remedio ya no hay. ¿Por qué, pues, no han de esperar su tiempo los que son espiritualmente sabios en su generación, para crecer con la misma rapidez en su estado, para vencer y ganar eternamente? Razonan que es un olvido bruto en el hombre, inducido por la razón, ser ignorante de sus tiempos y mareas, cuando ven a la tórtola, la cigüeña y la golondrina esperar sus tiempos, como Jeremías dice: 'Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová'<sup>721</sup>.

San Pablo nos exhorta a «redimir el tiempo, porque los días son malos<sup>722</sup>». No es el consejo de San Pablo solamente, sino de todos los demás que alguna vez dieron preceptos de sabiduría. No hay precepto más seriamente dado y ordenado que conocer el tiempo. Sí, los hombres cristianos, porque oyen cuán gravemente se queja y amenaza Dios en las Escrituras a los que no conocen el tiempo de sus visitas, aprenden por ello más seriamente a aplicarse a esto. Después de que nuestro Salvador Cristo profetizó con lágrimas en los ojos acerca de la destrucción de Jerusalén, al final expuso la causa: "Porque no conociste el tiempo de tu visitación<sup>723</sup>". Oh Inglaterra, que no puedes ni quieres reflexionar sobre el tiempo de la misericordiosa visitación de Dios, que se te muestra día a día, y sin embargo no lo tienes en cuenta, ni con su castigo serás impulsada a cumplir con tu deber, ni con sus beneficios serás provocada a dar gracias, si supieras lo que puede caer sobre ti por tu ingratitud, proveerías para tu paz.

Hermanos, por mucho que el mundo en general se olvide de Dios, atendamos particularmente a nuestro tiempo y ganémoslo con diligencia, y apliquémonos a esa luz y gracia que se nos ofrece. Si el favor y los juicios de Dios, que Él obra en nuestro tiempo, no pueden movernos a hacer lo que corresponde a nuestra salvación, al menos dejemos que la malicia del diablo, la maldad del mundo, que vemos ejercida en estos peligrosos y últimos tiempos en los que vemos nuestros días tan arriesgadamente fijados, nos provoque a vigilar diligentemente nuestra vocación, a caminar y avanzar en ella. Que la miseria y las alegrías breves y transitorias que

---

<sup>720</sup> Job 24:23.

<sup>721</sup> Jer. 8:7.

<sup>722</sup> Ef. 5:16.

<sup>723</sup> Lucas 19:44.

espiamos en el transcurso de nuestros días nos muevan mientras las tengamos en nuestras manos y nos provoquen seriamente a ser sabios y a aplicar a nosotros la bondadosa voluntad de Dios, que "todo el día extiende sus manos" (como dice el profeta<sup>724</sup>) hacia nosotros, en su mayor parte sus manos misericordiosas, a veces sus manos pesadas; para que, siendo así instruidos en ello, podamos escapar del peligro que necesariamente debe caer sobre los injustos, quienes pasan sus días en felicidad y placer sin conocer la voluntad de Dios hacia ellos, pero de repente descienden al infierno<sup>725</sup>.

Seamos vigilantes, hallados en la paz del Señor, para que en el último día seamos "hallados sin mancha e irrepreensibles"<sup>726</sup>. Esforcémonos, pues, buenos cristianos, por mantener diligentemente la presencia del Espíritu Santo. Renunciemos a toda inmundicia, porque Él es el Espíritu de pureza. Evitemos toda hipocresía, porque este "Espíritu Santo huirá de lo que es fingido"<sup>727</sup>. Desechemos toda malicia y mala voluntad, porque este Espíritu "nunca entrará en un alma de mala voluntad"<sup>728</sup>. "Desechemos todo el montón de pecado que nos rodea"<sup>729</sup>, porque "nunca morará en ese cuerpo que está sometido al pecado"<sup>730</sup>. No podemos ser vistos agradecidos a Dios Todopoderoso y obrar tal desprecio al Espíritu de gracia por quien somos santificados<sup>731</sup>. Si hacemos nuestro esfuerzo, no tendremos necesidad de temer, seremos capaces de vencer a todos nuestros enemigos que luchan contra nosotros. Sólo apliquémonos a aceptar la gracia que se nos ofrece. De Dios todopoderoso tenemos consuelo por su bondad, de la mediación de nuestro Salvador Cristo podemos estar seguros, y este Espíritu Santo nos sugerirá qué es lo saludable y nos confirmará en todas las cosas. Por eso no puede ser sino verdad lo que afirma San Pablo: "De Él, por Él y en Él son todas las cosas"<sup>732</sup>, y en Él, después de esta vida transitoria bien pasada, tendremos todas las cosas. Porque San Pablo dice: "Cuando el Hijo de Dios someta todas las cosas a Él, entonces Dios será todo en todos"<sup>733</sup>.

Si queréis saber cómo Dios será todo en todos, en verdad, después de este sentido podréis entenderlo. En este mundo veis que solemos pedir prestado muchas cosas a muchas criaturas para satisfacer nuestras necesidades; no hay una sola cosa que baste para todas nuestras necesidades. Si tenemos hambre, deseamos el pan. Si tenemos sed, buscamos refrescarnos con cerveza o vino. Si tenemos frío, buscamos ropa. Si estamos enfermos, buscamos al médico. Si estamos afligidos, buscamos el consuelo de nuestros amigos o de su compañía. De modo que no hay

---

<sup>724</sup> Isa. 65:2.

<sup>725</sup> Job 21:13.

<sup>726</sup> 2 Pedro 3:14.

<sup>727</sup> Sabiduría 1:5.

<sup>728</sup> Sabiduría 1:4.

<sup>729</sup> Hebreos 12:1.

<sup>730</sup> Sabiduría 1:4.

<sup>731</sup> Hebreos 10:29.

<sup>732</sup> Romanos 11:36.

<sup>733</sup> 1 Corintios 15:28.

una sola criatura por sí sola que pueda satisfacer todas nuestras necesidades y deseos. Pero en el mundo venidero, en esa felicidad eterna, ya no mendigaremos ni buscaremos nuestras comodidades y bienes particulares en diversas criaturas, sino que poseeremos todo lo que podamos pedir y desear en Dios, y Dios será para nosotros todas las cosas. Él será para nosotros padre y madre, será pan y bebida, ropa, médicos, consuelo; Él será todo para nosotros, y de una manera mucho más bendita y más suficiente contentamiento de lo que la razón humana jamás pueda concebir.

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman<sup>734</sup>”.

Concluamos, pues, todos a una sola voz con las palabras de san Pablo: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén<sup>735</sup>”.

**Una exhortación que debe dirigirse a aquellas parroquias donde usan el deambular en la Semana de Rogativas para la supervisión de los límites y confines de sus ciudades.**

4<sup>736</sup>. Aunque ahora nos reunimos, buen pueblo cristiano, principalmente para alabar y agradecer a Dios Todopoderoso por sus grandes beneficios, al contemplar los campos repletos de todo tipo de frutas, para el mantenimiento de nuestras necesidades corporales, para nuestro alimento y sustento; y en parte también para hacer nuestras humildes súplicas en oraciones a su providencia paternal, para conservar los mismos frutos enviándonos un clima estacional por el cual podemos recolectar dichos frutos para ese fin para el cual su bondad misericordiosa los ha provisto; sin embargo, tenemos ocasión secundaria que se nos da en nuestros paseos en estos días para considerar los antiguos límites y confines pertenecientes a nuestro municipio y a otros vecinos que nos rodean, con la intención de que estemos contentos con lo nuestro y no luchemos contenciosamente por lo de los demás, para la violación de la caridad, por cualquier invasión de uno sobre otro, o reclamando uno del otro más allá de lo que en el antiguo derecho y costumbre nuestros antepasados nos han establecido pacíficamente para nuestra comodidad y conveniencia.

---

<sup>734</sup> 1 Cor. 2:9.

<sup>735</sup> Efesios 3:20–21.

<sup>736</sup> Esta sección se titula: “Una exhortación que debe dirigirse a aquellas parroquias donde usan el deambular en la semana de rogativas para la supervisión de los límites y linderos de sus pueblos”. Esta costumbre, conocida como “recorrer los linderos”, todavía continúa en algunas parroquias rurales.

Ciertamente sería un gran descuido en nosotros, que somos hombres cristianos en una profesión de fe, buscando diariamente esa herencia celestial que es comprada para cada uno de nosotros por la sangre derramada de nuestro Salvador Jesucristo, esforzarnos y caer en disputas por los límites terrenales de nuestras ciudades, a la inquietud de nuestra vida entre nosotros mismos, al desperdicio de nuestros bienes por innecesarios gastos y costos en la ley. Debemos recordar que nuestra morada no es más que transitoria y breve en esta vida mortal. Tanto más vergonzoso sería caer en un odio inmortal entre nosotros por posesiones tan frágiles, y perder así nuestra herencia eterna en el cielo. Puede estar bien con caridad que un hombre cristiano mantenga tranquilamente su derecho y justo título, y es parte de todo buen ciudadano preservar, tanto como le corresponda, las libertades, franquicias, límites y fronteras de su ciudad y país.

Pero luchar por nuestros mismos derechos y deberes con la violación del amor y la caridad, que es la única librea de un hombre cristiano, o con el daño de la paz y la tranquilidad piadosas, por las cuales estamos unidos en una comunión general de la familia de Cristo, en una casa común de Dios, eso está totalmente prohibido, eso Dios aborrece y detesta; lo cual provoca la ira de Dios Todopoderoso para privarnos totalmente de nuestros bienes y libertades, porque abusamos de ellos para pleitos, discordias y disensiones. San Pablo reprochó a los corintios por tales pleitos contenciosos entre ellos, para calumnia de su profesión ante los enemigos de la religión de Cristo, diciéndoles así: 'Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?'<sup>737</sup>

Si San Pablo censura a los cristianos, algunos de los cuales, por su propio derecho, acudieron contenciosamente a la justicia, recomendando con ello la profesión de paciencia en el hombre cristiano; si Cristo, nuestro Salvador, quiere que prefiramos sufrir el agravio y volver la mejilla izquierda al que hirió la derecha, sufrir un agravio tras otro, antes que defender el nuestro por falta de caridad, ¿en qué estado se encuentran ante Dios los que cometen el agravio? ¿En qué maldición caen los que por falso testimonio defraudan al prójimo o al municipio de su debido derecho y justa posesión? ¿Quiénes no permitirán prestar juramento por el santo nombre de Dios, autor de toda verdad, para denunciar una falsedad y un agravio? ¿No sabéis, dice San Pablo, que los injustos no heredarán el reino de Dios?<sup>738</sup> ¿Qué ganará, pues, aumentando un poco los límites y posesiones de la tierra y perdiendo la posesión de la herencia eterna? Pongamos, pues, tanto cuidado en mantener nuestros límites y posesiones, que no cometamos injusticia invadiendo los de otros. Guardémonos de dar un veredicto repentino en cosas dudosas. Aconsejémonos bien a nosotros mismos para advertir aquello de lo que ciertamente o no tenemos buen conocimiento o recuerdo, o para reclamar aquello de lo que no tenemos justo título.

---

<sup>737</sup> 1 Cor. 6:7.

<sup>738</sup> 1 Cor. 6:9.

Dios Todopoderoso ordena en su ley: 'no reducirás los límites de la propiedad de tu prójimo, que fijaron los antiguos'<sup>739</sup>. 'No traspases los linderos antiguos que pusieron tus padres'<sup>740</sup>. Y para que no consideremos como una ofensa leve el hacer esto, entenderemos que se cuenta entre las maldiciones de Dios pronunciadas sobre los pecadores. Maldito sea aquel -dice Dios Todopoderoso por medio de Moisés- 'Maldito el que redujere el límite de su prójimo. Y dirá todo el pueblo: Amén' a ello, como ratificando esa maldición sobre quien la comete'<sup>741</sup>. Mucho provocan la ira de Dios sobre sí mismos, los que acostumbran a moler las hileras y marcas que antiguamente se establecían para la división de límites y terrenos sin trabajar en los campos'<sup>742</sup>, para que los propietarios mantuvieran su derecho. Hacen maldad los que revuelven las antiguas divisiones de los campos, que los ancianos antes con gran esmero establecían'<sup>743</sup>; con lo cual los registros del señor (que son las pruebas del arrendatario) son pervertidos y trasladados, alguna vez para desheredar a la pobre viuda. Estos hombres codiciosos no saben de qué gran maldad son autores. A veces, mediante tales astucias y engaños, se cometen grandes discordias y disturbios en la disputa de sus tierras, sí, a veces asesinatos y derramamiento de sangre, de lo cual tú eres culpable, quienquiera que seas que hayas dado ocasión para ello.

Por lo tanto, esta práctica codiciosa con las tierras y los bienes del prójimo es odiosa para Dios Todopoderoso. "Que nadie engañe o defraude sutilmente a su prójimo", ordena San Pablo, "en ningún tipo de causa. Porque Dios", dice, "es vengador de todo esto". Dios es el Dios de toda equidad y justicia y, por lo tanto, prohíbe todo engaño y sutileza de ese tipo en su ley con estas palabras: "No cometáis injusticia en los juicios, en medidas de tierra, ni en peso ni en otra medida. Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis"<sup>744</sup>. Las balanzas falsas", dice Salomón, "son una abominación para el Señor"<sup>745</sup>. Recuerden lo que dice San Pablo: "Dios es vengador" de todo mal e injusticia, como vemos por experiencia diaria, por más que prospere ingratamente con lo que se obtenga por falsedad y astucia. La experiencia nos enseña que Dios Todopoderoso nunca permite que el tercer heredero disfrute de las posesiones indebidas de su padre; más aún, muchas veces se las quita a él mismo durante su propia vida. Dios no está obligado a defender las posesiones obtenidas del diablo y su consejo. Dios defenderá todos los bienes y posesiones que los hombres obtengan y adquieran legítimamente, y los defenderá contra el opresor violento. Así lo atestigua Salomón: 'El Señor derriba la casa de los soberbios, pero afirma la heredad de la viuda'<sup>746</sup>. 'No hay duda de ello', dice David,

---

<sup>739</sup> Deut. 19:14.

<sup>740</sup> Prov. 22:28.

<sup>741</sup> Deut. 27:17.

<sup>742</sup> Un 'mere' es un límite y un 'balk' es una franja de tierra sin arar que marca el límite entre dos campos. A menudo, los dos términos eran prácticamente sinónimos.

<sup>743</sup> La palabra 'terries' no parece aparecer en ningún otro lugar. Evidentemente eran algún tipo de marcador de límites.

<sup>744</sup> Lev. 19:35-36.

<sup>745</sup> Prov. 11:1; 20:23.

<sup>746</sup> Prov. 15:25.

'mejor es un poco verdaderamente obtenido para el hombre justo que las innumerables riquezas del hombre injusto<sup>747</sup>. Huyamos, por lo tanto, buenas personas, de todas las prácticas incorrectas al obtener, mantener y defender nuestras posesiones, tierras y medios de vida, nuestros límites y libertades, recordando que tales posesiones están todas bajo la venganza de Dios.

Ahora bien, ¿qué puedo decir de la casa y la tierra? No, se dice en las Escrituras que Dios en su ira desarraiga reinos enteros por agravios y opresiones y traslada reinos de una nación a otra por tratos injustos, por agravios y riquezas obtenidas con engaño. Esta es la práctica del Santo, dice Daniel, "para que los hombres vivientes sepan que el Altísimo tiene poder sobre los reinos de los hombres y los da a quien Él quiere<sup>748</sup>". Además, ¿cuál es la causa de la penuria y la escasez, de la carestía y el hambre? ¿Acaso, no es otra cosa sino una muestra de la ira de Dios, que venga nuestros agravios y perjuicios infligidos unos a otros? "Habéis sembrado mucho", reprocha Dios por medio de su profeta Hageo, "y recogéis poco; coméis, y no os saciáis; bebéis, y no quedáis satisfechos; os vestís, y no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su jornal en saco roto... Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo<sup>749</sup>. ¡Oh, considerad, por tanto, la ira de Dios contra los espigadores, recolectores e invasores de las tierras y posesiones de otros hombres!

Es lamentable ver cómo en algunos lugares los hombres codiciosos aran y rastrillan las tierras cercanas de sus vecinos; cómo los hombres codiciosos de hoy en día aran cerca de los caminos y senderos comunes que los hombres buenos de antaño hicieron más grandes y anchos, en parte para que su vecino pudiera caminar cómodamente, en parte para que en época de cosecha hubiera mayor facilidad para transportar en carretas<sup>750</sup> el ganado de su vecino pobre. Es una vergüenza ver la insaciabilidad de algunas personas codiciosas en sus acciones; que cuando sus antepasados dejaron de su tierra un camino ancho y suficiente para llevar el cadáver a la sepultura cristiana, los hombres pellizcan esos caminos que por uso y costumbre deberían guardarse inviolablemente para ese propósito, y ahora o bien los arrancan<sup>751</sup> por completo y dan vuelta al cadáver para que lo lleven por las calles principales, o bien si dejan un camino así, es demasiado estrecho para que dos caminen por él. Estas extrañas usurpaciones, buenos vecinos, deberían ser observadas, deberían ser consideradas en estos días de nuestras peregrinaciones, y después se debería amonestar y reformar caritativamente a los partidos que son los autores de tales ganancias privadas para difamación del municipio y para perjuicio de los pobres.

---

<sup>747</sup> Sal. 37:16.

<sup>748</sup> Dan. 4:17.

<sup>749</sup> Hag. 1:6, 9.

<sup>750</sup> Palabra poco común de significado incierto; puede haber significado algo así como «carretada».

<sup>751</sup> La palabra significa «arado».

Vuestras carreteras deben ser consideradas en vuestros paseos, para entender dónde emplear los trabajos de vuestros días de acuerdo con los buenos estatutos previstos para los mismos<sup>752</sup>. Es una buena acción de misericordia enmendar los peligrosos y ruidosos caminos por los cuales tu pobre vecino, sentado en su tonta y débil bestia, no se hunde en lo profundo de ella, y así el mercado queda peor servido para desanimar a los pobres vendedores de alimentos a acudir allí por la misma causa.

Por tanto, si ahora queréis que vuestras oraciones sean escuchadas ante Dios Todopoderoso para que crezca vuestro trigo y ganado y para que os proteja de las nieblas y ráfagas intempestivas, del granizo y de otras tempestades semejantes, amad la equidad y la justicia, ya que de ellas se derivan la misericordia y la caridad, que es lo que Dios más requiere de nuestras manos. Observamos pues, que Dios Todopoderoso respetó cada una de estas cosas, principalmente al hacer sus leyes civiles para su pueblo, es notorio que los israelitas, al ordenar a los propietarios que no recogieran su maíz demasiado cerca de la temporada de cosecha, ni las uvas y aceitunas en tiempo de recolección, sino que dejaran algunas espigas para los pobres<sup>753</sup>. Con esto quería inducirlos a compadecerse de los pobres, a aliviar a los necesitados, a mostrar misericordia y bondad. No puede perderse lo que por su causa se distribuye a los pobres. Porque «el que da semilla al sembrador» y «pan al hambriento», el que hace caer «la lluvia temprana y tardía» sobre vuestros campos, para llenar «los graneros de trigo» y «los lagares de vino y aceite»; él, digo, que recompensa todos los beneficios bondadosos «en la resurrección de los justos», sin duda recompensará todas las acciones misericordiosas mostradas a los necesitados, por muy incapaces que sean los pobres a quienes se les otorga<sup>754</sup>. Oh, dice Salomón, “no dejes que la misericordia y la verdad te abandonen. Átalas a tu cuello”, dice él, “y escríbelas en la tabla de tu corazón, así hallarás favor de la mano de Dios”. Así también leemos, “honra al Señor con tus riquezas y con las primicias de tus frutos; así tus graneros se llenarán con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto<sup>755</sup>”. Más aún, Dios ha prometido abrir las ventanas de los cielos al hombre generoso y justo, para que no le falte nada<sup>756</sup>. Él reprimirá a la oruga devoradora que devoraría vuestros frutos. Os dará paz y tranquilidad para que recojáis vuestras provisiones, para que podáis sentaros cada uno bajo su propia parra tranquilamente, sin temor a que los enemigos extranjeros os invadan<sup>757</sup>. Él os dará no sólo alimento para alimentarlos, sino estómagos y buenos apetitos para consolarlos con vuestros frutos, por lo que en todas las cosas podréis tener lo suficiente. Finalmente, os bendecirá con toda abundancia en esta vida transitoria y os colmará de toda bendición en el mundo venidero, en el reino de los cielos, por los méritos de nuestro Señor y

<sup>752</sup> 2–3 Felipe y María I, c. 8, 1556, exigía a los feligreses que dedicaran cuatro días cada año a las reparaciones de las carreteras.

<sup>753</sup> Levítico 19:9–10; Deuteronomio 24:19–21.

<sup>754</sup> 2 Corintios 9:10; Salmo 146:7; Joel 2:23–24; Lucas 14:14.

<sup>755</sup> Proverbios 3:3–4, 9–10.

<sup>756</sup> Proverbios 11:25; Malaquías 3:10–11.

<sup>757</sup> Miqueas 4:4.

Salvador. A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## Homilía del Estado de Matrimonio<sup>758</sup>.



*Autor desconocido.*

La Palabra de Dios Todopoderoso testifica y declara de dónde proviene el principio original del matrimonio y por qué fue ordenado. Ha sido instituido por Dios con la intención de que el hombre y la mujer vivan legalmente en perpetua comunión amistosa, para dar fruto y evitar la fornicación, por medio de la cual se pueda preservar la buena conciencia de ambas partes al refrenar las inclinaciones corruptas de la carne dentro de los límites de la honestidad, ya que Dios ha prohibido estrictamente toda fornicación e inmundicia y de tiempo en tiempo ha tomado penosos castigos de esta lujuria desordenada, como lo han declarado todas las historias y todas las épocas. Además, también se ha ordenado que la iglesia de Dios y su reino se conserven y amplíen mediante este tipo de vida, no sólo porque Dios da hijos mediante su bendición, sino también porque los padres los educan piadosamente en el conocimiento de la Palabra de Dios, para que así el conocimiento de Dios y la verdadera religión se transmitan por sucesión de unos a otros, para que finalmente muchos puedan disfrutar de la inmortalidad eterna.

Por lo tanto, ya que el matrimonio sirve tanto para evitar el pecado y la ofensa como para aumentar el reino de Dios, vosotros, como todos los demás que entran en ese estado, debéis reconocer este beneficio de Dios con mentes puras y agradecidas, porque él ha gobernado vuestros corazones de tal manera que no seguís el ejemplo del mundo perverso que se deleita en la inmundicia del pecado, donde ambos permanecéis en el temor de Dios y aborrecéis toda inmundicia. Porque éste es ciertamente el singular don de Dios, cuando el ejemplo común del mundo

---

<sup>758</sup> La primera parte de esta homilía, incluyendo la cita del Sal. 128, está tomado con pocas modificaciones de un sermón de Veit Dietrich (Vitus Theodorus) de Nuremberg titulado *Adhortatio ad pios coniuges Germanice scripta a Magistro Vito Theodoro piaie memoriae* que está impreso en traducción latina en N. Selnecker, *In Divi Petri apostoli epistulas carmen paraphrasticum et homiliae, seu contiones* (Jena, 1567), págs. CC 3–7. El original alemán de este sermón se ha perdido. La mayor parte del resto de la homilía está tomada con poca adaptación de Juan Crisóstomo, Hom. en 1 Cor., 26.

declara cómo el diablo tiene sus corazones atados y enredados en diversas asechanzas, de modo que en su estado sin esposa corren a abiertas abominaciones sin ningún peso en su conciencia. A esta clase de hombres que viven tan desesperada y suciamente, ¿qué condenación les espera? San Pablo se la describe diciendo: «Ni los fornicarios ni los adúlteros heredarán el reino de Dios<sup>759</sup>». De este horrible juicio de Dios podéis escapar por su misericordia, si es que vivís inseparablemente según la ordenanza de Dios.

Sin embargo, no quiero que os descuidéis, sin vigilar. Porque el diablo intentará por todos los medios interrumpir y entorpecer vuestros corazones y propósitos piadosos, si le dais entrada. Porque, o se esforzará por romper este piadoso nudo que una vez comenzó entre vosotros, o al menos se esforzará por entorpecerlo con diversas penas y disgustos. Y ésta es su principal astucia: provocar la disensión de los corazones de unos y otros, de modo que mientras ahora existe entre vosotros un amor agradable y dulce, en su lugar introducirá la más amarga y desagradable discordia. Y ciertamente el mismo adversario nuestro, como si viniera de arriba, asalta la naturaleza y condición del hombre. Porque desde nuestra tierna edad siempre ha crecido en nosotros esta locura de tener el deseo de gobernar, de tener un alto concepto de nosotros mismos, de modo que nadie considere apropiado dar lugar a otro. Ese vicio perverso de la voluntad obstinada y del amor propio es más apto para romper y disgregar el amor del corazón que para preservar la concordia. Por tanto, los casados deben esforzarse con la mayor seriedad por lograr la concordia y deben pedir continuamente a Dios la ayuda de su Espíritu Santo, para que gobierne sus corazones y una sus mentes, de modo que no se separen por ninguna división de discordia.

Esta necesidad de la oración debe ser frecuente en la ocupación y el uso de los casados, que a menudo el uno debe orar por el otro, para que no surja el odio y el debate entre ellos. Y porque pocos consideran esto, e incluso son aún más los que no lo llevan a cabo (me refiero a la oración diligente), vemos cuán maravillosamente el diablo engaña y desprecia este estado, cuán pocos matrimonios hay sin riñas, peleas, burlas, arrepentimientos, amargas maldiciones y discordias. Cualquiera que cometa estas cosas, no considera que es la instigación de nuestro enemigo espiritual quien se deleita en ellas, porque si no, con todo empeño lucharía contra estas maldades, no sólo con la oración, sino también con toda la diligencia posible; sí, no darían lugar a la provocación de la ira que los mueve a tales palabras ásperas y agudas o a tales azotes, lo cual ciertamente está rodeado por el diablo, cuya tentación, si es seguida, debe necesariamente comenzar y tejer gradualmente una red de todas las miserias y dolores. Porque esto es ciertamente verdadero, que de tales comienzos debe necesariamente sobrevenir la ruptura de la verdadera concordia en el corazón, por lo cual todo amor termina siendo necesariamente desterrado en breve. Entonces no puede ser más que una cosa miserable de contemplar, que sin embargo se ven obligados por necesidad a vivir juntos, y que

---

<sup>759</sup> 1 Cor. 6:9–10.

incluso no pueden estar en silencio juntos. Y esto se ve muy a menudo en todas partes. Pero, ¿cuál es la causa? Porque no consideran las astutas artimañas del diablo y, por lo tanto, no se dan a la tarea de orar a Dios para que les conceda reprimir su poder. Además, no consideran cómo promueven el propósito del diablo, en que siguen la ira de sus corazones mientras se amenazan unos a otros, mientras en su locura ponen todo patas arriba, mientras nunca renuncian a su derecho, como ellos lo estiman, sí, mientras muchas veces no renuncian a la parte equivocada en realidad. Aprended, pues, si queréis libraros de todas estas miserias, si queréis vivir pacífica y confortablemente en el matrimonio, a elevar a Dios vuestra ferviente plegaria, para que gobierne vuestros corazones por su Santo Espíritu, a fin de refrenar el poder del demonio, para que vuestra concordia permanezca perpetuamente.

Pero a esta oración debe unirse una singular diligencia, de la que San Pedro da su precepto, diciendo: 'Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo<sup>760</sup>'. Este precepto se refiere particularmente al marido, porque él debe ser el jefe y el autor del amor para fomentar y aumentar la concordia, lo cual sucederá si usa la medida y no la tiranía, y si cede algunas cosas a la mujer. Porque la mujer es una criatura débil, no inducida con la misma fuerza y constancia de la mente, por lo tanto, son las más pronto inquietadas, y son las más propensas a todos los afectos y disposiciones de mente débil, más que los hombres, y más ligeras son, así como también más vanas en sus fantasías y opiniones. Estas cosas deben ser consideradas del hombre para que no sea demasiado rígido, de modo que deba guiñar el ojo ante algunas cosas y deba exponer suavemente todas las cosas, y abstenerse.

Sin embargo, el común de los hombres juzga que tal moderación no debe ser propia de un hombre, pues dicen que es señal de una cobardía femenina, y por lo tanto piensan que es propio del hombre encolerizarse, pelear con puño y vara. Sin embargo, sea lo que fuere lo que ellos piensen, no cabe duda de que San Pedro juzga mejor lo que debe parecerle a un hombre y lo que debe hacer más razonablemente. Pues dice que se debe usar el razonamiento y no la lucha. Más aún, dice que a la mujer se le debe atribuir un cierto honor, es decir, que se le debe perdonar y soportar, tanto más cuanto que es el vaso más débil, de corazón frágil, inconstante y que con una palabra se enciende pronto en ira. Y por lo tanto, teniendo en cuenta estas debilidades suyas, ella debe ser más bien perdonada. Por este medio no sólo alimentarás la concordia, sino que tendrás su corazón en tu poder y voluntad, porque las naturalezas honestas serán retenidas más pronto a cumplir su deber con palabras suaves que con azotes. Pero el que lo hace todo con dureza y severidad, y emplea siempre el rigor en las palabras y en los azotes, ¿de qué le servirá eso a la postre? En verdad, de nada, sino que con ello fomenta la obra del diablo; destierra la concordia, la caridad y la dulce amistad, y trae la disensión, el odio y el fastidio,

---

<sup>760</sup> 1 Pedro 3:7.

las mayores aflicciones que puede haber en el amor mutuo y la comunión de la vida del hombre. Además de todo esto, trae consigo otro mal, que es la destrucción e interrupción de la oración. Porque en el tiempo en que la mente está ocupada con la disensión y la discordia no se puede usar la verdadera oración. Porque la oración del Señor no sólo se refiere a personas particulares, sino a todo el universo, en la cual declaramos abiertamente que perdonaremos a los que nos han ofendido, así como pedimos perdón de nuestros pecados a Dios. ¿Cómo puede ser hecho esto correctamente, cuando sus corazones están en la disensión? ¿Cómo pueden orar unos por otros, si se odian entre sí? Ahora bien, si se les quita la ayuda de la oración, ¿con qué medios podrán sostenerse en algún consuelo? Porque de otra manera no pueden resistir al diablo ni mantener sus corazones en un consuelo estable en todos los peligros y necesidades, sino por medio de la oración. Así, pues, todas las incomodidades, tanto mundanas como espirituales, siguen a esta terquedad perversa y a esta engorrosa fiereza en los modales, que son más propias de las bestias brutas que de las criaturas racionales. San Pedro no permite estas cosas, pero el diablo las desea con gusto. Por tanto, prestad más atención. Puesto que, un hombre puede ser un verdadero hombre, aunque no use de tales extremos, sí, aunque disimule algunas cosas en los modales de su esposa. Y esto es lo que corresponde al cristiano, que agrada a Dios y también sirve de utilidad para la comodidad de su estado matrimonial.

Ahora en cuanto al deber de la esposa. ¿Qué será de ella? ¿Abusará de la gentileza y humanidad de su marido, y a su antojo pondrá todas las cosas patas arriba? Ciertamente no, porque eso es muy contrario al mandamiento de Dios. Porque así les predica San Pedro: "Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos<sup>761</sup>". Obedecer es otra cosa que controlar o mandar, lo cual pueden hacer con sus hijos y con su familia, pero en cuanto a sus maridos, deben obedecerlos y dejar de mandar sometiéndose a ellos. Porque esto ciertamente alimenta mucho la concordia, cuando la esposa está pronta al mandato de su marido, cuando se aplica a su voluntad, cuando se esfuerza por buscar su satisfacción y por complacerlo, cuando evita todo lo que pueda ofenderlo. Porque así se verificará verdaderamente el dicho del poeta: 'Una buena esposa, obedeciendo a su marido, llevará la regla<sup>762</sup>'. Por el contrario, cuando las esposas son obstinadas, perversas y malintencionadas, sus maridos se ven obligados a aborrecer y huir de sus propias casas, como si estuvieran en guerra con sus enemigos.

Sin embargo, es difícil que no se produzcan algunas faltas entre ellos, porque nadie vive sin falta, especialmente porque la mujer es la parte más frágil. Por lo tanto, que tengan cuidado de no permanecer en sus faltas y obstinaciones, sino que reconozcan sus locuras y digan: "Esposo mío, así es que mi ira me vio obligada a hacer esto o aquello; perdóname, y en adelante tendré más cuidado". Así deben actuar las mujeres tanto más que siendo prontas a ofender, y no sólo para evitar

<sup>761</sup> 1 Pedro 3:7.

<sup>762</sup> Publio Siro, *Sententiae*. Las palabras citadas son: 'Casta ad virum matrona parendo imperat'.

disputas y debates, sino más bien en relación con el mandamiento de Dios, como lo expresa San Pablo con estas palabras: "Las mujeres estén sujetas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia<sup>763</sup>". Aquí entendéis que Dios ha ordenado que reconozcáis la autoridad del marido y le concedáis el honor de la obediencia. Y San Pedro dice en el mismo lugar antes relatado, que 'las santas mujeres a veces se ataviaban', no con oro y plata, sino 'poniendo toda su esperanza en Dios', y en 'obedecer a sus maridos, como Sara obedeció a Abraham, llamándolo señor, cuyas hijas sois vosotras', dice él, si seguís su ejemplo<sup>764</sup>. Esta frase es muy apropiada para que las mujeres la recuerden. Es verdad que deben sentir especialmente las penas y dolores de su matrimonio, al renunciar a la libertad de su propio gobierno, al dolor de sus viajes, al criar a sus hijos, en cuyas funciones corren grandes peligros y sufren grandes aflicciones, de las que podrían carecer si vivieran fuera del matrimonio. Pero San Pedro dice que este es el principal adorno de las santas mujeres, en que ponen su esperanza y confianza en Dios, es decir, en que no se negaron al matrimonio por el negocio, por los dolores y peligros que conlleva, sino que encomendaron todas esas aventuras a Dios con la más segura confianza de ayuda, después de haber invocado su auxilio. Oh mujer, haz lo mismo y así quedarás muy excelentemente embellecida ante Dios y todos sus ángeles y santos. Y no necesitas buscar más para hacer mejores obras. Obedece a tu marido, presta atención a sus peticiones y escucha a sus deseos para que sepas lo que espera de ti, y así honrarás a Dios y vivirás en paz en tu casa. Y además, Dios te seguirá con su bendición, para que todas las cosas prosperen tanto para ti como para tu marido, como dice el salmo: «Bienaventurado el hombre que teme a Dios y anda en sus caminos. Tendrás el fruto de tus propias manos; feliz serás y te irá bien. La mujer será como una vid que se extiende abundantemente alrededor de tu casa. Tus hijos serán como los brotes de los olivos alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor<sup>765</sup>», dice David.

Esto debe tener siempre presente la esposa, amonestada a ello más bien por el velo de su cabeza, por el cual se da a entender que está bajo la cobertura y obediencia de su marido. Y así como ese velo está destinado por naturaleza a declarar su sujeción, así también ordena San Pablo que todo el resto de su vestido exprese tanto pudor como sobriedad<sup>766</sup>. Porque si no es lícito que la mujer tenga la cabeza descubierta, sino llevar en ella la señal de que está bajo autoridad, dondequiera que vaya, más se requiere que declare con su comportamiento lo que quiere decir con ello. Y por eso estas antiguas mujeres del mundo del pasado llamaban a sus maridos señores y les mostraban reverencia al obedecerles.

---

<sup>763</sup> Efesios 5:22-23.

<sup>764</sup> 1 Pedro 3:3-6.

<sup>765</sup> Salmo 128:1-4. Este es el final de la Parte de la homilía tomada de Veit Dietrich.

<sup>766</sup> 1 Tim. 2:9. La sección adaptada de Juan Crisóstomo comienza con esta cita y continúa casi hasta el final de la homilía.

Pero tal vez ella diga que esos hombres amaban a sus esposas. Lo sé muy bien y lo tengo muy presente. Pero cuando os amonesto acerca de vuestros deberes, no llaméis a consideración cuáles son los deberes de ellos. Porque cuando nosotros mismos enseñamos a nuestros hijos a obedecernos como a sus padres, o cuando reformamos a nuestros siervos y les decimos que deben obedecer a sus amos, no sólo a los ojos del hombre, sino también como al Señor<sup>767</sup>, si nos volvieran a decir cuáles son nuestros deberes, no lo consideraríamos bien hecho. Porque cuando se nos amonesta sobre nuestros deberes y faltas, no debemos entonces buscar cuáles son los deberes de los demás. Ya que, aunque un hombre tuviera un compañero en su falta, no por eso dejaría de tener su falta. Pero esto sólo debe mirarse, por qué medios puedes librarte de culpa. Porque Adán culpó a la mujer y ella culpó a la serpiente, pero ninguno de los dos fue excusado por ello<sup>768</sup>. Por tanto, no me traigas ahora tales excusas, sino aplica toda tu diligencia a escuchar tu obediencia a tu marido. Porque cuando yo me ocupo de amonestar a tu marido para que te ame y te aprecie, no dejaré de establecer la ley que está designada para la mujer, así como exigiría del hombre lo que está escrito como su ley. Por tanto, haz lo que te corresponde sólo a ti, y muéstrate dócil con tu marido. O mejor aún, si quieres obedecer a tu marido por precepto de Dios, entonces alega las cosas que son de su deber hacer, pero cumple diligentemente las cosas que el Legislador te ha ordenado que hagas, porque así es más razonable obedecer a Dios, si no te permites a ti misma transgredir su ley. El que ama a su amigo no parece hacer nada grande, pero el que honra a quien le es perjudicial y odioso, evidencia con su comportamiento que ese hombre es digno de mucha condenación al no valorar tu amor y sujeción. Así piensas, si puedes soportar a un marido extremista, tendrás por ello una gran recompensa, pero si lo amas sólo porque es amable y cortés, ¿qué recompensa te dará Dios por ello? Sin embargo, no digo esto para que quiera que los maridos sean duros con sus esposas, sino que exhorto a las mujeres a que soporten con paciencia la dureza de sus maridos. Porque cuando ambos cónyuges hacen lo mejor que pueden para cumplir con sus deberes el uno con el otro, de ello se sigue un gran beneficio para sus vecinos por causa de su ejemplo. Porque cuando la mujer está dispuesta a soportar a un marido duro y el hombre no quiere ser demasiado exigente con su esposa terca y problemática, entonces todo está en calma como en un puerto más seguro.

Así también se hacía antiguamente, que cada uno cumplía con su deber y oficio y no se ocupaba en exigir el deber de sus vecinos. Considera, te ruego, que Abraham tomó para sí al hijo de su hermano; su mujer no le reprochó por ello. Le ordenó que le acompañara en un largo viaje; ella no lo refutó, sino que obedeció su precepto<sup>769</sup>. Además, después de todas aquellas grandes miserias, trabajos y dolores de aquel viaje, cuando Abraham fue hecho señor de todos, sin embargo, dio lugar a Lot de su superioridad. Lo cual a Sara le dolió tan poco, que ni una sola vez permitió que

---

<sup>767</sup> Ef. 6:5–7.

<sup>768</sup> Génesis 3:12–19.

<sup>769</sup> Génesis 12:4–5.

su lengua dijese tales palabras, como acostumbran a hacer las mujeres en estos días, cuando ven a sus maridos en tales aposentos para ser hechos subalternos y para ser puestos debajo de sus jóvenes, entonces los reprenden con palabras groseras y los llaman necios, bribones y cobardes por hacer así<sup>770</sup>. Pero Sara estaba tan lejos de decir tal cosa, que nunca se le ocurrió ni pensó en decirla, sino que se dejó llevar por la sabiduría y la voluntad de su marido. Sí, además de todo esto, después de que Lot hizo su testamento declarando su voluntad, y dejó a su tío la menor porción de tierra, le sucedió caer en extremo peligro, cuyo azar, cuando llegó a conocimiento del patriarca, incondicionalmente puso a todos sus hombres en guardia y se preparó con toda su familia y amigos contra el ejército de los persas<sup>771</sup>. Siendo que en dicho caso Sara no le aconsejó lo contrario, ni dijo como entonces podría haberse dicho: 'Esposo mío, ¿a dónde vas tan imprudentemente? ¿Por qué corres así de cabeza? ¿Por qué te ofreces a tan grandes peligros y estás tan dispuesta a arriesgar tu propia vida y la de todos los tuyos por un hombre que te ha hecho tal mal? Por lo menos, si no te preocupas por ti mismo, ten compasión de mí, que por amor a ti he abandonado a mi familia y mi tierra, y he extrañado a mis amigos y parientes, al punto que he llegado a tan lejanos países contigo. Ten compasión de mí y no me hagas viuda aquí, para arrojarme a tales cuidados y problemas. Así podría haber dicho, pero Sara no dijo ni pensó tales palabras, sino que se mantuvo en silencio en todo. Además, todo el tiempo en que ella era estéril y no se esforzaba, como otras mujeres, por dar fruto en su casa, ¿qué hizo él<sup>772</sup>? Y considera cómo ambos cumplieron con sus deberes como les correspondía, pues ni él despreció a Sara por ser estéril, ni nunca le echó en cara nada. Considera también cómo Abraham expulsó a la sierva de su casa cuando ella lo requirió, para que con esto pueda demostrar verdaderamente que el uno estaba complacido y contento con el otro en todas las cosas<sup>773</sup>. Pero no pongas tus ojos sólo en este asunto, sino mira más allá lo que se hizo antes de esto, que Agar usó a su señora despectivamente y que el mismo Abraham fue algo provocado contra ella, lo cual debe ser necesariamente un asunto intolerable y penoso para una mujer de corazón generoso y casto<sup>774</sup>. Por lo tanto, que la mujer no se ocupe demasiado en reclamar el deber de su marido, cuando en primera instancia debería estar dispuesta a cumplir el suyo, porque eso no es digno de gran encomio. Y tampoco el hombre considere sólo lo que le agrada de la mujer, y se quede mirándolo con insistencia, porque no es su parte ni su deber. Sino que, como he dicho, cada una de las partes esté preparada y dispuesta a realizar lo que le corresponde especialmente. Porque si estamos obligados a extender la mejilla izquierda a los extraños que nos hieren en la derecha<sup>775</sup>, ¡cuánto más debemos sufrir a un marido extremista y antipático!

---

<sup>770</sup> Génesis 13:8–11.

<sup>771</sup> Los antiguos griegos solían llamar «persas» a todos los pueblos orientales, independientemente de su verdadera nacionalidad.

<sup>772</sup> Génesis 15:2–3; 16:1–2.

<sup>773</sup> Génesis 21:9–14.

<sup>774</sup> Génesis 16:4–6.

<sup>775</sup> Mateo 5:39.

Pero no quiero decir que un hombre deba golpear a su esposa. Dios lo prohíbe, pues es la mayor vergüenza que puede haber, no tanto para la que es golpeada como para el que lo hace. Pero si por tal fortuna te tocara un marido así, no lo tomes a mal, sino supón que con ello se acumula una recompensa no pequeña en el futuro, y en esta vida un reconocimiento no pequeño para ti, si puedes estar tranquila. Pero a vosotros que sois hombres os hablo así; que no haya falta tan grave que os obligue a pegar a vuestras mujeres. Pero ¿qué digo yo de vuestras mujeres? No, no es tolerable que un hombre honrado ponga las manos sobre su sierva para golpearla. Por tanto, si es una gran vergüenza que un hombre golpee a su sierva, mucho más reprehensible es que ponga manos violentas sobre su mujer generosa y de nobles sentimientos. Y esto podemos entender bien por las leyes que los magistrados han hecho, que la liberan de seguir viviendo con tal marido, como indigno de gozar de su compañía, siendo que comete la desdicha de que la golpea<sup>776</sup>. Porque es un punto extremo así tan vilmente tratarla como a una esclava, siendo que es compañera tuya de tu vida, y tan unida a ti antes de tiempo en los asuntos necesarios de tu vida. Y por lo tanto un hombre bien puede comparar a tal hombre, si se le puede llamar hombre en vez de bestia salvaje, a un asesino de su padre o de su madre. No te das cuenta que incluso se nos ordena abandonar a nuestro padre y a nuestra madre por amor de nuestra esposa, y con ello no les causamos ningún daño a ellos, sino que cumplimos la ley de Dios<sup>777</sup>, ¿cómo no puede parecer entonces un punto de extrema locura tratarla despectivamente, siendo que por amor a ella Dios te ha ordenado dejar a tus padres? Sí, ¿quién puede sufrir tal desprecio? ¿Quién puede expresar dignamente el inconveniente que es, ver qué llantos y lamentos se hacen en las calles abiertas, cuando los vecinos corren juntos a la casa de un marido tan revoltoso, como a un hombre de Bedlam<sup>778</sup> que va a volcar todo lo que tiene en casa? ¿Quién no pensaría que más le valdría a un hombre así que la tierra se abriera y se lo tragara, que ser visto alguna vez en el mercado?

Pero tal vez objetes que la mujer te provoca hasta este punto. Pero considera de nuevo que la mujer es un vaso frágil, y que, por lo tanto, tú has sido hecho gobernante y cabeza sobre ella, para soportar la debilidad de ella en esta su sujeción. Y, por tanto, esfuérzate por declarar el honesto elogio de tu autoridad, lo cual no puedes hacer mejor que abstenerte de insultarla<sup>779</sup> en su debilidad y sujeción. Porque así como el rey parece tanto más noble, cuanto más excelentes y nobles hace a sus oficiales y lugartenientes, a quienes si deshonrara y despreciara la autoridad de su dignidad, se privaría a sí mismo de gran parte de su propio honor; así también, si tú desprecias a la que está puesta en la habitación contigua junto a ti, mucho menoscabas y decaes la excelencia y virtud de tu propia autoridad.

<sup>776</sup> No sabemos exactamente a qué se refería aquí Crisóstomo. Una ley a tal efecto fue aprobada por Teodosio II en 449, para luego ser retirado por Justiniano. Véase Cod. Iust., 5.17.8.

<sup>777</sup> Génesis 2:24; Mateo 19:5.

<sup>778</sup> El nombre de la famosa prisión psiquiátrica de Londres, que ha entrado en el lenguaje con el sentido de 'caos'.

<sup>779</sup> Esta palabra parece derivar del francés 'outrier', que significa 'insultar', 'herir'.

Recuerda todas estas cosas en tu mente y sé apacible y tranquilo. Entiende que Dios te ha dado hijos con ella y te ha hecho padre, y por tal razón apacíguete. ¿No ves a los labradores con qué diligencia labran la tierra que una vez tomaron para labrar, aun cuando no sabían que estaría llena de defectos? Como ejemplo, aunque esté seca, aunque produzca malas hierbas, aunque la tierra no pueda soportar demasiada humedad, aun así, la labra y con esto gana fruto de ella. De la misma manera, si pusieras la misma diligencia en instruir y ordenar la mente de tu esposa, si te aplicaras diligentemente a extirpar poco a poco de su mente las malas hierbas de modales desagradables con preceptos sanos, no podría ser, sino que con el tiempo sintieras el agradable fruto de ello para el bienestar de ambos. Por tanto, para que esto no suceda, haz esto que aquí te aconsejo. Cuando surja algún asunto desagradable en casa, si tu esposa ha hecho algo malo, consuélala y no aumentes la pesadumbre. Porque, aunque nunca te aflijas por tantas cosas, nada encontrarás más penoso que carecer de la benevolencia de tu esposa en casa; cualquier ofensa que puedas nombrar, ninguna encontrarás más intolerable que estar discutiendo con tu esposa. Y por esta causa sobre todo debes tener este amor en reverencia. Y si la razón te mueve a soportar cualquier carga a manos de otros hombres, mucho más a manos de tu esposa. Porque si es pobre, no la reprendas; si es sencilla, no te burles de ella, sino sé más cortés, pues es tu cuerpo y una sola carne contigo<sup>780</sup>.

Pero tal vez dirás que es una mujer iracunda, borracha, bestial, sin ingenio ni razón. Por esta causa lámentala aún más. No te enfades, sino ruega a Dios Todopoderoso. Que sea amonestada y consolada con buenos consejos y haz todo lo posible para que se libre de todas estas afecciones. Pero si la golpeas, aumentarás sus malos afectos, porque la aspereza y la dureza no se enmiendan con la aspereza, sino con la suavidad y la dulzura. Además, considera qué recompensa tendrás de la mano de Dios, pues siendo que ella haga cosas que te inciten a golpearla, y sin embargo, por respeto al temor de Dios, te abstengas y le soportes pacientemente sus grandes ofensas, actuando más bien con respecto a aquella ley que prohíbe que un hombre eche a su esposa, cualquiera que sea la falta con que esté cargada, tendrás una recompensa muy grande. Antes de recibir esa recompensa, sentirás muchas comodidades, pues de este modo ella se volverá más obediente y tú, por su causa, aprenderás a ser más manso. Está escrito en una historia de cierto filósofo extraño, que tenía una esposa maligna, perversa y borracha. Cuando le preguntaron por qué soportaba sus malos modales, respondió: "De esta manera", dijo, "tengo un maestro en casa y un ejemplo de cómo debo comportarme fuera, porque así seré más tranquilo con los demás, ejercitándome y enseñándome a diario en la paciencia con ella". Sin duda es una vergüenza que los paganos sean más sabios que nosotros; nosotros, digo, a quienes se nos ordena imitar a los ángeles, o más bien al mismo Dios, mediante la mansedumbre. Y por amor a la virtud, este ya mencionado filósofo Sócrates no quiso expulsar a su esposa de su casa; sí, algunos dicen que incluso se casó con ella, para aprender esta virtud por esa ocasión<sup>781</sup>. Por lo tanto, viendo que muchos hombres están muy por detrás de la sabiduría de este hombre, mi consejo

<sup>780</sup> Génesis 2:24; Efesios 4:11. 5:28, 31.

es que primero y ante todas las cosas, que el hombre haga todo lo posible para tratar de conseguir una buena esposa inducida con toda honestidad y virtud, pero si por casualidad es engañado, que ha elegido una esposa que no es ni buena ni tolerable, entonces que el marido siga a este filósofo y que instruya a su esposa en todas las condiciones, y nunca ponga estos asuntos a la vista. En cuanto al comerciante, si antes no se pone de acuerdo en sus negocios tratando sus asuntos internos con tranquilidad, no hará zarpar su barco, ni echará mano a su mercancía. Así también nosotros hagamos todo para que ganemos la comunión de nuestras esposas, que es la base de todas nuestras acciones en casa, en gran quietud y descanso. Y por estos medios todas las cosas prosperarán tranquilamente, y así pasaremos los peligros del mar turbulento de este mundo. Porque este estado de vida será más honroso y cómodo que nuestras casas, que los criados, que el dinero, que las tierras y posesiones, que todas las cosas que se pueden contar. Pues, de tener todo esto, bajo sedición y discordia, nunca obtendremos ningún bienestar, pero, ganando la concordia, todas las cosas se volverán a nuestro bien y placer si llevamos este yugo en armonía de corazón y mente<sup>782</sup>.

Por tanto, procurad por todos los medios que vuestro matrimonio sea de esta clase, y así estaréis armados por todas partes. Habéis escapado a las asechanzas del diablo y a los deseos ilícitos de la carne, tenéis la tranquilidad de conciencia por esta institución del matrimonio ordenada por Dios; de esta forma, rogadle a menudo que esté presente junto a vosotros, que mantenga la concordia y la caridad entre vosotros. Haced lo mejor que podáis de vuestras partes para acostumaros a la suavidad y mansedumbre, y soportad bien con valor los descuidos que puedan ocurrir; y así vuestra comunión será de lo más agradable y confortable. Y aunque (como no puede ser de otra manera) sobrevengan algunas adversidades, y aparezca una incomodidad u otra, en esta común tribulación y adversidad levantad ambas manos al cielo; invocad la ayuda y asistencia de Dios, el autor de vuestro matrimonio, y ciertamente la promesa de alivio estará cerca. Porque Cristo afirma en su Evangelio: «Cuando dos o tres se reúnan en mi nombre y se pongan de acuerdo, cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre celestial<sup>783</sup>». ¿Por qué, pues, has de temer el peligro cuando tienes una promesa tan pronta y una ayuda tan cercana? Además, debes comprender cuán necesario es para el pueblo cristiano llevar la cruz de Cristo, pues de lo contrario nunca sentiremos cuán reconfortante es para nosotros la ayuda de Dios.

Por tanto, dad gracias a Dios por su gran beneficio, en que habéis tomado sobre vosotros este estado matrimonial, y rogad al instante que Dios Todopoderoso os defienda y mantenga afortunadamente en él, para que no seáis vencidos por ninguna tentación ni por ninguna adversidad. Pero antes de todo tened buen cuidado

<sup>781</sup> Crisóstomo no menciona a Sócrates por su nombre, pero véase Jenofonte, Simposio, 2,10; Aulo Gelio, Noctes Atticae, 1.17.

<sup>782</sup> Este es el final de la sección adaptada de Crisóstomo.

<sup>783</sup> Mateo. 18:19–20.

de no dar ocasión al demonio quien busca estorbar e impedir vuestras oraciones con discordias y disensiones. Porque no hay defensa y apoyo más fuerte en toda nuestra vida que la oración, con la cual podemos pedir la ayuda de Dios y obtenerla, con ella podemos ganar su bendición, su gracia, su defensa y protección, continuando en esta hasta obtener la mejor vida, es decir, la venidera. La que nos concede únicamente el que murió por todos nosotros, a quien sea todo honor y toda alabanza por los siglos de los siglos.

**Amén.**

## Homilía contra la Ociosidad.



*Autor desconocido.*

Puesto que el hombre, no habiendo nacido para la tranquilidad y el reposo, sino para el trabajo y la fatiga, por la corrupción de la naturaleza a causa del pecado, se ha degenerado y desviado tanto de su especie, que considera que la ociosidad no es un mal en absoluto, sino más bien una cosa loable, agradable para los que son ricos, y por lo tanto es abrazada con avidez por la mayor parte de los hombres, como agradable a su afecto sensual, y todo trabajo y fatiga es diligentemente evitado como una cosa dolorosa y repugnante al placer de la carne, es necesario que se os declare que por la ordenanza de Dios que ha establecido en la naturaleza del hombre, cada uno debe, en su vocación y llamado legítimos, dedicarse al trabajo, y que la ociosidad, siendo repugnante a la misma ordenanza, es un pecado grave, y también, debido a los grandes inconvenientes y males que de ella se derivan, un mal intolerable; a fin de que, cuando lo comprendáis, huyáis diligentemente de ella y, por otra parte, os dediquéis con empeño, cada uno según su vocación, al trabajo honesto y a los negocios, que, como son ordenados al hombre por designación de Dios, no carecen de sus múltiples bendiciones y bienes diversos.

Dios Todopoderoso, después de haber creado al hombre, lo puso en el paraíso, para que lo vistiera y lo guardara, pero cuando transgredió el mandamiento de Dios, comiendo el fruto del árbol que le estaba prohibido, el Señor lo arrojó inmediatamente del paraíso a este valle de miseria, ordenándole que trabajara la tierra de la que había sido sacado, y que comiera su pan con el sudor de su frente todos los días de su vida<sup>784</sup>. Es el designio y la voluntad de Dios que cada hombre,

---

<sup>784</sup> Génesis 3:17–24.

durante el tiempo de esta vida mortal y transitoria, se dedique a algún ejercicio y trabajo honesto y piadoso, y que cada uno haga su propio negocio y camine rectamente en su propia vocación. "El hombre", dice Job, "ha nacido para trabajar"<sup>785</sup>. Y Jesús Sirá nos ordena 'no aborrecer los trabajos penosos, ni la labranza', u otros misterios semejantes de afán, 'que el Altísimo ha creado'<sup>786</sup>. El sabio también nos exhorta a 'beber las aguas de nuestra propia cisterna y de los ríos que corren de en medio de nuestro propio pozo'<sup>787</sup>, queriendo decir con ello que debemos vivir de nuestros propios trabajos y no devorar los trabajos de otros. San Pablo, oyendo que entre los tesalonicenses había algunos que vivían disolutamente y fuera de orden, es decir, que no trabajaban, sino que eran unos entrometidos, que no se ganaban la vida con su propio trabajo, sino que comían gratuitamente el pan de otros, ordenó a estos no sólo que se retiraran y se abstuvieran de la compañía familiar de tales personas desordenadas, sino también que «si hubiera entre ellos alguno que no quisiera trabajar, que no comiera», ni que se ganara la vida a costa de otros<sup>788</sup>. Esta doctrina de San Pablo, sin duda, se basa en la ordenanza general de Dios, que consiste en que todo hombre debe trabajar, y por lo tanto debe ser obedecida por todos nosotros, así pues, todos deben observarla, y nadie puede eximirse justamente de ella.

Pero cuando se dice que todos los hombres deben trabajar, no se quiere decir tan estrictamente que todos los hombres deban emplear el trabajo manual, sino que, como hay diversas clases de trabajo, unos de la mente y otros del cuerpo y algunas de ambos, así todos (a menos que por razón de la edad, debilidad del cuerpo o falta de salud no estén aptos para trabajar en absoluto), deben hacerlo, esto tanto para ganarse la vida honestamente como para beneficiar a otros, así, es necesario ejercitarse en alguna clase de trabajo, según lo requiera la vocación a la que Dios los ha llamado. De modo que cualquiera que añada al bien común y a la sociedad de los hombres con su industria y trabajo, ya sea gobernando para la edificación de todos públicamente o desempeñando un cargo público o ministerio, o ocupándose de cualquier asunto común necesario de su país, o dando consejo, o enseñando e instruyendo a otros, o por cualquier otro medio en que se ocupe, de modo que redunde en provecho y beneficio de los demás, no se considerará ociosa a la misma persona, aunque no trabaje corporalmente, ni se le negará el sustento (si atiende a su vocación), aunque no trabaje con sus manos. No se exige trabajo corporal a quienes, por su vocación y oficio, se ocupan en el trabajo de la mente para provecho y ayuda de los demás.

San Pablo exhorta a Timoteo a que evite y rechace a las viudas ociosas que van de casa en casa, porque no sólo son ociosas, sino también charlatanas y

---

<sup>785</sup> Job 5:7.

<sup>786</sup> Eclesiástico 7:15

<sup>787</sup> Prov. 5:15.

<sup>788</sup> 2 Tes. 3:6–14.

entrometidas, hablando cosas que no son decorosas<sup>789</sup>. El profeta Ezequiel, al declarar cuáles eran los pecados de la ciudad de Sodoma, considera que la ociosidad era uno de los principales. Los pecados -dice- de Sodoma fueron estos: "soberbia, saciedad de pan, abundancia y ociosidad; estas cosas tuvieron Sodoma y sus hijas", refiriéndose a las ciudades que le estaban sujetas<sup>790</sup>. El horrible y extraño tipo de destrucción de aquella ciudad y de todo el país que la rodeaba, que fue fuego y azufre lloviendo del cielo, declara muy manifiestamente qué pecado tan grave es la ociosidad, y debería amonestarnos a huir de ella y abrazar el trabajo honesto y piadoso<sup>791</sup>. Pero si nos entregamos a la ociosidad y a la pereza, al acecho y a la holgazanería, al vagabundeo voluntario y al despilfarro, sin dedicarnos nunca a un trabajo honesto, sino viviendo como abejas zánganas del trabajo de otros hombres, entonces quebrantamos el mandamiento del Señor, nos desviamos de nuestra vocación e incurrimos en el peligro de la ira de Dios y de su pesado desagrado para nuestra destrucción sin fin, a menos que por el arrepentimiento nos volvamos de nuevo a Dios sin fingimiento.

Los inconvenientes y males que se derivan de la ociosidad, tanto para el cuerpo del hombre como para su alma, son más de los que se pueden enumerar en poco tiempo. Algunos os declararemos y descubriremos, para que, considerándolos, podáis comprender mejor los demás. "La mano ociosa" -dice Salomón- "empobrece, pero la mano diligente en el trabajo enriquece"<sup>792</sup>. Otra vez: "El que labra su tierra se saciará de pan; Mas el que sigue a los ociosos se llenará de pobreza"<sup>793</sup>. Otra vez: "El perezoso no ara a causa del invierno; pedirá, pues, en la siega, y no hallará"<sup>794</sup>. Pero ¿qué necesidad tenemos de pararnos mucho para probar esto, que la pobreza sigue a la ociosidad? Tenemos demasiada experiencia de ello (lo que es más de lamentar) en este reino. Porque una gran parte de la mendicidad que hay entre los pobres no puede imputarse tanto a la ociosidad como a la negligencia de los padres que no educan a sus hijos en el buen aprendizaje, en el trabajo honesto o en alguna ocupación u oficio encomiables mediante los cuales, cuando alcancen la mayoría de edad, puedan ganarse la vida. La experiencia diaria también enseña que nada es más enemigo o pernicioso para la salud del cuerpo humano que la ociosidad, el exceso de descanso y sueño y la falta de ejercicio.

Pero éstas y otras incomodidades semejantes, aunque sean grandes y ruidosas, no son comparables con los males e inconvenientes que por la ociosidad acaecen al alma, de los cuales recitaremos algunos, porque afectan principalmente al cuerpo y a los bienes exteriores. La ociosidad nunca está sola, sino que siempre va acompañada de una larga cola de otros vicios, que corrompen e infectan a todo el

---

<sup>789</sup> 1 Tim. 5:11, 13.

<sup>790</sup> Ezeq. 16:49.

<sup>791</sup> Génesis 19:24-25.

<sup>792</sup> Prov. 10:4.

<sup>793</sup> Prov. 12:11; 28:19.

<sup>794</sup> Prov. 20:4.

hombre de tal manera que al final no es más que un bulto de pecado. «La ociosidad», dice Jesús Sirá, “trae muchos males y maldades”<sup>795</sup>. San Bernardo la llama «la madre de todos los males y la madrastra de todas las virtudes», añadiendo además que prepara y, por así decirlo, abre el camino hacia el fuego del infierno<sup>796</sup>. Cuando se acepta la ociosidad, el diablo siempre está dispuesto a poner su pie y a plantar toda clase de maldad y pecado, para la destrucción eterna del alma del hombre. Esto es lo que se nos enseña claramente en el capítulo trece de Mateo, donde se dice que “el enemigo vino mientras los hombres dormían, y sembró mala cizaña entre el buen trigo”<sup>797</sup>. En verdad, el mejor momento que el diablo puede tener para llevar a cabo su hazaña es cuando los hombres están dormidos, es decir, ociosos; entonces está más ocupado en su trabajo; es ahí donde atrapa más pronto a los hombres en la trampa de la perdición; entonces los llena de toda iniquidad, para llevarlos, sin el favor especial de Dios, a la destrucción total.

De esto tenemos ante nuestros ojos dos ejemplos notables y muy vivos. El del rey David, que permaneciendo en casa ociosamente, como dice la Escritura “en tiempos en que” otros “reyes salen a la batalla”, fue rápidamente seducido por Satanás para abandonar al Señor su Dios y cometer dos pecados graves y abominables ante sus ojos, adulterio y asesinato<sup>798</sup>. Las plagas que siguieron a estas ofensas fueron horribles y graves, como puede observar fácilmente a quienes lean la historia<sup>799</sup>. Otro ejemplo, el de Sansón, quien mientras guerreó con los filisteos, enemigos del pueblo de Dios, nunca pudo ser tomado ni vencido, pero después de eso se entregó a la comodidad y la ociosidad, no solo cometió fornicación con la ramera Dalila, sino que también fue tomado por sus enemigos y le sacaron los ojos miserablemente, fue puesto en prisión y obligado a trabajar en un molino, y al final se convirtió en el hazmerreír de sus enemigos<sup>800</sup>. Si estos dos que eran hombres tan excelentes, tan amados de Dios, tan dotados con dones singulares y divinos, uno a saber, el de profecía y el otro de fortaleza, siendo hombres de la clase que nunca podrían bajo humillación, trabajo o tribulación ser vencidos, fueron derrotados y cayeron en graves pecados al entregarse por un corto tiempo a la comodidad y la ociosidad, y así, en consecuencia, incurrieron en miserables plagas de manos de Dios, ¿qué pecado, qué daño, qué inconveniente y plaga no se debe temer de aquellos que toda su vida se entregan por completo a la ociosidad y la comodidad?

---

<sup>795</sup> Eclesiástico 33:27.

<sup>796</sup> Bernardo de Claraval, De consid., 2.13, dice: “Fugienda proinde otiositas, mater nugarum, noverca virtutum”. La segunda parte a la que se alude aquí en realidad proviene de Pedro de Blois, Ep. 9 (hacia el final) que dice: “Effeminari quidem otio et torpore pigritia nihil aliud est quam suffocare virtutem, nutrire superbiam, viamque construere ad gehennam”. Con frecuencia se los emparejaba en la literatura medieval tardía y se los citaba como de Bernardo.

<sup>797</sup> Mateo. 13:25.

<sup>798</sup> 2 Sam. 11:1–27.

<sup>799</sup> 2 Sam. 12:10–11.

<sup>800</sup> Juez. 16:1–25.

No nos engañemos, pensando que de no hacer nada saldrá poco mal. Porque es un dicho verdadero: 'Cuando uno no hace nada, aprende a hacer el mal'. Por tanto, ocupémonos siempre en algún trabajo honesto, para que el diablo nos halle ocupados<sup>801</sup>. Él mismo está siempre ocupado, nunca ocioso, sino que anda continuamente tratando de devorarnos<sup>802</sup>. Resistámosle con nuestra diligente vigilancia en el trabajo y en las buenas obras. Porque el que se ejercita diligentemente en negocios honestos no cae fácilmente en la trampa del diablo. Cuando el hombre por ociosidad, o por falta de alguna ocupación honesta u oficio de que vivir, es llevado a la pobreza y a la carencia de las cosas necesarias, vemos con cuánta facilidad tal hombre es inducido por su ganancia a mentir, a practicar cómo puede engañar a su prójimo, a negarse a sí mismo, a dar falso testimonio, y a menudo a robar y asesinar, o a usar cualquier otro medio impío para vivir, con lo cual no sólo su buen nombre, su reputación honesta y su buena conciencia, sí, su vida, se pierden por completo, sino que también se procuran el gran disgusto y la ira de Dios, con diversas y graves plagas. He aquí el fin de los cuerpos ociosos y perezosos cuyas manos no pueden con el trabajo honrado; pérdida de nombre, fama, reputación y vida aquí en este mundo, y sin la gran misericordia de Dios, la compra de la destrucción eterna en el mundo venidero. ¿No tienen, pues, todos los hombres buenas razones para guardarse y cuidarse de la ociosidad, viendo que los que la abrazan y la siguen tienen comúnmente de su placentera ociosidad agudos y amargos disgustos?

Sin duda, los hombres buenos y piadosos, sopesando los grandes y múltiples daños que la ociosidad ocasiona al bienestar común, han dispuesto de tiempo en tiempo con toda diligencia que se dicten leyes severas para corregir y enmendar este mal. Los egipcios tenían una ley según la cual todo hombre debía presentar semanalmente su nombre a los principales gobernantes de la provincia y declarar el oficio al que se dedicaba, con la intención de que la ociosidad fuera dignamente castigada y el trabajo diligente debidamente recompensado<sup>803</sup>. Los atenienses castigaban a las personas perezosas y holgazanes no menos que a los infractores atroces y graves, considerando, como es la verdad, que la ociosidad causa mucho daño. Los areopagitas llamaban a cada hombre a una estricta cuenta de cómo vivía, y si encontraban a algún holgazán que no beneficiara al bien común por uno u otro medio, lo expulsaban y desterraban, como miembro inútil que sólo dañaba y corrompía el cuerpo<sup>804</sup>. Y en este reino de Inglaterra se han dictado varias veces leyes buenas y piadosas para que no se permita ir de ciudad en ciudad, de lugar en lugar, sin castigo, a vagabundos ociosos y malvivientes holgazanes que ni sirven a Dios ni a su príncipe, sino que devoran los dulces frutos del trabajo ajeno, siendo vulgares mentirosos, borrachos, blasfemos, ladrones, proxenetas y asesinos, rechazando todo trabajo honesto y no se dedican a otra cosa que a inventar y hacer

---

<sup>801</sup> Jerónimo, Ep. 125 (4).

<sup>802</sup> 1 Pedro 5:8–9.

<sup>803</sup> Heródoto, *Historiae*, 2.177.

<sup>804</sup> Plutarco, Solón, pág. 87 E, 90 E.

maldades, de las que están más deseosos y codiciosos que cualquier león de su presa<sup>805</sup>.

Para remediar este inconveniente, que todos los padres y otras personas que tienen el cuidado y el gobierno de la juventud, los eduquen ya sea en el buen aprendizaje, el trabajo o alguna ocupación honesta u oficio, por lo que pueden ser capaces en el futuro, no sólo para mantenerse a sí mismos de manera competente, sino también para aliviar y suplir la necesidad y la carencia de los demás. Y San Pablo dice: «El que ha robado, no robe más», y el que ha engañado a otros, o usado medios ilícitos para ganarse la vida, déjelo, «y trabaje más bien, trabajando con sus manos haciendo lo que es bueno, para que pueda tener» lo que es necesario para sí mismo, y también pueda «dar a otros que están en necesidad de su ayuda<sup>806</sup>».

El profeta David considera feliz a aquel que vive de su trabajo, diciendo: 'Cuando comas el trabajo de tus manos, feliz serás y bien te irá<sup>807</sup>'. Esta felicidad o bendición consiste en estos y otros puntos similares. En primer lugar, 'es don de Dios', como dice Salomón, 'cuando uno come y bebe y recibe el bien de su trabajo<sup>808</sup>'. En segundo lugar, cuando uno vive de su propio trabajo, de modo que sea honesto y bueno, vive de él con una buena conciencia, y una conciencia recta es un tesoro inestimable. En tercer lugar, come su pan, no con riñas y discusiones, sino con paz y tranquilidad, cuando trabaja en paz por el mismo según la amonestación de San Pablo. En cuarto lugar, no es siervo de nadie por su propia carne, ni necesita para ello depender de la buena voluntad de otros hombres, sino que vive de lo suyo para poder dar parte a los demás. Y para concluir, el trabajador y su familia, mientras están ocupados en su trabajo, están libres de muchas tentaciones y ocasiones de pecado a las que están sujetos los que viven ociosamente.

Y en esto deben los artesanos y obreros, que reciben salario por su trabajo y labor, considerar su conciencia para con Dios y su deber para con su prójimo, no sea que abusen de su tiempo en la ociosidad, defraudando así a los que tienen a su cargo tanto grandes salarios como costosos bienes comunes. En efecto, son peores que los ociosos, porque buscan un salario para su holgazanería. Es menos peligroso ante Dios estar ocioso sin ganancia, que por la ociosidad ganar de los bolsillos de sus vecinos salarios por lo que no se merece. Es verdad que Dios Todopoderoso se enfada con los que defraudan al jornalero de su salario; el clamor de esa injuria sube hasta el oído de Dios pidiendo venganza<sup>809</sup>. Y es verdad que el asalariado que se obtiene con engaño es un robo ante Dios. «Nadie», dice San Pablo a los Tesalonicenses, «engañe sutilmente a su hermano, no lo defraude en sus negocios,

<sup>805</sup> Enrique VIII, c. 12, 1532; 3–4 Eduardo VI, c. 16, 1550.

<sup>806</sup> Efesios 4:25, 28.

<sup>807</sup> Salmos 128:2.

<sup>808</sup> Eclesiastés 3:13.

<sup>809</sup> Deuteronomio 24:15; Santiago 5:4.

porque el Señor es vengador de tales engaños<sup>810</sup>». Por lo cual, el que quiera tener una buena conciencia ante Dios, ese trabajador, digo, que depende totalmente de la bendición de Dios que le suministra todo lo suficiente para vivir, que emplee su tiempo en trabajar fielmente, y cuando su trabajo cese por enfermedad u otra desgracia, que piense, sin embargo, que, sirviendo a Dios y a su prójimo con salud, no le faltará nada en tiempo de necesidad. Dios, por respeto a su fidelidad en la salud, recompensará su indigencia, para mover los corazones de los buenos a socorrer a esos hombres decaídos por la enfermedad. De lo contrario, todo lo que se obtiene por ociosidad no proporcionará ninguna abundancia<sup>811</sup> para ayudar en tiempo de necesidad. Que el trabajador, por tanto, se aparte de este vicio de la ociosidad y del engaño, recordando que san Pablo exhorta a todo hombre a dejar de lado el engaño, la hipocresía y la mentira, y a usar la verdad y la franqueza con su prójimo, porque, dice él, somos miembros los unos de los otros en un solo cuerpo, bajo una sola cabeza, que es Cristo nuestro Salvador<sup>812</sup>.

Y aquí se podría acusar a los sirvientes de este reino, que pasan su tiempo en la ociosidad de la vida, sin tener en cuenta las oportunidades que reciben en su tiempo, olvidando que el servicio no es una herencia, que la edad los acechará sigilosamente, cuando lo sabio era que deberían emplear su tiempo libre en algún buen negocio por medio del cual podrían aumentar su conocimiento y así ser más dignos de estar listos para el servicio de cualquier hombre. Es un gran reproche para ellos el no estudiar ni escribir bien, ni llevar un libro de contabilidad, ni estudiar lenguas, y así obtener sabiduría y conocimiento en libros y obras como los que ahora se publican abundantemente en todo tipo de idiomas. Que los jóvenes consideren el precioso valor de su tiempo y no lo malgasten en la ociosidad, en la alegría, en los juegos, en los banquetes, en la compañía de rufianes. La juventud no es más que vanidad y debe ser considerada ante Dios. "Por muy alegre y contento que estés en tu juventud, oh joven", dice el predicador, "por muy contento que esté tu corazón en tus días de juventud". Por muy rápida y libremente que sigas "los caminos de tu propio corazón y los deseos de tus propios ojos, ten por seguro que Dios te llevará a juicio por todas estas cosas"<sup>813</sup>.

Dios, en su misericordia, puso en los corazones y las mentes de todos aquellos que tienen la espada del castigo en sus manos, o tienen familias bajo su gobierno, el trabajar para reparar esta gran deformidad de todos aquellos que viven ociosamente y sin provecho en el bien común, para gran deshonra de Dios y la dolorosa plaga de su pueblo necio. Dejar el pecado sin castigar y descuidar la buena educación de la juventud, no es otra cosa que encender la ira del Señor contra nosotros y amontonar plagas sobre nuestras propias cabezas. Mientras se permitió que el pueblo adúltero viviera licenciosamente sin reformarse, la plaga continuó y

---

<sup>810</sup> 1 Tesalonicenses 4:6.

<sup>811</sup> Palabra francesa que significa "abundancia".

<sup>812</sup> Efesios 4:24, también 4, 12, 15.

<sup>813</sup> Eclesiastés 11:9.

aumentó en Israel, como podéis ver en el libro de Números<sup>814</sup>. Pero cuando se hizo la debida corrección sobre ellos, la ira del Señor se apaciguó de inmediato y la plaga cesó. Por tanto, que todos los oficiales miren atentamente a su cargo. Que todos los dueños de casa corrijan este abuso en sus familias. Que usen la autoridad que Dios les ha dado. Que no mantengan vagabundos ni personas ociosas, sino que liberen el reino y sus casas de estos holgazanes nocivos, para que, eliminada por completo la ociosidad, madre de todos los males, Dios Todopoderoso aparte su terrible ira de nosotros y confirme el pacto de paz sobre nosotros para siempre, por los méritos de Jesucristo, nuestro único Señor y Salvador. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

**Amén.**

---

<sup>814</sup> Números 25:1–8.

## Homilía sobre el Arrepentimiento y la Verdadera Reconciliación con Dios.



*Autor desconocido.*

1. No hay nada que el Espíritu Santo se esfuerce tanto en todas las Escrituras por meter en la cabeza de los hombres, como el arrepentimiento, la enmienda de vida y el pronto retorno al Señor Dios de los ejércitos. Y no es de extrañar por qué, ya que todos los días y a todas horas, por nuestra maldad y obstinada desobediencia, nos alejamos horriblemente de Dios, con lo cual nos compramos, si él nos tratara de acuerdo con su justicia, la condenación eterna. De modo que ninguna doctrina es tan necesaria en la iglesia de Dios como la doctrina del arrepentimiento y la enmienda de vida. Y, en verdad, los verdaderos predicadores del evangelio del reino de los cielos y de las alegres y gozosas nuevas de salvación siempre han unido estas dos cosas en sus piadosos sermones y predicaciones a la gente, es decir, el arrepentimiento y el perdón de los pecados, tal como nuestro Salvador Jesucristo se designó a sí mismo, diciendo: 'Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones<sup>815</sup>'. Y por eso el santo apóstol habla así en los Hechos: «testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo<sup>816</sup>». ¿No comenzó Juan Bautista, hijo de Zacarías, su ministerio con la doctrina del arrepentimiento, diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de Dios está cerca<sup>817</sup>»? La misma doctrina predicó nuestro Salvador Jesucristo y ordenó a sus apóstoles que la predicaran<sup>818</sup>.

---

<sup>815</sup> Lucas 24:46–47.

<sup>816</sup> Hechos 20:21.

<sup>817</sup> Mateo 3:2.

<sup>818</sup> Mateo 4:17.

Podría aquí alegar muchos pasajes de los profetas en los que se insiste con mucho fervor en esta sana doctrina del arrepentimiento como la más necesaria para todos los grados y órdenes de hombres, pero uno será suficiente en este momento. Estas son las palabras del profeta Joel: "Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente<sup>819</sup>". [Por lo cual se nos da a entender que tenemos aquí una regla perpetua designada para nosotros, que debe ser observada y guardada en todo tiempo, y que no hay otra manera por la cual la ira de Dios pueda ser apaciguada y su enojo calmado, que la ferocidad de su furia y las plagas o destrucción que por su justo juicio había determinado traer sobre nosotros, puedan alejarse, ser removidas y quitadas<sup>820</sup>.

Donde dice: 'Pero ahora, pues, dice el Señor: Volveos a mí', no carece de gran importancia que el profeta hable así. Porque antes les había expuesto ampliamente la horrible venganza de Dios, que ningún hombre era capaz de soportar, y por lo tanto los mueve al arrepentimiento, para obtener misericordia; como si dijera: No quiero que estas cosas sean tomadas como si no quedara ninguna esperanza de gracia, porque aunque por vuestros pecados merecéis ser destruidos totalmente, y Dios por sus justos juicios ha determinado traer no poca destrucción sobre vosotros, sin embargo, ahora que estáis en cierto modo en el filo mismo de la espada, si volvéis pronto a Él, Él muy gentil y misericordiosamente os recibirá de nuevo en su favor. Por lo cual se nos amonesta que el arrepentimiento nunca es demasiado tarde, para que sea verdadero y sincero. Porque, puesto que ese Dios de las Escrituras será llamado nuestro Padre<sup>821</sup>, sin duda sigue la naturaleza y la propiedad de los padres bondadosos y misericordiosos, que nada buscan tanto como el regreso y la enmienda de sus hijos, como Cristo enseña abundantemente en la parábola del hijo pródigo<sup>822</sup>. ¿No dice el Señor mismo por medio del profeta: 'No quiero la muerte del impío, sino que se convierta de sus malos caminos y viva<sup>823</sup>? Y en otro lugar: 'Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad<sup>824</sup>'. Estas promesas tan reconfortantes son confirmadas por muchos ejemplos de las Escrituras. Cuando los judíos recibieron y abrazaron voluntariamente el sano consejo del profeta Isaías, Dios les tendió su mano de ayuda y su ángel mató en una noche a los más dignos y valientes soldados del campamento de Senaquerib<sup>825</sup>. A esto se puede añadir el rey Manasés, que después de toda clase

---

<sup>819</sup> Joel 2:12–13.

<sup>820</sup> A partir de esta oración, la mayor parte de lo que sigue está tomado casi palabra por palabra de R. Gwalther, Hom. in Ioelem, 6. Una traducción al inglés está disponible en Homilies or familiar sermons of M. Rodolph Gualther Tigurine upon the Prophet Joel, trad. J. Ludham (Londres: Thomas Dawson for William Ponsonby, 1582).

<sup>821</sup> Mateo 6:9.

<sup>822</sup> Lucas 15:11–32.

<sup>823</sup> Ezequiel 18:23. Cf. Isaías 1:18, citado por Gwalther pero omitido aquí.

<sup>824</sup> 1 Juan 1:9.

<sup>825</sup> Isaías 37:36–38.

de maldades condenables volvió al Señor y por eso fue oído de Él, y restaurado de nuevo en su reino<sup>826</sup>. La misma gracia y favor sintieron la pecadora Magdalena, Zaqueo, el pobre ladrón y muchos otros<sup>827</sup>. Todas estas cosas deben servirnos de consuelo contra las tentaciones de nuestras conciencias, por las que el diablo trata de sacudir, o más bien de derribar nuestra fe. Porque cada uno de nosotros debe aplicarse lo mismo a sí mismo y decir: «Pero ahora vuelve al Señor», sin dejar que el recuerdo de tu vida anterior te desanime; sí, cuanto más malvada haya sido, tanto más ferviente y sincero debe ser tu arrepentimiento o tu vuelta, e inmediatamente sentirás «los oídos del Señor abiertos de par en par a tus oraciones»<sup>828</sup>.

Pero veamos con más detenimiento el mandamiento del Señor sobre este asunto. "Volveos a mí", dice por medio de su profeta Joel, "de todo corazón, con ayuno, lloro y luto; rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, etc.". En estas palabras comprende toda clase de cosas que pueden decirse del arrepentimiento, que es un volverse de todo el hombre a Dios, de quien nos hemos apartado por el pecado. Pero para que se entienda mejor todo el discurso, primero consideraremos en orden cuatro puntos principales, es decir, de qué debemos volver, a quién debemos volver, por medio de quién podemos convertirnos y la manera de volvernos a Dios.

Primero, de dónde o de qué cosas debemos volvernos. Verdaderamente debemos volvernos de aquellas cosas por las cuales hemos sido retirados, arrancados y alejados de Dios. Y estos generalmente son nuestros pecados, que como testifica el santo profeta Isaías, "pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír"<sup>829</sup>. Pero bajo el nombre de pecado [se cuentan<sup>830</sup>] no sólo las palabras y obras groseras que, según el juicio común de los hombres, se consideran sucias e ilícitas y, por consiguiente, pecados abominables, sino también los deseos sucios y las concupiscencias internas de la carne, que, como atestigua San Pablo, se resisten a la voluntad y al Espíritu de Dios y, por lo tanto, deben ser seriamente refrenados y mantenidos bajo control<sup>831</sup>. Debemos arrepentirnos de las falsas y erróneas opiniones que hemos tenido de Dios y de la perversa superstición que se engendra de las mismas, del culto y servicio ilícitos a Dios, y de otras cosas semejantes. Deben renunciar a todas estas cosas los que verdaderamente se vuelvan al Señor y se arrepientan correctamente. Porque puesto que 'por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia'<sup>832</sup>, no debe esperarse el fin del castigo mientras continuemos en tales cosas. Por lo tanto, aquí se condena a los que aparentan ser pecadores arrepentidos y, sin embargo, no abandonan su idolatría y superstición.

---

<sup>826</sup> 2 Crónicas 33:1–13.

<sup>827</sup> Lucas 7:48; 8:2; 19:9; 23:43.

<sup>828</sup> 1 Pedro 3:12.

<sup>829</sup> Isaías 59:2.

<sup>830</sup> Falta en todas las versiones impresas, pero se incluye por referencia a Gwalther.

<sup>831</sup> Gálatas 5:17.

<sup>832</sup> Efesios 5:6

En segundo lugar, debemos ver a quién debemos volver. Revertimini usque ad me», dice el Señor, es decir: Sí, debemos volver sólo a Él, pues sólo Él es la verdad y la fuente de toda bondad. Pero debemos esforzarnos por volver hasta él y no cesar ni descansar hasta que lo hayamos comprendido y nos hayamos asido de Él. Pero esto debe hacerse por la fe, porque puesto que Dios es espíritu<sup>833</sup>, no puede ser aprehendido y asido por ningún otro medio. Por tanto, en primer lugar, yerran grandemente los que no se vuelven a Dios, sino a las criaturas o a las invenciones de los hombres o a sus propios méritos; en segundo lugar, los que comienzan a volver al Señor y desfallecen a mitad de camino, antes de llegar a la marca que se les ha señalado.

En tercer lugar, porque no tenemos por nosotros mismos nada que presentar a Dios, y no menos huimos de Él después de nuestra caída que nuestro primer padre Adán, el cual, cuando pecó, trató de ocultarse de los ojos de Dios<sup>834</sup>, tenemos necesidad de un mediador que nos traiga y reconcilie con Él, quien, a causa de nuestros pecados, está airado contra nosotros. Este es Jesucristo, quien siendo Dios verdadero y natural, igual y de una misma sustancia con el Padre, en el tiempo señalado tomó sobre sí nuestra frágil naturaleza en el seno de la bendita virgen y la de su inmaculada sustancia, para así ser mediador entre Dios y nosotros y apaciguar su ira. De Él habla el mismo Padre desde el cielo, diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"<sup>835</sup>. Y Él mismo en su Evangelio clama y dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí"<sup>836</sup>. Porque sólo Él, con el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, satisfizo la justicia de Dios por nuestros pecados. Los apóstoles testifican que Él fue 'exaltado para dar arrepentimiento y remisión de pecados a Israel'<sup>837</sup>, cosas que Él mismo ordenó que se predicaran en su nombre<sup>838</sup>. Por tanto, están muy engañados los que predicán el arrepentimiento sin Cristo y enseñan a los simples e ignorantes que consiste sólo en las obras de los hombres. Ciertamente pueden hablar mucho de buenas obras y de enmienda de vida y costumbres, pero sin Cristo todo es vano e inútil<sup>839</sup>. Los que piensan que han hecho mucho por sí mismos para arrepentirse, están tanto más lejos de Dios, cuanto que buscan en sus propias obras y méritos lo que sólo deben buscar en nuestro Salvador Jesucristo, y en los méritos de su muerte, pasión y derramamiento de sangre.

En cuarto lugar, este santo profeta Joel expresa vivamente la manera de nuestro retorno o arrepentimiento, comprendiendo todas las cosas internas y externas que pueden observarse aquí. En primer lugar, quiere que volvamos a Dios con todo

---

<sup>833</sup> Juan 4:24.

<sup>834</sup> Génesis 3:8.

<sup>835</sup> Mateo 3:17; 17:5.

<sup>836</sup> Juan 14:6.

<sup>837</sup> Hechos 5:31.

<sup>838</sup> Lucas 24:47.

<sup>839</sup> Juan 15:4-5.

nuestro corazón, con lo cual quita y elimina toda hipocresía, para que no se nos pueda decir con justicia: “este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí”<sup>840</sup>. En segundo lugar, exige un amor sincero y puro a la piedad y al verdadero culto y servicio de Dios, es decir, que abandonando toda clase de cosas que repugnan y son contrarias a la voluntad de Dios, le entreguemos nuestro corazón y todas las fuerzas de nuestro cuerpo y de nuestra alma, conforme a lo que está escrito en la ley: “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”<sup>841</sup>. Por tanto, nada nos queda que dar al mundo y a los deseos de la carne. Porque puesto que el corazón es la fuente de todas nuestras obras, todos los que de todo corazón se vuelven al Señor, sólo para Él viven. Tampoco se arrepienten verdaderamente los que vacilan entre ambas partes, no obedeciendo a Dios, sino que, dejándolo de lado, piensan que les es lícito servir al mundo y a la carne. Y porque somos víctimas de la corrupción natural de nuestra propia carne y de los malos afectos de la misma, nos manda también que volvamos al ayuno, no entendiendo por tal una supersticiosa abstinencia y elección de carnes, sino una verdadera disciplina o dominio de la carne, por la cual se le retiren y arranquen los alimentos de las sucias concupiscencias y de la obstinada contumacia y soberbia. A lo cual añade el llanto y el lamento, que contienen una profesión externa de arrepentimiento, lo cual es muy necesario y obligatorio para que podamos exponer en parte la justicia de Dios, cuando por tales medios testificamos que merecíamos castigos de sus manos y en parte detenemos la ofensa que fue dada abiertamente a los débiles. Esto vio David, quien no contento con llorar y lamentar sus pecados en privado, públicamente en sus salmos declaraba y exponía la justicia de Dios al castigar el pecado, y también detenía a aquellos que podrían haber abusado de su ejemplo con el fin de pecar más atrevidamente<sup>842</sup>. Por lo tanto, están más lejos del verdadero arrepentimiento aquellos que no confiesan ni reconocen sus pecados, ni se lamentan por ellos, sino que más bien se glorían y regocijan impíamente en ellos<sup>843</sup>.

Ahora bien, para que nadie piense que el arrepentimiento consiste sólo en llanto y lamento externos, repite aquello en lo que radica la esencia de todo el asunto cuando dice: 'Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios'. Porque la gente de la parte oriental del mundo acostumbraba rasgar sus vestiduras si les sucedía algo que les parecía intolerable. Los hipócritas a veces falsificaban y seguían esto, como si todo el arrepentimiento se basara en ese gesto exterior. Enseña, pues, que se requiere otra cosa, es decir, que estén contritos de corazón, que detesten y aborrezcan totalmente los pecados y, estando en desacuerdo con ellos, vuelvan al Señor su Dios, de quien se alejaron antes. Porque a Dios no le agradan las ceremonias externas, sino que exige un corazón contrito y

---

<sup>840</sup> Isaías 29:13; Mateo 15:8.

<sup>841</sup> Deuteronomio 6:5.

<sup>842</sup> Salmos 25, 32, 51, 103, 143.

<sup>843</sup> Salmos 52:1-5.

humilde, al cual nunca despreciará, como testifica David<sup>844</sup>. Por tanto, no hay otro uso de estas ceremonias externas sino en la medida en que nos sentimos estimulados por ellas y sirvan para la gloria de Dios y para la edificación de otros.

Ahora añade a esta doctrina o exhortación algunas buenas razones, que fundamenta en la naturaleza y propiedad de Dios, y con las cuales enseña que el verdadero arrepentimiento nunca puede ser infructuoso o estéril. Porque, así como en todas las demás cosas los corazones de los hombres se acobardan y desmayan, si una vez perciben que trabajan en vano, así también en este asunto, muy especialmente, debemos tener cuidado y guardarnos de no dejarnos persuadir de que todo lo que hacemos es sólo trabajo en vano, porque de esto surge o una desesperación repentina, o una osadía licenciosa para pecar, que al final conduce a la desesperación. Para que nada de esto les suceda, les atestigua la gracia y bondad de Dios, quien siempre está muy dispuesto a recibirlos nuevamente en favor, si se vuelven rápidamente a Él. Lo cual demuestra con los mismos títulos con los que Dios se describe y se presenta a Moisés, diciéndole: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad<sup>845</sup>”, es decir, como aquel que se aflige por tu aflicción. Primero, lo llama misericordioso y piadoso, como aquel que por naturaleza es más pronto y dispuesto a hacer el bien que a castigar. A lo cual parece pertenecer esta palabra del profeta Isaías, donde dice: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar<sup>846</sup>”. En segundo lugar, le atribuye misericordia, o más bien –según la palabra hebrea– entrañablemente misericordioso, con lo que se nos hace referencia a los afectos naturales de los padres hacia sus hijos. Lo cual David expone muy bien, diciendo: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo<sup>847</sup>». En tercer lugar, dice que es lento para la ira, es decir, sufrido, y que no se enoja fácilmente. En cuarto lugar, que es muy bondadoso, porque es ese pozo sin fondo de toda bondad, que se regocija en hacernos el bien; por eso creó e hizo a los hombres, para tener a quién hacer el bien y hacerlos partícipes de sus riquezas celestiales. En quinto lugar, se arrepiente del mal; es decir, vuelve a llamar y revocar el castigo con el cual había amenazado, cuando ve que los hombres se arrepienten, cambian y se enmiendan<sup>848</sup>].

Por lo cual, no sin una causa justa detestamos y aborrecemos la condenable opinión de aquellos que, perversamente, se esfuerzan por persuadir a la gente simple e ignorante de que, si por casualidad, después de habernos acercado a Dios y haber sido injertados en su Hijo Jesucristo, caemos en algún pecado horrible, el

---

<sup>844</sup> Sal. 51:17.

<sup>845</sup> Ex. 34:6.

<sup>846</sup> Isa. 55:7.

<sup>847</sup> Sal. 103:13–14.

<sup>848</sup> La parte de esta homilía que depende de Gwalther termina aquí.

arrepentimiento no nos será de provecho, afirmando que ya no hay más esperanza de reconciliación, ni de ser recibidos nuevamente en el favor y la misericordia de Dios. Y para dar mejor color a su pestilente y pernicioso error, suelen traer a colación los capítulos sexto y décimo de la epístola a los Hebreos, y el capítulo segundo de la segunda epístola de Pedro<sup>849</sup>; sin considerar que en esos lugares los santos apóstoles no hablan de las caídas diarias a las que estamos sujetos mientras llevamos este cuerpo de pecado; Siendo que en realidad hacen referencia a la apostasía final de Cristo y de su Evangelio, que es un pecado contra el Espíritu Santo, que nunca será perdonado<sup>850</sup>, porque abandonan por completo la verdad conocida, odian a Cristo y su Palabra, lo crucifican y se burlan de Él, esto, para su destrucción total, y por lo tanto caen en la desesperación y no pueden arrepentirse. Y que este es el verdadero significado del Espíritu Santo de Dios, se hace evidente por muchos otros lugares de las Escrituras, que prometen a todos los pecadores verdaderamente arrepentidos, y a los que con todo su corazón se vuelven al Señor su Dios, perdón gratuito y remisión de sus pecados.

Para la prueba de esto, leemos así: "Oh Israel", dice el santo profeta Jeremías, "si te volvieres, dice Jehová, vuélvete a mí. Y si quitares de delante de mí tus abominaciones, y no anduvieres de acá para allá, no serás quitado<sup>851</sup>". Además, estas son las palabras de Isaías: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar<sup>852</sup>". Y en el profeta Oseas, los piadosos se exhortan unos a otros de esta manera: "Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará<sup>853</sup>". Es muy evidente y claro que estas cosas deben ser entendidas por aquellos que estaban con el Señor antes, y por sus pecados y maldades se alejaron de Él. Porque no volvemos a aquel con quien antes no estábamos, sino que venimos a Él.

Ahora bien, a todos aquellos que se vuelvan sinceramente al Señor su Dios, se les ofrece liberalmente el favor y la misericordia de Dios para el perdón de los pecados, de lo cual se sigue necesariamente que, aunque, después de haber venido una vez a Dios y de haber sido injertados en su Hijo Jesucristo, caigamos en grandes pecados, porque "ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque<sup>854</sup>"; y "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros<sup>855</sup>"; sin embargo, si nos levantamos de nuevo por el arrepentimiento y, con el pleno propósito de enmendar nuestra vida, acudimos a la misericordia de Dios, aferrándonos firmemente a ella, por medio de la fe en su Hijo Jesucristo, hay una esperanza segura e infalible de perdón y remisión

<sup>849</sup> Heb. 6:4–6; 10:26–29; 2 Pedro 2:20–21.

<sup>850</sup> Mateo 12:31; Marcos 3:29.

<sup>851</sup> Jer. 4:1.

<sup>852</sup> Isa. 55:7.

<sup>853</sup> Oseas 6:1

<sup>854</sup> Ecl. 7:20.

<sup>855</sup> 1 Juan 1:8.

de los mismos, y de que seremos recibidos de nuevo en el favor de nuestro Padre celestial.

De David está escrito: "He hallado un hombre conforme a mi corazón"; o: "He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero"<sup>856</sup>". Esta es una piadosa recomendación de David. También es muy cierto que él creyó firmemente en la promesa que se le hizo acerca del Mesías, que vendría de él en la carne<sup>857</sup>; y que por la misma fe fue justificado e injertado en nuestro Salvador Jesucristo que había de venir; y sin embargo, después cayó horriblemente, cometiendo el más detestable adulterio y un asesinato condenable<sup>858</sup>; y sin embargo, tan pronto como exclamó: "Peccavi, he pecado contra el Señor", su pecado fue perdonado, fue recibido nuevamente en gracia<sup>859</sup>.

Ahora llegaremos a Pedro, de quien nadie puede dudar, sino que fue injertado en nuestro Salvador Jesucristo, mucho antes de su negación. Lo cual puede probarse fácilmente por la respuesta que dio, en su nombre y en el nombre de sus compañeros apóstoles, a nuestro Salvador Jesucristo, cuando les dijo: "¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"<sup>860</sup>". A lo cual se puede añadir la confesión similar de Pedro, donde Cristo da este testimonio infalible: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos"<sup>861</sup>". Estas palabras bastan para probar que Pedro ya estaba justificado por su fe viva en el unigénito Hijo de Dios, de la que hizo una confesión tan notable y solemne. Pero ¿no negó después cobardemente a su maestro<sup>862</sup>, a pesar de haber oído de Él, a quien me niegue delante de los hombres, yo lo negaré delante de mi Padre?<sup>863</sup>" Sin embargo, tan pronto como con lágrimas en los ojos y con un corazón sollozante reconoció su ofensa, y con sincero arrepentimiento acudió a la misericordia de Dios, aferrándose firmemente a ella por la fe en aquel a quien había negado tan vergonzosamente, su pecado le fue perdonado y, como certificado y garantía de ello, no se le negó el lugar de su apostolado. Pero ahora observemos lo que sigue. Después de que el mismo santo apóstol, el domingo de Pentecostés, con el resto de los discípulos, recibió el don del Espíritu Santo en abundancia<sup>864</sup>, cometió una ofensa no pequeña en Antioquía, poniendo en duda las conciencias de los fieles con su ejemplo<sup>865</sup>. ¿Diremos ahora que, después de esta grave ofensa, fue

<sup>856</sup> 1 Sam. 13:14; Sal. 89:20; Hch. 13:22.

<sup>857</sup> 2 Sam. 7:12–16, 28–29.

<sup>858</sup> 2 Sam. 11:1–27.

<sup>859</sup> 2 Sam. 12:13.

<sup>860</sup> Juan 6:67–69.

<sup>861</sup> Mat. 16:17.

<sup>862</sup> Mat. 26:69–75.

<sup>863</sup> Mat. 10:33.

<sup>864</sup> Hch. 2:1, 4, 14, 37–38.

<sup>865</sup> Gál. 2:11–14.

completamente excluido y apartado de la gracia y misericordia de Dios, y que esta su transgresión, por la cual fue piedra de tropiezo para muchos, fue imperdonable? Dios no quiera que digamos eso.

Pero como estos ejemplos no se dan para que nos atrevamos a pecar, presumiendo de la misericordia y bondad de Dios, sino para que si, por la fragilidad de nuestra propia carne y la tentación del diablo, caemos en pecados semejantes, no desesperemos de la misericordia y bondad de Dios; así también debemos guardarnos y tener cuidado de no pensar en nuestros corazones, imaginar o creer que somos capaces de arrepentirnos correctamente o de volvernos eficazmente al Señor por nuestro propio poder y fuerza. Porque esto se cumple en todos los hombres: 'Sin mí nada podéis hacer'<sup>866</sup>. Otra vez: 'no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos'<sup>867</sup>. Y en otro lugar nos dice: 'Es Dios quien produce en nosotros tanto el querer como el hacer'<sup>868</sup>. Por esta causa, aunque Jeremías había dicho antes: 'Si te vuelves, oh Israel, vuélvete a mí, dice el Señor'<sup>869</sup>. Sin embargo, después dice: 'conviértete, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios'<sup>870</sup>. Y por eso el santo escritor y antiguo padre Ambrosio afirma claramente que la conversión del corazón a Dios procede de Dios<sup>871</sup>, como lo atestigua el mismo Señor por medio de su profeta, diciendo: 'Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón'<sup>872</sup>.

Consideradas estas cosas, roguemos encarecidamente al Dios vivo, nuestro Padre celestial, que nos conceda, por medio de su Espíritu Santo, obrar en nosotros un arrepentimiento verdadero y sincero, para que, después de las penosas fatigas y trabajos de esta vida, vivamos eternamente con su Hijo Jesucristo, a quien sea toda alabanza y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

2. Hasta ahora habéis oído, amados míos, cuán necesaria es la doctrina del arrepentimiento, y cuán encarecidamente se exhorta y expone en todas las Escrituras de Dios, tanto por los antiguos profetas como por nuestro Salvador Jesucristo y sus apóstoles; y que, por cuanto es la conversión o vuelta de todo el hombre a Dios, de quien nos alejamos por el pecado, deben observarse estos cuatro puntos: es decir, de dónde o de qué cosas debemos volver; a quién debemos volver; por qué medios debemos hacerlo, para que sea eficaz; y por último, de qué manera debemos comportarnos en ello, para que nos sea provechoso y alcancemos lo que buscamos con ello. También habéis aprendido que, es muy pestilente y perniciosa

---

<sup>866</sup> Juan 15:5.

<sup>867</sup> 2 Cor. 3:5.

<sup>868</sup> Fil. 2:13.

<sup>869</sup> Jer. 4:1.

<sup>870</sup> Jer. 31:18.

<sup>871</sup> Anónimo, De vocatione gentium, 1.8. Tradicionalmente atribuida a Ambrosio, pero también encontrada entre las obras de Próspero de Aquitania y del papa León I el Grande.

<sup>872</sup> Jer. 24:7.

la opinión de los que niegan el beneficio del arrepentimiento a aquellos que, después de haberse acercado a Dios y haber sido injertado en nuestro Salvador Jesucristo, por la fragilidad de su carne y la tentación del diablo, caen en algún pecado grave y detestable; por lo que debemos cuidarnos de no pensar que somos capaces por nosotros mismos, y por nuestras propias fuerzas, de volver al Señor nuestro Dios, de quien nos hemos alejado por nuestra maldad y pecado. Ahora se os declarará cuáles son las verdaderas partes del arrepentimiento, y qué cosas deben movernos a arrepentirnos y hacernos volver al Señor nuestro Dios con toda prontitud.

El arrepentimiento, como se ha dicho antes, es un verdadero retorno a Dios, por el cual los hombres, abandonando por completo su idolatría y maldad, con una fe viva abrazan, aman y adoran sólo al verdadero Dios viviente, y se entregan a toda clase de buenas obras, que por la palabra de Dios saben que le son aceptables. Ahora bien, hay cuatro partes en el arrepentimiento, las cuales, estando juntas, pueden compararse a una escalera fácil y corta, por la cual podemos subir desde el pozo sin fondo de la perdición, al que nos arrojamos por nuestras ofensas diarias y pecados graves, hasta el castillo o torre de la salvación eterna e interminable.

La primera es la contrición del corazón. Porque debemos estar seriamente arrepentidos de nuestros pecados, y lamentar y dolernos sin fingimiento de que con ellos hemos ofendido tan gravemente a nuestro muy generoso y misericordioso Dios, que tan tiernamente nos amó, que dio a su Hijo unigénito, para morir una muerte muy amarga, y derramar la sangre de su querido corazón para nuestra redención y liberación<sup>873</sup>. Y, en verdad, este dolor y aflicción interiores, concebidos en el corazón por la atrocidad del pecado, si son sinceros y no fingidos, son como un sacrificio para Dios; como atestigua el santo profeta David, diciendo: 'Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios'<sup>874</sup>. Pero para que esto suceda en nosotros, debemos ser diligentes en leer y escuchar las Escrituras y la palabra de Dios, que más vivamente pintan ante nuestros ojos nuestra suciedad natural y la enormidad de nuestra vida pecaminosa. Porque, a menos que tengamos un sentimiento profundo de nuestros pecados, ¿cómo puede ser que nos arrepintamos sinceramente de ellos? Antes de que David oyera la palabra del Señor por boca del profeta Natán, ¿qué pesadumbre había en él por el adulterio y el homicidio que había cometido<sup>875</sup>? De modo que bien puede decirse que dormía en su propio pecado. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que, cuando la gente oyó el sermón de Pedro, se compungieron y se quebrantaron de corazón<sup>876</sup>. Por lo tanto, aquellos que no tienen la menor intención ni de leer ni de escuchar la palabra de Dios, tienen muy pocas esperanzas de poner los pies o asirse del primer bastón o peldaño de esta escalera, sino que se hundirán cada vez más en el pozo sin fondo de la perdición. Porque, si a través del remordimiento de su

---

<sup>873</sup> Juan 3:16.

<sup>874</sup> Sal. 51:17.

<sup>875</sup> 2 Sam. 12:1–13.

<sup>876</sup> Hechos 2:37.

conciencia, que los acusa, sienten alguna pena interior, tristeza o pesadumbre por sus pecados; ya que quieren el bálsamo y el consuelo de la Palabra de Dios, que desprecian, será para ellos más bien un medio para llevarlos a la desesperación total que de otra manera.

La segunda es la confesión y el reconocimiento sinceros de nuestros pecados a Dios, a quien hemos ofendido tan gravemente con ellos que, si nos tratara según su justicia, mereceríamos mil infiernos, si pudiera haber tantos. Sin embargo, si con un corazón triste y contrito hacemos una confesión sincera de ellos a Dios, Él los perdonará libre y francamente, y pondrá todas nuestras maldades fuera de la memoria ante la vista de su Majestad, para que nunca más se piense en ellas<sup>877</sup>. A esto pertenece el dicho de oro del santo profeta David, donde dice de esta manera: 'Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah'<sup>878</sup>. Estas son también las palabras de Juan el Evangelista: ' Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad'<sup>879</sup>. Lo cual debe entenderse de la confesión que se hace a Dios. Porque estas son las palabras de San Agustín: La confesión que se hace a Dios es requerida por la ley de Dios, de la cual habla el apóstol Juan, diciendo: «Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda nuestra maldad». Porque, sin esta confesión, el pecado no es perdonado<sup>880</sup>. Esta es, pues, la confesión principal y más importante que, en las Escrituras y en la Palabra de Dios, se nos ordena hacer; y sin la cual nunca obtendremos el perdón y la remisión de nuestros pecados.

En efecto, además de ésta hay otra clase de confesión, que es requerida y necesaria. Y de la misma habla Santiago de esta manera, diciendo: 'Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados'<sup>881</sup>. Como si dijera: 'Abrid lo que os aflige, para que se encuentre remedio'. Y esto se ordena tanto para el que se queja como para el que escucha: que el uno muestre su dolor al otro. El verdadero sentido de esto es que los fieles deben reconocer sus ofensas, por las cuales ha surgido o crecido entre ellos algún odio, rencor, rencilla o malicia, para que pueda haber una reconciliación fraternal; sin la cual nada de lo que hagamos puede ser aceptable a Dios; como lo atestigua nuestro Salvador Jesucristo, diciendo: "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda"<sup>882</sup>. También puede entenderse así que debemos confesar nuestras debilidades y

<sup>877</sup> Eze. 18:21–22.

<sup>878</sup> Sal. 32:5.

<sup>879</sup> 1 Juan 1:9.

<sup>880</sup> Esta afirmación no se encuentra en ninguna de las obras auténticas de Agustín. Algo similar ocurre en Alcuino, De virtutibus et vitiis, 12–13, que alguna vez circuló bajo el nombre de Agustín.

<sup>881</sup> Santiago 5:16.

<sup>882</sup> Mateo 5:23–24.

flaquezas unos a otros, a fin de que, conociendo la flaqueza de cada uno, oremos juntos más fervorosamente a Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial, para que se digne perdonarnos nuestras flaquezas, por amor de su Hijo Jesucristo, y no nos las impute, cuando pague a cada uno según sus obras<sup>883</sup>.

Y, mientras que los adversarios tratan de arrebatarse este lugar, para mantener su confesión auricular, ellos mismos están muy engañados, y vergonzosamente engañan a otros; porque si este texto debe entenderse de la confesión auricular, entonces los sacerdotes están tan obligados a confesarse con los laicos, como los laicos están obligados a confesarse con ellos. Y si orar es absolver, entonces los laicos por este texto bíblico tienen tanta autoridad para absolver a los sacerdotes, como los sacerdotes tienen para absolver a los laicos. Esto lo percibió bien Juan Escoto, también llamado Duns, quien sobre este lugar escribe de esta manera: «Tampoco me parece que Santiago haya dado este mandamiento, o que lo haya establecido como recibido de Cristo. Porque, ante todo, ¿de dónde tenía autoridad para obligar a toda la iglesia, siendo él sólo obispo de la iglesia de Jerusalén? A menos que digas que esta iglesia era al principio la iglesia principal, y por consiguiente que él era el obispo principal, cosa que la sede de Roma nunca concederá. El entendimiento correcto de esto es entonces como rezan estas palabras: Confesaos vuestros pecados unos a otros: una persuasión a la humildad, por la cual quiere que nos confesemos generalmente a nuestros vecinos, que somos pecadores, según este dicho: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros"<sup>884</sup>».

Y cuando alegan esta palabra de nuestro Salvador Jesucristo al leproso, para probar que la confesión auricular se basa en la Palabra de Dios: «no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote<sup>885</sup>», ¿no ven que el leproso fue purificado de su lepra antes de que Cristo lo enviara al sacerdote para mostrarse a él? Por la misma razón debemos ser limpiados de nuestra lepra espiritual, es decir, nuestros pecados deben ser perdonados, antes de que vengamos a confesarnos. ¿Qué necesidad tenemos entonces de declarar nuestros pecados al oído del sacerdote, si ya han sido quitados? Por eso el santo Ambrosio, en su segundo sermón sobre el salmo ciento diecinueve, dice muy bien: 'Ve y muéstrate al sacerdote; ¿quién es el verdadero sacerdote, sino el que es sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec?<sup>886</sup> Por lo cual este santo padre da a entender que, habiendo cambiado tanto el sacerdocio como la ley<sup>887</sup>, no debemos reconocer a ningún otro sacerdote para la liberación de nuestros pecados, sino a nuestro Salvador Jesucristo, quien, siendo obispo soberano, con el sacrificio de su cuerpo y sangre, ofrecidos una vez para

<sup>883</sup> Mateo 16:27; Romanos 2:6.

<sup>884</sup> Duns Scotus, In sententias, 4.17.1.15–16. Parece que la cita aquí, junto con las oraciones inmediatamente anteriores, fueron tomadas de Musculus, Loci communes, in idem., De paenitentia, p. 258 (Basilea, 1599).

<sup>885</sup> Mt. 8:4.

<sup>886</sup> Ambrosio, Hom. in Psa. 118 (119), 3.30. La cita alude a Sal. 110:4; Heb. 5:6; 6:20.

<sup>887</sup> Heb. 7:12.

siempre sobre el altar de la cruz, limpia eficazmente la lepra espiritual y lava los pecados de todos aquellos que con verdadera confesión de los mismos acuden a Él.

Es muy evidente y claro que esta confesión auricular no tiene su justificación en la Palabra de Dios; de lo contrario, no habría sido lícito que Nectario, obispo de Constantinopla, en una ocasión justa la hubiera suprimido<sup>888</sup>. Porque, cuando se abusa de cualquier cosa ordenada por Dios por la lascivia de los hombres, el abuso debe ser quitado, y la cosa en sí debe permanecer. Además, estas son las palabras de San Agustín: "¿Qué tengo yo que ver con los hombres, para que oigan mi confesión, como si pudieran curar mis enfermedades? Curiosa clase de hombres para conocer la vida ajena, y perezosos para corregir y enmendar la propia. ¿Por qué quieren saber de mí lo que soy, si no quieren saber de sí lo que ellos son? ¿Y cómo pueden saber, cuando oyen de mí mismo, si digo la verdad o no, puesto que «ningún mortal sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?»<sup>889</sup>" Agustín no habría escrito así, si la confesión auricular se hubiera usado en su tiempo. Así que, no siendo estorbados en nuestra conciencia por esto, con temor y temblor, y con un corazón verdaderamente contrito, usemos esa clase de confesión que Dios ordena en su Palabra; y entonces, sin duda, como Él es "fiel y justo, nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad"<sup>890</sup>. No digo, sino que, si alguien se encuentra atribulado en su conciencia, puede acudir a su sabio coadjutor o pastor, o a algún otro sabio piadoso, y mostrarle el problema y la duda de su conciencia, para que pueda recibir de su mano el comfortable bálsamo de la Palabra de Dios; pero es contrario a la verdadera libertad cristiana que alguien esté obligado a contar sus pecados, como se ha hecho hasta ahora en tiempos de ceguera e ignorancia.

La tercera parte del arrepentimiento es la fe, por la cual comprendemos y nos aferramos a las promesas de Dios sobre el perdón gratuito de nuestros pecados, promesas que nos han sido selladas con la muerte y el derramamiento de la sangre de su Hijo Jesucristo. Porque, ¿de qué nos serviría y aprovecharía lamentarnos de nuestros pecados, dolernos y sollozar por haber ofendido a nuestro bondadoso y misericordioso Padre, o confesar y reconocer nuestras ofensas y delitos, aunque nunca se haga tan sinceramente, a menos que creamos firmemente y estemos plenamente persuadidos de que Dios, por su Hijo Jesucristo, nos perdonará todos nuestros pecados y los borrará de su memoria y de su vista? Por tanto, los que enseñan el arrepentimiento sin una fe viva en nuestro Salvador Jesucristo, no enseñan otra cosa sino el arrepentimiento de Judas; como todos los escolásticos, que sólo admiten estas tres partes del arrepentimiento: la contrición del corazón, la confesión de la boca y la satisfacción de la obra<sup>891</sup>. Pero todas estas cosas

<sup>888</sup> Sozomen, Historia ecclesiastica, 7.16. Nectario fue obispo de Constantinopla de 381 a 397.

<sup>889</sup> Agustín, Confessiones, 10.3. La Escritura citada es 1 Cor. 2:11.

<sup>890</sup> 1 Juan 1:9.

<sup>891</sup> Esto fue claramente establecido por el concilio de Trento, sesión 6 (decreto sobre la justificación), c. 14; sesión 14, c. 3 y De paenitentia, c. 4.

encontramos en el arrepentimiento de Judas, que en apariencia externa excedía y sobrepasaba con mucho el arrepentimiento de Pedro. Porque, ante todo, leemos en el Evangelio que Judas estaba tan triste y apesadumbrado, sí, que estaba lleno de tal angustia y vejación de mente, por lo que había hecho, que no podía soportar seguir viviendo. ¿No confesó también abiertamente su culpa antes de ahorcarse, cuando dijo: 'Yo he pecado entregando sangre inocente'<sup>892</sup>? Y en verdad ésta fue una confesión muy audaz, que podría haberle acarreado grandes problemas. Porque con ella acusó al sumo sacerdote y a los ancianos de derramar sangre inocente, y de ser unos asesinos abominables. También les dio cierta satisfacción al devolverles el dinero. No leemos nada semejante de Pedro, aunque había cometido un pecado muy atroz y una ofensa muy grave al negar a su maestro. Encontramos que salió y lloró amargamente<sup>893</sup>; de lo cual Ambrosio habla de esta manera: 'Pedro se arrepintió y lloró, porque erró como hombre. No encuentro lo que dijo; sé que lloró. Leo de sus lágrimas, pero no de sus obras de satisfacción'<sup>894</sup>. ¿Pero cómo es posible que uno fuera recibido de nuevo en gracia de Dios, y el otro desechado, sino porque el uno, por una fe viva en aquel a quien había negado, se aferró a la misericordia de Dios, mientras que el otro careció de fe, por lo cual desesperó de la bondad y misericordia de Dios? Es, pues, evidente y claro que, aunque nunca estemos tan sinceramente arrepentidos de nuestros pecados, los reconozcamos y confesemos, todas estas cosas no serán más que medios para llevarnos a la más completa desesperación, a menos que creamos firmemente que Dios, nuestro Padre celestial, por amor de su Hijo Jesucristo, perdonará nuestras ofensas y delitos, y los borrará por completo de su memoria. Por lo tanto, como dijimos antes, los que enseñan el arrepentimiento sin Cristo, y una fe viva en la misericordia de Dios, sólo enseñan el arrepentimiento de Caín o de Judas.

La cuarta es, una enmienda de vida, o una nueva vida, produciendo frutos dignos de arrepentimiento. Porque los que verdaderamente se arrepienten, deben ser limpiamente alterados y cambiados; deben convertirse en nuevas criaturas; ya no deben ser los mismos que eran antes. Es por esto Juan Bautista dijo a los fariseos y saduceos que vinieron a su bautismo: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento"<sup>895</sup>. Por lo cual aprendemos que, si queremos aplacar la ira de Dios, no debemos disimular en modo alguno, sino volvernos a Él con un arrepentimiento verdadero y sano, que puede conocerse y declararse por los buenos frutos, como por sus señales más seguras e infalibles. Los que desde el fondo de su corazón reconocen sus pecados y están sinceramente arrepentidos de sus ofensas, se despojarán de toda hipocresía y se revestirán de verdadera humildad y bajeza de corazón. No sólo recibirán al médico del alma, sino que también lo desearán fervientemente. No sólo se abstendrán de los pecados de su vida anterior, y de todos los demás vicios

---

<sup>892</sup> Mateo 27:3–5.

<sup>893</sup> Mateo 26:75.

<sup>894</sup> Ambrosio, Exp. in Lucam, 10.88, citado en C. 2, q. 33, c. 3, De paenitentia, 1.1.

<sup>895</sup> Mateo 3:7–8.

inmundos, sino que también huirán, evitarán y aborrecerán todas las ocasiones de ellos. Y, así como antes se entregaban a la inmundicia de la vida, de aquí en adelante, con toda diligencia, se entregarán a la inocencia, a la pureza de vida y a la verdadera piedad.

Tenemos como ejemplo a los ninivitas, los cuales, ante la predicación de Jonás, no sólo proclamaron un ayuno general y que todos se vistieran de cilicio, sino que todos se convirtieron de sus malos caminos y de la maldad que había en sus manos<sup>896</sup>. Pero por encima de todas las demás, la historia de Zaqueo es la más notable: porque habiendo venido a nuestro Salvador Jesucristo, dijo: 'He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado<sup>897</sup>'. Aquí vemos que después de su arrepentimiento ya no era el hombre que era antes, sino que estaba limpiamente cambiado y alterado. Estaba tan lejos de continuar y permanecer en su insaciable codicia, o de tomar algo fraudulentamente de cualquier hombre, que más bien estaba dispuesto y listo a dar lo suyo, y a satisfacer a todos aquellos a quienes había hecho daño y agravio. Aquí podemos añadir muy bien a la mujer pecadora, la cual, cuando vino a nuestro Salvador Jesucristo, derramó tal abundancia de lágrimas de sus ojos lascivos, con los cuales había atraído a muchos a la locura, que con ellas le lavó los pies, enjugándolos con los cabellos de su cabeza, los cuales acostumbraba a presentar gloriosamente, haciendo de ellos una red del diablo<sup>898</sup>. Con esto aprendemos cuál es la satisfacción que Dios exige de nosotros: que dejemos de hacer el mal y hagamos el bien<sup>899</sup>; y que, si hemos hecho mal a alguien, nos esforcemos por enmendárselo con todas nuestras fuerzas, siguiendo en esto el ejemplo de Zaqueo y el de esta mujer pecadora, y también aprendamos de corazón aquella buena lección que Juan Bautista, hijo de Zacarías, dio a los que venían a pedirle consejo.

Esta era comúnmente la penitencia que Cristo imponía a los pecadores: "Vete y no peques más<sup>900</sup>": Esta penitencia nunca podremos cumplirla sin la gracia especial de Aquel que dice: "Sin mí nada podéis hacer<sup>901</sup>". Por lo tanto, si al menos deseamos la salud y la salvación de nosotros mismos, debemos rogar encarecidamente a nuestro Padre celestial que nos asista con su Espíritu Santo, para que podamos escuchar la voz del verdadero pastor y seguirlo con la obediencia debida. Escuchemos la voz de Dios Todopoderoso, cuando nos llama al arrepentimiento; no endurezcamos nuestros corazones, como hacen los infieles, que abusan del tiempo que Dios les da para arrepentirse, y lo utilizan para continuar con su orgullo y desprecio contra Dios y los hombres; que no saben cuánto "atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios<sup>902</sup>". Cuando hayamos

---

<sup>896</sup> Jonás 3:4–10.

<sup>897</sup> Lucas 19:8.

<sup>898</sup> Lucas 7:37–38.

<sup>899</sup> Salmo 34:14; Isaías 50:16–17.

<sup>900</sup> Juan 5:14; 8:11.

<sup>901</sup> Juan 15:5.

<sup>902</sup> Rom. 2:5.

quebrantado la ley de Dios, arrepintámonos de habernos apartado de tan buen Señor. Confesemos nuestra indignidad ante Él; pero confiemos en la misericordia gratuita de Dios por amor de Cristo, para el perdón de la misma. Y de ahora en adelante esforcémonos por caminar en una vida nueva, como niños recién nacidos<sup>903</sup>, mediante la cual podamos glorificar a nuestro Padre que está en los cielos<sup>904</sup>, y así dar en nuestras conciencias un buen testimonio de fe; para que, al final, obtengamos la fruición de la vida eterna, por los méritos de nuestro Salvador: a quien sea toda alabanza y honor por los siglos. Amén.

3. En la última homilía que os dirigí, amado pueblo de nuestro Salvador Cristo, oísteis hablar de las verdaderas partes y señales del arrepentimiento, es decir, de la sincera contrición y tristeza de nuestros corazones; de la confesión sincera de palabra de nuestra vida indigna ante Dios; de la fe firme en los méritos de nuestro Salvador Cristo para obtener el perdón; y del propósito de nosotros mismos, por la gracia de Dios, de renunciar a nuestra mala vida anterior y de convertirnos plenamente a Dios en una vida nueva, glorificar su nombre, y vivir ordenada y caritativamente, para consuelo de nuestro prójimo, con toda justicia; y vivir sobria y modestamente para nosotros mismos, usando la abstinencia y la templanza de palabra y de obra, en mortificar nuestros miembros terrenales aquí en este mundo<sup>905</sup>. Ahora bien, para persuadiros aún más a que os mováis a esas partes del arrepentimiento, os declararé algunas causas, que son las que principalmente deberían conducirnos al arrepentimiento.

En primer lugar, el mandamiento de Dios, que en tantos lugares de las santas y sagradas Escrituras nos ordena que volvamos a Él. "Volved a aquel contra quien se rebelaron profundamente los hijos de Israel<sup>906</sup>". Otra vez, "volved a vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?<sup>907</sup>" Y, en otro lugar, así habla por medio de su santo profeta Oseas: "vuelve, oh Israel, a Jehová tu Dios; porque por tu pecado has caído. Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová, y decidle: Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios<sup>908</sup>". En todos estos lugares tenemos un mandamiento expreso que Dios nos da para que volvamos a Él. Por lo tanto, debemos cuidarnos bien, no sea que, como ya hemos provocado y encendido la ira de Dios contra nosotros por nuestros múltiples pecados y transgresiones, al quebrantar este mandamiento dupliquemos nuestras ofensas, y así amontonemos aún más condenación sobre nuestras propias cabezas por nuestras ofensas y transgresiones diarias, con lo cual provocamos e irritamos los ojos de su Majestad. Mereceremos, si nos trata según su justicia, ser apartados para siempre de la fruición de su gloria.

---

<sup>903</sup> 1 Pedro 2:2.

<sup>904</sup> Mateo. 5:16.

<sup>905</sup> Col. 3:5.

<sup>906</sup> Isaías. 31:6.

<sup>907</sup> Ezeq. 33:11.

<sup>908</sup> Oseas 14:1-2.

Cuánto más, pues, mereceremos los tormentos sin fin del infierno, si después de nuestra rebelión se nos llama suavemente y se nos ordena volver, pero no escuchamos la voz de nuestro Padre celestial, sino que seguimos la obstinación de nuestro corazón.

En segundo lugar, la promesa más consoladora y dulce, que el Señor nuestro Dios, por su mera misericordia y bondad, unió a su mandamiento. Porque no sólo dice: 'Vuélvete a mí, oh Israel', sino también: "Si te volvieres, oh Israel, dice Jehová, vuélvete a mí. Y si quitares de delante de mí tus abominaciones, y no anduvieres de acá para allá, y jures: Vive Jehová, en verdad, en juicio y en justicia, entonces las naciones serán benditas en él, y en él se gloriarán<sup>909</sup>". Estas palabras también las tenemos en el profeta Ezequiel: "Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá<sup>910</sup>". Así estamos suficientemente instruidos de que Dios, de acuerdo con su promesa, perdonará gratuitamente, sí, perdonará y olvidará todos nuestros pecados, de modo que nunca seremos arrojados a la condenación con ellos, si, obedeciendo su mandamiento, y atraídos por sus dulces promesas, volvemos a Él sin fingimiento.

En tercer lugar, la inmundicia del pecado, que es tal, que mientras permanezcamos en él, Dios no puede sino detestarnos y aborrecernos, ni puede haber esperanza alguna de que entremos en la Jerusalén celestial, a menos que primero seamos limpiados y purificados de él<sup>911</sup>. Pero esto nunca sucederá, a menos que, abandonando nuestra vida anterior, volvamos de todo corazón al Señor nuestro Dios, y, con un propósito pleno de enmienda de vida, huyamos a su misericordia, asiéndonos firmemente de ella por la fe en la sangre de su Hijo Jesucristo. Si sospecháramos que hay alguna inmundicia en nosotros, por la cual el príncipe terrenal nos aborreciera y abominara al vernos, ¡cuánto nos esforzaríamos por quitarla y desecharla! Cuánto más deberíamos, con toda la diligencia y prontitud posibles, desechar esa inmundicia asquerosa que nos separa y hace división entre nosotros y nuestro Dios, y que hace que oculte su rostro de nosotros para no oírnos<sup>912</sup>. Y en verdad aquí se muestra cuán sucio es el pecado, ya que no puede ser lavado por ningún otro medio, sino por la sangre del unigénito Hijo de Dios, nuestro Salvador y redentor, para purificarnos de él. Platón escribe en cierto lugar que, si la virtud pudiera verse con los ojos corporales, todos los hombres se inflamarían y encenderían maravillosamente con el amor a ella<sup>913</sup>. Así, por el contrario, si pudiéramos contemplar con nuestros ojos corporales la suciedad del pecado y la inmundicia del mismo, de ningún modo podríamos soportarlo, sino que, como el

---

<sup>909</sup> Jer. 4:1.

<sup>910</sup> Ezeq. 18:21–22.

<sup>911</sup> Apocalipsis 21:27; 22:14–15.

<sup>912</sup> Isaías. 59:2.

<sup>913</sup> Platón, Fedro, pág. 250D.

veneno más real y mortal, lo odiaríamos y evitaríamos. Tenemos una experiencia común de lo mismo en ellos, que cuando han cometido alguna ofensa atroz, o algún pecado sucio y abominable, si alguna vez sale a la luz, o si por casualidad tienen un sentimiento profundo de ello, quedan tan avergonzados, y su propia conciencia pone ante sus ojos la inmundicia de su acto, que no se atreven a mirar a nadie a la cara, mucho menos a poder estar a la vista de Dios.

En cuarto lugar, la incertidumbre y fragilidad de nuestras propias vidas, que es tal, que no podemos asegurarnos que viviremos una hora, o media cuarta parte de ella. Lo cual, por experiencia, comprobamos diariamente, en aquellos que, estando ahora alegres y lujuriosos, y a veces de fiesta y banquetando con sus amigos, caen repentinamente muertos en las calles, y otras veces sobre la mesa cuando aún están comiendo. Estos ejemplos cotidianos, así como son muy terribles y espantosos, deben movernos a procurar estar de acuerdo con nuestro juez celestial, para que podamos comparecer ante Él con buena conciencia, cuando le plazca llamarnos, ya sea repentinamente o de otra manera; porque no tenemos más carta de nuestra vida que lo que se nos permite vivir. Pero, así como estamos seguros de que moriremos, también estamos inseguros de cuándo moriremos. Porque nuestra vida está en manos de Dios, quien nos la quitará cuando le plazca. Y, en verdad, cuando venga el más alto verano de todos, que es la muerte, no se le dirá que no; sino que debemos inmediatamente estar preparados, para estar presentes ante el tribunal de Dios, tal como Él nos encuentre; según está escrito: "si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará"<sup>914</sup>. Con lo cual concuerda la sentencia del santo mártir de Dios, San Cipriano, que dice: "Como Dios te encuentra cuando te llama, así te juzgará"<sup>915</sup>. Por tanto, sigamos el consejo del sabio, que dice: «No tardes en volverte a él; no lo dejes siempre para el día siguiente. Porque, cuando menos lo pienses, el Señor se enojará, y perecerás el día del castigo»<sup>916</sup>. Deseo que prestes mucha atención a estas palabras, porque ponen muy claramente ante nuestros ojos la inclinación de muchos hombres que, abusando de la longanimidad y bondad de Dios, nunca piensan en el arrepentimiento o la enmienda de su vida. "No confíes en tus fuerzas para seguir tus caprichos. No digas: «Nadie puede contra mí», porque el Señor te pedirá cuentas. No digas: «Pequé, y nada me sucedió.» Lo que pasa es que Dios es muy paciente. No confíes en su perdón para seguir pecando más y más. No digas: «Dios es muy compasivo; por más que yo peque, me perdonará». Porque él es compasivo, pero también se enoja, y castiga con ira a los malvados»<sup>917</sup>. Como si dijeras: ¿Eres fuerte y valiente? ¿Eres joven y vigoroso? ¿Tienes las riquezas y los bienes del mundo? ¿O, cuando has pecado, no has recibido ningún castigo por ello? Que ninguna de todas estas cosas te haga tardar en arrepentirte y volver con prontitud al Señor; porque en el día del castigo

---

<sup>914</sup> Ecl. 11:3.

<sup>915</sup> Anónimo, Exp. in Apocalypsin, Hom. 11. El homilista parece haber confundido a Cipriano con Agustín, a quien tradicionalmente se le atribuía la homilía.

<sup>916</sup> Eclesiástico 5:7

<sup>917</sup> Eclesiástico 5:2-6

y de su repentina venganza, no podrán ayudarte. Y especialmente cuando seas llamado al arrepentimiento, ya sea por la violación de la palabra de Dios, o por algún movimiento interno de su Espíritu Santo, o por algún otro medio, no descuides la buena ocasión que se te otorga; no sea que, cuando quieras arrepentirte, no tengas la gracia para hacerlo. Porque el arrepentimiento es un buen don de Dios, que Él nunca concederá a quienes, viviendo en seguridad carnal, se burlan de sus amenazas o tratan de gobernar su Espíritu a su antojo, como si su obra y sus dones estuvieran atados a su voluntad.

En quinto lugar, evitar las plagas de Dios y la destrucción total que, por su justo juicio, se cierne sobre las cabezas de todos aquellos que de ninguna manera se vuelvan al Señor. “Yo”, dice el Señor, “los daré por escarnio y por mal a todos los reinos de la tierra; por infamia, por ejemplo, por refrán y por maldición a todos los lugares adonde yo los arroje. Y enviaré sobre ellos espada, hambre y pestilencia, hasta que sean exterminados de la tierra que les di a ellos y a sus padres<sup>918</sup>”. ¿Y por qué es esto? Porque endurecieron sus corazones y de ninguna manera se volvieron de sus malos caminos, ni abandonaron la maldad que estaba en sus propias manos, para que el ardor de la furia del Señor se apartara de ellos<sup>919</sup>. Pero, sin embargo, esto no es nada en comparación con los tormentos intolerables e interminables del fuego del infierno; lo cual estarán dispuestos a sufrir quienes, “por la dureza de su corazón, que no pueden arrepentirse, acumulan para sí mismos ira para el día de la ira y de la declaración del justo juicio de Dios<sup>920</sup>”. Considerando que, si nos arrepentimos y nos entristecemos sinceramente de nuestros pecados, y con pleno propósito de enmienda de vida huimos a la misericordia de nuestro Dios, y, asiéndonos firmemente a ella mediante la fe en nuestro Salvador Jesucristo, producimos frutos dignos de arrepentimiento<sup>921</sup>, no sólo nos colmará de bendiciones aquí en este mundo, sino que al final, después de las penosas fatigas de esta vida, nos recompensará con la herencia de sus hijos, que es el reino de los cielos, adquirido para nosotros con la muerte de su Hijo Jesucristo, Señor nuestro. Al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea toda alabanza, gloria y honor, por los siglos de los siglos.

**Amén.**

---

<sup>918</sup> Jeremías 24:9-10

<sup>919</sup> Jonás 3:8-9.

<sup>920</sup> Rom. 2:5.

<sup>921</sup> Mat. 3:8.

## Homilía contra la Desobediencia y la Rebelión Deliberada.



*Autor desconocido.*

1. Así como Dios, creador y Señor de todas las cosas, puso a sus ángeles y criaturas celestiales en toda obediencia para que sirvieran y honraran a su majestad<sup>922</sup>, así también quiso que el hombre, su principal criatura sobre la tierra, viviera bajo la obediencia de su creador y Señor, y por eso Dios, tan pronto como creó al hombre, le dio un cierto precepto y ley, que él, estando aún en estado de inocencia y permaneciendo en el paraíso, debería observar como prenda y señal de su debida y obligada obediencia, esto con amenaza de muerte si transgredía y quebrantaba dicha ley y mandamiento<sup>923</sup>. Como Dios quiso que el hombre fuera su obediente súbdito, estableció que todas las criaturas terrenales estuvieran sujetas al hombre<sup>924</sup>, de tal forma que estas guardaron su debida obediencia al hombre mientras él permaneció en su obediencia a Dios. En cuya obediencia, si el hombre hubiera continuado, no habría habido pobreza, ni enfermedades, ni dolencias, ni muerte, ni otras miserias, con las que ahora la humanidad está infinita y miserablemente afligida y oprimida. Así aparece aquí el reino original de Dios sobre los ángeles y los hombres y universalmente sobre todas las cosas, y del hombre sobre las criaturas terrenales que Dios había hecho sujetas a él, y además la felicidad y el estado bendito en que los ángeles, los hombres y todas las criaturas habían permanecido si hubieran continuado en la debida obediencia a Dios su Rey. Mientras en este primer reino los súbditos continuaron en debida obediencia a Dios su rey, Dios abrazó a todos sus súbditos con su amor, favor y gracia, cuyo disfrute es la felicidad perfecta. Por lo cual es evidente que la obediencia es la virtud principal de todas las virtudes, y en verdad la raíz misma de todas las virtudes y la causa de toda felicidad.

<sup>922</sup> Sal. 97:7; 103:20; 148:2; Dan. 3:58; 7:10; La oración de Azarías y el cántico de los tres jóvenes, 37; Mat. 26:53; Col. 1:16; Heb. 1:4, 14; Apoc. 19:10.

<sup>923</sup> Gén. 2:17.

<sup>924</sup> Gén. 1:28.

Pero como toda felicidad y bienaventuranza debieron haber continuado con el mantenimiento de la obediencia, así también con la violación de esta y la irrupción de la rebelión, todos los vicios y miserias invadieron y abrumaron al mundo. El primer autor de esta rebelión (la raíz de todos los vicios y la madre de todos los males), fue Lucifer, la primera criatura más excelente de Dios y quien debía ser su súbdito más obligado, quien, al rebelarse contra la majestad de Dios, siendo el ángel más brillante y glorioso, se convirtió en el demonio y el diablo más obscuro y más inmundo, y desde lo alto del cielo cayó al abismo y fondo del infierno<sup>925</sup>. Aquí, puedes ver al primer autor y fundador de la rebelión y la recompensa de esta. Aquí podéis ver al gran capitán y padre de todos los rebeldes, quien persuadiendo a nuestros primeros padres Adán y Eva a seguir su rebelión contra Dios, su Creador y Señor<sup>926</sup>, los condujo a un alto desagrado con su Dios<sup>927</sup>; provocó así, su exilio y destierro del paraíso, un lugar de todo placer y bondad, a esta tierra miserable y valle de toda desdicha, procurándoles dolores de sus mentes, males, enfermedades, dolencias, muerte de sus cuerpos, y lo que es mucho más horrible que todos los males mundanos y corporales, la provocación de su muerte y condenación eterna y perpetua<sup>928</sup>, siendo esta su única suerte, si Dios, por la obediencia de su Hijo Jesucristo, no hubiera reparado lo que el hombre había destruido por su desobediencia y rebelión, y por su misericordia no lo hubiera perdonado y absuelto, de lo cual las Sagradas Escrituras dan testimonio en diversos lugares de todas y cada una de estas premisas. Así, pues, veis que ni el cielo ni el paraíso podían tolerar ninguna rebelión en ellos, ni ser lugares en los que pudieran permanecer rebeldes. Así, pues, la rebelión se convirtió, como veis, en el primer y mayor inicio de todos los demás pecados, sí, la raíz misma de estos, y también, en la primera y principal causa de todas las miserias, dolores, enfermedades, dolencias y muertes mundanas y corporales, y lo que es infinitamente peor que todas ellas, como se nos enseña, la causa misma de la muerte y condenación eternas también.

Después de este quebrantamiento de la obediencia a Dios y de la rebelión contra su majestad, con lo que todos los males y miserias irrumpieron y desbordaron el mundo, para que todas las cosas no llegaran a la confusión y a la ruina total, Dios inmediatamente, mediante leyes dadas a la humanidad, reparó de nuevo la regla y el orden de la obediencia así derribados por la rebelión<sup>929</sup>, y además de la obediencia debida a su majestad, no sólo ordenó que en las familias y en los hogares la mujer fuera obediente a su marido, los hijos a sus padres, los siervos a sus amos<sup>930</sup>, sino que también, cuando la humanidad creció y se extendió más ampliamente por el mundo, por su santa Palabra constituyó y ordenó en las ciudades y en los países varios y especiales gobernadores y gobernantes a quienes el resto de su pueblo

<sup>925</sup> Mt. 4:9; 25:41; Juan 8:44; 2 Pedro 2:4; Judas 6; Apoc. 12:7.

<sup>926</sup> Gén. 3:1–7; Sabiduría 2:24.

<sup>927</sup> Gén. 3:8–9, 17, 23–4.

<sup>928</sup> Ro. 5:12, 19.

<sup>929</sup> Gén. 3:17.

<sup>930</sup> Génesis 3:16; Efesios 6:1–5.

debía obedecer. Como al leer las Sagradas Escrituras encontraremos en muchísimos y casi infinitos lugares, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, que los reyes y príncipes, tanto los malos como los buenos, reinan por orden de Dios, y que los súbditos están obligados a obedecerlos<sup>931</sup>, que Dios da a los príncipes sabiduría, gran poder y autoridad, que Dios los defiende contra sus enemigos y los destruye terriblemente, que “como rugido de cachorro de león es el terror del rey; la ira del rey es mensajero de muerte; mas el hombre sabio la evitará”, y que “el que lo enfurece peca contra sí mismo<sup>932</sup>”, con muchas otras cosas concernientes tanto a la autoridad de los príncipes como al deber de los súbditos.

Pero recordemos dos lugares especiales del Nuevo Testamento que sobresalen por encima de todos los demás. El primero de la epístola de San Pablo a los Romanos, y el capítulo decimotercero, donde escribe así a todos los súbditos: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra<sup>933</sup>”. El segundo pasaje bíblico está en la primera epístola de San Pedro y en el capítulo segundo, cuyas palabras son éstas: “Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar<sup>934</sup>”. Hasta aquí San Pedro.

Por estos dos textos de las Sagradas Escrituras es más evidente que los reyes, reinas y otros príncipes (pues habla de autoridad y poder, sea en hombres o mujeres), son ordenados por Dios, deben ser obedecidos y honrados por sus súbditos; que los súbditos que son desobedientes o rebeldes contra sus príncipes

<sup>931</sup> Job 34:30; 36:7; Eclesiastés 8:2; 10:16–17, 20; Salmos 18:50; 20:6; 21:1; 144:1; Proverbios 8:15.

<sup>932</sup> Proverbios 19:12; 16:14; 20:2.

<sup>933</sup> Romanos 13:1–7.

<sup>934</sup> 1 Pedro 2:13–18.

desobedecen a Dios y procuran su propia condenación; que el gobierno de los príncipes es una gran bendición de Dios, dada para la república, especialmente de los buenos y piadosos (para el consuelo y cariño de a quienes Dios da y les establece príncipes), y por otra parte, para el temor y para el castigo de los malos y malvados; finalmente, aprendemos que si los siervos deben obedecer a sus amos, no sólo a aquellos que son mansos, sino también a aquellos que son perversos, así también y con mucha más razón los súbditos deben ser obedientes, no sólo a sus príncipes buenos y corteses, sino también a aquellos que son severos y rigurosos. Por lo tanto, no es fruto del azar o la fortuna (como lo llaman), ni de la ambición de hombres y mujeres mortales que ascienden por su propia voluntad al dominio, que haya reyes, reinas, príncipes y otros gobernadores sobre hombres que son sus súbditos; sino que todos los reyes, reinas y otros gobernadores son designados especialmente por ordenanza de Dios.

Y como Dios mismo, siendo de una majestad, poder y sabiduría infinitas, gobierna y rige todas las cosas en el cielo y en la tierra, como el monarca universal y único rey y emperador sobre todo, como el único capaz de tomar y llevar la carga de todo<sup>935</sup>; así ha constituido, ordenado y puesto príncipes terrenales sobre reinos y dominios particulares en la tierra, tanto para evitar toda confusión (que de otra manera habría en el mundo, si no tuviera tales gobernadores), como para la gran tranquilidad y beneficio de los hombres terrenales sus súbditos, y también para que los príncipes mismos, en autoridad, poder, sabiduría, providencia y justicia en el gobierno de los pueblos y países encomendados a su cargo, se asemejen a su gobierno celestial, ya que la majestad de las cosas celestiales puede ser sombreada y asemejada por la bajeza de las cosas terrenales. Y por esa similitud que hay entre la monarquía celestial y los reinos terrenales bien gobernados, nuestro Salvador Cristo en varios lugares dice que "por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey<sup>936</sup>". Y así como el nombre rey es atribuido y muy a menudo dado a Dios en las Sagradas Escrituras<sup>937</sup>, así también Dios mismo en las mismas Escrituras se digna a veces a comunicar su nombre con los príncipes terrenales, llamándolos dioses<sup>938</sup>; sin duda por esa semejanza de gobierno que tienen, o deberían tener, no diferente a la de Dios su rey.

Cuanto más se acerque un príncipe terrenal a la semejanza del gobierno celestial, mayor será la bendición de la misericordia de Dios para el país y el pueblo sobre los que reina; y cuanto más se aparte un príncipe terrenal del ejemplo del gobierno celestial, mayor será la plaga de la ira y el castigo de la justicia de Dios para el país y el pueblo sobre los que Dios ha puesto a tal príncipe y gobernador, esto debido a sus pecados. Porque es evidente, tanto por las Escrituras como por la experiencia diaria, que el mantenimiento de toda virtud y piedad, y, en

---

<sup>935</sup> Salmos 10:16; 45:6; 47:2.

<sup>936</sup> Mateo 18:23, 22:2.

<sup>937</sup> Salmos 10:16; 45:1; 47:2; Mateo 22:13; 25:34.

<sup>938</sup> Sal. 82:6.

consecuencia, de la riqueza y la prosperidad de un reino y un pueblo, depende y se apoya más en un príncipe sabio y bueno, por una parte, que en grandes multitudes de otros hombres que sean súbditos; Por el contrario, la destrucción de toda virtud y piedad, y, en consecuencia, la decadencia y ruina total de un reino y de un pueblo, se produce más por un gobernador impío y malvado que por muchos miles de otros hombres que sean sus súbditos. Así dicen las Sagradas Escrituras: «Bienaventurada tú, oh tierra», dice el predicador, “cuando tu rey es hijo de nobles, y tus príncipes comen a su hora, para reponer sus fuerzas y no para beber<sup>939</sup>”. Nuevamente leemos: “Un rey sabio y justo enriquece a su reino y a su pueblo”, y: “Un príncipe bueno, misericordioso y clemente es como una sombra en el calor, como una defensa en las tormentas, como el rocío, como las dulces lluvias, como las frescas fuentes de agua en las grandes sequías<sup>940</sup>”. De nuevo las Escrituras, con referencia a los príncipes impíos y malvados hablan así: “¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es muchacho, y tus príncipes banquetean de mañana!<sup>941</sup>”. Otra vez: “Cuando los malvados reinan, entonces los hombres van a la ruina”. Y otra vez: “Un príncipe necio destruye al pueblo”, y: “el príncipe falto de entendimiento multiplicará la extorsión<sup>942</sup>”. Así hablan las Escrituras, así lo atestigua la experiencia, de los príncipes buenos y malos.

¿Qué deben hacer entonces los súbditos? ¿Obedecerán a los príncipes valientes, valerosos, sabios y buenos, y despreciarán, desobedecerán y se rebelarán contra los jóvenes que son sus príncipes, o contra los gobernantes impíos y malos? Dios no lo quiera. En primer lugar, ¡qué cosa tan peligrosa sería confiar a los súbditos el juicio de qué príncipe es sabio y piadoso y su gobierno bueno y cuál es de otro modo, como si el pie debiera juzgar a la cabeza, una empresa muy atroz y que necesariamente ha de generar rebelión! Pues, ¿quiénes son los más propensos a la rebelión, sino esos espíritus altivos? ¿De quién proviene tan vil ruina de los reinos? ¿No es la rebelión el mayor de todos los males? ¿Y quiénes son los más dispuestos a los mayores males, sino los peores hombres? Por lo tanto, los rebeldes, los peores de todos los súbditos, son los más dispuestos a la rebelión, por ser el peor de todos los vicios y lo más alejado del deber de un buen súbdito; Por el contrario, los mejores súbditos son los más firmes y constantes en la obediencia, siendo esta la virtud especial y peculiar de los buenos súbditos. ¡Qué indigno sería, pues, que los súbditos más malos y más inclinados a la rebelión y a todo mal fuesen jueces de sus príncipes, de su gobierno y de sus consejeros, para determinar cuáles de ellos son buenos o tolerables y cuáles son malos y tan intolerables que necesariamente deben ser destituidos por rebeldes, estando siempre dispuestos, como los súbditos más malos, a rebelarse más pronto contra los mejores príncipes, especialmente si son jóvenes en edad, mujeres en sexo o gentiles y cortesés en el gobierno; confiando en que con su malvada audacia fácilmente derribarán su generosidad y gentileza, o al

<sup>939</sup> Eclesiastés 10:17

<sup>940</sup> Prov. 16:15; 19:12; 29:4; Ecl. 10:17; Isa. 32:1-2.

<sup>941</sup> Ecl. 10:16.

<sup>942</sup> Prov. 28:12, 16; 29:4.

menos sembrarán temor de tal manera en las mentes de tales príncipes que podrán tener impunidad de sus malas acciones! Pero, aunque en verdad un rebelde es peor que el peor príncipe, y la rebelión peor que el peor gobierno del peor príncipe que ha habido hasta ahora, ambos son ministros incompetentes y la rebelión una medicina inadecuada y malsana para reformar cualquier pequeña falta en un príncipe o para curar cualquier pequeña molestia en el gobierno; Estos remedios lascivos son mucho peores que cualesquiera otras enfermedades y trastornos que puedan existir en el cuerpo de una comunidad.

Pero cualquiera que sea el príncipe o su gobierno, es evidente que, en su mayor parte, aquellos príncipes a quienes algunos súbditos consideran muy piadosos y bajo cuyo gobierno se alegran de vivir, otros los consideran malos e impíos y desean un cambio. Por tanto, si todos los súbditos que detestan a su príncipe se rebelaran, ningún reino estaría nunca sin rebelión. Sería más conveniente que los rebeldes escucharan el consejo de los hombres sabios y dieran lugar a su juicio y siguieran el ejemplo de los súbditos obedientes, ya que es lógico que aquellos cuyo entendimiento está cegado por un afecto tan malo dejen lugar a los mejores; y así los reinos podrían continuar en larga obediencia, paz y tranquilidad.

Pero, ¿qué pasa si el príncipe es impío y malvado, y además es evidente a los ojos de todos que lo es? Pregunto de nuevo: ¿qué pasa si el príncipe es impío o malvado debido a la maldad de los súbditos? ¿Acaso los súbditos, han de ser tan necios con su maldad, para provocar a Dios para que les dé un príncipe impío o malvado, como su merecido castigo, y también se rebelarán contra él y, además, contra Dios, que les dio tal príncipe para castigar sus pecados? ¿Queréis escuchar las Escrituras sobre este punto? Dios, dicen las Sagradas Escrituras, permite que un hombre malvado reine por los pecados del pueblo<sup>943</sup>. Otra vez: 'Dios da un príncipe en su ira', refiriéndose a uno malo, 'y quita un príncipe en su desagrado', refiriéndose especialmente cuando quita un buen príncipe por los pecados del pueblo<sup>944</sup>, como podemos recordar en los anales de nuestra memoria, cuando el Señor quitó a nuestro buen Josías, el rey Eduardo VI, lo cual ocurrió en sus buenos años de juventud, por nuestra maldad. Y, por el contrario, las Escrituras enseñan que Dios da sabiduría a los príncipes y hace reinar a un rey sabio y bueno sobre el pueblo al que ama y que lo ama a Él<sup>945</sup>. De nuevo: 'Si el pueblo obedece a Dios, tanto él como su rey prosperarán y estarán a salvo, de lo contrario ambos perecerán', dice Dios por boca de Samuel<sup>946</sup>. Aquí ves que Dios pone tanto príncipes malos como buenos, y por qué causa hace ambas cosas. Por tanto, si queremos que se nos dé un buen príncipe o que continúe, ahora que lo tenemos, movamos a Dios a ello con nuestra obediencia a su Señorío y a nuestro príncipe. Si queremos que se nos quite un príncipe malo (cuando Dios lo envíe) y se ponga uno bueno en su lugar, quitemos

---

<sup>943</sup> Job 34:30.

<sup>944</sup> Oseas 13:11.

<sup>945</sup> 2 Cr. 2:11–12; 9:8, 23; Prov. 16:10.

<sup>946</sup> 1 Sam. 12:14–15, 25.

nuestra maldad, que provoca a Dios a poner a tal príncipe sobre nosotros, y Dios lo desplazará, o de un príncipe malo hará uno bueno, de modo que primero cambiemos nuestro mal en bien. Pues ¿escucháis las Escrituras? “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina<sup>947</sup>”. Así dicen las Escrituras. Por tanto, volvámonos de nuestros pecados al Señor con todo nuestro corazón y Él volverá el corazón del príncipe hacia nuestra tranquilidad y riqueza. De lo contrario, el hecho de que los súbditos merecieran por sus pecados tener un príncipe malo y luego se rebelaran contra él sería doble y triplemente malo, al provocar a Dios a que los atormente aún más. Más bien, o merezcamos tener un buen príncipe o suframos pacientemente y obedezcamos a quien merecemos.

Y sea el príncipe bueno o malo, según el consejo de las Sagradas Escrituras, oremos por el príncipe, por su permanencia y aumento en la bondad, si es bueno, y por su enmienda, si es malo.

¿Quieres escuchar las Escrituras sobre este punto tan necesario? Exhorto, pues, -dice San Pablo-, a que sobre todas las cosas se hagan oraciones, súplicas, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que vivamos quieta y reposadamente con toda piedad, porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, etc<sup>948</sup>. Este es el consejo de San Pablo. ¿Y quién, os ruego que meditéis, era príncipe sobre la mayor parte de los cristianos cuando el Espíritu Santo de Dios, por medio de la pluma de San Pablo, les dio esta lección? Pues Calígula, Claudio o Nerón, que no sólo no eran cristianos, sino paganos, y además gobernantes insensatos o tiranos crueles<sup>949</sup>. ¿Escucharás aún más la Palabra de Dios dada a los judíos cuando estaban prisioneros bajo Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de haber asesinado a su rey, nobles, padres, hijos y parientes, quemado su país, ciudades, sí, la misma Jerusalén y el templo sagrado, y llevado a Babilonia al resto de los cautivos que quedaban vivos? ¿Oiréis todavía lo que el profeta Baruc dice al pueblo de Dios que está en este cautiverio? “Orad” -dice el profeta- “por el rey Nabucodonosor de Babilonia y por su hijo Belsasar, para que ellos vivan en la tierra tantos años como dure el cielo. El Señor nos dará fuerzas e iluminará nuestros ojos para que sigamos viviendo bajo la protección del rey Nabucodonosor y de su hijo Belsasar, y para que sigamos sirviéndole durante mucho tiempo; y así ellos nos tratarán favorablemente. Oren también al Señor nuestro Dios por nosotros, pues hemos pecado contra Él; por eso, hasta el día de hoy el Señor no ha apartado de nosotros su ira y su enojo<sup>950</sup>”. Hasta aquí las palabras del profeta Baruc, dirigidas por él al pueblo de Dios, sobre aquel rey pagano, tirano y cruel opresor de ellos, que había sido asesino de muchos miles de su nación y destructor de su país, con la confesión

<sup>947</sup> Prov. 21:1; Esd. 7:27.

<sup>948</sup> 1 Tim. 2:1–3.

<sup>949</sup> Calígula fue emperador de 37 a 41, Claudio de 41 a 54 y Nerón de 54 a 68.

<sup>950</sup> Baruc 1:11–13.

de que sus pecados habían merecido que tal príncipe reinara sobre ellos. ¿Y los cristianos de antaño, por exhortación de San Pablo, oraron por Calígula, Claudio o Nerón? ¿Oraron los judíos por Nabucodonosor? Sí, ¿oraron? ¿Siendo estos emperadores y reyes extraños a ellos, siendo paganos e infieles, siendo asesinos, tiranos y crueles opresores de ellos y los destructores de su país, compatriotas y parientes, los incendiarios de sus aldeas, pueblos, ciudades y templos? ¿Y no oraremos por el largo, próspero y piadoso reinado de nuestro príncipe que nos es natural, no un extranjero (lo que se observa como una gran bendición en las Escrituras)<sup>951</sup>? ¿De nuestro cristiano, nuestro soberano más bondadoso, no incrédulo ni príncipe pagano? ¿No hemos de orar por la salud de nuestro misericordiosísimo, amabilísimo soberano, el preservador de nosotros y de nuestro país en tan larga paz, tranquilidad y seguridad, no siendo este una persona cruel, ni un tirano, ni un saqueador de nuestros bienes, ni un derramador de nuestra sangre, ni un incendiario y destructor de nuestros pueblos, ciudades y país, como lo fueron aquellos por quienes aún (como habéis oído) los cristianos, siendo sus súbditos, deben orar? No cometamos un pecado tan grande contra Dios, contra nosotros mismos y contra nuestro país, como el de no orar continuamente a Dios por la larga duración de un gobernante tan bondadoso para nosotros y para nuestro país. De lo contrario, ya no seremos dignos de gozar de los beneficios y bendiciones de Dios que hasta ahora hemos recibido de ella, y seremos muy dignos de caer en todos los males y miserias de los que nosotros y nuestro país, por la gracia de Dios y debido a su gobierno, hemos escapado hasta ahora.

¿Qué diremos de aquellos súbditos (si es que podemos llamarlos por el nombre de súbditos)? que no dan gracias ni elevan oración alguna a Dios por un soberano tan bondadoso, sino que, además, ellos mismos toman armaduras perversamente, reúnen compañías y bandas de rebeldes, para romper la paz pública tan prolongada y no hacer la guerra, sino con el ánimo de provocar la rebelión; para poner en peligro la persona de un soberano tan bondadoso; arriesgar el patrimonio de su país, por cuya defensa deberían estar dispuestos a gastar sus vidas, y aún, siendo ingleses, atreverse a robar, saquear, destruir y quemar en Inglaterra a ingleses, matar y asesinar a sus propios vecinos y parientes, sus propios compatriotas; hacer todo mal y daño, sí, y más aún peor de lo que harían o podrían hacer enemigos extranjeros<sup>952</sup>? ¿Qué diremos de estos hombres que se emplean tan rebeldemente contra su bondadoso soberano, que si Dios por su maldad les hubiera dado un tirano pagano para reinar sobre ellos, estaban obligados por la Palabra de Dios a obedecerle y a orar por él? ¿Qué se puede decir de ellos? Su crueldad, antinaturalidad, maldad y malicia en sus acciones sobrepasan y superan todo lo que se puede expresar o decir con palabras. Solamente deseemos a todos un pronto arrepentimiento, y esto, con un gran y doloroso pesar de corazón como lo requieren tan horribles pecados contra la majestad de Dios, quienes en la más extrema ingratitud se levantan no sólo contra

---

<sup>951</sup> Deut. 17:15.

<sup>952</sup> Esta homilía fue motivada por la rebelión de los condes de Northumberland y Westmoreland a mediados de noviembre de 1569.

su gracioso príncipe, contra su país natural, sino también contra todos sus compatriotas, mujeres y niños, contra ellos mismos, sus esposas, hijos y parientes, y con tan malvado ejemplo, contra toda la cristiandad y contra toda la humanidad de toda clase de personas en todo el ancho mundo; tal arrepentimiento, digo, tal dolor de corazón, conceda Dios a todos los que se levanten con propósitos privados y maliciosos, como corresponde a tales maldades intentadas y realizadas por ellos.

Y a nosotros y a todos los demás súbditos, Dios en su misericordia, nos conceda que seamos los más diferentes de aquellos y los más parecidos a súbditos buenos, naturales, amorosos y obedientes; más aún, que seamos realmente así, no sólo mostrando toda obediencia en lo que atañe a nosotros mismos, sino que lo hagamos conforme todo lo que esté en nuestra capacidad, con todo nuestro poder, habilidad y entendimiento, para detener y reprimir a todos los rebeldes y sus rebeliones contra Dios, nuestro gracioso príncipe y patria natural, en cada ocasión que se nos presente.

Y eso que todos somos capaces de hacer, si no lo hacemos, seremos muy malvados y muy dignos de sentir al final plagas tan extremas como las que Dios jamás ha derramado sobre los rebeldes. Hagamos todas continuas oraciones a Dios Todopoderoso, incluso desde el fondo de nuestros corazones, para que dé su gracia, poder y fuerza a nuestra graciosa Reina Isabel I, para vencer y someter a todos estos, tanto a los rebeldes internos como a los enemigos extranjeros; para que todas las rebeliones domésticas sean suprimidas y pacificadas, y todas las invasiones exteriores repelidas y derrotadas, para que no sólo estemos seguros y continuemos por mucho tiempo en toda obediencia a nuestra graciosa soberana, y en esa vida pacífica y tranquila que hasta ahora hemos llevado bajo su majestad con toda seguridad, sino también que tanto nuestra graciosa reina Isabel como nosotros, sus súbditos, podamos todos juntos, en toda obediencia a Dios, Rey de todos los reyes, y a sus santas leyes, llevar nuestras vidas en este mundo en toda virtud y piedad, para que en el mundo venidero podamos disfrutar de su reino eterno. Lo cual suplico a Dios que conceda, así a nuestra bondadosa soberana como a todos nosotros, por su Hijo nuestro Salvador Jesucristo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios y rey inmortal, sea toda gloria, alabanza y acción de gracias, por los siglos de los siglos. Amén.

Así habéis escuchado la primera parte de esta homilía; ahora, buenas gentes, oremos.

### *Oración*

Oh Dios Todopoderoso, Señor de los ejércitos, gobernador de todas las criaturas, único dador de todas las victorias, que eres el único capaz de fortalecer a los débiles contra los poderosos y de vencer a infinitas multitudes de tus enemigos con el rostro de unos pocos de tus siervos que invocan tu nombre y confían en ti; defiende, Señor,

a tu sierva y a nuestra gobernadora bajo ti, nuestra reina Isabel, y a todo tu pueblo confiado a su cargo.

Oh Señor, resiste la crueldad de todos aquellos que son enemigos comunes tanto de la verdad de tu Palabra eterna como de su propio príncipe natural y de su patria, y manifiestamente de esta corona y reino de Inglaterra, que por tu divina providencia has asignado en estos días al gobierno de tu sierva, nuestra soberana y graciosa reina.

Oh Padre misericordiosísimo, si es tu santa voluntad, ablanda y entenece los corazones de piedra de todos aquellos que se exaltan contra tu verdad y tratan de perturbar la tranquilidad de este reino de Inglaterra, o de oprimir la corona de la misma, y conviértelos al conocimiento de tu Hijo, el único Salvador del mundo, Jesucristo, para que nosotros y ellos podamos glorificar conjuntamente tus misericordias.

Aligera, te suplicamos, sus corazones ignorantes para que abracen la verdad de tu Palabra, o bien disminuye su crueldad, oh poderosísimo Señor, para que esta nuestra región cristiana, con otras que confiesan tu santo evangelio, pueda obtener por tu ayuda y fuerza seguridad de todos los enemigos sin derramamiento de sangre cristiana; por lo que todos los que están oprimidos con su tiranía puedan ser aliviados y los que están en el temor de su crueldad puedan ser consolados; y finalmente que todos los reinos cristianos, y especialmente este reino de Inglaterra, puedan por tu defensa y protección continuar en la verdad del evangelio y disfrutar de perfecta paz, tranquilidad y seguridad; y que nosotros por estas tus misericordias, todos juntos con un solo corazón y una sola voz, te rindamos agradecidos toda alabanza y adoración; para que, unidos en una piadosa concordia y unidad entre nosotros, magnifiquemos continuamente tu glorioso nombre, que con tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo y el Espíritu Santo, eres un Dios Eterno, Todopoderoso y Misericordiosísimo. A quien sea toda alabanza y adoración por los siglos de los siglos. Amén.

2. Como en la primera parte de este tratado sobre la obediencia de los súbditos a sus príncipes, y contra la desobediencia y rebelión, he alegado diversas sentencias de las Sagradas Escrituras como prueba, así será bueno, para mejor declaración y confirmación de dicha sana doctrina, alegar uno o dos ejemplos de las mismas Sagradas Escrituras sobre la obediencia de los súbditos, no sólo a sus buenos y bondadosos gobernantes, sino también a sus malos y poco bondadosos príncipes.

Como el rey Saúl no era de los mejores, sino más bien de la peor clase de príncipes, ya que estaba fuera del favor de Dios por su desobediencia contra Dios al perdonar en una piedad equivocada al rey Agag, a quien Dios Todopoderoso ordenó matar según la justicia de Dios contra su enemigo jurado, y aunque Saúl por

devoción quiso sacrificar las cosas que perdonó de los amalecitas al honor y servicio de Dios, sin embargo Saúl fue reprendido por su equivocada piedad y devoción y se le dijo que a Dios le agradaba más la obediencia que tal indulgencia<sup>953</sup>; que la humanidad pecadora, dice el santo Crisóstomo, es más cruel ante Dios que cualquier asesinato o derramamiento de sangre, cuando es ordenado por Dios<sup>954</sup>. Sin embargo, por muy malo que fuera el rey Saúl, y aún, estando fuera del favor de Dios<sup>955</sup>, fue obedecido por su súbdito David, siendo él, el mejor de todos los súbditos, y el más valiente en el servicio de su príncipe y de su país en las guerras<sup>956</sup>, el más obediente y amante en la paz, y siempre el más fiel y leal a su soberano y señor, el más alejado de toda rebelión<sup>957</sup>. Por lo cual el rey Saúl le recompensó su servicio más doloroso, verdadero y fiel, no sólo con gran crueldad, sino que también buscó su destrucción y muerte por todos los medios posibles<sup>958</sup>; de modo que David prefirió salvar su vida no con rebelión ni resistencia alguna, sino huyendo y escondiéndose de la vista del rey<sup>959</sup>. A pesar de todo esto, una vez el rey Saúl entró solo en la cueva donde estaba David, de modo que él podría haberlo matado fácilmente, pero no quiso herirlo ni permitir que ninguno de sus hombres le pusiera las manos encima<sup>960</sup>. En otra ocasión, David entró de noche con un tal Abisai, hombre valiente y feroz, en la tienda donde el rey Saúl dormía, en la cual también podría haberlo matado con gran facilidad, pero ni él mismo le hizo daño, ni permitió que Abisai lo hiciera, siendo que este se encontraba dispuesto a matar al rey Saúl, sin embargo, David no permitió que lo tocara<sup>961</sup>. Así trató David a su príncipe Saúl, a pesar de que el rey Saúl buscaba continuamente su muerte y destrucción.

No estará de más a estos hechos de David añadir sus palabras y mostraros lo que dijo a quienes le animaron a aprovechar su oportunidad y ventaja para matar al rey Saúl, como su enemigo mortal jurado, teniendo oportunidad para hacerlo. 'Jehová me guarde', dice David, "de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová... ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente? <sup>10</sup> Dijo además David: Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca, guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová<sup>962</sup>". Estas son las palabras de David, dichas en diversas ocasiones a diversos siervos suyos que le provocaban a matar al rey Saúl cuando la oportunidad le servía para ello.

<sup>953</sup> 1 Sam. 15:11, 22, 35.

<sup>954</sup> Juan Crisóstomo, Hom. adv. Iudaeos, 4.

<sup>955</sup> 1 Sam. 16:14–15; 18:10, 12; 19:9, 20.

<sup>956</sup> 1 Sam. 17:26, 18:27; 19:5, 8; 23, 1; 27.1.

<sup>957</sup> 1 Sam. 16:23; 19:4; 24:9.

<sup>958</sup> 1 Sam. 18:9, 25, 29.

<sup>959</sup> 1 Sam. 19:19; 21:1; 22:1.

<sup>960</sup> 1 Sam. 24:3–8.

<sup>961</sup> 1 Sam. 26:6, 9.

<sup>962</sup> 1 Sam. 24:4, 26, 9–10.

Tampoco debe omitirse ni dejarse de lado cómo, cuando un amalecita había matado al rey Saúl, incluso por orden y mandato del propio Saúl (pues ya no viviría más, pues había perdido el campo contra sus enemigos los filisteos), dicho amalecita se apresuró a llevar la primera palabra y noticia de ello a David, como si esto fueses algo alegre para él por tratarse de la muerte de su enemigo jurado, trayendo consigo la corona que estaba sobre la cabeza del rey Saúl y el brazalete que estaba sobre su brazo, esto como prueba de la veracidad de sus noticias y también como regalos apropiados y agradables para David, siendo designado por Dios para ser el sucesor del rey Saúl en el reino; Sin embargo, aquel fiel y piadoso David estaba tan lejos de alegrarse por estas noticias que rasgó sus vestidos, lloró y se lamentó y ayunó; y tan lejos de dar gracias al mensajero, ya sea por su acción de matar al rey siendo este su enemigo mortal jurado, ya sea por su mensaje y noticias, o por sus presentes que le fueron entregados, dijo lo siguiente: “¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Jehová?”, a lo cual inmediatamente ordenó a uno de sus siervos que matara al mensajero, y dijo: “Tu sangre sea sobre tu cabeza, pues tu misma boca atestiguó contra ti, diciendo: Yo maté al ungido de Jehová<sup>963</sup>”.

Este ejemplo, amadísimos, es notable, y las circunstancias del mismo son dignas de ser consideradas para la mejor instrucción de todos los súbditos en su obligado deber de obediencia y perpetuo temor de que intenten cualquier rebelión o daño contra su príncipe. Por una parte, David no sólo era un súbdito bueno y verdadero, sino también un súbdito que tanto en la paz como en la guerra había servido y salvado el honor y la vida de su príncipe, y librado a su país y a sus compatriotas del gran peligro de los infieles, enemigos extranjeros y crueles, que invadían horriblemente al rey y a su país, por lo cual David gozaba de singular favor entre todo el pueblo, de modo que podría haber tenido un gran número de ellos a sus órdenes si hubiera intentado algo<sup>964</sup>. Además de esto, David no era un súbdito común o absoluto, sino futuro heredero de la corona y del reino, designado por Dios para reinar después de Saúl, lo cual, aunado al aumento del favor del pueblo que le conocía, hacía que la causa y el caso de David difiriera en gran manera del caso de los súbditos comunes y absolutos<sup>965</sup>. Y, lo que es más importante, David gozaba del favor de Dios en gran medida y de manera singular<sup>966</sup>. Por el contrario, el rey Saúl no gozaba del favor de Dios por la causa antes mencionada, y era como el enemigo de Dios, por lo que en la guerra y en la paz era perjudicial y pernicioso para la comunidad<sup>967</sup>; y esto lo sabían muchos de sus súbditos, ya que Samuel lo reprendió abiertamente por su desobediencia a Dios, lo que hizo que el pueblo lo estimara menos<sup>968</sup>. El rey Saúl era también para David un enemigo mortal y jurado, aunque esto fue así sin que David lo mereciera; entregando él un servicio fiel, sacrificado y

---

<sup>963</sup> 2 Sam. 1:7, 10, 12–16.

<sup>964</sup> 1 Sam. 18:16, 30.

<sup>965</sup> 1 Sam. 16:12.

<sup>966</sup> 1 Sam. 18:12.

<sup>967</sup> 1 Sam. 15:11; 18:10, 12.

<sup>968</sup> 1 Sam. 15:19, 22, 26.

provechoso, sí, el más necesario, así pues, por todas estas cosas bien había merecido el favor, tanto de su país, como también de su príncipe; no obstante lo dicho, tanto mejor era David, más odioso y detestable era la falta de amabilidad de Saúl, encontrándose cargado de aborrecimiento y crueldad hacia un excelente súbdito. Sin embargo, David no mataría ni heriría él mismo a tal enemigo, porque era su príncipe y señor, ni permitiría que ningún otro lo matara, hiriera o le pusiera la mano encima cuando podría haberlo matado sin ningún alboroto, tumulto o peligro para la vida de nadie.

Ahora bien, que David responda a las demandas que suelen hacer los hombres deseosos de rebelión. ¿No debemos nosotros, especialmente siendo tan buenos hombres como somos, levantarnos y rebelarnos contra un príncipe odiado por Dios y enemigo de Dios, y por lo tanto no prosperar ni en la guerra ni en la paz, sino ser perjudicial y pernicioso para la comunidad? No, dice el bueno y piadoso David, súbdito fiel de Dios y de un rey así, y por lo tanto condena a los súbditos que intentan cualquier rebelión contra tal rey como si no fueran buenos súbditos ni buenos hombres. Pero, dicen ellos, ¿no nos levantaremos y nos rebelaremos contra un príncipe tan cruel, sin tener en cuenta ni en consideración nuestro verdadero, fiel y doloroso servicio, ni la salvaguarda de nuestra posteridad? No, dice el buen David, a quien ninguna crueldad podría hacer abandonar su debida obediencia a su soberano. ¿No nos levantaremos, dicen ellos, y nos rebelaremos contra nuestro público, mortal y jurado enemigo, que busca nuestras vidas? No, dice el piadoso David, que había aprendido la lección que nuestro Salvador enseñó después claramente<sup>969</sup>, de que no debemos hacer daño a nuestros súbditos, aunque nos odien y sean nuestros enemigos, y mucho menos a nuestro príncipe, aunque fuera nuestro enemigo. ¿No reuniremos un ejército de tan buenos hombres como nosotros y, arriesgando nuestras vidas y las vidas de los que se nos opongan, y arriesgando al mismo tiempo todo el patrimonio de nuestro país, eliminaremos a un príncipe tan malvado? No, dice el piadoso David, porque yo, aunque pudiera, sin reunir fuerzas ni número de hombres, sin tumulto, ni riesgo de la vida de nadie, ni derramamiento de una sola gota de sangre, y aunque tenga el poder de librarme a mí mismo y a mi país de un príncipe malvado, no lo haría. ¿No son, dicen algunos, capitanes valientes y valerosos, buenos hombres, de coraje en entraña y cuerpo, los que se aventuran por la fuerza a matar o deponer a su rey, siendo este un príncipe malvado y su enemigo mortal? Pueden ser tan valientes y osados como quieran, pero, dice el piadoso David, no pueden ser hombres buenos ni piadosos los que lo hacen, porque no solo lo he reprendido, sino que también he ordenado que mataran como a un hombre malvado, a aquel que dio muerte al rey Saúl, mi enemigo; Aunque él, cansado de su vida por la pérdida de la victoria contra sus enemigos, deseaba que aquel hombre lo matara. ¿Qué haremos entonces con un malvado, con un príncipe cruel, con un enemigo nuestro, odiado por Dios, perjudicial para la comunidad, etc.? No ejerzas sobre él la violencia, dice el buen David, sino que déjale vivir hasta que Dios determine y lleve a cabo su fin, ya sea por muerte natural o en guerra contra

---

<sup>969</sup> Mateo 5:44.

enemigos legítimos, no contra súbditos traidores. Así respondería el piadoso David, y San Pablo, como ya habéis oído, quiere que oremos también por un príncipe como éste.

Si el rey David diera estas respuestas, como en verdad lo hace, por sus hechos y palabras registradas en las Sagradas Escrituras, esto concerniente a todas las demandas relativas a rebelarse contra príncipes malvados, príncipes antipáticos, príncipes crueles, príncipes que son para sus buenos súbditos enemigos mortales, príncipes que están fuera del favor de Dios y son muy perjudiciales para la comunidad; ¿Qué respuesta daría a los que le preguntan si (siendo súbditos malos y desagradables) no pueden, con gran riesgo para la vida de muchos miles y peligro absoluto para el estado de la mancomunidad y de todo el reino, formar una especie de rebeldes? ¿Pueden levantar rebeldes con la finalidad de atemorizar, deponer o destruir a su natural y amorosa princesa, enemiga de nadie, buena para todos, incluso para ellos que la consideran la peor de todas, siendo la sustentadora de la paz perpetua, la tranquilidad y la seguridad, la más beneficiosa para la mancomunidad, la más necesaria para la salvaguarda de todo el reino? ¿Qué respuesta daría David a su demanda, si no pueden intentar cruel y antinaturalmente destruir a una princesa tan pacífica y misericordiosa? ¿Qué, digo yo, respondería y diría David, quien habló muy reverentemente de Saúl y sufrió con toda paciencia a un rey tan malvado, a tales demandas? ¿Qué diría, más aún, qué haría a unos hombres tan arrogantes que, como ya habéis oído, hicieron y dijeron lo mismo que hizo el que mató al rey, su señor, aunque este fuese un príncipe muy malvado? Sí, castigaría con la muerte a un hombre así, como a un malhechor, ¿con qué reproches de palabras lo injuriaría? Sí, ¿con qué tormentos de muertes vergonzosas destruiría a esos hombres, perros del infierno más que hombres malvados, a esos rebeldes, quiero decir, como he dicho antes? Pues si los que desobedecen a un príncipe malvado y cruel son muy distintos a David, ese buen súbdito, ¿qué son los que se rebelan contra un príncipe que les es natural y amoroso? Y si David, siendo un súbdito tan bueno como para ser hecho rey, ¿qué son los súbditos tan malvados que se rebelarán contra su príncipe tan amable? Seguramente ningún hombre mortal puede expresar con palabras, ni concebir en la mente, la horrible y más terrible condenación de que son dignos los que, desdeñando ser súbditos tranquilos y felices de su buen príncipe, son más dignos de ser los miserables cautivos y viles esclavos de ese tirano infernal Satanás, para sufrir con él esclavitud y tormentos eternos.

Este único ejemplo del buen súbdito David del Antiguo Testamento puede ser suficiente, y por su notabilidad, servir para todos.

En el Nuevo Testamento, el excelente ejemplo de la bienaventurada virgen María, la madre de nuestro Salvador Cristo, se ofrece en primer lugar. Cuando se envió a Judea una proclamación o mandamiento de parte de Augusto, el emperador de Roma, para que la gente de allí se dirigiera a sus propias ciudades y lugares de residencia, para ser empadronados allí, ni la bienaventurada virgen, aunque

altamente favorecida por Dios y también siendo de la sangre real de los antiguos reyes naturales de Judea, desdeñó obedecer el mandamiento de un príncipe pagano y extranjero, cuando Dios había puesto a tal sobre ellos; ni alegó como excusa, que estaba encinta y muy cerca de su tiempo de alumbramiento; ni se enojó por la longitud y el tedio del viaje de Nazaret a Belén, desde donde y adonde debía ir para ser empadronada; Tampoco se quejó por la crudeza del invierno, ya que era finales de diciembre, un momento poco agradable para viajar, especialmente porque se trataba de un viaje largo para una mujer, pero, dejando de lado todas las excusas, obedeció y llegó al lugar designado; donde, al llegar, encontró tal concurrencia y multitud de gente que, al no encontrar lugar en ninguna posada, estuvo dispuesta, después de su largo, doloroso y tedioso viaje, a alojarse en un establo, donde también dio a luz a su bendito hijo, y esto también declara cuán cerca del tiempo del alumbramiento emprendió ese viaje<sup>970</sup>. Esta obediencia de esta noble y virtuosa dama a un príncipe extranjero y pagano nos enseña a nosotros, que en comparación con ella somos los más bajos y viles, qué pronta obediencia debemos a nuestro soberano natural y misericordioso. Sin embargo, en este caso, la obediencia de toda la nación judía (que por lo demás es un pueblo obstinado) al mandato del mismo príncipe pagano extranjero demuestra que los cristianos que no obedecen con la mayor prontitud a su soberano natural y misericordioso son mucho peores que los testarudos judíos, a quienes, sin embargo, consideramos el peor de todos los pueblos.

Pero ningún ejemplo debería tener más fuerza para nosotros los cristianos que el ejemplo de Cristo, nuestro Maestro y Salvador, que aunque era el Hijo de Dios, siempre se comportó con la mayor reverencia hacia los hombres que estaban en autoridad en el mundo en su tiempo, y no se comportó con rebeldía, sino que abiertamente enseñó a los judíos a pagar tributo al emperador romano, aunque era un príncipe extranjero y pagano, y él mismo con sus apóstoles le pagó tributo<sup>971</sup>; y, finalmente, siendo llevado ante Poncio Pilato, extranjero de nacimiento y pagano, siendo señor presidente de los judíos<sup>972</sup>, reconoció la autoridad y el poder que Dios le había dado, y obedeció pacientemente la sentencia de muerte dolorosísima y vergonzosa<sup>973</sup>, que este juez pronunció y dio injustamente contra Él, sin que le guardase rencor, murmurase ni dijese palabra mala alguna<sup>974</sup>. Hay muchos otros ejemplos de obediencia a los príncipes, aunque sean malos, en el Nuevo Testamento, para total confusión de los desobedientes y rebeldes, pero éste es un ejemplo eterno que el Hijo de Dios y Señor de todos, Jesucristo, nos ha dado a sus cristianos y siervos, y que puede servir para todos, para enseñarnos a obedecer a los príncipes, aunque sean extraños, malvados e injustos, cuando Dios por nuestros pecados los ponga sobre nosotros. De donde se sigue inevitablemente que los que

---

<sup>970</sup> Lucas 2:1–7.

<sup>971</sup> Mateo 17:25; Marcos 12:17; Lucas 20:25.

<sup>972</sup> Mateo 27:2; Lucas 23:1.

<sup>973</sup> Juan 19:11.

<sup>974</sup> Mateo 27:26; Lucas 23:24.

desobedecen o se rebelan contra sus propios soberanos naturales, comoquiera que se llamen a sí mismos o sean nombrados por otros, no son verdaderos cristianos, sino peores que los judíos, peores que los paganos, y nunca gozarán del reino de los cielos, que Cristo por su obediencia compró para los verdaderos cristianos, siendo obedientes a Él, el rey de todos los reyes, y al príncipe que Él ha puesto sobre ellos. Siendo su reino, el lugar propio de todos los súbditos virtuosos y obedientes, por lo cual suplico a Dios nuestro Padre celestial, por amor de nuestro Salvador Jesucristo, nos conceda. A quien con el Espíritu Santo sea toda la alabanza, honor y gloria ahora y por siempre. Amén.

Así habéis oído la segunda parte de esta homilía; ahora, buenas gentes, oremos. (La oración antes rezada).

3. Como en la primera parte de este tratado os he mostrado la doctrina de las Sagradas Escrituras acerca de la obediencia de los verdaderos súbditos a sus príncipes, tanto a los malos como a los buenos, y en la segunda parte del mismo tratado he confirmado dicha doctrina con ejemplos notables, tomados asimismo de las Sagradas Escrituras, por lo que ahora os declaro en esta tercera parte qué abominable pecado contra Dios y el hombre es la rebelión, y cuán terriblemente se enciende y se inflama la ira de Dios contra todos los rebeldes, y qué horribles plagas, castigos, muertes, y finalmente la condenación eterna, penden sobre sus cabezas; cómo, por el contrario, los súbditos buenos y obedientes gozan del favor de Dios y son partícipes de paz, tranquilidad y seguridad, con otras múltiples bendiciones de Dios en este mundo, y por sus misericordias a través de nuestro Salvador Cristo, de la vida eterna también en el mundo venidero.

No es posible expresar cuán horrible es la rebelión como pecado contra Dios y contra el hombre. Porque el que nombra la rebelión no nombra un pecado singular o único como es el hurto, el robo, el asesinato y cosas semejantes; sino que nombra todo el charco y el fregadero de todos los pecados contra Dios y el hombre, contra su príncipe, su país, sus compatriotas, sus padres, sus hijos, sus parientes, sus amigos, y contra todos los hombres universalmente; todos los pecados, digo, contra Dios y contra todos los hombres juntos nombra el que nombra la rebelión.

Porque en cuanto a la ofensa de la majestad de Dios, ¿quién no ve que la rebelión surge primero por el desprecio de Dios y de sus santas ordenanzas y leyes, en las que tan estrictamente ordena la obediencia, prohíbe la desobediencia y la rebelión<sup>975</sup>? Y además de la deshonra hecha por los rebeldes al santo nombre de Dios al romper el juramento hecho a su príncipe con la atestación del nombre de Dios y llamando a su majestad por testigo, ¿quién no oye los horribles juramentos y blasfemias contra el santo nombre de Dios que se usan diariamente entre los rebeldes, que esté entre ellos o que oiga la verdad de su conducta? ¿Quién no sabe que los rebeldes no sólo dejan sin hacer todos los trabajos necesarios en los días laborables mientras llevan a cabo su abominable obra de rebelión, y obligan a otros

---

<sup>975</sup> Romanos 13:1–7.

que de buena gana estarían bien ocupados, a hacer lo mismo? pero también cómo los rebeldes no sólo dejan sin santificar el día de reposo del Señor, el templo y la iglesia del Señor, sino que con sus obras de maldad profanan y contaminan horriblemente el día de reposo, sirviendo a Satanás y haciendo su obra, convirtiéndolo en el día del diablo en lugar del día del Señor, además de que obligan a hombres buenos que gustosamente servirían al Señor, a reunirse en su templo e iglesia en su día, como corresponde a los siervos del Señor reunirse y encontrarse armados en el campo para resistir la furia de tales rebeldes? Sí, y muchos rebeldes, por temor a dejar alguna parte de los mandamientos de Dios en la primera tabla de su ley sin quebrantar, o algún pecado contra Dios sin cometer, se rebelan para mantener sus imágenes e ídolos, y su idolatría cometida o por cometer, y a pesar de Dios cortan y desgarran en diversas formas su santa Palabra y la pisotean bajo sus pies, como sabéis que se ha hecho recientemente<sup>976</sup>.

En cuanto a la segunda tabla de la ley de Dios y a todos los pecados que pueden cometerse contra el hombre, ¿quién no ve que todos están contenidos en la rebelión? Porque, en primer lugar, los rebeldes no sólo deshonoran a su príncipe, el padre de su patria, sino que también deshonoran y avergüenzan a sus padres naturales, si los tienen, avergüenzan a sus parientes y amigos, deshaceran y deshacen para siempre a sus hijos y herederos. Los hurtos, robos y asesinatos, que de todos los pecados son los más aborrecidos de la mayoría de los hombres, no se dan en ningún hombre tanto, ni tan pernicioso y maliciosamente, como en los rebeldes. Porque los ladrones más descarriados y los asesinos más crueles que jamás hayan existido, mientras se abstengan de rebelarse, como no son muchos en número, así extienden su maldad y condenación a unos pocos; sólo despojan a unos pocos, sólo derraman la sangre de unos pocos, en comparación. Pero los rebeldes son la causa de infinitos robos y asesinatos de grandes multitudes, y también de aquellos a quienes deberían defender del hurto y la violencia de otros, y como los rebeldes son muchos en número, así su maldad y condenación se extienden a muchos. Y si la prostitución y el adulterio entre las personas afines a tal maldad son (como de hecho lo son) muy condenables, ¿qué son los abusos forzados de las matronas y esposas de los hombres y la violación y ultraje de las vírgenes y doncellas, que son más comunes entre los rebeldes? ¿Cuán horribles y condenables, pensáis, son? Ahora bien, además de que los rebeldes, al faltar a la fe dada y al juramento hecho a su príncipe, son culpables del más condenable perjurio, es maravilloso ver qué falsos colores y causas fingidas, mediante calumniosas mentiras hechas a su príncipe y a los consejeros, idearán los rebeldes para encubrir con ello su rebelión, que es el peor y más condenable de todos los falsos testimonios posibles. ¿Pues qué debería hablar de codiciar o desear las esposas, casas, tierras, bienes y sirvientes de otros hombres en rebeldía, quienes por su voluntad no quieren dejar a nadie nada suyo?

---

<sup>976</sup> Los condes de Westmoreland y Northumberland publicaron una declaración en la que afirmaban que el principal objetivo de su rebelión era restaurar 'la religión verdadera y católica hacia Dios' y 'todas las antiguas costumbres y libertades a la Iglesia de Dios'. Véase J. Strype, *Annals of the reformation*, 1.583-584.

Así, pues, veis que los rebeldes violan y quebrantan todas las leyes de Dios, y que todos los pecados que se pueden cometer contra Dios o contra el hombre están contenidos en la rebelión; y si un hombre se dispone a nombrarlos con los nombres acostumbrados de los siete pecados capitales o mortales, como el orgullo, la envidia, la ira, la codicia, la pereza, la gula y la lujuria, los encontrará todos en la rebelión y entre los rebeldes. Pues, en primer lugar, como la ambición y el deseo de estar en lo alto, que es propiedad del orgullo, incitan a muchos hombres a la rebelión, así también procede del orgullo y la presunción luciferinos el que unos pocos súbditos rebeldes se levanten contra la majestad de su príncipe, contra la sabiduría de los consejeros, contra el poder y la fuerza de toda la nobleza y de los súbditos y contra el pueblo fiel de todo el reino. En cuanto a la envidia, la ira, el asesinato, el deseo de sangre y la codicia de los bienes, tierras y medios de vida de otros hombres, son accidentes inseparables de todos los rebeldes, estas son propiedades peculiares que generalmente incitan a los hombres malvados a la rebelión. Ahora bien, quienes, por el desenfreno, la glotonería, la borrachera, el exceso de ropa y los juegos descuidados han malgastado sus propios bienes despilfarrándolos, son los más propensos y los más deseosos de rebelarse, por lo que confían en apoderarse de los bienes de otros hombres de manera ilegal y violenta. Y donde otros glotones y borrachos toman demasiado de las comidas y bebidas que se sirven en las mesas, los rebeldes desperdician y consumen en poco tiempo todo el trigo de los graneros, campos o en cualquier otro lugar, graneros enteros, almacenes enteros, bodegas enteras, devoran rebaños enteros de ovejas, manadas enteras de bueyes y vacas. Y así como los rebeldes casados, dejando a sus esposas en casa, se comportan de la manera más descortés, así mucho más lo hacen los solteros, peor que cualquier establo o caballo, al estar ahora por la rebelión liberados de la corrección de las leyes que los frenaban antes; abusan por la fuerza de las esposas e hijas de otros hombres y violan a vírgenes y doncellas, de la manera más vergonzosa, abominable y condenable. Así, todos los pecados, con todos los nombres que se les pueda dar y con todos los medios con que se puedan cometer y llevar a cabo, siguen todos en masa a la rebelión y se encuentran todos juntos entre los rebeldes.

Ahora bien, mientras que las Sagradas Escrituras declaran que la peste, el hambre y la guerra son las mayores plagas y miserias mundanas que pueden existir<sup>977</sup>, es evidente que todas las miserias que contienen todas estas plagas siguen enteramente a la rebelión, en la que, como son todas sus miserias, hay aquí mucho más daño que en todas ellas. En efecto, es sabido que cuando se reúnen grandes grupos de hombres (lo que ocurre tanto en las rebeliones por parte de los verdaderos súbditos como de los rebeldes), por la proximidad de los mismos y la corrupción del aire y del lugar donde yacen con excrementos y mucha suciedad en el tiempo caluroso, por el alojamiento insalubre y por el hecho de tumbarse a menudo en el suelo, especialmente en los climas fríos y húmedos del invierno, por la dieta y la alimentación insalubres en todo momento, y a menudo por el hambre y la falta de

---

<sup>977</sup> 2 Sam. 24:13.

carne y bebida a su debido tiempo, y también por la ingesta excesiva en otras ocasiones, es bien sabido, digo, que tanto las plagas y pestes como todas las demás clases de enfermedades y dolencias, por estos medios crecen sobre y entre los hombres, por lo que son más los que mueren a la larga por estas condiciones que los que mueren a fuerza de espada de repente en el campo de batalla. De modo que no sólo las pestes sino también todas las demás enfermedades, dolencias y males siguen a la rebelión; que son mucho más horribles que las plagas, las pestilencias y las enfermedades enviadas directamente por Dios, como de aquí en adelante se expondrá con mayor claridad.

En cuanto al hambre y la hambruna, son los compañeros peculiares de la rebelión. Porque mientras los rebeldes en poco tiempo arruinan y consumen todo el trigo y los víveres necesarios que los hombres habían obtenido con su trabajo y que habían designado para su sustento durante todo el año siguiente, así también dejan a todas las demás personas, agricultores y otros, sin la posibilidad de cultivar los campos y realizar otros trabajos necesarios con los que se deberían hacer provisiones para tiempos venideros, ¿quién no ve que la hambruna y el hambre extremas necesariamente deben seguir en breve a la rebelión?

Ahora bien, mientras que el sabio y piadoso profeta rey David juzgó que la guerra era peor que el hambre o la peste<sup>978</sup>, porque estas dos son a menudo toleradas por Dios para la corrección del hombre, y no son pecados en sí mismos, sino que las guerras siempre tienen los pecados y males de los hombres de un lado o del otro unidos a ellas, y por lo tanto la guerra es el mayor de estos males mundanos, pero de todas las guerras la guerra civil es la peor; y mucho más abominable aún es la rebelión que cualquier guerra civil, siendo indigna aún del nombre de cualquier guerra, hasta el punto de que excede a todas las formas de guerras en toda maldad, en todo daño y en toda abominación; y por eso nuestro Salvador Cristo denuncia desolación y destrucción a ese reino que por sedición y rebelión está dividido contra sí mismo<sup>979</sup>; ahora bien, como antes he mostrado que la peste y el hambre, así es más evidente aún que todas las calamidades, miserias y males de la guerra son más graves y siguen más a la rebelión que cualquier otra guerra, por ser mucho peores que todas las demás guerras. Porque no sólo los males y miserias comunes y corrientes de otras guerras siguen a la rebelión, como el saqueo del trigo y otras cosas necesarias para el uso del hombre; las casas, aldeas, pueblos y ciudades son tomadas, saqueadas, quemadas y destruidas; no sólo muchos hombres ricos sino países enteros son empobrecidos y completamente llevados a la ruina; muchos miles de hombres son asesinados y masacrados; mujeres y doncellas son violadas y ultrajadas; cosas que, cuando son cometidas por enemigos extranjeros, lamentamos mucho (ya que tenemos grandes causas), sin embargo, todas estas miserias son causadas sin ninguna condenación por nuestros compatriotas. Pero cuando estos males son causados en rebelión por aquellos que deberían ser amigos, por

---

<sup>978</sup> 2 Sam. 24:14.

<sup>979</sup> Mt. 12:25.

compatriotas, por parientes, por aquellos que deberían defender a su país y a sus compatriotas de tales males, la miseria no es tan grande como lo es el mal y la maldad que ello conlleva; cuando los súbditos se rebelan contra su príncipe cuyo honor y vida deberían defender, aunque sea con la pérdida de sus propias vidas; los compatriotas que perturban la paz pública y la tranquilidad de su país, por cuya defensa deberían gastar sus vidas; el hermano que busca y a menudo obra la muerte de su hermano, el hijo del padre; el padre que busca o procura la muerte de sus hijos, estando en edad adulta; y, por sus faltas, desheredar para siempre a sus inocentes hijos y parientes, sus herederos, para quienes podrían adquirir un mejor nivel de vida y tierras, como los padres naturales cuidan y se afanan, esforzándose con grandes gastos y cargas; y universalmente, en lugar de toda tranquilidad, gozo y felicidad (que siguen a la paz bendita y a la obediencia debida), para traer todos los problemas, la tristeza, la inquietud de las mentes y los cuerpos, y todos los males y calamidades; para poner todo el buen orden patas arriba; para poner todas las buenas leyes en desprecio y pisotearlas; para oprimir toda virtud y honestidad y a todas las personas virtuosas y honestas, y para dar libertad a todo vicio y maldad y a todos los hombres viciosos y perversos para que obren sus malvadas voluntades, que antes estaban refrenadas por leyes sanas; debilitar, derrocar y consumir la fuerza del reino, su país natural, tanto enviando y malgastando el dinero y el tesoro del príncipe y del reino como asesinando a la gente del mismo, sus propios compatriotas que deberían defender el honor de su príncipe y la libertad de su país contra la invasión de enemigos extranjeros<sup>980</sup>; y así, finalmente, hacer que su país, así debilitado por la maldad, esté listo para ser presa y botín de todos los enemigos externos que lo invadan, para el cautiverio total y perpetuo, la esclavitud y la destrucción de todos sus compatriotas, sus hijos, sus amigos, sus parientes que quedan vivos, a quienes por su malvada rebelión procuran que sean entregados en manos de enemigos extranjeros, tanto como en ellos yace.

En las guerras extranjeras, nuestros compatriotas, al obtener la victoria, ganan la alabanza digna de la valentía; sí, y aunque hayan sido vencidos y muertos, ganan un elogio honesto en este mundo y mueren con buena conciencia por haber servido a Dios, a su príncipe y a su patria, y son hijos de la salvación eterna. Pero en la rebelión, por desesperados y fuertes que sean, ganan la vergüenza aquí al luchar contra Dios, su príncipe y su país, y por lo tanto justamente caen de cabeza en el infierno si mueren, y viven en vergüenza y conciencia temerosa, aunque escapen. Pero comúnmente son recompensados con muertes vergonzosas, sus cabezas y cadáveres puestos en postes o colgados con cadenas, comidos por bestias y cuervos, juzgados indignos del honor de la sepultura; y así con perdición de sus almas, si no se arrepienten (como comúnmente no lo hacen), el diablo los acosa al infierno en medio de su maldad. Para cuya terrible ejecución San Pablo muestra la razón por la cual debemos practicar la obediencia, no sólo por temor a la muerte, sino también

---

<sup>980</sup> Pr. 14:28.

en conciencia hacia Dios, por temor a la condenación eterna en el mundo venidero<sup>981</sup>.

Por tanto, buenos hombres, como hijos de la obediencia temamos la terrible ejecución de Dios y vivamos en tranquila obediencia, para ser hijos de la salvación eterna. Porque así como el cielo es el lugar de los buenos y obedientes súbditos y el infierno la prisión y calabozo de los rebeldes contra Dios y su príncipe, así también es feliz el reino donde se manifiesta la mayor obediencia de los súbditos, siendo la figura misma del cielo; y al contrario, donde hay más rebeliones y rebeldes, allí está la semejanza expresa del infierno, y los rebeldes mismos son las figuras mismas de los demonios y diablos, y su capitán el modelo ingrato de Lucifer y Satanás, el príncipe de las tinieblas; de cuya rebelión, según sean seguidores, así serán indudablemente partícipes de su condenación en el infierno, no siendo así indisputablemente para con los hijos de paz los herederos del cielo con Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. A quienes sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Así habéis oído la tercera parte de esta homilía; ahora, buenas personas, oremos (La oración antes rezada).

4. Para vuestra mayor instrucción, buenas personas, para mostraros cuánto aborrece Dios Todopoderoso la desobediencia y la rebelión voluntaria, especialmente cuando los rebeldes se ponen tan en alto que se arman y se paran en el campo para luchar contra Dios, su príncipe y su país, no estará fuera de lugar mostrar algunos ejemplos establecidos en las Escrituras, registrados para nuestra erudición eterna.

Pronto podremos saber, buenas personas, cuán atroz ofensa es la traición de la rebelión, si traemos a la memoria la pesada ira y terrible indignación de Dios Todopoderoso contra tales súbditos que no hacen más que resentirse, murmurar y despotricar interiormente contra sus gobernantes, aunque su traición interior, tan secretamente incubada en sus pechos, no llegue a declarar abiertamente con sus acciones, esto por difícil que sea para aquellos a quienes el diablo ha incitado hasta ahora contra la Palabra de Dios mantenerse allí; no, para satanás esto no es suficiente, él todavía pretende soplar el carbón, encender sus corazones rebeldes para que ardan en hechos abiertos, si no se le resiste rápidamente con gracia. Algunos de los hijos de Israel, que murmuraban contra los magistrados que Dios había designado para ellos, fueron azotados con una lepra repugnante; muchos fueron quemados con fuego enviado repentinamente por el Señor; a veces, una gran cantidad de miles fueron consumidos por la peste; a veces, fueron picados hasta la muerte por una extraña clase de serpientes ardientes<sup>982</sup>, y lo que es más horrible, algunos de los capitanes con sus bandas de murmuradores, no muriendo

<sup>981</sup> Ro. 13:1–5.

<sup>982</sup> Núm. 11:1; 12:10; 16:35, 46–49; 21:5–6; Sal. 78:31.

por ninguna muerte usual o natural de los hombres, sino que la tierra misma se abrió y los tragó; ellos, con sus esposas, hijos y familias, fueron arrojados rápidamente al infierno<sup>983</sup>. Estas horribles destrucciones de los israelitas que murmuraban contra Moisés, designado por Dios para ser su jefe y principal magistrado, se registran en el libro de los Números y en otros lugares de las Escrituras, para perpetua memoria y advertencia a todos los súbditos de lo mucho que desagrada a Dios la murmuración y el hablar mal por parte de los súbditos contra sus príncipes; porque como registra la Escritura, su murmuración no era sólo contra su príncipe, siendo una criatura mortal, sino también contra Dios mismo<sup>984</sup>.

Ahora bien, si plagas tan extrañas y horribles cayeron sobre los súbditos que sólo murmuraban y hablaban mal contra sus jefes, ¿qué será de aquellos diablillos más perversos que conspiran, se arman, reúnen a un gran número de rebeldes armados y los conducen con ellos contra su príncipe y su país, despojando y robando, matando y asesinando a todos los súbditos buenos que se les resisten, a cuantos pueden vencer? Pero esos ejemplos están escritos para que nos abstengamos, no sólo de tales maldades, sino también de murmurar o atrevernos a proferir aún por una sola vez una mala palabra contra nuestro príncipe, lo cual, aunque pretendan hacerlo lo más secretamente posible, las Sagradas Escrituras muestran que las mismas aves del cielo los delatarán<sup>985</sup>, y estos tantos ejemplos antes señalados de las mismas Sagradas Escrituras declaran que, por lo tanto, no escaparán de un horrible castigo. Dios, el Rey de todos los reyes, está tan ofendido con el rebelde que, para que no le falte la debida ejecución por su traición, cada árbol del camino será una horca o un patíbulo para este y el pelo de su propia cabeza será para él en lugar de un cabestro para colgarlo, para que no le falte uno; un ejemplo temible del castigo de Dios, buena gente, para considerar<sup>986</sup>. Ahora bien, Ahitofel, aunque por lo demás era un hombre muy sabio, sin embargo, se tornó en el malvado consejero de Absalón en esta perversa rebelión, por falta de un verdugo (un sirviente conveniente para tal traidor) fue y se ahorcó a sí mismo; un fin digno para todos los falsos y rebeldes, que al faltarles una debida ejecución, no escapando al justo juicio de Dios, terminan convirtiéndose en sus propios verdugos<sup>987</sup>. Así sucedió a los capitanes de aquella rebelión, además de cuarenta mil rebeldes bribones muertos en el campo y en la persecución<sup>988</sup>. De igual forma, se ve en las Sagradas Escrituras, cómo aquella gran rebelión que el traidor Seba movió en Israel fue súbitamente aplacada, siendo decapitado este capitán traidor (por medio de una patética mujer)<sup>989</sup>.

---

<sup>983</sup> Núm. 16:27–33.

<sup>984</sup> Éx. 16:7.

<sup>985</sup> Ecl. 10:20.

<sup>986</sup> 2 Sam. 15:12; 17:1, 11; 18:5–9.

<sup>987</sup> 2 Sam. 15:12; 16:21, 23; 17:23.

<sup>988</sup> 2 Sam. 18:7–8.

<sup>989</sup> 2 Sam. 20:1–22.

Y como lo muestran las Sagradas Escrituras, así lo prueba la experiencia diaria, que los consejos, conspiraciones e intentos de los rebeldes nunca surtieron efecto ni llegaron a buen fin, sino al más horrible<sup>990</sup>. Porque, aunque Dios a menudo prospera a los enemigos que se levantan con razones justas y legítimas, no siendo estos súbditos, contra sus enemigos extranjeros, nunca prosperó por mucho tiempo a los súbditos rebeldes contra su príncipe, aunque no hubiese otros más grande en autoridad, aunque no tuvieran comparación en número. Cinco príncipes o reyes (porque así los llama la Escritura) con todas sus multitudes no pudieron prevalecer contra Quedorlaomer, a quien habían prometido lealtad y obediencia, y habían permanecido en aquel voto ciertos años; pero todos fueron derribados y hechos prisioneros por él, mientras que Abraham con su familia y parientes, siendo tan sólo un puñado de hombres en respeto, que no debían ninguna sujeción a Quedorlaomer, lo derribaron a él y a todo su ejército en batalla, y recobraron a los prisioneros siendo liberados<sup>991</sup>. De manera que, aunque la guerra sea algo tan terrible y cruel como en verdad lo es, Dios a menudo prospera a unos pocos en guerras legales con enemigos extranjeros aunque el conflicto sea contra muchos miles, pero nunca prospera a los súbditos que se rebelan contra su soberano natural, por muy grandes o nobles que sean, por muchos en número, aunque sean extremadamente valientes, ingeniosos y manipuladores; siendo que siempre terminan llegando a la derrota y a un final vergonzoso; así pues, Dios aborrece la rebelión más que otras guerras, aunque estas sean muy terribles y supongan una destrucción extremadamente grande para la humanidad. Es necesario tener presente que la rebelión no sólo puede llegar a ser promovida por grandes multitudes de plebeyos rudos y bribones, sino que a veces también lo hacen hombres de gran ingenio, nobleza y autoridad, levantándose contra sus príncipes legítimos (esto, aunque que la verdadera nobleza debería aborrecer absolutamente tal villanía y la verdadera sabiduría debería detestar enérgicamente estas acciones frenéticas), aunque pretendieran diversas causas, como la reparación de la mancomunidad (que la rebelión, de todos los demás males, es la que más la destruye), o la reforma de la religión (mientras que la rebelión es lo más contrario a toda religión verdadera), aunque hayan hecho un gran alarde de santidad comenzando sus rebeliones con un falso servicio a Dios (como el malvado Absalón quien comenzó su rebelión con sacrificios a Dios<sup>992</sup>), aunque exhiban y lleven enseñas y estandartes que son aceptables para el rudo e ignorante pueblo llano, a grandes multitudes de las cuales engañan y atraen con estas falsas pretensiones y demostraciones;

sin embargo, aunque las multitudes de rebeldes nunca hayan sido tan grandes y numerosas, los capitanes nunca tan nobles, políticos e ingeniosos, las pretensiones fingidas nunca tan buenas y santas, no obstante, el rápido derrocamiento de todos los rebeldes, de cualquier número, estado o condición que puedan ser, o de cualquier color o causa que pretendan, es y siempre ha sido de tal forma que Dios con esto

---

<sup>990</sup> Sal. 21:11.

<sup>991</sup> Gén. 14:1–16.

<sup>992</sup> 2 Sam. 15:12.

nos demuestra que no permite que ni la dignidad de persona alguna, ni aunque se trate de una gran multitud sin importar el pueblo del que sean, ni el peso aparente de ninguna causa, son suficientes para que los súbditos puedan mover la rebelión contra sus príncipes. Revisen y lean las historias de todas las naciones; examinen las crónicas de nuestro propio país; recuerden tantas rebeliones de tiempos antiguos, y algunas aún frescas en la memoria; no encontrarán que Dios haya prosperado ninguna rebelión contra su príncipe natural y legítimo, sino por el contrario, los rebeldes fueron derrotados y asesinados, y los que fueron tomados prisioneros fueron ejecutados terriblemente. Considerad las grandes y nobles familias de duques, marqueses, condes y otros señores, cuyos nombres leeréis en nuestras crónicas, ahora completamente extinguidas y desaparecidas; y buscad las causas de la decadencia; encontraréis que no fue por la falta de descendencia o de herederos varones, no, no fue por ninguna de estas razones que se ha provocado en gran manera la decadencia y la ruina de sangres y casas nobles, como la rebelión. Y puesto que la reparación de la república ha sido antaño el pretexto habitual de los rebeldes, y que ahora la religión empieza a ser una de las engañosas excusas para alimentar la rebelión, que todos los súbditos piadosos y discretos consideren bien ambas excusas, y de estas dos, en primera instancia a la religión. Observemos el caso del pacífico rey Salomón, quien fue apreciado por Dios como más apto para construir su templo (con lo que hace referencia al ordenamiento de la religión) que su padre, el rey David, aunque en todo lo demás fue un monarca muy piadoso, y esto debido a que David fue un gran guerrero y había derramado mucha sangre, aunque esto ocurrió en sus guerras contra los enemigos de Dios<sup>993</sup>; de esto pueden todos los súbditos piadosos y razonables considerar que un príncipe pacífico, especialmente nuestra muy pacífica y misericordiosa reina, que hasta ahora no ha derramado sangre en absoluto, no, ni aún la de sus enemigos más mortales, es lo más parecido y mucho más adecuado para establecer o mantener la verdadera religión que los rebeldes sanguinarios, que no han derramado la sangre de los enemigos de Dios como lo había hecho el rey David, sino que buscan derramar la sangre de los amigos de Dios, de sus propios compatriotas y de sus más queridos amigos y parientes, sí, la destrucción de su más gracioso príncipe y país natural, por cuya defensa deberían estar dispuestos a derramar su sangre si la necesidad lo requiriera. Se puede juzgar fácilmente qué religión es la que tales hombres y por tales medios restaurarían, incluso una religión tan buena como buenos hombres y súbditos obedientes son los rebeldes, si, así como la rebelión es un buen medio para reparar y reformar, siendo ella misma la mayor deformación de todas las posibles. Pero, así como la verdad del Evangelio de nuestro Salvador Cristo, siendo enseñada tranquila y sobriamente, aunque les cueste la vida a quienes la enseñan, es capaz de mantener la verdadera religión, así también una religión frenética tiene necesidad de mantenimientos tan furiosos como la rebelión, y de patrocinadores tan rebeldes, dispuestos, no a morir por la verdadera religión, sino a matar a todos los que hablen o se atrevan a hablar contra su falsa superstición y su malvada idolatría.

---

<sup>993</sup> 2 Cr. 22:7–10.

Ahora bien, en cuanto a las pretensiones de cualquier reparación de la mancomunidad hechas por los rebeldes, todo hombre que tenga medio ojo puede ver cuán vanas son, siendo la rebelión, como he declarado antes, la mayor ruina y destrucción posible de todas las mancomunidades. Y quien, por una parte, considere las personas y el gobierno de los más honorables consejeros de la reina, que por el experimento de tantos años han demostrado ser honorables para su majestad y muy provechosos y beneficiosos para nuestro país y nuestros compatriotas; y, por otra parte, considere las personas, el estado y las condiciones de los propios rebeldes, los reformadores (como ellos consideran) del gobierno actual; descubrirá que los hombres más imprudentes y temerarios, los más grandes derrochadores, los que han malgastado más impíamente sus propios bienes y tierras, los que están endeudados hasta las orejas y los que por robos, hurtos y asesinatos no se atreven a dar la cara en ninguna mancomunidad bien gobernada, donde estén en vigor buenas leyes, los de comportamiento y vida más impíos y perversos, y todos aquellos que no quieren o no pueden vivir en paz, son siempre los más dispuestos a promover la rebelión o a tomar parte con los rebeldes. ¿Y no son estos hombres idóneos, según tú, para restaurar la decadencia de la mancomunidad, siendo tales, que han echado a perder y consumido su propia riqueza y ahorro? ¿Son estos hombres aptos para reparar los modales de otros, teniendo ellos mismos vicios tan viles y condiciones tan abominables? Ciertamente, lo que ellos falsamente llaman reforma no es sólo un desfiguramiento o una deformación, sino también una destrucción total de toda la riqueza de la mancomunidad, como bien se vería si los rebeldes lograran hacer su voluntad, y se ve muy bien y con toda claridad por lo que hacen en los lugares del país donde los rebeldes huyen; siendo que aunque se quedan muy poco tiempo, hacen tal reforma que destruyen todos los lugares y deshacen a todos los hombres donde llegan, de tal manera que el niño aún no nacido puede lamentarlo, y muchos años después los maldecirá.

Por lo tanto, que ningún súbdito bueno y discreto siga la bandera o estandarte exhibido a la rebelión y llevado por rebeldes, aunque tenga la imagen del arado pintada en él con «Dios haga avanzar el arado» escrito debajo en grandes letras, sabiendo que nadie obstaculiza el arado más que los rebeldes, que ni irán ellos mismos al arado ni permitirán que otros vayan a él. Y aunque algunos rebeldes poco saben lo que significa la cruz de Cristo, pues esta, ni escultor ni pintor pueden hacer, llevan la imagen de la cruz pintada en un trapo elevada contra los que tienen la cruz de Cristo impresa en sus corazones; aunque lleven la imagen de las cinco llagas pintada contra aquellos que ponen su única esperanza de salvación en las llagas de Cristo, no en aquellas llagas que están pintadas en una pancarta por algún pintor lascivo, sino en aquellas llagas que Cristo mismo llevó en su precioso cuerpo; aunque ellos, poco saben lo que significa la cruz de Cristo, que ni el escultor ni el pintor pueden hacer, llevan la imagen de la cruz pintada en un trapo contra aquellos que tienen la cruz de Cristo impresa en sus corazones; Sí, aunque pinten en sus banderas "Hoc signo vinces, Con este signo obtendrás la victoria", imitando con cariño el lema

de Constantino el Grande<sup>994</sup>, ese noble emperador cristiano y gran conquistador de los enemigos de Dios, una enseña muy inadecuada para los rebeldes, los enemigos de Dios, su príncipe y su país; o cualquier otra bandera que lleven; sin embargo, que ningún súbdito bueno y piadoso, con alguna esperanza de victoria o buen éxito, siga a esos abanderados de la rebelión. Porque como ejemplos de tales prácticas se pueden encontrar tanto en las historias de antaño como también de rebeliones posteriores en la memoria de nuestros padres y en nuestra memoria reciente; Así, a pesar de estas pretensiones hechas y de los estandartes ondeados, se registran con todo para memoria perpetua los grandes y horribles asesinatos de infinitas multitudes y miles de personas comunes muertas en rebelión, las terribles ejecuciones de los autores y capitanes, la lastimosa ruina de sus esposas e hijos, y el desheredamiento de los herederos de los rebeldes para siempre, el despojo, el desperdicio y la destrucción del pueblo y del país donde la rebelión comenzó por primera vez, para que el niño aún no nacido pudiera lamentarlo y llorarlo, con el derrocamiento final y las muertes vergonzosas de todos los rebeldes, expuestas tanto en las historias de las naciones extranjeras como en las crónicas de nuestro propio país; Algunas de ellas están todavía frescas en la memoria, y si se reunieran, darían lugar a muchos volúmenes y libros; pero, por el contrario, toda la buena suerte, el éxito y la prosperidad que alguna vez le sucedieron a cualquier rebelde de cualquier época, tiempo o país pueden resumirse en unas pocas líneas o palabras.

Por tanto, para concluir, que todos los buenos súbditos, considerando cuán horrible pecado contra Dios, su príncipe, su país y sus compatriotas, contra todas las leyes de Dios y del hombre, es la rebelión, siendo de hecho no uno o varios pecados, sino todos los pecados contra Dios y el hombre amontonados; considerando la vida y los hechos malvados y los fines y muertes vergonzosos de todos los rebeldes hasta ahora, y la lastimosa ruina de sus esposas, hijos y familias, y el desheredamiento de sus herederos para siempre; y sobre todas las cosas considerando la condenación eterna que está preparada para todos los rebeldes impenitentes en el infierno con Satanás, el primer fundador de la rebelión y gran capitán de todos los rebeldes; que todos los buenos súbditos, digo, considerando estas cosas, eviten y huyan de toda rebelión, como el mayor de todos los males, y abracen la debida obediencia a Dios y a nuestro príncipe, como la mayor de todas las virtudes; para que podamos escapar de todos los males y miserias que siguen a la rebelión en este mundo y de la condenación eterna en el mundo venidero, y disfrutar de paz, tranquilidad y seguridad con todos los demás beneficios y bendiciones de Dios que siguen a la obediencia en esta vida, y finalmente podamos disfrutar del reino de los cielos, el lugar peculiar de todos los súbditos obedientes a Dios y a su príncipe, en el mundo venidero. Lo cual pido a Dios, Rey de reyes, que nos conceda por la obediencia a su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, a quien, con

---

<sup>994</sup> El texto original dice «Constantinus Magnus». Esta es la inscripción que se supone que Constantino vio alrededor de la cruz cristiana en vísperas de la batalla del puente Milvio en Roma, el 28 de octubre de 312. Véase Eusebio de Cesarea, De vita Constantini, 1.28.

el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios y Rey inmortal, se debe todo honor, servicio y obediencia por parte de todas sus criaturas por los siglos de los siglos. Amén.

Así habéis oído la cuarta parte de esta homilía; ahora, buenas personas, oremos. (La oración que antes hemos rezado.)

5. Considerando que después de la doctrina y los ejemplos de la debida obediencia de los súbditos a sus príncipes, os declararé finalmente qué pecado abominable contra Dios y el hombre es la rebelión, y qué horribles plagas, castigos y muertes, aunadas a la muerte eterna finalmente, se ciernen sobre las cabezas de todos los rebeldes, no será ni impertinente ni inútil ahora declarar quiénes son aquellos a quienes el diablo, el primer autor y fundador de la rebelión, usa principalmente para incitar a los súbditos a rebelarse contra sus legítimos príncipes; para que, conociéndolos, podáis huir de ellos y de sus condenables sugerencias, evitar toda rebelión y así escapar de las horribles plagas, de las muertes espantosas y de la condenación eterna que finalmente se deben a todos los rebeldes, y abrazando toda obediencia a Dios y a vuestro príncipe natural, podáis gozar de las bendiciones de Dios y del favor de vuestro príncipe en toda paz, tranquilidad y seguridad en este mundo, y finalmente alcanzar por medio de Cristo nuestro Salvador la vida eterna en el mundo venidero, y así concluir todo este tratado de la debida obediencia y contra la condenable rebelión.

Aunque se pueden enumerar muchas causas de rebelión y casi tantas como vicios hay en los hombres y mujeres, como se ha indicado antes, en este lugar sólo me referiré a las causas principales y más habituales, como especialmente la ambición y la ignorancia. Por ambición me refiero al deseo ilícito e incesante de los hombres de alcanzar un estado superior al que Dios les ha dado o designado. Por ignorancia no me refiero a la falta de habilidad en las artes o las ciencias, sino a la falta de conocimiento de la bendita voluntad de Dios declarada en su santa Palabra, que enseña tanto a aborrecer en extremo toda rebelión como la raíz de todo mal como a deleitarse especialmente en la obediencia como el principio y fundamento de toda bondad, como también se ha especificado antes. Y como éstas son las dos causas principales de la rebelión, así también hay especialmente dos clases de hombres en los que reinan estos vicios, por medio de los cuales el diablo, el autor de todo mal, incita principalmente toda desobediencia y rebelión. Las ambiciones inquietas, una vez que han decidido por un medio u otro alcanzar su propósito previsto, cuando no pueden por medios legales y pacíficos llegar tan alto como desean, intentan hacerlo por la fuerza y la violencia; y cuando no pueden prevalecer contra la autoridad y el poder ordinarios de los príncipes y gobernadores legítimos por sí solos, buscan la ayuda y el auxilio de la multitud ignorante, abusando de ella para sus malvados propósitos. Por tanto, viendo que unos pocos ambiciosos y maliciosos son los autores y jefes, y multitudes de hombres ignorantes son los ministros y promotores de la rebelión, el punto principal de esta parte será también notificar a los hombres simples e ignorantes quiénes son los que han sido y son los autores habituales de la rebelión, para que los conozcan, y también amonestarlos

para que tengan cuidado con las sutiles sugerencias de esas personas ambiciosas inquietas, y así huir de ellas; para que las rebeliones, aunque intentadas por unos pocos ambiciosos, por falta de apoyo por parte de multitudes, puedan ser reprimidas rápida y fácilmente, sin gran trabajo, peligro o daño, y así ser claramente extinguidas.

Es bien sabido, tanto por todas las historias como por la experiencia diaria, que nadie ha aspirado más ambiciosamente a ser emperador, rey y príncipe, ni ha incitado más perniciosamente a la gente ignorante a la rebelión contra sus príncipes, que ciertas personas que falsamente se desafían a sí mismas a ser consideradas y llamadas solamente espirituales. Por lo tanto, debo aquí nuevamente, buenas personas, recordarles brevemente, a partir de la santa Palabra de Dios, cómo nuestro Salvador Jesucristo y sus santos apóstoles, las cabezas y jefes de todos los verdaderos hombres espirituales y eclesiásticos, se comportaron con los príncipes y gobernantes de su tiempo, aunque no fueron los mejores gobernadores que jamás hubo; para que así no ignoréis si son verdaderos discípulos y seguidores de Cristo y sus apóstoles, y si en verdad son hombres excepcional y verdaderamente espirituales, que o por ambición aspiran tan alto, o enseñan de la manera más maliciosa o ejecutan de la manera más perniciosa la rebelión contra sus legítimos príncipes, siendo la peor de todas las obras carnales y hechos maliciosos.

Las Sagradas Escrituras enseñan muy explícitamente que nuestro Salvador Cristo, y sus santos apóstoles San Pablo y San Pedro, con otros, fueron obedientes a los magistrados y a los poderes superiores que gobernaban cuando ellos estaban en la tierra, y también exhortaron diligente y seriamente a todos los demás cristianos a la misma obediencia a sus príncipes y gobernadores<sup>995</sup>; por lo cual es evidente que los hombres del clero y los ministros eclesiásticos, como sus sucesores, deben, tanto ellos mismos especialmente como ante los demás, ser obedientes a sus príncipes, y también exhortar a todos los demás a esto. Asimismo, nuestro Salvador Cristo, enseñando con su doctrina que su reino no era de este mundo, lo confirmó con su ejemplo, huyendo de los que querían hacerlo rey<sup>996</sup>; prohibiendo expresamente también a sus apóstoles, y por ellos a todo el clero, todo dominio principesco sobre los pueblos y naciones<sup>997</sup>; y Él y sus santos apóstoles igualmente, a saber, Pedro y Pablo, prohibieron a todos los ministros eclesiásticos el dominio sobre la iglesia de Cristo<sup>998</sup>. Y ciertamente, mientras que los ministros eclesiásticos continuaron en la iglesia de Cristo en el orden que la Palabra de Cristo les prescribe, y en los reinos cristianos se mantuvieron obedientes a sus propios príncipes, como las Sagradas Escrituras les enseñan, tanto la iglesia de Cristo estuvo más libre de emulaciones

---

<sup>995</sup> Mateo. 17:25; Marcos 12:17; Lucas 20:25; Mate. 27:1; Lucas 23:1; Memoria de sólo lectura. 13:1; 1 Tim. 2:1-2; 1 Pedro 2:13.

<sup>996</sup> Juan 6:15; 18:36.

<sup>997</sup> Mateo. 20:25; Marcos 10:42; Lucas 22:25.

<sup>998</sup> Mateo. 23:8; Lucas 9:46; 2 Cor. 1:24; 1 Pedro 5:3.

ambiciosas y contenciones, como el estado de los reinos cristianos menos sujeto a tumultos y rebeliones.

Pero después de que la ambición y el deseo de dominio entraron en los ministros eclesiásticos (cuya grandeza, según la doctrina y el ejemplo de nuestro Salvador, debería consistir principalmente en humillarse a sí mismos<sup>999</sup>), y que el obispo de Roma (siendo por orden de la Palabra de Dios nada menos que el obispo de esa única sede y diócesis, y aún no siendo capaz de gobernarla), por intolerable ambición desafió, no sólo a ser la cabeza de la iglesia dispersa por todo el mundo, sino también a ser el señor de todos los reinos del mundo, como se establece expresamente en el libro de sus propias leyes canónicas<sup>1000</sup>, muy contrario a la doctrina y el ejemplo de nuestro Salvador Cristo, cuyo vicario, y de sus santos apóstoles, a saber, Pedro, cuyo sucesor pretende ser; después de esta ambición y este desafío hecho por el obispo de Roma, se convirtió inmediatamente en el despojador y destructor tanto de la iglesia, que es el reino de nuestro Salvador Cristo, como del imperio cristiano y de todos los reinos cristianos, como tirano universal sobre todos. Y mientras que antes de ese desafío había gran amistad y amor entre los cristianos de todos los países, desde entonces comenzó la emulación y mucho odio entre el obispo de Roma y su clero y amigos por una parte, y el clero griego y los cristianos del este por la otra parte, porque se negaron a reconocer cualquier autoridad suprema del obispo de Roma sobre ellos; el obispo de Roma, por esta causa entre otras, no solo los nombró y los tomó por cismáticos, sino que nunca dejó de perseguirlos a ellos y a los emperadores que tenían su sede y continuidad en Grecia, incitando a los súbditos a la rebelión contra sus señores soberanos y suscitando odio mortal y guerras muy crueles entre ellos y otros príncipes cristianos. Y cuando los obispos de Roma trasladaron el título de emperador y (en la medida de lo posible) el propio imperio desde su señor, el emperador de Grecia y también de Roma por derecho, hacia los príncipes cristianos de Occidente, en poco tiempo no se comportaron mejor con los emperadores de Occidente de lo que antes lo habían hecho con los emperadores de Grecia. Pues acostumbraban liberar a los súbditos de sus juramentos de fidelidad hechos a los emperadores de Occidente, sus señores soberanos; el obispo de Roma incitaba a los súbditos a la rebelión contra sus príncipes, sí, del hijo contra el padre; las guerras más crueles y sangrientas entre los príncipes cristianos de todos los reinos; el horrible asesinato de infinitos miles de hombres cristianos, asesinados por cristianos; y, como consecuencia de ello, las lamentables pérdidas de tantas buenas ciudades, países, dominios y reinos, alguna vez poseídos por los cristianos en Asia, África y Europa, la miserable caída del imperio y la iglesia de Grecia, alguna vez la parte más floreciente de la cristiandad, en manos de los turcos, la lamentable disminución, decadencia y ruina de la religión cristiana, el espantoso aumento del paganismo, y el poder de los infieles y malhechores<sup>1001</sup>; y todo por la práctica y procuración del obispo de Roma principalmente, lo cual está en las historias y

<sup>999</sup> Mateo. 18:4; 20:28; Lucas 9:48; 22:27.

<sup>1000</sup> VI, 3.16.1 (glosa en "partibus"); VI, 5.9.5 (glosa sobre 'privata').

<sup>1001</sup> La palabra significa aquí "incrédulos".

crónicas escritas por los propios favorecedores y amigos del obispo de Roma para ser visto, y es bien conocido por todos los que están familiarizados con dichas historias.

La intención ambiciosa y las derivas más sutiles de los obispos de Roma en estas sus prácticas aparecieron evidentemente por su audaz intento de despojar y robar a los emperadores de sus pueblos, ciudades, dominios y reinos en Italia, Lombardía y Sicilia, de antiguo derecho perteneciente al imperio, y uniéndolos a su obispado de Roma, o dándoselos a extraños para que los posean de la iglesia y de los obispos de Roma como «in capite», y como sus principales señores, en cuya tenencia se encuentran la mayor parte de ellos hasta el día de hoy. Por estos medios ambiciosos y ciertamente traidores, y despojando a sus señores soberanos, los obispos de Roma, sacerdotes y nadie más por derecho que los obispos de una ciudad y diócesis, son por falsa usurpación convertidos en grandes señores de muchos dominios, poderosos príncipes, sí, o emperadores más bien, como pretendiendo tener diversos príncipes y reyes como sus vasallos, sirvientes y súbditos; como en las mismas historias escritas por sus propios familiares y cortesanos es de verse. Y en efecto, desde el tiempo en que los obispos de Roma, por ambición, traición y usurpación, lograron y alcanzaron esta altura y grandeza, se comportaron más como príncipes, reyes y emperadores en todos los aspectos que como sacerdotes, obispos y personas eclesiásticas o (como deseaban ser llamados) espirituales en absolutamente nada. Porque de esta manera han tratado a otros reyes y príncipes de otros reinos en toda la cristiandad, así como a sus señores soberanos los emperadores, por lo general liberando a sus súbditos de su juramento de fidelidad, y así incitándolos a la rebelión contra sus príncipes naturales, de lo cual se os notificarán algunos ejemplos en la última parte de la presente.

Por tanto, que todos los buenos súbditos, sabiendo que éstos son los instrumentos y ministros especiales del diablo para suscitar todas las rebeliones, eviten y huyan de ellos y de las pestilentes sugerencias de tales usurpadores extranjeros y de sus adherentes, y abracen toda obediencia a Dios y a sus príncipes y soberanos naturales; para que puedan gozar de las bendiciones de Dios y del favor de su príncipe en toda paz, tranquilidad y seguridad en este mundo, y alcanzar finalmente, por medio de Cristo nuestro Salvador, la vida eterna en el mundo venidero.

Ahora bien, estas cosas eran intolerables y puede parecer más que asombroso que algunos súbditos se pusieran de acuerdo de esa manera con usurpadores extranjeros contra sus propios señores soberanos y su patria natural, lo cual Dios Padre, por amor de nuestro Salvador Jesucristo, nos conceda evitar a todos. A quien, con el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Así habéis oído la quinta parte de esta homilía; ahora, buenas gentes, oremos. (La oración que rezamos anteriormente).

6. Ahora bien, siendo intolerables las injurias, opresiones, vilezas y tiranías de los obispos de Roma, usurpando tanto contra sus señores naturales los emperadores como contra todos los demás reyes y reinos cristianos, y su continua incitación a los súbditos a la rebelión contra sus señores soberanos, de lo cual en parte os he amonestado antes: y puede parecer más que una maravilla que algunos súbditos se mantuvieran obedientes a usurpadores extranjeros antinaturales contra sus propios señores soberanos y su patria natural; queda entonces para finalizar que yo declare el medio por el cual ellos se ocuparon de estos asuntos, y así concluir todo este tratado sobre la debida obediencia y contra la desobediencia y la rebelión deliberada.

Comprenderéis que, ignorando la Palabra de Dios, en la que se retenía a todos los hombres, especialmente al pueblo llano, obraron y llevaron a cabo todas estas cosas, haciéndoles creer que todo lo que decían era verdad, todo lo que hacían era bueno y piadoso, y que era muy meritorio estar de acuerdo con ellos en todo, contra el padre, la madre, el príncipe, la patria y todos los hombres. Y, en verdad, ¿a qué mal no conduce la ignorancia ciega a los hombres sencillos? Por ignorancia el clero judío indujo al pueblo común a pedir la libertad de Barrabás, el asesino sedicioso, y a demandar la cruel crucifixión de nuestro Salvador Cristo, pues él reprendía la ambición, la superstición y otros vicios de los sumos sacerdotes y del clero<sup>1002</sup>. Porque como nuestro Salvador Cristo testifica que quienes lo crucificaron no sabían lo que hacían<sup>1003</sup>, así también dice el santo apóstol: «Si lo hubieran sabido», si no hubieran sido ignorantes, «nunca habrían crucificado al Señor de la gloria», pero no sabían lo que hacían<sup>1004</sup>. Nuestro Salvador Cristo mismo también predijo que sucedería por ignorancia que aquellos que persiguieran y asesinaran a sus verdaderos apóstoles y discípulos pensarían que hacían a Dios sacrificio aceptable y buen servicio, como también se puede constatar esto incluso en este día<sup>1005</sup>.

Y en esta ignorancia los obispos de Roma han mantenido al pueblo de Dios, especialmente al pueblo llano, no tanto como quitándoles la Palabra de Dios, sino más bien manteniéndolos bajo el velo de una lengua extraña y desconocida. Porque así como sirvió al ambicioso humor de los obispos de Roma obligar a todas las naciones a usar el idioma natural de la ciudad de Roma, donde eran obispos, lo que demostraba un cierto reconocimiento de sumisión a ellos, así también sirvió mucho más a su astuto propósito de mantener a todos los pueblos tan ciegos, que, sin saber lo que oraban, lo que creían, lo que Dios les había ordenado, pudieran tomar todos sus mandamientos por los de Dios. Porque, así como no querían que las Sagradas Escrituras o los servicios de la iglesia se usaran o estuvieran en cualquier otro idioma diferente al latín, así también muy pocos, incluso de la gente más

<sup>1002</sup> Mateo 27:20; Lucas 23:18.

<sup>1003</sup> Lucas 23:34.

<sup>1004</sup> 1 Corintios 2:8.

<sup>1005</sup> Juan 15:21; 16:2–3.

sencilla, fueron enseñados en el Padre Nuestro, los artículos de la fe<sup>1006</sup> y los diez mandamientos de otra manera que en latín, idioma que no entendían; por cuya ignorancia universal todos los hombres estaban dispuestos a creer todo lo que decían y a hacer todo lo que mandaban.

Porque para practicar la enseñanza de los apóstoles, si los súbditos del emperador hubieran sabido por la Palabra de Dios su deber hacia su príncipe<sup>1007</sup>, No habrían permitido que el obispo de Roma los persuadiera a abandonar a su soberano señor el emperador contra su juramento de fidelidad, y a rebelarse contra él, sólo porque arrojó las imágenes (a las cuales se les había cometido idolatría) fuera de las iglesias, las cuales el obispo de Roma les llevó en la mano por ser herejía<sup>1008</sup>. Si hubieran conocido de la Palabra de Dios tan sólo los diez mandamientos, habrían encontrado que el obispo de Roma no sólo era un traidor al emperador su señor, sino también a Dios, y un horrible blasfemo de su majestad, al llamar herejía a su santa Palabra y mandamiento, y que lo que el obispo de Roma tomó por una causa justa para rebelarse contra su legítimo príncipe, podrían haber sabido que era una duplicación y triplicación de su más atroz maldad, amontonada con horrible impiedad y blasfemia. Pero para que el pobre pueblo no supiera demasiado, no les permitió tener tanto de la Palabra de Dios como los diez mandamientos en forma completa y perfecta, quitándoles el segundo mandamiento, que delata su impiedad mediante un sacrilegio sutil.

Si los súbditos del emperador también hubieran conocido y comprendido la Palabra de Dios, ¿se habrían rebelado en otras ocasiones contra su soberano señor, y con su rebelión habrían intentado deponerlo, sólo porque el obispo de Roma les hizo saber que era simonía, y también herejía, que el emperador concediera dignidades eclesiásticas o ascensos a sus eruditos capellanes o a otros de su docto clero, cosa que todos los emperadores cristianos antes que él habían hecho sin control<sup>1009</sup>? Digo, ¿se habrían rebelado contra él con tanto derramamiento de sangre cristiana y asesinato de tantos miles de cristianos, y finalmente habrían depuesto a su soberano señor, por el hecho de que el obispo de Roma los tuviera tan en sus manos, si hubieran conocido y tenido en la Palabra de Dios algún entendimiento? Especialmente, si hubieran sabido que hicieron todo esto para arrancar de su señor soberano y sus sucesores para siempre su antiguo derecho del imperio, para dárselo al clero romano y al obispo de Roma, para que pudiera por la confirmación de un arzobispo y por un trapo romano, que él llama palio, que apenas vale doce peniques, recibir muchas miles de coronas de oro, y de otros obispos asimismo grandes sumas de dinero por sus bulas, lo cual es realmente simonía; ¿habrían, digo, los hombres

<sup>1006</sup> Se refiere al credo de los apóstoles.

<sup>1007</sup> 1 Cor. 2:8, imitando "si hubieran sabido".

<sup>1008</sup> La frase "los llevó en la mano" significa "los llevó a creer". El incidente al que se hace referencia aquí ocurrió en el año 726, durante el pontificado de Gregorio II (715-731). Su política antiimperial fue también seguida por su sucesor Gregorio III (731-741).

<sup>1009</sup> Se trata de una referencia a la famosa controversia de investidura entre el papa Gregorio VII (1073-1085) y el emperador Enrique IV (1056-1106).

cristianos y los súbditos por rebelión gastado tanta sangre cristiana y habrían depuesto a su príncipe natural, más noble y más valiente, para llevar el asunto finalmente a este punto, si hubieran sabido lo que hicieron o hubieran tenido algún entendimiento de la Palabra de Dios?

Y como estos ambiciosos usurpadores, los obispos de Roma, han inundado toda Italia y Alemania con ríos de sangre cristiana, derramada por las rebeliones de súbditos ignorantes contra sus señores naturales, los emperadores, a quienes han incitado a ello con tales falsas pretensiones, así no hay país en la cristiandad que por sus mismos medios y falsas pretensiones no haya sido rociado con la sangre de los súbditos por la rebelión contra sus soberanos naturales, incitada por los mismos obispos de Roma.

Y para usar un ejemplo de nuestro propio país, el obispo de Roma provocó una disputa con el rey Juan de Inglaterra sobre la elección de Stephen Langton para el obispado de Canterbury<sup>1010</sup>, en la que el rey tenía un derecho antiguo, que habían utilizado sus progenitores, todos los reyes cristianos de Inglaterra antes que él; los obispos de Roma no tenían ningún derecho, pero habían comenzado entonces a usurpar a los reyes de Inglaterra y a todos los demás reyes cristianos como lo habían hecho antes contra sus señores soberanos, los emperadores, procediendo incluso por los mismos medios y maldiciendo asimismo al rey Juan y liberando a sus súbditos de su juramento de fidelidad a su señor soberano. Ahora bien, si los ingleses de aquella época hubieran sabido cuál era su deber hacia su príncipe, tal como se establece en la Palabra de Dios, ¿se habrían rebelado contra su soberano señor el rey muchos de los nobles y otros ingleses, súbditos naturales, a causa de la vana maldición del rey por parte de este usurpador extranjero y antinatural y por su fingido incumplimiento de su juramento de fidelidad a su señor natural, sobre una base tan escasa o nula? ¿Habrían tomado partido los súbditos ingleses contra el rey de Inglaterra y contra los ingleses, con el rey francés y los franceses indignados contra este reino por el obispo de Roma? ¿Habrían mandado llamar y recibido al delfín de Francia, con un gran ejército de franceses, en el reino de Inglaterra? ¿Habrían jurado fidelidad al delfín de Francia, rompiendo su juramento de fidelidad a su señor natural, el rey de Inglaterra, y se habrían puesto bajo la bandera del delfín desplegada contra el rey de Inglaterra? ¿Habrían expulsado a su señor soberano, el rey de Inglaterra, de Londres, la ciudad principal de Inglaterra y de la mayor parte de Inglaterra en la orilla sur del Trent, incluso hasta Lincoln, y habrían entregado la posesión de la misma al delfín de Francia, la cual conservó durante mucho tiempo? ¿Habrían ellos, siendo ingleses, procurado tan gran derramamiento de sangre inglesa y otros infinitos males a Inglaterra, su país natural, como siguieron a esas crueles guerras y rebeliones traidoras, frutos de las bendiciones del obispo de Roma<sup>1011</sup>? ¿Habrían llevado a su señor soberano natural, el rey de Inglaterra, a tal extremo que se vio obligado a someterse a ese falso usurpador extranjero, el

---

<sup>1010</sup> Juan (1199-1216) se peleó con el papa Inocencio III (1198-1216) por el nombramiento de Stephen Langton (1207-1228) en 1207.

obispo de Roma, que lo obligó a entregar la corona de Inglaterra en manos de su legado, quien en señal de posesión la mantuvo en sus manos durante varios días, y luego la entregó de nuevo al rey Juan con la condición de que el rey y sus sucesores, reyes de Inglaterra, mantuvieran la corona y el reino de Inglaterra bajo la posesión del obispo de Roma y sus sucesores, siendo nuestros nobles vasallos de los mencionados obispos de Roma para siempre, en señal de lo cual los reyes de Inglaterra también deberían pagar un tributo anual a los obispos de Roma como sus sirvientes y súbditos? ¿Habrían llevado los ingleses a su soberano señor y a su patria a esta servidumbre y sujeción a un falso usurpador extranjero si hubieran conocido y tenido algún entendimiento de la Palabra de Dios? De este caso lamentable y de esta tiranía miserable, de rapiña y despojo de los lobos romanos más codiciosos, los reyes y el reino de Inglaterra no pudieron librarse en el espacio de muchos años; el obispo de Roma, por medio de sus ministros, no sólo despojó continuamente al reino y a los reyes de Inglaterra de un tesoro infinito, sino que también contrató y mantuvo con el mismo dinero a enemigos extranjeros contra el reino y los reyes de Inglaterra, para mantenerlos en tal sujeción que no se negaran a pagar todo lo que esos lobos insaciables ansiaban y sufrieran todo lo que esos tiranos extremadamente crueles quisieran imponerles. ¿Habrían sufrido esto los ingleses? ¿Si en aquellos días hubieran sabido y comprendido que Dios maldice las bendiciones y bendice las maldiciones de tan malvados obispos usurpadores y tiranos<sup>1012</sup>, tal como apareció después en los días del rey Enrique VIII y del rey Eduardo VI, y en los días de nuestro bondadoso soberano, que es ahora, donde no faltan ni las maldiciones del papa ni las múltiples bendiciones de Dios<sup>1013</sup>? Pero en tiempos del rey Juan, el obispo de Roma, comprendiendo la ceguera bruta, la ignorancia de la Palabra de Dios y la superstición de los ingleses, y lo inclinados que estaban a adorar a la bestia babilónica de Roma, y a temer todas sus amenazas y maldiciones sin causa, abusó de ellos de este modo; y por su rebelión sometió a este noble reino y a los reyes de Inglaterra a su más cruel tiranía, y a ser botín de su más vil e insaciable codicia y voracidad durante un largo y extenso tiempo.

Y para unir a los informes de las historias asuntos de memoria posterior, ¿podría el obispo de Roma haber provocado las últimas rebeliones en los países del norte y del oeste en los tiempos del rey Enrique VIII y el rey Eduardo VI, padre y hermano de nuestro gracioso soberano, sino abusando del pueblo ignorante<sup>1014</sup>? ¿O no es muy evidente que el obispo de Roma ha intentado últimamente por medio de sus patriarcas y obispos irlandeses, enviados desde Roma con sus bulas (de las que algunos fueron detenidos), derribar las rejas y vallas de la paz pública en Irlanda,

<sup>1011</sup> Hay una confusión aquí. Felipe Augusto (1180-1223) amenazó con invadir Inglaterra, teóricamente en apoyo del papa, en 1213, pero el conflicto se resolvió antes de que él pudiera hacerlo. Sin embargo, los franceses invadieron en 1216, liderados por el delfín (el futuro Luis VIII) en apoyo de los barones rebeldes. Sin embargo, el papa apoyó al rey Juan en ese momento.

<sup>1012</sup> Mal. 2:2.

<sup>1013</sup> El papa Pío V excomulgó a la reina Isabel I el 21 de febrero de 1570 e incitó a sus súbditos a rebelarse contra ella.

<sup>1014</sup> Se refiere a la llamada «peregrinación de la gracia» en el norte (1535) y a la rebelión occidental de 1549.

sólo por la confianza de abusar fácilmente de la ignorancia de los salvajes irlandeses<sup>1015</sup>? ¿O quién no ve que, basándose en la misma confianza, más recientemente también ha procurado la ruptura de la paz pública en Inglaterra (con la larga y bendita continuación por la cual está muy afligido), mediante el ministerio de sus capellanes disfrazados, que se arrastran con ropas de laicos en las casas y susurran en los oídos de ciertos habitantes de la frontera norte, que son hombres muy ignorantes de su deber para con Dios y su príncipe de todos los pueblos del reino; a quienes, por lo tanto, como los más aptos y listos para ejecutar su propósito previsto, ha llevado a estos estúpidos súbditos ciegos, por medio de los susodichos sacerdotes de misa ignorantes, como guías ciegos que conducen a los ciegos, al profundo foso de la horrible rebelión, condenable para ellos mismos y muy peligrosa para el estado del reino, si Dios, en su misericordia, no hubiera calmado milagrosamente esa furiosa tempestad, no solo sin ningún naufragio de la mancomunidad, sino casi sin derramamiento alguno de sangre cristiana e inglesa.

Y es aún mucho más lamentable que no sólo la gente común, sino también algunos príncipes jóvenes o inexpertos se dejen abusar por el obispo de Roma, sus cardenales y obispos, para oprimir a los hombres cristianos sus fieles súbditos, ya sea ellos mismos, o bien procurando que la fuerza y la potencia de los hombres cristianos sean transportados fuera de un país para oprimir a los verdaderos cristianos en otro país, y por estos medios abran una entrada a los moros e infieles en la posesión de los reinos y países cristianos; otros príncipes cristianos, mientras tanto, por la influencia también del obispo de Roma, están ocupados en guerras civiles o tan perturbados por rebeliones que no tienen tiempo libre ni capacidad para aunar fuerzas para la defensa de sus compañeros cristianos contra tales invasiones de los enemigos comunes de la cristiandad, los infieles y malhechores. Quiera Dios que sólo leamos y oigamos esto de las historias antiguas, y no veamos y sintamos también estas nuevas y presentes opresiones de cristianos, rebeliones de súbditos, efusión de sangre cristiana, destrucción de hombres cristianos, decadencia y ruina de la cristiandad, aumento del paganismo, que es muy lamentable y lastimoso contemplar, siendo procuradas en estos nuestros días, así como en tiempos pasados, por el obispo de Roma y sus ministros abusando de la ignorancia de la Palabra de Dios que aún permanece en algunos príncipes y pueblos cristianos.

Por cuyos agrios y amargos frutos de ignorancia todos los hombres deberían ser movidos a dar oído y crédito a la Palabra de Dios, mostrando tan verdaderamente, tan claramente, cuán grande es el mal de la ignorancia, y cuán grande y cuán buen don de Dios es el conocimiento de la Palabra de Dios. Y para comenzar con el clero romano, que aunque ahora se jactan, como lo hizo alguna vez el clero judío<sup>1016</sup>, de que no pueden carecer de conocimiento, sin embargo, Dios por sus santos profetas

<sup>1015</sup> Esto parece referirse a Richard Creagh, arzobispo titular de Armagh y primado de Irlanda, que escapó de la Torre de Londres en 1565, regresó a Irlanda para unirse a la rebelión de Shane O'Neill (1566-1567), fue capturado nuevamente y encarcelado en la torre hasta su muerte en 1585.

<sup>1016</sup> Jer. 18:18.

los acusa de ignorancia y también los amenaza, porque han repelido el conocimiento de la Palabra y la ley de Dios de sí mismos y de su pueblo, de tal forma que Él los repelerá, al punto que no serán más sus sacerdotes<sup>1017</sup>. Asimismo, Dios ordena tanto a los príncipes como a los sacerdotes que se esfuercen por obtener entendimiento y conocimiento de su Palabra, amenazándoles con su gran ira y destrucción si no lo consiguen<sup>1018</sup>. Y el sabio dice a todos los hombres universalmente, príncipes, sacerdotes y pueblo: 'El alma sin ciencia no es buena, y aquel que se apresura con los pies, peca<sup>1019</sup> y que: 'Faltos por completo de inteligencia son todos los hombres que vivieron sin conocer a Dios' y su santa Palabra<sup>1020</sup>; que: 'Los que andan en tinieblas no saben a dónde van', y que el pueblo que no aprende caerá en grandes males<sup>1021</sup>; como lo hizo el pueblo de Israel que por su ignorancia en la Palabra de Dios fue llevado primero al cautiverio<sup>1022</sup>; y cuando por ignorancia después no quisieron saber el tiempo de su visitación, sino que crucificaron a Cristo nuestro Salvador<sup>1023</sup>, persiguieron a sus santos apóstoles, y fueron tan ignorantes y ciegos que cuando hacían las mayores maldades y crueldades, pensaban que hacían a Dios un servicio bueno y aceptable (como muchos por ignorancia piensan aún en este día<sup>1024</sup>), finalmente, por su ignorancia y ceguera, su país, pueblos, ciudades, Jerusalén misma y el santo templo de Dios fueron todos horriblemente destruidos, la mayor parte de su pueblo asesinado y el resto llevado al más miserable cautiverio; porque "su Hacedor no tendrá de él misericordia, ni se compadecerá de él el que lo formó<sup>1025</sup>"; y todo por su ignorancia<sup>1026</sup>. Y las Sagradas Escrituras enseñan que el pueblo que no quiere ver con sus ojos, ni oír con sus oídos, aprender y entender con su corazón, no puede convertirse ni salvarse<sup>1027</sup>. Y los mismos impíos, condenados en el infierno, confesarán que la ignorancia de la Palabra de Dios los ha llevado a ello, diciendo: "¡Qué lejos anduvimos del camino de la verdad! ¡La luz de la justicia no brilló para nosotros, ni nos iluminó la luz del sol! Anduvimos por caminos de maldad y perdición, caminando por desiertos sin senderos, y no reconocimos el camino del Señor<sup>1028</sup>!" Y tanto nuestro Salvador mismo como su apóstol San Pablo enseñan que la ignorancia de la Palabra de Dios proviene del diablo<sup>1029</sup>, es la causa de todo error y juicio erróneo (como sucede con los súbditos ignorantes, que prefieren ver una pequeña paja en el ojo del príncipe o de un consejero que una gran viga en el suyo propio<sup>1030</sup>), y universalmente es la causa de todo mal, y

<sup>1017</sup> Eze. 7:26; Os. 4:6.

<sup>1018</sup> Sal. 2:10–12.

<sup>1019</sup> Pro. 19:2.

<sup>1020</sup> Sabiduría 13:1.

<sup>1021</sup> Pro. 17:24; Ef. 4:17–18; Juan 12:35.

<sup>1022</sup> Isaías 5:13.

<sup>1023</sup> Lucas 19:44; 23:34.

<sup>1024</sup> Juan 16:2.

<sup>1025</sup> Isaías 27:11.

<sup>1026</sup> Oseas 4:6; Baruc 3:10–12, 28.

<sup>1027</sup> Isaías 6:9; Mateo 13:14–15; Juan 12:40.

<sup>1028</sup> Sabiduría 5:6–7.

<sup>1029</sup> Mateo 13:19; 2 Corintios 4:3–4.

<sup>1030</sup> Mateo 7:3.

finalmente de la condenación eterna; El juicio de Dios es severo para con aquellos que, cuando la luz del Evangelio de Cristo llega al mundo, se deleitan más en las tinieblas de la ignorancia que en la luz del conocimiento de la Palabra de Dios<sup>1031</sup>. Porque a todos se les manda que lean o escuchen, que escudriñen y estudien las Sagradas Escrituras<sup>1032</sup>, y se les promete que Dios les dará entendimiento si así lo hicieron<sup>1033</sup>; a todos se les ordena que no crean ni a un muerto, ni si un ángel hablara desde el cielo, ni mucho menos si el Papa hablara desde Roma, en contra o en oposición de la Palabra de Dios<sup>1034</sup>; de la cual no podemos rehusar, ni a diestra ni a siniestra<sup>1035</sup>. En la Palabra de Dios los príncipes deben aprender a obedecer a Dios y a gobernar a los hombres<sup>1036</sup>; en la Palabra de Dios los súbditos deben aprender la obediencia tanto a Dios como a sus príncipes<sup>1037</sup>. Ancianos y jóvenes, ricos y pobres, todos los hombres y todas las mujeres, todos los estamentos, sexos y edades, aprenden sus diversos deberes en la Palabra de Dios<sup>1038</sup>. Porque “la Palabra de Dios es lumbrera, que alumbra los ojos de todos los hombres, lámpara resplandeciente que dirige las sendas y los pasos de todos los hombres<sup>1039</sup>”.

Despertemos, pues, del sueño y de las tinieblas de la ignorancia, y abramos los ojos para ver la luz; levantémonos de las obras de las tinieblas para escapar de las tinieblas eternas, que son su recompensa merecida<sup>1040</sup>; y andemos a la luz de la Palabra de Dios mientras tengamos luz, como conviene a los hijos de la luz<sup>1041</sup>; dirigiendo así los pasos de nuestra vida por el camino que conduce a la luz y a la vida eterna, para que al fin obtengamos y disfrutemos de ella. El cual Dios “Padre de las luces, que habita en la luz” incomprensible e inaccesible<sup>1042</sup>, nos conceda, por la luz del mundo, a nuestro Salvador Jesucristo<sup>1043</sup>. A quien con el Espíritu Santo un Dios gloriosísimo, sea todo honor, alabanza y acción de gracias por los siglos de los siglos. Amén.

Así habéis oído la sexta parte de esta homilía; ahora, buenas gentes, oremos (La oración que antes hemos rezado).

### *ACCIÓN DE GRACIAS POR LA REPRESIÓN DE LA ÚLTIMA REBELIÓN*

---

<sup>1031</sup> Juan 3:19.

<sup>1032</sup> Mateo 11:15; 13:9, 43; Lucas 8:8; Juan 5:39.

<sup>1033</sup> Sal. 1:1–3; Mt. 7:7; Lc. 11:9.

<sup>1034</sup> Lc. 16:30–31; Gá. 1:8.

<sup>1035</sup> Dt. 5:32–33.

<sup>1036</sup> Dt. 17:14–15.

<sup>1037</sup> Ro. 13:1–7; 1 Pedro 2:13–17.

<sup>1038</sup> Sal. 119:9.

<sup>1039</sup> Sal. 19:8; 119:105.

<sup>1040</sup> Efe. 5:14; 1 Tes. 5:4–6; Ro. 13:11–12.

<sup>1041</sup> Juan 12:35–36.

<sup>1042</sup> Santiago 1:17; 1 Tim. 6:16.

<sup>1043</sup> Juan 3:19; 8:12; 9:5.

Oh Padre celestial y misericordiosísimo, defensor de los que en ti confían, fortaleza segura de todos los que a ti acuden en busca de socorro; que de tus muy justos juicios por nuestra desobediencia y rebelión contra la santa Palabra, y por nuestra vida pecaminosa y malvada, que en nada responda a nuestra santa profesión por la que hemos dado ocasión a que tu santo nombre haya sido blasfemado entre los ignorantes, has abatido últimamente a todo el reino y al pueblo de Inglaterra con el terror y el peligro de la rebelión, despertándonos así de nuestro sueño muerto de descuidada seguridad; y sin embargo, por las miserias que siguen a la misma rebelión, has castigado más duramente a parte de nuestros compatriotas y hermanos cristianos, que han sentido más de cerca las consecuencias de la misma; y muy terriblemente has azotado a algunos de los sediciosos con terribles ejecuciones, justamente infligidas por su desobediencia a ti y a tu siervo su soberano, para ejemplo de todos nosotros y advertencia, corrección y enmienda de tus siervos, de tu acostumbrada bondad convirtiendo siempre la maldad de los hombres impíos en beneficio de los que te temen; que en tus juicios, acordándote de tu misericordia, has dado con tu ayuda la victoria a tu sierva nuestra reina, a su verdadera nobleza y a sus fieles súbditos, con tan poca, o más bien ninguna efusión de sangre cristiana, como también habría sido justo, para gran consuelo de todos los corazones cristianos entristecidos; y sólo por tu piedad paternal y tu misericordiosa bondad, y aun por amor de tu propio nombre, sin ningún merecimiento nuestro en absoluto; por lo cual te damos las más humildes y cordiales gracias por estas tus grandes misericordias que nos has mostrado, siendo que habíamos merecido un castigo más severo; suplicándote muy humildemente que nos concedas a todos los que confesamos tu santo nombre y profesamos la verdadera y perfecta religión de tu santo Evangelio, tu gracia celestial, para que vivamos de acuerdo con nuestra profesión; para que, conociéndote verdaderamente en tu bendita Palabra, caminemos obedientemente en tus santos mandamientos, y que, advertidos por esta tu paternal corrección, no provoquemos más tu justa ira contra nosotros, sino que disfrutemos de la permanencia de tus grandes misericordias para con nosotros, tu diestra, como en ésta, así en todas las demás invasiones, rebeliones y peligros, salvando y defendiendo continuamente nuestra iglesia, nuestro reino, nuestra reina y pueblo de Inglaterra, para que todas nuestras posteridades, confesando tu santo nombre, profesando tu santo evangelio y llevando una vida santa, puedan perpetuamente alabarte y magnificarte, con tu único Hijo Jesucristo nuestro Salvador, y el Espíritu Santo, a quien sea toda la alabanza, gloria e imperio por los siglos de los siglos.

**Amén.**